

La republica literaria

Esther Tapia de Castellanos, Antonio Zaragosa, José López-Portillo y Rojas, Manuel Puga y Acal

Trinidad Y. Navarro

Trinidad Y. Navarro.

LA
REPÚBLICA LITERARIA

REVISTA

DE CIENCIAS, LETRAS Y BELLAS ARTES

REDACTORES PROPIETARIOS:

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

ANTONIO ZARAGOZA. JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Año II. Tomo III

Marzo 87—Marzo 88

GUADALAJARA, (México)

TIP. DE LUIS PÉREZ VERDÍA, DIRIGIDA POR CIRO L. GUEVARA
Bajos del Hotel Humboldt, núms. 1 y 2

MDCCCLXXXVIII

TRES MUERTOS.

CUENTO RUSO POR LEON TOLSTOI.

I.

Estamos en otoño. Por el camino real avanzaban á regular paso dos carruajes. En el primero iban dos mujeres; una señora pálida y delgada, y una criada robusta, colorada y de tez lustrosa. Su mano roja, cubierta con un guante roto, echaba violentamente hacia atrás los cabellos cortos y ásperos que se escapaban bajo el gastado sombrero. Su pecho abultado, envuelto en abrigo de lana, respiraba salud; sus negros ojos, moviéndose sin cesar, seguían al través de los vidrios el campo que huía, ó se dirigían furtivamente á la señora escudriñando los rincones del coche. El sombrero del ama, colgado de un hilo, se balanceaba cerca del rostro de la sirvienta; un perrillo dormía en sus rodillas, sus piés holgados reposaban sobre las cajas amontonadas en el fondo de la berlina, y chocaban entre sí con un rumorcillo sordo, apagado por el estremecimiento de los resortes y el temblor de los vidrios.

Enclavijadas las manos sobre las rodillas, cerrados los ojos, la dama se movía débilmente sobre los cojines puestos á su espalda; frecuentes accesos de tos producían en sus facciones contracción leve. Estaba cubierta de una gorra blanca, un pañuelo azul se anudaba en su garganta endeble y descolorida. Sus cabellos rubios, sencillamente peinados, estaban divididos por una raya recta, visible bajo la gorra; la blancura de la piel en esta ancha raya tenía algo de muerto y desecado. Carnes enjutas y plomizas, enrojecidas hacia los pómulos, se adaptaban mal á la fina y elegante osamenta del rostro. Estaban los labios secos é inquietos, escasas y rectas las pestañas; una capa de viaje dibujaba sus pliegues regulares sobre el enjuto pecho. Aunque estuviesen cerrados los ojos, el rostro de la viajera tenía cierta expresión de fatiga, de desfallecimiento, de pena habitual.

Dormía en el pescante un criado; el postillón, á grandes gritos lanzaba cuatro fuertes caballos sudorosos; de vez en cuando volvíase para mirar al postillón de la calesa cuando llegaban hasta él los gritos del último. Se extendían, iguales y rápidos, los anchos surcos paralelos que las ruedas imprimían en el fango arcilloso del camino. El cielo estaba húmedo y frío; niebla helada cubría los campos y el sendero. Reinaba en el carruaje una atmósfera pesada, impregnada de agua de Colonia y polvo. La enferma levantó la cabeza y abrió lentamente los ojos, grandes ojos que brillaban con hermoso color oscuro.

—Todavía!... dijo apartando suavemente con su bella mano enflaquecida el extremo del abrigo de su criada, que le había tocado el pié.

Y se contrajo dolorosamente su boca. Matriosha recojió el abrigo con ambas manos, se levantó sobre sus robustas piernas y se sentó algo más lejos; el fresco color de su cara tomó un tinte purpureo. Los hermosos ojos oscuros de la enferma seguían con avidez los movimientos de la muchacha. La señora, apoyándose con ambas manos en el asiento, procuró levantarse para cambiar de postura, mas le faltaron las fuerzas. Se contrajo de nuevo su boca, tomó su fisonomía una expresión de ironía, cólera é impotencia.

—¡Si á lo menos me ayudáras!... No, es inútil; yo sola podré. Otra vez hazme favor de poner detrás otros cojines que los tuyos.... Vamos, está bien; déjame, pues que no sabes hacer nada.

Cerró los ojos la dama; abriólos después súbitamente y miró á su camarera. Matriosha la observaba mordiéndose los labios. Suspiró doloroso levantó el pecho de la enferma y se extinguió en un acceso de tos. Pasado el acceso, cerró los párpados y tornó á su postura inmóvil.

Ambos carruajes entraron en una aldea. Matriosha sacó su gruesa mano de entre las faldas y se persignó.

—¿Qué hay? preguntó su ama.

—La posta, señora.

—Te pregunto por qué te persignas.

—Hay una iglesia, señora.

Inclinóse la enferma hacia la portezuela y se persignó lentamente mirando con ojos fijos la grande iglesia de la aldea ante la que pasaba el carruaje.—Detuviéronse ambos coches en la posta; bajaron

de la calesa el marido de la enferma y un médico. Viniéronse á la berlina.

—Cómo os sentís? preguntó el médico tomando el pulso.

—¿Y bien, cómo vamos, amiguita? No estás fatigada? Quieres salir?

Estas preguntas fueron hechas en francés por el marido. Matriosha recogía sus cajas, y se estrechaba en un rincón para no estorbar á los interlocutores.

—Así, así, siempre lo mismo, respondió la enferma. No saldré.

Después de unos momentos, el marido se dirigió á la casa de postas y entró en ella. Matriosha, saltando del carruaje, corrió por el lodo en las puntas de los piés y atravesó el portón.

—Porque estoy mala, no es razón que no almorceis, dijo la enferma con leve sonrisa dirigiéndose al médico, que estaba de pié junto á la portezuela.

El doctor se alejó á paso lento, después subió corriendo las gradas de la entrada.

—Ninguno de ellos se cuida de mí, dijo para sí la viajera; se sienten bien, lo demás les es indiferente! Dios mío! Dios mío!

El esposo vino al encuentro del médico frotándose las manos con una sonrisa de satisfacción.

—Vamos, Eduardo Ivanovich, he ordenado que traigan la caja de vinos, qué os parece?

—Muy bien, respondió el doctor.

—Ah, y cómo sigue? añadió el marido suspirando, en voz baja y arrugando el entrecejo.

—Ya os dije, no sólo no llegará á Italia, sino sabe Dios si llegue á Moscov, con este tiempo horroroso!

—Qué debo hacer, Dios mío!

El marido se pasó la mano por los ojos.

—Por aquí, gritó al criado que traía la caja de los licores.

—Hubiera sido bueno quedarse, continuó el médico encogiéndose de hombros.

—Pero, decidme, qué podría yo hacer? He puesto todos los medios para retenerla; le he hablado de gastos, de los hijos que íbamos á dejar, de la paralización de mis negocios; no ha dado oídos á nada. Forma proyectos de vivir en el extrangero, como si estuviese ya a-

lívida. Revelarle su situación, sería tanto como darle el golpe de gracia.

—Ya lo ha recibido, es menester que lo sepais, Vasili Dmitrievich. No es posible vivir sin pulmones, y los pulmones no pueden reformarse. Esto es penoso, doloroso, mas no podemos hacer nada. Vuestro deber y el mío se reducen á procurarle un fin sosegado. Se necesita un sacerdote.

—Ah, Dios mío! comprended mi situación, yo que debo preguntarle por sus postreras disposiciones. Suceda lo que suceda, no le daré este golpe. Ya sabeis cuán buena es!

—A lo menos, persuadidla á que espere los trineos, repuso el médico meneando la cabeza; de otra suerte puede acabar mal el viaje.

—Aksinsha! Aksinsha! eh, Aksinsha! gritaba á su hemanita la hija del administrador de la posta, levantando su falda, y corriendo sobre el lodo, ven á ver á la señora de Shiskin! Dicen que la llevan al extrangero porque está mala del pecho, quiero ver qué cara tienen estos enfermos.

Aksinsha dió un salto, y las dos muchachas, asidas de las manos, se dirigieron á la puerta; moderaron el paso al acercarse al carruaje y miraron al través de los cristales. Volvió la enferma la cabeza del lado de ellas, mas adivinando su curiosidad, con ademán de disgusto se ocultó.

—Buen Dios! dijo la hija del administrador apartándose vivamente, tan hermosa que era, y cómo está ahora! Si da miedo verla! La has visto tú, Aksinsha?

—Sí, cuán delgada está! Vamos á verla de nuevo, como si fuésemos al pozo. Se ha asomado, la he mirado otra vez! Qué lástima, Masha!

—Sí, y cuánto lodo! repuso Masha.

Ambas se fueron corriendo hacia la puerta.

—Debo estar espantosa, pensó la enferma. Ah, pasemos la frontera, pronto, pronto! Me restableceré luégo por allá.

—Cómo te sientes, amignita? dijo el marido, que volvía al carruaje mascando un pedazo de pan.

—Siempre la misma pregunta! dijo para sí la dama. Y está comiendo!...Así y así, murmuró entre dientes.

—Sabes, querida? Temo que con este tiempo te haga daño el viaje. Eduardo Ivanovich es del mismo parecer. Si nos volviésemos...

Ella, malhumorada, guardaba silencio.

Cambiará el tiempo, podrán caminar los trineos...te sentirás entonces mejor y partirémos todos juntos....

—Perdóname, pero si no te hubiera hecho caso, ya estaríamos en Berlin y ya completamente restablecida.

—Qué hacer, ángel mío? Era imposible, lo sabes bien...y ahora, si quisieras aguardar sólo un mes, te restablecerías enteramente, yo concluiría mis negocios y nos llevaríamos á los niños....

—Los niños no están enfermos, y yo sí.

—Pero comprende, amiga mía, que con este tiempo, si te pones más mala en el camino.... En casa, al menos....

—En la casa! morir en la casa!....interrumpió sobresaltada la señora.

Pero esta palabra, *morir*, la asustó visiblemente, fijó en su marido una mirada escrutadora y suplicante. Bajó los ojos y se calló. Se contrajeron los labios de la enferma con un mohín de niño, brotaron de sus ojos abundantes lágrimas. El marido, oculto el rostro en su pañuelo, se alejó del coche.

—No, seguiré, dijo ella alzando al cielo los ojos.

Cruzó las manos murmurando algunas palabras entrecortadas.

—Dios mío...Porqué pues?...

Y corrieron más abundantes sus lágrimas. Rezó con fervor largo tiempo. Pero el mismo espasmo doloroso crispaba su oprimido pecho: el cielo, el campo, el camino estaban también grises, yertos; la propia niebla de otoño, ni más espesa ni más leve, caía sobre la fangosa ruta, sobre los techos, sobre el carruaje y sobre las *sulupas* de los postillones, que, riendo alegremente, engrasaban la berlina y ponían el tiro.

II.

Los caballos estaban listos; el postillón tardaba. Había entrado en la *isba* de las caballerizas. Reinaba allí la oscuridad y un calor pesado, sofocante; con olores de pan cocido, de coles agrias, de seres humanos y pieles de carnero. Estaban reunidos en la pieza algunos postillones; la cocinera tenía la sartén, y allí junto se hallaba un enfermo, acostado en un capote de zaleas.

El postillón, mozo robusto, entró en el cuarto sin quitarse la *sulupa*, con el látigo en la mano, y exclamó dirigiéndose al enfermo:

—Padre Fedor! Padre Fedor!

—¿Qué sucede, haragán? ¿qué le quieres á Fedka? respondió uno de sus compañeros, no ves que te esperan en el carruaje?

—Quiero pedirle sus botas; ya no sirven las mías, contestó el mancebo.—Se echaba atrás el pelo y colocaba en el cinturón los guantes—¿Qué, está dormido?...Ea, padre Fedor!...

—¿Qué hay?...suspiró una voz débil—Y un rostro flaco, bermejo, salió de la estufa. Una mano velluda, descarnada, recogía un caftán sobre hombros enflaquecidos, cubiertos con sucia camisa.—Denme de beber, amigos....tú, qué quieres?

El joven alargó una jarra llena de agua.

—Ten, Fedka, dijo vacilando. Tú, seguramente, no habrás menester botas nuevas. Dámelas, pues que ya no andarás, es probable...

El enfermo inclinó su fatigada cabeza á la jarra de barro. Bebió con avidez, enpapando en el agua turbia sus bigotes colgantes, su barba inculta, enmarañada. Sus párpados caídos, extintos, se alzaban penosamente hacia el postillón. Cuando hubo concluido de beber, quiso levantar una mano para enjugarse los labios húmedos, pero no pudo lograrlo y se los limpió con la manga del caftán. Respiró trabajosamente por la nariz, recogió sus fuerzas y miró con fijeza al mozo sin decir palabra.

—Acaso ya las prometiste á alguno, continuó éste, entonces es tarde! Es que el suelo está húmedo, hay quehacer y debo partir; por eso he dicho: Pidamos á Fedka sus botas, ya no las necesitará, de seguro.... Pero tal vez te sirvan, eh?...

El hipo atacó al enfermo, que se encorvó, ahogado por una tos hueca, intermitente. De improviso, la voz colérica de la cocinera resonó hata el fondo de la *isba*.

—¡Qué le han de servir! Si hace dos meses que no sale de la estufa. Se consume, el mal es interior, no hay más que oirle. Para qué quiere las botas? No lo han de enterrar con botas nuevas. Pero es tiempo todavía, válgame Dios! Ya no puede sostenerse. Si le llevaran siquiera á otra *isba*, ó no importa á dónde....Hay hospitales en la ciudad ¿no es cierto? Mas es justo que ocupe tanto lugar....no halla una donde ponerse....y quieren luégo que todo esté limpio!...

—Ea, Serioya, á tu puesto, los señores esperan! gritó desde afuera el administrador.

Serioya iba á salir, sin esperar la respuesta del enfermo; pero éste, impedido por la tos, le hizo señas con los ojos como que deseaba hablarle.

—Llévate las botas, Serioya, dijo con voz enronquecida, dominando la tos, sólo que prométeme comprarme una piedra cuando muera.

—Gracias, padre, las tomo y compraré la piedra.

—Está dicho, ¿lo habeis oído, hijos?—pudo todavía añadir el enfermo.

Le atacó de nuevo la tos, y se replegó sobre sí mismo.

—Lo hemos oído! exclamó uno de los postillones. Anda, Serioya, á tu puesto; ya vuelve el administrador; la señora de Shirkin está enferma.

Serioya se quitó con presteza sus enormes botas llenas de agujeros y las deslizó debajo del banco. Las botas nuevas de Fedor le venían como si fuesen hechas á la medida; el joven se dirigió al carruaje contemplándolas con alegría.

—¡Qué buenas botas! y qué bien quedarían engrasadas, dijo el postillón que llevaba la caja del unto, mientras Serioya montaba al pescante recogiendo sus riendas. ¿Te las ha regalado?

—¡Cómo te causan envidia! respondió Serioya irguiéndose y cruzando entre sus piernas los faldones de su *sulupa;* déjate de eso.... Ejé, amiguitos! gritó á sus caballos haciendo chasquear el látigo.

Y los dos carruajes, con sus viajeros, sus sacos, sus equipajes, corrían rápidamente por el camino humedecido, y se perdían en los vapores de la niebla de otoño.

El postillón enfermo se quedaba en la estufa, en la sofocante atmósfera de la *isba*. No tosía, agotadas las fuerzas, se había volteado al lado izquierdo y permanecía quieto. Las entradas y salidas continuaron hasta la noche en el cuarto; se comió en él; ya no hacía ruido el enfermo. Al caer la noche, subió la cocinera á echar una piel de carnero sobre los piés de Fedor.

—No te enfades conmigo, Nastasia, pronto te desocuparé el campo, murmuró el hombre.

—Bueno, bueno, no es nada! dijo entre dientes Nastasia. ¿Qué te duele, padre?

—Todo, esto me come por dentro. Sabe Dios qué será.

—¿Y te duele la garganta cuando toses?

—Sí, me duele todo....esto quiere decir que llega la muerte....Ay! ay!...gimió el enfermo.

—Cúbrete los piés, así...

Nastasia acomodó sobre él la piel de carnero y bajó de la estufa.

Por la noche, una lamparilla iluminaba débilmente la *isba*. Nastasia y unos diez postillones dormían en el suelo, en los bancos, roncando estrepitosamente. Apenas se oía el estertor del enfermo, que solo, agonizante, tosía y se removía. A la madrugada se calló.

—Acabo de tener un sueño extraño, dijo la cocinera desperezándose al rayar el alba. He soñado que el padre Fedor bajaba de la estufa é iba á cortar leña. Que me decía: "Aguarda, Nastasia, voy á ayudarte."—Que le contestaba: "Cómo puedes rajar leña?" Pero tomó su hacha y se puso á trabajar; golpeaba, golpeaba tan recio que volaban por donde quiera astillas. Yo le dije: "Pero hace poco que estabas muy malo."—"No, me contestó, ahora estoy bueno." .... Y dió tal golpe con el hacha que me causó miedo. Grité y desperté, ¿Qué no se habrá muerto?... Padre Fedor! eh! padre Fedor!

No hubo respuesta.

—¿No se habrá muerto? Vamos á ver, dijo uno de los postillones que se levantaba.

La huesosa mano, cubierta de rojo vello, que pendía de la estufa, estaba fría y blanca.

—Parece muerto; es menester avisar al administrador.

Fedor no tenía parientes; era de un lugar lejano. Al siguiente dia, lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosque. Durante varios dias Nastasia contó á todos su sueño, y cómo había sido la primera en ver al padre Fedor.

(Concluirá)

ADALINDA.

LEYENDA.

I.

El muy alto y poderoso rey Carlomagno, emperador de Occidente, fué muy inclinado al amor, según cuentan las crónicas; y esta debilidad de su gran carácter, fué compañera de su vida, pues ya en su ancianidad recibia á cada paso y con regocijo en su noble pecho, las heridas del dios ciego y alado.

Este gran monarca, más grande que sus gloriosos antecesores Cárlos Martel y los dos Pipinos, ilustre capitán y restaurador de la civilización y de las letras, en medio de las vastas empresas que entre manos traia, encontraba siempre bastante vagar para entregarse á los placeres del amor. Unia los reinos de Austrasia y Burgondia, destruia el de los longobardos, vencia á los sajones capitaneados por el bravo Witikendo, conquistaba la Marca de España, aniquilaba para siempre á los hunos, se hacia coronar emperador de Occidente; y, empero, tan grandiosos empeños no le hacian olvidar sus amorosos afanes, y pasaba sin intermisión ni tregua, de los brazos de una hermosa á los de otra hermosa, no sólo en sus años juveniles, sino también cuando ya el tiempo habia tornado blanca su cabellera.

¿Quién podria contar uno por uno, los incontables amores de Carlos el Grande, cuyo corazón siempre tierno é impresionable, nunca fué insensible á las seducciones de la belleza? Desiderata, Himiltruda, Hildegarda, Mathalgarda, Liwtgarda, Gherwinda, Regina, y otra multitud de mujeres francesas, alemanas, sajonas é italianas, fueron las unas después de las otras, ó varias á la vez, las infelices víctimas de sus indómitas y veleidosas pasiones. Varios divorcios é incontables concubinatos se registran en la vida de este héroe semi-civilizado y semi-bárbaro. Carlomagno habia tomado el nom-

bre de David, porque la gloria del rey profeta, era la que más le seducia, entre todas las sagradas y profanas. Era guerrero como el rey de Israel, como él poeta; pero en la inclinación á las mujeres, tenia más semejanza con Salomón, el rey sabio que hizo las más grandes tonterias que registra la historia.

Su secretario, sobrino é historiador Eginhardo, lo pinta á este respecto con bastante exactitud, en las siguientes, sencillas, pero elocuentes palabras: "¡Le *tres sage* Karle fut fort adonnè aux femmes jusque dans sa vieillesse!"

II.

En una de las numerosas expediciones que hizo Carlomagno al Norte de Europa para combatir á los sajones siempre vencidos, pero nunca subyugados, al volver de la campaña, estableció sus cuarteles de invierno, en un pueblo arruinado, de romano orígen, llamado Aquisgran ó Agrisgrani.

En este pueblo habia visto la luz primer el jefe franco; al volver á verlo, su noble corazón latió lleno de los recuerdos de la infancia. Establecióse, pues, allí para pasar algunos meses, tregua forzosa que la dura estación imponia á sus guerreras empresas, y, en ese tiempo, evocó las memorias de los primeros años de su vida, llenos siempre de perfume, coloreados por la poética luz de la inocencia. Amaba el gran rey salir á pié y sin acompañamiento de cortesanos, á recorrer los sitios queridos donde habian tenido lúgar sus juegos infantiles; y su grande alma, inclinada á la meditación, se abismaba en éxtasis melancólicos, recordando la historia purísima que formaba el prólogo de su existencia.

En una de estas excursiones solitarias, aconteció un dia que, absorto en sus recuerdos, anduviese gran trecho lejos del pueblo. La naturaleza era hermosa, y aunque marchita á causa del invierno, presentaba un espectáculo grandioso y seductor, que convidaba á gozarla. Sin embargo, el rey, después de andar mucho, se sintió fatigado, y quiso descansar.

Distinguió á lo lejos pobre choza rodeada de árboles deshojados por el frio. Dirigióse á ella, y habiendo encontrado abierta la puerta, entró en el único aposento que formaba aquella humilde habitación. Una jóven se ocupaba en las labores domésticas.

—Con tu permiso, niña, dijo el rey. He andado mucho y vengo fatigado; descansaré aquí algunos momentos.

—Entrad, dijo la jóven un tanto sorprendida, y tomad reposo en esta pobre casa.

—¿Qué haces? dijo el rey distraido.

—Preparo la colación de mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Es soldado del rey.

—¿Tienes madre?

—No; murió cuando me echó al mundo.

—¿Cómo te llamas?

—Adalinda.

—Hermoso nombre, dijo el rey, saliendo de su abstracción, y fijando sus ojos en la jóven; pero no tan bello como tú.

Ruborizóse la doncella y bajó los ojos con timidez.

Carlomagno la devoraba con la mirada.

Era Adalinda una joven como de diez y ocho años. Su color era blanco como el alabastro, y sus mejillas frescas y sonrosadas como las rosas abiertas á la aurora. Sus ojos eran de un azul indefinible, como tranquilo lago diáfano y profundo. Era su boca pequeña y graciosa, como boca de niño, llena de sonrisas; sus dientes menudos y blancos, parecian formados por el aljófar que vierte la mañana en el cáliz de las flores; sus riquísimas trenzas color de oro, atadas en torno de su cabeza llena de donaire, y adornadas con cintas de vivos colores, añadian un encanto indecible á su rostro hechicero.

Largo rato duró la contemplación de Carlomagno. La niña estaba delante de él con los ojos bajos, roja como la amapola, y sintiendo sobre sí, el peso de aquella mirada intensa.

—Por la Vírgen María! exclamó el rey, creo que en mi vida no he visto hermosura como la tuya. Es regia tu belleza, y no mereces vivir en tan humilde choza. Tus piés están hechos para hollar palacios, tus manos para empuñar cetros, tus ojos para dictar leyes.

Adalinda no contestaba, más y más confusa á cada momento, sin atreverse á alejarse, y ni aun siquiera á levantar los ojos del suelo.

Carlomagno, avezado por larga experiencia á las aventuras y conquistas de amor, tanto por lo ménos como á las guerreras, mostraba sobre su asiento rústico, la misma solemnidad que si estuviese presidiendo algun concilio. Verdad es que su corazón latia con

violencia, y que su pensamiento, batiendo las alas, se paseaba, como las mariposas entre las flores, por un paraiso de ilusiones. Pero las emociones de su pecho no se traducian al exterior; su aspecto era tranquilo, su voz firme y serena.

Adalinda en cambio, parecia en su sencillez amedrentada y confusa, y su turbación aumentaba sus encantos.

¿Qué es la inocencia? ¿qué el rubor? ¿qué la pura timidez de los primeros años? ¿Es el sobresalto de la virtud, ó es el vago afán de las pasiones? Algo celestial hay sin duda en el aspecto de una jóven pudorosa, cuando, al contacto de una mirada, se estremece como la sensitiva. Mas, si todas esas turbaciones son puras ¿por qué ante ellas no se detiene el hombre, como ante cosa santa, por qué no le infunden respeto y veneración? Ah! nó; en vez de echar pié atrás el amante, y de sentirse confundido al mirar la tinta del rubor cubrir un semblante hermoso, siéntese más vivamente impresionado, avívanse más y más sus deseos, y la osadia crece en su pecho. ¿Son, pues, la timidez, el rubor y la inocencia, nada más que el cebo ofrecido al amor por la naturaleza? Esas cosas tan puras y tan bellas ¿están hechas por ventura, sólo para servir de espuela á los deseos?

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que Carlomagno, en presencia de Adalinda turbada, se fué sintiendo más y más enamorado. Aumentaban el fuego en él, y el espanto en ella; el rey se enseñoreaba gradualmente del espíritu de aquella jóven, que no tenia fuerzas ni aun para defenderse. Carlomagno además, era todo un buen mozo. Blanco como el mármol, tenia ojos hermosos, de color turquí oscuro. Su barba era rubia, sedosa y rizada; su cabellera abundante, y caia en bucles hasta sus hombros. Pero lo que más en él habia de atractivo, era su prestancia, el aspecto reposado y grandioso, el sello de superioridad y soberania que resplandecia en todo su continente. Donde quiera que Carlomagno se mostrara, al frente de sus huestes, ó sentado en su trono, presidiendo las capitulares, ó alojado en humilde estancia, siempre era el rey, siempre era el soberano.

Adalinda, joven sencilla é inexperta, sentia más que nadie, la influencia de aquel regio aspecto. Desde que vió entrar al rey en su habitación, habiase dicho para sí, que aquel desconocido era un gran señor; una ojeada le bastó, además, para darse cuenta de que

era de gallarda presencia. De suerte que su turbación no sólo tenia por causa su inocencia y juventud; sino también la profunda emoción que le ocasionaban, el hermoso semblante y las dulces expresiones de su interlocutor. Carlos hablaba como peritísimo en amorosos achaques; sus frases eran seductoras, el timbre de su voz insinuante y conmovedor. Adalinda escuchaba aquellas palabras como blanda y desconocida música, que sonase por vez primera en sus oídos; apenas se daba cuenta de lo que significaban; pero en su tímpano resonaban dulcísimas, y hacian que su corazón se agitase con violencia.

Larga fué aquella entrevista. El rey, conociéndose superior, iba ganando poco á poco terreno; sus frases eran á cada momento más dulces, y más apasionada su voz. Adalinda no pudo resistir á aquella fascinación; al cabo de inconsciente y tímida lucha, dió muestras claras en miradas medrosas, blandas sonrisas y entrecortadas palabras, de que en su pecho hallaban eco y resonancia los sentimientos de Carlos.

¿Era liviana Adalinda? ¿existia latente en su virgen naturaleza, el germen de las inclinaciones aviesas? Oh! nó; era pura, inmaculada. Nunca un mal pensamiento habia atravesado por su mente; apenas salida de la infancia, conservaba todo el candor de la niña. Era sencilla y modesta, y nunca habia pensado ni aun siquiera que fuese hermosa. Adalinda habia escuchado ya muchas amorosas confesiones, sin prestarles atención; los campesinos y los nobles de las cercanias, donde volaba la fama de su belleza, habíanla asediado en vano, requiriéndola de amores.

Pero en presencia de Carlos ¿quién hubiera podido resistir? Era el poderoso huracán que soplaba sobre débil caña; era el torrente impetuoso, arrebatando la arena color de oro; era el torbellino tronchando la flor delicada, y arrastrándola en sus espirales.

La virtud y la resistencia de la mujer, dependen generalmente del azar. Acaso Lucrecia no habria hundido el puñal en su pecho, si Sexto Tarquino hubiera sido de su agrado. Tal mujer resiste heroicamente las seducciones de un Lovelace, y se inmola como blanca víctima, en aras del amor de algún doncel desconocido. ¿Resiste aquella? Es que aun no se ha encontrado con el hombre que la fascina; pero si éste apareciese, ya la veriais doblegar la frente soberana, abdicar su cetro, y caer de rodillas como una esclava.

¡Felices las mujeres que sienten la superioridad del hombre de quien pueden ser legítimas esposas! ¡Desdichadas aquellas que sienten la fascinación de un amor que no puede bendecir el cielo!

El dia declinaba, y Carlos suspendió la dulce entrevista. Tenia la seguridad de haber vencido, y se retiraba satisfecho y contento. Un mundo de felicidad llevaba en su corazón; nunca habia experimentado emociones más dulces. Pareciale que en torno de Adalinda habia luz y armonía, pareciale que en derredor de ella giraba el cielo.

Prometióla volver á verla; ella aceptó la promesa alegre y ruborizada.

—¿Sabes quién soy? díjola el rey al partir.

—Un gran señor, dijo ella.

—El rey, pronunció Carlos alejándose.

III.

El rostro de una mujer hermosa, tiene algo divino, ha dicho un griego, y en verdad que el autor de la frase tiene razón sobrada.

¿Qué espectáculo más arrobador que el de un dulce rostro? Bella es la aurora con su manto de rosas y su llanto de perlas; bello es el sol en su ocaso, despeñándose en abismos de fuego; bella es la noche con sus luceros titilantes; y el mar tranquilo ó borrascoso; y el bosque con su misterio y sus mil rumores; y el vergel con sus flores matizadas y sus mariposas de alas de oro; pero un semblante formado con amor por la naturaleza, un semblante blanco, sonrosado, donde resplandecen unos ojos melancólicos, donde sonrie una boca de grana mostrando dientes aperlados, donde brilla una frente tersa y pura, coronada de profusa y sedosa cabellera, es mucho más bello que todos esos espectáculos de la naturaleza.

Porque la naturaleza, con ser tan hermosa, es muda, y sólo el hombre le da significado y lenguaje; pero el semblante de la belleza, movible y expresivo, conmueve el corazón hasta en lo más hondo, por las irradiaciones de alegría, de amor y de pureza que despide. Todo es armónico en la beldad. Al dulce mirar, á la casta sonrisa y al infantil donaire, corresponden la voz rítmica y cadenciosa, la imaginación lozana y pintoresca, y el corazón tierno y

apasionado. Los bellos rasgos exteriores que el ojo admira, no son más que la revelación externa de la inmaterial hermosura que ostenta el alma de la diosa. Por eso es tan poderoso su atractivo; por eso son tan irresistibles sus encantos.

¿Luchó el rey contra aquel amor naciente que germinaba en el fondo de su pecho? Ni por un solo momento. Carlos, como combatiente temerario, desafiaba al amor sin coraza ni escudo; los dardos que aquel le enviaba, recibíalos con regocijo en la mitad del pecho, y cifraba su alegría en ahondar más y más las heridas multiplicadas que le hacía el hijo de la diosa de Citeres.

Tornó al día siguiente á visitar á Adalinda, y al otro día, y al otro, y durante largo tiempo la visitó cuotidianamente. El resultado de su asiduidad y artificios, fué que al fin quedara totalmente vencida la hermosa joven. Su padre pasó de improviso, de simple soldado que era, á jefe encumbrado, y Adalinda, dejando la humilde choza en que vivía, fuése á habitar al pueblo en compañía de su regio amante.

El invierno echaba su blanco sudario sobre la naturaleza, y hacía entrar en silencio los campos; pero en el corazón de Carlos y Adalinda brillaba el sol del amor, que derramaba fuego más intenso que el sol primaveral, y resonaban mil desconocidas armonías.

Rápidos pasaron los días para los amantes en aquella dulce unión. Embebidos en contemplarse, ocupados en quererse, no sentían correr las horas, como si su mano feliz, amaestrada por el amor, hubiese aprendido el secreto de parar el relój inexorable del tiempo.

¿Cómo describir sus trasportes, cómo pintar sus éxtasis, cómo dar á conocer sus juramentos y palabras, templadas en el fuego del corazón, y engalanadas con el ropaje de imaginación candente y exaltada? La historia del amor es, como la verdad, siempre vieja y siempre nueva; todos los días se repiten sus idilios, como si fuesen los primeros que se representasen bajo el manto azul de los cielos. El amor es como la luz que todos los días nos alumbra, y que nunca encontramos ménos bella.

El invierno pasó, y Carlos no pensaba en reanudar la campaña. Glorias militares, ambición, incentivos religiosos, todo lo tenía olvidado el rey, bajo el influjo del amor de Adalinda. Fué menester que los condes y barones de sus huestes se le presentasen y le re-

cordaran sus deberes, para que él se resolviese á arrancarse de los brazos de su amada.

Publicó Carlos su bando de guerra, reunió sus huestes numerosas, y se apercibió para la partida.

Adalinda derramaba lágrimas de dolor, que Carlos enjugaba con sus labios

—Mi amor, le decía al rey, corta será mi ausencia, y tornarémos á vernos en breve.

—Quién sabe, le contestó Adalinda, quién sabe si volverémos á vernos!

—Quién lo duda! Eres joven y estás llena de vida: no es posible que mueras en unos cuantos meses.

—Pero vos partís para la guerra, donde mil peligros os aguardan.

—No temas: tengo un genio tutelar que por donde quiera me acompaña, el cual me saca en salvo de los más grandes riesgos.

—Quiera Dios que volvamos á vernos.

—Dios lo quiera.

—Hasta la vista, adorada Adalinda.

—Hasta la vista, rey y señor mío.

Así se separaron los amantes. Las huestes del rey desfilaron frente á la ventana de Adalinda. Las férreas armaduras y las bruñidas armas arrojaban vivos reflejos, heridas por el sol; los penachos de plumas de colores agitábanse con el movimiento de marcha, como un campo cubierto de espigas, conmovido por el viento. Formábase en el aire sordo rumor de choque de armas, piafar de caballos, y marcha de los peones de infantería haciendo sonar su paso monótono y acompasado en el pavimento.

Tocaban los clarines alegres sones de marcha, redoblaban los atambores, y todo aquel ruido, primero atronador, luego débil, después confuso, fuése perdiendo en la distancia, hasta que el pueblo de Aquisgram y los campos que le rodean, quedaron sumidos en profundo silencio.

—Ah! dijo Adalinda retirándose de la ventana y llevándose las manos al corazón, algo me avisa que no volveré á verlo!

IV.

Carlos continuó la guerra del Norte. Los sajones estaban ya en gran parte quietos y sumisos; pero si la Westfalia y la Ostfalia se encontraban silenciosas, en las playas del mar del Norte en cambio, en los pantanos del Bajo-Weser y del Bajo-Elba y en la belicosa Dinamarca, fermentaban las pasiones y todo el mundo corría á las armas.

La presencia del héroe franco á la cabeza de su ejército, bastó para que los rebeldes perdiesen sus bríos y depusiesen las armas. La campaña se redujo á algunas escaramuzas, habiendo seguido á ellas el triunfo más espléndido.

Habíase siempre el rey mostrado humanitario y generoso con los sajones; pero esta vez, indignado por sus rebeliones constantes, desplegó contra ellos severidad inaudita. Como en los tiempos antiguos en que los monarcas victoriosos trasplantaban á los pueblos vencidos de una región á otra, cual si fuesen manadas de ovejas, como los reyes de Babilonia trasportaban las tribus de Isrrael, y los de Persia á los griegos de Asia: Carlomagno envió á sus ministros ejecutores para que arrancasen á los pueblos de Wignodia, del Holstein y de Rosogaw, de su tierra natal, y los trasportasen á lugares distantes. Exterminó multitud de sajones, trasplantó á diez mil hombres de los que habitaban las riveras del Elba, con sus mujeres y sus hijos, á algunos lugares de la Galia y la Germania, dando su país á los Obotritas. El rey de Dinamarca avanzó con toda su flota y su caballería hasta la última aldea de la península; pero no se atrevió á socorrer á los vencidos.

La heroica Sajonia acababa de dar el último suspiro. Los pocos de sus hijos que no fueron arrebatados de su suelo, cautivos y tiranizados por numerosos beneficiarios franco-germanos, fueron extranjeros en su patria, habiendo perdido todo derecho de propiedad por la violación de sus juramentos de vasallaje; y los hijos perdieron el derecho de heredar á sus padres, salvo el beneplácito del vencedor.

Rigor tan desusado en la conducta de Carlomagno, tuvo por causa principal, la cólera provenida de una guerra terminada cien ve-

ces, y otras tantas vuelta á comenzar; también contribuyó poderosamente para ello, el deseo que tenía el rey, de ultimar de una vez aquella larga lucha para regresar á Aquisgram, donde la felicidad lo esperaba.

Tornó el rey á Austrasia con el corazón lleno de alegría, así por haber dado feliz remate á guerra tan grande y dilatada, como porque ya le tardaba volver á ver á Adalinda.

Entró victorioso en las calles de Aquisgram, y aunque el pueblo era humilde y escasos sus habitantes, parecióle que nunca su marcha triunfal había sido más espléndida. Arcos de triunfo, lluvias de flores, músicas alegres, vítores atronadores, toda esa pompa deslumbrante de la victoria, aparecía pálida á sus ojos, ante la dulce esperanza de obtener una mirada de admiración y una sonrisa de amor de los ojos de Adalinda.

Los grandes hechos humanos, sólo el amor sabè premiarlos cumplidamente. Cuanto hacen el guerrero, el sabio, el poeta, con afanes, estudios y ensueños, todos los laureles que conquistan los que triunfan en cualquier lucha, los quieren sólo para arrojarlos sumisos á las plantas de la hermosura. El rayo amante de los ojos de la mujer querida, es la luz más gloriosa que puede iluminar la frente del héroe ó del génio. El amor es un triunfo más codiciable que las ovaciones fastuosas de la Vía Sacra ó del Capitolio. La mujer espera, recogida en sus hogares; lucha en tanto el hombre en medio de mortales riesgos. y al regresar victorioso de sus empresas, ofrécele arrodillado los despojos ópimos que ganó en el combate, como ante el Júpiter Feretrio de la Roma antigua.

Pero Carlos no vió á Adalinda asomada á la ventana; su mirada de amor no iluminó su gloria.

Con el corazón traspasado por dolorosos presentimientos, corrió á su hogar desolado, ansioso por estrechar entre sus brazos á aquella niña hermosa, la más amada de cuantas mujeres había amado.

Adalinda yacía en el lecho del dolor. La ausencia, los temores que le inspiró la suerte de Cárlos, acaso el mismo fuego de su amor, habían consumido sus fuerzas en el trascurso de aquellos meses. Bella estaba aún, más bella que nunca; pero su belleza no era ya de este mundo. Era una hermosura inmaterial, comparable con la de los ángeles incorporeos.

—Vuelvo á veros, dijo á Cárlos, no lo esperaba. Creía morir antes de vuestro regreso. Si vierais cuánto tiempo os he aguardado, y con cuánto afán! Sólo el deseo de tornar á veros me ha hecho vivir. Os he visto, y muero dichosa. Adios! No me olvideis!

Así dijo, y estrechando con fuerza convulsiva la mano de su regio amante, espiró en medio de la más dulce quietud.

V.

El dolor de Carlomagno fué inmenso. ¿Qué le importaban sus triunfos, ni su gloria, ni su imperio, ni cuantas grandezas poseía? Solo se hallaba con su dolor, y el vano fausto que lo rodeaba, no era parte para mitigar en lo más mínimo su pesadumbre. Todo lo olvidó en aquellos momentos supremos, y abrazado al cadáver de Adalinda, llamábala con los nombres más dulces, le prodigaba insensatas caricias y bañaba su rostro marchito y sus manos heladas, con sus calientes lágrimas.

Así pasó un día y otro, y el rey no se separaba de aquel cuerpo inerte. Los cortesanos comenzaron á temer por la vida del monarca, al verlo entregado á aquel dolor tan intenso y prolongado.

Llamado por los nobles que rodeaban á Cárlos, vino Alcuino, el sacerdote más sabio de su tiempo, el amigo predilecto del monarca, y en vano trató de arrancar á su señor del lado de aquel cadáver, que comenzaba á exhalar emanaciones pestilentes.

En aquel trance difícil, reunió Alcuino un Capítulo, formado por los obispos y abades de las cercanías, y después de vacilaciones y discusiones acaloradas, se resolvió que Cárlos era víctima de un hechizo, pues ni en el carácter del gran rey, ni en su circunspección y rango, cabían naturalmente aquel exceso de dolor, ni aquella obstinación en permanecer abrazado de una muerta.

En efecto, aprovechando un instante en que el rey, rendido por la fatiga y el sufrimiento, quedóse sumido en profundo sopor, procedióse al minucioso examen del cadáver, buscando en él algun amuleto ó signo por donde pudiese conocerse el hechizo. Inútil fué la inspección. Ya el rey estaba próximo á desesperar, cuando tuvo Alcuino la salvadora inspiración de examinar la boca de la muerta. Feliz fué el pensamiento, pues luego se halló, debajo de la

lengua aterida, una gran perla, del oriente más hermoso. Extraído el amuleto de la boca de Adalinda, los obispos y abades salieron del aposento, y dejaron nuevamente á solas al rey con el cadáver, esperando que la extracción del amuleto produjese los resultados saludables que presumían.

Efectivamente, al despertar el rey, entró luego en razón, y convino, como quien sale de una pesadilla, en separarse de Adalinda, y en que fuese enterrado el cadáver.

Entre tanto, Alcuino, los abades y los obispos, deseando destruir la virtud mágica de aquella perla, arrojáronla en un pantano que se hallaba á la orilla del pueblo.

Extraño suceso. En el instante que la perla se hundió en el cieno, el rey Cárlos llegó gimiendo á aquel mismo sitio, diciendo que aquel lugar le inspiraba inmenso cariño, y que allí quería que fuese enterrada Adalinda.

Preciso fué ejecutar la voluntad del rey.

—Aquí me edificaré un palacio magnífico, dijo Cárlos, desde donde daré leyes al Occidente; aquí levantaré un templo suntuoso, que será la admiración de las generaciones venideras. Aquí viviré, aquí moriré, y mi cuerpo reposará al lado del de esa mujer á quien amé tanto.

Y en efecto, como por encanto, del fondo de los bosques de Austrasia, se elevaron en un momento, un gran palacio y una basílica monumental.

Las sumisas Roma y Ravena dieron mármoles y mosaicos para estos edificios. Uua nube de operarios trabajaba noche y dia en construir esas dos grandes obras, émulas de las magnificencias de Córdoba y Bizancio.

¿Quién podría definir cuál es el verdadero orígen de los hechos y de las cosas? Las explicaciones pomposas que se dan á las veces, son por regla general, gratuitas y falsas. Causas íntimas, y á veces pequeñas, suelen dar nacimiento á hazañas y monumentos. Así, el amor es el orígen de la imperial Aix-la-Chapelle.

VI.

Pasaron los años, y Carlomagno volviò á amar y á ser amado; pero su corazón no latió ya como en aquellos hermosos dias, en que

su alma se embriagó con el perfume del breve amor de Adalinda. En el fondo de su corazón se conservó imborrable, la imágen de aquella jóven bellísima, cuyo cariño brilló para su alma, como el fuego de un relámpago celestial.

Por siempre, al lado de la historia del corazón, se agrupan los mil episodios del capricho; pero estos vanos incidentes, no son más que irradiaciones de un solo sentimiento, como en torno de la flor, brotan y se colocan los pétalos matizados. Siente el hombre hasta la tumba la necesidad de amar; es el amor un vacío del alma, que no tiene fondo, como el abismo. Pero una sola alma es la que entiende el lenguage de la nuestra; porque Dios formó los espíritus por pares amorosos.

Al fin, Carlomagno, cargado de años y de gloria, murió en Aix-la-Chapelle, murmurando todavía el nombre de Adalinda.

Su cuerpo, solemnemente lavado y embalsamado, y revestido con los vestidos imperiales, fué inhumado en la basílica que él había construido. Bajo la oscura bóveda sepulcral, fué sentado en silla de oro, su invicta espada al lado, el Evangelio entre sus manos, alta la frente y ceñida de dorada diadema, con incrustaciones de madera de la cruz del Salvador. Fué su sepulcro henchido de aromas. Delante de su asiento, sobre reluciente bandeja, púsose su cetro de oro, dominador del vasto imperio occidental, y el aureo escudo bendito por el papa León. Sobre su sepulcro cerrado y sellado, levantóse un monumento fúnebre, coronado con su imágen, con esta inscripción:

"Bajo esta tumba yace el cuerpo de Carlos, grande y ortodoxo emperador, que engrandeció gloriosamente el reino de los Francos, y lo gobernó felizmente durante cuarenta y siete años. Nadie podrá decir cuántas quejas y cuánto duelo hubo á causa de él en toda la tierra; aun los paganos mismos lo lloraron como al padre del mundo."

Las palabras de Carlomagno, fueron así cumplidas al través de los años; pues desde la muerte de Adalinda, vivió el gran rey en Aix, allí murió, y sus cenizas fueron depositadas, en el mismo lugar donde había sido inhumado el cuerpo de la mujer que más amó su corazón.

José López-Portillo y Rojas.

LA PRIMAVERA.

Al Sr. D. José M.ª Vigil.

Llegas al fin deseada Primavera,
Tendiendo en la pradera,
Tu hermosa cauda de verdura y flores.
Y eres, reina del año, saludada
Cual promesa de amores.
Y por aves y fuentes celebrada.

Pliega su velo la rosada aurora
Y el sol radiante dora,
El alto monte y el tendido suelo;
Y vuelan presurosas las neblinas
Dejando el limpio cielo,
Bañado por las auras matutinas.

Derramas á tu paso en los jardines
Geranios y jazmines;
Dejas caer las nacaradas rosas
Que coronas tejieron á tu frente,
Y magnolias preciosas
Con su aroma regalan el ambiente.

Forma á tus piés tapete primoroso
El miosotis precioso;
Y el panalillo y resedá se tienden
En combinadas mágicas labores.
Y pródigas se extienden
Alfombrillas de vívidos colores.

Cubre de flores liberal tu mano
La copa del manzano;
Dás al naranjo la nupcial diadema
De simbólicos blancos azahares,
Y por místico emblema
Haces brotar los lirios á millares.

Es tu brisa embriagante y perfumada,
Por la escencia impregnada,
Que le brindan gardenias y violetas.
Y cubren el cercado, seductoras
Y pálidas mosquetas
Mezcladas con flexibles trepadoras.

De un árbol á otro árbol, juguetones
Saltan ricos festones,
De apretadas azaleas purpurinas;
Y tristes misteriosas pasionarias
Forman frescas cortinas
A las variadas lindas trinitarias.

Sobre la flor del obelisco rojo
Y sobre el verde hinojo,
Brilla el rocío puro y trasparente
Que el ramaje doblega con su peso.
Y tiemblan dulcemente
Las amapolas al sentir su beso.

Estrena la arboleda su follaje
Cual variado ropaje,
Cubre verde esmeralda la pradera,
Por donde corren, claros, murmurantes
Con charla placentera
Y tranquilos arroyos fecundantes.

Alza un canto de amor dulce y sentido
El jilguero en su nido;
La dulce alondra entre los cedros canta;
Salta alegre el sonoro huitlacoche
Y con su voz encanta
Desvelado el zentzontle por la noche.

Forma el avión su nido en el tejado;
Y canta enamorado
El sedoso zanate asáz gozoso,
Luce el gorrión sus plumas purpurinas;
Y en tropel bullicioso
Ya vuelven las parleras golondrinas.

Ostenta el colibrí rico plumaje
Entre el verde follaje;
Y revuela inconstante y bulliciosa
La flor alada que corteja el aire
Llamada mariposa.
¡Linda coqueta de gentil donaire!

Muge el toro pastando en el potrero;
Salta alegre el cordero.
Relincha el potro en el tendido llano
Sacudiendo la crin luenga y flotante,
Y con ardor insano
Liebre medrosa escápase anhelante.

En mangos y cafetos, agrupados
Los insectos alados
Granates y topacios nos parecen.
Y del saúz sobre el ramaje blando
Las tórtolas se mecen
A orillas de los ríos, sollozando.

El agua hirviente y clara, de la fuente
Resbala alegremente,
Y del rojo clavel los surcos besa.
Y va dejando de frescuras llenas
Las plantas de la fresa
Y las dobles hileras de azucenas.

Todo entusiasmo y juventud respira!
Del poeta la lira,
Canta de amor ternísimas canciones,
Todo respira bienestar y calma,
Y en gratas ilusiones
Suspira amor, enamorada el alma.

Despierta la gentil naturaleza
Lujosa de belleza;
El corazón palpita y se dilata
Entre flores, perfumes y armonía.
Y doquier se retrata
La rica juventud y la alegría.

¡Salve, estación poética, lozana,
Primavera galana,
Que formas los encantos de natura!
¡Salve diosa de amor y de esperanza,
Toda luz y ventura,
Toda paz y placer y bienandanza!

¿Qué falta, Primavera, á tus primores?
¿Qué les falta á tus flores?
¿Qué le falta á tu sol, y qué á tu cielo?
¿Qué les falta á los trinos de tus aves
Cuando con tierno anhelo
Pueblan el viento con gorgeos suaves?

¡Ay! falta una existencia duradera,
¡Oh gentil Primavera!
Que nunca marchitáranse tus flores,
Qué de tu fino césped, la verdura
Del sol á los ardores
Su color no perdiera y su frescura.

Que fuera respetable tu reinado,
Para el Invierno helado,
Que tus luces y rosas conservaras,
Que nunca para el mundo perecieras,
¡Ay! que nunca pasaras,
Y siempre eterna para el alma fueras.

Que las ardientes y fragantes flores
De los castos amores,
No marchitara el soplo del hastío,
Ni secara el Invierno de la ausencia,
Que celestial rocío
Guardara para el alma su existencia.

Yo, á pesar, Primavera, de mi duelo
Tengo en mi alma un cielo,
Siento hoy mi vida de ventura llena,
Flotando en oceanos de armonía,
Y atmósfera serena
Respira satisfecha el alma mía.

Torna feliz mi vida dolorosa
Tu influencia poderosa;
Late mi corazón con dulce anhelo,
Siento de inspiración el fuego santo,
Y el alma mía, al cielo,
Con fé cristiana y con amor levanto.

Mi espíritu feliz ha respetado,
De Invierno el soplo helado,
Reinas en mí, preciosa primanera,
A nueva vida me volvió tu aurora;
Y tu luz hechicera
De mi destino el horizonte dora.

Salve pues ¡oh gentil naturaleza!
A tu exelza grandeza.
Que toda voz te cante placentera
Que nada quede á tu dominio estraño,
¡Oh rica Primavera
Edad dichosa, juventud del año!

Marzo 7 de 1887.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

A LUPE (En un Album).

Son tus ojos oscuros cual la noche,
Pero tienen como ella, hermosa luz,
Pues brillan, como lucen dos estrellas
En el espacio azul.
Son grandes, como es grande el infortunio,
Son de intenso mirar, como el dolor,
Tienen rayos que matan, tienen fuego,
Como el ardiente sol.
Y como el sol dá vida y movimiento
A la tierra con vívida atracción,
Así dan vida tus divinos ojos
Al mundo del amor.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

ESTANCIAS.

Se acerca la mañana. Con mágicos conciertos
la anuncian en sus nidos los pájaros cantores;
ya pálidos, inciertos,
de rojo el cielo tiñen sus tibios resplandores.

*
* *

Es el instante vago que, en medio á su ternura,
asida de su amante, Julieta confundía,
con la hora triste, oscura,
que el ruiseñor señala dentro la selva umbría.

*
* *

Tras las caricias locas con que el amor traduce
su afan de lo infinito, en voluptuosos lazos,
allá en Oriente luce
la aurora, y te sorprende dormida entre mis brazos.

*
* *

¡Despierta! Saludemos, como la flor temprana
que nace en este instante, de amor con el vagido,
la luz de la mañana
que dora con sus tintes nuestro modesto nido.

Gustavo Baz.

MINNIE.

(Al Duque Job.)

Encontré á mi pobre amigo Julian en un estado de desesperación difícil de describir. Su fisonomía era la de un convaleciente de tifo; negras ojeras indicaban el insomnio cruel, y la mirada era todo un poema de dolor y de angustia.

—¡Mi querido Julian!—exclamé al verle.

—¡Hola! Me alegro de encontrarte.

—¿Qué te ha pasado?

—Muchas cosas. Figúrate que he hecho una novela...

—¡Qué horror!

—Que la he hecho te digo; no que la he escrito. La he *vivido*, comprendes?

—Todavía no.

—Imbecil!

—Gracias por el elogio inmerecido y explícate.

—Ayer... ¡ayer apenas!...me pasó lo que te voy á referir.

—Soy todo oídos.

—Me hallaba plagado de deudas, pues ya sabes que soy un poco parecido á Alejandro Dumas, padre, que tenía dinero para todo el mundo, menos para sus acreedores. Los míos me perseguían tenazmente. Ya estaba cansado de inventar estratagemas, aburrido de idear disculpas. Acabé por no comer ya nunca en casa, ni cenar en casa, ni dormir en casa. Con semejante conducta, el autor de mis días estaba indignado, mi madre lloraba, mis hermanas se hacían competencia riñéndome. Por fin, un día no pude más y estallé como una bomba de dinamita. Si mi conducta,—les dije,—no está exactamente arreglada á los preceptos de la Moral doméstica; si no como, ni ceno, ni duermo, ni vivo aquí, es porque tengo muchos *ingleses* y porque ando huyendo de ellos como huyen los cri-

minales de la policía. Nadie como yo lamenta mis extravíos, nadie. Tengo la nostalgia del hogar. Siento irresistibles deseos de vivir de nuevo esa dulce vida de la familia, que es tan grata...etcétera.—¿Cuánto debes?—me preguntó mi padre.—Una friolera,–díjele,–mil pesos.—Eres un idiota,—me contestó él,—toma, paga ese dinero y no vuelvas á hacer deudas.—Al mismo tiempo ponía en mis manos diez billetes de cien duros.

Un hijo de melodrama hubiera caído de rodillas: yo no lo hice, aunque mi gratitud era inmensa, porque la escena pasaba en el andén y la señorita del piso tercero nos estaba viendo con una indiscreción irritante.

Alegre como si me hubiera caído el premio gordo de la Lotería Nacional, me lancé á la calle resuelto á aplastar á mis acreedores bajo el peso de mi inesperada opulencia; pero, ¡ay amigo mío! el hombre propone y la mujer dispone. En la esquina de La Profesa me encontré á Minnie...

—¿Y se te fueron los piés?—interrumpí.

—No; los billetes. Es una historia conmovedora, terrible...

—Debe serlo, mayormente para quien no ha almorzado, como yo.

—Aún puedo invitarte. Vamos á *La Concordia* y allí te referiré todo.

Rappelons nous Hamlet et soi men Horatio!

Nos encaminamos al Café, y allí, mientras yo cumplía con la dura ley de la alimentación cuotidiana, mi pobre amigo Julián prosiguió:

—Debo decirte en primer lugar quién es Minnie y cómo la conocí, ó mejor dicho, cómo la amé, porque conocerla y amarla fué una misma cosa.

Minnie es una joven americana de sorprendente belleza. Tiene diézisiete años. Sus cabellos son obscuros y sus ojos negros, brillantes, llenos de fulgores misteriosos: su tez, de una blancura de mármol de Carrara; su boca es un clavel entreabierto. Es alta, gallarda, fina: tiene las manos más bellas que puede haber en el mundo y la voz más armoniosa que he escuchado en mi vida. Añadiré, para terminar su filiación, que al reirse se le abren dos adorables hoyuelos en las mejillas. Señas particularísimas: tiene *esprit* á pesar de ser *yankee* y protestante.

Hace dos semanas tuve que ir á la Estación del Ferrocarril Central á esperar á unos parientes de mi madre que debían llegar del

interior. Contra lo que ordinariamente sucede, estaba el andén lleno de gente, y en los wagones venía muchedumbre de pasajeros. Buscando á mis tíos entre estos últimos, tropecé con ella. Con ella, ¿comprendes? ¡Con Minnie! Traía un sombrero admirable. Era un nido de águilas ó de avestruces,—no estoy enteramente seguro,—rodeado de varias plumas de diversos colores.

Mi corazón empezó á inflarse como un globo. Por fortuna, los parientes de mi madre aparecieron por ahí: los encajé en un simón y pretextando un negocio urgente, eché á correr tras de Minnie, que, en unión de un caballero que la acompañaba, subió á otro coche. Apeáronse en el Hotel Guardiola,—término feliz de mi vertiginosa carrera,—y se instalaron en los cuartos 16 y 17. Por una dichosa casualidad, el 18 estaba desocupado: lo tomé para mí y cuando el administrador me preguntó de dónde venía, le dije que de Pekín. Tan fatigado me encontraba, que si de allá hubiera llegado efectivamente, no lo estuviera más en verdad. Pero ya que de fatiga hablamos, abrevio: dos días después de mi instalación en el Hotel, Minnie y yo éramos grandes y buenos amigos.

Entonces empezó para mí una existencia llena de encantos. Todas las mañanas tocaba ella á mi puerta para despertarme, y después del desayuno tomábamos un carruaje, y dejando la ciudad, tan fastidiosa para ella como para mì, corríamos á Chapultepec á respirar el ambiente embalsamado del bosque. Jugábamos como chiquillos y hacíamos mil locuras bajo los canosos ahuehuetes, que nos contemplaban con esa indulgencia paternal de los viejos. Nunca nos faltó algún libro amigo que nos entretuviera largas horas. A veces eran los *Idilios del Rey*, de Tennyson, á veces los *Cuentos de Navidad*, de Dickens. Minnie lee admirablemente, como todas las americanas.

Regresábamos á la hora del *lunch*, que hacíamos en compañía del papá de Minnie.

El padre de Minnie es un señor alto, delgado, de nobilísimo aspecto: un *gentleman* en toda la extensión de la palabra. Su cara, rasurada como la de un sacerdote católico, sus grandes ojos azules de melancólico mirar y la distinción y gravedad de toda su persona, infundiéronme respeto desde el instante en que le conocí. Es un filósofo,—me dije.

Su hechicera hija me enloquecía diariamente más y más. Estaba

decidido: hablaría á mis padres y les haría consentir en un enlace en el cual estribaba mi ventura. Los matrimonios así, improvisados, suelen ser los más dichosos. ¿No hay un proverbio que enseña que casamiento y mortaja del cielo bajan? Por otra parte, yo estaba seguro que mi amor á Minnie sería el amor último y definitivo de mi existencia. Ella me había hecho renunciar por completo á la inteligente sociedad de mis amigos; al *paco monstruo*, que fué siempre mi pasión dominante, ¡hasta á un panslavismo exajerado! Con efecto, desde que la conocí ya no volví á leer novelas de Tolstoï, Tourguenef ó Dostoïevsky, ni volví á tomar baños rusos, ni carlotas, ni princesas.

Llegó, cuando así se deslizaba mi vida, el dia de ayer, que debió haber sido martes y trece, y fué Domingo y 27.

Como te dije, encontré á Minnie en la esquina de La Profesa. Después de saludarme con mucha seriedad, díjome que estaba sumamente enfadada conmigo, porque había estado tocando largo rato á mi puerta, hasta que el camarista compasivo habíale dicho que no había yo pasado la noche ahí. Le manifesté que efectivamente había sido una grave falta mía no avisarle que faltaría del hotel aquella noche, pero que estaba seguro de obtener su perdón luego que me oyera.

—Hable Ud.,—me dijo.

—Imposible. Es tan largo lo que tengo que decir, que emplearé en ello todo el día lo menos. ¿Vamos estando juntos todo el día, Minnie? Juntos y sin testigos? Tengo hoy tantas cosas que decir á Ud! Soy tan dichoso, tan dichoso!

—De veras?

—Sí: vamos al bosque y después almorzarémos solos en cualquiera parte.

Aceptó con la condición de ir previamente á avisar á su *genitor* y entretanto yo fuí en busca del carruaje.

Hacía tiempo que en un escaparate de La Esmeralda, había yo visto un brazalete primoroso de brillantes y zafiros engastados artísticamente en oro apagado. No sé si mi adicto amigo Mefistófeles, fué el que me hizo pensar en Minnie y el brazalete al mismo tiempo, el caso es que fuí á la casa de Zivy y compré la joya, aligerando notablemente el peso de mi cartera.

Cuando llegué al Hotel, Minnie besaba amorosamente á su padre, formando un cuadro encantador que no hubiera desdeñado ningún libretista de ópera cómica. Invité al respetable caballero para ir con nosotros, pero se rehusó, acompañando su negativa de una melancólica y bondadosa sonrisa.

Cada día adquiría en mí mayor fuerza la convicción de que el bueno señor era descendiente en línea recta de aquellos nobles puritanos que, llenos de fé y abnegación, vinieron en épocas lejanas á las playas del Masachusetts, en busca de libertad y de trabajo.

Al bajar del coche en nuestro sitio favorito, Minnie desenvainó del bolsillo de cuero ruso que nunca lo abandona, un libro que parecía diccionario. Era sencillamente una Biblia.

—*Sarpelotte!* exclamé al verlo.

—No sé,—me contestó gravemente,—lo que esa palabra significa; pero pienso que con ella quiere vd. decirme que se rehusa á pensar un momento en esas cosas elevadas que confortan y consuelan.—Y se dispuso á abrir el libro.

Yo caí de rodillas á sus piés, exclamando:—Minnie, perdón! Si esto es un castigo por mi falta de anoche, es bien terrible! ¡Perdón Minnie, perdón!

—Levántese vd.,—me dijo queriendo afectar una indignación que mucho me hubiera entristecido, si los pequeños hoyuelos de sus mejillas, correspondiendo al infinito cariño que les tengo, no la hubieran traicionado, dibujando en su cara un arco-iris, quiero decir, una sonrisa.

—Ustedes los hombres,—prosiguió,—no comprenden estas cosas que son una necesidad y un consuelo de la mujer, á quien ustedes tambien desconocen por completo.

—Eso no es cierto,—repliqué.—Al menos, por mi parte. Yo conozco á la mujer mejor que á mí mismo.

—¿Qué es la mujer?

—Arsène Houssaye lo ha dicho: un punto de interrogación delante del cual todos los cándidos se plantan como puntos de admiración. Sin embargo, yo diría que la mujer, cuando no es un punto final, es una linea de puntos suspensivos.

—¿Por qué no escribe vd. una obra titulada "*La Ortografía aplicada á la mujer?*

—Mejor sería *La mujer aplicada á la Ortografía*; pero eso es imposible.

—Calumniador!

Nuestra disputa terminó en una reconciliación á la que contribuyó muy eficazmente el brazalete, que obtuvo un éxito completo.

Después de pasear algún tiempo por aquellos senderos misteriosos tapizados de hojas secas que crujían bajo nuestros piés, subimos al coche y nos dirigimos al Tívoli de San Cosme. Allí almorzamos. Tockay, Vino del Rhin, Champagne: en los tintos, una variedad conmovedora. Propuse á Minnie que en la noche fuéramos á algún espectáculo.

—Oh, sí!—me dijo. ¡Al circo!

Las americanas adoran esa diversión idiota. Para ellas el *circus* es el compendio de todos los goces terrenales.

En esta vez no había nada que llamara siquiera un poco la atención. Una *ecuyère* más flaca que Rocinante y más pesada que Sancho Panza: unos enharinados que pretendían pasar por estátuas y todo acompañado por esa abominable orquesta del Circo Orrin que tú conoces. Aquellas no son armonías, ni melodías, son puras cacofonías. Los violines remedan el constante chillar de los recien-nacidos; las notas del pistón son iguales á las que producen esas personas mal educadas que se suenan estrepitosamente.

Pero lo más deplorable, era un payaso nuevo que estaba sustituyendo á Bell. Los chistes de aquel pobre hombre tenían tanta gracia como un carro fúnebre. Estaba horriblemente embadurnado, con todos los colores del iris. Minnie empero no apartaba de él los ojos, y parecía visiblemente complacida. Aquel candor suyo me embelesó.

Salimos del circo y después de enviar un recado al papá de Minnie diciéndole que viniera á buscarnos aquí, á *la Concordia*, nos venimos á cenar.

A poco de instalarnos en un gabinete particular, tuvimos el gusto de ver entrar al Sr. North, correctamente vestido de negro. Dejó su abrigo y su sombrero en manos del criado y nos sentamos á la mesa. Entonces pude yo observar con extrañeza, que las orejas de mi suegro estaban horriblemente encarnadas, y que en sus mejillas había como restos de polvo de haba. "El buen señor, pensé, á pesar de su gravedad, anduvo hoy en picos pardos, no cabe la menor

duda." Y no pareciéndome conveniente que su inocente hija se apercibiera de sus calaveradas, le llamé aparte, para advertirle que aún quedaban en su cara huellas de la orgía. Con profunda sorpresa de mi parte me dijo que no importaba y tornó á sentarse tranquilamente.

Mientras más miraba yo su fisonomía, y más oía su voz, más semejanza encontraba con la voz y la fisonomía de otra persona á quien estaba seguro de haber visto aquella misma noche. Pero, ¿dónde, Dios mio? ¿en qué parte?

Por fin, á los postres, y cuando nos hizo el honor de obsequiarnos con una canción americana, un rayo de luz atravesó mi mente.

—Usted, grité, usted, allá......

—Sí.

—Usted, en el circo......

—Si, yo *clown*.

¿Comprendes mi desventura?

¡Minnie es hija del payaso!

....

México–1887.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

---

*
* *

Luché con el amor, y borrar quise
de mi pecho tu imagen;
pero caí á tus pies, al fin, rendido,
como Jacob, vencido por el ángel!

MANUEL PUGA Y ACAL.

VERSOS COLOR DE ROSA.



Cuando el invierno llegó muy triste
y hojas y flores arrebató,
la Primavera del alma fuiste;
niña, mi niña, tú revestiste
de flores nuevas mi corazón...

Cuando la selva quedó desierta
y nunca en ella volvióse á oir
el dulce canto del ave muerta,
gozosa el alma te abrió la puerta,
—¡ave que al nido veniste al fin!—

Cuando la noche llegó, sombría,
y sobre el mundo tendió el capuz
de la tiniebla lóbrega y fría,
luz centellante de claro dia
dentro del alma vertiste tú.

Mas sé que pasan las Primaveras,
que muere el ave, se va el fulgor:
queda, alegría de mis praderas!
tierna avecilla, nunca te mueras!
nunca te extingas, rayo de sol!

MANUEL PUGA Y ACAL.

TRES MUERTOS.

(*Concluye.*)

III.

Ha llegado la primavera. En las calles húmedas de la ciudad, por entre sucios témpanos, saltan y se precipitan arroyuelos murmuradores; todo es claro en la bulliciosa multitud, el color de los trajes y el timbre de las voces. En los jardincillos, tras los cercados, brotan las yemas de los arbustos; con rumor ligero se estremecen las ramas agitadas por el viento del norte. Por donde quiera destilan y caen gotas trasparentes; los gorriones pían y vuelan sacudiendo sus delicadas alas. Al lado del sol en las casas, los árboles, las cercas, todo brilla y se mueve. Hay juventud y alegría en el cielo, en la tierra y en el corazón del hombre.

En una de las principales calles, delante de un palacio señorial, habíase esparcido paja fresca; allí se encontraba la enferma que poco ha se dirigía hacia la frontera. Junto á la puerta cerrada de su cuarto, estaban de pié el marido y una señora entrada en años; en un diván hallábase un sacerdote, con los ojos bajos y teniendo en la mano un objeto envuelto en una estola. En el fondo, una anciana, la madre de la enferma, reclinada en un sillón. Voltaire, lloraba copiosamente. Á su lado, una sirvienta arreglaba un pañuelo limpio, esperando que se lo pidiese su señora; otra criada le enjugaba las sienes y le refrescaba la cabeza entrecana.

—Entrad, y que Dios os ayude, amiga, decía el marido á la señora que estaba con él cerca de la puerta;—tiene tanta confianza en vos, sabeis hablarle tan bien... Id, querida amiga, exhortadla lo mejor que podais...—Hizo ademán de abrir la puerta; mas la prima le detuvo, pasó varias veces su pañuelo por los ojos y movió la cabeza.

—¿Y ahora ya no se nota que he llorado? preguntó.—Y entreabriendo la puerta pasó al cuarto.

Estaba el marido con extrema agitación; parecía completamente anonadado. Dirigióse á la anciana; pero habiendo dado unos pasos se volvió, atravesó la sala y vino adonde estaba el sacerdote. Miróle éste, alzó los ojos al cielo y suspiró; con el propio movimiento subió y bajó su espesa barba blanca.

—Dios mío, Dios mío, dijo el marido.

—¿Qué hacer? balbuceó el sacerdote. Y de nuevo sus ojos y su barba se levantaron y bajaron.

—¡Y su madre que está ahí! exclamó con desesperación el esposo. No soportará este golpe. ¡La ama tanto, tanto!... ¿Qué le irá á suceder? Sabe Dios!... Padre, si procuráseis calmarla, obligarla á que se aleje!

Levantóse el sacerdote y se aproximó á la anciana.

—En verdad, nadie puede penetrar en el corazón de una madre... mas la misericordia de Dios es infinita....

Se contrajo bruscamente el rostro de la anciana, y fué sacudida toda por un hipo histérico.

—La misericordia de Dios es infinita,—continuó el eclesiástico, cuando se hubo calmado algo la anciana.—Con vuestro permiso, había en mi parroquia una enferma mucho más grave que María Dmitrievna; pues bien, un oscuro artesano la ha sanado en muy poco tiempo con ciertas hierbas. Ese artesano está ahora en Moscow. He hablado de él á Vasili Dmitrievich; se podría hacer la prueba; á lo menos sería consuelo para la enferma. Nada hay imposible para Dios.

—¡No, no puede vivir! gimió la anciana. ¡Si Dios me hubiere llevado en lugar suyo!—Y el hipo histérico se ripitió con tal violencia, que perdió el conocimiento.

Se cubrió el marido la cara con las manos y salió violentamente de la sala. La primera persona que encontró en el corredor fué un niño de seis años, que corria desaforadamente tras una chiquilla.

—¿Llevo á los niños á ver á la señora?—preguntó la aya.

—No, no quiere verlos, se trastorna.

Detúvose un instante el niño; miró con atención á su padre, y luego, saltando con gritos alegres, prosiguió su carrera.

—Mira, papá, ella es el caballo!

Entretanto, en la otra pieza se hallaba la prima, sentada á la cabecera de la enferma; con palabras estudiadas esforzábase en prepa-

rarla á la idea de la muerte. Cerca de la ventana, el médico agitaba una bebida.

La enferma, vestida de bata blanca, estaba sentada en el lecho y enteramente rodeada de cojines; miraba calladamente á su parienta. De improviso la interrumpió con vivacidad:

—Oh, amiga, no me prepares, no me trates como niña. Soy cristiana, lo sé todo. Sé que no me queda mucho tiempo de vida... y que si mi marido me hubiera hecho caso, estaría yo en Italia... y que tal vez, no, seguramante habría sanado. Todos se lo decían. Pero qué quieres, tal ha sido sin duda la voluntad de Dios. Todos somos grandes pecadores, lo sé bien; más espero en la misericordia del Señor que me perdonará... debe perdonarme. Procuro hacer mi exámen. Tengo muchos pecados en la conciencia, amiga mía; pero también ¡cuánto he sufrido! Me he esforzado por sobrellevar mis males con paciencia...

—¿Quieres que llame al sacerdote, querida mía? interrumpió la prima. Tendrás un peso menos habiendo perdonado á todos.

La enferma inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Dios mío, perdóname! murmuró.

Salió la prima, hizo una seña al sacerdote, y volviéndose al esposo, llenos los ojos de lágrimas, le dijo:—Es un ángel!

El esposo lloraba. El sacerdote entró en el cuarto. La anciana seguía sin conocimiento; reinó profundo silencio en la primera pieza. Al cabo de cinco minutos, apareció el sacerdote doblando su estola.

—¡Dios sea loado! La señora está más tranquila, desea veros.

Pasaron el marido y la prima. La enferma lloraba calladamente contemplando las santas imágenes.

—Te doy mi parabién, amiguita, dijo el marido.

—Gracias, ¡qué bien me siento ahora! qué inefable dulzura experimento! Y ligera sonrisa iluminó sus labios delgados.—¡Qué misericordioso es Dios! ¿no es cierto? ¡misericordioso y omnipotente! —Y de nuevo, con ferviente plegaria, sus ojos llenos de lágrimas se convirtieron á las imágenes.

De súbito, pareció como que se acordaba de algo é hizo seña al marido para que se acercase.

—Nunca quieres hacer lo que te pido, dijo con débil tono de reproche.

El esposo alargando el cuello, escuchaba con ademán sumiso.

—¿Qué quieres decir, querida mía?

—¡Cuántas veces te he dicho que estos médicos no saben nada! Hay remedios de curanderos que sanan... Mira, el padre me hablaba de un artesano... Mándalo buscar...

—¿Para qué amiga mía?

—Dios mío! ¡no quiere entender!...

La enferma arrugó las cejas y cerró los ojos. El doctor se adelantó y le tomó la mano; el pulso se debilitaba sensiblemente. Este hombre hizo una seña al marido; la enferma la sorprendió y los miró espantada.

La prima se apartó sollozando.

—No llores, te afliges y me afliges,—dijo la enferma;—esto me quita la poca tranquilidad que me queda.

—¡Eres un ángel! exclamó la prima besándole a mano.

—No, abrázame aquí, sólo á los muertos se les besa la mano.

En la noche de ese día, la enferma no era más que cadáver. Estaba puesta en un ataúd, en medio del gran salón del palacio. En esta vasta pieza, cerradas las puertas, estaba sentado un diácono, solo, recitando salmos de David con voz gangosa y monótona. De los grandes candelabros de plata, la cruda luz de los cirios caía sobre la frente pálida y pura de la muerta, sobre sus finas manos de cera, sobre los rígidos pliegues del sudario, levantado trágicamente en las rodillas y en los piés. El diácono salmodiaba pausadamente sin comprender sus palabras, que ascendían y morían con extrañas resonancias en el silencio de la sala. A veces llegaban de una pieza lejana rumores de voces y de juegos infantiles:

"Velas tu faz y se turban, decía el salmo; retiras tu espíritu, y mueren y vuelven á su polvo. Envías tu espíritu, y se levantan, y se renueva la faz de la tierra. Gloria al Señor en los siglos de los siglos!"

El rostro de la muerta estaba severo, majestuoso. Nada se movía, ni en su rostro helado, ni en sus labios cerrados estrechamente. Era toda atención. ¿Comprendía ahora esas grandes palabras?

IV.

Un mes después, elevábase sobre el sepulcro de la difunta, hermosa capilla de mármol. Sobre el del postillón no había aún piedra, sólo la verde hierba coronaba el montón de tierra, indicio único de que ahí se había extinguido una vida humana.

—No está bueno, Serioya, dijo un día la cocinera en el relevo, no está bueno que no hayas comprado una piedra para Fedor. Antes era á causa del invierno, mas ahora, ¿porqué no cumples tu palabra? Fué cosa convenida delante de mí, ya vino una vez á reclamarte, si no compras la piedra, vuelve y te extrangula.

—Pero si no me opongo, respondió Serioya; compraré la piedra como lo he prometido, me costará rublo y medio. No se me ha olvidado, pero es menester traerla; cuando pase por la ciudad la compraré.

—A lo menos ponle una cruz, añadió un antiguo postillón.

—No, no está bien... traes sus botas.

—¿Pero dónde consigo la cruz? ¡No puedo hacerla con leña!

—¿Quién te habla de leña? Toma el hacha, vé al bosque y corta la cruz. Derribas un fresno chico y ya la tienes. Anda temprano, si nó será preciso que le dés aguardiente al guarda. No conviene pagar la bebida por cualquier tontería. Mira, el otro día se me rompió una bolea, corté una rama, hice otra nueva y nadie ha dicho nada.

De madrugada, casi con luz, tomó Serioya el hacha y se fué al bosque.

Caía aún el rocío, extendiendo en todos los objetos un velo mate y helado que no alumbraba todavía el sol. Alboreaba apenas el Oriente, reflejando su pálida luz en la bóveda celeste, manchada con ligeras nubecillas. Nada se movía, ni una hierba en el suelo, ni una hoja en las ramas altas de los árboles. De trecho en trecho, un aleteo en la espesura, un rumor á flor de tierra, era lo único que turbaba el sosiego de la selva. De improviso un ruido singular que no pertenecía á las voces de la naturaleza, resonó y murió en el extremo del bosque. El ruido se hizo oír de nuevo y se repitió á intervalos iguales; venía del pié de uno de los árboles inmó-

viles. Se estremeció repentinamente una de las copas; murmuraron algo sus hojas henchidas de savia; una curruca posada en una de las ramas, silbó, dió varias vueltas y fué á colocarse en otro árbol, con la cola extendida.

Golpeaba el hacha al pié del tronco, siempre más sordamente; astillas blancas y resinosas volaban sobre la húmeda hierba; á los golpes sordos sucedió un leve crujido. Se estremeció el árbol con todo su cuerpo, se inclinó y se levantó vivamente, vacilando espantado en sus raices. Hubo un instante de silencio; el árbol se inclinó de nuevo, un segundo crujido gimió en el tronco; y triturando sus renuevos, precipitando sus ramas, cayó cuan grande era sobre la tierra húmeda. Expiraron los ruidos de hacha y de pasos; la curruca silbó y se elevó en el espacio. La rama que había rozado con sus alas, tembló un momento y cayó inanimada como las otras con todas sus hojas. Las cimas inmóviles de los árboles resplandecieron más alegremente en la abertura que se acababa de hacer.

Los primeros rayos del sol, atravesando el nublado que los interceptaba, brillaron en el cielo, iluminando tierra y espacio. La niebla se agrupaba en ondas en lo profundo de los valles, cintilaban en la verdura perlas de rocío; las nubes blanquecinas, nacaradas, apresuraban su carrera bajo la bóveda azul. Se agitaban los pájaros en la espesura, y como enloquecidos, gorgeaban un no sé qué de venturoso. Las hojas lucientes cuchicheaban entre sí secretos dulces y apacibles; las ramas de los árboles vivos se estremecían suave é impetuosamente encima del árbol muerto que yacía por tierra.

(Versión española de MARIANO CORONADO.)

EL ALBUM DEL HOGAR.

A mi querida esposa la Sra.
D. Asunción R. de Vigil.

I.

Si en amar y ser amado
Se cifran del corazón
Los más deliciosos sueños
Que en su delirio finjió;
Si es la dicha nuestra dicha
Ver brillar en el fulgor
De una ardorosa mirada
Que humedece la emoción;
Si se encierran de un suspiro
En la misteriosa voz
Las armonías más puras
Que la poesía inspiró;
Si la existencia se entreabre
Cual la matutina flor
A los besos de la aurora
Al tibio rayo del sol;
¿Puedo decir, vida mía,
Puedo creer con razón
Que eres dichosa á mi lado,
Que te hace feliz mi amor?

La vida se huye ligera
Como la vaga ilusión
Que no deja ni un vestigio
Que nos diga que pasó:

Mariposa fugitiva
Que en su pecho tornasol
Refleja graciosos iris,
Vive de luz y vapor,
Para ir á plegar las alas
Junto al rosado botón
Que la vió nacer insecto
Para verla morir flor.
Tal vez cristalina lágrima
En su vuelo derramó
Que un suelo avaro recoje
Sin decir quién ese don
Depositó en sus entrañas,
En su seno derramó
Por testigo de sus cuitas,
Confidente de su amor.
¿Quién ¡ay! de la mariposa
La historia después contó?
¿Quién guarda sus ilusiones?
¿Quién refiere su dolor?
El espacio que la oprime
Sofoca también la voz
Que entre suspiros derrama
Angustiado el corazón.

Pero nó, mira la tarde:
En un lecho de arrebol
El sol recuesta su frente
Y nos da su último adiós.
¡Cuán triste! la sombra llega,
Con su fúnebre crespón
Envuelve la inmensa tumba
Que al gigante sepultó.
El pajarillo le canta,
Le canta con triste voz,
Y en silencio se repliega
A llorar el girasol.

Pero ya se alza la luna,
Dulce recuerdo de amor
Que empapa su húmeda frente
En la eterna luz del sol.
Nó, no ha muerto, vive, alumbra
Otra más vasta región
Donde vierte de sus rayos
El benéfico calor.
El vendrá pronto y de nuevo
Nos dará la inspiración
Que viste de hojas el prado,
Da al fruto aroma y color......

Bellos símbolos, bien mio,
Son esos del corazón
Cuyos latidos no mueren,
Pasan á vida mejor.
¿Qué importa que el tiempo cruce
Con paso firme y veloz
Derramando de sus labios
La amargura y el dolor?
No alcanza su mano airada
Ni á aniquilar una flor......
Trasforma; hé aquí la potencia
De que el cielo le invistió.
Y ese cariño infinito,
Esa infinita emoción,
Esa vaguedad tranquila
En que el alma se meció,
Desafían del sepulcro
El poder aterrador,
Pues prendas de eterna vida
Y que nunca engañan son.
Es el ocaso la aurora
Cuyo brillo precursor
Anuncia el próximo dia
Que lleva la dicha en pos.

Y cada año que trascurre,
Lejos de herir la ilusión,
Acerca el ansiado paso
A una existencia mejor.
Entonces será perfecta
Nuestra dicha y nuestra unión,
No habrá una nube que turbe
Su indeficiente esplendor:
Que si amar y ser amado
Es la luz del corazón,
Sentimos esa promesa
Que es la promesa de Dios.

II.

Un paso más en la vida,
Un paso más en el tiempo,
Un paso que nos acerca
Más al suspirado término.
Esa sombra misteriosa
Que se aleja como un eco
Perdiéndose entre las brumas
Solitarias del recuerdo,
Es la vida que se gasta,
Se extingue en su propio fuego,
A la acción lenta, incesante,
Profunda del pensamiento.
El árbol que ayer alzaba
Su copa soberbia al cielo,
Hoy sus hojas abandona
A los embates del viento.
Los séres huyen, se pierden,
Giran en círculo eterno,
Actores de un escenario
Siempre antiguo y siempre nuevo,
Pero no hay muerte, no hay muerte;
De la tierra pasajeros,
El terminar la jornada
Sólo es despertar de un sueño.

Los lazos que nos estrechan
En este triste destierro
Subsisten en ese mundo
De esperanzas y misterios.
La unión allí es más perfecta,
Más íntimos los afectos,
Más dulces las emociones,
Más puros los sentimientos.
Allí la esperanza goza
Sin ser mártir del deseo,
Allí el corazón no sufre
La nostalgia del recuerdo;
Porque las aspiraciones
Que hoy agitan nuestro pecho
Sólo son tiernas promesas
De la dicha que entrevemos.

Hay en el fondo del alma
Un vago impulso secreto
Que á todo se sobrepone
Con inextinguible esfuerzo;
Que nos hace buscar siempre
De la vida el complemento
En otra alma que responda
Al más dulce devaneo.
¡Felíz aquel que ha logrado
Ver en su camino abierto
El horizonte infinito
Poblado de sus ensueños,
Y entre ellos de una voz oye
El consolador acento
Mostrándole en lontananza
De sus fatigas el premio!
Compañera de mi vida
A quien destinó el Eterno
Para endulzar la amargura
De mi lacerado pecho.

Apoyo de mi existencia,
En mis dolores consuelo,
En mis dudas fé sublime,
Bálsamo en mis sufrimientos,

Cadena de oro que ligas
Con tu amor y con tu ejemplo
A un corazón vagabundo
Triste sin tí, sin tí huérfano.

¿No es verdad que nuestra vida
Sigue su curso sereno
A la luz de un astro hermoso
Que no enturbia ningun velo?

¿No es verdad que intacto, puro,
Nuestro hogar guarda en silencio
Ese amor que nunca muere
Porque reposa en su centro?......

Vé, nuestros hijos nos cercan,
Nos cubren de dulces besos,
Sus tiernos brazos se enlazan
En redor de nuestros cuellos.

Apenas el sol asoma
Invaden nuestro aposento
Como risueña bandada
De gorriones y jilgueros.

¡Cuánta esperanza nos traen!
¡Cuánto dichoso recuerdo!
Es nuestro amor que renace
Como un brillante lucero.

Pero entre ellos falta alguna......
¿En donde está? ¿Qué se ha hecho?
¿Porqué su voz no responde
Si la llamo? ¡ay! ¡duerme lejos!

Nó, no está lejos, bien mio,
Ella nos vé desde el cielo,
Sus manecitas nos tiende
Y nos llama sonriendo.

Reposemos un instante,
Nuestros labios acerquemos
Al manantial de la vida
Mientras que se llega el término.
Un paso más ¿y qué importa?
Llamemos con fé y sin miedo
A esa puerta misteriosa
Que da espanto al vulgo necio.
El árbol que se deshoja
En la estación del invierno,
Cobra su verde ropaje
De abril al soplo benéfico.
Así, si el hombre sucumbe
A su destino terreno,
Sólo es para trasformarse
Con un destino más bello.
Dejemos á la esperanza
Nuestro corazón abierto,
Las pocas flores del mundo
Recojamos y guardemos,
Como el talismán precioso
Que nos concediera el cielo
En este vasto teatro
Siempre antiguo y siempre nuevo.

III.

¡Dichoso aquel á quien guarda
La siempre mudable suerte,
En medio á las tempestades
Pobre más seguro albergue!
¡Dichoso aquel que del mundo
En los desengaños tiene
Como un tesoro escondido,
Pura, inagotable fuente
De cariño que en el alma
Sus dulces consuelos vierte,
Y disipa las sombrías
Nubes en su claro oriente!

¿Qué valen de la riqueza
Los mentidos oropeles,
Cuando la conciencia á solas
En un lecho se retuerce
De espinas, sin que la calma
Un solo momento pruebe
En largas horas de insomnio,
De pesadumbre y de fiebre?
¿Qué valen de la fortuna
Las sonrisas, los laureles
De la gloria, si agitado
De la ambición se estremese
El pecho, porque á cada hora,
Porque á cada instante teme
Que todas sus ilusiones
Huyan como soplo leve?
Esa paz imperturbable,
Que no se compra ni vende,
Que la virtud sólo brinda,
Que la honradez sólo ofrece;
Esa quietud misteriosa,
Que el tumulto no comprende,
Pues cual la tierna violeta
Sólo á la sombra florece;
Es el premio que en la vida,
A pesar del mundo, obtiene
El que á placeres mentidos
Adios dice para siempre.

J. M. Vigil.

(Continuará)

EL "OTELLO" DE VERDI.

CRONICA MUSICAL DE "LA REVUE DES DEUX MONDES." (*)

Haciamos votos no ha mucho porque de una parte cualquiera del horizonte, un aliento poderoso nos llegara, y ese aliento ha venido: ha brotado allá en esa tierra de Italia, en los labios todavía elocuentes de aquella anciana madre de la armonía. Desde hacía largos años la música era ingrata con su primera patria y no cantaba más que en la dura lengua alemana; después de *Aïda* y de la *Misa de Requiem* el genio latino enmudecía. Acaba de romper su silencio y con tan brillante voz, con tales acentos, que ha alcanzado por un momento el ideal esperado, al menos ese ideal pasagero que vive la vida de algunas generaciones humanas dándonos unos cuantos años de ventura.

Después de dos audiciones y de repetidas lecturas, *Otello* nos parece la obra maestra de Verdi y una de las obras maestras de nuestra época. Se buscaba ansiosamente el nuevo molde del drama lírico: hélo ahí! Hé ahí la reforma de la ópera, llevada á cabo modestamente, sin charlatanería ni farsa: hé ahí los nuevos senderos abiertos á la música moderna por el decano de los compositores.—El arte, con *Otello*, ha dado un gran paso hácia adelante. ¿Qué exigen los tiempos actuales al drama musical? Un cuidado nimio, escrupuloso, de la verdad; un constante é íntimo acuerdo entre la palabra y la nota, el estudio del alma y la expresión de las pasiones, el abandono de las antiguas fórmulas exclusivamente musicales, una orquesta elocuente é interesantes armonías. Wagner, á pesar de su genio indisputable, ha oído estas exigencias pero sin satisfacerlas, ó mejor dicho, ha ido más allá. Ha llevado hasta el extremo doc-

(*) El traductor de este hermoso artículo manifiesta que no se hace solidario del furor antiwagneriano que en él campea.—*M. A. C.*

trinas que una aplicación muy rigorosa ha desacreditado, y con el pretexto de fortalecernos ha estado á punto de hacernos morir de indigestión. Verdi ha procedido de otra manera, con mayor mesura y sobriedad. Escuchando docilmente las tímidas voces que pedían al arte algo nuevo, algo mejor, nos lo ha dado.

Teníamos sin duda el derecho de esperar un nuevo progreso de Verdi, de ese hombre extraordinario, que según la expresión de A. Boito no ha hecho desde hace cincuenta años más que superarse á sí mismo en cada una de sus obras, pero no un progreso semejante. Dios pone muchas veces lo mejor del genio como de la existencia en los postreros años de la vida. *Aïda* y la *Misa* podían considerarse como las últimas etapas de un camino de gloria. La *Misa de Rèquiem* principalmente, podía haber indicado á Verdi, nuevo Mozart, al ángel del eterno reposo. A los setenta y tres años ya se tiene el derecho de callar para no oír más que á la propia alma. Verdi no lo ha querido así: ha querido escuchar por última vez á las pobres almas humanas. ¡Y qué almas escogió! El, que casi siempre había calentado con su aliento figuras insignificantes y personages mediocres, se ha medido en su último combate con el más formidable adversario. En esa lucha suprema no hubo ni vencedor ni vencido, y desde el fondo de su tumba el poeta inglés, puede decir al músico de Italia: *Well roared, old lion!* ¡Oh viejo leon, rugiste bien!

No creo que la historia de la música moderna pueda ofrecer el ejemplo de una carrera comparable á la de Verdi, ni de un progreso semejante, ni de tan rara identidad de inspiración. La potencia dramática, que nadie ha podido igualar, ese dominio irresistible sobre el alma que ha hecho inmortales ciertas páginas de *Rigoletto*, *El Trovador* y *Traviata;* la energía y claridad de las melodías, la espontanea sinceridad del pensamiento, todo lo ha conservado Verdi durante cincuenta años. Y como si todo eso no le bastára, en los veinte últimos, con admirable buena fè, con sorprendente comprensión de las nuevas tendencias, sin renegar de sí mismo, sin convertirse en discípulo ni en esclavo de nadie, el Maestro se ha ido elevando á una concepción más y más levantada. Ha ido cediendo sin escándalo al progreso, que para verificarse en el arte sobre todo, no necesita ni violencias ni ruinas. No ha quemado los dioses que adoraba, unicamente ha encendido una nueva lámpara

en su altar. De *Rigoletto* á *Don Carlos* el progreso fué muy grande; mayor de *Don Carlos* á *Aïda*, y enorme de *Aïda* á *Otello*. Puede afirmarse que el Verdi de *Otello* es el verdadero maestro del porvenir. En ninguna otra ópera el conjunto general es más perfecto, en ninguna las proporciones más armoniosas. En toda la pieza los mayores efectos se producen por los medios más sencillos, en toda ella la idea musical nace de las situaciones. La forma musical ahí es inseparable de la forma literaria, la palabra llama á la nota. Nunca, jamás ni el mismo Wagner ha apropiado con tanta precisión la música á la letra, ni tampoco los más grandes maestros han trazado en música caracteres más constantes, más acabados, más consecuentes. He aquí tal vez lo constituye el principal encanto de la obra, ó el que más sabe apreciar nuestro espíritu moderno. Verdi no emplea nunca el *leitmotiv*, ese procedimiento del cual Wagner no fué inventor ciertamente sino un explotador furibundo. Wagner escoge algunas notas al azar, un embrión de melodía ó de rítmo, y en seguida *motu propio*, hace de ello la representación característica, el signo de un personaje ó pasión determinados. Desde aquel instante el oyente ya no tiene el derecho de discutir, sino la obligación de someterse: es absolutamente forzoso que siga reconociendo constantemente en aquel trozo musical ya la compasión de Brunehilda, ya los viajes de Wotan, ya la pasión naciente y el vehemente fuego de Walther; que siga con atención incesante las más ligeras apariciones ó modificaciones del tema consabido, que casi siempre es puramente instrumental, y en el momento en que menos lo espera, una cuarta trompa, un trombón, pueden desde su sitio expresar un nuevo estado del ánimo. Los violines divididos expresan otro, y en seguida otro, y luego otro, gracias á la prodigiosa polifonía de la orquesta wagneriana. Con esta superposición de temas, Wagner obtiene una combinación de sentimientos, una ensalada psicológica que sabe manejar con maravillosa destreza: de esta manera conmueve el alma. El esfuerzo es colosal y á las veces pueril. La dificultad de seguir detalles perdidos en el estrépito del conjunto, la sutileza de los temas modificados á cada paso y subdivididos, y sobre todo la repetición que se espera y acaba por temerse de esas fórmulas que se dicen necesarias y son sólamente arbitrarias, fatiga horriblemente. El ideal artístico no consiste en hacer un drama ni en crear un personaje con dos ó tres ideas,

por fecundas que sean, por ingeniosamente que puedan repartirse. ¡Cuánto más nos agrada el estilo de Verdi y la concepción del *Otello!* El Moro, enamorado y celoso, la angelical Desdémona, el pérfido Yago cantan siempre conforme á su caracter, á su naturaleza modificada cuando es preciso, con exquisita fineza, por la del pensamiento ó la pasión del momento. El fondo de su alma no deja de mirarse, visibles son también las impresiones pasajeras que rosan á las veces la superficie, pero cada uno de ellos tiene su lenguage propio, y no como los personajes de Wagner, una palabra y una divisa. Esa es la diferencia principal: los héroes de Verdi hablan, los de Wagner porfían. De los labios de Otello y de los demás personajes brotan sin cesar nuevas melodías; mil detalles de sentimiento, mil expresiones del corazón dan variedad á la obra sin hacerla perder nada de su unidad. Con una riqueza que no se agota, con efusiones sin cesar renovadas, el genio de Verdi se prodiga como el sol.

Por un milagro inexplicable la sobriedad se aduna á tanta abundancia: nò hay en *Otello* una página que sobre, ni un compás inútil. La acción se desarrolla de un soplo único y potente sin que cesen ni un minuto el encanto ó la emoción.

La orquesta ha ocupado por fin el lugar que le corresponde en el teatro ya no es ni déspota ni esclava de los personajes; es su aliada, su amiga, canta con ellos y no para ellos. Nunca ha sido más perfecta la fusión entre los dos elementos, entre las dos almas gemelas del drama lírico.

El notabilísimo libreto del *Otello* débese á Arrigo Boito, poeta músico y *dilettante* admirable en el mejor sentido de la palabra. Con efecto: Boito es de aquellos que saben amar, que saben como el Apóstol, que el génio, la ciencia, que todo cuanto existe no es nada sin el amor, y él sabe sentirlo; el amor á Shakespeare, lo mismo que á Verdi, el amor místico y lleno de abnegación que se inmola por el objeto amado. Boito pudo muy bien haber compuesto para sí el libreto del *Otello* y tal vez su música hubiera sido digna de su poesía, mas no lo ha querido así, prefiriendo consagrar uno de sus talentos al genio y no traducir á Shakespeare más que para inspirar á Verdi "No escribiendo yo mi *Otello* Verdi no hubiera escrito el suyo"—dijo. Semejantes palabras son dignas de citarse. Tan magnífico libreto es pues más que el pretexto, es la causa de tan magnífica partición.

La música de *Otello* de tal manera se adapta á la acción que es imposible comprender la una sin la otra: cuidémonos de separarlas. La ópera de Verdi no comienza, estalla con tan formidable estremecimiento, que hasta el principio de *la Valkirie* palideciera junto á éste. Boito ha suprimido el primer acto de Shakespeare, el acto veneciano; de manera que al levantarse el telón nos encontramos repentinamente en Chipre, y asistimos desde la rivera á la lucha que sostiene el bajel de Otello con las olas embravecidas. Los coros esparcidos aquí y allá, se interpelan ansiosamente siguiendo las peripecias del huracán espantoso que ruge en la orquesta. Los contrabajos producen un torbellino furioso: los metales lanzan gritos estridentes y los violines notas agudas y vibrantes como el rayo. De pronto guiada por un arranque unánime, irresistible, la muchedumbre entona una plegaria, que dura sólo algunos compases, pero qué compases! No puede nunca un clamor más conmovedor elevarse á un cielo más airado. El buque arriba y Otello saltando á la playa saluda al pueblo con un canto triunfal. A las primeras frases se adivina al héroe que anuncia la doble victoria obtenida contra los hombres y los elementos. Jamás tenor alguno ha lanzado tan soberbio apóstrofe. Después de un coro henchido de contento y alegría, después que en tres compases serenos y apacibles la tempestad se calma, habla Yago. La ironía, la insidiosa caricia de su voz revelan al traidor. Estos recitados no son más que un *parlando* desligado, pero completamente distinto del antiguo *parlando* italiano, tan indiferente antaño á las palabras en que corría su insípida tonadilla. Aquí no; cada palabra tiene la nota necesaria, la inflexión correspondiente á las más leves sutilezas de la idea. El despecho de Yago, su desdén por el fragil tesoro de la virtud femenina se adivinarían sin necesidad de la letra. Notemos, sobre todo, entre esos detalles preciosísimos la frase:

ed io rimango
Di sua Moresca Signoria l' alfiere

que el trino final termina con mofa despreciativa.

El pueblo está contento: en la noche tranquila y serena míranse de pronto brillar las antorchas y farolillos venecianos. Ah! qué hermosas luces! En los labios sonrientes, en los violines, mariposean

aladas melodías; los *pizzicati* chisporrotean, los timbales murmuran, las flautas cantan sus notas arrulladoras, el fuego cintila, languidece y muere. Sólo duró un instante aquel coro que no es más que un accesorio delicioso: así aparecerá siempre la multitud durante toda la obra, discretamente, detrás de los personages. En seguida se trata de beber, pero no como se bebía antes, únicamente por beber, y para entonar el *brindisi* de rigor: no, el argumento se enlaza perfectamente con esta escena báquica: es fuerza embriagar á Cassio para que su embriaguez produzca las riñas, el escándalo y la cólera de Otello. El primero que canta una copla algo extravagante es Yago: Cassio le contesta, pero rehusando tomar más de una copa. *Beva con me!*—le dice Yago. El rítmo es franco y la estrofa se desliza hasta el fin por un descenso cromático de los más expresivos. Cassio se turba desde la segunda copla y el acompañamiento lo indica así y sigue indicándolo mejor en la tercera. La orquesta se enardece: *Beva, beva con me!* repite Yago y la turba continúa burlándose del bebedor, vacilante ya. El sólo, Cassio, con encantadora torpeza trata de atrapar la canción que se le escapa, en su embriaguez ligera, juvenil, en tanto que Yago repite aún con mayor sarcasmo *Beva, beva con me!*. Por fin, Cassio saca la espada, se baten. Todo se anima, se calienta: el movimiento, la vida, vénse en todas partes, lo mismo en el foro que en la orquesta. Nunca, ni el mismo Verdi había pintado un cuadro igual.

Bruscamente, aparece Otello, y cesa el ruido. Una vez más encontramos aquí al héroe shakespeariano: su voz estentórea solo se endulza como por encanto al ver á Desdémona. "Dulce Desdémona mía, han interrumpido tu sueño!...... Cassio; has dejado de ser capitán." Verdi ha comprendido el enlace delicioso que hay entre aquella falta y este castigo. Otello retira á la turba con nobleza, con cierta dignidad melancólica: la orquesta se va extinguiendo poco á poco, casi hasta el silencio. Entonces, lentamente, en medio de aquella apacible serenidad, se levanta un canto misterioso; los violoncellos empiezan á gemir...... se detienen y Otello comienza el dúo ideal con que termina el primer acto. Afirmo, sin temor de equivocarme, que no se ha escrito nada más bello en el lenguaje del amor. El maestro ha abandonado aquí la antigua regla: *andante cantabile*, breve recitado, *allegro* final en terceras. Su dúo no es un diálogo de amor tan sólo: es la unión de las almas en un beso.

La primera frase de Otello es una caricia ardiente; está escrita casi toda para la voz media, para esas notas de tenor un poco graves, llenas de ternura y sentimiento.—*Mio superbo guerrier*—exclama Desdémona. Es el famoso *My fair warrior* trasportado. Quizá está mejor así en labios femeniles. *Oh mi hermosa guerrera!* no pinta á la blonda y dulce criatura; á menos que no sea uno de esos nombres tiernamente irónicos que se dan á los niños para hacer resaltar su edad y su debilidad: algo como un casco de hierro colocado en la frente de la joven desposada.

Quedo, muy quedo, con los labios casi pegados á los de su dueño Desdémona evoca sus recuerdos de amor. Boito ha colocado aquí con mucho arte la narración de Otello ante el Consejo, que dialogada por ambos esposos, tiene mayor ternura. El canto *Quando narravi l' esule tua vita*, es de esos que de por sí son tan bellos, que pueden pasarse sin acompañamiento. Algunas notas de arpa lo siguen dulcemente en su lenta escala. Luego Otello recuerda los combates, las luchas sangrientas, el asalto, las flechas silbadoras. ....Aquí Desdémona le interrumpe. Ella quiere continuar el hilo dorado de sus amores. Ella quiere hablarle y esto es muy femenino, quiere hablarle á aquel príncipe africano, de sus infortunios, de su miseria, de la esclavitud. Ah! ¡qué série de frases celestiales que brotan como dulces lágrimas de júbilo! ¡Qué éxtasis tan hondo producen los siguientes versos:

E tu m' amavi per le mie sventure
Ed io t' amavo per la tua pietá.

¡Palabras divinas que no encontrarán más en la lengua de los sonidos sus notas hermanas!

Se cree muchas veces que ese dúo va á terminar y empieza de nuevo: de la orquesta sube nueva voluptuosidad, nuevos encantos. Tres veces los violines lloran de amor y tres veces Otello pide á Desdémona el beso nupcial. "Ven, le dice, Venus resplandece en el cielo." Entonces la orquesta entera se inunda de luz, y la dichosa pareja se retira lentamente. Venus no es ya más que una estrella; si fuera diosa aún volvería á Verdi sus veinte años por este dúo de amor.

Al comenzar el segundo acto Yago aconseja á Cassio que solicite la intervención de Desdémona. Los menores detalles de esta esce-

na familiar son dignos de notarse. No hay una sola nota escrita al azar ó sin intención literaria y empero todo es perfectamente musical. Apenas se retira Cassio y Yago cambia de tono. El suave colorido de la orquesta que acompañaba muy piano sus hipócritas consejos, adquiere una fuerza y una violencia espantosas para acompañar sus imprecaciones. En medio del tañido de los metales, de los trinos estridentes, Yago blasfema. "Creo en un Dios cruel que me ha creado semejante á él: creo con tanta firmeza como la viuda que ora en el templo" y al decir estas palabras, su propia voz le espanta y la frase cae, como avergonzada de sí misma. Este *Credo* no es un canto, es una breve explosión en la cual tampoco se sacrifican ni la verdad dramática ni la belleza musical. Yago espía á Cassio y Desdémona y viendo llegar al Moro, exclama de modo que él pueda oirlo *Cio m' accora:* esto me inquieta. Otello sorprende estas palabras, y preguntando á Yago lo que significan, éste comienza su malvada obra. Tiene para inquietar á Otello frases de una perfidia asombrosa, respuestas humildemente ajustadas á las preguntas de su amo, ardientes juramentos de amistad, consejos de paciencia, de prudencia sobre todo. Sabe endulzar con voz melosa los primeros y terribles arranques de los celos. Afuera se escuchan alegres canciones. Yago se apresura á exclamar *Vigilate!* y repite tres veces la pérfida palabra que cada vez penetra más y más hondo en el corazón.

Los pescadores chipriotas, las mujeres, los niños, vienen á ofrecer perlas y flores á Desdémona; á cantarle sus *canzones* populares y bellas, á las cuales la voz algo chillona de los niños, y las guitarras, le dan un sabor muy singular.

Después de tan gracioso episodio, Desdémona se acerca á su esposo. Viene, le dice, á pedir perdón para un desgraciado, para un arrepentido, para Cassio. Habla de él la pobrecilla, con candor, con afecto, como hablará siempre. La brusquedad de Otello la interrumpe: enjuga con su pañuelo perfumado la adorosa frente de su señor y lo deja caer. Emilia lo levanta y Yago se lo arrebata. Entretantó, en el otro extremo del foro, Otello y Desdémona cantan, el uno su angustia creciente, indescriptible, la otra su dolorosísima sorpresa. Bien sabido es desde el cuarteto de *Rigolleto*, con qué respeto, con qué amor de las voces, y con cuánto sentimiento dramático sabe tratar Verdi estos conjuntos, en donde cada personaje

habla y canta sin borrar á los otros y sin que los otros lo borren. Esta facultad de expresar simultáneamente diversas pasiones, es uno de los más bellos privilegios de la música.

Al cuarteto le sigue el gran dúo de los celos, del cual nos disgusta el fin: la repetición del juramento por los dos hombres es vulgar y parece una vieja reliquia del pasado. Pero ésta es la única página censurable del *Otello:* gota de agua menos pura en mar trasparente.

En este dúo, antes de la conclusión, abundan las bellezas. El sueño de Cassio, cantado por Yago es una obra maestra de melodía. ¡Qué papel tan maravilloso es ese papel de Yago, casi siempre murmurado y siempre musical, siempre cantable! Otello comienza á rugir: se enardece con la furia de la orquesta, de los violoncellos que rugen también. Con qué desesperación se figura estar viendo aquel cuerpo divino opreso por los brazos de Cassio y por sus besos, aquel cuerpo *che m' innamora*, dice en un grito sublime de pasión. Antes vivía tranquilo, dichoso...... ¿y ahora? Entonces con una suspensión de la voz cuyo efecto es extraordinario, que rápido derrumbamiento

Ora e per sempre addio, sante memorie!

Siempre que leíamos en Shakespeare ese sublime adiós nos preguntábamos si habría algún músico capaz de interpretarlo. El músico ha aparecido. Un anciano es quien ha cantado la desesperación así bien que la embriaguez del amor. Esta espléndida frase posee todas las bellezas: la vergüenza presente y la felicidad pasada, la dicha que vuelve una vez más al corazon del héroe, y lo destroza al dejarlo para siempre!

El acto tercero es, sin embargo, superior al segundo. Hé aquí á Desdémona acercándose á su esposo, como siempre, sonriente y cariñosa. "Dame, dame—dícele Otello—tu mano de marfil.—Aquí está: ella no ha conocido todavía ni el dolor ni los años." Con sincera ternura en Desdémona y fingida en Otello, el diálogo se entabla en un estilo digno de Mozart: igual frescura y pureza. De pronto la inocente con encantadora imprudencia, vuelve á hablar de Cassio, y la cólera se apodera otra vez de Otello. Reclama el fatal pañuelo á Desdémona que sonriente contesta:—"Tratas de distraer mi súplica. —El pañuelo!—Cassio pide gracia!"—El pañuelo!—y la antítesis musical se va acentuando más y más. Desdémona se espanta:

"mi guarda," *mírame!* le dice y esas dos palabras, esas dos notas revelan una fuerza y sobriedad de expresión que jamás Verdi había poseído. Aquel *mi guarda*, es por sí solo un eterno juramento de honradez y de amor, que descubre el alma pura de Desdémona allá en el fondo de sus ojos trasparentes. La pobre niña prosigue, llorando amargamente: "Mira las lágrimas primeras que el dolor me arranca! *Guarda le prime lagrime che da me spreme il duol!* Hace veinte años Verdi hubiera encontrado para este verso una frase musical tan bella como la encontró ahora, pero entonces la hubiera terminado como termina el verso. Hoy conoce con más delicadeza los tintes, si podemos expresarnos así, del sentimiento. ¡Las primeras lágrimas de Desdémona! Un ángel debe haberlas recogido para llevarlas al cielo. Después Otello llora también, y Desdémona angustiada exclama: "*Tu piangi!* Tú lloras, tú! y yo soy la causa inocente de tu llanto!" La frase es la misma de hace un momento cuando Desdémona lloraba, pero más patética, más desgarradora, terminando no con un suspiro como antes, sino con un grito espantoso. Aquí se ve una vez más un rasgo admirable de aquella alma angelical: si sufre es principalmente porque ve sufrir: siempre es la compasión la causa de sus amores. Dominado completamente por la cólera Otello vuelve á la ironía, con un furor contenido que solo un grito traiciona cuando arroja lejos de sí "á la infame cortesana, á la esposa de Otello." Entonces la orquesta ruge como una fiera; cuando ella se calma, Otello también ya se ha calmado. No ha mucho, recordando sus días de triunfo decía adiós á la gloria que cantaba aún en su voz: ahora ya solamente llora su amor perdido. Apenas le queda fuerza para contar su inmensa desgracia: es fuerza que la orquesta sostenga sus sollozos. Jamás, jamás la música había bajado tan hondamente en el abismo de los dolores humanos: jamás una queja tan desgarradora había salido de una alma hecha pedazos. Un *crescendo* tremendo levanta la voz de Otello. "La prueba,—grita,—la prueba." Y entonces aparece Yago anunciando á Cassio, la prueba palpitante! El genio de Verdi sabe comprender como ninguno esos golpes teatrales.

El terceto que sigue es una joya. Con la intención de ser oido por Otello, que está oculto, Yago habla á Cassio de Bianca su querida, mas sin decir el nombre, de manera que pueda ser escuchado por el Moro. Le toma de las manos el pañuelo de Desdémona, y lo ex-

tiende un instante delante de las miradas furiosas de Otello. Verdi ha tratado esta escena con una ligereza encantadora. Fuera de los arranques dolorosísimos de Otello, todo es vivo, jovial en este terceto. La idea melódica, sinfónica podiamos decir, se desliza suavemente. Y así debía ser. Yago y Cassio no hacen más que reir; el uno por maldad y el otro por frivolidad de enamorado, de manera que este alegre *scherzo* decide muy bien la catástrofe final. Se oyen las trompetas. En tanto que se acercan Otello y Yago pactan entre sí, para la noche siguiente, el doble asesinato de Desdémona y Cassio. El embajador veneciano llega y entrega á Otello el decreto que le llama á Venecia. Este lo lee en alta voz delante de la multitud, no cesando en las pausas de su lectura de injuriar á Desdémona, hasta que al fin, la golpea bruscamente haciéndola caer á sus pies.

Entonces comienza un final gigantesco, uno de esos concertantes que Verdi desde que era muy joven, como en *Ernani* por ejemplo, sabía construir con sus manos de coloso. Aquí las proporciones son todavía más grandiosas y hasta el segundo final de *Aïda* se queda atrás. A pesar de su magnificencia el final de *Aïda* es singularmente decorativo, el de *Otello* es mucho más dramático. Desdémona yaciente y herida, su silencio primero, sus lamentos después, la multitud conmovida é inquieta, Yago corriendo de un grupo á otro y encontrando suficiente veneno para todas las almas: he aquí los elementos del cuadro. Al principio, el dolor de Desdémona se eleva sólo al cielo, hacia aquel sol de Oriente que alegra la atmósfera y el mar y que no puede secar sus lágrimas. Su queja es una de esas frases que sólo Verdi puede hallar, brillante como una cascada de oro. El coro repite muy quedo: *Pietà! Pietà!* con una lástima infinita: no puede nunca la voz de una muchedumbre hacerse más dulce. La orquesta también se compadece, suspira, diríase que tiene miedo! Las voces suben, descienden, el canto pasa alternativamente de la orquesta á los coros. Yago se mueve á través de este laberinto sin que las exigencias de semejante polifonía impongan el menor sacrificio al sentimiento dramático. En fin, la última repetición se desata en un furor indecible que hace salir á Otello de su abstracción. "Huid todos de Otello furioso, les grita, y tú, alma mía, dice á Desdémona, maldita seas!" Verdi no terminó el acto y Boito le proporcionó un final por todo extremo original. El foro queda desierto en un instante: Otello permanece solo, la desespe-

racion se apodera de él: dá un grito horrible. "El pañuelo!—Sangre!—Sangre!" y cae desmayado. Afuera, las músicas y las aclamaciones continúan. ¡"Viva Otello! ¡Viva el leon de Venecia!" Entonces Yago se inclina sobre el cuerpo de su amo, sin énfasis, sin cólera, con un desprecio más espantoso que el paroxismo del furor: "He aquí—dice friamente—he aquí al leon" *Ecco il leone!* Vemos pues que nada es vulgar en *Otello:* todo conserva la sencillez perfecta y la perfecta belleza.

La sencillez! Es tal en el último acto, que nos sorprende áun antes de extremecernos y maravillarnos. Verdi al fin de su obra absolutamente no ha recordado á Rossini, como lo afirmaba no sabemos quien. Podemos felizmente tener más de un ideal: amar el último acto de Rossini, la tierna *canzone* del gondolero, la romanza del Sauz, aire admirable de concierto, la plegaria que le sigue y el dúo final; podemos complacernos todavía oyendo todo eso y amar al mismo tiempo bellezas más nuevas y quizá inmortales también.

Una arpa en manos de Desdémona nos chocaría hoy tanto como una romanza en sus lábios. No podriamos comprender que

Desdemona tremblante,
Posant sur son chevet son front chargé d' ennuis

tomára una arpa para acompañarse á vocalizar. Mejor es que los fragmentos de una canción vengan maquinalmente á la memoria de la triste niña; de una canción sencilla, de una tierna canción de amores desgraciados, y sobre todo, que se escuche sin cesar, como en Shakespeare, la palabra misteriosa, el nombre del arbol de pálido follaje, del arbol que llora *el Sauz! el Sauz! el Sauz!*

Aquí deberiamos escribir en todas partes como Voltaire leyendo á Racine: admirable! Cada compás de este cuarto acto está lleno de emoción: cada nota es una lágrima. Las más insignicantes palabras de Desdémona están impregnadas de dulce tristeza, como si hubiesen recibido el álito frío de la muerte. ¡Qué desfallecimiento hay en esta sola palabra repetida: *Son mesta tanto, tanto!* Después en un acorde lúgubre, Desdémona recuerda...... "Mi madre tenía una doncella enamorada y hermosa, que se llamaba Bárbara (qué entonación en este nombre!) Amaba á un hombre que la abandonó...... y solía cantar una canción, la canción del *Sauz*...... No se por qué esta noche me viene esta canción á la memoria".

Todo esto ha sido un murmullo, y las notas que lo acompañan parecen ser las únicas que le convienen. Poco á poco la canción va surgiendo en la memoria de la pobre criatura, pero tan débilmente, que apenas si turba el silencio que la rodea. Desdémona canta distraidamente: á cada paso se interrumpe y calla, temblando: *el Sauz! el Sauz!* Mil detalles de orquesta, de armonía, de modulación, coloran su angustia y su tristeza: aún otra nota aislada seguida de un sombrío acorde—después guarda silencio. Emilia la deja y al quedarse sola siente en el corazón un terror invencible. Sus espantosos presentimientos le dicen que aquella compañera que se vá es la vida que se aleja: la llama con un grito de espanto y la estrecha por última vez entre sus brazos. Quedóse por fin sola: ya no tendrá para hablar á nadie más que á Dios, y aun El le parece severo. Sólo delante de la Virgen se atreve á arrodillarse la tímida criatura y recita una *Ave María.* La dice con voz insegura, en una sola nota que salmodea con vago terror, produciendo un efecto enteramente nuevo y desconocido en el teatro. De esta nota repetida Desdémona pasa, por un simple cambio de voz de adorable ternura, á la parte cantada de su plegaria. Ruega por el pecador, y por los inocentes, ruega débil y oprimida, por todos los oprimidos y los débiles. Cuando llega á orar por aquellos que sufren con mansedúmbre los ultrajes, á pesar suyo el recuerdo, ya que no el resentimiento de sus propios dolores, le arranca un sollozo más fuerte: pero se calma luego, y repitiendo las fúnebres palabras *Nell ora de la morte,* ciérranse sus ojos.

¡Qué poca cosa basta al genio! Una sola nota cae bruscamente desde las cimas de la orquesta hasta sus profundidades y se siente pasar la muerte. Otello aparece y se encamina al lecho. Esta escena muda está acompañada, ó mejor dicho, comentada por un asombroso recitado de los contrabajos, que parece brotar del abismo y elevarse lentamente. A veces está lleno de amenazas y rugen las cuerdas bajo los pesados arcos: á veces parece vacilar y las cuerdas altas aplacan su furor. Repentinamente, de un salto formidable, se lanza á una nota altísima, después bajando dos octavas se agita, hierve y se remonta como el rayo hasta las cimas de la escala, en donde dos acordes de los metales lo detienen, destrozándolo de un golpe. Desdémona va á morir.

Un beso de Otello la despierta. El dúo de la muerte sólo dura

unos instantes. Algunos compases solemnes, otros feroces, un *crescendo* terrible, un grito y el silencio: *Calma come la morte*, dice Otello en dos tranquilos acordes. Emilia llama á la puerta, entra y recoge el último adiós, la santa mentira de su señora. Pero esta es inútil, Otello se denuncia, acusa á su esposa y Emilia grita ¡socorro! Hay en esta parte dos líneas de un recitado prodigioso. Sin acompañamiento, con la sola voz, sobre una nota fuertemente acentuada, las palabras chocan como espadas. Semejantes hallazgos elevan el nombre de un músico á la cúspide de la gloria. ¿Y qué dirémos de la última escena y del suicidio de Otello? Cuando sabe él todo, su amor que vuelve le inunda el corazón. Su canto expresa á la vez que un dolor inmenso, la tranquilidad de su conciencia, esto es, el dolor sin remordimientos de un crímen del cual se considera más que como culpable, como víctima. "Estás pálida, dice, y muda y fatigada y bella!" Y cada palabra aumenta en ternura y compasión. Con el puñal hundido en el pecho, Otello se inclina sobre el cadáver adorado. La orquesta se estremece, y reconocemos un canto ya escuchado antes. Ya los violines habían derramado esas olas melodiosas, ya habían desmayado en este triple espasmo de amor: "*Un bacio, un bacio ancora!*" Hace apenas dos horas y media que Otello buscaba ansiosamente esos labios sobre los cuales va á lanzar el último suspiro. En tan breves instantes todo se ha dicho, el alma humana se ha exhalado. Una obra maestra entera se ha producido en el espacio de tiempo que hay entre dos besos.

Que nos perdonen los intérpretes de *Otello* que no les consagremos en este artículo bastante lugar, y que todo se lo hallamos dado al genio que sabe crear, olvidando al talento que sabe comprender. La Sra. Pantaleoni no es tal vez la Desdémona ideal. Tamagno posee una admirable voz de tenor, y dijo cual corresponde á un grande artista ciertas partes de su papel, principalmente el último acto. En cuanto á Maurel, es un Yago perfecto. Esta creación que él ha interpretado con una inteligencia perspicaz é irreprochable buen gusto, bastaría para inmortalizar á cualquier cantante ó artista dramático. Un director de orquesta como Franco Faccio, basta para hacer la reputación de un teatro cualquiera. Con un gesto sabe lanzar á la orquesta á su antojo. Los coros sobre toda ponderación.

Mas es preciso volver una vez más al Maestro; á ese gran ancia-

no es á quien debemos rendir después de su obra suprema, nuestros supremos homenages de admiración. El ha querido dar una vez más al mundo un poco de consuelo y alegría. Nos decían no ha mucho, que Italia amaba á Verdi como Otello á Desdémona, por la compasión que ha tenido de sus desgracias. ¿No es así como ama la humanidad á los grandes artistas, consoladores de su miseria? Vivamos reconocidos á Verdi por sus inmensos beneficios. Nunca la gloria más fiel dejó sus rayos por tan largo tiempo sobre una frente humana. El no ha conocido ni sabrá jamás lo que son las sombras, el descenso, y su estrella se extinguirá como en esos horizontes benditos que ignoran la tristeza del crepúsculo y guardan hasta la última hora el esplendor del sol.

1.° de Marzo de 1887.—*Camilo Bellaigue.*

(Traduc. por Manuel Alvarez del Castillo.)

SECRETO.

Es hermosa la mar, en sus cristales
El cielo se refleja;
Mas bajo tan luciente superficie
Guarda cavernas, monstruos y tinieblas.
Así bajo la risa
Que en mis pálidos labios vaga eterna,
Agítanse en mi pecho tempestades
Que ninguno sospecha.

Farfalla.

ALBORADA.

Despierta! Ya amanece: en tintas de arrebol
se visten los celajes que cruzan el azul,
y ya el primer destello del sonriente sol
de niebla de oro tiende su trasparente tul.

Empiezan las palomas su nido á abandonar,
y cual nevados copos ya van por el zafir;
en el naranjo umbroso cargado de azahar,
el perezoso mirlo ya se oye rebullir.

Se fué llorando perlas sobre la fresca flor
la Noche cuando viése la luz aparecer;
las últimas estrellas extinguen su fulgor,
—¡pupilas que la Aurora ya vino á adormecer!—

Espera la Natura al tibio mes de Abril
que de anunciar acaba la luz primaveral;
le borda verde manto el prado, y el pensil
le teje ya afanoso corona nupcial.

Qué alegre está la tierra! qué dulce la estación!
Colúmpianse las flores en plácido vaivén,
y, como se abren ellas, el joven corazón
de amor al dulce beso entreábrese también.

Mas ay! mientras al cielo la luz engalanó
y se envolvió el oriente en mágico tisú,
una alma vela triste, sin esperanza: yo;
y duerme otra insensible y descuidada: tú!

MANUEL PUGA Y ACAL.

Del "Romance" de Francois Coppé.

¿Por qué al mirar una rosa,
cuyo aroma va á la altura,
tiembla el alma, pudorosa?
Porque al mirar una rosa
pienso en su frente tan pura.

*
* *

¿Por qué al mirar una estrella,
deja en mis ojos un velo
el llanto, del dolor huella?
Porque al mirar una estrella
pienso en sus ojos de cielo.

*
* *

¿Por qué al ver la golondrina,
que parte, esquivando el frío,
viva angustia me domina?
Porque al ver la golondrina
pienso en la ausencia, bien mío.

VICENTE DANIEL LLORENTE.

(México.)

HUMILDAD.

Al ver cuál vive en tormentosa lidia
Quien la cumbre tocó de la grandeza,
Bendigo mi humildad y mi pobreza,
Libre del dardo de la negra envidia.

La horrible ingratitud y la perfidia
No habré de lamentar; mi fortaleza
La torpe adulación con su vileza
No expone á sucumbir; jamás la insidia.

Amigos fieles á estrechar mi mano
Vendrán; no en pos del esplendor del oro
Sino de afecto fraternal y sano;

Que en mi modesto hogar no hay más tesoro
Que aquel que guarda corazón cristiano
Que goza con el bien y enjuga el lloro.

Francisco Sosa.

LA ULTIMA ESPERANZA.

—

A Francisco O' Reilly.

¡Por fin! Después de tantos años de ausencia, volvía el buen Manolito, á su querida aldea, al viejo hogar donde había nacido, y donde pasaron los primeros años de su vida. Ya se veían los oscuros murallones de la iglesia y la torre carcomida por el tiempo, que se levantaba, como centinela de piedra, mudo guardián de aquellas arideces. El caballejo flaco y cansado que montaba, hizo un esfuerzo para caminar de prisa, al divisar desde la altura del camino, el informe caserío que se dibujaba en la falda del cerro.

Manolito venía enfermo del cuerpo y del espíritu y mil recuerdos bullían en su memoria, al ir reconociendo aquellos lugares que le eran tan queridos. ¡Pero de cuán diferente manera los veía ahora!... Al abandonarlos, parecieron decirle adios alegremente, como despidiendo á un amigo de la infancia; ahora los contemplaba mústios y tristes, y parecía que el manto de polvo de la muerte, velaba su sueño eterno.

¡Pobre Manolito! Aquel camino pedregoso, calcinado por el sol, aquellos añosos árboles que extendían sus desnudas ramas, como esqueletos de una vegetación muerta, aquel sendero que desembocaba por la calleja principal del pueblo, poco habían cambiado; pero su alma, de cuán distinto modo veía las cosas!

Había salido joven y lleno de vida, en busca de un porvenir, alimentando alegres esperanzas y prometiéndose realizarlas á fuerza de constancia y trabajo; pero desgraciadamente, la fortuna no le distinguió en el torbellino del mundo, y confundido entre la multitud, vagó sin rumbo fijo quince años, ora perdido sin que nadie supiera de él, ora apareciendo en las plazas, con su violín que lanzaba las notas arrancadas de sus cuerdas, como duros reproches á la suerte...y vivió á la manera de tantos seres que flotan unas ve-

ces y otras se sumergen, como fragmentos de la nave que el huracán hizo pedazos en medio del oceano.

Manolito era un artista desgraciado, un talento desconocido. Desde que nació, en una noche de borrasca, engendrado por la miseria y el infortunio, que tales podian llamarse sus padres, fué marcado por el hado fatal con el signo de la desgracia. Quedó huérfano muy pronto, y lo recogieron en la casa del cura, viejo caritativo que al recibirlo creyó que el chicuelo, era un angelito, caído de las nubes. El ama y el sacristán lo amaron pronto, porque era de buen carácter, y héte ahí á Manolito encarrilado ya en la senda de la vida.

Cuando tuvo diez años, el sacristán que en sus buenos tiempos había sido director de murga, se encargó de la educación musical del rapaz que, según el ama, tenía felices disposiciones para heredar sus glorias.

En efecto, Manolito gustaba de correr tras los organillos que de vez en cuando se oían por las calles del pueblo, despertando los ecos con sus notas desafinadas y roncas. Era de ver la atención que ponía en la cara indiferente del músico ambulante, en el sucio manubrio del cilindro ó en las feas figuras pintadas en la caja, y que mal se veían á causa del polvo y del tiempo que habían maltratado sus colores; mientras aquellas inarmonías que disparaban los tubos de la caja, antojábansele melodías celestiales.

Estos indicios y otros que parecieron indiscutibles al sacristán, convencido por la dialéctica del ama, decidieron el porvenir de Manolito: sería artista. Empezaron las lecciones auxiliadas por sendas palizas cuando el pequeño no entendía y no le defendía el cura; pero tal es la fuerza de la perseverancia, que algunos años después, cuando el irascible maestro murió de un exceso de bilis, ya el joven tañía con sentimiento, y jugaba, como algunos dicen, con el rebelde violín.

Pero Manolito debía ser desgraciado, y su alma de artista le iba á ocasionar muchos sinsabores. Quiso buscar fortuna en la capital, buscando un buen acomodo, y una noche despidióse de su novia, Magdalena, muchachuela traviesa y preciosa, que le había trastornado la cabeza desde que eran muy niños; y después de haberla hecho jurar por todos los santos del cielo que le esperaría cuanto tiempo necesitara para hacer fortuna con que pudieran casarse, abandonó aquellos lugares que guardaban todos sus recuerdos.

Ya hemos visto que no hizo gran cosa. Quisiera referiros aunque fuera á grandes rasgos su vida errante: pero esa epopeya será cantada por otro mejor informado que yo: no he podido recojer los datos que le conciernen. Voy á contaros tan sólo su última desventura, la que dió con su miserable vida en la tumba con cincunstancias tan raras y extrañas, que apenas me resuelvo á creerlas.



Empezaba á anochecer. El viento soplaba con furia retorciéndose en las callejuelas escuetas, resbalando por los tejados achaparrados y llenos de corcobas y cantando fúnebres salmodias al colarse por las desvencijadas ventanas de la iglesia. De vez en cuando un remolino de polvo se levantaba del suelo para ir á posarse más lejos, llevándose un sombrero, agitando la vestimenta de los escasos transeuntes, y ensuciándoles al pasar con su hálito de tierra. Parecía que las rachas fugitivas del aire, llegaban delante de la tormenta, para anunciarla, y los negros nubarrones que subían por el oriente cubrían ya la mitad del cielo con su manto de vapores.

En la plazuela las sombras oscurecieron poco á poco los detalles, bajando de las alturas con las primeras gotas de la tempestad. Esbosáronse en las tinieblas, como grandes manchas de tonos más oscuros, la masa de la iglesia y un caserón antiguo donde vivía el cura. En una de las ventanas había luz.

Aquella estancia era bien mísera y destartalada, pues las paredes habían sido pintadas en tiempos remotos, y el pavimento estaba lleno de escabrosidades; el mueblaje consistía en una esterilla junto á una mesa donde había algunos librajos más viejos que la estancia, cuatro sillas arrimadas á las paredes y un confidente roto, en que dos personas, el cura y Manolito, sostenían al parecer animada conversación. La luz que vimos desde la plazuela bailaba en un candil que colgaba del techo.

—¿Conque por fin hé?....volviste al redil Manolito....tantos años sin verte....pocas veces tuve noticias de tí, hijo mio....cuando me escribías alguna vez, cuando preguntaba por tí á los que venían de

por allá, me decían algo....no te habían visto más....te habías perdido. ¿Qué has hecho en tanto tiempo?

La voz del buen anciano era cascada y debil: ya estaba muy gastada aquella máquina y pronto abandonaría la parroquia para ir á habitar el cementerio.

Lo habían ido dejando solo todos sus compañeros de antaño, el excelente sacristán primero, luego Manolito á quien quería como á un hijo, por último la gotosa ama que, llena de achaques y agobiada por la pesadumbre de ochenta años, había muerto hacía poco. Se había hecho el vacío en aquella casa; sólo quedaba el recuerdo de lejanas dichas.

Manolito contó á su protector todas sus desgracias y sus pasajeras bonanzas; no había sido afortunado, había sufrido mucho y luchado con firmeza y constancia. ¡El arte era muy ingrato!

—Hoy he vuelto desengañado—dijo con un gesto de filosófica resignación,—ya no busco ni gloria ni porvenir, conozco el mundo y sé que nada puedo esperar de él....pero aún me queda la última esperanza, la que nunca he abandonado, la que se alimenta con el resto de vigor que alienta mi alma....he venido por Magdalena....ella no puede haberme olvidado, me juró amarme siempre y será mi esposa; trabajaré con toda mi energía por ella...todavía puedo ser feliz.

Profundo estupor pintóse en la cara del viejo cura.

—¿Cómo?—dijo—¿no sabes?...murió la pobre; murió al nacer su octavo hijo....se casó poco después de tu partida.



¿Qué pasó por aquella alma? Algo espantoso debió ser; que tales cosas pocos las comprenden. Allá muy adentro, en las profundidades de su cerebro recibió el golpe y sintió una cosa extraña, algo así, como si se dilatara creciendo....creciendo.

El chubasco se desencadenaba. Parecióle entonces que el estruendo de la agua al chocar contra la tierra, sacudiendo la ventana como si quisiera arrancarla, los mugidos del aire que agitaba sus alas en las tinieblas, los relámpagos y los truenos eran otras tantas carcajadas sarcásticas llenas de burla y de ironía; creyó que en alas del viento llegaban hasta él los sonidos de la campana que tocaba rogativa, zumbando allá muy lejos quien sabe cuántos sarcasmos contra su

credulidad, su inocencia, su estupidez, su amor en fin que había guardado con tanto cariño, como se guarda la postrer ilusión....con el ahinco con que el náufrago abraza el roto mástil que lo lleva entre el oleaje....

Pasaron por su imaginación como en un relámpago de aquella otra tempestad de su alma, todos los trabajos, las miserias, las privaciones, todo lo que había sufrido con valor heroico solamente por ella....á quien él ¡estúpido! veía en su pensamiento, sonriéndole desde lejos y esperándolo con los brazos abiertos. Manolito perdió el juicio; aunque su demencia era bien inofensiva y tranquila; aquella primera tempestad que lo recibió á su llegada al pueblo, fué el soplo terrible que apagó la luz de su razón con su aliento de rayos y granizos.

Desde entonces tuvo su manía especial, como todos los locos. Cuando se ponía el cielo encapotado y sombrío, y el trueno rodaba su carro de bronce entre las nubes, Manolito asía su gastado violín, su compañero de penalidades, y blandiendo el arco, agitado por extraña inspiración, hacía salir de la sonora caja una melodía extraña y conmovedora, una especie de fantasía descriptiva, llena de originalidades; triste primero, como la queja de una alma enferma, como la nostalgia del desterrado que vá errante y sin patria; alegre después, como el primer beso de amor, como la esperanza realizada, como la vuelta del proscrito; y terminaba aquella sonata maravillosa, con una cadencia dulce y melancólica, como el suspiro del viento entre el follaje de los sauces, esos árboles de la muerte que parecen llorar sus lágrimas de verdura sobre el suelo de las tumbas....

Cuéntase que vivió el infeliz un año, lívido, extenuado, y en un estado de postración completa. Una noche, que amenazaba ser fría y lluviosa, noche de aquellas que tanta influencia ejercían en el pobre loco el cura que lo cuidaba con la solicitud de un padre, extrañó no oír al artista demente su acostumbrada música, y alarmado lo buscó por toda la casa. No estaba en su habitación, el violín tampoco se hallaba en su sitio. Subió el tembloroso anciano presa de angustia, al campanario, donde algunas veces Manolito gustaba de pasar largas horas, dejando vagar la mirada por el dilatado hori-

zonte, fijándola á veces en un terrenillo mal cercado por derruida barda de adobes, que servía de humilde camposanto; pero tampoco estaba ahí...El cura, lleno de terror, porque la noche estaba horrible, avisó á algunos vecinos caritativos, que buscaron al loco sin poder encontrarlo.

Al dia siguiente fué hallado en el camposanto, el cadáver insepulto de un hombre muy extraño, de largos y descuidados cabellos, y que tenía entre sus dedos rígidos un violín hecho pedazos. Aquel hombre se encontraba sobre la yerba de una sepultura señalada únicamente por una cruz de madera.... La tumba no tenía lápida, ni siquiera un nombre.

¡Allí dormía Magdalena el último sueño!

ISMAEL PALOMINO.

Marzo de 1887.

A LUISA.

El cielo con sus dones te engalana,
Lisonjas te prodigan los cantores,
Te brinda la riqueza sus favores,
Y vives, niña, de tu suerte ufana.
Altiva como egregia soberana
El mundo cruzas desdeñando amores,
Y pasas como pasa entre las flores
La brisa juguetona en la mañana.
Mas ay! ignoras que la dicha dura
Lo que el aroma de la flor que luce
En el prado sus galas y hermosura.
Y en medio al esplendor que te seduce
Olvidas por tu mal la desventura
A que la loca vanidad conduce.

FRANCISCO SOSA.

EL ALBUM DEL HOGAR.

(Continúa.)

No existe dicha perfecta,
Y el hombre tan sólo puede
Escoger aquel camino
Que á su término le lleve
Más exento de pesares,
Más libre de ansias cruëles;
Pues todo sér que ha nacido
El sello muestra en la frente,
De un destino misterioso,
Que beber hasta las heces
Hace un caliz de amargura
Que endulzar sus bordes suele.

Yo no quiero, no he querido
Del mundo el favor aleve,
Inconstante, caprichoso,
Siempre mudable y estéril.
No ignoro los sacrificios
A que la ambición somete
Al infeliz que sus sueños
Realizar un tiempo quiere.
Nó, mi libertad no cambio
Por todos esos placeres
Que sólo dejan angustia,
Desesperación y muerte:
Y si sufrir es preciso,
Prefiero el dolor mil veces,

Cuyo llanto de vergüenza
No deja un rastro indeleble.
Tu abnegación, tu cariño,
Tu sonrisa complaciente
Para embotar los abrojos
Que desapiadados me hieren,
Son para mí, tierna esposa,
Los más codiciados bienes,
Los únicos que en la tierra
He encontrado permanentes,
Pues sólo ellos no me engañan,
Sólo ellos en sí mantienen
Para mi vida un venero
De felicidad perenne.
A tu lado, de mis días
Se desliza la corriente,
Como el arroyuelo manso
Que la bóveda celeste
Refleja en sus aguas puras,
Y murmurando se pierde
Entre flores que á los besos
De los céfiros se mecen,
Y de sus tiernas corolas
Palpitantes se desprenden
El caudal enriqueciendo
De las linfas trasparentes.
Yo no quiero ni ambiciono
Otra ventura que verme
Apoyado en tu cariño;
Con él sólo me hallo fuerte
Para arrostrar de la vida
Los dolorosos vaivenes.
Y mientras tu voz escuche,
Mientras tu alma por mí vele,
Podré dichoso llamarme,
Por más que fieros me cerquen
Los pesares que del pecho
En lo más íntimo hierven.

Por eso miro los días
Deslizarse indiferente,
Y los golpes del destino
Ni me asustan ni sorprenden.
Por eso en mis amarguras
Una bendición hay siempre;
Que si sufrir es del hombre
La ruda, implacable suerte,
¡Feliz aquel que del mundo
En las tempestades, tiene
Donde reposar tranquilo,
Pobre, más seguro albergue!

IV.

Hay una estrella que en mi vida vierte
Su plácido fulgor,
Puro, vivificante cual la lumbre
De indeficiente sol.

Compañera amorosa de mi vida,
Mensajera de Dios,
Ahuyenta con sus rayos cariñosos
Las nubes del dolor.

Cuando el velo sombrío de la duda
En mi alma se extendió,
De la fé y la esperanza marchitando
La candorosa flor:

Ese astro bienhechor en el espacio
Su frente iluminó,
Disipando las sombras de la noche
Con su blando arrebol.

Donde hallaban mis ojos aterrados
Vacío, confusión,
Del acaso la mano caprichosa,
La nada y el dolor;

La blanca estrella de la vida mía
Un Edén alumbró,
En que viven la dicha y la esperanza,
En que anida el amor.

Bien puede desatada la tormenta
Bramar con ronca voz;
Agitar con embate proceloso
Mi tranquila mansión:

Bien puede el desengaño despiadado,
Con diente roedor
Las flores deshojar una por una
Que crea la ilusión:

Mientras la estrella que mi cielo dora
No esconda su fulgor,
A ella, empapada en llanto la mirada,
Contento alzaré yo.

Sé lo que vale ya de la fortuna
El instable favor,
Los falsos oropeles de la gloria
Con que mi alma soñó.

Sé que de la virtud la frente augusta
Hiere sin compasión

Del destino la mano inexorable,
Del crímen el rencor...

Mas ¡dichoso el que en medio la tormenta
El faro divisó
Que á la extraviada barca le señala
Puerto de salvación!

Dichoso el que descubre entre las sombras
Astro consolador,
Que el goce celestial de la esperanza
Lleva á su corazón!

¡Dichoso el que percibe de las olas
Entre el hondo fragor,
El eco fugitivo y cariñoso
De una querida voz!

En cada espina que la tierra cubre
Brota una bella flor;
Cada gota de llanto una sonrisa
Guarda de bendición.

El sueño del sepulcro se trasforma
En plácido sopor,
Porque la muerte entermecida rompe
Su acerado aguijón.

¿Y no sabes quién es la pura estrella
A quien mis cantos doy,
Al sentir que mi frente con su rayo
Besa consolador?

¿Sabes quién es el astro solitario,
Mensajero de Dios,
Que de fé y esperanza me señala
Una eterna región?

Pues pregunta á tu alma cariñosa,
A tu acendrado amor,
A tu dulce virtud, á la nobleza
De tu fiel corazón;

Y de secreta voz oirás que dice
Un eco halagador:
"Yo soy el ángel que tus pasos guía;
De tu tranquilo hogar la estrella soy."

V.

En vano pasa el tiempo
En su veloz carrera
Marcando con escombros
Su fugitiva huella;
En vano hora por hora
Mina nuestra existencia
Como la gota de agua
Cava la dura piedra.
Hay algo que no muere,
Que burla la inclemencia
De ese ser misterioso
Que sobre el mundo reina,
Y es el alma que al cielo
Sus miradas eleva
Y una esperanza pura,
Dulcísima alimenta.

Los nobles sentimientos
Que en el seno se albergan;

El amor, la ternura,
Que cual santa promesa
En medio los dolores
Que nuestra vida cercan,
Cual bienhechor rocío
Bajan y la consuelan,
No acaban del sepulcro
En la morada negra,
No se disipan leves
Como árida pavesa,
Sino que viven, viven
En la región excelsa
Que el alma dulcemente
En el silencio sueña.

¡Bendito el ser que calma
Con mágica influencia
Del rudo desengaño
La poderosa fuerza!
¡Bendita el alma noble
Que nos prodiga tierna
El tesoro infinito
De su bondad inmensa!
En medio de las sombras
De la hórrida tormenta
Ella el puerto buscado
Tranquilamente muestra;
Y cuando la fortuna
Sus favores nos niega;
Cuando del desengaño
Sentimos la saeta
Que aguda, despiadada
En el seno penetra
Y nos deja el recuerdo
De una herida sangrienta,
Aquella alma sublime,

De la celeste esfera
Señala sonriendo
Las regiones serenas,
Y al corazón inspira
Una esperanza nueva,
Pura como del alba
La sonrisa primera.

¿Qué importa despues de esto
El enjambre de penas
Que un aciago destino
Cruel desencadena
Contra el ser desgraciado
Que ha cruzado la tierra
Alentando ilusiones
Tan falsas como bellas?
Ley sabia y misteriosa
Sublime recompensa
Da aquel á quien la suerte
Con sus rigores prueba.
Sí, ni el poder envidio,
Ni la ansiada riqueza
Cuyo brillo engañoso
A la ambición desvela;
Me basta á mi ventura
Mi morada modesta
Donde una flor querida
Sus pétalos despliega,
Derramando el perfume
Que su corola encierra
En el ambiente tibio
Que mis mejillas besa.
Pintadas mariposas
A la rosa festejan
Y sus dulces caricias
A toda hora le llevan,

Sin que en torno se escuche
La dolorosa queja
Que el corazón herido
Arroja en su impotencia.

J. M. VIGIL.

(Continuará)

EN UN ALBUM.

"Tu pupila es azul"
Becquer.

Tu pupila es azul como las aguas
Del poderoso mar.
Tiene como él, abismos y tesoros
Que pueden dichas ó desgracias dár.

Tu pupila es azul como los cielos
Con su calma ó su densa oscuridad;
Tiene rayos que matan, tiene luces
De eterna claridad.

Si la eterna ventura ó la desgracia,
Con tu mirada dás,
Díme, mi bien, á esta alma que te adora
Dime, qué le darás?

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

*
* *

(Diciembre 6 de 1873).

Triste la faz y mustia la mirada,
y reprimiendo apenas nuestro llanto,
un muerto á dejar fuimos,
en fúnebre cortejo, al camposanto.

Era el yerto cadáver de un suicida,
que aunque cobarde apellidaba el mundo,
dejó tranquilo y sin temor la vida...
Y ante su abierta fosa
nos preguntamos con afán profundo,
si es mejor que vivir sin esperanza
entre las sombras de contraria suerte,
dormir entre las sombras de la muerte.

Gustavo Baz.

*
* *

Adios! hasta el Otoño prenda mía!
Adios! hasta que yerta
Quede y sin hojas la alameda umbría
Que ahora miramos de verdor cubierta!
Adios!...... Cuando en las noches del Estío
Blanca la luna como virgen muerta
Cruce del cielo el ámbito vacío,
Cuéntale tus recuerdos de ternura
Y encontrará tu pensamiento al mío
En la región de la celeste altura.
Adios! Se acaba ya la Primavera
Y me llama la voz del oceano;
Tu mirada de amor es la postrera!....
No jures, fuera vano!
Cuando regrese á esta feliz pradera
No hallaré ni una flor, ni una siquiera,
Que todas, ay! las secará el Verano!

Pedro A. de Alarcón.

EL SECRETO DE CUPIDO.

(De los "Cuentos á Sara.")

PROVERBIO.

ESCENA I.

Una glorieta en el parque del castillo de Lagneville, en Turena. A poca distancia se divisa el castillo, construcción del Renacimiento recientemente restaurada. La glorieta está formada por altos castaños que cubren el césped de sus flores menudas y blancas. Un banco de piedra cubierto de musgo. Una estatua de Cupido, musgosa también, y cuya posición es indefinible porque le faltan los brazos. La tarde declina. El mes de Mayo ha cubierto los árboles de hojas y de flores.

EUGENIA: *Veinte años, morena, con grandes ojos negros, vestida elegantemente.*
CARLOS: *su primo: veinticinco años, talle esbelto, mirada altiva y ardiente; oficial de marina.*

EUGENIA.—Sentémonos, si os place, primo, me siento fatigada.

CARLOS.—Sentémonos: mas ¿no teméis la humedad?

EUG.—Oh! no; aún tengo aquella inalterable salud de mi niñez. Recordáis cuántas veces volvíamos al castillo empapados hasta los huesos, sin que el más ligero constipado castigara nuestras locuras?

CARLOS.—Otros tiempos eran aquellos, prima mía. Mucho hemos cambiado desde entonces. Vos ya no sois aquella niña juguetona y risueña, aunque á decir verdad, dominadora y caprichosa. Los bucles de vuestro cabello eran entonces castaños; hoy son negros como el ala del cuervo. Hasta vuestros ojos han tomado la oscura profundidad de la noche. Ya no sois aquella niña perezosa que prefería ir á coger mirlos, corriendo alegremente en las avenidas, á estudiar la gramática y el piano. Vuestros dedos, entonces rebeldes, no sabían hacer llorar en las cuerdas las malancólicas melodías de Sebastián Bach, ni las gemidoras fantasías de Chopín.

EUG.—Y vos, Carlos, vos no erais el elegante marino, escéptico y casquivano, que deja la vida pasar con la altanera indiferencia de quien no pone su corazón en la partida. Esto no es un reproche; pero, puesto que hacemos comparaciones, os diré lo que de vos he

oido decir en el castillo, á la gente grave, que con vuestra irrespetuosidad acostumbrada calificáis de *momias.*

Carlos.—Ah! sí. El señor cura, el médico del lugar y nuestra buena tía Verónica. *(bostezando)* Y qué dicen?

Eug.—Dicen que jamás pensáis cinco minutos en el porvenir....

Carlos.—Es verdad. Es tan agradable el presente!

Eug.—Dicen que en vuestras largas correrías de marino y, antes, en vuestra vida de estudiante, que califican de disipada, acostumbrado á tratar con gente desconocida, habéis perdido muchos de vuestros nobles sentimientos.

Carlos.—Puede ser.

Eug.—Dicen que......

Carlos.—Por qué os detenéis? Tan terrible es lo que dicen?

Eug.—Al fin y al cabo yo no hago más que repetir sus palabras y hasta os juro que más de una no comprendo. Que sois emprendedor y libertino, que no creéis en la virtud de la mujer y que no respetáis el sagrado lazo del matrimonio. Que no vais á París sino á llevar una vida desarreglada, sembrada de aventuras escandalosas. Que......

Carlos.—Otra vez os interrumpís?

Eug.—Que Jane, (este creo que es su nombre) una bailarina, os ha costado más del cuarto de vuestra fortuna...... Oh! yo no sé lo que todo esto significa; os aseguro que no comprendo lo que dicen, pero sí veo claramente que ya no sois aquel mi travieso primito, que con el traje de colegial descosido en más de una parte, corría, la escopeta al hombro, por los bosques vecinos, á caza de conejos y faisanes. Sé que no sois aquel que lloraba por una palabra de reconvención de la tía Verónica, y que, los domingos en la tarde, en las *vísperas*, cantaba los salmos con voz argentina y conmovida.

Carlos.—*(pensativo)* Es la verdad. Tengo doce años más y un millón de ilusiones menos.

Eug.—Oh! vuestras ilusiones! Vosotros los hombres sólo perdéis las que ahogáis en el torrente de vuestras pasiones insaciables. Dicen también que, en la noche, mientras todos duermen sumergidos en el tranquilo reposo ganado con la fatiga del día, vos, primo, inclinado sobre el tapete verde, rodeado de seres indignos, con la mirada anhelante y los labios temblorosos, ponéis en una carta, no sólo vuestra fortuna, sino vuestra esperanza toda, acaso vuestro ho-

nor. Yo no sé si todo esto es verdad; mas os he visto volver pálido, demacrado, con los ojos rodeados de esos círculos azulados que acusan el insomnio, y vuestra mirada tenía una expresión tal de tristeza y de hastío que me habéis dado miedo.

Carlos.—Miedo nada más?

Eug.—Miedo y compasión. Y, sin embargo, me agrada más veros así que irónico y escéptico, riendo de las cosas que amabais en otro tiempo. Cuando reís, vuestra risa tiene inflexiones tristísimas, y parece que encubrís bajo la máscara de la indiferencia desconocidos dolores.

Carlos.—Acaso sea así.

Eug.—Y bien si así es, si sentís ya el horrible vacío que dejan las pasiones, se asegura que podéis deteneros, que nada hay aún perdido.

Carlos.—Ah! sí: comprendo, comprendo. Puedo dedicarme á cultivar mi campo, volviendo, oveja descarriada, al redil que abandoné porque el olor del estiércol me asfixiaba. Puedo pasar mis días midiendo las avenidas de este parque, engolfando mi pensamiento en las páginas de Kempis ó de Gaume, y mis noches jugando una partida de tresillo con el médico y el cura, mientras la tía Verónica critica la última moda, se espanta de que se lleve la falda de esta manera ó el peinado de aquella otra, y pone el grito en el cielo leyendo el *compte-rendu* de la postrera opereta del *Teatro de las Variedades*. El médico, hombre dignísimo sin duda, me hablará del *filóxera* y de los inconvenientes del uso del tabaco; el cura, estimabilísima persona, me recitará de un cabo al otro la útima pastoral y lamentará los extravíos del siglo. Hermosa perspectiva, y muy propia, por cierto, para ahuyentar el hastío que me consume!

Eug.—Y quién os dice que debéis llevar la vida que con tan negros colores pintáis? Sois joven, inteligente, rico......... El cura piensa que debéis casaros.

Carlos.—Prima mía, los curas no saben lo que dicen; ellos que no se casan, por temor ó por egoismo, siempre están aconsejando á los otros que lo hagan. Por otra parte, eso de casarse tiene sus bemoles, mi querida Eugenia. Si para hacer un *civet* de liebre se necesita una liebre, para que un hombre se case necesita una mujer.

Eug.—Os será fácil encontrarla.

Carlos.—O difícil. Ya comprendéis que, con mis aspiraciones y mi orgullo, yo no puedo unirme á una mujer estúpida ni fea. Y

bien, suponed que me dirija á una persona que tenga las cualidades que deseo: discreción y belleza. Por ejemplo la Srita de C.... ó vos...

Eug.—*(poniéndose encendida)* Carlos!

Carlos.—Oh! no os os ruboricéis; es una suposición y nada más. Bien sé que me tenéis miedo, lo cual me ofende, y compasión, lo cual me humilla.

Eug.—Yo?......

Carlos.—Me lo habéis dicho. Suponed que me dirijo á la Srita. de C......, puesto que mi segunda suposición os hiere. Acaso mis pretensiones no fueran mal recibidas. Sin presunción, soy joven, rico, no me creo desagradable...... Pues bien, ya veríais que el médico, que dice estimarme tanto, se espeluznaría y diría que la Srita. de C...... no sería jamás feliz con un calaverón como yo; el cura me acusaría de irreligioso y descreído, y hasta la misma tía Verónica, que tanto me quiere, exclamaría bajo, muy bajo, no tan bajo que todos no lo oyeran: "!Pobre muchacha! aviada está con semejante tronera!" Y entonces se formaría una terrible cruzada: Mad. de Senlis, nuestra vecina, y la marquesa de K.... y las dos solteronas de R...... y...... todo el mundo se ocuparía de frustrar mi matrimonio. Y lo conseguirían; porque humillado y violento, yo no sabría luchar contra ellos con otra arma que el desprecio que siempre me han inspirado los imbéciles.

Eug.—*(mirándole fijamente.)* Creo que exageráis.

Carlos.—No lo creáis, prima. Tendría que sostener un terrible abordaje: prefiero huir á todo trapo, mientras el viento arrollador de mis pasiones hincha las velas y el mar de la vida se presenta á mi vista onduloso y alborotado. La lucha sería desigual; yo no sé luchar contra la hipocresía y la bajeza, á pesar de tener todos los feos vicios que me atribuyen.

Eug.—Os habéis puesto violento. La noche avanza á grandes pasos. Volvamos al castillo.

Carlos.—Volvamos; aunque, á decir verdad, se está muy bien en este sitio. Las brisas suavísimas del Loira nos llegan á través de los castaños, perfumadas con la esencia de sus flores. El sol, que se ha ocultado, dejó en el cielo ese vago reflejo de los crepúsculos, que presta á la tierra un fulgor tenue. Hasta ese pobre Cupido, manco y musgoso, parece mirarnos sonriendo, en la penumbra de la tarde.

Eug.—¿Os acordáis cuántas veces pusimos trajes extravagantes á esa pobre estatua?

Carlos.—Sí!... *(aparte)* más tarde, yo también vestí mis amores con harapos risibles ó con terciopelo y seda manchados de fango!...

Eug.—Recordáis que, en invierno, le arrojábamos bolas de nieve? Acaso nosotros lo dejamos manco.

Carlos.—*(aparte.)* Así, después, hice pedazos mis amores.

Eug.—Pero...... fijad vuestra atención. La tarde arroja una sombra extraña sobre la fisonomía de esa estatua; diríase que quiere decirnos una palabra al oído.

Carlos.—*(levantándose.)* Prima, prima, desconfiad de los secretos de Cupido. *(Se dirigen al castillo.)*

Escena II.

Eug.—*(que llega tres dias después á la misma glorieta y se sienta en el mismo banco.)*

Tres días han pasado y aquellas ideas que un momento enturbiaron el lago límpido de mi tranquilo pensamiento, han dejado en mí un recuerdo...... no sé si decir desagradable. Mi pobre primo! Yó no sé si mis palabras indiscretas han despertado en él un sentimiento de enojo...... Casi deseo que no sea así. No sé qué turbación, qué brusco movimiento nervioso le producían mis miradas. A veces, serio, visiblemente contrariado, me huía; otras, se acercaba á mí, llevando en los labios una sonrisa profundamente triste. Mas de una vez, al levantár los ojos de mi labor, en las largas veladas de familia, sorprendí su mirada húmeda, fija en mí. Sin embargo, jamás me dirije la palabra sin que su voz tenga un acento de desgarradora ironía. "Mi licencia termina pronto, me decía ayer, la fragata que debe conducirme llegará la semana que entra, al Havre; ya no pensaréis más en mí, ni siquiera para reñirme." Su voz parecía conmovida; levanté la cabeza para mirarle: ¡su labio reía con indiferencia y sarcarmo! Anoche, al sentarnos á la mesa, nos previnieron que se había marchado á París...... Oh, esa Jane!!...... Yo no sé por qué mi corazón se oprime, un calosfrío súbito penetra hasta la raíz de mis cabellos, siento que la sangre se agolpa en mi cabeza y que mis manos se crispan......... ¿Estaré celosa?....... Oh, no! Carlos no me inspira, no puede inspirarme sino un cariño fraternal. A pesar de todo cuanto se dice, es bueno, bueno y generoso. Hay algo de infantil en todos sus actos. Sus vicios provienen de su carácter arrebatado, de su naturaleza exuberante, de

su continuo aislamiento en medio de seres desconocidos y extranjeros. Yo lo creo capaz de todo lo bueno, de ser un buen marido, un buen padre. Esos afectos se despertarán bruscamente en su corazón, con tanta más fuerza cuanto que han estado dormidos durante largos años; y entonces, esa alma, esa pobre alma extraviada, creada para el bien, volverá al hogar con exploociones de ternura y de amor infinitos. No sé por qué me resisto á creer que hoy, como otras veces, haya ido á París á......... Oh, esa Jane! Decididamente esa mujer es mi pesadilla. Debe ser hermosa. Los diarios celebran su belleza y su gracia, y la última crónica del *sport* la proclama la reina de Longchamps!...... (*Larga pausa.*) Pero una mujer *así* puede llenar el corazón de Carlos! Qué puede haber en esos corazones gustados, que no quepa en mí, en mí que............lo amo...
Pues bien, sí......... lo amo con toda la ternura de la juventud, con toda la pasión de una alma virgen! Me acabo de hacer á mí misma una confesión terrible, una confesión que me había callado hasta hoy; siento que las lágrimas están prontas á brotar de mis ojos. ¡Con razón le tenía miedo á este sitio! Como hace tres días, el sol se oculta detrás de la cortina de castaños que borda el horizonte, las perfumadas brisas del Loira me llegan y me embriagan, la estrella de la tarde brotó como un diamante brillantísimo sobre el limpio cielo de Occidente.........

Y siempre el pobre Cupido, manco y musgoso, vuelve hacia mí su faz risueña, y parece guiñarme el ojo, cual si tuviera que decirme algún secreto al oído. Será tal vez una locura, pero quisiera oir ese secreto. (*Se levanta, y acercándose á la estatua, sube sobre el pedestal de ella y acerca el oído á su boca. Carlos, que llega al pronunciar Eugenia las últimas palabras, se acerca sin ruido, se arrodilla, le toma la mano y se la besa. Eugenia lanza un grito de sorpresa.*)

CARLOS.—Yo os amo, prima: hé aquí el secreto de Cupido......
Decidme el vuestro. (*Eugenia, sorprendida y temblorosa, calla sin retirar la mano.*)

CARLOS.—He ido á dar mi dimisión. Me quedo en Lagneville.......
De vos depende el resto. Hablad.

EUG.—(*estrechando la mano de Carlos.*) Dejadme que calle hasta mañana.

MANUEL PUGA Y ACAL.

EN EL CENTENARIO

DEL

GENERAL DON NICOLAS BRAVO.

ODA.

......The rarer action is
In virtue than in vengeance.
SHAKESPEARE.

Tempest., Act. V.

Víle en mi mocedad—¡tiempo lejano!—
De insigne historiador * en la morada.
Tendióme y estreché la franca mano,
A combates y triunfos avezada;
Y contemplando aquel sereno busto
Coronado de nieve,
Que se grabó tenaz en mi memoria,
Miré juntos fulgir en cerco breve,
Luz de modestia y magestad de gloria.

Cante más rico númen sus campañas;
Legítimas proezas militares
Que al asombro y dolor de las Españas
Trasmitían los vientos y los mares.
Al bardo castellano,
Admirador del mérito eminente,
Cumple humillar la descubierta frente
Más que ante el guerreador ante el humano.

---

* D. Lúcas Alamán.

Yo en voz grandilocuente
Cantara el rasgo de piedad sublime,
De vengativa sed el sacrificio,
Con que á presa legión de muerte exime
Del padre tras el bárbaro suplicio.

Mas no bastaran de la Gracia el númen,
De Roma el arte, de Britania el genio,
Unidos en armónico resúmen,
Para pintar con soberano ingenio
La lucha atroz que, en el horror nocturno,
Dentro aquel grande corazón reñían
Filial dolor, venganza roedora,
Marcial deber...... contra el hidalgo arranque
La cristiana piedad que, tras convulso
Batallar de pasión y de grandeza,
En rápido minuto casi opaca
Cuanto de grande y generoso impulso
De la Historia en el lienzo se destaca.

Como del alba á la gentil presencia,
Persisten en el aire y en los mares
Restos de la pasada turbulencia,
Así alumbra el claror de nuevo día,
De su alma en el estadio,
Reliquias de borrasca todavía.
Más lento baja al pavoroso radio
De la trágica arena,
Prevenida á la bárbara hecatombe,
De perdón ó de tregua sin resquicio:
Y en vez del rudo signo del suplicio,
Con tranquilo ademán y voz serena
A las dispuestas víctimas anuncia
Perdón y libertad...... Tiembla la escena
Al resonante ¡Viva! que pronuncia
La turba, del sepulcro redimida.
De justa gratitud al entusiasmo,
Abraza decidida

La causa por tal héroe sostenida;
Y en reverente pasmo
El orbe la asombrosa nueva escucha.

¡Rasgo enaltecedor de aquella lucha!
¿Fué cálculo sagaz?......Sobre la propia
Hazaña y las de huestes enemigas,
Se alza, y eclipsa la cruenta copia
De triunfos, de combates y fatigas.
¿Impulso fué de natural nobleza?
En aquella vorágine de horrores,
De estragos y matanzas y rencores,
¡Brilla más grande tan feliz grandeza!

El triunfo de mayor merecimiento
Es de sí mismo el árduo vencimiento.

Batallas y victorias
Entre entonce enemigos, hoy hermanos,
De ardimiento prodigios
Remembrarán apénas las historias
De liras y pinceles los vestigios.
Con perezoso orín tácito el tiempo
Las proezas más ínclitas deslustra,
Borra los más espléndidos blasones;
Mas la luz de magnánima clemencia,
El fulgor de los hechos generosos,
Sobre el turbión de horrores hazañosos
Perdurará con límpida hermosura
De la Historia en los nítidos espacios;
Como reinan eternos resplandores
En las esferas de los astros grandes,
Aunque turbe los cielos inferiores
Borrasca que estremece en sus furores
Tendidos golpes y empinados Andes.

Guerrero generoso á quien Anáhuac
En justa apoteósis hoy sublima,
Eterno el canto vivirá que se alce

De tu virtud á la envidiable cima.
En el concierto que tu nombre ensalce,
De España eco no digno, pobre rima
Arriesgará mi admiración. Confunde
No su verdad, su mérito, el aplauso
De pátria gratitud que en torno cunde:
La repercuten piélagos y montes,
Los limpios, alongados horizontes;
Y desde las alturas de su templo,
Entre hosannas, la Fama
Tu nombre por los mundos desparrama,
Y le ofrece á los pósteros ejemplo.

México.

CASIMIRO DEL COLLADO.

LA LAGRIMA Y EL BESO.—

Tus miradas, teniéndote á tu lado,
Todas él las bebía:
Yo, en frente de los dos, desesperado,
De sed desfallecía.
Gotas de sangre por mi triste frente
Rodaron como fuego;
Los espíritus buenos blandamente
Las enjugaron luego.
Al corazón trajeron luz y vida
Las invisibles manos,
Y exclamé con el alma enternecida:
¡Todos somos hermanos!
El á tu boca, miéntras yo lloraba,
De amor llevó el acceso...
Mas la justicia del Señor pesaba
La lágrima y el beso.

LEOPOLDO ALAS.

UN EVANGELIO.

(DE F. COPÉE.)

En aquel tiempo, el Salvador del mundo,
A pié, solo, con Pedro caminaba,
Cerca de Nazareth por la ribera,
Del manso lago de ondulantes aguas.

A esa hora en que el sol, su fuego intenso
Sobre los campos ardoroso manda,
Se acercaron los dos con paso lento
A una humilde, pobrísima cabaña.

Viuda de un pescador era la dueña
De triste aspecto, pálida, enlutada,
Que sentada en el suelo, pensativa
Su llanto silenciosa derramaba.

Tenía cerca á su precioso niño,
Al que miraba con ternura santa,
Y dando vuelta al torno, diligente,
Mecía al niño, y á la vez hilaba.

....
....

Desde un grupo hermosísimo de higueras
Que fresca sombra á la casita daban,
El Salvador y Pedro atentamente
Veían aquel cuadro de desgracias.

Llegó por el camino un pobre anciano
De los que cerca del sepulcro se hallan,
Cargando con trabajo una vasija,
Y acercóse á la viuda que áun hilaba.

—Mujer, le dijo, un rico que hoy habita
En una población no muy lejana,
Un óbolo me dá porque le lleve
Esta jarra de leche hasta su casa.

Pero tú lo ves bien, estoy muy débil,
Y la vejez me agobia, me anonada;
Donde voy por la leche está muy lejos
Y ya las fuerzas en verdad me faltan.

Si tú no me socorres, yo no puedo
Con la vasija para mí pesada,
Y si el encargo por mi mal no cumplo,
No me darán la apetecida paga.

....
....

Sin vacilar la compasiva viuda
Deja el torno y al niño que lloraba,
Toma la jarra y al humilde anciano
A ofrecerle su brazo se adelanta.

Y dice Pedro viendo que la viuda
Con el pobre se aleja de su casa:
—Tener es bueno caridad, Maestro,
Pero á la viuda la razón le falta,

Abandonando á su hijo y su trabajo
Por el primero que á sus puertas llama,
Y á ese anciano, en verdad no faltaría
Quien su apoyo y su brazo le prestára.

Pero Jesus le respondió al momento,
—Es á tí, Pedro, á quien razón le falta,
Que cuando un pobre ayuda á otro mas pobre,
Mi Padre cuida su bendita casa.

Y hace también que su heredad prospere
Premiando así su caridad magnánima;
Esa mujer obró como debía
Socorriendo al mendigo en su desgracia.

Así dijo el Señor, y en el instante
Penetró de la viuda en la cabaña,
Sentóse en el banquillo de madera
Con su gloria llenando aquella casa.

Con sus manos divinas meció al niño,
Que sonrïendo se durmió con gracia,
Y tomando la rueca hiló un momento,
Y se alejó con Pedro de la casa.

Cuando volvió la venturosa viuda,
Cuya virtud el Salvador premiara,
Encontró con sorpresa inexplicable
Dormido al niño y la tarea acabada.

Esther Tapia de Castellanos.

DOLORA.

(De Lamas Carvajal.)

¿Dizque quieres vivir y gozar mucho?
¡Ay, pobre niña! Juzgas que el placer
de los primeros juveniles años,
eterno puede ser.

Hoy vives en el cielo, eres un ángel,
las flores miras á tu paso abrir!
mañana cuando sientas sus espinas
anhelarás morir.

Gustavo Baz.

UNA PASIÓN.

¿Y qué es pasión?...... conmovida
Me pregunto en mi desvelo;
¡Es un dolor sin consuelo,
Muerte que mata la vida,
Infierno que cierra el cielo!

Cuando se comienza á amar
Se dá principio á sufrir;
Es comenzar á llorar,
Es querer luego morir
Y no quererse matar!

Es formarnos de la nada,
Un mundo de encantos lleno,
Y como en copa dorada,
Apurar letal veneno
En una dulce mirada.

Es un matador tormento,
Constante monomanía,
Es una locura impía,
Es un solo pensamiento,
Fijo de noche y de día.

Es una garra acerada
Que como una ave de presa
Deja el alma desgarrada;
Con una imagen amada,
En sus girones impresa.

Es un insomnio constante
Es un delirar eterno,
Es un vagar incesante,

Es descender al infierno
Mirando el cielo delante.

Es enfermedad que mata,
Que consume, que enardece;
Cadena que á un yugo ata;
Es delirio que arrebata,
Y es un dolor que enloquece.

Es hambre devoradora
De mirar á quien se adora;
Es sed que nunca se apaga;
Una llama destructora,
Y en el alma hundida daga.

Es un esperar constante
Que hace un siglo de un instante;
Una ansiedad invencible,
Una angustia delirante,
¡Es una vida imposible!

Es una negra prisión
Donde las dudas y el celo
Aprietan el corazón.
¡Y sólo un girón del cielo
Se ve desde su rincón!......

Impetu que nuestros ojos
Con venda de fuego ciega,
Que la voluntad doblega,
Y á sus míseros antojos
Maniatados nos entrega.

Abismo de ceguedad
Do nos sepulta la suerte;
Un mar de infelicidad,
Y terrible tempestad
Que en sus alas trae la muerte.

Catarata impetüosa
Que se desborda ruidosa

Con vertiginoso afán;
Asolador huracán
Que todo arranca y destroza.

Es relámpago violento
De funesta claridad,
Rayo que en solo un momento
Matando paz y contento
Nos hunde en la eternidad!
....

Esto es pasión...... conmovida
Me contesté en mi desvelo.
¡Crüel dolor sin consuelo,
Muerte que mata la vida,
Infierno que cierra el cielo!

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

DEL CIELO.

Olvida lo pasado; pude un día
herir tu corazón con mis agravios,
mas ya todo acabó; brote en tus labios
la paz que tanto anhelo en mi agonía.
Del pantano de charcas cenagosas
el impuro vapor llena el ambiente;
se retuerce, se agita lentamente
y se eleva en figuras caprichosas.
Y aquel vapor que sube desde el suelo
emponzoñado, fétido, sombrío,
se torna luego bienhechor rocío
al descender de nuevo desde el cielo.

CARLOS DIAZ DUFÓO.

EL PAJARO EN LA NIEVE.

(NOVELA.)

Era ciego de nacimiento. Le habían enseñado lo único que los ciegos suelen aprender, la música; y fué en este arte muy aventajado. Su madre murió pocos años después de darle la vida; su padre, músico mayor de un regimiento, hacía un año solamente. Tenía un hermano en América que no daba cuenta de sí; sin embargo, sabía por referencias que estaba casado, que tenía dos niños muy hermosos y ocupaba buena posición. El padre indignado, mientras vivió, de la ingratitud del hijo, no quería oir su nombre; pero el ciego le guardaba todavía mucho cariño; no podía menos de recordar que aquel hermano, mayor que él, había sido su sostén en la niñez, el defensor de su debilidad contra los ataques de los demás chicos, y que siempre le hablaba con dulzura. La voz de Santiago, al entrar por la mañana en su cuarto diciendo: "¡Hola, Juanito! arriba, hombre, no duermas tanto," sonaba en los oídos del ciego más grata y armoniosa que las teclas del piano y las cuerdas del violín. ¿Cómo se había trasformado en malo aquel corazón tan bueno? Juan no podía persuadirse de ello, y le buscaba un millón de disculpas: unas veces achacaba la falta al correo; otras se le figuraba que su hermano no quería escribir hasta que pudiera mandar mucho dinero; otras pensaba que iba á darles una sorpresa el mejor día presentándose cargado de millones en el modesto entresuelo que habitaban: pero ninguna de estas imaginaciones se atrevía á comunicar á su padre: únicamente cuando éste, exasperado, lanzaba algún amargo apóstrofe contra el hijo ausente, se atrevía á decirle: "No se desespere V., padre; Santiago es bueno; me da el corazón que ha de escribir uno de estos días."

El padre se murió sin ver carta de su hijo mayor, entre un sacerdote que le exhortaba y el pobre ciego que le apretaba convulso la mano, como si tratase de retenerle á la fuerza en este mundo. Cuan-

do quisieron sacar el cadáver de casa sostuvo una lucha frenética, espantosa, con los empleados fúnebres. Al fin se quedó solo; pero ¡qué soledad la suya! Ni padre, ni madre, ni parientes, ni amigos: hasta el sol le faltaba, el amigo de todos los seres creados. Pasó dos días metido en su cuarto, recorriéndolo de una esquina á la otra como un lobo enjaulado, sin probar alimento. La criada, ayudada por una vecina compasiva, consiguió al cabo impedir aquel suicidio: volvió á comer y pasó la vida desde entonces rezando y tocando el piano.

El padre, algún tiempo antes de morir, había conseguido que le diesen una plaza de organista en una de las iglesias de Madrid, retribuida con catorce reales diarios: no era bastante, como se comprende, para sostener una casa abierta por modesta que fuese; así que, pasados los primeros quince días, nuestro ciego vendió por algunos cuartos, muy pocos por cierto, el humilde ajuar de su morada, despidió á la criada y se fué de pupilo á una casa de huéspedes pagando ocho reales; los seis restantes le bastaban para atender á las demás necesidades. Durante algunos meses vivió el ciego sin salir á la calle más que para cumplir su obligación; de casa á la iglesia, y de la iglesia á casa. La tristeza le tenía dominado y abatido de tal suerte, que apenas despegaba los lábios; pasaba las horas componiendo una gran misa de *requiem* que contaba se tocase por la caridad del párroco en obsequio del alma de su difunto padre; y ya que no podía decirse que tenía los cinco sentidos puestos en su obra, porque carecía de uno, sí diremos que se entregaba á ella con alma y vida.

El cambio de ministerio le sorprendió cuando aun no la había terminado: no sé si entraron los radicales, ó los conservadores, ó los constitucionales; pero entraron algunos nuevos. Juan no lo supo sino tarde y con daño. El nuevo gabinete, pasados algunos días, juzgó que Juan era un organista peligroso para el orden público, y que desde lo alto del coro, en las vísperas y misas solemnes, roncando y zumbando con todos los registros del órgano, le estaba haciendo una oposición verdaderamente escandalosa. Como el ministerió entrante no estaba dispuesto, según había afirmado en el Congreso por boca de uno de sus miembros más autorizados, "á tolerar imposiciones de nadie," procedió inmediatamente y con saludable energía á dejar cesante á Juan, buscándole un sustituto

que en sus maniobras musicales ofreciese más garantías ó fuese más adicto á las instituciones. Cuando le notificaron el cese, nuestro ciego no experimentó más emoción que la sorpresa; allá en el fondo casi se alegró, porque le dejaban más horas desocupadas para concluir su misa. Solamente se dió cuenta de su situación cuando al fin del mes se presentó la patrona en el cuarto á pedirle dinero; no le tenía, porque ya no cobraba en la iglesia; fué necesario que llevase á empeñar el reloj de su padre para pagar la casa. Después se quedó otra vez tan tranquilo y siguió trabajando sin preocuparse del porvenir. Mas otra vez volvió la patrona á pedirle dinero, y otra vez se vió precisado á empeñar un objeto de la escasísima herencia paterna; era un anillo de diamantes. Al cabo ya no tuvo que empeñar. Entonces por consideración á su debilidad, le tuvieron algunos días más de cortesía, muy pocos, y después lo pusieron en la calle, gloriándose mucho de dejarle libre el baúl y la ropa, ya que con ella podían cobrarse de los pocos reales que les quedaba á deber.

Buscó una nueva casa, pero no pudo alquilar piano, lo cual le causó una inmensa tristeza; ya no podía terminar su misa. Todavía fué algún tiempo á casa de un almacenista amigo y tocó el piano á ratos; no tardó, sin embargo, en observar que se le iba recibiendo cada vez con con menos amabilidad, y dejó de ir por allá.

Al poco tiempo le echaron de la nueva casa, pero esta vez quedándose con el baúl en prenda. Entonces comenzó para el ciego una época tan miserable y angustiosa, que pocos se darán cuenta cabal de los dolores, mejor aún, de los martirios que la suerte le deparó. Sin amigos, sin ropa, sin dinero, no hay duda que se pasa muy mal en el mundo; mas si á esto se agrega el no ver la luz del sol, y hallarse por lo mismo absolutamente desvalido, apenas si alcanzamos á divisar el límite del dolor y la miseria. De posada en posada, arrojado de todas poco después de haber entrado, metiéndose en la cama para que le lavasen la única camisa que tenía, el calzado roto, los pantalones con hilachas por debajo, sin cortarse el pelo y sin afeitarse, rodó Juan por Madrid no sé cuánto tiempo. Pretendió, por medio de uno de los huéspedes que tuvo, más compasivo que los demás, la plaza de pianista en un café. Al fin se la otorgaron, pero fué para despedirle á los pocos días: la música de Juan no agradaba á los parroquianos del *Café de la Cebada;* no to-

caba jotas, ni polos, ni sevillanas, ni cosa ninguna flamenca, ni siquiera polkas; pasaba lo noche interpretando sonatas de Beethoven y conciertos de Chopín: los concurrentes se desesperaban al no poder llevar el compás con las cucharillas.

Otra vez volvió á rodar el mísero por los sitios más hediondos de la capital. Alguna alma caritativa, que por casualidad se enteraba de su estado, socorríale indirectamente, porque Juan se estremecía á la idea de pedir limosna. Comía lo preciso para no morirse de hambre en alguna taberna de los barrios bajos, y dormía por cuatro cuartos entre mendigos y malhechores en un desván destinado á este fin. En cierto ocasión le robaron, mientras dormía, los pantalones, y le dejaron otros de dril remendados. Era en el mes de Noviembre.

El pobre Juan, que siempre había guardado en el pensamiento la quimera de la venida de su hermano, ahogado ahora por la desgracia, comenzó á alimentarla con afán. Hizo que le escribiesen á la Habana, sin poner señas á la carta porque no las sabía; procuró informarse si le habían visto, aunque sin resultado; y todos los días se pasaba algunas horas pidiendo á Dios de rodillas que le trajese en su auxilio. Los únicos momentos felices del desdichado eran los que pasaba en oración en el ángulo de alguna iglesia solitaria: oculto detrás de un pilar, aspirando los acres olores de la cera y la humedad, escuchando el chisporroteo de los cirios y el leve rumor de las plegarias de los pocos fieles distribuidos por las naves del templo, su alma inocente dejaba este mundo, que tan cruelmente le trataba, y volaba á comunicarse con Dios y su Madre Santísima. Tenía la devoción de la Virgen profundamente arraigada en el corazón desde la infancia: como apenas había conocido á su madre, buscó por instinto en la de Dios la protección tierna y amorosa que sólo la mujer puede dispensar al niño; había compuesto en honor suyo algunos himnos y plegarias, y no se dormía jamás sin besar devotamente el escapulario del Carmen que llevaba al cuello.

Llegó un día, no obstante, en que el cielo y la tierra le desampararon. Arrojado de todas partes, sin tener un pedazo de pan que llevarse á la boca, ni ropa con que preservarse del frío, comprendió el cuitado con terror que se acercaba el instante de pedir limosna. Trabóse una lucha desesperada en el fondo de su espíritu; el dolor y la vergüenza disputaron palmo á palmo el terreno á la necesidad;

las tinieblas que le rodeaban hacían aún más angustiosa esta batalla. Al cabo, como era de esperar, venció el hambre. Después de pasar muchas horas sollozando y pidiendo fuerzas á Dios para soportar su desdicha, resolvióse á implorar la caridad; pero todavía quiso el infeliz disfrazar la humillación, y decidió cantar por las calles de noche solamente. Poseía una voz regular, y conocía á la perfección el arte del canto; mas tropezó con la dificultad de no tener medio de acompañarse. Al fin, otro desgraciado, que no lo era tanto como él, le facilitó una guitarra vieja y rota, y después de arreglarla del mejor modo que pudo, y después de derramar abundantes lágrimas, salió cierta noche de Diciembre á la calle. El corazón le latía fuertemente; las piernas le temblaban; cuando quiso cantar en una de las calles más céntricas, no pudo; el dolor y la vergüenza habían formado un nudo en su garganta. Arrimóse á la pared de una casa, descansó algunos instantes, y repuesto un tanto, empezó á cantar la romanza de tenor de *La Favorita*. Llamó desde lugo la atención de los transeuntes un ciego que no cantaba peteneras ó malagueñas, y muchos hicieron círculo en torno suyo, y no pocos, al observar la maestría con que iba venciendo las dificultades de la obra, se comunicaron en voz baja su sorpresa y dejaron algunos cuartos en el sombrero, que había colgado del brazo. Terminada la romanza, empezó el aria del cuarto acto de *La Africana*. Pero se había reunido demasiada gente á su alrededor, y la autoridad temió que esto fuese causa de algún desorden, pues era cosa averiguada para los agentes del orden público que las personas que se reunen en la calle á escuchar á un ciego demuestran por este hecho instintos peligrosos de rebelión, cierta hostilidad contra las instituciones, una actitud, en fin, incompatible con el orden social y la seguridad del Estado. Por lo cual un guardia cogió á Juan enérgicamente por el brazo y le dijo:

—A ver; retírese V. á su casa inmediatamente, y no se pare V. en ninguna calle.

—Pero yo no hago daño á nadie.

—Está V. impidiendo el tránsito. Adelante, adelante, si no quiere V. ir á la prevención.

Es realmente consolador el ver con qué esmero procura la autoridad gubernativa que las vías públicas se hallen siempre limpias de ciegos que canten. Y yo creo, por más que halla quien sostenga

lo contrario, que si pudiese igualmente tenerlas limpias de ladrones y asesinos, no dejaría de hacerlo con gusto.

Retiróse á su zahurda el pobre Juan, pesaroso, porque tenía buen corazón, de haber comprometido por un instante la paz intestina y dado pié para una intervención del poder ejecutivo. Había ganado cinco reales y un perro grande. Con este dinero comió al día siguiente, y pagó el alquiler del miserable colchón de paja en que durmió. Por la noche tornó á salir y á cantar trozos de ópera y piezas de canto: vuelta á reunirse la gente en torno suyo y vuelta á intervenir la autoridad gritándole con energía:—Adelante, adelante.

¡Pero si iba adelante no ganaba un cuarto, porque los transeuntes no podían escucharle! Sin embargo, Juan marchaba, marchaba siempre porque le estremecía, más que la muerte, la idea de infringir los mandatos de la autoridad, y turbar, aunque fuese momentáneamente, el orden de su país.

Cada noche se iban reduciendo más sus ganancias. Por un lado la necesidad de seguir siempre adelante, y por otro la falta de novedad, que en España se paga siempre muy cara, le iban privando todos los días de algunos céntimos. Con los que traía para casa al retirarse apenas podía introducir en el estómago algo para no morirse de hambre. Su situación era ya desesperada. Sólo un punto luminoso seguía viendo tenazmente el desgraciado entre las tinieblas de su congojoso estado: este punto luminoso era la llegada de su hermano Santiago. Todas las noches, al salir de casa con la guitarra colgada del cuello, se le ocurría el mismo pensamiento:—"Si Santiago estuviese en Madrid y me oyese cantar, me conocería por la voz." Y esta esperanza, mejor dicho, esta quimera, era lo único que le daba fuerzas para soportar la vida.

Llegó otro día, no obstante, en que la angustia y el dolor no conocieron límites. En la noche anterior no había ganado más que seis cuartos. ¡Había estado tan fría! Como que amaneció Madrid envuelto en una sábana de nieve de media cuarta de espesor. Y todo el día siguió nevando sin cesar un instante, lo cual les tenía sin cuidado á la mayoría de la gente, y fué motivo de regocijo para muchos aficionados á la estética. Los poetas que gozaban de una posición desahogada, muy particularmente, pasaron gran parte del día mirando caer los copos al través de los cristales de su gabinete,

y meditando lindos é ingeniosos símiles de esos que hacen gritar al público en el teatro "¡bravo, bravo!" ú obligan á exclamar cuando se leen en un tomo de versos: "¡qué talento tiene este joven!"

Juan no había tomado más alimento que una taza de café de ínfima clase y un panecillo. No pudo entretener el hambre contemplando la hermosura de la nieve, en primer lugar, porque no tenía vista; y en segundo, porque aunque la tuviese, era difícil que al través de la reja de vidrio empañada y sucia de su desván pudiera verla. Pasó el día acurrucado sobre el colchón, recordando los días de la infancia y acariciando la dulce manía de la vuelta de su hermano. Al llegar la noche, apretado por la necesidad, desfallecido, bajó á la calle á implorar una limosna. Ya no tenía guitarra; la había vendido por tres pesetas en un momento parecido de apuro.

La nieve caía con la misma constancia, puede decirse con el mismo encarnizamiento. Las piernas le temblaban al pobre ciego lo mismo que el día primero en que salió á cantar; pero esta vez no era de vergüenza, sino de hambre. Avanzó como pudo por las calles, enfangándose hasta más arriba del tobillo: su oido le decía que no cruzaba apenas ningún transeúnte; los coches no hacían ruido, y estuvo expuesto á ser atropellado por uno. En una de las calles céntricas se puso al fin á cantar el primer pedazo de ópera que acudió á sus lábios: la voz salía débil y enronquecida de la garganta; nadie se acercaba á él ni siqniera por curisidad. "Vamos á otra parte," se dijo, y bajó por la Carrera de San Jerónimo, caminando torpemente sobre la nieve, cubierto ya de un blanco cendal y con los piés chapoteando agua. El frío se le iba metiendo por los huesos; el hambre le producía un fuerte dolor de estómago. Llegó un momento en que el frío y el dolor le apretaba tanto, que se sintió casi desvanecido, creyó morir, y elevando el espíritu á la Virgen del Carmen, su protectora, exclamó con voz acongojada: "¡Madre mía, socórreme!" Y después de pronunciar estas palabras, se sintió mejor y marchó, ó más propiamente, se arrastró hasta la plaza de las Cortes: allí se arrimó á la columna de un farol, y, todavía bajo la impresión del socorro de la Virgen, comenzó á cantar el *Ave María*, de Gounod, una melodía á la cual siempre había tenido mucha afición. Pero nadie se acercaba tampoco. Los habitantes de la villa estaban todos recogidos en los cafés y teatros, ó bien en sus hogares haciendo bailar á sus hijos sobre las rodillas al amor de la

lumbre. Seguía cayendo la nieve pausada y copiosamente, decidida á prestar asunto al día siguiente á todos los revisteros de periódicos para encantar á sus aficionados con una docena de frases d.licadas. Los transeuntes que casualmente cruzaban lo hacían apresuradamente, arrebujados en sus capas y tapándose con el paraguas. Los faroles se habían puesto el gorro blanco de dormir, y dejaban escapar melancólica claridad. No se oía ruido alguno si no era el rumor vago y lejano de los coches, y el caer incesante de los copos como un crugido levísimo y prolongado de sedería. Sólo la voz de Juan vibraba en el silencio de la noche saludando á la Madre de los Desamparados. Y su canto, más que himno de salutación, parecía un grito de congoja algunas veces, otras un gemido triste y resignado que helaba el corazón más que el frío de la nieve.

En vano clamó el ciego largo rato pidiendo favor al cielo; en vano repitió el dulce nombre de María un sinnúmero de veces, acomodándolos á los diversos tonos de la melodía. El cielo y la Virgen estaban lejos, al parecer, y no le oyeron; los vecinos de la plaza estaban cerca, pero no quisieron oirle. Nadie bajó á recogerlo; ningún balcón se abrió siquiera para dejar caer sobre él una moneda de cobre. Los transeuntes, como si viniesen perseguidos de cerca por la pulmonía, no osaban detenerse.

Al fin ya no pudo cantar más: la voz espiraba en la garganta; las piernas se le doblaban; iba perdiendo la sensibilidad en las manos. Dió algunos pasos y se sentó en la acera al pié de la verja que rodea el jardín. Apoyó los codos en las rodillas y metió la cabeza entre las manos. Y pensó vagamente en que había llegado el último instante de su vida; y volvió á rezar fervorosamente implorando la misericordia divina.

Al cabo de un rato percibió que un transeunte se paraba delante de él y se sintió cogido por el brazo. Levantó la cabeza, y sospechando que sería lo de siempre, preguntó tímidamente:

—¿Es V. algún guardia?

—No soy ningún guardia—repuso el transeunte,—pero levántese V.

—Apenas puedo caballero.

—¿Tiene V. mucho frío?

—Sí, señor...... y además no he comido hoy.

—Entonces, yo le ayudaré...... vamos...... ¡arriba!

El caballero cogió á Juan por los brazos y le puso en pié; era un hombre vigoroso.

—Ahora apóyese V. bien en mí y vamos á ver si hallamos un coche.

—Pero dónde me lleva V.?

—A ningún sitio malo ¿tiene V. miedo?

—¡Ah! no: el corazón me dice que es V. una persona caritativa.

—Vamos andando...... á ver si llegamos pronto á casa para que V. se seque y tome algo caliente.

—Dios se lo pagará á V. caballero........ la Virgen se lo pagará...... Creí que iba á morirme en ese sitio.

—Nada de morirse...... no hable V. de eso ya. Lo que importa ahora es dar pronto con un simón...... Vamos adelante...... ¿qué es eso; tropieza V.?

—Sí, señor; creo que he dado contra la columna de un farol...... ¡Como soy ciego!

—¿Es V. ciego?—preguntó vivamente el desconocido.

—Sí, señor.

—Desde cuándo?

—Desde que nací.

Juan sintió estremecerse el brazo de su protector; y siguieron caminando en silencio. Al cabo éste se detuvo un instante y le preguntó con voz alterada:

—Cómo se llama V.?

—Juan.

—Juan qué?

—Juan Martínez.

—Su padre de V. Manuel, ¿verdad? músico mayor del tercero de artillería ¿no es cierto?

—Sí, señor.

En el mismo instante el ciego se sintió apretado fuertemente por unos brazos vigorosos que casi le asfixiaron y escuchó en su oído una vez temblorosa que exclamó:

—¡Dios mío, qué horror y qué felicidad! Soy un criminal, soy tu hermano Santiago.

Y los dos hermanos quedaron abrazados y sollozando algunos minutos en medio de la calle. La nieve caía sobre ellos dulcemente.

Santiago se desprendió bruscamente de los brazos de su hermano

y comenzó á gritar salpicando sus palabras con fuertes interjecciones:

—¡Un coche, un coche! ¿no hay un coche por ahí?...... ¡maldita sea mi suerte! Vamos Juanillo, haz un esfuerzo; llegaremos pronto al puesto...... ¿Pero señor, dónde se meten los coches......? Ni uno solo cruza por aquí... Allá lejos veo uno.... ¡gracias á Dios!.... ¡Se aleja el maldito!...... Aquí está otro...... éste ya es mío. A ver cochero...... cinco duros si V. nos lleva volando al hotel número diez de la Castellana......

Y cogiendo á su hermano en brazos como si fuera un chico lo metió en el coche y detrás se introdujo él. El cochero arreó á la bestia y el carruaje se deslizó velozmente y sin ruido sobre la nieve. Mientras caminaban, Santiago teniendo siempre abrazado al pobre ciego, le contó rápidamente su vida. No había estado en Cuba, sino en Costa Rica, donde juntó una respetable fortuna; pero había pasado muchos años en el campo, sin comunicación apenas con Europa; escribió tres ó cuatro veces por medio de los barcos que traficaban con Inglaterra y no obtuvo respuesta. Y siempre pensando en tornar á España al año siguiente, dejó de hacer averiguaciones proponiéndose darles una agradable sorpresa. Después se casó y este acontecimiento retardó mucho su vuelta. Pero hacía cuatro meses que estaba en Madrid, donde supo por el registro parroquial que su padre había muerto; de Juan le dieron noticias vagas y contradictorias: unos le dijeron que se había muerto también; otros que reducido á la última miseria, había ido por el mundo cantando y tocando la guitarra. Fueron inútiles cuantas gestiones hizo para averiguar su paradero. Afortunadamente la Providencia se encargó de llevarlo á sus brazos. Santiago reía unas veces, lloraba otras mostrando el carácter franco, generoso y jovial de cuando niño.

Paró el coche al fin. Un criado vino á abrir la portezuela. Llevaron á Juan casi en volandas hasta la casa. Al entrar percibió una temperatura tibia, el aroma de bienestar que esparce la riqueza: los piés se le hundían en mullida alfombra; por orden de Santiago dos criados le despojaron inmediatamente de sus harapos empapados de agua y le pusieron ropa limpia y de abrigo. En seguida le sirvieron en el mismo gabinete, donde ardía un fuego delicioso, una taza de caldo confortador y después algunas viandas, aunque con la debida cautela, por la flojedad en que debía hallarse su estó-

mago: subieron además de la bodega el vino más exquisito y añejo. Santiago no dejaba de moverse, dictando las órdenes oportunas, acercándose á cada instante al ciego para preguntarle con ansiedad:

—¿Cómo te encuentras ahora, Juan?—¿Estás bien?—¿Quieres otro vino?—¿Necesitas más ropa?

Terminada la refacción se quedaron ambos algunos momentos al lado de la chimenea. Santiago preguntó á un criado si la señora y los niños estaban ya acostados y habiéndoles respondido afirmativamente, dijo á su hermano rebozando de alegría:

—¿Tú no tocas el piano?

—Sí.

—Pues vamos á dar un susto á mi mujer y á mis hijos. Ven al salón.

Y le condujo hasta sentarle delante del piano. Después levantó la tapa para que se oyera mejor, abrió con cuidado las puertas y ejecutó todas las maniobras conducentes á producir una sorpresa en la casa; pero todo ello con tal esmero, andando sobre la punta de los piés, hablando en falsete y haciendo tantas y tan graciosas muecas, que Juan al notarlo no pudo menos de reirse exclamando: ¡Siempre el mismo Santiago!

—Ahora toca Juanillo, toca con todas tus fuerzas.

El ciego comenzó á ejecutar una marcha guerrera. El silencioso hotel se estremeció de pronto, como una caja de música cuando se le da cuerda. Las notas se atropellaban al salir del piano, pero siempre con ritmo belicoso. Santiago exclamaba de vez en cuando:

—¡Más fuerte, Juanillo, más fuerte!

Y el ciego golpeaba el teclado, cada vez con mayor brío.

—Ya veo á mi mujer detrás de la cortina...... ¡adelante, Juanillo, adelante!...... Está la pobre en camisa...... ¡ji ji!...... me hago como que no la veo...... se va á creer que estoy loco...... ¡ji! ¡ji! ..... ¡adelante, Juanillo, adelante!

Juan obedecía á su hermano, aunque sin gusto ya, porque deseaba conocer á su cuñada y besar á sus sobrinos.

—Ahora veo á mi hija Manolita, que también sale en camisa...... ¡Calle, también se ha despertado Paquito!.... ¡No te he dicho que todos iban á recibir un susto!.... Pero se van á constipar si andan de ese modo más tiempo...... No toques más Juan, no toques más.

Cesó el estrépito infernal.

Vamos, Adela, Manolito, Paquito, abrigaos un poco y venid á dar un abrazo á mi hermano Juan. Este Juan de quien tanto os he hablado, á quien acabo de encontrar en la calle á punto de morirse helado entre la nieve...... ¡Vamos, vestíos pronto!

La noble familia de Santiago vino inmediatamente á abrazar al pobre ciego. La voz de la esposa era dulce y armoniosa: Juan creía escuchar la de la Virgen: notó que lloraba cuando su marido relató de qué modo le había encontrado. Y todavía quiso añadir más cuidados á los de Santiago: mandó traer un calorífero y ella misma se lo puso debajo de los piés; después le envolvió las piernas en una manta y le puso en la cabeza una gorra de terciopelo. Los niños revoloteaban en torno de la butaca, acariciándole y dejándose acariciar de su tío. Todos escucharon en silencio y embargados por la emoción, el breve relato que de sus desgracias les hizo. Santiago se golpeaba la cabeza: su esposa lloraba: los chicos atónitos le decían estrechándole la mano: "¿No volverás á tener hambre ni á salir á la calle sin paraguas, verdad tiito?...... yo no quiero, Manolita no quiere tampoco...... ni papá, ni mamá."

¡A que no le das tu cama, Paquito!—dijo Santiago, pasando á la alegría inmediamente.

—¡Si no *quepe* en ella, papá! En la sala hay otra muy grande muy grande, muy grande.........

No quiero cama ahora,—interrumpió Juan...... ¡me encuentro tan bien aquí!

—Te duele el estómgo como antes?—preguntó Manolita abrazándole y besándole.

—No, hija mía, no, ¡bendita seas!...... no me duele nada...... soy muy feliz..... lo único que tengo es sueño...... se me cierran los ojos sin poderlo remediar......

—Pues por nosotros no dejes de dormir, Juan—dijo Santiago.

—Si tiito, duerme, duerme—dijeron á un tiempo Manolita y Paquito echándole los brazos al cuello y cubriéndole de caricias.........

....

....

Y se durmió en efecto. Y despertó en el cielo.

Al amanecer del día siguiente, un agente del orden público tropezó con su cadáver entre la nieve. El médico de la casa de socorro certificó que había muerto por la congelación de la sangre.

—Mira, Jiménez—dijo un guardia de los que le habían llevado á su compañero:

—¡Parece que se está riendo!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

Abierta la reja estaba
De la mansión de los muertos.
¡Que triste viene á mi mente
De aquella tarde el recuerdo!
Entre las tumbas gemía
A ratos, medroso el viento,
Doblaba el ciprés sus ramas
El sol se hundía á lo lejos......
Así corrieron las horas,
Corrió silencioso el tiempo......
Me estremecí!...... de improviso
Alguien con lúgubre acento
Me dijo infundiendo á mi alma
Al par amargura y miedo:
"¡Echa el ancla navegante,
Este es el único puerto!"

JOSÉ PEON DEL VALLE.

EL ALBUM DEL HOGAR.

(*Concluye.*)

Mi flor, mis mariposas,
Mi silencio que pueblan
Tranquilos pensamientos
En variedad diversa;
Mis sabios compañeros
Que elocuentes me enseñan
Y calmando mis dudas
Me instruyen y aconsejan;
Hé aquí el cuadro adorable
De mi dicha completa,
Que las sombras no turban
Con su ala pasajera,
Y que no cambiaría
Por la existencia inquieta
Que la ambición agita
Que la envidia envenena.
De la temida muerte
El ceño no me aterra,
Ante su aspecto triste
Mi corazón no tiembla,
Pues sé que los perfumes
De mi flor predilecta
Me seguirán un día
A la mansión eterna
Donde el dolor no habita
Ni el desengaño ciega.

VI.

En el curso del año
Existe un día
En que el sol á mis ojos
Más puro brilla:
En que el perfume
Percibo de las flores
Más tierno y dulce.

El canto de las aves
Suena á mi oído
Más apacible y grato,
Más expresivo,
Y se estremece
La emoción que en el fondo
Del alma duerme.

Como la clara gota
Que se columpia
En el cáliz del lirio
Tras de la lluvia,
Donde asilo halla
Contra el destino adverso
De sus hermanas,

Así hay un sentimiento
Que sobrevive,
Que al través de los años
Intacto existe,
Y que en un día
Despierta sonriendo,
Se agita y vibra.

Tiene de la esperanza
La voz suave,
Del recuerdo la forma
Vaga, impalpable;
A un tiempo mismo

Ofrece un bien futuro
Y un bien perdido.

Blando como el suspiro
Que en el crepúsculo
El céfiro en las ramas
Forma confuso,
Cual la promesa
Que el ángel trae al alma
Que un cielo sueña...

Cuando el soplo se siente
Ya del otoño,
Que los árboles muestran
Su árido tronco,
Y con sus hojas
Tienden sobre la tierra
Pálida alfombra,

Alguna flor se mece,
Sola, entreabierta,
Que respetó á su paso
Ruda tormenta,
Y que dá al campo
El adorno postrero
De sus encantos.

No es la vida un desierto
Cuando nos brinda
Con el eco dulcísimo
De voz amiga,
Y hay una fuente
Do sed devoradora
Calmarse puede.

Allá queda el pasado
Con sus ensueños,
Sus ilusiones de oro
Y sus deseos;

Mas también queda
De pasiones ardientes
La cruda guerra.

La calma de la tarde
Dulce se tiende,
Nuestra mejilla el beso
Del aura siente,
El sol se pone
Y en silencio se acerca
Tranquila noche.

No hay amarga memoria
Que nos fatigue,
Cual espectro que cruza
La noche triste,
Que no dejamos
Lágrimas ni injusticias
A nuestro paso.

Es el hogar modesto,
Pero tranquilo,
La ambición allí no halla
Sombra ni abrigo;
Ni envidia ni odio
Con su aliento envenenan
Nuestro reposo.

Una luz suave, llena
La estancia toda,
El amor la ha encendido
En bendita hora,
Y la mantiene
Un ángel cariñoso
Que nunca duerme.

Mañana... Nuevos vástagos
Se alzan lozanos...
¿Qué importa que sucumba
Cansado el árbol?

La forma pasa;
Mas no pasan los cielos
Ni pasa el alma.

VII.

Tomo la pluma y no puedo
Por más que pienso y medito
Expresar como quisiera
Lo que en la mente concibo.
No es que los años veloces
En su ilimitado círculo
Hayan del pecho agotado
El vigor con que ha latido;
Pues lejos de eso, parece
Que su curso fugitivo
El sentimiento más hondo
Hace, más tierno y más íntimo.
Mas la palabra rebelde
Mientras la busco y persigo
Se mofa de mis esfuerzos
Y me priva de su auxilio,
Pues son junto al pensamiento
Torpes y mudos los signos,
Como las obras del arte
Delante del infinito.

¿En dónde están los colores
Que imiten del sol el brillo
Cuando en oriente se eleva
Su reverberante disco?
¿Dónde el acento que exprese
De la tórtola el suspiro,
Cuando con dulce reclamo
A su consorte querido
Llama entre las frescas ramas
Del espeso bosquecillo,
Mientras las flores se inclinan
De la siesta al soplo tibio?

Es inútil: de la dicha
Huye con semblante esquivo
La musa que sólo sabe
Interpretar del destino
Las penas, las amarguras,
Los misteriosos caprichos
Que la existencia extravían
En confuso laberinto.
La inspiración viene entónces
Por sí sola; á los oídos
Dicta frases que traducen
El manantial escondido,
De lágrimas que llevamos
Del pecho en el hondo abismo,
De pesares siempre lleno,
De placer siempre vacío.

Pero cuando el corazón
Se siente feliz, tranquilo;
Cuando el porvenir se mira
Sin temor y sin ahinco;
Cuando el pasado no guarda
Algún recuerdo maldito
Que á emponzoñar el presente
Vaya con su aliento impío;
Entonces las musas huyen
Y en los encumbrados riscos
Del Parnaso, los tesoros
Esconden que más envidio.
Es que, mujeres celosas,
Quieren que nuestro cariño
En ellas se reconcentre,
Y no admiten participio
Con quien olvidarlas hace
A fuerza de sacrificios,
De ternura, de virtudes,
Y de amor, que es uno mismo.

Tú has sabido de mi vida

Con mano tan suave, el hilo
Devanar, que bien pudiera
Vivir en la tierra siglos
Sin extrañar de otra patria
Los misteriosos prodigios,
Que el corazón me revela
En sus sueños indecisos.
Tú has sabido con un soplo
Disipar el torbellino
De sombras que mi existencia
Como sudario sombrío
Velaron, mis juveniles
Años hundiendo floridos
En un mar de desencanto,
De amarguras y fastidio.
¿Qué más? Si me haces dichoso,
Poco importa que el idilio
De dichas pintar no pueda
En alto y sublime estilo;
Pues hay algo que es más dulce
Para un corazón solícito:
Del amor que nunca muere
El manantial infinito.
Conserva de mi ternura
Las flores que más estimo
Recordando que en tí sola
Todas mis venturas cifro;
Pues eres la dulce estrella
Que me alumbra en mi camino,
El ángel que me sostiene
Y... la madre de mis hijos.

VIII.

Ruje la tormenta airada,
El rayo estalla iracundo
Dejando en el negro manto
De la noche un ígneo surco.
¡Qué dulce es mientras, guardarse

Bajo de un techo seguro
Do del huracan apenas
Se oyen los ecos profundos!

El sol derrama á torrentes
En su perezoso curso
Calor que marchita impío
Las flores y los arbustos;
¡Qué grato es mecerse en tanto
Muellemente en un columpio
Tendido á la fresca sombra
De un apartado tugurio!
Sudario de blanca nieve
Envuelve los campos mustios
Donde las plantas no arrojan
Ni un retoño, ni un capullo.
¡Qué bello es sentir entónces
El ambiente tibio y puro,
De una llama bienhechora
Bajo el delicioso influjo!

Así es en la vida humana:
De penas entre el tumulto
Puede llamarse dichoso
Quien de los cielos obtuvo
Un asilo do esconderse
De los dolores sin número
Que brotan de las pasiones
Entre el choque furibundo.
La frescura de un cariño
Siempre fiel, nunca inseguro,
Donde no llega el veneno
De la codicia del mundo,
Y donde la vida vierte
A manos llenas los últimos
Placeres que nos conserva
Cuando se acerca el sepulcro;
Flores que una mano amiga
Cultiva en jardín oculto,

Avecillas que despiertan
Con amorosos arrullos,
Mesa tranquila aunque pobre,
Alma sin pesar ni susto,
Pues el tiempo no ha dejado
Ningun recuerdo importuno.
¿Qué más en la corta vida
Desear el hombre pudo,
Cuando es tan fácil perderse
Extraviando el recto rumbo?
Incredulidad, creencia,
Miseria, esplendor y lujo,
La abyección de la ignorancia,
Del saber el necio orgullo;
En todas partes asoma
Del dolor el negro bulto;
En todas se siente su hálito
Pestilencial y corrupto...
Solo aquel que por la senda
Cauto su paso condujo,
Que pocos hallar lograron
Al través de un velo turbio,
Puede llamarse dichoso,
Sin ambicionar iluso
Glorias que huyen como sombra,
Placeres que huyen como humo.
Gocemos del bien presente
Sin pensar en el futuro,
Que hay quien vele por nosotros,
Y sabiamente dispuso
El camino que en la la tierra
Tiene que seguir cada uno,
Conformándonos tranquilos
Con el papel que nos cupo.
A nadie envidio en mi suerte
Si hallo en mi hogar lo que busco,
Un alma que solo amarme
Y hacerme dichoso supo,

Tiernos séres que me cercan
Formando graciosos grupos;
Semblantes siempre risueños
Nunca sombríos ni adustos;
Su amor que en mi pecho vive
Cual vive el mío en el suyo.
La misma muerte respeta
De esos vínculos el nudo,
Pues también nacen las flores
Al borde de humilde túmulo;
Y el recuerdo que traspasa
De la tumba el triste muro
A los espíritus liga
En un sentimiento mutuo...

J. M. Vigil.

En el abanico de***

Se extinguen ya las luces, es muy tarde!
La aurora sonrosada á mirar viene,
El dulce encanto angelical que tiene
La última chispa que en tus ojos arde.

Esta aurora que tiñe de oro y grana
Los hermosos celajes del Oriente
Y besa con ternura tu alba frente,
Lejos de tí me encontrará mañana!

Acuérdate de mí, de este delirio
Que al conocerte, destruyó mi calma......
¿Quién eres tú, mujer? Eres una alma
Que la mano de Dios puso en un lirio.

1884.

CUATRO CARTAS.

Agosto, 1877.

Pablo mío:

Tú que siempre te has reído de mí porque me figuro que los días son de color, me harás justicia ahora que estás obligado á ver estos dos de ausencia que nos separan, negros como la noche. En las cuarenta y ocho horas que hace que no te miro estoy segura de que me has cometido cuarenta y nueve infidelidades, y verdaderamente has hecho mal, porque yo te quiero con toda mi alma, y es justo que tú también me consagres la tuya entera, sin dejar en ella ni un lugarcito pequeño para tonterías.

Te voy á contar mi excursión desde la salida de esa ciudad hasta mi llegada á esta hacienda, con una minuciosidad escrupulosa y renunciando al derecho que todos los viajeros tienen para decir mentiras: la rectitud de mi conciencia se subleva ante la consideración espantosa de engañarte.

A las tres de la mañana me despertó probablemente el angel de mi Guarda, especie de Otelo que te odia y tenía gran prisa en separarme de tí. Por esa razón estoy muy enfadada con él. Los celos me parecen exclusivamente trágicos, como el puñal y la copa de veneno, por manera que un celoso que no habla en verso y declamando, es incomprensible. Desperté, como te decía, á esa hora ferozmente matinal y saltando del lecho abrí las cortinas del balcón. En la esquina de la calle el gendarme ejecutaba variaciones poco musicales en un pito, que resonaba melancólicamente en el hondo silencio de la ciudad dormida. Las estrellas brillaban en el cielo con apacible fulgor, y la luna, confidente horas antes de nuestra triste despedida, me preguntaba por tí atravesando los cristales, con esa indiscreción que la caracteriza. Te lo confieso sin rubor ninguno: esperaba verte y así se lo dije á ella, que entonces me indicó besando con sus blancos rayos mis hombros desnudos, que estaba muy desabrigada para recibirte. Corrí á vestirme y me preparé heroicamente á la dulce emoción de volverte á ver para darte el último adiós. Tuviste el buen gusto de no aparecer por ahí y yo me alegré, porque te aseguro que estaba horrorosa: las madrugadas me matan.

A las cuatro y media se oyó el ruido de un carruaje: era el que venía por nosotros. Después de un frugal desayuno nos encaramamos en aquel armatoste con honores de guallín y tuvimos que aguardar allí un largo rato, mientras arreglaban no sé qué arreos del tiro. El cielo se comenzaba á iluminar con las primeras y vagas claridades de la aurora: campanas lejanas llamaban á misa y uno que otro transeunte pasaba por la calle viéndonos con curiosidad. Mayor era la que sentía yo por saber á dónde iban y de dónde venían aquellas gentes misteriosas.

Por fin partimos. Sonó el látigo del auriga y los caballos se lanzaron á escape arrastrando nuestro modesto carricoche con infernal estrépito. El guallín tenía cuatro asientos y hubiéramos ido con holgura, pero figúrate que papá llevaba una escopeta y mamá un canario, amén del cesto de provisiones y de mi gran sombrero de paja para montar á caballo, que yo guardaba cuidadosamente sobre mis rodillas.

Dejamos atrás la ciudad. El camino, regado aún por las últimas lluvias, no nos regaló con ese polvo que tanto molesta y fatiga: la mañana estaba hermosa, el aire levantaba mi velo para conocerme, y me besaba galantemente dándome en cambio su frescura y la fragancia de las flores del campo; el canario de mamá cantaba.

A poco andar cerráronse mis ojos dominados por un sueño invencible y mi espíritu voló en tu busca. Estabas leyendo, pero sin saber lo que leías, porque en cada renglón del libro solo había para tus ojos esta palabra mil veces repetida: Cristina, Cristina, Cristina. Estabas triste, muy triste, y de vez en cuando suspirabas levantando los ojos al cielo como San Luis Gonzaga en la pintura que adorna mi alcoba y que tú amas tanto. Me diste lástima, una compasión que deploro se apoderó de mí, y te dije "aquí estoy." Corriste á mi encuentro muy turbado, y cogiéndome ambas manos con frenesí, las llenaste de besos, una tras de otra, sin que yo pudiese evitarlo. ¡Qué bellas cosas me decías! ¡cuán persuasivas! ¡qué bien ibas dando á tus palabras esa ternura que consuela y enamora! ¡Te juro que por la primera vez de tu vida eras elocuente! Mi regreso tan repentino, mi presencia en tu casa, todo me lo explicaste con asombrosa facilidad. Después ya no pensamos más que en contarnos nuestros amores, como si se tratase de algo ignorado, y tal novedad encontramos que no nos ocupamos de otro asunto. ¡Jesus! ¡cómo pasa el tiempo! Era ya muy tarde, muy tarde y no podía quedarme ahí ni un segundo más! Adiós!—te dije;—pero imposible que me dejaras partir. Me tenías asida con todas tus fuerzas haciendo que no pudiese moverme. Yo luchaba desesperadamente pero en vano: Déjame por piedad! Déjame ó grito! Y en un esfuerzo supremo, me solté, pero al soltarme, dí contra una columna que tenía una estatua que sostenía un candelabro y candelabro, es-

tatua y columna vinieron al suelo estruendosamente. Yo grité. El guallín se había volcado.

En aquellos momentos se desencadenaba una tempestad furiosa, y no había ni un árbol por ahí cerca bajo del cual pudiésemos refugiarnos. Salimos trabajosamente del vehículo, y á través del lodo que nos cubría, pudimos observar con inefable contento que estábamos sanos. Papá un poco raspado de la frente, mamá quejándose algo de un pié, yo con el sombrero hecho pedazos, la escopeta intacta y el canario muerto. Las provisiones estaban hechas una sopa.

Con trabajos mil, con esfuerzos inauditos, lograron levantar el infame armatoste, y continuamos nuestro penoso viaje. Hasta las doce de la noche, transidos de frío, de hambre y de cansancio, llegamos á esta hacienda, cuyo viejo caserón destartalado se me figuró castillo hermosísimo, de la misma manera que á Don Quijote las desaseadas ventas manchegas.

A la mañana siguiente, tan pronto como la luz del alba penetró por las rendijas de las puertas, me levanté y salí al campo. La naturaleza sonreía. En la feraz llanura que se extiende á los piés de nuestra casa pastaban sosegadamente los ganados en pintoresca confusión; las grandes arboledas que la rodean sacudían con pereza su follaje, remecido por la brisa matinal que me traía el aroma de los cafetos, y á lo lejos, el lago extendía su brillante cinta de plata, engastada en el esmalte azul de las montañas. El cielo estaba sonrosado y la atmósfera trasparente. Muchedumbre de recuerdos, joviales los unos, amargos los otros, y melancólicos todos, embargaba mi espíritu. ¡Qué retirados estaban ya de mí aquellos días placenteros de la infancia, en que agena completamente á las pasiones de la mujer y á sus encantos y á sus dolores, dejaba al corazón dormir como á un niño en su cuna! ¡Hermosas horas primaverales! ¡Cortos momentos de juventud que duraron tan sólo el brevísimo término de un día! Hoy todo lo veo de muy distinta manera. Estos sitios ya no me alborozan como antes, porque ya no guardan para mí el calor de esos goces que se esperan tanto y tanto se sueñan, y porque ya únicamente tengo alegría para tí, amor para tí, alma para tí. Tú llenas mi existencia. Pero es muy natural entristecerse con los recuerdos, en presencia de lugares que hemos visitado en épocas lejanas: el corazón humano es así, aunque lo presente valga más que lo pasado, suspira por lo pasado, con cierta voluptuosidad deleitosa.

Mil veces te lo he dicho y me complazco en repetírtelo: no me arrepiento de quererte, no me arrepiento de haberte consagrado todo mi ser, de que no haya una fibra de mí misma que no vibre y se estremezca por tí. ¡Si tú supieras! Cuando te encontré en el mundo, cuando te quise, cuando temblando me confesaste tu amor

sin decírmelo, sentí que mi corazón se inundaba de agradecimiento y bendije la vida. Si es cierto que todos tenemos una misión cualquiera, ya sabes cuál es la tuya: hacerme venturosa. Si me dejas de querer me muero sin remedio.

A veces me entristece la nube de secretos presentimientos; á veces no sé qué sombrías preocupaciones me dicen que no seré tuya jamás. Las gentes que me hablan sostienen ¡mira tú que disparate! que somos muy jóvenes y que es tan raro en la vida que los primeros amores se realicen!...... Yo me enfado muchísimo con esas profecías tontas que atormentan sin embargo mi imaginación. Te acuerdas de aquella noche en que me negaba á decirte la causa de mi tristeza? Todo el día me habían estado diciendo eso; seis gentes diferentes habíanme hecho ese linaje de reflexiones...... Yo no quería decírtelo, es la verdad, no quería...... pero tú, insistías, me rogabas. Al fin no pude resistir más, apoyé en tu hombro mi cabeza y al decírtelo sentí que se bañaban de lágrimas mis ojos...... Entretanto tú jugabas con las sortijas de mi mano izquierda........ Sonreiste al oirme, me acuerdo muy bien, y me dijiste: "No seas inocente, no te aflijas por ideas que no son tuyas. ¡Si la imaginación no debe ser un lugar en donde todo el que quiera pueda dejar teorías ó sistemas más ó menos aceptables; debe ser únicamente el espejo que copie las imágenes queridas, la luz para todos los recuerdos y el ala para todas las esperanzas!" Esas fueron tus palabras. ¿Qué bien las aprendí, verdad? Ah! no temas nunca que el olvido venga á interrumpir mis recuerdos.

¡Pero Dios mío! He escrito cinco pliegos sin saberlo! Adiós! te exijo que me adores. Soy tuya, tuya, tuya......

CRISTINA.

Enero, 1878.

Querido Pablo:

Tu última carta me llegó con inexplicable atraso y además he tenido algunos cuidados que me privaban del dulce placer de escribirte, por este motivo encontrarás mi contestación más tardía de lo que debiera, aunque más humilde también, pues de rodillas te ruego que en el fondo inagotable de tu bondad, busques la necesaria para disculparme. Y en verdad que tú igualmente me tienes que pedir perdón. Te he permitido que seas tonto sólo una vez por semana, y en los días de la antepasada lo fuiste dos veces: este es

un abuso que me abstengo de calificar. Primero me dijiste que notabas en mí cierta tibieza desconsoladora, y después me contaste no sé que sueños funestos que te atormentaban despierto.. Ni existe esa tibieza de que injustificadamente me acusas, ni me parece bien que les des crédito á tus imaginaciones descabelladas.

Mi triste vida en medio de esta soledad selvática, hase amenizado de algunos días á esta parte por razón del trato más frecuente que se ha ido estableciendo entre nosotros y nuestros vecinos de *Los Alamos*. Este nombre es el de aquella hacienda que te he contado está á muy pocas leguas de aquí, y que es propiedad de una familia muy distinguida que en ella habita desde hace muchos años.

No tenía yo ningún genero de relaciones con esa familia, que se compone de dos señoritas y un joven hermano de ambas, porque además de que rarísimas veces venimos á esta finca, existía desde hace largos años entre papá y el Sr. L......—padre de nuestros vecinos y propietario de *Los Álamos*—cierto pleito reñidísimo sobre una servidumbre de aguas y no rosadas por cierto, pues habían agriado los ánimos y separado á las familias de los contrincantes, reproduciendo entre ambos una especie de enemistad por el estilo de la de Capuletos y Montescos, que tanto hizo sufrir á la pobrecita de Julieta. Con la muerte del Sr. L......, ocurrida seis años ha, se pactó una especie de tregua en la que papá convino, porque favorecía sus intereses y le proporcionaba la ocasión de mostrarse generoso con la afligida familia de su colindante. Con efecto, aquella había quedado punto menos que desamparada. Las dos niñas, agenas enteramente por su edad y su sexo al complicado manejo de los negocios, no podían salvar una situación á todas luces difícil. Carlos, el hijo mayor, estaba en Europa terminando su educación y muy próximo á hacerse arquitecto, como tú y Miguel Angel. Acostumbrado desde su más tiernos años á vivir en Paris, en medio de los refinamientos del arte y la cultura, cautivo constantemente su espíritu inteligente y soñador en los encantos de una civilización deslumbradora, no era posible que se resignara á abandonarlo todo, para venir á encerrarse en este rincón de un país que sólo el Barón de Humboldt pudo llamar hermoso, por galantería cortesana: y aunque viniese, su presencia sería inútil según todos nuestros agricultores notables aseguraban, por creer al parisiense completamente inepto para el caso. Una multitud de interesados á la finca se la disputaban ya como fácil presa; los acreedores se entregaban prematuramente al inocente placer de las combinaciones ingeniosas que deberían aumentar el monto de sus créditos, y las pobres huérfanas tenían á su lado constantemente consejeros solícitos y desinteresados, á quienes sólo contestaban cuando les hablaban de negocios, con su llanto inextinguible y su aflicción.

Contra lo que todo el mundo esperaba, Carlos, tan pronto como

supo la desgracia ocurrida en su familia, dejándolo todo vino á reunirse con sus hermanas y se puso al frente de los negocios. Esa fué la primera sorpresa. La segunda consiste en que después de seis años de estar al frente de ellos, ha logrado el parisiense á fuerza de trabajo, economía y talento, poner las cosas en estado maravilloso de prosperidad. Todo el mundo habla por aquí de él con elogio, todos le aman, todos le respetan, así es que no extrañarás que yo haya sentido una invencible curiosidad de conocerle.

Bien fácil me fué por cierto satisfacerla. Una tarde, al volver de nuestro acostumbrado paseo por el campo con papá, vimos un caballero que se llegaba á nosotros con el ancho sombrero en la mano y en la actitud más respetuosa. A pesar de que su cabalgadura manifestaba á las claras que no ganaría de ninguna manera el premio del *Derby*, si fuese allá á disputarlo, y á pesar del traje de gamuza asaz acartonado que llevaba y sobre el cual debieron caer todas las lluvias de la pasada estación, bien se echaba de ver que aquel sugeto era persona de educación y buen linaje. Habló con papá algún tiempo, y después se despidió de nosotros con la misma finura que nos había saludado. Al irse díjome papá:

—Es D. Carlos.

Entonces sentí no haber puesto mayor atención en él. Me consolé sin embargo, inmediatamente, porque papá añadió:

—Mañana vendrá á comer á casa.

Pero si mi curiosidad por una parte iba á quedar satisfecha, por otra me afligía muchísimo. Mi exíguo guardaropa no podía prometer á D. Carlos maravillas, ni mucho menos: y por acostumbrado que él estuviese ya á vivir entre estos salvajes, me encontraría ridícula ¿quién lo duda? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué angustia! No te vayas á reir de mí, pero lloré toda la noche. Tú en mi lugar hubieras hecho otro tanto. Tengo las manos negras, negras como sombrero, ¿qué diría ese señor?

Ignoro lo que habrá pensado de mí, pero vino, fuí á la mesa, sentáronme á su lado, y no hubo más remedio, tuvo el honor de contemplarme con mi eterno vestido de muselina, y mis manos.

Habla agradablemente el castellano; este idioma no es en sus labios aquel pesado manto de púrpura recamado de oro, de que tanto se envanece un poeta amigo tuyo, y bajo del cual nadie puede moverse, ni andar, ni reirse, bueno á lo sumo para ataviar á los sacerdotes, mas no para cubrir á la musa ligera y jovial de la conversación, no; es el idioma-mariposa que aletea al rededor de todos los asuntos, dejando aquí una gotita de miel, más allá un piquetito, más lejos el polen de alguna flor: diríase que D. Carlos piensa en francés y habla en español, ajustando éste idioma rebelde á las formas más gallardas y hermosas.

Es una persona por todo extremo simpática é interesante. Po-

drá tener poco más ó menos veintiocho años. Su mirada es dulce y á las veces sumamente melancólica. Tiene grandes bigotes rubios y siempre que en ellos me fijo, siento un feroz antojo de estirárselos.

—No tiene V. deseos de regresar á Europa? le pregunté.

—Ahora ya no, me dijo. Al principio fué para mí muy difícil renunciar á volver y terminar mi carrera tan cruelmente interrumpida; muchísimo más acostumbrarme á vivir aquí. Pero ya vencí á la naturaleza exigente; todas las enfermedades se curan, la nostalgia inclusive.

—Pero,—añadí,—esa debió V. sentirla en París ya que su patria es ésta.

—¡Oh señorita!—me replicó con amargura,—la patria es el lugar en donde se ama.

Como papá y mamá habíanse levantado ya de la mesa, temí que D. Carlos se lanzara al terreno escabroso de las confidencias y me pareció excesivo para una primer visita. Cambié, pues, de conversación y le hablé de sus bigotes por decir algo.

Me muero de vergüenza cuando pienso en esa barbaridad.

¿Para qué haría yo eso? Te exijo que me lo digas tú. Vamos, para qué, para qué lo hice?

No sé qué me contestó. Me parece que me dijo que había nacido con ellos. El gran fenómeno! Sí, me lo aseguró muy formalte, añadiendo que había pasado su niñez sobre una caja de música exhibiéndose en las ferias de Francia.

En el fondo, después de nuestra conversación, me quedé con una curiosidad que me propuse satisfacer lo más pronto posible. La novia de D. Carlos sería morena ó rubia?

Te propongo una apuesta con ese motivo. Yo estoy porque es rubia, y tú?

Al llegar la tarde de aquel día salimos á caballo y tomamos el rumbo de *Los Alamos*, por invitación de D. Carlos, que se propuso, según nos dijo, enseñarnos el camino de su casa. En estos climas privilegiados no hay invierno: casi todos los árboles conservan su follaje, y como el agua es abundante se ven constantemente fértiles los prados. Me sorprendí con agrado al saber que D. Carlos gusta de galopar, y como ese es mi mayor placer, pusimos en breve nuestros caballos al galope, con la prévia autorización paterna. Este día traía él un brioso alazán muy diferente de aquella pobre alimaña en que le ví la vez primera.

Galopamos largo tiempo. Los bigotes aquellos, eterna causa de mi confusión y vergüenza, se encabritaban con la carrera, haciendo piruetas inverosímiles. A poco divisamos el cacerío de *Los Alamos*, tendido sobre una colina en artístico desórden. En la parte más alta hay un grupo de esos gentiles árboles que dan nombre á la ha-

cienda y entre aquellos bigotes, quiero decir entre aquellos árboles, asoma la torre de la capilla recientemente blanqueada.

Hasta ahí llegamos, y despidiéndose de nosotros el joven propietario de aquel lugar, que nos prometió traer á sus hermanas al siguiente día, regresamos á casa.

Ya te he referido minuciosamente, mi querido Pablo, los últimos acontecimientos de mi vida. No abrigues ninguna inquietud por estas nuevas relaciones; tu lugar es sagrado en mi corazón, y además, á la primera tentativa que D. Carlos hiciera para cortejarme, correría á tu lado para poner entre él y nosotros un abismo.

Tu Cristina.

Marzo, 1880.

Pablo:

Más de dos horas hace que escribí esa primera palabra, y no me atrevo á continuar. Es tan grave, tan grave lo que tengo que decirte que me tiembla la mano, y se me oprime el corazón...... Sin embargo, es preciso; no puedo retardar más el momento terrible. Es necesario que lo sepas de una vez. Ten valor como yo: ¿hay algo más noble que la resignación tratándose de los sacrificios que nos imponen los seres superiores?

Resígnate, confórmate con una voluntad que ni tú ni yo podemos contrariar. Pablo: nuestro amor no es ya posible. Nuestros queridos ensueños de otros días, nuestras hermosas esperanzas sonrosadas, han muerto, han muerto para siempre.

Me casan con D. Carlos L........ He estado á punto de volverme loca, campadéceme Pablo, no me acuses Yo sufro tanto como tú, más que tú; es tan fácil para los hombres olvidar! Padezco porque te dejo, porque te digo adiós para toda la vida, y padezco porque temo tu enojo, tu desprecio. No me desprecies, Pablo, por Dios! Este es un sacrificio que mis padres me exigen y que no puedo negarles. Negocios, sabes?..... negocios..... Aquella servidumbre.... No sé......

Quisiera escribirte más, mucho más; llenar, como en tiempos mejores pliegos y pliegos para tí; pero comprendo que ya no debo hacerlo. Todo ha concluido entre los dos. Olvídame, Pablo, olvídame! Te lo exijo, pero no puedo dejar de decirte como Frou-Frou á M. de Valreàs: "que no sea muy pronto!"

Cristina.

Abril, 1887.

Apreciable Pablo:

Con muchísima pena me atrevo á molestarle suplicándole me mande los siguientes encargos; pero V. es una persona tan amable y eficaz que sabrá perdonarme, sobre todo, con la consideración de que V. es ya el único amigo que me queda en esa ciudad de donde estoy ausente hace tantos años.

Me hacen muchísima falta y le suplico me mande con el portador de ésta, que entregará á V. el dinero necesario, estos objetos:

6 jeringuitas de goma para los niños;
6 biberones y
1 docena de frascos de *Jarabe calmante de la Sra. Winslow*.

Hemos estado apuradísimos en estos días. Mi casa ha sido un hospital; Carlos y todos mis hijos han estado muy enfermos.

He tenido al mayorcito con sarampión, y el último ha padecido de tal manera con los colmillos, que fué preciso abrirle las encías al degraciado con un cortaplumas.

En cambio yo estoy muy bien: peso 200 libras, sin exageración.

Todos le saludan afectuosamente, y yo, anticipándole las gracias, le ruego perdone tantas molestias á su antigua amiga y S. S.

Cristina K.... de L....

P. D.—Los biberones quiero que sean blancos.

Vale.

Manuel Alvarez del Castillo,
Copiante.

ESTUDIO LITERARIO.

I.

Siempre que abro un libro en que se refleja el pensamiento humano, recorre mi espíritu con doble mirada las faces características de la civilización en la Historia.

Siempre que mi alma se abisma en el mundo de la idea, la reflexión llama mis recuerdos con la voz del pasado, mientras contemplo ese enigma de luz y sombra, que en el desarrollo de sus eslabonadas formas, de su revelación en el tiempo y en la humanidad, se llama *progreso*. El, como la serpiente del símbolo egipcio, confunde siempre sus extremos, no pudiendo marchar hacia delante sin arrojar una mirada retrospectiva á las regiones de donde naciera.

Y si la literatura, en su más lata acepción, es el reflejo de la sociedad, y las formas de la cultura humana corresponden al desarrollo dialéctico del pensamiento, examinar el carácter de las ideas, en el orden literario, es trazar quizá el más importante de los aspectos de la civilización.

La humanidad reflexiva *piensa* hoy con Képler, Krause, Hugo, Dikens, Edison. Los caldeos que desde sus tiendas plantadas en el desierto, no vieron en las estrellas la gravitación universal, sino el *fatum* cabalístico de los humanos destinos; Asiria, Grecia, Roma, que no vieron en las nacionalidades extranjeras sino razas enemigas y borraron de su corazón las santas leyes del Derecho; Homero que no cantó sino los odios de la sangre, confundidos con las iras de los dioses; y la Edad Media viendo en la Naturaleza una hechicería y en la Literatura un cuento místico, son las tristes negaciones, como si dijéramos, la ignorancia necesaria de las verdades que el genio de la era moderna ha descubierto para el espíritu. Y llamo tal esa ignorancia, porque se necesita interrogar á la sombra que es muda,

para oir de la luz la respuesta; se necesita llorar en el dolor para sonreír en la esperanza y en la fé.

Y la humanidad viene marcando con sus lágrimas y sus dudas los puntos luminosos de su progresivo destino. La ley del dolor es la ley de la vida. Y la vida es luz y amor y combate. ¿Luchar? ¿Contra quién y por qué? Hay fatalidades ocultas en la naturaleza, en la sociedad y en lo íntimo de la conciencia. A ellas hay que vencer y encadenar, porque no son fuerzas infinitas, sino leyes de prueba, piedras de toque, crisol doloroso, ardiente, de nuestros destinos, de nuestra misión. Y la humanidad luchando con tal enemigo y desarrollándose así en la vida, viene siglos ha, creando esa fuerza oculta que llamamos civilización, es decir, triunfo lento, progresivo de la luz, de la esperanza, de la virtud, de la verdad.

"Habla, joven, para conocerte," decía Sócrates en sus Diálogos, y lo mismo puede decirse á los pueblos y á las razas que cubren la tierra: revelaos en vuestra historia y en vuestra literatura: el siglo venidero comprenderá mejor el pasado, y el carácter nacional, la ciencia, la religión, la industria, el arte serán los pregoneros mejor escuchados, si yacen en el panteon del recuerdo, vivificados por la crítica, inmortalizados por la Historia.

La voz de la pitonisa, agitándose ebria de vida sobre el trípode, revelaba al fin quimeras, alucinaciones. Pero estas voces muertas del pasado, son reverberos de luz ingenua y pura como la verdad, consoladora y sabia, como el recuerdo y la esperanza.

Por eso hoy cierro ya el libro, al concluir mis lecturas, y entrego mi alma á solitarias reflexiones. Las hojas dan vuelta sobre mi mano y ya en mis recuerdos se pierde muy lejos el eco del pensamiento. ¿A dónde va? Difícil saberlo. Intentaré seguirlo con la pluma sobre el papel. Después de todo, esta será una pobre página en la historia de las ideas, una nota oscura en los anales de aquella.

II.

Que el arte de las formas literarias, en los días que atravesamos, reviste manifestaciones complexas, fenómeno es casi común á todas las edades de la Historia. Sobre tal complexión en el organismo

literario, las siguientes líneas están destinadas á hacer notar el signo característico en la literatura clásica, en la romántica y en la realista: triple manifestación genérica de las ideas, desde la época antigua hasta nuestro siglo.

El problema es árduo. Ni seré yo quien intente descifrarlo. Empero, mi alma vive la vida del recuerdo. ¿Qué precedentes históricos han vertido su influencia en el carácter de la literatura moderna? Así creo que la cuestión cambia de aspecto y puede ser objeto de estudio de todo espíritu reflexivo.

III.

La civilización es la forma en que se revela la vida de las sociedades. Estas, como el hombre individual, abrigan en su seno necesidades, aspiraciones, que no son sino las tendencias de su naturaleza. Y la naturaleza en la humanidad respira y se desarrolla con la doble vida de la materia y el pensamiento. De aquí que todas las formas de la civilización en la historia del mundo vienen obedeciendo á las leyes psicológicas de las ideas y al desarrollo progresivo de la cultura material.

Los hechos sociales son el reflejo melancólico de la vida del pasado y el ritmo misterioso de las armonías del porvenir. Los jardines flotantes de Nínive y Palmira, la arquitectura sensual y fastuosa del Oriente, revelándose ya en la columna salomónica, que ocultaba un símbolo religioso, ya en la vida regia y muelle de los sátrapas persas, semidioses en que la luz del cielo creíase arrebolada por los reflejos de la tierra; aquellas ciudades ascéticas arrulladas entre cánticos sagrados, apoteósis de la degradación humana, danzas y hecatombes; conducidas al matadero, ya bajo la sombra de una pagoda india, ó trituradas entre las ruedas del carro divino; esa civilización primitiva, impetuoso triunfo de todos los apetitos y las concupiscencias todas, debía ser el primer grado en la vida de las sensaciones, sustituido en seguida por la vida del sentimiento. La cultura humana encontró entonces la voluptuosidad de la belleza en los esplendores del arte; pero de un arte incipiente, y panteístico. Si se examina la literatura de Oriente, cuya cuna es la India, puede

observarse el *símbolo* como forma literaria primitiva del pensamiento. (*Parábola*, entre los hebreos.) El constituye en el sanskrito la forma del *Ramáyana* y del *Mahabhárata*, esos dos poemas indhous, superiores bajo cierto aspecto, á la Iliada y la Odisea.

La literatura sanskrita no fué sino la expresión de sus creencias teológicas. Vico ha caracterizado la época antigua, en su primer período, como la era exclusiva del pensamiento divino y de la escritura geroglífica. La literatura es por ende esencialmente sagrada. El misterio en la región de las ideas y la forma sensual, en la de las pasiones son sus dos notas características. En el *Cantar de los Cantares* el tipo de Sulamita respira todo el ardor voluptuoso de Oriente; los encantos del gineceo no seducen con más atractivos. Los "Vedas" no son sino el libro místico de los antiguos. En otros poemas de esta naturaleza van confundidos los sentimientos heróicos, los cantos patrióticos y guerreros, las tradiciones populares y los mitos de sus ensueños con el fondo teológico de sus creencias divinas.

Pero la civilisación griega, que sucedió á la india y á la egipcia, reviste ya un carácter más humano. Las ciencias y las bellas letras son el reflejo de la *alegoría* mitológica. El culto á la hermosura plástica forma el *spíritus intus* de la cultura helénica. En Grecia el pensamiento es una oda y la civilisación un ritmo armónico, en que las facultades humanas se desarrollan purificadas y sustraídas del predominio sensual y de la vida muelle de Oriente.

Nuevas formas de gobierno, que convertían la autocracia bárbara del despotismo en la aristocracia brillante del talento, hicieron que los ciudadanos del Acrópolis, esa muralla contra la barbarie, descendieran ya á la Academia y al Liceo, discutiendo en sus juicios las ideas y las instituciones; como antes habían disputado el campo de guerra que pisaban y el aduar de la vida nómade del desierto.

Entonces comenzó la poesía dramática propiamente dicha. Y sin embargo, Esquilo revela aún en sus tragedias el elemento panteístico de las teogonías indias. Pero los dioses y los héroes, en confusa mezcla, revelan ya un estudio más íntimo de las pasiones humanas. Es la edad, según Vico, del pensamiento heróico y del reinado de las aristocracias: el severo coturno destronaba ya en la escena al tridente de los dioses.

La poesía lírica emplea también entonces la magia de sus tonos

El estro apasionado de sus cantos es el amor voluptuoso de la naturaleza, con todo el arrobamiento del ensueño y la embriaguez exaltada del corazón. Píndaro y Anacreonte son la dualidad sublime del sentimiento y la ternura.

El *eterno femenino* inspira todas las grandes obras de arte. Hasta la escultura y la arquitectura clásicas piden á la mujer la hermosura de sus formas. En las ondulaciones de su cadera resplandece el modelo de la lira pulsada por Orfeo; la copa en que Hebe escancía el néctar inmortal, modelada fué sobre el seno turgente de la mujer, y la columna estriada imita los pliegues de su túnica de diosa.

La *ciudad*, *civitas*, (palabra generadora de esta: civilización), esa nueva Cíbeles que lleva su frente coronada de torres, es la forma bajo que se animan las artes y las letras, porque es el núcleo maravilloso de la vida. En ella vienen desapareciendo las formas rudas y primarias de la existencia, que han necesitado del pugilato de la fuerza para vivir, del predominio de la ferocidad para vencer. En ella las corrientes todas de la vida espiritual y material encuentran tranquilo cauce y expansión serena. Però si el hombre luchó primero contra el fatalismo de las fuerzas de la naturaleza que atentaban contra su vida: en el huracán que arrastraba su cabaña, las tempestades que arruinaban sus mieses, el frío y el sol que trituraban su cuerpo, la plaga, que respiraba en las ondas invisibles de la atmósfera; gracias á los prodigios de la industria y á los milagros del trabajo, concentró sus fuerzas todas en la ciudad, esa forma representativa de sus triunfos y sus dolores. Entonces los instintos materiales tendieron á combinarse con nuevos aspectos de la vida: los impulsos morales de la voluntad y el sentimiento. Con ellos aparecía la vida literaria. Y las expansiones de la inteligencia asomaron como aurora de paz en la tempestuosa vida de los intereses materiales. Satisfechas las necesidades primitivas, constituyen ellas mismas el eslabón y la base de nuevas y misteriosas tendencias. Y como la generación del espíritu es superior á la generación del cuerpo, las armonías del pensamiento forman la simpatía oculta de las almas, como las afinidades de la sangre tejen los lazos de la vida.

Examinar lo que fué *la ciudad* en las monarquías orientales, su cuna, en las repúblicas griegas y el imperio de Occidente, su apogeo, y en los Estados multiformes de la Edad Media, sería describir completo el cuadro de la *civilización*.

Atenas y Roma son el núcleo del Arte clásico, de la autoridad y de la ley. Su *derecho de ciudadanía* es su elemento vital.

Necesario es fijar ya con toda precisión las ideas en esta materia. La cultura *clásica* antigua, como su mismo nombre lo indica, vivió imbuida en un espíritu exclusivista, diametralmente opuesto al que anima la era moderna. El imperio romano y el siglo de oro de Augusto, son la personificación del clasicismo, en el orden social, en el científico y en el literario. La manera de hablar y escribir *urbana* (*urbs*) y elegantemente era la de las *clases* superiores. La aristocracia *clásica* de la sangre había monopolizado la luz del pensamiento. Los *patricios* eran ellos solos *gens*. (*Gentiles*, denominación honorífica que pasó á las sociedades de la Edad Media, formando en Italia, Alemania y Francia las voces *gentil-uomo*, gent-leman y gentil homme).

El aire del latín clásico respira majestad y dominio. El idioma del plebeyo fué pedestre y humilde: era el gemido de la esclavitud. Y sin embargo, de él debía nacer el moderno italiano, y dar forma brillante á los tercetos de la *Divina Comedia*.

Constituyendo la literatura griega y romana la forma clásica del pensamiento, ella es el molde á que se ha ajustado por luengos siglos el arte castizo de hablar. Homero, Demóstenes, Tulio, Horacio, Tácito: he ahí las columnas miliarias de esa senda, circuida de genios, que abrillantan en los cielos del arte literario los reflejos de la idea.

Fray Luis de Leon, Boileau, Racine, Metastacio, Cormenin y otros talentos de su talla, son el eco de aquellas voces aun no extintas en la conciencia de los *humanistas*. Entre estos no ha habido quien no sueñe legar á la posteridad un docto nombre, laureado por la mano de Minerva.

"Me doctarum ederæ frontium
Dis miscent superis."

(Hor. Oda I.)

Negar que el Cristianismo purificó y sublimó los esplendores de la escuela clásica, sería desconocer la Historia.

Pero ¿por qué revolución asombrosa en las ideas y en la civilización, la forma clásica antigua ha venido á convertirse en la forma *realista* moderna?

Necesario es retroceder á los tiempos de la Edad Media.

IV.

Si toda la era antigua y su orden de cultura están sintetizados en la forma clásica, un gran pensador nos explicará el tránsito de tal forma á la de la *literatura romántica*. La fórmula del romanticismo es esta, según Schlégel:

"La contemplación de lo infinito ha revelado la nulidad de cuanto tiene límites; la poesía de los antiguos era la del placer, la nuestra es la del deseo; la antigua se establecía sobre el presente; la moderna oscila entre los recuerdos del pasado y el presentimiento del porvenir."

Necesario es detenerme á analizar tan profundo pensamiento. El concuerda con este de Jorge Sand: "El arte no debe tener por solo objeto la copia de la realidad, sino la investigación de la verdad ideal;" y con este otro de Guyard: "El artista y el poeta tratan de idealizar lo real y de realizar lo ideal."

Después del siglo V las aspiraciones sociales de Europa y sus contrarias manifestaciones, marcaban ya honda diferencia respecto de la civilización clásica que las había precedido. El principio de autoridad, base del socialismo antiguo, iba á ser reemplazado por el principio de libertad, base del *individualismo* germánico.

Las luchas todas de las ambiciones dinásticas, del pontificado, de las pretensiones feudales, del estado llano y de las razas y pueblos de Occidente, del Norte y del Mediodía, influyendo en las ciencias, las letras y las artes, fijaron una nueva forma en la expresión del pensamiento.

La luz de nuevas y desconocidas inspiraciones surgía en el alma de los artistas de la palabra. El ideal religioso en que se abismaba la conciencia, hacía trazar cuadros impregnados de fé, de ascetismo y de unción mística. La oratoria sagrada descendía al espíritu de las multitudes entre rasgos de exaltación ferviente, de terror asaz supersticioso, de elocuencia fascinadora. Y los grandes problemas de ultra-tumba eran planteados con ardiente palabra en las inteligencias todas. Pavoroso, sombrío, el enigma de la predestinación tronaba desde los versículos del Apocalipsis hasta los tercetos del

"Infierno" del Dante. A la estatua de Palas, imagen de la austeridad reflexiva, sucedía la Virgen del Calvario, símbolo del sacrificio y de la expiación. La poesía del pasado, riente y voluptuosa, como el cielo de Grecia, henchida venía ya de los sollozos de las vírgenes y catecúmenos, sacrificados en aras de un nuevo altar: el patíbulo de la Cruz.

Los misterios del alma con sus pasiones y sus dolores, sus torturas y sus secretas energías, enervadas al buscar luz y serenidad, se revelaban entonces abatidas por la resignación heróica ó la penitencia impuesta.

Pero las nuevas sendas del arte literario venían así ya marcadas para el porvenir. Si la poesía del placer, esencialmente pagana sufría entonces un sangriento eclipse, aparecía el Renacimiento como nueva aurora. Sus rayos, sin embargo, eran los del antiguo sol de Grecia. Las letras y las artes se iluminaban entre las armonías de la Naturaleza.

El estudio del corazón fué el lógico resultado de tales hechos sociales y de la nueva revolución en las ideas. El *romance* y la *novela*, nombres genuinos de la Edad Media, son y deben ser hoy estudios psicológicos y sociales. Los escritores clásicos de Grecia y Roma no habían tenido por objetivo característico tal análisis. Cuando mucho la sátira social fué trazada por plumas como las de Esopo, Luciano, Apuleyo.

El conocimiento más profundo del hombre, dada su doble naturaleza, era ya el campo inmenso para el desarrollo de nuevas teorías. Hay que confesar, huyendo de exclusivismos erróneos, que el romanticismo así comprendido, fué una justa reacción contra los cánones estrechos de la literatura clásica. Desde luego, en el género dramático Shakespeare no tiene émulo en la antigüedad. Goëthe estudia á su vez, fibra por fibra, los tempestuosos accesos de la pasión y las secretas melancolías del alma. Calderón de la Barca lleva á la escena un mundo de caractéres supeditados al ideal católico de sus tiempos, como en las tragedias de Esquilo se nota aún el fatalismo de las antiguas teogonías.

Julieta y *Romeo*, los *Autos Sacramentales*, *Werter*, ¿no os ponen de manifiesto las creencias y el carácter de una civilización que fluctúa entre las trágicas pasiones y la piedad de la Edad Media y el dolor escéptico de este siglo?

Pero los siglos medios y su estado social no podían menos que producir una literatura romántica. La época moderna, esencialmente industrial, práctica y progresiva debe tener por reflejo la *escuela realista.*

V.

El romanticismo *degenerando* en ridícula sensiblería, acabó por desconocer la vida real, entregándose á risibles devaneos. Hermanos gemelos de éstos fueron el amaneramiento y el gongorismo españoles.

Para no pocos príncipes del ingenio de los buenos tiempos, más ó menos remotos de Lope de Vega, se podría pedir sin agravio lo que injustamente se pidió para Feijoo: "Erigirles una estatua y quemar al pié de ella muchas de sus obras."

Numerosos volúmenes del *gay saber* y otros como la *Gatomaquia*, la *Celestina*, *Don Palmerín de Oliva*, no valen una sola página de Octavio Feuillet ó de Michelet.

Pero la escuela realista se levanta hoy como valiente protesta contra las exageraciones de un idealismo mal entendido. Ella fortalece y vigoriza el carácter en las tristes luchas de la vida y le muestra el sentido práctico y verdadero de las cosas. La novela realista retrata fielmente el cuadro de la vida humana, constituyendo así una verdadera enseñanza objetiva. La asustadiza garrulería de los que han atacado el realismo, indica no comprender á fondo el mérito y la trascendencia de los procedimientos en tal sistema.

Una vez que he llegado á este punto, cuestión baladí me parece investigar si el *idealismo* ó el *realismo* merecen, ante los ojos del pensador, exclusiva aceptación.

Desde luego, no alcanzo á comprender por qué los literatos y escritores clásicos, llamándose *humanistas*, son enemigos del moderno *realismo*. El humanismo pagano, nacido de las escuelas griegas, es el culto á la forma y el estudio directo de la naturaleza: ella es el punto de contacto entre aquellos y los *naturalistas* modernos.

El *eclecticismo* en literatura no debe confundirse con el *enciclopedismo* en la ciencia. De hacer tal confusión resultan graves errores. Los grandes modelos de las escuelas clásica, romántica y rea-

lista, tienen cada una sendas bellezas y méritos indisputables, ante la crítica histórica del pensamiento. Por eso los escritores exclusivistas de cada una de esas escuelas y sistemáticos por preocupación, inciden á cada paso en juicios erróneos.

De tales aberraciones resultan creencias como la que afirma que Víctor Hugo es jefe y creador del romanticismo, y esta otra máxima de algunos: "el periódico es enemigo del libro," desconociéndose, en lo primero, los orígenes históricos de un género de literatura y en lo segundo, los distintos fines característicos del arte literario. Todas las *formas* en que puede expresarse la idea y el sentimiento, son buenas, si dimanan del cerebro del genio, porque todas constituyen la *belleza* y realizan su objeto, fin de la literatura. A los supremos modelos del clasicismo pueden oponerse los de las escuelas romántica y realista, y ni aquellos ni estos perderán nada en la comparación. Su objeto es distinto, pero armónico: *la estética del arte.* Leibnitz lo ha dicho: "Todos los sistemas son buenos en lo que afirman y falsos en lo que niegan." Tal pensamiento es muy aplicable á los procedimientos literarios.

Por mi parte, leo con igual contentamiento narraciones como "*Germinal*" y "*Una página de amor*," de Zolà, que las "*Meditaciones*" de Lamartine y los *Bucólicos* de Ipandro Acaico. Y digo con Pope: "Todo está bien." El idealismo y el realismo no los comprendo sino como dos revelaciones, una en el orden *subjetivo* y otra en el *objetivo* de la personalidad humana. La naturaleza, la sociedad y el espíritu: he aquí ante mis ojos los términos que debe tener en cuenta el analista del corazón humano. Creo, por ende, que todo procedimiento exclusivo es erróneo. Brunetierri lo ha dicho: "al artista le permitido todo, menos *mutilar* la naturaleza." Y mutilada queda si de ella se borra el alma. Y sin ella, (como lo observa Michelet,) envilecida la mujer, santuario eterno de todas las grandes inspiraciones.

Las formas del pensamiento literario juzgo así que se armonizan. Son los eslabones de la serpiente egipcia, símbolo de la unidad sintética en la civilización, al través de sus antinomías y sus vaivenes.

Más allá de estas cuestiones literarias el espíritu presiente el desarrollo de la cultura social.

El progreso y la ilustración intelectual, la ascensión de las ideas y la aplicación del bienestar colectivo al mayor número son, al fin

y al cabo, el ópimo fruto de la perfectibilidad humana. No importa que sangrientas espinas circuyan nuestros pasos; que muchas veces la altura del nivel intelectual marque el descenso del nivel moral. La atmósfera que respiramos se agita en constantes choques y el medio ambiente de las ideas y los sentimientos sufre iguales obsesiones.

La humanidad viene marcando con sus dolores y sus conquistas, sus creencias y sus dudas, los puntos luminosos de su progresivo destino. Estudiar el *yo* humano es descorrer en las sombras el velo de horizontes desconocidos; ahí la luz irradia, y el obrero del pensamiento descansa, secando sus lágrimas con la mano de la virtud y sostenido por la esperanza...... La ley del dolor es la ley de la vida. Y la vida es fé, amor y combate: triunfo lento pero irresistible de la luz y de la verdad.

FERNANDO NORDENSTERNAU.

¿Será cierto que vuelven á este mundo
las almas de los muertos
á revelarnos la verdad que existe
tras de ese azul divino de los cielos?

Ah! si es así, yo quiero que la muerte
me arrebate á su seno,
para venir después á revelarte
que te espera mi amor....mi amor eterno!

FEDERICO E. ALATORRE.

EN LA MUERTE DE CELIA.

La brisa de la patria, gemidora
Trajo en sus alas de tu muerte triste
La noticia fatal; por eso viste
Mi lira sus arreos de crespón.
Que no bastaron de la ausencia amarga
Las negras horas, los eternos días,
Tu recuerdo á borrar, aunque vivías
Dando al olvido tu primer amor.

Nubló mis ojos del dolor el llanto,
El dardo del pesar rasgó mi pecho,
E insomne y loco me agité en el lecho
Al anunciarme tu temprano fin.
Vinieron á mi mente las memorias
De un pasado de amor y de ventura,
Y recordé la cándida ternura
Que en mi felice mocedad te dí.

Cuando de hechizo virginal vestida
Como capullo de encendida rosa
Te ví por vez primera, tan hermosa
Como sombra de un sueño celestial,
Pulsé mi lira por la vez primera
Y entre las notas de ardoroso canto
Dije tu nombre, y con cariño santo
Las gracias celebré de tu beldad.

Orillas de la mar, cabe la arena
Cuántas veces te ví! la ola irritada

Al llegar y al mirarte, desmayada
Con blanca espuma te bañaba el pié.
Blanda sonrisa tu carmíneo labio
Al ver la ola sucumbir, vertía,
Y tu mano de ninfa recogía
Conchas de nácar ó menudo pez.

Los lirios que perfuman la ribera
Al mirarte pasar se doblegaban,
Y las uvas marinas te brindaban
Su dulce y aromático licor.
Las garzas, envidiosas de tu cuello,
Se alejaban de allí; sus rayos de oro
El sol velaba tras el mar sonoro
Y eras la reina tú de la extensión.

Yo recuerdo también que en otros días
Arrodillada te miré del templo
Bajo la nave augusta, dando ejemplo
Con tu modestia y con tu fé sin par.
Del incienso oloroso entre las nubes,
Fija la vista en el empíreo santo,
Más bella parecías, más encanto
Mostrabas en el rostro angelical.

Y yo te amaba más; absorto y mudo
Tu dulce arrobamiento contemplaba,
Y con la tuya mi oración volaba
Hasta el eterno, omnipotente Dios.
Y con la fé que el maternal cariño
En mi pecho infundió, yo le pedía
Que fuese Célia, para siempre mía,
Que bendijera nuestro tierno amor.

Rugió después la tempestad; la guerra
En nuestra patria prodigó su estrago;
Triste llanto doquier, doquier amago
De muerte y luto y de incesante afán.
Yo, loco y ciego, á tu beldad rendido,

No temí ni al fragor de los cañones,
Y la música fué de mis canciones
Y un himno fué también á tu beldad.

Besar tu frente y estrechar tu mano,
Mirar tus ojos y escuchar tu acento,
Era todo mi bien; de amor sediento
Ay! cuántas veces á adorarte fuí!
En vano la amistad me recordaba
Lo cierto del peligro; nada oía,
Ni el trueno del cañón, á tí corría,
Por llamarme á tu lado el más feliz.

Y pasó el tiempo así; mas ay! cuán breves
Son del placer y del soñar las horas!
¡Cómo amargan después las seductoras
Ilusiones que abriga el corazón!
Decreto irrevocable del destino
Célia, nos separó; de tí distante
Me encontré por mi mal, y delirante
Miré ocultarse de mi dicha el sol.

Crucé los mares, empinadas sierras
Traspuse por hallar calma y olvido;
En vano! por doquier, mi bien perdido,
Tu imágen hechicera contemplé!
Al astro de la noche y al celaje,
Al ave y á la brisa y á las flores
De tí les preguntaba, y mis dolores
Entre suspiros les conté también.

Tal vez cansado de escuchar mis quejas,
Dolido, acaso de mi triste suerte
El cielo quiso al fin que con tu muerte
Apurase yo el cáliz del dolor.
Y vino la implacable cegadora
Y en tu frente posó su beso helado......
¿No mil veces pedíle despiadado
Que fueras, Célia, mía ó del Señor?

El cielo me escuchó; mas ay! la tumba
Que para siempre guarda tus despojos,
Encierra mi esperanza, y de mis ojos
No puedo el llanto derramar allí.
No puedo, Célia, coronar de flores
Tu losa sepulcral, tu cruz erguida,
Ni conservar tu lámpara encendida
Ni hallar la sombra del ciprés gentil.

Lejos del suelo do rodó mi cuna,
De mi paterno hogar por siempre lejos,
Del moribundo sol á los reflejos
Discurro por la triste soledad.
Quiero que nadie de mi pena ría,
Que nadie sepa de mi mal la historia,
Y vivir nada más de tu memoria,
Y en tí, al instante de morir, pensar.

Si hoy este canto funeral entono,
Si te elevo mi lánguida alegría,
Perdón, Célia, perdón!; el alma mía
Darte no quiere su postrer adios.
Anhelo sólo entre las notas tristes
De este canto de amor, verter mi llanto,
Y te quiero jurar que puro y santo
Guardará tu recuerdo el corazón.

México 1882.

FRANCISCO SOSA.

SEPULTADOS!

Se habla de inhumaciones.

—¡Si acabaremos con ellas! exclamó un cremacionista. Hace algunos días, en el cementerio de mi pueblo, han enterrado vivo á un pobre cataléptico. La inhumación se hizo por la mañana. Al caer la tarde, el sepulturero que pasaba cerca de la fosa recientemente cercada, sintió ruidos y vió removerse la tierra floja.... Cuando se hubo extraído y abierto el ataúd, el sepultado se incorporó, lívido, bañado en sudor.—¿Puede darse mayor tormento?......

—Sí; interrumpió alguien vivamente. Mayor tormento es el del desconocido cuyo esqueleto, desenterrado el otro día en el cementerio del Padre Lachaise, atestiguaba hasta la evidencia una série de esfuerzos inútiles para romper la caja.

Siguieron algunos momentos de silencioso recojimiento.

Luego, se habló de Literatura.

—También en el país de las letras hay enterrados vivos, dijo un señor de luenga caballera y aspecto grave.

Todos le miraron atentamente sin comprenderle. Y él se explicó:

Esa fuerza del alma que se llama talento ó génio, esa potencia creadora que produjo en Homero *la Hiliada* y en Shakespeare *Hamlet* ¿creis que tiene una existencia inseparable del alma misma? ¿Pensais que el talento se contiene en el espíritu como la luz en la llama, de tal manera que nazca con él y con él muera ó se perpetúe?

—¡Horrible! exclamó una voz. ¡Una ducha de metafísica!

Y se notó un movimiento, como si algunos quisieran irse.

Pero el de la cabellera continuó imperturbable:

—No, señores: el génio literario no existe al principio más que en el estado de una feliz predisposición del espíritu: se forma á condición de cierta cultura, se desarrōlla según el medio, brota bajo la acción del aire ambiente como una eflorecencia del pensamiento. Así formado, el génio es como una segunda personalidad que dobla la primera. El hombre antiguo, sintiéndole estremecerse y palpitar dentro de sí, tal como el embrión en el vientre, le llamaba líricamente: *mi musa.* El hombre moderno, más exacto, le llama *mi angel*—ó mi *demonio interior*, según su punto de vista. Pero, sea lo que fuere, y lleve este ó el otro nombre, el hecho es que él existe, este ser del ser, y que él está allí invisible, acurrucado en el fondo del armazón de huesos y pellejo.

—¿A dónde vá ese hombre, con su galimatías? murmuró un chistoso. Por más que abro los ojos, no veo los enterrados vivos.

El hombre grave pareció tomar nota de la interrupción, mirando ligeramente al chistoso, y prosiguió:

Algunas veces, el ser interior vive y crece prósperamente, gracias á una multitud de circunstancias favorables. Es el génio afortunado. Brota bien abrigado de franelas, envuelto en pañales de muselina. Se diría que los hombres en que se alberga son los *bourgueois* de la Literatura. Ved á Mr. Dumas, hijo: es el tipo del génio afortunado. Heredero de un nombre aclamado, no tenía más que mostrarse para ser aclamado él mismo. El camino parecía preparado ante él como la vía rielada y plana que se ofrece al rodar de las locomotoras. Su génio avanza sin esfuerzo; si alguno hace, es para resistir á los que le empujan demasiado hácia delante. Vá á dar su primer paso, y mil manos se aprestan á tapizar y cubrir de flores el punto en que se asentará la suela de su zapato. Algunos pasos más, y entrará á la Academia como á su casa.

Otras veces, el génio sucumbe á sus primeros esfuerzos. Es el desdeñado. Recita, canta ó declama: no hay quien le oiga. Su

obra primeriza se resiente de la inexperiencia de su precocidad y de su ardor. La oscuridad le envuelve, la medianía humana l. odia y le persigue. Por acaso, la miseria se complica también en contra de él; lo que él produce parece llevar visible la traza de sus malas comidas, de sus vestidos grasientos.... Los imbéciles rien; los inteligentes no pueden saber que ese génio existe.

Entonces se determina en el ser interior un fenómeno extraño. Hay en él la sensación muy clara de un ataúd que se cierra, de un hundimiento, de paletadas de una losa que cubre la tierra apisonada.

Algunos hay que salen todavía vivos de este enterramiento. Ved, señores, para no presentar más que casos de una grande y moderna notoriedad, ved á Byron y á Lamartine. Cuando la *Revista de Edimburgo*. desde su altura de oráculo literario, atacó el génio de Lord Byron en su primer libro, el golpe fué tal que le echó por tierra. El poeta respondió elocuentemente como por un gran grito de cólera; pero luego, durante algún tiempo permaneció en silencio. Así fué también como Lamartine se calló arrojando al fuego sus manuscritos cuando un editor parisiense le puso á la puerta cortesmente. La duda de sí mismo había invadido al uno y al otro, semejante al frio de la muerte. Ambos viajaron—para distraerse, decían. Pero no era realmente más que para sacudir con la marcha la enterrada osamenta de sus génios.

Un día al fin, esos dos sepultados rompieron el ataúd, salieron del hoyo. A causa de eso conoce el mundo sus nombres. En cuanto á los que se quedan dentro... esos no tienen nombre. Apenas si llevan alguno nulo é insignificante, por ejemplo, *Juan Zurdo.*

Ese es el nombre bajo el cual conocí en el *barrio latino* á un joven guatemalteco, continuó el señor de la cabellera. Así le llamábamos entre camaradas, por alusión á su particularidad de servirse con preferencia de la mano izquierda. Seguía los mismos cursos que yo en la Escuela de Medicina. Sin embargo, solamente su cuerpo asistía al anfiteatro: toda su alma estaba entregada á la Literatura. Escribía sin descanso, febrilmente; y sus manuscritos

se amontonaban en los cajones de su mesa-escritorio. Pero, al parecer, no tenía gran interés en publicarlos. Juan Zurdo tenía por las letras una pasión sincera y absoluta que excluía todo sentimiento de egoísmo. Escribía con el solo fin de ser leído, le parecía como una sórdida profanación del Arte. Escribía por escribir, por el solo gusto de externar su pensamiento bajo una forma bella. Complacerse en la ejecución del ideal íntimo, acariciar con la mirada al bruto intelectual y encontrarle bueno ¿no es acaso bastante?—decía Juan Zurdo. ¿Porque ha de ser preciso llamar al gentío en torno del pensador y batir en su honor tambora y platillos, como si se tratase de un saca-muelas? ¿Qué puede añadir el gentío á ese encanto puro é íntimo del escritor ante su obra?... Cuando Dios hubo dado la última mano á la creación, *vió que todo era bueno*, y descansó. La Biblia no nos dice que el Creador haya esperado para descansar, la aprobación de Adan y Eva... Juan Zurdo escribiendo para él mismo, creía que su trabajo le asemejaba á Dios.

Hubo, empero, uno, entre el montón de sus manuscritos, que el joven guatemalteco se decidió á publicar.

Como vivíamos en el mismo hotel, se había establecido entre él y yo la doble familiaridad de vecinos y de condiscípulos. Un día en que entré á su cuarto durante su ausencia, ví por casualidad el manuscrito en cuestión que había quedado abierto sobre su escritorio. Con solo hojearlo rápidamente, experimenté el deslumbramiento que se siente ante una obra-maestra de Literatura. Frecuentemente una vaga percepción vale más que un exámen. Sucede con ciertos grandes libros lo mismo que pasa con los grandes espectáculos de la naturaleza: hay que abrazarlos en su conjunto de un vasto golpe de vista. Un libro como un horizonte se deforma y se afea cuando se le sujeta á un exámen minucioso, con ayuda de instrumentos de óptica.

El mismo día, confesé á Zurdo mi lectura indiscreta. Mi amigo enrojeció con un rubor de doncellita que se siente sorprendida al desnudarse.

—Es necesario que publiques ese trabajo, le dije. Tendrás un éxito enorme.

Y solo á fuerza de redobladas excitativas se decidió á procurar la impresión del manuscrito.

Zurdo era pobre. Imprimir á sus expensas, le era imposible.

Necesitaba un editor y héle ahí en busca de ese can-cerbero de la gloria.

¿Os referiré las etapas de ese camino del Calvario del escritor desconocido que marcha á través de París, de editor en editor?... Básteos saber que los más complacientes prometieron al joven dar su manuscrito al *lector*... (*) que no lo leyó. Otros lo rechazaron de plano. Alguno hubo que hiciera observar que el manuscrito comenzaba brillantemente...

—Pero ese joven es desagradable, añadió... Para saludarme me tiende siempre la mano... y la mano izquierda. Después de lo cual, ordenó que le devolviesen el manuscrito.

Otro editor hizo notar que, á más de su defecto de manos, el guatemalteco tenía algo en los ojos... que hacía vizcos. Y ordenó igualmente: "Devolvedle el manuscrito."

Un solo editor entre todos, Mr. Teigne, (nombre que en francés significa *polilla)* pareció tomar en sério al joven escritor.

Antes de todo, lo interrogó:

—¿Qué especie de libro es ese?

—Mi libro hace el bien y hace la luz: nada más; respondió Zurdo.

—Eso, dijo Teigne enfadado, es á lo más una frase hecha. Veamos...... Dígame V. á qué escuela de las que reinan ó han reinado en Francia, pertenece su obra...... Es *romántica*?

—No, señor; los románticos gustan demasiado de volar. Trabajadores alados, se diria que no escriben más que para algunos raros aereonautas. Mi libro está escrito para la gente de á pié.

—Entónces, es *naturalista*?

(*) Empleado encargado de leer y calificar los escritos.

—No, señor; el naturalismo degenera en micrografía. Es la literatura molecular. Si para referir cómo Pedro mató á Pablo, me entretuviera en describir el nudo de la corbata de Pedro y el cordón de los botines de Pablo, los lectores cerrarían mi libro antes de llegar al hecho. La abundancia de detalles embaraza la página. Hoy por hoy, se aplaude con fervor ese trabajo chino de detalles microscópicos; es un capricho de la moda. Pero la posteridad se reirá. Ella no aceptará ciertos grandes libros naturalistas sino á beneficio de inventario y á condición de numerosas mutilaciones.

Bah! bah!...... interrumpió Teigne con aire burlón. En ese caso, ¿estará V. más bien por el espíritu que por la materia? Su libro ¿será tal vez *psicológico?*

—No, señor; yo no he pensado todavía en aventurarme por los vericuetos y encrucijadas del alma humana. Y además, para *ponerme en el movimiento*, como se dice por aquí, me sería preciso afiliarme á la singular Psicología que se practica en Francia: se toma una alma francesa, una alma parisiense corrompida en medios de prostitución, donde la noción moral falta al alma, como la noción del colorido al ciego de nacimiento...... y en seguida, se la presenta en un libro diciendo: hé ahí cómo es el alma humana.

—Es V. algo difícil, joven...... Estará V. pues, acaso, por el *lirismo* ó por el *decadentismo?* Su libro es *parnesiano* ó es *decadente?*......

—No, señor. No tengo el honor de pertenecer á la clase de los rimadores. Cuando era pequeñito, solía yo divertirme en buscar todos los consonantes de mi sobrenombre *Zurdo*. Después, he creído que debía pensar y escribir en calidad de hombre de mi siglo; me he dicho á mí mismo que un retardo de cinco minutos para rimar mi frase y otro tanto para lanzar mi idea á las estrellas, me haría perder algunas veces el tranvía y otras el tren. A causa de esto, mi libro no es *parnesiano sideral*, ni siquiera *parnesiano pedestre*.

Decadente, tampoco. La obscuridad y el arcaísmo, erigidos en sistema literario, produjeron en Italia los *conceptistas* y en España los *gongoristas*, dos clases de escritores tratados de locos apreciables por sus compatriotas de hoy. Siendo así, no tengo deseos de que los franceses del porvenir releguen mi libro á la biblioteca del hospital de dementes de Charenton. Mi libro no es *decadente*.

—¿Qué es, por fin? preguntó Teigne con impaciencia.

El joven no respondió. Se contentó con desatar el manuscrito, acercándolo abierto á los ojos del editor, como una provocación á la lectura.

¿Y lo leyó, Teigne?—No; los editores dignos de ese nombre no leen jamás. El manuscrito quedó depositado en la librería de Teigne, juntamente con muchos cartapacios que esperaban el exámen. Meses y años trascurrieron. Durante largo tiempo, Juan Zurdo no dejó pasar una semana sin ir á preguntar á la librería de Teigne qué suerte final corria su manuscrito.

—Vuelva dentro de ocho dias, se le contestaba.

Era un dependiente de la librería quien daba á Zurdo esta respuesta. Se le impedía el paso al gabinete del editor. Ya próximo á desesperar, viendo un dia en la calle, dibujarse á lo léjos la terrible silueta de Teigne, apretó el paso y le alçanzó:

—Señor Teigne! señor Teigne! ¿Qué sucede con mi manuscrito?......

El editor se detuvo.

—Ah! es usted! es usted!

Pero no se acordaba donde había visto á aquel joven.

Zurdo trató de refrescarle la memoria. No bien había empezado á hablar, cuando un conocido del editor pasó por la acera de enfrente. Era un escritor en voga, autor de un libro de escándalo, reforzado con tres duelos. Teigne le vió!

—Ah! mi querido maestro! exclamó corriendo hácia él.

Apénas si se dignó volverse un momento hacia Zurdo, diciéndole:

—Vaya vd. á verme á casa: ya hablaremos de eso.

Agobiado, llena su grande alma de amargura, mi amigo Juan Zurdo partió á su país.

Un dia, cinco ó seis meses después de su partida, llega á nuestro hotel una *carte-télegramme* abierta, dirigida á Zurdo. Me la entregan á mí, porque él me había comisionado para recibirle y enviarle sus cartas.

"Venga usted pronto, decia el telegrama; urge que nos entendamos acerca de su libro."

Al pié de estas líneas, ví el nombre del editor Teigne, hijo. El padre, Teigne I, había muerto recientemente.

Inmediatamente fuí á casa del editor para hacerle saber la ausencia sin esperanza de regreso, de mi amigo.

El hijo de Teigne me habló, visiblemente conmovido.

—¡Qué desgracia! me dijo. Mi pobre padre ha hecho mal de haber desdeñado ese manuscrito.... ¡una obra maestra! Y lo más triste es que el original ha sufrido fuertes deterioros. Se le había colocado últimamente en un rincón húmedo, entre papeles de desecho. Algunas hojas se han desprendido y extraviado, otras se han maltratado hasta el punto de hacerse ilegibles. Poco faltó para que el manuscrito no fuese al cesto de papeles viejos destinados á la venta al peso. Por una mera casualidad, le he tomado yo cuando iban á botarlo. Me llamó poderosamente la atención desde sus primeras páginas. Lo he leído en todo lo que queda legible.... Es soberbio. Hé ahí la fórmula del porvenir. Me ha parecido ver en él despuntar la literatura del siglo XX: el procedimiento ecléctico que toma á cada escuela de este siglo lo que tiene de bueno, y funde los géneros en una grande unidad...... Es preciso publicarlo: será el honor de mi casa...... Pero ante todo, habrá necesidad de que el Sr. Zurdo llene los huecos y reconstruya los trozos desvanecidos......

Dejé á Teigne la dirección de mi amigo. El le escribió al punto. Se trataba de saber si sería preciso enviar el maltrecho-manuscrito al autor ó si éste volvería á Paris para ocuparse de él. Al mismo tiempo, se le hicieron proposiciones magníficas.

Por mi parte, yo tambien le escribí.

Pero esperamos en vano la contestación. ¿Qué había sucedido al pobre Zurdo?

Planteábame yo á mí mismo esa cuestión sin encontrarle solución posible, cuando H......, otro guatemalteco del barrio latino, camarada mio también, me dió parte de que estaba en vísperas de partir á su país.

Confié á H...... la misión de descubrir el paradèro de su compa-

triota. El editor tambien le dió sus instrucciones. Y él se comprometió solemnemente á buscar á Juan Zurdo por montes y llanos.

Cuatro meses despues recibí una carta de H.... en que me comunicaba haber encontrado á Zurdo. En calidad de misionero concienzudo, me detallaba el encuentro:

"Nuestro amigo Zurdo ya no está en Guatemala—decía la carta de H....— Se ha retirado á México y vive dedicado á la agricultura en una pequeña hacienda del Estado de Chiapas, propiedad de un pariente suyo. Fiel á mi promesa de encontrarle á todo trance y de hablarle, emprendí un viaje difícil al lugar indicado, una haciendita que se pierde en una inmensa comarca despoblada, como un oasis en el desierto.

Llegué al lugar en una hermosa mañana, y pregunté por Juan Zurdo.

—Está en la labor, se me respondió.

Me dirijo hácia un campo en barbecho. Me indican un hombre que ara, blandiendo la pua con la mano izquierda. Era Zurdo. ¡Qué inconocible está! Vestido de gamuza, con la cabeza hundida en su sombrero ancho, el antiguo parisiense no difería sensiblemente de los otros campesinos que trabajaban en la labor. Le saludo, tratando de disimular mi asombro por su trasformación. ¡Qué aire tan béstia tiene el pobre camarada!

Le doy cuenta de mi misión. Le hablo de la edición de su obra maestra, depositada tres años atrás, en la librería de Teigne. Le doy á conocer las magníficas proposiciones que se le hacen; le interrogo sobre lo que decide para el efecto de rehacer las partes extraviadas ó borradas.

Zurdo mueve la cabeza bosquejando gesticulaciones estúpidas. Y al fin me responde:

Ya no sé escribir......

No he podido, por más que he hecho, arrancarle otra respuesta. Es hombre al agua, el pobre Zurdo. Yo no creía que tan poco tiempo bastara para volver á un hombre tan imbécil."

Es lo que decía la carta de H...... Al leerla, añadió tristemente

el de la cabellera, he exclamado para mí: ¡un génio más á la fosa! Y ese sí que no saldrá vivo.

—Ay! señores; el mundo está lleno de estas inteligencias que expiran y se pudren en el interior de los cuerpos. Mirad en torno vuestro esos mozos de café ó de cuerda, esos harapientos, esos béstias. Hay entre ellos algunos que tienen frentes soberbias, cráneos de atrevida bóveda. ¿Podeis mirarlos sin compasión? A no ser por ciertas circunstancias adversas, creeis que sus poderosos cerebros no habrían producido tanto como Voltaire, como Hugo, como Zola?...... En cuanto á mí, yo me extremezco al verles: me parece ver en ellos los ambulantes ataúdes de *los sepultados*.

Y hé ahí lo que dijo en una sombría noche de invierno, el hombre de larga cabellera y aspecto grave.

SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA.

---

*
* *

¡Mis pobres versos! ¿llegarán sus ojos
á fijarse en vosotros un momento?......
¡Vibrad, vibrad, mis tristes armonías,
si se conmueve su alma al recorreros!

*
* *

El templo estaba silencioso, augusto;
una lámpara ardía
al pié del Redentor crucificado,
con luz que por momentos se extinguía......
Tus ojos con mis ojos se encontraron;
se unieron nuestras almas
y de Dios soberano ante la imágen
quedaron para siempre desposadas.

FEDERICO E. ALATORRE.

CALICOT.

Á ANSELMO ALFARO.

—Abre la puerta, portero,
Que alguno tocando está.
—Es el amigo cartero.
—¿Qué traerá?
En su gran bolsa de cuero,
Mi buen amigo el cartero
Qué traerá?

Há diez años vivo ausente
De casa ¿me escribirán?
¡Abre, que estoy impaciente!
¿Qué dirán al pobre ausente
Los que tan lejos están?
¿Qué dirán?—

Entra á la pobre casucha,
Sube listo la escalera
Y se quita la cachucha
Y desata la cartera.
—¡Ya está aquí!
Ya está la carta cerrada
Que mi madre idolatrada
Habrá escrito para mí!
¡Ya está aquí!

Con ojos que nubla el llanto
Se pone el pobre á leer;
Pero á veces llora tanto
Que casi no puede ver.
¿Qué será
Lo que le escriben al mozo,
Cuando lanzando un sollozo
Grita: Mamá! ¡mi Mamá!

Las manos, lácias y flojas
Abre en hondo desconsuelo,
Y de la carta las hojas
Caen arrugadas al suelo.
Ya no es posible que acabe
De leerla: ya no vé!
¿Para qué, si ya lo sabe?
¿Para qué?

Besa el enlutado sobre
Y rompe el mozo á llorar......
Diez años hace que el pobre
Dejó su tierra y su hogar.
¡Diez años hace, diez años!
Salió á buscarse la vida......
Bajo los altos castaños
Qué triste es la despedida!
La madre le dió un rosario,
El padre un abrazo estrecho......
Y hoy al verse solitario,
Con qué ansia el pobre rosario
Oprime contra su pecho.

A América le mandaron,
Con ahinco trabajó

Y meses y años pasaron
Para el pobre *calicot!*
¿A qué seguir la porfía?
La madre que le quería,
Se murió!

Vendiendo cintas y gorros
Fué su trabajo fecundo,
Pero ya solo en el mundo
¿De qué sirven sus ahorros?

¿Quién los ojos de mi anciana
Buena madre cerraría?
¿Quién la humilde cruz cristiana
En las manos le pondría?
La esperaba mi buen padre......
¡A mirarlo no volví......!
Hoy también mi santa madre
Duerme allí!

¿Por qué á América me enviaron?
¿Por qué el campo no labré?
Mis amigos me olvidaron,
A mis padres no enterré!
Los proyectos que formaba
La experiencia destruyó,
Y una joven que yo amaba
Ya con otro se casó......!
Compañeros de montaña
Que fortuna codiciais,
A la triste tierra extraña
No vengais!—

Así el mozo soliloquia,
Recordando en su quebranto
El humilde camposanto
Que domina la parroquia.

Ya los últimos luceros
La mañana disipó......
Pasan ya tus compañeros......
¡Al trabajo, Calicot!

1887.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

¡Horrenda noche!....Cruzaron
por el cielo nubes negras;
los relámpagos brillaban
anunciando la tormenta.
Helado soplaba el viento,
y entre las densas tinieblas
extrañas voces se oían
y carcajadas siniestras.
¡Horrenda noche!...... Mi frente
quedó apoyada á las rejas
de tu ventana, y el alma
quedó transida de pena.
....
Al otro día, la aurora
me habló de amor y de ausencia,
y de recuerdos eternos
y de divinas promesas,
y en lo más hondo del alma,
á donde nadie penetra,
quedó tan sólo ¡Dios mío!
noche horrenda!....noche horrenda!

FEDERICO E. ALATORRE.

1886.

A LAURA.

Laura, siempre de tí en pos
Irá mi ardiente deseo,
Porque al ausentarte creo
Que de mí se ausenta Dios.
El tierno afán de los dos
Solo vivirá por mí,
Pero aunque olvides así
Y así quebrantes tu fé,
Yo hacia Dios me volveré
Pensando acercarme á tí.

Laura, en cuyos claros ojos
La luz del cielo atesora
Los reflejos de la aurora
Y del alba los despojos;
Laura, en cuyos labios rojos
Entre sonrisas resume
Cuantos aromas presume
La flor que al céfiro encalma,
Tú has inundado mi alma.
De tu celestial perfume.

Tén piedad, que no la tienes,
De mi afán, de mi locura,
O por lo menos, procura
Disimular tus desdenes.
No así mi pecho envenenes,
Pues tanto puede y alcanza
Tu mortal desconfianza,

Que no hay amor, si no hay fé,
Y si la hay en tí, ¿por qué
Dejas morir mi esperanza?

Veo que mi encuentro evitas
Con desdeñosa cautela
Que, si no temor, revela
Que ya tu favor me quitas.
¡Horas del amor benditas!...
Si vieran hoy el desvío
De tu corazón ya frío,
¿Cómo pudieran decir
Que vieron nunca latir
Tu corazón junto al mío!

José María Martinez Araúna.

---

*
* *

Si es el olvido engendro de la ausencia,
bien sabemos tú y yo
que si una gran distancia nos separa,
estan juntas las almas de los dos.

*
* *

¿Será la ausencia imágen
de la tristeza
que cubre de las tumbas
la silenciosa y olvidada piedra?
No sé......pero en el alma
ha dejado la ausencia
algo como las sombras de la noche,
como el rumor de abandonada queja!

Federico E. Alatorre.

BALADA DE LA MOSCA.

(De las "BALADAS LÚGUBRES.")

I.

—Yo soy la mosca azul: la primavera
pintó mis alas de color de cielo;
nacida en un rosal de la ribera,
una tarde de Abril tendí mi vuelo.
Vengo toda impregnada del perfume
de la flor que en el valle se consume,
y de la suave brisa que murmura,
refresca á la pradera que se abrasa
y después va á ocultarse en la espesura.
—Pasa! pasa!

II.

—Yo soy la mosca verde: los ardores
del estío que quema me engendraron;
mi sér lo formó el polen que las flores
al céfiro fugaz abandonaron.
Soy el insecto del amor fecundo
que eternamente vivifica al mundo.
De la pasión la savia quemadora,
cuando me acerco, al corazón afluye.
Yo de la vida soy generadora.
—Huye!... huye!

III.

—Yo soy la mosca negra: dióme vida
la descomposición de un organismo,
y con una atracción desconocida
me atrae de la muerte el hondo abismo.
Soy insecto fatídico que zumba
en las fauces abiertas de la tumba.
Voy del anfiteatro al cementerio,
do el gusano roedor se multiplica,
Yo te daré la muerte entre el misterio.
—Pica!......... pica!

MANUEL PUGA Y ACAL.

LA FORTUNA SE CANSA.

I.

"Por los dioses te conjuro á que busques remedio á la insolencia de tu fortuna. Todas tus esperanzas se cumplen y tus mismas ilusiones toman cuerpo de realidad; por donde quiera te cerca la ventura, y todo sonrié á tu derredor. No hay mortal más feliz que tú, ¡oh Polykrates! El exceso de tu felicidad me causa tan grande asombro, como á tí mismo debiera causarte espanto; porque verdaderamente, tu dicha es sobrehumana.

"Has tocado un grado tan alto de ventura, que los dioses celosos, no podrán menos de agobiarte bajo el peso de terribles males. ¿No sabes que existe una Nemesis presente siempre á la vida humana, que no permite á los mortales ser felices por largo tiempo, ni impunemente venturosos? Si pasas en revista los acontecimientos de tu vida desde muchos años atrás, no podrás menos de sorprenderte al ver la larga cadena de triunfos y de venturas que has gozado, desde que, salido del pueblo, usurpaste el poder supremo de tu patria, y te convertiste en tirano. No debes confiar en que tus negocios sigan siempre prósperos; ay! de tí el día en que tengas que pagar con lágrimas todos los placeres que has disfrutado.

"Como tu fiel amigo te aconsejo, ¡oh Polykrates! que trates de desarmar á los dioses irritados, imponiéndote á tí mismo una pena voluntaria, que rompa por un momento la monotonía de tus júbilos perpetuos. Así el médico prudente saca sangre de las venas hinchadas, para impedir que la plétora se convierta en apoplegía.

"En cuanto á mí, asustado por la enormidad de tu dicha, rompo los lazos de la antigua alianza que nos han unido. Quiero ver si de esta manera escapo á la venganza de los dioses. Prosigamos separados, en adelante, el camino que hasta aquí hemos recorrido juntos, y que los dioses nos sean propicios."

Así escribió á Polykrates, tirano de Samos, el sábio Amasis, rey

de Egipto. Amigos habían sido ambos desde hacía muchos años, y juntos habían salido del seno del pueblo á correr en las elevadas intrigas de los negocios públicos, todo género de aventuras. Amasis no había sido al principio de su carrera más que simple soldado. Bajo el reinado de Apries llegó á primer ministro, y prevalido del poder de que se hallaba investido en este puesto elevado, se rebeló contra su rey, lo destronó, le quitó la vida, y se ciñó su corona y empuñó su cetro.

Pero los raros talentos que supo desarrollar durante su reinado, y la justicia que resplandecía en todos sus actos, hicieron olvidar al pueblo egipcio su usurpación y la bajeza de su orígen. Abrió á los griegos las puertas de Egipto, é hizo florecer el comercio de su patria. A él también le asustaba la tenacidad de su fortuna; también él temía caer un día ú otro del trono usurpado, al embate de la cólera de los dioses. Pero al menos trataba de hacer propicios á los hados reinando con rectitud, y empleando su poder sólo para la paz y para la prosperidad de su pueblo.

II.

Después que hubo pasado Polykrates los ojos por la carta de su amigo, quedó sumergido en honda meditación. No había, en efecto, cosa á su derredor que le causase la más ligera inquietud, ni le diese el menor disgusto. Su pueblo le amaba; decíale su conciencia que había engrandecido á su patria; su nombre resonaba con honor, así en la Jonia como en todo el mundo griego.

Su pensamiento se volvió inconscientemente hacia el pasado, á donde voló á buscar, al través de las sombras de lo que fué, el orígen de su grandeza presente. No era más que un simple ciudadano, cuando ayudado por sus hermanos Pantagnoto y Syloson, valiéndose de ardides unas veces, y otras de la fuerza, logró apoderarse del poder supremo de la isla donde naciera. La compañía de sus hermanos en el poder, parecióle pronto intolerable, y dominado por ciega ambición, hizo perecer á Pantagnoto, desterró á Syloson, y se convirtió en único déspota de Samos.

En este puesto elevado, su ambición, su perfidia y su fortuna

fueron igualmente notables. Conquistó muchas islas inmediatas, y numerosas ciudades del vecino continente. Entró en guerra con Mileto, y salieron triunfantes sus armas. La flota de Lesbos que vino á socorrer á Mileto, fué por él rota y destrozada en batalla memorable. Entonces su poder se elevó á inmensa altura en los mares, y no hubo en el mundo griego potencia marítima más grande que la suya. Desvanecido por tantos triunfos, reunió veinte buques de guerra y grueso número de arqueros mercenarios, y se propuso conquistar la Jonia y todas las islas de la mar Egea.

Sus vastas empresas en el exterior no le hicieron perder de vista el engrandecimiento de su isla. Construyó un acueducto para conducir el agua á Samos, atravesando una montaña con un túnel de una longitud de mil cuatrocientos metros; fabricó muelles inmensos que causaron la admiración de la antigüedad, para proteger el puerto; y edificó el espléndido templo de Juno, cuyas imponentes ruinas causan todavía el asombro del viajero en las inmediaciones de Kora.

Y en tanto que así ganaba poder y fama como gobernante, sentíase como hombre el más feliz de los mortales. Los dioses habíanlo dotado de vasto talento que cultivaba con esmero, y, amando la compañía de los hombres más ilustres de Grecia, rodeóse de lucido cortejo de sábios y de poetas.

La amistad de Anakreon lo comprueba. Este poeta fué llamado á la corte de Samos, donde Polykrates, encantado de su ingenio y de su humor delicioso, compartió con él su poder, y le eligió por amable compañero de sus placeres. El amor y el vino ocuparon durante largo tiempo la vida del tirano, discurriendo su existencia arrullada por los cantos alegres é inspirados del viejo poeta. Aquella cadena de goces fué sólo cortada por la muerte de Anakreon, que falleció á los ochenta y cinco años, ahogado por la semilla de una uva, que tomó el camino de la laringe, en medio de un acceso de risa.

No por esto, sin embargo, dejó de ser alegre y divertida la existencia de Polykrates. Aunque ya de edad provecta, conservaba el corazón joven é impresionable, como en edad más temprana, y cultivaba el amor con afición no desmentida. Por otra parte, su imponente figura varonil, su poder inmenso y lo discreto de su ingenio, tornábanlo irresistible á los ojos de las bellas; así es que en su palacio, semejante al de un soberano oriental, había lucido harem de hermosas mujeres griegas, persas y fenicias.

III.

—¿Qué nuevas tristes te trae esa carta, ¡oh Polykrates! que veo pasar como una nube oscura por tu frente no acostumbrada al pesar?—preguntóle la hermosa ateniense Progne, que asida á su lado á la orilla del piélago, sobre cogín de púrpura, contemplaba su rostro con inquietud tiempo hacía.

—¡Oh mi bella Progne!—contestó el tirano dando salida á profundo suspiro, y hundiendo una de sus manos en la profusa cabellera de la joven—esta carta me trae el desconsuelo de la pérdida de un amigo, el sábio Amasis, rey de Egipto. Largo tiempo duró nuestra amistad: pero ya su voluntad la destruye, porque teme que los dioses me castiguen.

—¡Castigarte los dioses! El sabio rey de Egipto se equivoca, pues no eres del número de aquellos mortales á quienes aborrece el Olimpo. Conocido eres en toda la Jonia y en la Grecia, con el nombre de *feliz*, por tu suerte siempre próspera.

—El buen éxito de todas mis empresas es precisamente lo que alarma á mi antiguo amigo. Dice que los dioses no pueden ver con buenos ojos mis constantes dichas, que me hacen casi igual á ellos, y que abriga el convencimiento de que tarde ó temprano se desencadenará la desgracia sobre mi cabeza.

—Los bienes que disfrutas los has recibido de los inmortales, y tu piedad no los ha olvidado en medio de tus dichas. Testigo de ello es el magnífico templo que has erigido á la diosa Juno, el que no tiene rival en todos los pueblos helénicos, ni por su grandeza ni por su hermosura; y también dá de ello testimonio la risueña Rhenia, la rica isla que has consagrado á Apolo Delio.

—No obstante, mi hermosa amiga, ejemplos recientes comprueban que suelen bajar los hombres más poderosos, del pináculo de la grandeza hasta el mayor abatimiento. Dígalo si no Kresos, rey de Lydia, el cual, después de haber sido el más rico de los hombres, fué despojado de su reino por el rey persa Kiros, y vive ahora en Babilonia como esclavo de Kambises.

—Si Amasis fuera de veras sabio y alguna vez hubiese sido tu

amigo, antes de romper contigo su alianza, te habría al menos aconsejado la manera de que evitases la cólera divina. Pero Amasis no es sábio, ni te ha amado nunca. Oblígale la envidia únicamente á emponzoñar tu dicha con infundadas alarmas y terrores.

—Te equivocas, hermosa Progne, que la carta de Amasis termina con un consejo, señal de su amistad y del interés que le inspiro. Aconséjame que me imponga alguna pena voluntaria para aplacar á los dioses.

—No tienes, pues, más que hacer lo que te indica el egipcio, para que vuelva la tranquilidad á tomar asiento en tu pecho, y continúe la serie de tus placeres.

—Tienes razón; fuerza será imponerme alguna pena. ¿Renunciar al poder? ¿á las riquezas? ¿al amor? No tengo fuerza para ello. ¿Cuál podrá ser?

El tirano y la hermosa esclava enmudecieron por unos momentos. Las olas espumosas llegaban unas en pos de otras, pequeñas y mansas, como rebaño de blancas cabritillas, á estrellarse en los suntuosos malecones de mármol, haciendo un murmullo como de fiera domesticada y vencida, á los piés de la soberbia pareja.

De pronto, los ojos de la esclava fijáronse en la mano de su señor, que jugaba con sus rizos castaños, y brillaron con rayo de alegría.

—He encontrado, dijo, la solución del problema. Un anillo de gran precio brilla en tu diestra: despójate de él, arrójalo al mar, y sea éste un pequeño sacrificio ofrecido á los dioses.

Polykrates se extremeció.

—No sabes lo que dices, repuso; este anillo no es sólo una joya riquísima, sino una obra maestra de arte; presente es de Theodoro, el sincelador samio, que ha superado en destreza y génio á todos los artífices de la tierra. Sólo el rey de Persia, para quien Theodoro ha fabricado una crátera de oro de divina hermosura, puede jactarse de poseer una alhaja tan valiosa como este anillo.

—Tanto mejor—añadió firmemente la joven sin desconcertarse. —Esto significa que he acertado en la elección. ¿Ofrecerías á los dioses el sacrificio de una cosa destituida de precio? Así despertarías más pronto su cólera.

—Acaso tengas razón; pero mi orgullo de soberano lisonjease mucho con la posesión de esta maravilla.

—No obstante, el sacrificio que hagas privándote de ella, valdrá muy poco en comparación de los bienes que dejes asegurados; tu poder, tu riqueza, tu gloria, no sufrirán eclipse, y tu corazón recobrará el sosiego que te ha hecho perder la lectura de esa carta malhadada.

Diciendo esto, cogió Progne con sus blancas y afiladas manos la robusta de su señor, y besándola de paso, sacó sin hallar resistencia, el grueso y brillante anillo, mostrándolo luego como en triunfo, cogido entre las rosadas puntas de sus divinos dedos.

Era, en verdad, prodigio del arte. Formábalo una pequeña víbora de oro, que tenía asido en la boca, y envuelto entre las espirales de su cola, el redondo sello, signo de la autoridad suprema. En la superficie del sello, delicadamente grabadas, veíanse varias figuras: en medio de un bosque sagrado, elevábase el bello templo de Juno, erigido por Polykrates, y la estatua de la diosa delante del pórtico. El ave predilecta de Juno, parada junto á la estatua, elevaba para verla, su gallarda cabeza, y extendía sobre la longitud del plinto, su magnífica cauda. La labor era soberbia; parecía increible que aquella obra tan perfecta, hubiera sido producida por la mano del hombre.

Tan grande era su belleza, que la misma Progne vaciló algún tiempo; pero luego, cobrando ánimo, elevó la mano sobre su cabeza, y dándole un ligero impulso hacia adelante, arrojó la preciosa joya en medio de las aguas. La luz del sol poniente hirió el brillante oro hábilmente pulido, que pareció lucir con rayos propios antes de hundirse en las profundidades del abismo.

Polykrates lanzó un suspiro profundo. De allí en adelante, sentiríase inferior al rey de los persas, de quien había osado hasta el día considerarse como émulo.

Notó Progne su tristeza, y acariciando con la mano su gran barba, díjole:

—No es digno de tí, Polykrates, entristecerte por la pérdida de un objeto que puede fácilmente reemplazarse. Haz venir á Theodoro, y ordénale que te fabrique otro anillo más hermoso. Entretanto es menester que desagravies al divino Poseidón, cuyo imperio sobre los mares has usurpado. Porque eres rey del piélago.

Sonrió el tirano al oir tamaña lisonja, y halagado por las caricias de aquella dulce mano, rodeó con su brazo robusto el fino talle de la

hermosa, y reclinando su frente apesarada en su turgente seno, permaneció largo tiempo en actitud meditabunda.

IV.

Mas ¿qué nave es aquella que viene avanzando del lejano horizonte? Sus blancas velas hinchadas por el soplo de viento próspero, semejan las alas de la gaviota que vuela rozando la superficie de las olas. Sus largos remos movidos á compás por ambos lados del barco, parecen aletas de enorme cetáceo. Como flecha disparada de arco robusto por mano de héroe, hiende velozmente el espacio. Ya de punto medio borrado en lontananza, hase convertido en forma distinta; ya se descubre su arboladura; ya se ve á la tripulación aparecer sobre cubierta; ya se escucha el ruido del agua herida por los golpes de los remos; ya ha llegado al puerto.

—Alza ¡oh Polykrates! la cabeza—murmura Progne á su oido—que un buque acaba de entrar en el puerto.

—¡Un buque! Véamos qué nuevas me trae del continente ó de las islas. Por Jove! es mi secretario que desembarca. Acércate Meandrio; ¿qué noticias me traes de Magnesia?

—Salud, poderoso Polykrates, dice el enviado adelantándose hacia el tirano con numerosa comitiva; los dioses prosiguen siéndote propicios. He visto el tesoro que se halla aparejado para que lo arrebates y traigas á Samos; son ocho cofres inmensos llenos de oro, con los cuales puedes hacerte dueño de toda la Grecia.

Los ojos de Polykrates lanzaron vívidos rayos de alegría y de codicia.

—Y ¿Oroetes? preguntó con ansiedad.

—El sátrapa te espera para escapar contigo, trayéndose su tesoro. Me encarga te diga que está impaciente por verte llegar á las costas de Lydia, para saludarte como á su libertador y nuevo amo.

—Bien está, Meandrio, haz que sin pérdida de tiempo se aperciba una flota que nos conduzca á tan propicias playas.

Alejóse el emisario con su cortejo.

—A mi vez tócame preguntarte qué tienes. Paréceme, bella Progne, que te domina algún pensamiento triste.

—Todos los míos debieran ser alegres cuando tu corazón se regocija.

—¿Qué secreta pena te atormenta? De súbito ha cambiado la expresión de tu rostro: te manifestabas contenta, y ahora te muestras taciturna.

—En efecto, siéntome abatida y displiscente.

—¿Me dirás cuál es la causa de tu pena?

—El mensaje que acabas de recibir.

—No entiendo, supuesto que ha sido de buenas noticias.

—Es lo que no creo. Conozco á Oroetes: es pérfido y malvado.

—¿Dónde lo has conocido, hermosa niña?

—En Athénas, mi patria, donde se presentó con todo el fausto deslumbrador de los magnates persas. Me amó en aquel tiempo, no correspondí á su afecto, y juró que había de ser suya á cualquiera costa.

—Me place, dijo Polykrates soltando sonora carcajada. Tan necio juramento no se ha cumplido ni se cumplirá, puesto que eres mía, y que un bárbaro, por poderoso que sea, no es digno de poner el pensamiento donde ha puesto su corazón un príncipe griego. Además, Oroetes está exasperado por la tiranía y extravagancias de Kambises y es él quien me ha hecho proposiciones para formar una sociedad útil para ambos: lo auxiliaré para que se fugue de Lydia, y me entregará los tesoros que guarda, jurándome obediencia. La breve historia que acabas de referirme, sírveme de aguijón para apresurar el viaje, y para llevarte conmigo á Lydia.

—No hagas tal, señor, mi corazón presiente desgracias.

—¿Quién habla de temor ahora, oh Progne? ¿No soy Polykrates el feliz? ¿No acabo de desagraviar á los dioses, ofreciéndoles una alhaja de precio inestimable? El sábio Amasis y tú lo han querido, y he sido obediente; no tengo ya que temer de los inmortales, y debe seguir brillando mi propicia estrella. Llegaré á Magnesia con lucido cortejo, llevándote á mi lado como una reina; allí harémos que Oroetes, ese osado bárbaro, nos entregue su tesoro y nos jure obediencia, como á sus nuevos señores.

V.

Resuelta por el tirano la expedición á Magnesia, mandó hacer magníficos preparativos. Lujosa flota fué apercibida para condu-

cirlo como en triunfo á las playas del Asia Menor; agitóse el puerto varios días lleno de movimiento y de estrépito con el crugido de los muelles, el chasquido de los remos y el constante tragín de los marineros, y en poco tiempo todo estuvo preparado.

En los momentos mismos en que Polykrates se disponía á entrar en la nave, presentáronsele los sacerdotes ataviados con sus religiosas vestiduras y seguidos de gran cortejo de innumerable gentío. El tirano, asombrado, detuvo sus pasos y dirigió una mirada indagadora á la multitud. Entonces avanzó hacia él Telesarco, el gran saberdote, el cual inclinándose con respeto, elevó la voz y le dijo:

—Poderoso príncipe, tus profetas han consultado los oráculos acerca de la expedición que proyectas, y han recibido desconsoladoras respuestas. Por los dioses te conjuramos á que renuncies á tu osada empresa, si quieres libertarte de las desventuras que te amenazan, y libertar á tu pueblo de la orfandad y de los males consiguientes á la falta de tu sábio gobierno. Polykrates, no vayas á Magnesia.

El pueblo y los sacerdotes, repitiendo las últimas palabras de Telesarco, exclamaron en coro:

—¡Polykrates, no vayas á Magnesia!

—Vuestros temores son infundados, repuso el tirano en alta voz, con semblante sereno. No se trata de llevar á cabo una expedición guerrera en la que pudieran hallarse peligros; voy simplemente á tomar posesión de nuevos dominios que he adquirido, y á recibir el homenaje del sátrapa Oroetes, mi nuevo vasallo. Renunciar á esta expedición fuera tanto como volver la espalda á la fortuna y no cuidar de abrillantar más y más la gloria de Samos. Acallad vuestros temores, y ahora que voy á darme á la vela, acompáñenme vuestros votos amigos. Trocad en felices pronósticos vuestros lúgubres presentimientos.

Esto diciendo, tornó Polykrates á dirigirse á la nave que le esperaba, cuando salió de la multitud joven bellísima vestida con blanco traje, suelta al aire la profusa cabellera, tan negra como el ébano, llorosos los ojos hermosísimos, gemebunda la infantil boca:

—Padre! Padre! exclamó cayendo ante él de rodillas y elevando hacia su rostro sus miradas suplicantes y sus manos esculturales pa-

téticamente enclavijadas; ruégote que prescindas de hacer ese viaje que se presenta bajo tan funestos auspicios. Tu hija te lo pide con encarecimiento. He tenido un sueño horrible, anuncio de desgracias. Díceme el corazón que tu viaje será desventurado. Padre mío, no vayas!

Al oir los acentos de su amada hija, vaciló un instante el tirano. Inclinóse hacia ella con ternura, y cogiendo su bello rostro entre las manos, besóla en la frente con efusión. Mas luego, repuesto ya de la emoción súbita, con voz imperiosa aunque conmovida, le dijo:

—Domina tus temores, hija mía. Tus sueños son fruto de imaginación exaltada. En esta expedición no habrá más combates que que festines, ni más armas que copas henchidas de sabrosos licores, ni más lances peligrosos que ovaciones y triunfos. A mi vuelta saldrás á recibirme con cánticos, en unión de las demás vírgenes samias, celebrando el acrescentamiento de mi poder y el mayor lustre dado al nombre de la patria.

Sin oir más, saltó Polykrates á la nave en medio de las lamentaciones de la multitud, y de los sollozos de su hija, que tendía hacia él desde la playa sus manos anhelantes, como si quisiera asirlo y volverlo á su lado.

VI.

En lujosos trirremes de velas de púrpura, embarcóse el thalassókrata ó rey del mar, Polykrates, llevando á bordo, no guerreros, sino cortesanos, poetas, cantores, coperos y bellas esclavas, sin atender á los tristes anuncios con que fué despedido de Samos. Quedó en tanto en la isla haciendo sus veces, investido de poder omnímodo, Meandrio, su secretario.

Fué la navegación una fiesta continuada. La mar tranquila, parecía sosegarse bajo el peso de su señor, como esos briosos corceles, mansos sólo para sus amos; los músicos hacían resonar los aires con sus armonías, y las esclavas ensayaban danzas pintorescas, guiadas por el ritmo blando y delicioso.

El desembarque fué una ovación para el fastuoso tirano. Los griegos recibieron con aclamaciones al más grande de los príncipes jonios, y los persas no podían menos de ver con respeto y admiración al hombre que, poseedor de una pequeña isla, había sabido con-

quistar tantas ciudades, dado leyes al mar, superado en fuerzas navales á todos los pueblos conocidos, y merecido ser solicitado por Kambises como aliado, en la guerra proyectada contra Egipto.

Oroetes se adelanta á recibirle, de en medio de su comitiva. Mas ¿qué súbita palidez cubre su semblante? Detiénese un momento, vacila, se pasa la mano por la frente; luego, volviendo en sí, continúa avanzando, hasta ir á inclinarse ante Polykrates, en señal de homenaje.

El tirano ha observado aquella lucha, le recibe con semblante benévolo, y le dice:

—Bravo Oroetes, no he querido interrumpir mis placeres con esta expedición. He aparejado flota suntuosa, donde he encerrado á todos mis compañeros de alegría. Ya oirás á mis músicos y cantores, y me dirás si te agradan. Aquí tienes á mis esclavas; ¿te parecen hermosas? Ninguna es tan bella como Progne, la que viene á mi lado, mi favorita.

Oroetes se inclinó segunda vez sin decir palabra. Rojo carmín cubrió su rostro, y áun sus ojos parecieron también enrojecerse; pero procuró sonreir. Luego dijo:

—Bien haces, señor, en venir á mi satrapía sin aparato bélico, pues tu misión no es aquí la de combatir, sino la de recibir el homenaje de un nuevo súbdito.

Un atento observador hubiera podido notar un acento ligeramente irónico en las palabras de Oroetes; pero no lo notó el samio, y la comitiva se dirigió al palacio, donde se hallaba preparado opíparo banquete.

Sentáronse los convidados en torno de la mesa, y servidos en profusión los manjares, y, en aureas copas los vinos de Smirna y Chipre, hízose general el regocijo, los ojos adquirieron desusado brillo, subió el carmín de la sangre á las mejillas, y las bocas se hicieron pródigas de palabras y de sonrisas. Polykrates acariciaba sin discreción á la hermosa esclava; en tanto que las miradas de Oroetes se hacían más torvas de momento en momento. Observólo Polykrates, y dijo riendo:

—Vamos, Oroetes, veo que estás triste porque tengo á mi lado á Progne, á la cual creo que cortejaste un poco en Athenas. No tienes que extrañar mi buena fortuna, ni debes maravillarte de ello, supuesto que soy un príncipe griego, y tú no pasas de ser un bárbaro.

A estas palabras siguió alegre carcajada, que resonó en la vastísima sala, acabando en medio del silencio, como ruido siniestro. Todos los ojos se volvieron instintivamente á Oroetes, que estaba blanco y mudo como una estatua de mármol. La hermosa Progne, llena de sobresalto, dirigía miradas suplicantes á Polykrates, el cual, excitado por el vino, había perdido toda moderación y toda prudencia.

En aquel momento presentóse un marinero, trayendo al príncipe samio el presente de un pescado hermosísimo ricamente aderezado

—No cabe duda, prosiguió Polykrates echando mano al enorme marisco; la Grecia tiene razón en llamarme feliz y rey de los mares; apostaría á que este hermoso pez se ha dejado cojer en el anzuelo sólo por rendirme homenaje......... Diciendo esto, el príncipe regocijado lo hizo cuartos. De pronto, helóse la sonrisa en sus lábios. ¿Qué es lo que ven sus ojos atónitos en el interior del pescado? En las cavidades abdominales del animal, han vislumbrado sus miradas un objeto. El rostro de Polycrates se tornó lívido.

—Ah! Progne, exclamó de repente, sacando un anillo del vientre del pescado, en medio del asombro de los circunstantes; los dioses me devuelven el presente que les ofrecí para desagraviarlos. No quieren admitir mi sacrificio. ¿Están, pues, airados contra mí, como lo dice Amasis? ¿Resérvanse el derecho de escojer la manera de hacerme pagar tantos años de dicha?

—No lo creas, señor.

—No obstante, paréceme que la sombra de Nemesis se presenta ante mis ojos.

—Es el vino, señor, que te ha montado al cerebro, y te hace delirar.

—No, no deliro; algo me anuncia que está cerca la venganza de los inmortales.

—Es tu conciencia, exclamó Oroetes poniéndose en pié en medio del concurso atónito, y clavando en el rostro de Polykrates furibunda mirada; es tu conciencia la que te hace presentir esa venganza. Tu vida ha sido una cadena de crímenes. Traidor á tu patria, rompiste sus leyes y te convertiste en déspota del pueblo; sobre montones de ruinas y cadáveres te has elevado; tu mano impía no ha perdonado ni la vida de tus mismos hermanos. Pérfido y alevoso, has faltado á todos tus juramentos, buscando sólo tu

provecho; has pillado pór mar y tierra cuanto ha estado á tu alcance; tus riquezas son fruto del despojo general. Tu pueblo está diezmado por tu tiranía, pues los mejores de tus súbditos han perecido al filo de la espada de tus esbirros, ó huyendo de ella han ido á parar en la esclavitud en lejanas comarcas. Ha llegado el tiempo de la reparación. Se desacreditaría la justicia divina si después de tantos crímenes, no recibieras castigo. Tu historia servirá de ejemplo entre los hombres.

No sabías, insensato, que el destino te traía á estas playas para hacerte pagar tus demasías, y has venido á ponerte voluntariamente en mis manos, lujoso y cubierto de galas, como víctima preparada al sacrificio. La codicia te tentó y te ha cegado la soberbia. Creiste que me iba á entregar á tí con todos mis tesoros; sabe, insensato, que los cofres que mostré á Meandrio, no contienen más que piedras cubiertas con una capa de oro; y en cuanto á mí, á quien ya veías é insultabas como á uno de tus degradados cortesanos, vas á ver cómo te rindo homenaje.

Hola! soldados, traed á mi lado á esa hermosa esclava; desde este momento cambia de señor, y será mi favorita. ¡Cómo palideces, Polykrates! No obstante, es necesario que seas animoso en la adversidad, como en la prosperidad has sido insolente. Ea, soldados, cogedlo, despojadlo de sus vistosos arreos, llevaldo á la playa, dadle muerte, y fijad su cuerpo en la cruz para que todo el mundo pueda escarnecerlo.

En cuanto á vosotros ¡oh samios! os doy la libertad, para que me vivais reconocidos por haber roto vuestras cadenas y haberos vengado del tirano!

VII.

Las órdenes de Oroetes se cumplieron. Polykrates, despojado de sus regias vestiduras y arrastrado por una soldadesca desenfrenada, fué conducido á la orilla del Meandro, donde fué crucificado y levantado en cruz gigantesca á grande altura. Allí acudió á verlo lleno terror innumerable pueblo, que no podía creer cómo en un momento había pódido caer aquel temido tirano, del pináculo del poder y de la gloria, á los abismos de la muerte y de la ignominia.

Y en medio de horribles suplicios, espiró Polykrates, con el rostro y el pensamiento vueltos al lado de aquel suspirado mar, teatro de su grandeza y de su poderío.

Así fué como terminó su carrera el tirano que durante largos años, pareció haber traspasado los límites de la dicha humana. Su vida fué la admiración de los hombres; fué su muerte el terror de las gentes. Su historia enseña que la felicidad sobre la tierra es siempre deleznable, y que el castigo del mal que se obra, siempre es seguro, y tanto más rigoroso cuanto más se hace esperar. La fortuna se cansa; la justicia divina es infatigable.

José López-Portillo y Rojas.

Primera lágrima.

Gota de llanto que por vez primera
Brotas del alma, al golpe del dolor,
Tú eres dulce poema de amargura,
Y sólo puede comprenderte Dios.

EL TIEMPO.

Al recorrer los campos de la vida,
Burla ó premia del hombre los ensueños......
Si se lleva una historia de delicias,
Otra historia nos deja de recuerdos!

Federico E. Alatorre.

¡DIOS!

El titán que los rayos aprisiona,
El que burla el espacio donde quiera
Con férreo surco, con tendida hilera,
Con cautivo vapor ó henchida lona;

El que descubre la ignorada zona
Y cuenta los diamantes de la esfera.
El hombre, el genio que orgulloso impera
Y triunfa á la medida que ambiciona:

Ni en monte colosal ó inmenso río
Halla obstáculo indócil á su empeño,
A la ciencia arrebata el poderío,

Es del pensar el absoluto dueño
¡Y á tí te debe el existir, Dios mío!
¡Y de tu obra es quizá lo más pequeño!

Francisco López Carbajal.

Primero que dejar de idolatrarte,
el sol ardiente apagará su luz,
y sus aromas perderán las flores,
y el alma quedará en el ataúd.
Primero, que extinguirse el amor mío,
el mar se secará,
rayos de luz arrojará la sombra,
y á Dios el hombre llegará á igualar!

Federico E. Alatorre.

LA TIERRA DEL FUEGO.

I.

Nada en verdad tan interesante para nosotros como el progreso y engrandecimiento de las naciones latinas de América. Ligados á ellas por vínculos de origen, de raza y de idioma; teniendo además de esa triple comunidad, la de nuestros defectos y vicios hereditarios, y principalmente sufriendo con envidia y humillación la hegemonía sajona de los Estados-Unidos, acaso más sensible en México por la proximidad del colóso, pero indisputable también en las repúblicas sud-americanas, es natural, y quizá pudiéramos decir, provechoso, seguir con atención é interés las evoluciones civilizadoras que aquellos lejanos países realizan, es justo regocijarnos con sus adelantos, y entristecernos con sus infortunios, bien así como si se tratára de algun hermano separado del hogar y de la familia en climas remotos.

Cuando en 1883 la guerra entre el Perú, Bolivia y Chile, terminaba victoriosamente para este último país, con la cesión del departamento peruano de Tarapacá—con 71,000 kilómetros cuadrados de extensión y 47,551 habitantes—(1) y otras mil condiciones onerosas impuestas cruelmente por el vencedor, en la vertiente oriental de los Andes, una nación rica y activa, la Argentina, daba al mundo un espectáculo de muy distinta naturaleza haciendo surgir y levantarse como evocada por el genio de los tiempos modernos, que lleva en su diestra la varilla mágica del trabajo, la nueva capital de la provincia de Buenos-Aires, la ciudad de La Plata, cuya primera piedra se puso el 19 de Noviembre de 1882, y que tiene en la actualidad 30,000 habitantes. "He visto, decía M. Alfredo Ébelot en uno de sus importantes estudios sud-americanos, publicados en la *Revue des Deux Mondes*, he visto en treinta meses nacer y levantarse una ciudad de treinta mil almas (2)."

(1) "Sinópsis estadística i geográfica de Chile, 1884."—Santiago de Chile, 1885.

(2) *Revue des Deux Mondes* de 15 de Enero de 1886.

Esta muestra tan singular de vigor, única en su genero en los pueblos hispano-americanos, nos alegró tanto como los episodios de la guerra nos entristecieron: entre las luchas que destruyen á la humanidad y las que la engrandecen y perfeccionan, no hay comparación posible; y nosotros, que seguimos incansablemente los ideales de una filosofía racional y sana, debemos ver las grandes epopeyas sangrientas de la Historia, como un resabio de épocas de lamentable atraso, y las serenas lides de la inteligencia como resultado de esfuerzos progresistas admirables y dignos de imitación.

Por ese motivo, aunque sabemos muy bien que tanto los ejércitos aliados del Perú y Bolivia, como los de Chile, realizaron prodigios de valor, emulando en las aguas del Pacífico el antiguo heroismo de Lepanto y Trafalgar, no queremos recordarlos nunca, y preferimos seguir atentamente la marcha de la República Argentina, simpática nación, que sin duda alguna está llamada en breve plazo, á cumplir altos destinos en el continente americano.

II.

Uno de los factores más importantes de la riqueza y bienestar de las naciones jóvenes es la inmigración: lo prueba brillantemente el ejemplo de los Estados-Unidos, cuyo rápido y asombroso progreso, adivinado por el gran conde de Aranda en tiempo de Carlos III, no tiene precedentes en la Historia; lo prueba también, Australia, que será en lo porvenir uno de los países más libres, ricos y felices, y lo prueba por último, la República Argentina, que debe sin duda alguna á los numerosos europeos que habitan su suelo, gran parte de sus adelantos morales y materiales (1).

(1) La República Argentina tenía en 1882, 2.942,000 habitantes, de los cuales 339,000 italianos; 161,000 españoles; 153,000 franceses; 51,000 ingleses; 54,000 entre alemanes y suizos, 165,000 de otras nacionalidades.—"Handbook of the River Plate" By M. G. and E. T. Mulhall. Buenos Aires. 1885.

En *El Economista Mexicano*, núm 15 tom. III, correspondiente al 14 de Mayo próximo pasado, hemos leido con júbilo un artículo en el que, se dá cuenta de algunos trabajos emprendidos con el objeto de favorecer la inmigración belga á nuestro país. Próximamente nos ocuparemos de tan importante asunto, que el gobierno de Mexico debe ver con patriótico interés.

La inmigración aumenta ahí incesantemente, haciendo progresar la agricultura, la industria y el comercio, y mejorando notablemente la raza; y el gobierno argentino, infatigable en promoverla por cuantos medios juzga eficaces, tampoco cesa de procurar su aumento.

Es de fecha muy reciente el decreto del ilustrado Dr. D. Miguel Juarez Celman, actual presidente de la República, que establece en el extranjero oficinas de Información y Propaganda, destinadas á favorecer la inmigración. Estas oficinas deben haber sido abiertas al público en Febrerò del corriente año, en Paris, Lóndres, Berlín, Viena, New York, Bruselas y Berna, y puede juzgarse de su importancia, fijándose siquiera sea brevemente en los eminentes servicios que prestan.

Suministran gratuitamente á todos los individuos, sociedades ó corporaciones, personalmente ó por escrito, en francés, inglés, alemán, italiano, castellano ó portugüés, cuantos informes y noticias solicitan sobre las condiciones físicas de la República, códigos, leyes, tratados, estadística en general, tarifas, aranceles, productos, precios corrientes, finanzas, industrias, y en general todo cuanto se relacione con las condiciones y progresos de la nación argentina.

Reunen además, extractan y coordinan comparativa y metódicamente los datos y noticias más importantes del país donde ejercen sus funciones, que se relacionen con los intereses económicos, comerciales y financieros de la República, datos que trasmiten quincenal ó mensualmente al ministerio de Relaciones Exteriores, para su conveniente distribución á los centros comerciales é industriales y Gobiernos de Provincia y Territorios Nacionales. Trasmiten asimismo, cuantos informes especiales se les piden por el Gobierno, Bancos, Administraciones de ferrocarriles, y otras empresas públicas de la Nación.

En el mismo local de cada oficina se ha organizado un muestrario ó exposición permanente de productos naturales é industriales del país, y una biblioteca de publicaciones sobre la República, abierta gratuitamente al público, la cual contiene las publicaciones oficiales y particulares más interesantes de aquella: mapas, vistas, planos y todos los diarios argentinos.

Por último, los directores de tan importantes establecimientos, están obligados á rectificar por la prensa los errores que sobre la República se propalen, y tienen un sueldo de $ 3,600 anuales.

El establecimiento de tan interesantes oficinas á la vez que prueba el patriotismo é ilustración del gobierno argentino, dá claras muestras del desahogo en que se encuentra el erario público, que además de los gastos interiores, y de las apremiantes necesidades administrativas eroga aquellos que tienden al engrandecimiento futuro del país, entre los que se deben contar también los de las expediciones científicas que se envían á reconocer las lejanas posesiones que forman la extensión vastísima de la República.

Aquella misteriosa isla perdida en los mares antárticos, la Tierra del Fuego, que poseen entre la República de Chile y la Argentina, tan mal conocida de los geógrafos y viajeros, mereció la atención del presidente Roca, que creyendo, tal vez con fundamento, que sería útil en algún tiempo esa comarca apartada y peligrosa hasta el día, envió una expedición para que practicase en ella minuciosos reconocimientos. Del resultado de esa expedición estaba pendiente con curiosidad el mundo científico, y ya en la actualidad que ha rendido su informe el Sr. Lista, jefe de aquella, pueden tenerse datos seguros é importantísimos sobre la Tierra del Fuego.

Esos datos se hallan dispersos en algunas cartas particulares del explorador, y en el informe que éste rindió al Gobierno, en los primeros meses del corriento año. Hemos leído con diligente cuidado tanto las cartas como el informe, y de unas y otro trascribiremos los más interesantes párrafos, para que nuestros lectores no pierdan el encanto del pintoresco estilo que caracteriza al Sr. Lista, ni el entusiamo que resplandece en sus páginas, muy justo y legítimo, dicho sea de paso.

La narración del Sr. Lista, es por todo extremo interesante y curiosa: se creería al leerla que es la de algún verdadero personaje de Julio Verne.

Con fecha 1.° de Enero de 1887 escribió su primera carta, de la bahía de Théthys, al Gral. Mitre. En ella se vé el júbilo de que se hallaba poseído al explorador; se vé el celo patriótico que le inspiraba.

....la parte argentina de la Tierra del Fuego que acabo de explorar por tierra en una extensión de setecientos kilómetros, desde bahía San Sebastian hasta el estrecho de Le Maire, es mucho más fértil y á mi juicio de mayor pervenir industrial que la zona costanera patagónica comprendida entre el rio Chubut y el cabo de las Vírgenes.

"Háse llamado inhospitalaria, estéril y hasta inhabitable á la grande isla austral, por un error consagrado por el tiempo y escritores sedentarios que no hicieron otra cosa que repetir las fábulas de algunos navegantes de imaginación poética ó

negligentes y difusos en sus afirmaciones, las que siendo exactas por lo que respecta á la vertiente occidental de la Tierra del Fuego, hoy chilena, son falsas y ridículas en cuanto atañen á las comarcas orientales, en la actualidad del dominio argentino.

Se cree comunmente que dicha tierra es un dédalo montañoso, cubierto de nieve sempiterna é inaccesible en sus flancos oceánicos.

Esto no sería muy exagerado refiriéndose únicamente á la parte occidental de la isla entre el paralelo de 54° y el canal de Darwin; pero todo ello es un absurdo si se pretende aplicar á la zona que baña el Atlántico entre los cabos San Sebastián y San Vicente.

La Tierra del Fuego argentina presenta dos aspectos muy diferentes: desde el cabo Espíritu Santo hasta el de Peñas, se ven valles más ó menos extensos, cubiertos de espléndidos pastos y regados por rios caudalosos y en partes navegables, que descienden de una cordillera nevada del interior, la que en justicia y como reparación histórico-geográfica debe llevar en adelante el nombre de Bartolomé Nodal, quien fué el primero en verla desde su atrevida nave. Esta región goza de una agradable temperatura y la escasa nieve que en invierno cae en ella debe licuarse muy pronto á juzgar por la poca humedad del suelo, donde solo existe un inconveniente: el tucu-tuco, minero infatigable como la biscacha de la pampa;—y al sud de esta región que puede llamarse *de las praderas* se extiende la de los bosques antárticos donde los pastos no son tan abundantes ni los rios tan caudalosos, pero que presenta un aspecto más bello, aspecto suizo con pequeños lagos, encumbradas montañas y bosques encantadores.

En las praderas orientales está el porvenir pastoril de la América magallánica, y en la región boscosa encontrarán los buscadores de metales el aliciente de ricos veneros.

Esta es la verdadera Tierra del Fuego argentina según mis recientes impresiones, y espero que en breve serán corroboradas las afirmaciones del explorador por la palabra de los pastores y de los mineros.

Después, el día 18 dirigiéndose al director de la "Tribuna Nacional," repite esas observaciones entusiastas exclamando con igual satisfacción:

Estoy en la Tierra del Fuego: la he cruzado de un extremo á otro, y aún no puedo dar entero crédito á todo cuanto han visto mis ojos deslumbrados. Creí que hallaría una isla caótica y fríjida, un escollo desamparado, la "ruina de un mundo fenecido", como dijo el capitan Willis; y he vivaqueado á la intemperie, sobre floridos campos de gramilla que pueden alimentar millares de vacas y ovejas; y he descubierto valles de muchas leguas de extensión, accesibles montañas casi sin nieve y hermosas florestas donde crecen helechos arbóreos y otras plantas que en Buenos Aires solo pueden vivir al abrigo del invernáculo.

Y qué decir de la fauna! Todavia esta mañana he vuelto á oir el coro alegre de los loros selváticos.

He viajado mucho, he visto los bosques y las cataratas de Misiones: he atravesado la Pampa desde Carhué hasta Choyque-Mahuida, y explorado toda la Patagonia; pero sólo en la Tierra del Fuego he sentido las profundas emociones que despiertan en el alma del viajero, los grandes espectáculos de la naturaleza. Y si la grande isla argentina no encerrase el sublime paisaje, casi tropical, de su selva

siempre verde y retoñante, bastaría para rehabilitarla ante sus calumniadores de todas las épocas y de todos los pueblos, la suavidad de su clima y la riqueza herbácea de sus campiñas vírgenes.

Como los grandes navegantes, los exploradores de sus costas: Magallanes, Sarmiento de Gamboa, Cook, Byron, King, Fitz Roy y tantos otros antiguos y modernos, han pintado la Tierra del Fuego, con colores sombríos, tal vez se consideren mis palabras como atrevidas ó hijas de un entusiasmo perjudicial; pero debe tenerse presente que para todos esos ilustres navegantes estuvo velado el interior de la isla que yo he tenido la fortuna de explorar al frente de veinte y seis compatriotas, un belga y un italiano, todos igualmente animados por el deseo de servir al país, dedicando sus esfuerzos al buen éxito de la misión que me confiara el Gobierno de la República.

Para llevar á cabo tan árdua empresa; para llegar á esta mal conocida bahía, he tenido muchos obstáculos que vencer y muchos peligros que afrontar, pero unos y otros se olvidan presto después de alcanzar la anhelada meta.

Desde el 31 de Noviembre hasta el 24 de Diciembre, la expedición estuvo siempre en marcha, sin más guía que la aguja magnética cuyos polos observé casi invertidos al faldear unas elevadas colinas al sud del cabo "Peñas". En ese lapso de tiempo cada día era para mí una sorpresa nueva y un incidente más. Primero fué una entrevista amistosa con los indios onas; después hallamos un rio torrentoso y profundo que pretendió cerrar el paso á la expedición, la que merced á un pequeño bote de goma pudo cruzarlo en siete horas con todos sus equipos, víveres y animales y sin tener que lamentar ninguna desgracia personal. Más tarde apareció la selva antártica, donde hasta entónces no había estampado su huella el hombre civilizado; y, por último y sucesivamente fueron dibujándose en mi retina los variados y pintorescos aspectos de los cabos "Santa Inés" y "San Pablo," respaldados por encumbradas y boscosas colinas, tras las cuales aparecían de cuando en cuando altivos cerros piramidales, mientras se iban acentuando poco á poco, en el horizonte, las líneas severas de "Orosco" y los "Tres Hermanos," estos últimos cerros á pocas millas de "Théthys."

Los resultados científicos obtenidos, creo que satisfacerán al Gobierno, á quien dirijo en esta misma fecha un informe preliminar sobre el viaje, el que aún no está terminado, pues me falta completarlo con el estudio de las bahías "Buen Suceso" y "Aguirre," á cuyo efecto debo embarcarme mañana en el cútter *Bahía Blanca*, que me conducirá hasta el canal del Beagle, límite austral de las tierras argentinas.

Por último, en el informe que rinde al Gobierno, publicado lo mismo que las cartas anteriores, en el cuaderno núm. XLVIII de *La Revista de la Sociedad geográfica argentina*, importantísima publicación de Buenos Aires, dá pormenores más minuciosos de su célebre expedición. Habla en él de incidentes dramáticos, de combates que tuvo que sostener la expedición con los salvajes habitantes de aquella isla, que ha estado tantos siglos sin que llegase á ella ni el más leve reflejo de la civilización moderna, y de sus observaciones científicas, verificadas con empeño y sin más elemento marítimo que el cútter *Bahía Blanca*, pues aunque al principio de la expedición el

acompañaban el pailebot *Piedrabuena* y el cútter *Santa Cruz*, regresó el primero, por motivos que no nos dice el Sr. Lista, llevándose la escolta expedicionaria, y del segundo, no tenía noticia alguna en la fecha de su informe. Trascribimos á continuación las nuevas descripciones del país y el relato de su encuentro con los indígenas, como también las breves observaciones científicas que logró efectuar.

La distancia recorrida hasta esta bahía-la bahía de Théthys-incluyendo los reconocimientos parciales á lo largo dealgunos rios, es precisamente de ochocientos kilómetros, habiendo podido observar desde las cimas de algunos cerros elevados una extensión muy considerable de la hermosa isla argentina, tan ridículamente calumniada por navegantes poco escrupulosos ó difusos en sus informaciones, y tambien por los geógrafos de gabinete, que son los peores.

El éxito de la exploración lo considero satisfactorio, por el solo hecho de haber cruzado de un extremo á otro, toda la misteriosa región fueguina, de cuyos umbrales del setentrión acaba de retroceder una expedición numerosa y con más elementos que la que me cupo en suerte dirigir.

El itinerario de mi viaje, que comienza en la bahía de San Sebastián, pasa por los siguientes puntos, de los cuales algunos llevan nombres dados por el que suscribe: Arroyo Fagrano, Rio de los Toldos, Cabo Sunday, Rio Pellegrini, Paso Expedición, (trece millas arriba de la desembocadura de esa última corriente fluvial), Lago Legers, Cabo Peñas, Primeros Robles, Laguna Colorada, Cabo Santa Inés, Cabo San Pablo, Monte Observación, La Bajada, Rio Wolff, Orosco, Dos Rios, Cala Policarpo, Cala Tolsa, Monte Karken, Bahía Thétys.

Todo este extenso trayecto á lo largo de la insular costa argentina, que por tantos años ha permanecido oculta al ojo investigador de la ciencia, más en razón de las fabulosas leyendas de antaño, que por los escollos que ella desprende hacia el oceano, en los cuales desgraciadamente suelen perecer en invierno algunas naves mal dirigidas ó infortunadas; todo ese trayecto, decía, señor Presidente, ha sido estudiado prolijamente, no sin tener que vencer numerosos obstáculos naturales, entre otros, los grandes desniveles del suelo, la corriente de los rios, y la barrera á veces impenetrable de la selva antártica, que si carece de llanas trepadoras no deja, empero, de ser un sério obstáculo para la marcha de una expedición sin más guía que la brújula.

....

Tres días después de mi partida del "Cañadón Expedición" en el ángulo S. O. de la bahía de San Sebastián, al llegar á un rio que desagua en el Atlántico, á una decena de millas del cabo de ese nombre, nos encontramos ex-abrupto con una gran tolderia de indios. Al vernos, las mujeres y niños vadearon el rio, quedando los hombres en actitud defensiva, armados de arcos y flechas y parapetados tras de espesos matorrales. Al mismo tiempo incendiaban el campo para ocultarnos sus movimientos.

Hice seguir la columna expedicionaria hasta unos cien metros del sitio ocupado por los salvajes, y después de mandar ¡Alto!, dispuse que avanzara el capellán D. J. Fragano y el cirujano don P. Segers, para que intentasen ponerse al habla con dos indios. Después que estos se acercaron hasta ponerse á tiro de flecha, el soldado Morales se adelantó á incorporárseles con la bandera argentina desplegada

al viento, siguiéndole dos hombres más con charqui y galleta para repartirles á los indígenas.

Ahora bien; ante nuestras demostraciones amistosas, algunos onas, empezaron á áproximarse con cautela, contestando con gritos y ademanes á las palabras y señales de nuestros parlamentarios; pero los más permanecieron ocultos detrás de las *matas negras.*—á la espectativa sin duda de lo que iba á suceder y dispuestos á combatir con el valor que los distingue.

Trascurrieron algunos momentos, y como la actitud de la expedición era siempre la misma, los indios fueron perdiendo todo temor y uno de ellos se adelantó y cambió un apretón de manos con el cirujano y el soldado Morales. Los demás salvajes ocultaron entonces sus armas entre las matas y echaron á andar en dirección al sitio donde tenía lugar la entrevista. Mandé al punto que avanzara la tropa, y así que pude hacerme oir de los que estaban distantes, comencé á gritarles en tehuelche:—*Yegogua*, *Yegogua!* que en esa lengua significa: hermano;—y ante esta palabra mágica, que ellos no esperaban seguramente, acostumbrados como están por los mineros chilenos de Bahía Inútil á oir tan sólo la voz del rifle, todos, en tropel, se adelantaron á saludarnos. Gesticulaban y reían, y de pié delante de nosotros, nos examinaban con creciente curiosidad; tocaban nuestras ropas y objetos que llevábamos, incluso los revólvers, cuyo uso parecían ignorar; saltaban y hacían cabriolas, mirando siempre con marcada inquietud, la línea indecisa que dibujaba en el cercano horizonte una parte de la columna expedicionaria que conducía los cargueros y algunos indios tomados en San Sebastián.

Numerosos eran los salvajes; pero en su mayor parte. creo, habíanse alejado del otro lado del rio en protección de las mujeres y de los niños. Algunos de los qne teniamos á la vista, altos, robustos y en su mayor número mocetones, llevaban la cara pintada de rojo: otros, y eran los menos, se habían blanqueado los brazos y manos con arcilla. Todos ellos tenían el cabello cortado em la nuca y untado con una sustancia grasosa amasada con ocre rojo. No les ví más vestido que malos quillangos de pieles de zorro plateado, siendo curioso qne los usen con el pelo hacia afuera.

¿Será acaso por ostentación? No lo creo, y pienso más bien que el clima no exije, al menos en verano, otro abrigo mejor.

Vimos muchos toldos, momentáneamente abandonados, y en ellos muchos perros de pelo lanudo y largo unos, y otros muy parecidos á los zorros y de colores oscuros.

Quise apoderarme de uno que parecía perro ovejero, pero un indio se opuso indicándome que le pertenecía y que era diestro para la caza de guanacos.

Intenté después tomar algunas medidas antropométicas; pero ningún salvaje se prestó á mis deseos, aunque conseguí sí hacerlos bailar al son de corneta, haciéndose después repartir carne que devoraron sin perder de vista nuestras mulas, cuyos relinchos me pareció inspirarles sérios temores, pues á cada rato me las señalaban con aire medroso y ademán incierto.

Uno de los salvajes, que parecía tener alguna influencia sobre los otros, y que por otra parte se distinguiá en su aspecto varonil, parecía querer manifestarnos su alegría dándose puñadas en el pecho y en la cabeza, y levantando después en alto los brazos al mismo tiempo qne entonaba un canto monótono que repetía la palabra *yénua*, que significa amigo. Viéndome fumar, este msimo indio me pidió el cigarro. Se lo dí, pero al instante lo arrojó con marcado disgusto. Y no era

para menos, pues el muy glotón lo había tomado por alguna vianda desconocida y pretendió comérselo por el lado del fuego.

Después de haber fraternizado largo tiempo con los onas híceles comprender que podían permanecer donde estaban, pues yo iba á cruzar el río más al oeste, para dirigirme en seguida hacia el sud; y sin esperar respuesta me despedí y nos marchamos, yendo á campar á dos millas rio arriba donde se pasó la noche sobre las armas, pues los indios nos habían seguido á distancia, espiándonos, hasta el oscurecer, desde las alturas inmediatas á nuestro vivac.

Además de los estudios geográficos, las observaciones científicas hechas durante el viaje hasta la bahía donde me encuentro, son numerosas y se refieren principalmente á la antropología, á la geología y á la flora y fauna, terrestre y oceánica.

He medido muchos indios y formado un vocabulario de la lengua que hablan aquellos que habitan en la región boscosa del Atlántico, entre cabo Peñas y Cala Policarpo.

Las corrientes atmosféricas, la temperatura y las variaciones del barómetro han sido observadas tres y cuatro veces al día en distintas latitudes y últimamente en Thétys, simultáneamente en tierra y á bordo del pailebot *Piedrabuena* cuyos oficiales han tenido también oportunidad de hacer diariamente en Buen Suceso, durante dos semanas, interesantes observaciones meteorológicas que con las de Thétys, pueden dar una idea aproximada de la climatología de la región sud-oriental de la Tierra del Fuego.

Las investigaciones geológicas que serán completadas más adelante, cuando visite "bahía Aguirre" y el "Canal del Beagle," me han revelado la existencia de algunos ventisqueros y canales intermarítimos, cuya desaparición debe atribuirse á notables modificaciones en el clima antártico y quizás también á un solevantamiento de la isla.

En cuanto á la edad geológica de la Tierra del Fuego pienso que debe remontarse á una época remota, exceptuando, bien entendido, algunos terrenos relatívamente modernos, de orígen volcánico unos, y otros de naturaleza aluvial, no habiendo podido encontrar en estos últimos los fósiles que caracterizan el terciario patagónico.

Abundan sobre la costa oriental de la isla los esquistos, y arcillo-esquistos, y se hallan algunos mantos de basalto y núcleos y venas de cuarzo. Las arenas, examinadas tanto las del mar como aquellas de los rios y lagos, son de color cinéreo ó amarilloso, á veces negras, gruesas y mezcladas con magnetita y despojos orgánicos.

Las especies metálicas que mas parecen abundar son, el hierro y el cobre, este último en nódulos y subordinado á los cuarzos más antiguos.

De oro no he hallado vestigios en ninguna parte; pero es indudable que debe existir en las nacientes de muchos rios que nacen en el interior de la isla y desaguan en el océano Atlántico.

La vegetación fueguina no presenta un carácter homogéneo, sinó por el contrario, se divide en dos zonas distintas, siendo el paralelo que pasa por cabo Sunday casi la línea divisoria entre aquellas, cuyos elementos fitológicos son, en verdad, poco variados. En los grandes valles y cañadones comprendidos entre la bahía de San Sebastián, el Atlántico y la línea fronteriza con Chile, he observado una vegetación abundante y con el sello característico de la flora patagónica, de la que sólo se diferencia por su mayor riqueza y por algunas especies que en el continen-

te se hallan sustituidas por otras del mismo genero. El tipo principal de esta zona es la mata negra (*verbenacea*). Siguen después las *berberideas*, que asociadas á la primera, suelen formar extensos y tupidos matorrales.

A estas formas fitológicas, debo agregar algunos pastos anuales que forman hermosas praderas donde se ven *oxalideas*, *leguminosas* y un pequeño junco que aprovechan los indios en distintos usos del hogar.

La otra zona es más bien florestal y cuenta ante todo con el *fagus betuloides* que brinda excelente madera de construcción; con el *fagus antártico*, verdadero tesoro como combustible; con la *berberis ilicifola* el *riges magellánica* y la *pernetia macronata.*

Las demás especies son herbáceas y entre ellas figuran algunos pastos anuales y otros perennes, una *viola* con flores amarillas, dos *azorellas* y el *apium australe*. Las *criptógamas* son abundantes y crecen particularmente en los robles, en cuyos troncos y ramas recogen los indios la nutritiva parásita conocida con el nombre sistemático de *cytharia Darwinii*.

Por lo que respecta á la flora del mar, solo he podido recoger algunas algas de escaso ó ningún valor científico, por cuya razón haré caso omiso de ella.

El reino animal está representado en tierra, primero: por algunos mamíferos, como los guanacos (*auchenia*) y zorros (*canes maguellanicus*), siendo estos últimos muy estimados por sus hermosas pieles, que de cuando suelen verse en las peleterías de Buenes-Aires, pagándose allí por un quillango de ellas hasta cincuenta pesos moneda nacional.

En segundo término figuran los roedores que desgraciadamente son más abundantes que aquellos interesantes animales, y entre ellos el *Ctenomys maguellanicus*, puede considerarse como una verdadera plaga para la isla, en cuya parte norte y principalmente entre la bahía de San Sebastián y el cabo Sunday, ocupa extensas áreas que están casi totalmente socavadas. No obstante, este raton y su congénere el *C. fueguinus* tendrán que desaparecer en cuanto se introduzcan en la isla algunos miles de vacas ú ovejas.

Esta reseña de la fauna terrestre sería incompleta si no mencionara algunas aves que frecuentan en bandadas numerosas los bosques y las márgenes de los rios, como por ejemplo los loros (*conuros patagonus*), las abutardas (*bernicla antártica*), las bandurrias, patos, chorlos y teruterus.

La fauna marítima ofrece interesantes especies, cuyo aprovechamiento industrial ha sido durante muchos años un poderoso aliciente para los barcos balleneros que frecuentan nuestras tierras australes. Quiero referirme á las otarias ó lobos marinos y á los pegüines. Además cuenta con numerosos delfines, enjambre de peces, moluscos comestibles como los mejillones (*mytilus*) y las lapas (*patellas*); y no pocos cetáceos y zoófitos, indeterminados hasta la fecha algunos, otros nuevos y todos de alto interés para la historia natural de la República.

Hemos reseñado brevemente los progresos del país que en la actualidad despierta más interés en la parte trabajadora de las viejas sociedades europeas, atrayendo hacía él las grandes corrientes de inmigración que vivifican y vigorizan la savia de los pueblos: quizás en un porvenir no muy remoto, esa nación argentina que hoy empieza á hacer escuchar su voz en el concierto del progreso humano, se levantará gigante y poderosa, disputando el coloso del Norte su

predominio industrial y mercantil; extenderá tal vez los rieles y telégrafos que cruzan las pampas, no ha mucho todavía salvajes, hasta los fértiles valles del Cauca y el entonces canal de Panamá, y llevará en triunfo el lábaro latino por los antiguos dominios españoles...... Todo es posible para los países que tienen la fé suprema de su destino, y la suprema perseverancia del trabajo.

Hermosa tendría que ser sin duda alguna esa lucha, pero á nosotros, sólo una cosa debe inquietarnos: que México tome en ella si llega á verificarse, la parte activa y honrosa, que le corresponde.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Guadalajara, Mayo 30 de 1887.

Una vez me dijiste, vida mía,
En un trasporte de entusiasmo y fé,
"Si me olvidaras tú, me moriría,
"Yo siempre, mientras viva, te amaré."

Un año desde entonces ha corrido
Y pues ya tu entusiasmo se apagó,
Si matara, cual dices, el olvido,
El muerto, bien lo sabes, fuera yo.

MANUEL M. GONZALEZ.

LAS FLORES.

Hijas de la primavera,
Brotais al beso del aura,
Ora en el fondo del valle,
Ora del monte en la falda.
La naturaleza os hizo
Para el placer, vuestras galas
Sirven al amor de emblema,
Mensajeras sois del alma,
Pues tal vez en lo escondido
De las selvas ignoradas,
El cielo os mira y sonrie
Y Dios os contempla y hábla.

Pompa y orgullo del día,
Misterio de la montaña,
Del valle encanto, y adorno
De la fuente solitaria:
El ruiseñor y la alondra
Tiernas endechas os cantan,
Las brisas os acarician
Y os besan las linfas claras.
Y tal vez allá en la selva
Cuando creceis olvidadas,
El cielo os mira y sonrie
Y Dios os contempla y hábla.

Al dulce soplo del céfiro,
En vuestro cáliz descansa
El amor, y adormecido
Pliega y esconde sus alas.

Perlas os brinda la noche,
Matices robais al alba;
Pero dais miel á la abeja
Y á la atmósfera fragancia.
Y tal vez en lo escondido
De la selva solitaria,
El cielo os mira y sonrie
Y Dios os contempla y hábla.

Vuestro aliento embalsamado
Con la virtud os hermana,
Y en oculta simpatía
Cuya clave el cielo guarda,
La castidad con el lirio
Tiernamente os acompaña,
Y la humilde violeta
Con la modestia se ensalza.
Por eso cuando en el valle
Creceis del mundo olvidadas,
Tal vez el cielo os sonrie
Y Dios os contempla y hábla.

Si careceis de sentido
De libertad y palabra,
¿Cómo sois de mis recuerdos
Centro, cáliz y urna santa?
Porque siempre que mis manos
Del débil tallo os arrancan,
Mi pensamiento os imprime
Voz, lenguaje, vida y alma?
Porque tal vez en la selva
Escondida y solitaria,
El cielo os mira y sonrie
Y Dios os contempla y hábla.

Quien os viera, hermosas flores,
Al amanecer lozanas,
Y por la tarde marchitas,

Sobre el tallo doblegadas,
Mudo escarmiento os creyera
De la vanidad mundana;
Hoy todo esplendor y pompa,
Polvo al fin, ceniza y nada.
Mas en tanto en lo escondido
De la selva solitaria,
Tal vez el cielo os sonrie
Y Dios os contempla y hábla.

Hijas de la primavera,
Ayer fuisteis la esperanza
Y hoy quedais aquí en recuerdo
Al abrigo de mi alma.
Si ya no os moja el rocío,
Si la alondra ya no os canta,
De hoy más recibid mis besos,
Mis suspiros y mis lágrimas;
Que tal vez en vuestro cáliz,
Para que os contemple, guardan
Alguna sonrisa el cielo
Y Dios alguna palabra.

José María Martinez Araúna.

EL HOMBRE.

¡Pobre viajero, que al venir al mundo,
Halla un mundo de penas y de lagrimas!.........
¡Feliz viajero, que al cruzar la tierra,
De paso va por su primer morada!

Federico E. Alatorre.

EN UN ÁLBUM.

Alondra; ¡sé bien venida!
Si del valle donde moras
Llegas doliente y herida,
Aquí descansa y olvida
Los infortunios que lloras.

Posa tranquila tu vuelo
Al amparo de mis lares,
Que flores tiene mi suelo
Y auroras blancas mi cielo
Para aliviar tus pesares.

Descansa, si te han herido
Los cazadores arteros
Allá de donde has venido,
Blando vellón para un nido
Te ofrecerán mis corderos.

Agua tendrás fresca y pura
Para curar tu ala rota,
Que corre por mi llanura
Fuente que dulce murmura
Y limpia y serena brota.

¡Bien venida, ave gentil!
Tú llegaste á mi pradera
Como digna mensajera
De los céfiros de Abril
Que anuncian la Primavera.

Ya no te ausentes, mis flores
Te ofrecen gratos olores,
Los vientos sus armonías
Y celestes melodías
Los más dulces ruiseñores.

Quédate aquí, soberana
A ser de mi suelo amado,
Alondra la más galana;
¡Qué triste fuera mañana
Si te ausentaras mi prado!

Mas ¡ay! cual la Primavera
Eres ave pasajera!
Tu valle aquel te reclama
Que allí quizás quien te ama
Y á quien adoras te espera.

¡Dios quiera, alondra, que el nido,
Que te aguarda con amor,
Tibio, grato y escondido,
Nunca lo arranque el olvido
Ni lo destruya el dolor!

MANUEL M. GONZALEZ.

———

SONETO.

Cual cielo do los astros se apagaron;
Como bosque sin aves y sin flores
Do no juegan los silfos mofadores,
Y sátiros y ninfas olvidaron;

Cual templo do los cánticos cesaron
Y cesaron los himnos vibradores;
Cual lámpara que extingue sus fulgores
Delante del altar do la avivaron;

Cual lago do la náyades no moran,
Y nunca agitan huracán ni brisa:
Así está mi alma, indiferente, inerme......

Acaso alguna vez mis ojos lloran
O pasa por mi labio una sonrisa;
Pero mi corazón olvida y duerme.

1884.

MANUEL PUGA Y ACAL.

Un pajarito que yo tenía
se me escapó
y una muchacha que me quería
se me murió.
Así son todos los que nos quieren,
así son todos, como esos dos!
Unos se escapan y otros se mueren,
y el hombre dice: ¡vaya por Dios!

MANUEL DEL PALACIO.

LA FILOSOFÍA EN LA NUEVA-ESPAÑA.

Los mexicanos, hasta la generación presente, hemos vivido en nuestro suelo, como los modernos egipcios en el antiguo Misraim; extranjeros en nuestra misma patria, ignorantes de nuestras cosas. En presencia de una naturaleza variada é imponente, no acertamos á darnos cuenta de sus misterios; mudos y suspensos quedamos ante ruinas majestuosas, de orígen que ignoramos, de significación que no entendemos; vivimos á oscuras sobre la antigua historia de los habitantes de estas vastas comarcas, cuyos primeros moradores nos son desconocidos, cuyos enlaces etnográficos con los demás pueblos de la gran familia humana, yacen sumidos para nosotros en la noche más tenebrosa. Puédese decir fundadamente, que en nuestra república todo es virgen, todo está por hacer y espera la mano de los nnmerosos artífices del porvenir, que han de emprender la gigantesca obra de formar definitivamente esta nación, y de infundirle vida consciente, que le permita darse cuenta de sus fuerzas ocultas, y ponerse en relación con ese pasado que ignora, haciendo más armónica, comprensiva y completa su misma existencia.

No es menester remontarnos á épocas muy lejanas para encontrar los grandes vacíos de que adolece nuestra historia escrita; basta escoger una época cualquiera, aun cuando sea próxima, para hallar la prueba de esta verdad. No hay que preguntar á las ruinas del Palenque ni á las de Uxmal por las razas que levantaron tan famosos monumentos, que Brasseur de Bourbourg juzgaba ser más antiguos que las pirámides de Menfis; no es preciso interrogar á las pirámides de Teotihuacán, acerca de su fecha y de la mano poderosa que las levantó; ni se necesita buscar en el norte de la América ó fuera de ella, la misteriosa tierra de Aztlán, de donde se derramaron por nuestro territorio las naciones nahuatlacas: basta fijar la atención en los tres siglos del gobierno colonial, para percibir cuán deficientes

son todavía y cuán incompletas las noticias que tenemos de nuestro pasado. La crónica del P. Cavo había sido hasta hace poco, el único rayo de luz que iluminaba la vida de esos tres siglos, amén de otras historias parciales de provincias ú órdenes religiosas, que todavía no se armonizan para producir el resultado de una historia general más seria y completa. En estos últimos años, háse despertado entre nosotros por fortuna, el espíritu de las investigaciones históricas, y han salido á luz obras de relevante mérito, que colocarán muy alto el nombre de la generación actual en el concepto de las venideras. Aparte de la magistral de Orozco y Berra sobre la *Historia de México*, y de la publicación de preciosos documentos inéditos, debida al Sr. García Icazbalceta, tenemos la satisfacción de ver que los autores de la obra monumental llamada *México al través de los siglos*, están realizando por primera vez el pensamiento que parecía impracticable, de formar un cuerpo de nuestra historia patria, desde sus más remotos orígenes hasta nuestros días. Otros notables escritores hanse dedicado á escribir tratados especiales, destinados á poner en claro tales ó cuales asuntos determinados. Así D. Francisco Pimentel, afamado lingüista, acaba de dar á la estampa su *Historia crítica de la literatura mexicana*, libro tan laborioso y lleno de juiciosa erudición como un libro alemán; en tanto que D. Francisco Sosa, prosiguiendo y perfeccionando la empresa de Beristain, bajo forma biográfica ha escrito brillantes trozos de nuestra historia nacional.

El sabio Dr. D. Agustín Rivera ha querido cooperar asímismo á este movimiento en favor de los estudios históricos, publicando recientemente un libro que trata del estado de la *Filosofía en la Nueva España;* asunto fecundo y por demás importante, vena riquísima y no explotada todavía por los escritores de nuestras cosas. Parece increible que entre tantos autores de renombre como ha habido últimamente en la República, ninguno hubiese dedicado á materia tan importante, toda la preferente y exclusiva atención que merece (1); siendo que asuntos de menos trascendencia, han sido expuestos y dilucidados en libros de no escaso estudio y volumen. El autor á que nos referimos, tiene, pues, el mérito de haber sido el primero en poner y abordar una cuestión de tanta magnitud, dedicando á

(1) El Sr. García Icazbalceta ha publicado *La Inrtrucción en México durante el siglo XVI.*

su análisis los generosos esfuerzos de su brillante inteligencia, honra y prez de Jalisco, y toda la buena fé que le reconocen á una amigos y adversarios. Préparado para el efecto con vasta y variada lectura, ha podido disertar sobre el tema propuesto, con pasmosa erudición y con un predominio del asunto, que no es común encontrar entre escritores. Así es como ha producido una obra abundante en todo género de datos y noticias por extremo interesantes, si bien distribuidos y expuestos con alguna falta de método; aunque esto no es de extrañar en dicho libro, pues el Dr. Rivera no ha pretendido escribir una historia atildada y simétrica, conforme á las reglas de la retórica, sino tan sólo una disertación concienzuda y demostrativa, dejando á otros escritores el trabajo de perfeccionar la labor que deja comenzada. Vamos á ocuparnos de este libro, digno por mil títulos de ser leido y estudiado, pues de su lectura resultan enseñanzas de la mayor trascendencia para nuestra sociedad; sintiendo tan sólo que nuestra insuficiencia nos haga presentar un bosquejo y una defensa tal vez demasiado pálidas, de obra tan importante y meritoria.

I.

Bajo el nombre de Filosofía, no comprendemos ahora más que los estudios metafísicos y psíquicos; en tanto que hasta principios del siglo actual, bajo el mismo rubro agrupábanse en ambas Españas, además de las ciencias referidas, las Matemáticas, la Física, la Astronomía y la Medicina. Este sólo enunciado indica hasta donde llegaría la poca claridad con que eran percibidas todas estas ciencias, y lo defectuoso de su estudio. Es verdad que todas las ciencias se relacionan, y que una buena clasificación de ellas—que está por hacer, y que tal vez no se haga nunca—lo pondría de manifiesto, reduciéndolas á la unidad que ahora no tienen; pero también es cierto que, aunque la obra de esta clasificación sea propia de filósofos, la ciencia complexa que de ella resultara, no sería filosofía, sino algo más encumbrado y místico, es á saber, teodicea pura.

Sea de ello lo que fuere, á nosotros lo que nos interesa es aclarar que durante la colonia todos los estudios aludidos eran considerados como filosóficos, no ciertamente por tendencia á la unificación de

los conocimientos humanos; sino por falta de suficientes nociones acerca de cada una de esas materias. El escolasticismo, rebasando sus límites naturales, había invadido todos los órdenes del saber, y, atribuyéndose las virtudes de un talismán mágico, creía poder abrir por sí mismo las puertas de todas las ciencias conocidas. En ese tiempo, además, los aristotélicos eran ya una raza degenerada, y esgrimían las armas de la dialéctica, no con el santo y levantado fin de encontrar la verdad, sino con el ruin propósito de atar, enredar y reducir á la impotencia al adversario. De esta manera, el estudio de la lógica, que debió producir tan buenos frutos dentro de sus límites propios y según sus honradas tendencias, vino á convertirse en azote del entendimiento y enemigo de la verdad, por los vicios de ergotismo, sofisma y superchería que difundió en los espíritus. La lógica, que no es más que un arte que sirve para ayudar á la naturaleza, como todas las artes, habíase alzado con la monarquía del razonamiento, derrocando á la naturaleza de su trono; en lugar de la tendencia espontánea de la razón á la verdad y de la lucha verdadera y legítima de la inteligencia por la luz, fué estableciéndose poco á poco en las aulas, el puro arte sin ideas, el argumento artificioso sin objeto noble en que ejercitarse, una triste parodia del raciocinio, consistente en meras formas huecas y de relumbrón, sin cuerpo ni sustancia.

De esta manera, la juventud que cursaba los seminarios y las universidades, aprendía ante todo, las frivolidades de estas escaramuzas peripatéticas, y quedaba por lo general, tan vacía de ciencia verdadera, como atiborrada de vanidad y de petulancia. Si alguna vez salía de esos planteles algún docto verdadero de prosapia legítima, era tan sólo porque la excelencia de su ingenio le hacía sortear como por instinto los escollos de su enseñanza; empero por regla general, lo que producían esos establecimientos en abundancia eran doctores soberbísimos y huecos, y ante todo, pedantes. El tiempo en que privó el ergotismo, fué la época clásica de la pedantería; pedantería de escuela, pedantería de púlpito, pedantería de trato social. Aquellos llamados sabios que veían con desdén al género humano, fundaban todo su saber en el uso del silogismo, y en los bárbaros latinajos de que salpicaban las más triviales conversaciones.

Perdían el tiempo los estudiantes en las aulas en ponerse tram-

pas latinas y en forma silogística para hacerse incidir en el absurdo los unos á los otros: no había en aquella dichosa época, goce más grande para un cursante de filosofía, que mirar á su adversario caer en la enmarañada asechanza que le tendiera, teniendo que admitir una consecuencia falsa y ridícula, deducida de premisas concedidas por él mismo. Vayan por ejemplo estos silogismos extravagantes: *Mus est vox monosyllaba; sed vox monosyllaba non rodit caseum; ergo mus non rodit caseum.* (Ratón es voz monosilábica; es así que la voz manosilábica no roe el queso; luego el ratón no roe el queso).—*Quod non perdidisti habes; sed cornua non perdidisti; ergo cornua habes.* (Tienes lo que no has perdido; es así que nos has perdido los cuernos; luego tienes cuernos). En vista de los anteriores ejemplos, no es posible desconocer la importancia de tan hermosa dialéctica.

Hijos genuinos de los seminarios, los predicadores salían de las aulas á ocupar el púlpito, y allí era donde alcanzaban su mayor gloria. Ignorantes del idioma español, atestados de citas latinas, agenos á toda regla de belleza que servirles pudiera para el fondo ó para la forma del discurso, no hacían otra cosa mientras ocupaban la cátedra, más que ensartar eutímemas y sorites y sentar proposiciones y sacar consecuencias, salpicando la peroración con frases latinas; todo esto en una jerga tal, que la mayor parte del auditorio se quedaba en ayunas del significado de cuanto había oído. Esto movió al ilustre P. Isla á publicar su célebre *Fray Gerundio de Campazas*, obra benemérita, que obligó á los predicadores á reformar su elocuencia, y tendió á limpiar de ergotismos, insulseces y logogrifos la cátedra sagrada.

El vicio de argumentar se había hecho tan general, que aun en las conversaciones de familia, procuraban los seminaristas hacer ostentación de su destreza, dejando boquiabiertos á los que no habían hecho estudios. Algunas veces, no obstante, el sofista salía derrotado con sus propias armas, cuando se encontraba frente á algún competidor dotado de buen sentido natural. Corrieron á este propósito multitud de anédoctas entre los estudiantes de principios del siglo, las cuales no eran más que tradiciones de la edad de oro del silogismo. Referíase, por ejemplo, que hallándose un seminarista de vacaciones en su pueblo, y en casa de sus padres, que eran muy pobres, un día, á la hora de comer, no había en la mesa más que

dos huevos, repartibles entre él, su padre y su madre. Parecióle buena al mancebo aquella coyuntura para ostentar su habilidad silogística, y dijo á sus padres:

—Voy á demostrar á ustedes que hay aquí tres huevos.

Los pobres viejos se quedaron atónitos.

—¿Donde hay dos hay uno? les preguntó con imperio.

—Sí, le contestaron ellos.

—¿Dos y uno son tres?

—Sí, volvieron á contestar.

—Luego donde hay dos hay tres, concluyó el muchacho triunfante.

Los viejos quedaron confusos; pero luego el padre, que era muy socarrón, repuso sonriendo:

—Bien, hijo: queda demostrado que hay tres huevos. Tu madre y yo tomamos estos dos y te dejamos el tercero.

He aquí una nueva victoria de Sancho sobre D. Quijote!

La presente generación, educada todavía en los seminarios tradicionales, puede dar testimonio de la verdad de estas observaciones. La antigua enseñanza peripatética resistió las sacudidas de la independencia, y continuó imperando en los colegios de instrucción secundaria hasta hace poco, si nó es que todavía aliente tenaz y vergonzante, en algunos seminarios contemporaneos.

El silogismo, bueno como crisol del discurso; el latín, excelente como lengua sabia y clave de la antigüedad; y la dialéctica, inmejorable como gimnástica intelectual, no deben servir sino como fundamento de la enseñanza. La inteligencia no está hecha para inmovilizarse sobre su armazón descarnada. La razón del hombre ilustrado no debe vivir dentro de formas argumenticias determinadas, ni es bueno malgastar el ingenio en sutilezas y frivolidades indignas de gente seria. La vida intelectual no puede reducirse á tan estrechos moldes sin atrofiarse; respirando la atmósfera mal sana de un escolasticismo recalcitrante, el pensamiento pierde su energía, malgasta sus aptitudes científicas, y todo el saber viene á convertise en una rutina convencional que no deja esperanza de progreso.

II.

De muchas maneras puede demostrarse el atraso de la filosofía en la Nueva España. El primer medio lo suministra la historia de la misma metropoli. España, durante los siglos de su dominación en el Nuevo Mundo, estuvo lejos de figurar en primera línea en las ciencias filosóficas. La Teología, el Derecho, las letras y las artes florecieron de un modo maravilloso en su seno durante todo ese tiempo; pero careció de filósofos de empuje que hiciesen avanzar la ciencia, ó que la generalizaran. Bajo el absolutismo religioso-político de la casa de Austria, todas las tendencias del Estado se concentraron en las cosas teológicas; la política se hizo inquisitorial, las guerras tuvieron por motivo la defensa de la fé, las conquistas fueron de propaganda, la literatura se hizo piadosa; y hasta las mismas artes se impregnaron de un carácter místico evidente. La Filosofía, que no es más que un elemento de la Teología, convirtióse en Teología pura, y no hubo más filosofía en España, que la de Santo Tomás, excelente sin duda alguna; pero adscrita únicamente á los estudios teológicos: buena para los aspirantes á sacerdotes, pero no para la juventud en general, al menos bajo la forma en que se le enseñaba en los seminarios. "Es innegable, dice el cardenal Fray Zeferino Gonzalez (1), que el movimiento filosófico realizado en la península ibérica, no puede ponerse en parangón con el movimiento teológico, que comunica especial brillo á la historia eclesiástica de España. Cualquiera que sea la opinión que se adopte sobre la importancia absoluta ó relativa de la filosofía española, siempre será preciso reconocer que esta importancia es muy inferior á la de la teología española."

La vida casi monástica impresa á España por los monarcas austriacos, siguió su curso hasta después de extinguida esa dinastía con el mísero Carlos el Hechizado; la vemos manifestarse todavía en el siglo XVIII, á pesar del advenimiento de los Borbones, generalmente más ilustrados. Testigo de ello es el famoso benedictino Feyjóo, quien parece haber llevado por destino providencial á su

(1) *Biblioteca de teólogos españoles,* citado por el Dr. Rivera.

patria, el de flagelar á los falsos sabios de su época, sacando á la luz pública sus miserias, poniendo en la picota su fatuidad, y demostrando cuán rezagada había quedado la península ibérica en los estudios científicos, respecto de la mayor parte de la naciones europeas. Leyendo sus *Cartas Críticas*, encuéntrase pintado de mano maestra el triste cuadro que presentaba la metrópoli en esa época, en materia de estudio filosóficos, matemáticos y físicos: allí se ve que los ingleses, franceses, italiános, rusos, suecos y dinamarqueses habían adelantado con respecto á dicho país de tal manera, que en España no había ni noticias de sus progresos é inventos.

En los estudios filosóficos, dedicábase una gran parte del tiempo al de las súmulas y cartapacios de los maestros "que no producían más resultado que fatigar á los principiantes é introducir un lenguaje de algarabía en las escuelas, de manera que muchos de los estudiantes, no sabiendo más que estas fruslerías, reducían á ellas sus argumentos y enredaban y alucinaban á los que no estaban al tanto de tales bagatelas. El *ente de razón* ocupaba muy seriamente la atención de los filósofos, quienes se empeñaban en averiguar cuales habían sido sus progenitores, nacimiento, educación y travesuras (1)."

Todavía en tiempo de Feyjóo, el *Gran Arte* de Raymundo Lulio tenía ardientes partidarios en España, en oposición á la filosofía de Bacon, que trataban de introducir los hombres ilustrados. Al *Novum Organum* del célebre canciller de Inglaterra, el vulgo de sabios de la península oponía el *Ars generalis sive magna quorumque artium et scientiarum assecutrix et clavigera* del mágico y astrólogo mallorquín, á quien llamaban Doctor Iluminado. ¡Qué podía, pues, enseñar á sus colonias la madre patria que estaba como encantada entre súmulas, cartapacios, entes de razón y *artes magnas* de astrólogos!

Es una verdad que no puede negarse sin ingratitud, que España dió á sus colonias cuanto pudo en materia de ilustración; pero esto no significa que las haya obsequiado con mucho bueno en todos los órdenes, porque había adelantos que no podía comunicarles, por no disfrutarlos ella misma. Tal puede decirse de la Filosofía. Extraviado su estudio en la metrópoli, extravióse también en sus depen-

(1) Feyjóo, *Cartas críticas.*

dencias, quedando así condenado á atraso irremisible en uno y otro hemisferio hispánico.

Parece, por otra parte, que el ingenio español no es á propósito para la Filosofía: la naturaleza inclínalo por otros senderos donde se muestra deslumbrador y valeroso, pero no por este. La historia de la Filofía lo demuestra: en tanto que Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y hasta Suiza han tenido filósofos de nombradía, que han formado escuela y han conmovido el mundo con la profundidad de sus pensamientos; obsérvase en la nación ibérica desconsoladora penuria de genios de esta especie. El más notable de sus filósofos en la antigüedad fué el famoso Séneca, grande sin duda alguna, pero de segunda ó tercera fila con todo. San Isidoro de Sevilla brilló más en los concilios y en sus disputas con el obispo de Céfalos, que en la enseñanza filosófica. La Edad Media pasa en España sin filósofos notables. El médico aragonés Miguel Servet fué un teólogo heterodoxo; sus obras tuvieron por principal objeto combatir las ideas de Calvino. Balmes es el primer filósofo de nombre universal que haya tenido España en la edad moderna, y, con todo, no pasaría de ser uno de tantos en otra nación de Europa mejor dotada para la Filosofía. En Francia no habría pasado de ser como Cousin ó como Janet. Donoso Cortés es ante todo un hombre político, si bien político-religioso. En la última época han brillado Sanz del Rio y D. Francisco de Paula Canalejas; pero su fama apenas ha pasado los límites de la península. Discípulos de los filósofos alemanes, de Hegel y Krause principalmente, han sido los abstrusos expositores de las ideas de estos maestros, más bien que maestros por sí mismos. El mundo no conoce en estos momentos ninguna celebridad española en materia de Filosofía, aparte del cardenal González, cuyas enseñanzas tomísticas gozan de mayor crédito en los capítulos y seminarios que en los demás círculos sociales.

Es visible la tendencia de la filosofía española actual á germanizarse. El espíritu español exponiendo la filosofía alemana, es una recrudescencia de tinieblas. Los alemanes son de por sí enigmáticos, confusos, minuciosos, sutiles; los españoles germanizados agravan estos defectos cubriéndolos con la pesada capa de su sequedad y dureza de raza. Giner de los Rios y D. Gumersindo de Azcárate traduciendo, anotando ó explicando á Krause ó Arhens producen jaqueca. Toman los filósofos peninsulares del estilo germánico, la

oscuridad y no la trascendencia, y se parecen á sus modelos tan sólo en sus defectos. Y es quizás porque el pueblo español carece de vocación para la Filosofía; así se explica que sus esfuerzos por figurar y encumbrarse en esta línea, produzcan resultados tan medianos. ¿Para qué violentar á la naturaleza, cuando se puede ser y se ha sido grande en tantas otras esferas científicas y artísticas?

Obsérvase en la República asimismo, que hay poca aptitud para sobresalir en asuntos filosóficos, ya sea porque la naturaleza haya conformado deficientemente en este punto al pueblo mexicano, ya porque la escasa afición á esos estudios nos haya sido trasmitida por la educación colonial. Lo cierto es que aquí, donde ha habido insignes teólogos, juristas, matemáticos, naturalistas, médicos, historiadores y poetas, no ha habido hasta hoy un filósofo cuyo nombre haya pasado las fronteras del país. Nuestras celebridades en esta línea han sido enteramente nacionales, ó tal vez locales, debiendo su aura pasajera, á la novedad de un sistema desconocido ó al aplauso preconcebido de los sectarios de tales y cuales doctrinas.

Pero me distraigo del objeto que venía tratando. Las consideraciones antecedentes, paréceme que demuestran el atraso de España en la Filosofía, ora proveniente de la decadencia especial de su civilización en una época determinada, ora de causas generales nacidas de la índole particular de sus inclinaciones intelectuales. De tales premisas dedúcese la consecuencia á que antes me he referido, á saber, que en la Nueva España no florecieron tampoco los estudios puramente filosóficos. Hijos de España, secuestrados al trato del mundo por el régimen colonial, no pudieron ser los americanos sino lo que quisieron y pudieron sus dominadores; la Nueva España fué como un reflejo y un eco de la madre patria: lo que allá brilló, tuvo aquí también lucimiento, lo que allá alcanzó resonancia y aplauso, también aquí fué sonado y aplaudido.

Tan palmaria verdad, no puede dar motivo, empero, para echar en cara á España los escasos adelantos de la colonia en Filosofía. La metrópoli cumplió á su modo su misión civilizadora, trasmitiendo todas las luces de que disponía á sus provincias americanas. No es en esta materia, sin duda alguna, donde puede encontrarse un semillero de cargos y reproches contra España; pues consta de la historia, que uno de sus principales desvelos, aun á raiz de la conquista, se fundó en la ilustración de estas llamadas Indias. España

es responsable ante la historia, del pésimo sistema colonial que desarrolló en el Nuevo Mundo.

III.

La misma tésis del Dr. Rivera respecto al atraso de la Nueva España en Filosofía, compruébase también de un modo directo por lo que expresan notables escritores y documentos de fines del siglo pasado y principios de éste, é indirectamente por datos que suministran los historiadores y críticos de esa época ó posteriores. Pruébalo el testimonio del Dean de la catedral de México, Dr. D. José Mariano Beristain y Souza, quien escribiendo las biografías de los mexicanos distinguidos, dejó consignados en su Biblioteca, datos bastante significativos acerca de la triste verdad de que nos venimos ocupando. Citemos algunos.—El jesuita Campoy fué famoso entre otras cosas, porque al decir de su maestro el obispo de Michocán, *llegó á lo sumo del peripatismo;* y esto á la mitad del siglo XVIII! —Poco antes de que Campoy se hubiese elevado á esas alturas, el P. D. Gregorio Vazquez de Puga, famoso catedrático de Filosofía en Puebla y México, había escrito una obra de dicha ciencia según el gusto peripatético, la que fué mandada imprimir á Lyon de Francia; pero no llegó á darse á la estampa, porque lo que era considerado como óptimo en Nueva España, era ya caduco y desautorizado en Europa.—El P. Vallarta, prefecto de estudios del colegio de S. Ildefonso ,fué excelente humanista, y formidable argumentista; floreció en el segundo tercio del siglo XVIII y resistió tenazmente la reforma de los estudios, fundado en el veneno oculto que encerraban los libros modernos.—El ilustre Clavijero elevóse á grande altura en los conocimientos, porque subretieiamente leyó á Descartes, Leibnitz, Newton, y otros insignes autores entredichos en las escuelas; á no haberlos leído, no habría pasado probablemente de ser un terrible argumentador peripatético.

D. José Antonio Alzate flagela rudamente en su *Gaceta de Literatura* á los filósofos mexicanos de su tiempo. Según él, hasta el año 1786 se acabó en México la enseñanza de la Filosofía por los libros aristotélicos, y se adoptaron por órden del virrey, las instituciones del sabio Jacquier, reforma que, "anunció una ráfaga

de luz que disiparía las densas tinieblas que antes ofuscaban el juicio de los jóvenes destinados á instruirse en la Filosofía." En la *Gaceta* de 7 de Setiembre de 1790, dice el mismo Alzate: "*Usque quo?* ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo......... rasgaréis ese oscuro velo que cubre vuestros ojos y os impide ver la brillante luz del medio día?........ ¿Hasta cuándo, aristotélicos? ¿Hasta cuándo abandonaréis esa inútil gerigonza con que bajo el pretexto de enseñar á los jóvenes los recónditos misterios de la naturaleza, les enseñais, si no los más perniciosos errores, á lo menos los más extravagantes sueños y delirios de vuestra imaginación?"

Vengamos ahora al testimonio que nos han dejado las constituciones de las Universidades de México y de Guadalajara sobre este particular, tocando tan fecunda materia sólo de paso, por no permitir mayor detención la índole de este trabajo.

La de la Universidad de México rigió los siglos XVII y XVIII. Para recibir, conforme á ella, el grado de bachiller en Filosofía, necesítabase sustentar en acto público, las doctrinas no sólo de Aristóteles, sino también de Porfirio, filósofo cristiano del siglo III de nuestra era. Esta circunstancia basta para dar una idea del estado que guardaban tales estudios en el docto establecimiento. Adoptar por texto á Porfirio, después de haber escrito Bacon, Descartes y Leibnitz sobre estas materias, aprovechando los tesoros de la antigüedad y haciendo avanzar la ciencia, no se explica sino por razón de ignorancia ó de insensato sistema de repeler todo lo moderno.—Buena habría sido la enseñanza de Aristóteles, si se hubiese apelado á los textos legítimos del Estagirita; pero desgraciadamente la filosofía aristotélica estaba ya mutilada, desfigurada y afeada. Monges expositores de la Edad Media, que llevaban su mismo nombre, la desprestigiaron; la ignorancia de los tiempos hizo tomar por doctrinas del filósofo griego, las que no eran más que enseñanzas de esos monges semibárbaros, hijos de mahometanos. De aquí nacieron el falso aristotelismo y el falso peripatismo, que reinaron soberanamente en Europa y América durante tan largo tiempo.

En la Universidad de Guadalajara, para examinarse en Artes (Filosofía), necesitaba el aspirante disertar sobre los *Predicamentos* de Porfirio, y sobre otras cosas del mismo jaez, amén de estar obligado á sostener otras doctrinas físicas y metafísicas de Aristóteles.

Esto por lo que hace á la Lógica y á la Metafísica; por lo que res-

pecta á los estudios físicos, comprendidos entonces en la Filosofía, no hay ni que decir. La ignorancia era supina. Con observar que, á pesar de que Aristóteles vivió en el siglo cuarto antes de Jesucristo, servía su física de texto en los colegios de Nueva España hasta fines del siglo pasado, basta para dar idea aproximada del estado de atraso en que se hallaba esta enseñanza. Lo que se llamaba física en aquellos buenos tiempos y en esos planteles, no era física, sino metafísica inútil y enmarañada; era sutileza pura, mezclada á nombres de cosas corporeas. Así, pues, según el testimonio de Alzate, en el curso llamado de física, se dilucidaban cuestiones de este linage: *¿Tiene la materia acto entitativo? ¿puede existir sin la forma? ¿la apetece? ¿únense la materia y la forma por sus mismas entidades? ¿pueden juntarse dos formas en una misma materia?*—Esta jerga era el lenguaje científico de aquellos tiempos; á tales disquiciones bizantinas se daba el enfático nombre de *física peripatética*, y tal vez tomística.

Cuando los espíritus descienden á esas bagatelas filosóficas, dan elocuente señal de la decadencia de la escuela á que pertenecen. En las épocas de transición, cuando un órden de cosas gastado y en disolución toca á su término, obsérvanse estos fenómenos psicológicos; los sectarios de los antiguos sistemas, dan en ser pueriles, como los viejos llegados á la decrepitud.

Así pasó también, aunque en más vasta escala, cuando el mundo antiguo tocaba á la época de su destrucción, para dar nacimiento al mundo moderno. La filosofía se había hecho pedestre, insignificante, trivial; la mayor parte de los filósofos habían convertido la ciencia en arte de sutilezas y torneo espiritual de sandias frivolidades. La ostentación filósofica había invadido hasta los comedores de las casas; en lugar de distraer su imaginación los comensales con conversaciones amenas, entregábanse á discusiones tan alambicadas como inútiles, autorizados por la presencia de algún filósofo de profesión, que daba el tono á la comedia científica. Según refiere Plutarco, los asuntos que se trataban á la hora de comer, eran al estilo de los siguientes: *¿Por qué se lavan mejor las telas en la agua dulce que en la del mar? ¿por qué se corrompen más pronto las carnes expuestas á los rayos de la luna que á los del sol? ¿por qué es más tierna la carne de los corderos mordidos por el lobo? ¿por qué parece que las trufas son producidas por el rayo? ¿por qué razón ocupa la a*

el primer lugar en el alfabeto? ¿son las estrellas en número par ó impar? ¿qué significado tiene en Platón la palabra cerasbolus? (1)

Semejantes á estas inepcias filosóficas, eran los principios de física peripatética que se enseñaban en nuestros colegios.

Todos los historiadores están contestes en afirmar que los jesuitas fueron los que establecieron en la Nueva España una enseñanza más levantada. "Los jesuitas, que llegaron á México en 1572, fundaron, según su instituto, colegios en varias ciudades principales en que se establecieron, y más tarde se abrieron en las capitales de los obispados, los seminarios, en virtud de lo mandado por el concilio de Trento. Pero en los colegios de la compañía fué donde se dió mayor extensión á la enseñanza...... La expulsión de los religiosos de esta orden en 1767, causó un atraso muy considerable en la instrucción (2)." A pesar de esto, consta que la enseñanza de la física poco antes de la expulsión de la compañía, era sumamente defectuosa en los planteles que le pertenecían. El Dr. Rivera lo comprueba con la inserción del programa de un acto público de toda filosofía, en el colegio de Santo Tomás, perteneciente á los jesuitas, verificado en la capital de la N. Galicia en 1764. En este precioso documento se ve que el estudiante se examinaba de todo, menos de física, pues en el programa no se registran ni la palabra *luz* ni la palabra *calórico*, sin las que no se concibe el estudio de esa ciencia. Fácil es comprender el grado de atraso en que se hallaría esta enseñanza en la colonia, cuando los profesores más ilustrados la enseñaban tan mal.

Otro documento importante—el progama de un acto de filosofía en el Seminario de Guadalajara en 1798—contiene las proposiciones siguientes: "El frio, de parte del cuerpo frío, consiste en la ausencia ó quietud de las partículas de fuego, determinada por ciertas partículas nitrosas y principalmente salinas.—La materia del relámpago, la del trueno y la del rayo son las exhalaciones de azufre, las del nitro, las mezcladas de betún y otras semejantes.—La razón suficiente de la aurora boreal se puede tomar de las exhalaciones de nitro, las de azufre y las mezcladas de betún, amontonadas, por cierta razón especial, en la temperatura de la región del norte; al cual fenómeno ayudan no poco las nieves y el hielo.—No todos los

(1) Plutarco, "Asuntos de mesa."

(2) Alamán, *Historia de México*, Parte 1.ª libro 1.º

cometas tienen por origen las exhalaciones quemadas en lo más alto del aire."—Tan peregrino programa, anunciaba también, que el alumno expondría los sistemas hipotéticos de Tolomeo, Tico Brahe y Copérnico, *sin seguir ninguno.* ¡Bien hacían, á fé, en no seguir ninguno de estos sistemas tan precavidos profesores para no exponerse á manchar su sabiduría! Como se ve, el bagaje físico-científico del seminario, se componía en aquella época, de nitro, azufre y betún, ó bien de azufre, betún y nitro, ó bien de betún, nitro y azufre.

IV.

El atraso de la Nueva España en los estudios propiamente filosóficos, aparece asimismo, indirectamente comprobado, por el significativo silencio de historiadores y críticos á este respecto.

El barón de Humboldt, al tratar de la civilización de la Nueva España en 1803, habla de los progresos que halló en México en los estudios matemáticos, químicos, botánicos y de mineralogía (1); y no tiene ni una palabra de elogio para los estudios filosóficos, lo que indica que no los encontró dignos de loa, porque observador tan perspicaz y concienzudo como él, no hubiera dejado pasar inadvertido un punto tan importante como este, á haberlo hallado digno de mención.

Alamán, á pesar de su parcialidad reconocida en favor del régimen colonial, es algo más explícito en este punto. Según él, "aunque no podía decirse que la clase española, comprendiendo en esta expresión tanto á los nacidos en España como en América, *fuese la clase ilustrada;* sí podía asegurarse que toda la ilustración que había en el país, estaba exclusivamente en ella. De los europeos, los que venían con empleos en la magistratura y en el clero, tenían la instrucción propia de sus profesiones, sin exceder sino rara vez de los límites que prescribía el ejercicio de estas, y lo mismo sucedía entre los oficinistas; los que venían á hacer fortuna no tenían instrucción alguna y adquirían á fuerza de práctica, la necesaria para el comercio, las minas y la labranza. Entre los americanos había más y más profundos conocimientos...... Sin embargo, esta instrucción casi

(1) Ensayo sobre la Nueva España, tomo 1.° cap. VII.

estaba reducida á las materias del foro y eclesiásticas, y se limitaba á México y á las capitales de los obispados en que había colegios...... Reducidos, pues, los estudios á la filosofía como estudio preparatorio; á la teología, leyes y medicina, esta última poco apreciada; se dedicaban á ellos los que los consideraban como una carrera lucrativa, mas la gente acomodada no veía necesidad de instruirse......; sólo algunos pocos individuos aplicados, adquirían instrucción en la historia y otros ramos *en virtud de lectura y estudios privados que se dificultaban por la escasez y alto precio de los libros*, y aunque en las facultades que se enseñaban hubiese habido hombres muy distinguidos...... *en general era grande la ignorancia* en materias politicas, y aun en la geografía y otras ciencias elementales (1)."

Se ve, pues, que la ignorancia era grande en la Nueva España, hasta en las ciencias más elementales como la geografía, y que los pocos estudiosos que lograban adquirir buena instrucción, debíanlo á lecturas y estudios privados; y que aun esta ilustración privada era difícil, porque había pocos libros, y eran muy caros. Ahora bien, como sin buenos libros no puede haber buenos estudios, la escasez de estos comprueba la poca ilustración del país.

El texto trascrito de Alamán, llévanos naturalmente á ocuparnos de otra cuestión importante; á saber, por qué razón, á pesar de todo lo dicho, hubo mexicanos tan ilustrados al finalizar el siglo XVIII, como Sigüenza y Góngora, Alzate, Velazquez, Gama y Clavijero.

La respuesta es muy sencilla. La ilustración de estas celebridades nacionales, débese por una parte á esfuerzos enteramente particulares, y por otra, á la relajación de los vínculos coloniales, que comenzó á experimentarse ya desde mediados del pasado siglo.—D. Carlos de Sigüenza y Góngora, admirado por Luis XIV, desconoció la filosofía peripatética, profesó la cartesiana é hizo sus estudios morales y políticos en Méxíco, dirigido á lo que es de suponer, por su padre mismo (2).—Velázquez de Leon debió sus conocimientos en los idiomas y geroglíficos indígenas al indio Asensio. En el seminario de México no halló ni profesores, ni libros, ni instrumentos. Por casualidad llegaron á sus manos las obras de Newton y Bacon,

(1) Alamán, *Historia de Mexico*, tomo 1.° parte 1.ª cap. 1.°

(2) *Biografías de mexicanos distinguidos* por D. Francisco Sosa, artículo "Carlos de Sigüenza y Góngora."

y estas le inspiraron el gusto por la astronomía, y lo iniciaron en los verdaderos métodos filosóficos (1).—D. José A. Alzate debió, según parece, su vasto saber, que le granjeó ser socio corresponsal de la Academia de ciencias de Paris, á estudios privados, pues nunca ha podido decir ninguno de sus biógrafos, en qué colegio los hizo (2).—D. Antonio de Leon y Gama, encomiado por La-Lande, aunque hizo sus primeros estudios en el colegio de San Ildefonso, se formó por sí mismo, con la lectura de Newton, Woblio y otros celebrados autores extranjeros (3).—El famoso historiador D. Francisco Javier Clavijero, debió su ilustración á la lectura clandestina de Descartes, Leibnitz y Newton (4).

Nos llevaría demasiado lejos el seguir haciendo la lista de los hijos de la colonia que por ese tiempo se hicieron notables por iguales medios; parécenos que bastan los nombres citados para comprobar nuestra tesis.

Obsérvase, pues, que coincide el despertar de las inteligencias mexicanas, con la llegada de buenos libros á la Nueva España. Lo que estos hicieron, el progreso que imprimieron en los espíritus, no es obra del gobierno español; mal hariamos con imputarlo á la enseñanza oficial establecida en la colonia. Por el contrario, llevóse á efecto ese adelanto, contra la voluntad del gobierno metropolitano, burlando su vigilancia y merced al contrabando.

España procuró asegurar para sí sus colonias de América, y á efecto de conservalas y de explotarlas tranquilamente, dictó medidas funestas para el progreso de las naciones americanas; entre otras la de prohibir la entrada en ellas de todo europeo que no hubiese nacido en la península, y la de reservarse para sí sola todo su comercio. La falta de trato con los demás extranjeros, hizo que la masa de nuestro pueblo se mantuviese sumida en una ignorancia tal, que no comprendía á principios de este siglo, que hubiese individuos de otras nacionalidades que no hablasen el español (5); y como los peninsulares que venían al país, eran casi todos ignorantes, según el testimonio de Alamán, poco ó nada podían enseñar á este pueblo.

(1) Sosa, obra citada, artículo relativo y Humboldt, *Ensayo crítico*.
(2) Sosa, id. id.
(3) Sosa, id. id.
(4) Sosa, id. id.
(5) Humboldt. Ensayo crítico de la Nueva España, tomo 1.° cap. VIII.

El absurdo sistema comercial empleado en América, fué asimismo, de perniciosos resultados. Quiso España monopolizar el comercio de sus provincias indianas; pero con espíritu tan estrecho, que no sólo impedía el comercio extranjero, sino que ni siquiera permitía á todos sus nacionales traficar con ellas, ni por todos los puertos de la península. Fué necesario que se debilitase el poder marítimo de la metrópoli con la destrucción de la *invencible armada*, y que se desarrollase el de Inglaterra, Francia y Holanda, para que disminuyesen sus rigores prohibitivos á este respecto. Después de la paz de Utrecht, obtuvieron los ingleses la triste concesión de surtir de esclavos á la América española. Al abrigo de tal permiso, entregáronse numerosos navíos de Europa, y principalmente ingleses, á hacer el contrabando con las colonias. Este contrabando, sostenido imperiosamente por el gobierno de Londres, trajo la ruina del antiguo sistema mercantil español, é inició la regeneración de los pueblos americanos. "El contrabandista—dice Senior—es un reformador radical y juicioso; por desgracia no puede ejercer su industria sobre objetos de escaso volumen; pero en el círculo en que obra, escoge siempre de preferencia aquellos cuya privación es más sensible á la sociedad. En los países donde el sistema prohibitivo ha sido llevado hasta el extremo, el contrabandista es indispensable al bienestar de toda la nación (1)."

Aunque parezcan un tanto exageradas las palabras de Senior, la verdad es que en la Nueva España hicieron mucho beneficio los contrabandistas. Para no hablar de otras cosas, observarémos tan sólo, que ellos fueron los que trajeron al país, los libros de Bacon, Descartes, Leibnitz y Newton, que produjeron tan grande y favorable revolución en las inteligencias indianas; libros anatematizados tanto aquí como en la península, por temor á la impiedad y aversión sistemática á todo lo nuevo.

V.

¿Es antipatriótico pintar con fidelidad el estado de atraso en que se hallaba nuestra patria bajo la dominación española? Sería poco

(1) Leroy-Beaulieu. *La colonisation chez les peuples modernes.*—La colonisation espagnole.

cuerdo afirmarlo. La historia no se pica de patriótica; es verdadera é inflexible; reproduce los sucesos y no se cura de que agrade ú ofenda su relato. ¿Es traidor Tácito porque trazó con mano indignada el triste cuadro de la decadencia de Roma? ¿Es traidor Suetonio por haber escrito la historia de *Los doce Césares*? Locura fuera decirlo; es el historiador á modo de fotógrafo de hechos; impasible los reproduce, sean gratos ó ingratos al pueblo á que pertenecen.

Hemos oido decir, empero, que hay quien tache el libro del Dr. Rivera de hostil á los mexicanos; cosa que á la verdad, no comprendemos, pues no hallamos en él nada que lo justifique; tanto más, cuanto que la enseñanza científica á que alude el autor de tan notable trabajo, no es la mexicana, sino la que impartía la madre España á esta colonia.

Tampoco es cierto, á Dios gracias, que la verdad esté reñida con el patriotismo. ¿O hemos de sostener que el tipo azteca es más bello que el caucásico, y que México es más populoso que Londres, para parecer patriotas? En tal caso, sería preciso renegar de ese patriotismo, que nos conduciría á la monstruosidad y á la ridiculez.

El libro del Sr. Rivera es muy notable, y prueba sobradamente la tesis que se propone desarrollar. Después de leerlo, fórmase en el fondo del espíritu, la conciencia íntima de haber sido lamentable el atraso que guardaban las ciencias filosóficas en nuestro país, bajo el gobierno español. Sean cuales sean los esfuerzos que se hagan para demostrar lo contrario, jamás se logrará destruir la profunda convicción que á este respecto deja la lectura de la obra.

Seanos lícito felicitar al sabio laguense por haberla producido, y exhortarlo á que siga escribiendo obras tan eruditas é importantes como ésta. No se desaliente por la contradicción; nunca dejan de sufrirla los hombres de mérito verdadero.

Una observación antes de concluir. El libro del Sr. Rivera envuelve una gran enseñanza. Al pintar el abatimiento científico de nuestro país bajo el restrictivo gobierno de los virreyes, enséñanos que ningún pueblo puede ser grande en el aislamiento; que la sociabilidad es ley divina para los individuos y para las naciones, y que de la mezcla de las razas y del choque de las ideas, nacen el progreso de la humanidad y la grandeza de las repúblicas.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

BARCAROLA.

A Fritz Kunhardt.

Ohé! los tripulantes del barco de la vida,
que navegáis cantando dulcísima canción!
bogad sin desconfianza: la mar está dormida
y en ignorada gruta dormido el aquilón.

¿A dónde vais? ¿qué playa tras el azul se esconde
que burla vuestro eterno, indómito anhelar?
¿Cuál es vuestro camino? ¿á dónde vais? ¿á dónde
os lleva el oleaje voluble de la mar?

¿Qué os dice la esperanza, la nítida gaviota
que del erguido mástil revuela en derredor?
¿Os habla, tripulantes, de la ribera ignota,
de la riente y bella ribera del amor?......

Sois jóvenes vosotros, seguid el derrotero;
bogad, las brisas vienen la vela á acariciar;
mas yo, seguir el viaje, amigos, ya no quiero:
me faltan ya las fuerzas y anhelo descansar.

También hacia esa playa mis ojos se tornaron,
mas ay! seguir no pudo su rumbo mi bajel:
los fieros aquilones su gruta abandonaron,
y, para destrozarlo, lanzáronse sobre él.

Dejadme en ese islote salvaje, en donde habita,
vestida de crespones, la musa del dolor:
contra él el océano en vano precipita
sus ondas vengativas que rugen de furor.

Esperaré llorando:—¡la espera será breve!—
la barca misteriosa muy pronto llegará!
Esperaré que venga, que venga y que me lleve
la barca de la muerte, que me recojerá!

Dejadme en ese islote; ahí sufriré á solas;
dejadme, que ya tengo enfermo el corazón.......
Ohé! seguid cantando alegres barcarolas:
la mar está dormida, dormido el aquilón!

1887.

MANUEL PUGA Y ACAL.



Sí, yo he visto también á esa ave negra,
al cuervo de Edgar Poë!
mas no llamó con su ala á la cerrada
vidriera del balcón,
ni de la diosa Palas sobre el busto,
siniestra se posó:
entró hasta el fondo de mi propio pecho,
satánica, feroz,
sus garras implacables día y noche
hinca en mi corazón,
y está siempre, sin tregua ni descanso,
diciendo: *¡Never more!*

BRUMMEL.

A UNA ARTISTA.

Ya pisaste la senda cubierta de abrojos;
Ya la luz que fascina deslumbra tus ojos
Y anhelas la gloria, la gloria es tu amor;
Ya en vano quisieras tornar á la vida
Del ser que atraviesa por ruta escondida
El mundo, sin sueños de ardiente ambición.

Ya tus labios la copa del triunfo tocaron,
Ya las musas del arte tu frente besaron
Y sientes la dulce terrible embriaguez;
Ya inquieta tu alma, levanta su vuelo
Buscando lo grande, buscando ese cielo
Do van los que sueñan, la dicha á beber.

Yo bien sé lo que busca tu mente inspirada,
Yo conozco el encanto que tiene esa hada
Que cerca, muy cerca llamándote está:
Lo que sientes, es ansia de glorias y honores,
Una ansia insaciable de lauros y flores,
El ansia que nunca se extingue...... ¡jamás!

Ya es vano que quieras dejar esa senda,
Ya es vano que quieras huir la contienda
Que llama á los fuertes que anhelan vencer......
Si agudas espinas lastiman tu planta,
Si siente tu pecho la pena que espanta,
Verás ¡ay! que al cabo no muere tu fé.

Tu tienes las armas que dan la victoria
En esos combates; tu amor á la gloria
Bien puede la palma del triunfo alcanzar!
El genio te ayuda, te prestan aliento
Virtud y constancia, belleza y talento,
Y una alma que sabe sentir y luchar.

MANUEL M. GONZALEZ.

LA NARIZ.

I.

El autor de "Los Miserables," refiriéndose á la nariz de Mario, dice que tenía las ventanas abiertas con cierta expresión apasionada, y al retratar los graciosos perfiles de Cossette, añade que su nariz no era bella, sino linda; ni recta ni aguileña, ni italiana ni griega, sino parisiense, es decir, espiritual, fina, irregular y pura; desesperación de los pintores y encanto de los poetas.

Aquí Victor Hugo nos dá bien á entender la verdadera importancia de esa facción que designamos con el nombre de nariz, y nos demuestra que, áun con ser la más serena é impacible de todas las que componen nuestro rostro, es capaz de expresar algo tan grande como el apasionamiento espiritual de Mario, de caracterizar en Cossette á una hija de París, hasta distinguirla de las italianas y de las griegas. No siendo bella, puede ser linda; y siendo linda, irregular y difícil hasta el punto de constituir un rasgo inaccesible para los pintores y un encanto para los poetas.

Indudablemente la nariz lo es todo, bajo cualquier punto de vista que se le considere: hasta bajo el punto de vista teológico. ¡Quién sabe si será un signo de predestinación!

Los artistas nunca han figurado chato á Jesucristo, y las obras maestras de la antigüedad pagana nos representan á los dioses y á los héroes un tanto narigudos, dando con este carácter remate feliz á un rostro en que se reflejan la majestad serena de los cielos ó los resplandores eternos de la gloria.

La nariz de Venus, no es pequeña ni grande, su perfil más bien prolonga que altera la línea de la frente por medio de una ondulación entrante apenas perceptible; su altura se mide por la de

la frente, para que se vean más intimos su enlace y armonía con la región donde impera el pensamiento; no es enteramente recta, aunque lo parece, sino que con un ligero y suavisímo desliz se prepara á formar su base, después de volverse en elegante curva para tomar apoyo donde se inicia la sinuosidad voluptuosa del labio superior; su longitud no debe ser otra, que la que baste para preparar esta sinuosidad que sirve de descenso hasta la boca, es decir, no tan corta que no proteja con encantadora penumbra las sonrisas, ni tan larga que dificulte los besos; su superficie debe ser suave, tersa, mate y pálida, como las hojas de una camelia; sus ventanas deben aparecer tapizadas como con dos pétalos de rosa y esmeradamente contorneadas y abiertas como si el mismo Dios hubiese puesto allí sus dedos; sus alas deben extenderse directamente á medida que se apartan de la punta para volverse con esbelto y expresivo rasgo hacia aquella parte donde se rizan las mejillas en la risa ó se contraen en el llanto; y por último, su dirección no debe ser exactamente horizontal, ni menos hacia abajo, sino un poco, un si es no es levantada para expresar los deseos eternos del placer, las aspiraciones de una alma nunca satisfecha.

Esta es la nariz ideal, la nariz femenina, la nariz que yo busco. Mientras no la encuentre me consideraré chato.

Renuncio á mi media naranja. Mi media naranja es la nariz que voy buscando.

¡Con qué razón se lamentaba Quevedo de que los poetas tuvieran perlas para los dientes, soles para los cabellos y no hubiesen para las narices ni brizna de aurora!

Calderón consideraba la nariz como un escollo en el golfo de la hermosura, y sólo á la que lo salvaba tenía por feliz, peregrina y soberanamente hermosa.

Por desgracia son tan pocas las que lo salvan y tantas las que se pierden en las vueltas y revueltas de este difícil promontorio, que no es extraño que los poetas, al celebrar la belleza de sus damas, hayan considerado la nariz como el *noli me tangere* ó el *peor es meneallo* de su hermosura, empleando, por lo mismo el método de eliminación puramente negativo, que obliga á decir lo que será una nariz por los caracteres de que carece. De esta manera las narices de Laura ó de Beatriz quedan para nosotros envueltas en las sombras del mito.

II.

En ninguna facción del rostro, como en la nariz, la naturaleza ha ostentado su variedad infinita, y como todo en la naturaleza habla y responde con penetrante elocuencia al que sabe interrogarla, nada más vario, nada más expresivo.

Los cielos revelan á Dios; *coeli narrant it gloriam Dei.* La nariz revela al hombre: *noscitur ex naso.*

La nariz, quieta y muda como la esfinje del desierto, tiene vida y lenguaje. Es un enigma, un misterio, un símbolo, un geroglífico, una revelación: lo mismo se petrifica en la esfinge, que se encara en la nariz.

La nariz es el tornavoz de la naturaleza, de donde se deduce que la naturaleza nos habla con la nariz.

Hay narices inverosímiles hasta lo imposible y no sólo raras, caprichosas y excéntricas, sino quiméricas, fantásticas, apocalípticas.

Si las alas de la nariz descienden tanto que cubran completamente el tabique que separa sus ventanas, de tal arquitectura resulta la nariz apagaluces, oscurantista, algún tanto sacristanesca que imprime al rostro una quietud muy parecida al fastidio. Más impelente que absorvente, rechaza más que atrae, da á oler más que huele, espira más que aspira, y cuando no ronca, predomina en ella un resuello lento y prolongado semejante á un bufido, con que parece demostrar hastío, mal humor, descontento ó intolerancia.

Si las alas de la nariz se levantan descubriendo demasiado aquel tabique, exponen á toda luz las fealdades fisiológicas y dan al rostro una expresión cínica, desvergonzada, ambiciosa y deshonesta.

La nariz larga, más ó menos aguileña, bien determinada en sus perfiles, un tanto descarnada, fina, sutil, casi trasparente y por demás sonora, ennoblese el semblante, acusa inteligencia y perpiscacia, y da á la mujer un aspecto enérgico, varonil y hasta hombruno.

La nariz respingada infunde en la fisonomía un aire franco, alegre, socarrón, maleante y picaresco. La muy sumida, una apariencia aviejada, meditabunda, triste, reservada y egoista.

La nariz muy carnosa revela instintos groseros, y la nariz chata,

si algo puede taer consigo, es un porte plebeyo, avillanado y rústico, que oscila entre la estupidez infantil y la astucia gatuna.

Hay, además, narices que parecen un signo de interrogación, un cuatro ó un seis, una clave de sol y hasta un *etcétera;* narices de garabatillo, indicio de un espíritu difícil, ariscado, confuso y laberíntico.

III.

Cierto predicador de la córte, afirmaba que el día del juicio final recobraríamos la misma carne de que fuimos despojados por la muerte, pero renovada y corregida de sus actuales deformidades. Apoyábase en muy venerables textos de la Escritura y de los Santos Padres, y añadía que la razón fundamental de aquellas deformidades no estaba en Dios, de cuyas manos todo ha salido perfecto, sino en haberse atravesado algún error en el momento de la generación del que nació jiboso, raquítico, desmedrado ó feo.

Ahora bien, si consultamos por otra parte la experiencia, deduciremos que por la nariz es por donde se atraviesan mas frecuentemente los errores de la generación y que el día del juicio será un gran día para las narices, porque entonces se rectificarán tales errores. En esto se funda también la idea de que un miembro tan principal es un signo de predestinación, porque no puede tener buen fin una cosa, humanamente hablando, cuando tantos errores se han atravesado en su principio.

Por otra parte, la Sagrada Escritura no tiene un texto que infunda á los chatos consuelo ni esperanza, y en cambio tiene alguno, el que decidió á Orígenes á mutilarse, capaz de infundir resignación ó conformidad á los que nacieron mutilados ó mutilaron los hombres, ó se mutilaron por el reino de Dios.

Los chatos, pues, no tienen más remedio que imitar á Orígenes para reparar una quiebra con otra.

Tal vez entonces sería más facil averiguarse con ellos. Decirle á un chato: cásese V. es decirle que busque su nariz. Decirle que no se case, es darle á entender que le huele el aliento. Decirle: Dios le conserve á V. la vista, es recordarle que no pueden cabalgar en

su nariz los anteojos. Su nariz es tanto más suceptible cuanto más pequeña: y la falta de perspicacia se encuentra suplida en ellos por una suspicacia que nada perdona. Un proyectil disparado por un ciego tiene noventa y nueve probabilidades contra una de que va á parar á la nariz de un chato. Porque una desgracia llama á otra como un abismo á otro abismo.

La nariz es el *non plus ultra* del desarrollo orgánico.

En la infancia no se distingue la nariz masculina de la nariz femenina.

Durante la adolescencia crece la nariz, se cambia la faz, se llega á la pubertad. Entonces las diferencias sexuales se determinan, la nariz se hace barbuda en el varón y su total desarrollo determina el de los demás órganos.

A una gran nariz corresponde un gran desarrollo orgánico, con todas sus excelencias y ventajas.

A una nariz roma, chata, arremachada, una organización imperfecta y mal proporcionada con todas sus mezquindades.

Las razas incultas y degradadas son chatas. La raza más civilizadas es la narigada.

La nariz es un punto de mira para los ojos; ella equilibra su dirección repartiendo entre ellos, como una buena madre entre sus hijos, la luz ó la sombra.

Sin la nariz se confundirían los rayos luminosos y los visuales, y los ojos adquirirían una expresión vaga é incierta.

Esta relación entre los ojos y la nariz, se comprueba con sólo recordar que entre los medios de corregir el estrabismo, se usa el de tiznar de negro el ala de la nariz correspondiente al ojo que se desvía.

Los individuos de nariz excesivamente prolongada, suelen ser bizcos, porque su mirada se siente atraída hacia la punta de su nariz y el estrabismo se aumenta tanto más cuanto una cosa tan larga se inclina con harta frecuencia más á un lado que á otro.

Los excesivamente chatos, suelen ser bizcos también, porque los ojos no encuentran un punto de mira que regularice el paralelismo de su dirección: la casi carencia de nariz abulta y adelanta las demás facciones, y tales caracteres imprimen en la mirada y en el rostro esa expresión errante, vaga, inquieta y anhelosa de los perros de presa.

Una mujer fresca y lozana, se distingue de la ya marchita á fuerza de haber esquilmado su virginidad, en la respiración. La respiración es el alma de la nariz. Una doncella en cabello, *aspira* constantemente por la fuerza de asimilación.

Una doncella descabella *espira* cediendo á la fuerza de secreción. El predominio del resuello hacia afuera, ó del resuello hacia dentro, constituye entre elias una diferencia fundamental, una ley de simpatía ó de antipatía.

En las viejas el resuello hacia fuera domina con carácter absoluto; en las jamonas entre dos luces es constitucional; en las muchachas de quince á veinte, sumamente democrático.

IV.

La nariz es casta por su propia naturaleza. Por eso las vírgenes del Señor hablan con la nariz. El registro de la nariz purifica la voz femenina de sus influencias libidinosas. Es necesario, pues, que los salmos de David no se entonen por voces de ángeles, sino por voces de vieja; es necesario exagerar aquel registro, sobre todo, como recomendaba cierta maestra de novicias, en el *sæ..cula sæ... culorum*.

La nariz es en el matrimonio una áncora de salvación, y en la sociedad una garantía de las buenas costumbres. A una mujer hermosa corresponde una nariz perfecta, y el P. Feyjoo, defensor de la hermosura nos enseña que en Moscovia donde el número de mujeres bellas excedía entonces al de los demás reinos de Europa, no estaba tan desenfrenada la incontinencia como en otros países y la fé conyugal se observaba con mucha mayor exactitud. No sabemos si hoy se habrá alterado aquella proporción numérica, pero no por eso el hecho habrá perdido su importancia. Aparte de esto es sabido que el aliento depende de la nariz, y que solo el aliento ha bastado para disolver matrimonios, por su naturaleza indisolubles.

La nariz, proporciona á los viejos el inefable consuelo de tomar un polvo mientras refieren las historias de su juventud. El rapé ó el Virginia es el único vicio á que la nariz se presta: vicio inocente y venerable de los ancianos y de los sabios y el único que no les abandona en los estragos de su edad y en la ruina de sus ilusiones.

La nariz como la conciencia, es la acusadora de nuestros vicios y demuestra ocultas enfermedades. Cuando nos da una cosa en la nariz es como si nos la diera en el corazón. La nariz es la libertad. No hay esclavitud más degradante y más absoluta que la que sufre un hombre á quien se tiene agarrado por las narices. Romper á uno las narices vale tanto como romperle el bautismo que le hizo cristiano: es descristianizarle. En la nariz está el espíritu profético, y á nadie como á los profetas podemos atribuir narices de perro perdiguero, largusímas narices que penetran en el espacio y traslucen lo ausente; que penetran en el tiempo y entreven lo porvenir. No es posible meter más las narices. En la nariz está el colmo de la paciencia. El más flemático deja de serlo en cuanto se le hinchan las narices. No ver más allá de sus narices, es ser muy corto de vista, pero en cambio las narices perciben lo que es inaccesible al microscopio: las moléculas, los átomos que se disuelven en los efluvios húmedos del ambiente. Las narices son la aguja imantada que nos guía al norte de nuestros deseos: por eso nunca vamos más contentos que cuando vamos en derechura de nuestras narices. En las narices recide nuestra voluntad y sin embargo ninguna facción más exenta del imperio de nuestra voluntad. Torcer las narices es la demostración más elocuente de la repugnancia que nos inspira una cosa, y sin embargo, ni el amor ni el odio, ni la fiereza, ni la mansedumbre pueden expresarse con solo el ministerio de la nariz. Esta cualidad la hace incompatible con la hipocresía, porque la nariz es lo que es; no se presta á sustitución ni modificación ninguna, y no admite trampas, añadiduras, zurcidos ni remiendos.

El diplomático más astuto no puede sacar partido de su nariz, por maestro que sea en el arte del disimulo y del fingimiento. Esta circunstancia hace de la nariz una clave segura, sin riesgo de juicios temerarios para conocer á los hombres. Por la nariz, cuando la atmósfera está cargada, el cerebro se inunda de electricidad, y es la parte más sensible á las variaciones climatológicas. El frío lo que primero hiela es la nariz; por eso la nariz ama el calor. La nariz influye hasta en lo que nada tiene que ver con ella. De una persona muy distinguida decimos que tiene olor aristocrático: de otra que se distingue por extraordinarias virtudes, olor de santidad; de la muy pedigüeña, que le hiede el aliento, porque no huele bien á nadie que le pidan un duro.

El hombre se diferencía de los demás animales por la nariz y por la nariz se parece á muchos de ellos. Dos hombres de nariz igual se parecen, aunque en las demás facciones no se parezcan. Dos hombres de nariz desigual no se parecen aunque se parezcan en las demás facciones. Porque la nariz es el sello indeleble con que se caracteriza una individualidad.

La hermosura empieza á marchitarse por la nariz. La nariz es la primera que revela la presencia de la muerte y la muerte destruye antes que nada la nariz, hasta de los que mueren en olor de santidad, como si buscase en sus víctimas su semejanza ó como si fuese la nariz la parte más pecadora. La antigüedad, celosa de sus arcanos, ha encomendado al tiempo el encargo de destruir y cercenar las narices marmóreas de Marte y de Venus, por que ha sospechado que tales arcanos se descubrían por la nariz. No hay mayor encanto que el misterio, ni mayor misterio que la nariz. Entusiásmate, pues, lector carísimo, ya seas narigudo ó chato, como se entusiasmaba Quvedo y como me entusiasmo yo ante ese

Promontorio de la cara,
Pirámide del ingenio,
Pábellón de las palabras,
Zaquizamí del aliento,
Facción que nunca se afloja,
Miembro que siempre está enhiesto,
Y que tiene harto envidiosos
Buen número de gregüescos.

Entusiásmate, sí, lector preclaro, y reconoce que la facción que está debajo de la frente y encima de la boca, entre los ojos y entre las mejillas, es la más importante de nuestro rostro, porque en ella reside el secreto de la armonía entre el espíritu y el verbo, entre la idea y la palabra, entre la inspiración y el sentimiento, entre la mente que crea y lós labios que adoran, entre la luz que desenvuelve los espacios y la sombra que festonea los horizontes, entre el placer que trasfigura el alma el dolor que la purifica.

José Maria Martinez Abaúna.

EL GAVIERO.

CANCION MARINA.

¡Qué gallardo, qué ligero,
qué velero
bergantín!
¡Causa envidia, según flota,
á gaviota
y á delfín!
¿Por qué mira con fijeza
y tristeza
la extensión,
desde el mástil el gaviero,
compañero
del alción?
No recela del celaje,
todo encaje,
todo tul,
ni del golfo tan rendido,
tan dormido
y tan azul.
No se cura de la suerte;
vida ó muerte
le es igual;
y desdeña en el esquife
arrecife
y temporal.
¡Es que allá por el poniente,
esplendente
de arrebol,
se ocultaron, se escondieron,

se perdieron
patria y sol;
y la noche, como un luto
absoluto,
viene al par,
con siniestra y honda calma,
sobre su alma
y sobre el mar!
Pero ¿qué se ha desprendido?
¿que ha caído
por babor?
¿es un leño ó un juanete
del trinquete
ó del mayor?
¡Qué gallardo, que ligero,
qué velero
bergantín!
¡Causa envidia, según flota,
á gaviota
y á delfín!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

LOS SINFONISTAS.

El cuadro *Las Bodas de Caná*, de Pablo el Veronés, dá una idea de lo que pudo ser un concierto en Venecia, en 1550. Ahí se ven seis instrumentos: la tapa superior de una viola, una flauta, una viola *da braccia* tocada por el autor del cuadro, otra por el Tintoretto, un *violone* ó contrabajo tocado por el Ticiano, y en fin, una trompeta.

Desde que se ha desembarazado á la ciencia musical de las mantillas en que dormitara durante luengos siglos, la sifonía de las voces y los instrumentos, hase trasformado para muchos músicos, en la forma favorita, privilegiada y casi exclusiva de la obra musical. La música sagrada tan en boga en el siglo XVI y parte del XVII, prestábase con mayor generosidad que el arte dramático á las nuevas combinaciones. Al propio tiempo que progresaba la fabricación de los instrumentos, acrecía la *virtuosidad* de los ejecutantes, y los compositores se alentaron para escribir sus ideas con menos encogimiento y recelo.

Los organistas contribuyeron más poderosamente que los demás artistas á difundir los conocimientos sinfónicos. Tal *toccata* de Frescobaldi, cual la fuga de Gabrieli, Hofhaimer ó Mérulo, alguna pieza de Milleville ó Senfel, dieron á la armonía mayor impulso, durante el siglo XVI, que todos los tratados de diafonía escritos durante el curso de tres siglos.

El estudio de las diversas partes de la fuga, la rebusca de la respuesta al motivo dado, y sobre todo, el esfuerzo de imaginación al cual es necesario entregarse para inventar un contra-motivo interesante, hicieron avanzar á grandes pasos el arte de escribir y los procedimientos de composición, en el trascurso del siglo XVII. A los motetes de Carissimi y salmos de Marcello, en cuyas obras se adunan el trabajo armónico y la expresión lírica, hay que agregar las sábias, fecundas é ingeniosas invenciones de los clavecinistas y orga-

nistas, como Buxtehude, Froberger, Purcell, Reincke y Scarlatti. La facultad de entregarse fácilmente al estudio de los sonidos concomitantes excitó la emulación de los violistas, que á su vez, dieron más movimiento y animación á las partes de acompañamiento y prepararon la sonata instrumental, el trío, el cuarteto, la sinfonia, y en una palabra, la música concertante.

El *bajo contínuo*, del cual extendieron la práctica, el P. Viadna y Prætorius, permitía llenar los acordes sin apartarse de la tonalidad. El conjunto se completó de esta suerte enriqueciéndose con nuevos efectos, pudiéndose decir que desde á mediados del siglo XVII existe el cuarteto en Italia, puesto que Carissimi acompañaba sus motetes con tiples y quintas de violones, con violas cantando al unísono del tenor, y violas *di gamba* que marcaban el bajo; en otras ocasiones agregaba arquilaúdes y órgano. En Francia, la orquesta bajo el cetro de Lulli permaneció subordinada á la parte vocal y á los efectos dramáticos. No carecía empero de potencia pues se componía de violines, violas, flautas, óboes, flautas trasversales, gaitas, trompetas, trompas de caza y timbales. Tampoco estaba desprovista de poesía pues Lulli escribió duos y cuartetos de flauta de un efecto encantador atendido el carácter de la escena, tales como *Isis*, *Psiquis* y *Armida;* pero no pasaban de ser instrumentaciones dramáticas ó propias para aires bailables: lo que él llamaba *sinfonía*, de ninguna manera puede considerarse como música concertante.

Los célebres violinistas de aquella época, Corelli, Leclerc y Guignon, no cooperaron sino en grado remiso á la formación del cuarteto, pues sus tendencias se concretaron á obtener triunfos para los *virtuosos*.

Largo tiempo se ha designado con el nombre de *sinfonía*, un concierto de distintos instrumentos, cualquiera que fuese su número: los cuartetos de Haydn publicados en París en 1764, lucen el título de *sinfonía*.

La escuela francesa tendría una verdadera gloria si proclamase sinfonista á Rameau, pero jamás se ha pensado en ello. Este grande hombre será siempre visto como compositor de óperas, puesto que antes de Haydn ningún músico demostró imaginación más osada y fecunda en combinaciones ingeniosas, en el campo simplemente orquestal y sinfónico.

Las formas de la sinfonía instrumental sedujeron desde luego á

los músicos alemanes y especialmente á Henri Schütz, Stadelmayer, Rauch y Keyser, quienes aumentaron la resonancia con el empleo de cornetines, trombones, bassones y órgano.

Hændel puso en juego todos los elementos preparados de tiempos atrás, y que habían permanecido sin formar un todo homogéneo. La instrumentación de sus oratorios se halla distribuida como sigue:

Violines, divididos en dos y tres partes, violas, violas de amor; violas *di gamba*, violoncellos, contrabajos, tiorbas, arpas, laúdes y arquilaúdes, cornetas, flautas, óboes, bassones, contrabassones, cornos, trombones, trompetas á dos y tres partes, organo y olavecin, timbales, tamberes y campanitas.

Aunque existen hermosos aires en las obras del maestro sajón, su gloria la debe casi exclusivamente á sus oratorios, y no se disipará puesto que ocupan preferente lugar entre las más hermosas concepciones del espíritu humano. *Judas Macabeo*, *Saúl*, *La Fiesta de Alejandro*, *Débora*, *Salomón* y el *Mesías*, son obras maestras que desafían el proverbio, *Tempus edax*. La grandeza, la simplicidad y la nobleza de estilo, distinguieron siempre las obras de Hændel, de las de Sebastian Bach, cuyo génio exclusivamente musical se dedicó con preferencia á las formas complejas, al análisis, y á los desarrollos de un tema, á la producción de obras de arte profundas en atención á la maravillosa variedad de detalles, á la ciencia y flexibilidad de su contrapunto, á la habilidad prodigiosa con que liga los instrumentos al placer de su fantasía, con una audacia del todo desconocida y un éxito infalible: los instrumentos más raros concertando con la voz producen efectos imprevistos.

La Pasión según San Mateo, las *cantatas de la feria de Navidad*, *Pascua*, la *Trinidad*, la *Ascención*, y *Pentecostés* (sería menester citarlas todas) ofrecen abundantísima variedad de detalles que asemejándose á las constelaciones que se pudieran contemplar en la más hermosa noche de verano, mientras más se les observa, se les admira mayor número de estrellas.

Se ha considerado á Haydn, con harta justicia, como padre de la sinfonía y maestro por excelencia del cuarteto. El genio que ha desplegado en esa clase de composiciones le asegura ese puesto, máxime si se atiende á las admirables modelos que nos ha legado. Pero todo se relaciona en la tierra, y la flor más hermosa debe su vida

á humilde simiente: Haydn, padre de la sinfonía, tuvo precursores. Uno de los hijos de Sebastian Bach, Emmanuel Bach, Graun y sobre todo el milanés Sammartini, vivificaron en la imaginación del joven José los preceptos del arte de escribir, que él había aprendido en los tratados de Matheson y Fux. Otros excelentes artistas, Jomelli y Vivaldi (autor de las piezas instrumentales intituladas *las cuatro Estaciones* asunto que después trató Haydn y cuya superioridad reconocemos) hiciéronse aplaudir sus obras concertantes, y hacemos punto omiso de los quintetos de Bocherini, por haber sido poco conocidos en aquel tiempo.

La pasión por el teatro nunca atormentó la tranquila alma de Haydn, quien, con excepción del sentimiento dramático, poseyó el arte musical en toda su plenitud, elevándolo al ápice de la perfección. Si en su oratorio de *las Estaciones* nos presenta la filigrana propia de la música descriptiva, no por eso se crea que careciera de grandeza, solemnidad, potencia, ternura y unción, cuando el asunto lo requiriese. Hay sublimidades en su música religiosa, armonía profunda, llena y suave en sus conjuntos. El encanto, la gracia y las nimiedades picarescas de sus *allegrettos*, en sus aires variados, nunca podrán hacernos olvidar la majestad, holgura y distinción de sus *andantes* y de sus *adagios*. Al purificar la orquesta de su época, dotóla Haydn de la más absoluta eufonía, depurándola de instrumentos de dudosa afinación como los laúdes, tiorbas, óboes de caza y aun de las arpas. Así pues, con qué maravilloso conocimiento de los timbres hace pasar el motivo principal, del violín al alto, al óboe, al violoncello y al basson!

Con una flexibilidad admirable nacida del estudio perseverante y concienzudo de todos los ramos del arte, Haydn expresó lo que á su ánimo plugo sosteniendo sus composiciones sin languidecer, dentro de los límites del género al cual correspondían.

Algunas expresiones suyas que nos han sido conservadas por su amigo Carpani (1) demuestran el discernimiento exquisito que aplicaba en su composición ideal. "Veo con satisfacción que mi música agrada al público (se trataba de *las Estaciones*) pero deseara no me cumplimentáseis á ese respecto. Estoy persuadido, que, como yo, comprendeis que está lejos de valer lo que vale *la Creación*, y

(1) *Le Haydine, ovvero lettere sulla vita e le opere del celebre maestro Giuseppe Haydn*, Milán, Buccinelli, 1812.

he aquí por qué: en la Creación los personajes son ángeles, en *las Estaciones*, son simples aldeanos."

No vacilo en asegurar que toda la música moderna bajo el punto de vista de la estructura armónica, esto es, con relación al enlace de los acordes y al movimiento de los sonidos fundamentales, procede de Haydn, y del monumento de sus ochocientas composiciones ha trascendido una estética admitida y practicada así en la música sinfónica como en la teatral: espécimen de código liberal para los génios que lo han observado, y entre los cuales se hicieron notables Beethoven y Rossini: el primero fué discípulo de Haydn, discípulo por cierto algo recalcitrante, y el segundo completó sus estudios reduciendo pacientemente, para piano, los cuartetos del maestro.

Viotti, el ilustre violinista piamontés, compositor dotado de un genio admirable, después de haber brillado en el Concierto *espiritual* dado en 1782, contribuyó al esparcimiento del gusto por la sinfonía y música de conjunto, mientras dirigió las orquestas sostenidas por los príncipes de Conti, Subiza y Guemené. La Revolución, causando la emigración de la nobleza, apremió la dispersión de los grandes artistas, y Viotti tomó asilo en Inglaterra.

La música de cámara no reapareció en Francia, después de larga ausencia, sino bajo el Directorio, pero con elementos nuevos, diseños modelados recientemente por los génios de Bocherini, Haydn, Mozart, y en esta forma, fué apreciada por los *diletantti* de gusto exquisito. Los violinistas Guénin, Navoigille y Bruni, rompieron la marcha que brillantemente continuaron Rodolfo Kreutzer, Baillot, Rode y el violoncelista De Lamare, quienes á su vez tuvieron por dignos sucesores á Alard, Sauzay, Maurin, Franchome, Chevillard, Dancla, etc.

El verdadero cuarteto comprende ordinariamente cuatro partes: la primera expone la idea principal en un aire moderado; esta idea se repite en la segunda parte á una quinta más alta generalmente, y luego se desarrolla.

La segunda parte debe ser de aire lento (adagio ó andante) afectando un carácter de transición, pero expresivo, el cual algunas veces ha sido remplazado por un tema variado.

Un *minueto* ó *scherzo* preceden al final que algunos autores nos presentan con la forma de *rondo*.

Los trozos de que se compone el *trio* se disponen en orden idén-

tico y casi siempre se escriben para violín, alto y violoncello, ó para dos violines y bajo. El aumento de un segundo alto ó violoncello forma el *quinteto*.

La *sinfonía*, en el nuevo sentido de la palabra, consta de las propias divisiones que el *cuarteto*, *quinteto*, *septimino* ú *octeto*. Admite mayor amplitud en el desarrollo de las ideas, agregando el compositor al *cuarteto*, base de toda música de conjunto tanto vocal como instrumental, las sonoridades diversas de los instrumentos de orquesta, no exagerando puerilmente en la composición musical, la importancia dada actualmente á la diversidad de timbres.

Los efectos sonoros enaltecen las ideas musicales pero no las remplazan, así como en un cuadro, el más hermoso colorido no hace desaparecer las imperfecciones del dibujo.

Por su ciencia, variedad de ideas, invencion de combinaciones, ritmo y armonía, Haydn es hasta el presente, el maestro de los maestros. El tema más simple, una frase de cuatro compases, le bastan para dar impulso á la concepción de sus ideas que luego se suceden con un encanto y variedad de formas, á las que no ha llegado compositor alguno.

El *Himno á la Paz* que compuso con motivo del tratado de Campo-Formio y que ha llegado á ser el canto nacional austriaco, nos suministra un ejemplo: al pasar sucesivamente este tema de un instrumento á otro en el cuarteto, cada vez se presenta acompañado de nuevas melodías que tienen intrínsecamente constante interés, y á este eslabonamiento de partes hay que agregar aún la ciencia del habilidoso contrapuntista, el mérito rarísimo de una armonización arrulladora á pesar de su movilidad, y el don de su inimitable claridad.

(Concluirá).

SU TUMBA.

Cansado de llorar, torné un momento,
Echando mi dolor en breve olvido,
A recrear el triste pensamiento
Con la dulce ilusión del bien perdido.

Me figuré mirar su faz lozana,
Resumen de amorosas maravillas,
Su fresca boca de color de grana,
Y cual hechas de rosas, sus mejillas.
Y con triste delicia
Cruzó por mi recuerdo dulcemente,
Como esos ideales que la mente
De los vates engendra y acaricia.
Y al verla de los ángeles traslado,
Recordando de amor mi dulce historia,
Dudé de mi memoria
Y miré como un sueño mi pasado.

Oí su acento, musical tesoro
Que mi pecho alegraba y conmovía,
Más henchido de célica armonía
Que de ave leda el gorgear canoro,
Y á la memoria del placer distante,
De emoción palpitó mi pecho amante.
Por esos ecos plácidos guiado
Troqué en un tiempo mi existencia oscura,
Por la dulce ventura
De un cielo anticipado.
Mas ay! aquella voz armoniosa
Alejóse vibrando dulcemente,

Cual música lejana y misteriosa
Que se extingue en el seno del ambiente.
Como incienso que arriba se deshace,
Su voz se hundió en la altura soberana,
Lugar á donde torna y donde nace
Toda armonía celestial ó humana.

Así, pensando en el perdido encanto,
Del pecho renové la horrible herida,
Que el alma dolorida
Por todos los caminos llega al llanto.

A la mansión de la perpetua calma
Sollozando corrí con mi agonía,
Y ante la losa fría
Que aprisiona á la amada de mi alma,
Me desplómé de hinojos
Cegados por las lágrimas mis ojos.
Besé su nombre escrito
En la fúnebre losa de granito,
En tanto que mi labio balbuciente
Le llamaba con voces cariñosas;
Lágrimas silenciosas
Vertí chocando con mi triste frente
En la losa insensible,
En tanto que en los aires parecía
Un acento vagar que así decía:
¡Todo ha pasado ya! ¡nunca! ¡imposible!

Todo callaba en torno, solamente
La inscripción de su losa funeraria,
Pedía al que pasaba, tristemente,
Un recuerdo, un suspiro, una plegaria.
Sentía en mi amargura
Cual ráfaga de invierno,
Salir de aquella muda sepultura
El soplo helado del silencio eterno.
Los fúnebres cipreses y sauces

Derramaban doquier tristeza y duelo,
Y decir semejaban desde el suelo
Señalando el çenit las mudas cruçes:
¡La esperanza está allí, sólo en el cielo!

Sólo arriba!—exclamé—sobre la tierra
Para mí no es posible bienandanza,
El horizonte para mí se cierra
Díceme adios por siempre la esperanza,
Y, cautivo perpetuo del quebranto,
Mi vida es el dolor, mi alivio el llanto.

Almas enamoradas y piadosas
Que venís al callado cementerio
A recordar y á orar entre el misterio
Que forma la aureola de las fosas:
Cuando paseis con planta reverente
De este sepulcro frente,
Elevad al Señor una plegaria
Por una niña dulce y hechicera
Que del vivir murió en la primavera,
Y por una alma triste y solitaria!
Esa tumba modesta y escondida
Que triste losa cierra,
Guarda todos los sueños de una vida,
Todo un idilio de ternura encierra.
En ese espacio lóbrego y pequeño,
Cayeron despeñadas como estrellas,
Las ilusiones del amor más bellas
Que acarició jamás humano ensueño.
Esa lúgubre losa mortuoria
Es el final de la más bella historia
Que, arrobados en éxtasis profundo,
Con ensueños, delirios é ilusiones
Han sabido escribir en este mundo
Dos jóvenes y amantes corazones.

FARFALLA.

1880, Guadalajara.

PÁGINAS

DE LOS "RECUERDOS DE LA VIDA DE ESTUDIANTE."

....

Berna ó Aretópolis, ciudad del Oso, es, de las capitales de los cantones suizos, la que más ha conservado el aspecto de la Edad-Media. Los muros enormes de sus casas, apoyándose sobre contrafuertes inclinados; los anchos y sólidos pilares de sus portales que sostienen las partes avanzadas de sus edificios; sus fuentes, con estatuas de construcción bárbara, pero llenas de movimiento y de originalidad, todo recuerda la Suiza feudal, en el apogeo de su fuerza y de su orgullo. Al recorrer aquellas calles desiertas,—porque la población se agita bajo los portales estrechos y bajos—se siente esa impresión que producen los antiguos libros, cuando la imaginación nos hace vivir en épocas remotas. Cada una de sus piedras negruzcas conserva un recuerdo; sus castillos derruídos, su vieja catedral, tienen toda una página de historia que referir al viajero. Cuántas veces, á la luz pálida de la luna, parecióme Berna un cementerio, el cementerio de la feudalidad! Y á esa hora en que los fantasmas se alzan de las tumbas, yo creía ver cruzar por las silenciosas calles, á los escuderos, á los hombres de armas, que volvían del combate ó del torneo, agitando los brillantes oriflamas, al són ruidoso de los cuernos de caza. Allá va el altivo señor, terror de sus vasallos y del soberano de Austria, dueño de las altas colinas y de los profundos valles, que habita en las rocas empinadas, como las águilas anidan en los elevados peñones de basalto; allá van los jóvenes y brillantes pajes, cortejo acostumbrado de la hada de aquellos muros silenciosos; trovadores del Languedoc, aventureros de todos los países, los unos con sus cantos plañideros, los otros con sus juramentos y sus gritos.

Oíd ese rumor lejano: es el pueblo de Berna que conducido por Ulrico de Bubemberg, va atacar á Ulrico de Erlach, partidario de la tiranía aristocrática! El antiguo castillo del Nydeck, que refleja sus negros torreones sobre la ribera diáfana, resuena lúgubremente con los ecos y los alaridos del combate. Pero Berna, la valiente Berna, tiene un gran destino, un brillante porvenir, y quedará en pié, libre é independiente, para ser un día la capital de una República.

Viejas estatuas de Bertoldo y de Erlach, vosotras sois los únicos habitantes dignos de la antigua ciudad! Sobre vuestros altos pedestales os erguís con el gesto altivo, con el fiero orgullo de aquellas épocas semi-bárbaras. Vuestras armaduras reflejan los rayos del sol, despertando en el alma el recuerdo de vuestros triunfos. En aquellas edades, las frías brisas de los Alpes mecían las cunas de heróicos aventureros, y, habiendo aspirado ese aliento indomable, si las montañas dejaban pasar al invasor, vosotros no cedíais un palmo de vuestro territorio!

La población de Berna parece profanar continuamente la ciudad que le sirve de morada. Aquella multitud abigarrada, de viajeros venidos de todos los países de Europa, vestidos à la moda de Londres ó París, las manos finas y delicadas cubiertas con guantes salidos de la casa de Jouvin, parece ir á reir con su risa frívola en el santuario de la Historia. Ellas sólo, las suizas de mejillas de grana, de labios rojos, y de rubia cabellera, están bien en aquel cuadro. La cotilla de terciopelo, que deja ver, embelleciéndolas, las formas esbeltas de su talle airoso, descubriendo la nívea garganta y los marmóreos brazos, las hace parecer figuras desprendidas de un cuadro de Durer ó de Teniers.

Pero el corazón de las doncellas suizas, arrullado por las palabras del amor de los viajeros, parece haberse dormido. Ellas han oído las galanterías del parisiense, acostrumbrado á tomar los corazones por asalto; los suspiros del alemán sentimental y tierno; las proposiciones brutales del rico *gentleman*, que busca en todas partes los amores fáciles de Hyde-Marck y de Alhambra-Theatre; y no encontrando más que frivolidad ó impuros deseos, la joven suiza cierra su corazón á los amores y sueña con el sér que se ha forjado, con el amante que debe venir á completar el paisaje encantador que la rodea.

*
* *

Erais rubia, Anna,

.....................blonde
Comme les blés.

El sol de la mañana arrancaba de vuestra cabellera reflejos de oro, cuando por primera vez nos cruzamos en el puente del Nydeck. Caminabais indiferente, la mirada fija en el horizonte, el semblante triste, el andar negligente. Ni siquiera os fijasteis en mí, que, levantando los ojos del *Bædeker* que hojeaba bostezando, permanecí clavado en el suelo, siguiendoos con la vista. Yo acababa de recorrer las avenidas del Schænzali, en donde un inmenso fastidio se había apoderado de mí, y sin embargo, al veros subir hacia la colina, inconscientemente tomé el mismo camino. ¿Qué, no es esa la vida de la juventud? Un rayo de luz, una armonía, una mujer......... ¡eternas formas de la belleza artística que el hombre persigue sin reposo á los veinte años!

Os seguí, admirando desde lejos vuestras formas exuberantes de juventud y de hermosura. Apenas tocabais el suelo; diríase que os deslizabais sin apoyaros en él, y á veces, para subir una pendiente, teníais movimientos semejantes á los de los pájaros, que recojen sus alas antes de tender el vuelo.

Al llegar al Schænzeli, abriendo un libro, os perdisteis en las estrechas avenidas, marchando á pasos lentos, soñadora: parecíais una ninfa de aquellos bosques.

Después, nos encontramos en un estrecho pasaje, sin más testigos que las madreselvas que trepaban por una glorieta, y los mirlos que cantaban ruidosamente, escondidos en las copas de los castaños. Aquel encuentro fué fortuito......... No riáis, Ana, con ese aire incrédulo; no creáis que yo busqué la ocasión de veros, así, *á tiro de beso*. Os cedí el paso, poniendo mi pié sobre el borde cubierto de violetas, que se marchitaron, y estrujando las ramas de un arbusto, que produjo un rumor semejante á una queja. Os era forzoso verme: levantasteis la cabeza y me mirasteis, fríamente primero; después un rayo de luz pareció reir en vuestra pupila azul, y, con una voz argentina: *gracias*, me dijisteis en alemán. Y luego, inclinasteis la frente y os entregasteis á vuestra lectura interrumpida.

Volví á detenerme, con tristeza. Si bien vuestra mirada me había hecho comprender mil cosas, vuestra lengua me era desconocida. Erais para mí un libro ilegible.

Presciso era abandonar aquella aventura no comensada aún: á mi vez, abrí el *Bœdeker* y quise leer. Era una de las páginas más fastidiosas de los guías del viajero: consejos para economizar: "Hotel X, buen servicio, mesa redonda á las diez y media y á las cinco, baños, salón de lectura, billares; bujía 50 céntimos, etc. etc." Aquella lectura me dió frío. Leer tales sandecés después de haber leído una sola palabra en vuestros ojos! Cerré el libro con enojo, levante la cabeza, y os vi otra vez venir hácia mí. Oh! también este encuentro fué casual! No os pongáis tan encendida de rubor, Anna; no digáis que no me buscabais; lo sé, pues que yo os era indiferente.

Entonces tuvisteis algo más que una mirada, fué una sonrisa que puso detrás de vuestros labios dos rosarios de perlas menudas y brillantes. Aquel lenguaje angelical me pareció muy más comprensible que el rico idioma de Wilhelm-Meister. Nos alejamos otra vez, hasta que al fin, casual, fortuita, inconscientemente, nos encontramos los dos apoyados en la baranda del terraplén, el uno muy cerca del otro. ¿Qué os dije? ¿Cómo pude saber que la dulce lengua de Musset no os era desconocida? No lo sé: sólo recuerdo que, al día siguiente, en el mismo lugar nos encontramos, que ya no hollaba yo las pobres violetas ni hacía gemir los arbustos para cederos el paso, y que los mirlos cantaban con más misterio en las copas de los castaños.

—Viajáis por placer,—me dijisteis un día—y podéis permanecer más de tres días en Berna! Id á Interlaken, á Zürich, á Lucerna, pero dejad esta ciudad triste y solitaria, en esta estación principalmente.

Yo os escuchaba sonriendo, contemplando el hoyuelo que se dibujaba en vuestra mejilla al reír, y la curva de oro de vuestras largas pestañas rubias.

—Pláceme Berna, os contesté, pláceme este aspecto feudal, este silencio monástico; pláceme este panorama espléndido para reposarme. Y al deciros esto, mis ardientes miradas, quizá también mis suspiros, os decían claramente: pláceme el veros, sobre todo!

Y así se pasó una semana rápida, rapidísima.

El Schænzeli era nuestro sitio favorito. Poco nos importaba el ruído del teatro que estaba cerca de nosotros, y nos alejábamos de él lo más que podíamos. Porque los walses de Strauss y las polkas de Fahrbach tenían menos armonías y menos encantos que los gorgeos de los mirlos, que parecían conocernos, y que las madreselvas que abrían á nuestro paso sus flores perfumadas. Allá en el fondo de las glorietas, sentados en los bancos musgosos, hablábamos de todo, menos de nosotros, menos del amor. Algunas veces mis manos osadas estrechaban las vuestras, que abandonabais con una indiferencia de reina; pero cuando mi labio se acercaba, cuando iba á imprimir un beso en vuestra mano, murmurabais aquella palabra tan dulce, que resuena aún en mis oidos y que ponía coto á mis amorosas pretensiones. *Nichts von dem* (nada de eso), decíais con una voz tierna pero imperiosa. *Nichts von dem!* esta es la única palabra que conozco de la lengua alemana, pero cierto estoy de que la más hermosa balada de Heine no tendría para mí más dulces ecos. ¿Os acordáis, Anna, cuán silencioso y cuán triste me dejaba ese *Nichts von dem?* . . .

No sé lo que pasó en vuestro corazón; pero poco á poco comenzasteis á huir la soledad. Parecíais tener miedo á la glorieta cubierta de madreselvas, y me obligabais á ir á los lugares que el público del teatro del Schænzeli frecuentaba. Un día tomasteis asiento cerca de una mesa y me dijisteis: tengo sed. Apurasteis á pequeños sorbos una copa de Kärtheuser, de aquel hermoso vino color de sangre, y ya no me mirabais fijamente, ni sonreíais al mirarme. Yo os encontraba más que nunca hermosa; vuestra cabellera parecíame más rubia, vuestros ojos más azules, vuestro pié más pequeño! Parecíame que bebíais Nectar, como Venus, ó Falerno, como Cleopatra. Sin embargo, estabais triste y yo sufría. Me dejasteis más temprano que de costumbre, y yo, solo, presa de un profundo hastío, me dejé llevar, como Werther, á beber algunas botellas del Kärtheuser color de sangre. La noche había llegado cuando me alejé del Schænzeli, y me acuerdo que, á la luz de una luna lívida que tenía reflejos rojizos, fuí á contar mis penas à la vieja estatua de Ulrico de Erlach.

Después he sabido por qué teníais miedo á la soledad, por qué huíais á las glorietas. Los mirlos y las madreselvas me contaron que, cuando al dia siguiente me arrodillé á vuestros piés y estreché vues-

tras manos, vuestros labios dijeron aún *Nichts von dem*, pero con un acento de súplica vacilante, no imperioso.........

Oh! no os ruboricéis, Anna; seré discreto como una tumba. No escribiré en estas páginas nada que haga que os arrepintáis del pasado. Esas reminiscencias están guardadas en el fondo de mi corazón, como la blanca *eidleweiss* que me disteis aquella tarde está en el fondo de mi cartera: la flor está marchita, seca, pero el recuerdo guarda todo su perfume!

....

MANUEL PUGA Y ACAL.

1882.

SONETO.

Llanto en los ojos; en los labios, fuego;
En el pecho suspiros, en la mente,
Duda, pena, pavor, volcán hirviente
A cuya horrenda luz me abraso y ciego.

El bien quiero lograr, y al vicio llego;
Amor se trueca en bárbara serpiente
Que emponzoña mi sér; arde mi frente
Y á los hombres, al mundo, al orbe niego.

¿Qué espíritus aleves trasformaron
En horrendo martirio mis pasiones
Y en duda y en temor mi fortaleza?

¡Oh! Mal hayan las horas que pasaron!
¡Ayer sueños, y dichas é ilusiones!
¡Hoy llanto y hoy verdad!...... La vida empieza.

LUIS CALVO REVILLA.

DE UN LIBRO.

(FRAGMENTOS).

¿Quién vió jamás del corazón, ¡Dios mío!
esa vida, sin goces ni alegría,
y el batallar contra el destino impío,
y sonreir dichoso en su agonía?

*

No hay luz, flores, ni aromas......
Ah! todo está desierto! Solamente
ríos de llanto corren de los ojos,
y sombras de dolor cubren la frente!

*

Gemidos de mi pecho,
sollozos de mi alma,
¡no puedo conteneros!......
salid!...... llevad al cielo mi esperanza!

*

¡Y qué hermoso es vivir cuando en la frente
las negras sombras del dolor se llevan,
y una sonrisa en los marchitos labios,
y dentro el alma la esperanza muerta!
¡Sí, qué hermoso es vivir cuando sentimos
ódio á la vida, y sólo nos consuela
la ilusión de dormir bajo la tumba
el dulce sueño de la paz eterna!
Nube es la dicha que la mente sueña,
y que al soplo del viento se deshace;
y es la ilusión que nace á la mañana,
gota de llanto al espirar la tarde.
Todo, todo es mentira. Por ventura
nada en el mundo puede ser durable:
¡Todo es luz al nacer de la mañana!
¡Todo es tinieblas al morir la tarde!......

*

¿Qué es la tumba? El epílogo divino
de una historia de lágrimas;
umbral florido que conduce al templo
do está la dicha con que sueña el alma!

FEDERICO E. ALATORRE.

EL PERIPATISMO EN ACCIÓN.

Tantæne animis cælestibus iræ!

Nuestro modesto artículo bibliográfico intitulado *La Filosofía en la Nueva España*, ha hecho salir de sus casillas á un sesudo periódico quincenal que en esta ciudad se publica, bajo el apacible nombre de *La Religión y la Sociedad*. Nunca creímos que nuestro pálido resúmen de la concienzuda obra del sabio laguense Dr. D. Agustín Rivera, pudiese tener las proporciones de un botafuego; empero, el asunto es delicado á lo que parece, y tiene más de tres bemoles. Sin saberlo, hemos tocado la fibra sensible de un apreciable colega, lo que á la verdad mucho sentimos; sin alcanzar á explicarnos la razón por qué tal fibra sea tan delicada en dicha publicación, porque ciertamente la cuestión de si la filosofía recibió ó nó impulso progresista del gobierno español, no es asunto para romper el nombre y faltar á las tradiciones conciliadoras y pacíficas de una larga y honrosa carrera.

Debe haber misterio de por medio!

El Dr. Rivera es eclesiástico, honra á la clase á que pertenece, y bajo muchos respectos ocupa por su saber, pese á quien pese, uno de los primeros y más exclarecidos lugares entre el cuerpo sacerdotal de la diócesis; ¿por qué se ensaña contra él un órgano eclesiástico de la prensa? En los tiempos que corren, cuando los sacerdotes son objeto de hostilidad para muchos, es triste que dé el espectáculo de disensiones intestinas, ese cuerpo que las circunstancias mismas debieran tornar compacto. Déjese á otros la triste obra de desconceptuar y combatir á los sabios que la Iglesia abriga en su seno; no se devoren los unos á los otros, como los judíos asediados por Tito.

No es mucho aventurar, suponer que nuestro citado artículo ha hecho perder los estribos á *La Religión y la Sociedad*, porque sólo

así se explica que haya dado á la estampa contra nosotros dicho periódico, la extraña invectiva que reproducimos á continuación, escrita con mala fé, dicción penosa y embrollada, falta de criterio científico y estilo peripatético. El sofisma y el casuismo que en ella resplandecen, son dignos de los mejores tiempos de los P. P. Puga y Vallarta. Para tal Aquiles, tal Homero.

Una letra, cuya responsabilidad puede pesar sobre la conciencia del cajista, una traducción, una coma, una tilde, son oro molido en las manos peripatéticas, acostumbradas á los torneos del vejamen y de las sabatinas. Como prueba de esta verdad, reproducimos íntegro en seguida, el airado artículo que ha tenido á bien consagrarnos el periódico religioso, incluyéndolo en el nuestro, como suele el artífice engastar preciado brillante de hermosas aguas en tosca montadura. Helo aquí:

La "República Literaria" diciendo que defiende al Sr. Rivera.

Con el mismo título de la obra del Sr. Rivera, "La Filosofía en en la Nueva España," *han empezado á* publicarse artículos en el periódico "La República Literaria," *diciendo* (pág. 199) que van á presentar *un bosquejo y defensa pálidas* de la obra del Sr. Rivera, *bosquejo pálida*, noten los lectores. En cuanto al bosquejo se ve que se ha empezado á hacer una reproduccion truncada de lo que el Sr. Rivera dice, presentando sus argumentos con mayor debilidad. La defensa hasta ahora no aparece, porque nada se contesta á la impugnación que se está haciendo al Sr. Rivera.

Se encuentran ciertamente en la llamada defensa algunas cosas *dignas de llamar la atención* en el terreno científico y literario, como son v. g.: que sin la palabra *calórico* no se concibe el estudio de la Física: (desdichados los físicos modernos que no la admiten!), que el Cardenal Gonzalez tiene mayor crédito en los capítulos y seminarios que en los demás círculos sociales: (¡desdichado el Sr. Rivera que lo llama eminencia literaria!) que si el Dr. Balmes hubiera escrito en otra nacion que no fuera España, se le habría tenido como un filósofo vulgar. Si viviera se alegraría de que lo vituperara el periódico "La República Literaria." Pero nada es tan notable como esta traduccion que nos dá dicho periódico (pág. 201):

Mus est vox monosyllaba. Raton es voz monosilábica. Aprendan los gramáticos, aprendan los matemáticos que las dos sílabas *ra ton* son una sola.

Si el periódico "República Literaria" quiere defender al Sr. Rivera, conteste á la refutacion que se le está haciendo. Se dice que el Sr. Rivera al escribir contra su Patria, quebranta las reglas de la Lógica deduciendo consecuencias generales de hechos particulares, que no estudia los hechos conforme á las reglas de crítica, que virtupera sólo en México y en España defectos que han sido comunes á otras naciones que elogia, que trunca ú omite los testimonios que dán en favor de México los mismos autores que cita y en los lugares en que los cita.

Entienda el periódico "República Literaria" que la honra de México está bien afianzada, y que no la destruirá con llenar páginas hablando contra su Patria un periódico que sabe traducir diciendo: „ Raton es voz monosilábica."

PRUEBE el periódico "República Literaria" que el Sr. Rivera ☞ *no truncó* el testimonio del P. Alzate en la Gaceta de Literatura de 18 de Julio de 1789, omitiendo la breve y exclarecida defensa que hace de México contra uno de sus detractores.

PRUEBE que el Sr. Rivera no omitió los testimonios que dá Alzate en favor de México en las Gacetas de 7 de Noviembre de 1789. y de 22 de Marzo de 1790, que son las mismas que el Sr. Rivera *objeta* contra su Patria.

PRUEBE que el Sr. Rivera no hizo punto omiso de la sólida defensa que hizo Alzate de los mexicanos con ocasion de lo acaecido al aparecer la Aurora boreal de Noviembre de 1789.

PRUEBE que el Sr. Rivera en el argumento que tomó del prólogo de la Biblioteca de Beristain, no omitió lo que el mismo escritor y en el mismo Prólogo dice en favor de Mexico, deshaciendo por conpleto el argumento del Sr. Rivera.

En fin, en "La Religion y la Sociedad" se están contestando uno por uno los argumentos del Sr. Rivera; el periódico "Republica Literaria," para defenderlo *debe probar* que las contestaciones son nulas.

Se advierte á dicho periódico que aunque llenara tomos vilipendiando á su Patria mientras no *pruebe* se le exigirá que lo haga."

Podríamos volver golpe por golpe y aplicar el cartabón de la gra-

mática y del buen gusto á la filípica trascrita, para demostrar que nada tienen de común con ella ni el uno ni la otra; vasto campo encontraríamos donde ejercitar nuestra crítica en esas contadas líneas, según habrán podido observar nuestros lectores. Pero nos abstenemos de hacerlo, porque nos daría lástima perder nuestro tiempo en cosas pueriles.

Extrañamos por nuestra parte, que *La Religión y la Sociedad*, que trae entre manos las grandiosas empresas de destruir el sistema de Copérnico, aniquilar á los Estados-Unidos, impedir que los extranjeros se lleven nuestra plata y sustituir con asnos los ferrocarriles, tenga bastante fuerza de atención para fijarse en fruslerías gramaticales: esa gran fuerza que le reconocemos, es acreedora á una admiración sincera, que no le escaseamos por nuestra parte.

Nuestro periódico no es de polémica. Tenemos, por otra parte, suficiente respeto al personal de la redacción del periódico á que aludimos, para prolongar por más tiempo este combate que no hemos buscado. Esta será, pues, la última vez que toquemos la *explosible* materia de la filosofía en la Nueva España, por temor de ver volar al Estado; esperando que *La Religión y la Sociedad* zanje la cuestión debatida, más bien que con argumentos de si dijo ó no dijo tal ó cual cosa Alzate, con la designación de las famosas obras de filosofía que se hayan escrito y de los insignes filósofos que hayan florecido en tiempo de la colonia. El trabajo es sencillo, es el de formar un catálogo. Ni el Dr. Rivera ni nosotros tenemos que probar que no los hubo; *La Religión y la Sociedad* tiene que justificar lo que afirma, según las reglas de un criterio sano.

Entre tanto y puesto que Goliat viene á nosotros con grandes voces, tomamos algunas piedras del valle del Terebinto, y las ponemos en nuestra honda.

*
* *

El coloso desea conducirnos con voces provocativas á los enmarañados y escabrosos sitios donde habita á la continua. Casuista incorregible, quiere que probemos que los textos de Alzate y Beristain citados por el Dr. Rivera no están truncos; pero no nos hallamos dispuestos á dejarnos coger en la trampa. No estimamos de grande importancia el que tales textos estén ó no cabales; porque aun su-

poniéndolos truncos, no con esto se demostraría que la Filosofía en la Nueva España hubiese estado floreciente, que es el punto discutido.

Nosotros no prohijamos todos y cada uno de los argumentos empleados por el Dr. Rivera para demostrar el atraso de las ciencias filosóficas en nuestro país bajo el gobierno de los virreyes; tomamos las cosas en globo y somos de opinión de que el libro demuestra sobradamente esta verdad.

Condenar todo un libro, porque contenga algún error incidental, es tan desatinado como juzgar vencido á un ejército porque lo sea alguno de sus soldados; muchos combatientes perecen en la lucha, aun en las filas del ejército que gana la victoria. El Dr. Rivera, autor del libro, se encargará de registrar la *Gaceta de Literatura* y la *Biblioteca*, y responderá á estos cargos de pormenor, que á nosotros no nos atañen; lo que nos importa es sostener la tésis en términos generales, que es como la hemos abordado.

Hemos dicho y sostenemos lo siguiente. España, en tiempo de su dominación en América, estuvo atrasada en filosofía.—Secuestrada la Nueva España al comercio del mundo por el régimen colonial, participó de este atraso de la metrópoli.—No tuvo filósofos notables la Nueva España; antes bien la enseñanza peripatética hizo de la filosofía un ridículo guirigay de insulceses y vaciedades.

Obra de romanos sería emprender la destrucción de estas verdades incontrovertibles, sólo comparable con la de aniquilar á los Estados-Unidos, que trae entre manos *La Religión y la Sociedad.*

"No fué, en verdad, la *filosofía*—dice un célebre historiador (1)—la ciencia en que se hicieron más adelantos en este reinado, bien que era bien difícil su reforma, porque tal vez en ninguna parte se hallaba tan atrasada como en España, ni en parte alguna acaso, se pondrían los obstáculos y reparos que aquí pusieron la ignorancia y la preocupación cuando se trató de acomodar su enseñanza á los adelantos filosóficos de otros países. Al recordar que la universidad de Salamanca, excitada por el Consejo de Castilla á reformar sus estudios, contestaba que no se podía apartar del sistema del Peripato, que los de Newton, Gasendo y Descartes no simbolizaban tanto

---

(1) D. Modesto Lafuente. *Historia de España.* Parte III, libro VIII, "España en el reinado de Carlos III."

las verdades reveladas como el de Aristóteles, que no se atrevía á ser autora de nuevos métodos, y que juzgaba preferible á todos los libros el Goudin, porque era conciso y tenía buen latín: confesamos que no se hizo poco en introducir algunas reformas en los planes de estudios, para irla sacando del estrecho círculo á que estaba reducida de impertinentes y áridas cuestiones, de argucias y sutilezas, y comentarios de varios libros de Aristóteles, y en ampliarla con algunas nuevas asignaturas haciendo obligatorio su estudio para poder pasar á otras facultades.

".....Obras filosóficas apenas hubo quien escribiese; ni era este el ramo en que hubieran brillado los ingenios españoles, habiendo estado entre nosotros durante siglos estacionaria la filosofía, y siendo como una esclava del escolasticismo."

Todo cuanto había en la Nueva España, pasaba por el tamiz español; esta colonia, así como las otras pertenecientes á la misma potencia, fué reducida al aislamiento para preservala del contagio de la impiedad y para conservarla sin sobresalto. "Como todos los gobiernos despóticos que encuentran en su territorio muchos elementos de oposición, como el antiguo Egipto, como la China, como el Japon, esforzóse España en preservar á sus súbditos del contacto con los extrajeros, y practicó con todo rigor el sistema del aislamiento. Al principio dió origen al sistema un pensamiento enteramente legítimo de protección; toda la Europa estaba llena de envidia por las posesiones españolas, y la metrópoli podía temer que se pensase en arrebatárselas. Más tardè, levantáronse las sospechas contra los mismos colonos; se quiso impedir la introducción de ideas extranjeras, compañeras algunas veces de la importación de mercancías. Las leyes fueron draconianas y desapiadadas las costumbres. Fué prohibido el comercio con el extranjero, ejercido sin permiso expreso, bajo pena de muerte y confiscación. Hasta mediados del siglo XVII, trataban los españoles como criminal todo barco extranjero que se encontraba en las aguas de las colonias. Los marinos de otros países qnc bajaban á tierra, eran ejecutados frecuentemente, ó condenados á los trabajos de las minas. Los franceses que visitaron la Florida de 1564 á 1567, fueron muertos casi en su totalidad por los españoles. Mientras el poder de España estuvo floreciente, no hubo esperanzn de disminución en el rigor de las leyes; más tarde se cambió en gabela, es verdad, la prohibición

absoluta; empero la posición de los extranjeros no era mejor por ello. Una vez en las colonias españolas, el Santo Oficio los inquietaba sistemáticamente, bajo pretexto de heterodoxia. La desconfianza metropolitana persistía y se manifestaba en todas ocasiones. A mediados del mismo siglo XVIII, la llegada de un buque de Boston á la isla de Juan Fernandez para hacer estación, ó la aparición de un ballenero inglés en el mar del sur, daba motivo á amonestaciones y cambios en el personal de la administración de las colonias (1)."

Como consecuencia del régimen colonial, la Nueva España, aislada de todas las demás naciones, no tenía trato sino con la metrópoli. Esta, atrasada en los estudios filosóficos, difundió en la colonia esa filosofía escolástica de que habla en términos tan desventajosos D. Modesto Lafuente, y censura Feyjóo con tanta gracia. No se necesita apurar mucho el entendimiento para comprender, dados estos antecedentes, que la filosofía adoleció de lamentables estravíos y defisciencias en la Nueva España.

"El sistema de gobierno que ha regido la España—decía el español D. José Presas (2)—particularmente en los dos últimos reinados, era el más á propósito para perder sus Américas. Era necesario ignorar enteramente los sentimientos del corazón humano, ni tener una tintura de la historia antigua ó moderna, para no prever que el día en que los americanos llegasen á conocer su situación y á considerarse con suficiente fuerza para separarse de la metrópoli, dejasen de hacerlo en la primera ocasión favorable que se les presentase. —El gobierno de Madrid jamás tuvo presente este futuro necesario; y *en vez coartar y poner límites* á la ilustración *que* tan impolíticamente *se había fomentado en tiempo de Carlos III*, permitió y toleró que esta fuese cada día en aumento con el roce y trato de los extranjeros, franqueando á estos la entrada en aquellos países, contra lo que estaba sabiamente dispuesto por las leyes de Indias, cuya imprevisión es más notable en el Sr. D. Carlos IV, que dispuso y mandó que se manifestasen los archivos y permitiese al barón de

(1) P. Leroy-Beaulieu. *De la colonisation chez les peuples modernes*, chap. I, "De la colonisation espagnole."

(2) *Juicio imparcial sobre las principales causas de la revolución de la América española*, cap. II "La excesiva generosidad del gobierno español con sus colonias, ha contribuido á la independencia de América." Burdeos, 1828.

Humboldt sacar copia y noticia de todos los documentos que exigiese para escribir su célebre Ensayo del reino de la Nueva España, por el que ha llegado á noticia de las demás naciones lo que convenía tener oculto...... Quiso la España manifestarse generosa y estableció colegios, universidades, academias, seminarios, escuelas de matemáticas, de astronomía, de náutica y minería, bibliotecas públicas y *hasta gabinetes de física......* Los conocimientos que los naturales del país adquirieron en estos gimnasios ó escuelas, estimularon su curiosidad, y quisieron ver por sus propios ojos, aquellos mismos objetos cuyas teorías ó principios se les habían explicado ó enseñado, y varios hijos de casas poderosas vinieron á viajar á Europa, de donde regresaron á su patria *llenos de conocimientos, llevando consigo una multitud de libros extranjeros.......*"

Después de esto, no se puede dudar que deliberadamente haya procurado la metrópoli mantener la ignorancia en sus colonias, en todos aquellos asuntos que estimaba peligrosos para su dominación; y que en este sistema haya entrado el prohibirles todo trato con los extranjeros. Carlos III, faltando á las tradiciones coloniales, dió mayor ensanche á la ilustración de sus provincias ultramarinas, y ya vemos como á esto se atribuye en gran parte, la independencia de las naciones americanas. Carlos III comenzó á reinar en España en 1759, y sus disposiciones en favor de la ilustración colonial, datan del último tercio del siglo pasado, esto es, de los últimos años del gobierno virreinal; así es que con la historia en la mano se demuestra, que la Nueva España estuvo atrasada en la filosofía poco menos de tres siglos, como que esta ciencia es una de las más aborrecidas y reputadas peligrosas por los gobiernos absolutos.

Ningún escritor de las cosas de la Nueva España, alaba los adelantos filosóficos de la colonia, antes bien, los de fines del siglo XVIII, que se ocupan de este asunto, se mofan de los peripatéticos que estaban entonces en toda su privanza, dirigiéndoles duras invectivas y pintándolos con rasgos de todo punto risibles.

Una advertencia antes de cerrar este punto. D. José Antonio Alzate no era padre, como equivocadamente lo dice *La Religión y la Sociedad* (1).

---

(1) Sosa. *Mexicanos distinguidos.*



Es tiempo ya de contestar los cargos personales que nos dirige el periódico enemigo de Copérnico.

Hemos dicho en nuestro artículo intitulado la *Filosofía en la Nueva España*, que sin las palabras *electricidad* y *calórico* no se concibe el estudio de la física. *La Religión y la Sociedad*, siguiendo la costumbre peripatética que consiste en argüir de mala fé para *concluir* al adversario con razón ó sin ella, hace punto omiso de la electricidad, se ocupa sólo del calórico, y comenta la frase de esta manera: *¡desdichados de los físicos modernos que no la admiten* (la palabra calórico)! Esta salida de sofista, demuestra la excelencia de la escuela. Calórico en español es el principio ó agente hipotético de los fenómenos del calor; sea cual sea este agente, bien el movimiento como fenómeno especial de los cuerpos, bien el éter vibrante, el calórico constituye una parte de la física que abraza una clase entera de fenómenos. Cuando hemos dicho que sin la palabra *calórico* no se comprende el estudio de la física, nos hemos referido á la sustancia misma de la ciencia, y no á las novedades del vocabulario científico; quien no conozca los fenómenos producidos por el calor, no puede preciarse de saber la física.

La argucia, pues, consiste, en tomar la palabra calórico por su forma y no por su sentido. Aun tomándola por su forma ¡qué grande inexactitud encierra el comentario del periódico aludido! Es verdad que el insigne Jamin en su *Cours de Phisique* llama *Calorimetria* al tratado especial del calor; pero también es verdad que el R. P. Secchi abre su obra clásica sobre la *Unidad de las fuerzas físicas*, con un libro destinado al estudio del *Calórico.* Según esto, no queda más que decir, sino que el P. Secchi no sea físico moderno, ó bien que sea un físico de tres al cuarto: por lo que hace á nosotros, nos contentarémos con ser antiguos ó atrasados en nuestro vocabulario de física, en compañía con el autor de la *Unidad de las fuerzas físicas.*

Escuece á *La Religión y la Sociedad* que digamos que el Cardenal Gonzalez tiene mayor crédito en los capítulos y seminarios que en los demás círculos sociales, y agrega *¡Desdichado el Sr. Rivera que lo llama eminencia literaria!* La filosofía tomística que expone

dicho cardenal, lo hace por el carácter especial de su dedicación, más apreciado entre las personas eclesiásticas que entre las laicas; este es un hecho, y sería bastante para justificar nuestro aserto. Pero á mayor abundamiento, ocúrresenos una reflexión que naturalmente provoca la glosa trascrita.

¿Son los capítulos y seminarios círculos intelectuales tan dignos de menosprecio, que sólo porque en ellos gozara de mayor crédito Fray Zeferino, debería dejar de ser eminencia literaria? Permítasenos indignarnos contra tan ofensiva opinión, á nombre de los capítulos y seminarios, á pesar de no ser seminaristas ni canónigos!

Dijimos que Balmes, con todo y haber sido el primer filósofo de renombre universal que ha tenido España, no habría pasado de ser uno de tantos en otra nación de Europa mejor dotada para la Filosofía; y agregamos, aclarando nuestro pensamiento, que en Francia habría sido como Cousin ó como Janet. El periódico de que nos ocupamos, haciendo á un lado el concepto aclaratorio, nos atribuye haber dicho que en otra nación, Balmes habría sido un filósofo vulgar, y agrega: *Si viviera se alegraría de que lo vituperara el periódico "La República Literaria."* Sin parar mientes en lo que tiene de poco cortés la frase citada, nos permitimos hacer la observación de que no está bien que trunque y desfigure nuestras expresiones, quien echa en cara con más ó menos razón á cada paso el autor de la *Filosofía en la Nueva España*, que mutila los textos de Alzate y Beristain. ¿Por qué caer en los mismos vicios que tan feos se ven en los demás?—Por otra parte, cuando hemos dicho que Balmes, en nación mejor dotada que la española para la filosofía, habría sido uno de tantos, como Cousin y Janet en Francia, por ejemplo; lejos hemos estado de querer significar que hubiera sido un filósofo vulgar, como de nuestro mismo ejemplo se colige. Solamente ignorando quien fué Cousin, y quien es Janet, se puede rechazar la comparación de Balmes con estos filósofos, y creer que se le vitupera poniéndolo á su altura. Cousin ha sido un gran expositor de todas las teorías más racionales y verosímiles de la filosofía moderna, en un estilo siempre admirado y admirable. Durante su larga vida, supo despertar en Francia con sus escritos, considerable movimiento científico y filosófico, siendo quien principalmente dió á conocer y expuso las doctrinas de Kant, Fitche, Schelling y Hegel en su patria. —Paul Janet, el brillante pensador que todavía vive para gloria de

Francia, es uno de los representantes más caracterizados é importantes del espiritualismo filosófico tan combatido en nuestra época, y ha publicado crecido número de libros que han sido muy aplaudidos.—Nada sale, pues, perdiendo el Dr. D. Jaime Balmes con la comparación, sino más bien ganando quizás.—Al decir que hubiera sido uno de tantos filósofos, como los citados, en nación mejor dispuesta por la naturaleza para esta ciencia, hemos querido significar, que no ha sido jefe de escuela, ni iniciador de movimiento nuevo y desconocido en los espíritus, como Descartes en Francia, Locke en Inglaterra, y Kant en Alemania. Fué un expositor inteligente y claro de la filosofía que halló criada cuando comenzaron sus trabajos intelectuales, y nada más; pero no es poca gloria á la verdad, el haberlo sido.

Vengamos ahora á la traducción latina que ha producido la hilaridad del periódica quincenal. Traduciendo esta oración *mus est vox monosyllaba*, escribimos *ratón es voz monosilábica.* De aquí toma pié el alegre y burlón colega para decir que nosotros afirmamos que *ratón* es *voz monosilábica.* Este ataque puede ser muy peripatético y muy escolástico; pero es de mala fé, y hace odiosa la escuela. Nosotros no afirmamos tal cosa, sino que sólo tradujimos en esta forma: *mus* ratón *est* es *vox* voz, *monosyllaba* monosilábica. Si *monosyllaba* en latín no significa monosílaba ó monosilábica en español, queremos no volver á comer pan á manteles. La traducción se refiere á ratón en latín, y no á ratón en español; esto lo sabe nuestro censor mejor que nosotros mismos. Dado lo acerbo de la crítica y el tono victorioso con que se señala nuestro pretendido dislate á la excecración de los gramáticos y de los *matemáticos (sic)*, es de presumir que la redacción de *La Religión y la Sociedad* habría hecho así la traducción de la frase latina: *mus* ratón *est* es, *vox* voz, *monosyllaba* ¡disílaba! Con lo que habría habido bastante para erigirle un monumento.

***

Se nos llama vilipendiadores de nuestro patria porque sostenemos la tesis del Dr. Rivera, respecto al atraso de la filosofía en la Nueva España; la patria no puede ser responsable de los errores del gobierno colonial; más bien merecería el nombre de *españolado*,

el que defiende que en tiempo del virreinato hubo en estas comarcas una rica eflorescencia filosófica, cuando de la historia consta que no la hubo y cuando ni Alamán mismo se atreve á sostenerlo (1).

Por lo demás, se ha hecho un abuso tal de las palabras *patria* y *patriotismo*, que nos tiene sin cuidado el que se nos llame poco patriotas en ciertos casos, mucho más cuando al lado de la palabra patriotismo existe el patrioterismo, y la palabra patriotero al lado de patriota. Por ejemplo, nosotros no habríamos apedreado á Mazzantini en México por ser torero español, ni habriamos levantado en palmas á Ponciano Diaz sólo por ser torero mexicano; sino que habriamos aplaudido al más habil de los dos, sin atender á su nacionalidad. Los que nos hubieran visto en tal actitud en la plaza de San Rafael ó en las calles de México, nos habrían tenido tal vez por malos mexicanos; pero nosotros habriamos quedado contentos de nuestra conducta, porque creemos que la patria debe ser honrada con la razón y no con las preocupaciones.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

(1) Ni por esto ni por nada de lo que decimos, se entienda que odiamos á la gran nación española, de la que nos gloriamos de descender, y á la que amamos casi como á nuestra patria. Nuestros argumentos no tienen por movil la pasión, sino tan sólo la defensa de un hecho histórico.

LA NOCHE.

Con la frente de estrellas coronada
Y el cuerpo entre las sombras escondido,
Camina melancólica y callada
Matando luces y extinguiendo el ruido;
Vago rumor engendra su pisada
Que de sopor profundo va seguido,
Temerosa la flor cierra su broche
Mientras con lento pié pasa la noche.

Su ser dilata la deidad oscura
Y como mar de sombra el mundo aniega:
Se ennegrece la nieve de la altura,
El verdor deslumbrante de la vega,
El monótono gris de la llanura.
Bajo el ala que oscura se despliega
Oculta el horizonte sus celajes,
Su azul el cielo, el campo sus paisajes.

Fué despojado de su manto ardiente
Por la sombra que pérfida resbala
El fulgor blanquecino del poniente,
Que cada vez más palido, señala
El sitio en que al hundirse el sol fulgente
Llevó consigo la soberbia gala,
La majestuosa pompa que lucía
Vestido de esplendor el claro día.

¡Huye el grato calor tras la luz bella
Y su aterido pié moviendo el frío,
Imprime por doquier su triste huella!
Nieve helada y sutil envuelve el río,

Acaricia la flor y esparce en ella
Las perlas diminutas del rocío,
Y en la noche invernal de tardo vuelo
Fabrica sus carámbanos el hielo.

El flexible reptil, la bestia hirsuta,
El insecto sedoso, el ave tierna,
El feroz tigre, la raposa astuta,
El gamo esbelto de la leve pierna,
La tortolilla blanda, irresoluta:
En quiebra, en rama, en nido ó en caverna
De reposo disfrutan halagüeño
En el regazo plácido del sueño.

¡Mas no lo aduermes todo, noche umbría!
Vigilantes se agitan en tu seno
La inmunda hiena, la lechuza fría,
El voraz lobo de perfidia lleno,
El cruel vampiro; ni te muestras pía,
Si al malhechor incitas contra el bueno
O niegas tu beleño al desdichado
A quien mantiene en vela su cuidado.

Sombras, silencio, soledad, pavura,
Quietud, rumores, ayes y misterio,
Pesan sobre la tierra mientras dura
De la callada noche el triste imperio;
Y entre tanto despliega allá en la altura
Su incomparable luz el hemisferio
Do varias en fulgor, radiantes, bellas,
Cintilan las innúmeras estrellas.

Absortos de un lugar á otros lugares
Se dirigen los ojos complacidos:
¡Cuánto esplendor! los blancos luminares
En la serena bóveda esparcidos
Por aquí se congregan á millares,
Acullá resplandecen desunidos;

Y brillan apacibles, vaporosas,
Con vaga claridad las nebulosas.

Ora destelle con vislumbre escaso
O con vivo fulgor radie en la esfera,
El accidente ruin, el torpe acaso
Nunca mancillan la eternal lumbrera:
La estrella desde el orto hasta el ocaso
Somete á ley augusta su carrera,
Y todas con acorde movimiento
Resbalan por el orbe en giro lento.

En torno á la inmutable Cinosura
Luciente el Carro sin cesar voltea,
Andrómeda lamenta su amargura,
El lumíneo Dragón se contornea,
Auriga reverbera lumbre pura,
Solio de luz oprime Casiopea,
Perseo respira horror, Aries sosiego,
Orión esparce luz y el Tauro fuego.

¡Dejadme contemplar esa ancha zona
Que ciñe el firmamento cristalino
Y de prodigios tantos es corona!
Polvo sutil, sidéreo, diamantino,
Se alza en argéntea nube y perfecciona,
Vía láctea, tu cerco peregrino:
El Aguila y el Cisne entre tus galas
Despliegan ledos sus radiantes alas.

Súbito rasga la fugaz estrella
El manto de la noche constelada,
Vénus alumbra con su lumbre bella
El plácido fulgor de la alborada,
La célica extensión á veces huella
El cometa de cauda prolongada,
Y crece ó mengua la apacible luna
Mudable cual la vida ó la fortuna.

¡Cuántas veces, velando tu serena,
Tu primorosa faz, nocturno cielo,
Se alza la torva nube, el rayo truena,
El viento silba, se extremece el suelo!
De congoja y pavor el alma llena
Siente el mortal y con piadoso anhelo
Humillada la frente, altas las manos,
A los dioses invoca soberanos.

¡Cuántas veces ¡oh noche! tu discreta
Y pacífica sombra da remedio
Al mal de amor que al corazón inquieta!
¡De la humana labor grato intermedio!
Tus encantos inspiran al poeta,
Tu plácido esplendor disipa el tedio,
Sellas del necio los parleros labios
E iluminas la frente de los sabios.

Mas ¡ah! perturban tu bendita calma
La indómita pasión, el crímen fiero,
El cruel dolor que despedaza el alma,
La flaca enfermedad de pecho artero,
Del triunfo por ceñir la inícua palma
Urde sus asechanzas el guerrero,
Insaciable se afana la codicia,
Vela entre mil recelos la avaricia.

Nada importa: eres paz, eres descanso,
En tu seno se aquietan las pasiones
Cual la corriente en límpido remanso.
¡Curas tú los llagados corazones!
No importa, si á tu amparo duerme el manso,
Que á Césares turtures y á Nerones.
¡Vele el vil seductor, vele el celoso,
Tú el sueño guardas del feliz esposo!

Enero 10 de 1887.

PORFIRIO PARRA.

EL ROSAL.

(TRADUCCIÓN.)

—¡Rayos y truenos! Se necesita ser muy canalla!. .... ¡ah! ¡malvados!—Así exclamaba el anciano guarda, parado en frente de un sepulcro, y después de haber agotado todas las interjecciones del asombro y de la ira.

Y en verdad que aquello era ya demasiado: no podía creerse semejante maldad. Nunca jamás, á Dios gracias, había tenido ocasión de presenciar un hecho como el que se venía repitiendo ahí hacía algunos días, confundiéndole, llenándole de indignación, trastornándole completamente el juicio.

¡Y á fé que no era poco el tiempo que tenía de rondar por las silenciosas avenidas! Diez años hacía que el buen Juan—un valiente de los días heroicos—había dejado el regimiento, y obtenido, gracias á su excelente hoja de servicios y á no pocas heridas atrapadas aquí y acullá, el modesto empleo de guarda del cementerio de Ivry. Solterón viejo y obstinado, y sin familia, encontróse después de haber abandonado á sus compañeros de armas, solo en el mundo, sin afectos, ó mejor dicho, con un amor único: el de la medalla militar que ostentaba en su pecho. De manera que sin darse cuenta de ello, fué tomándoles cariño poco á poco á las tumbas encomendadas á su cuidado, hasta el punto de hacer de ellas la segunda pasión de su alma honrada y generosa.

Ellas llegaron á ser el encanto de su existencia, la ocupación única y constante de su espíritu, su vida entera; las consideraba como propiedad suya; aprendía de memoria las inscripciones recientemente pintadas en las cruces de madera, ó grabadas en la piedra. *Sus* tumbas eran su familia, sus amigos, su regimiento, y en medio de ellas, paseando lentamente, acostumbrado al ruido monótono que producían sus pasos en la arena del camposanto, dejaba trascurrir sus días en beatífico sosiego.

Mas su dicha, había desaparecido como por encanto; su vida tan

dulce y serena habíase envenenado repentinamente: la ira más cruel hacía hervir su sangre: el señor Juan—como le llamaban con respetuoso afecto las gentes de los alrededores— habíase apercibido de que robaban sus tumbas! Y cosa rara: los objetos de valor permanecían en su puesto, pero desde el momento en que un sepulcro se engalanaba con hermosas plantas, una mano sacrílega, profanando el santo recuerdo, robando al muerto, arrancaba las flores más bellas.

La impiedad inconcebible de aquel crímen, llenaba de confusión la inteligencia del viejo soldado, en cuyo cerebro sólo una idea alentaba: coger al ladrón y!..... y!..... no terminaba, pero extendíase su brazo amenazante, y cerrando el puño golpeaba en el vacío como si tuviese delante al miserable. Hacía girar en torno suyo su grueso bastón que iba después á azotar el suelo, haciendo saltar mil piedrecillas, y continuando su paseo, condensaba su cólera en estas palabras:

¡Rayos y truenos! Se necesita ser muy canalla!

***

Aquella tarde, al torcer por una de las avenidas del panteón, el señor Juan divisó á una niña pequeñita, que caminaba con incierto paso. Estaba medio desnuda; sus harapos, al través de los cuales se veía la piel sonrosada y virginal, estaban cubiertas de lodo, y sus medias caían sobre los zapatitos completamente destrozados. Sus desnudos piés tropezaron en un guijarro: el dolor le arrancó un grito lastimero; detúvose un momento, y en seguida, mirando tímidamente á su alrededor, continuó su camino.

A lo lejos el guarda seguía con curiosidad á aquel tierno cuerpo, azotado por el viento que lo hacía temblar como á un débil junco. "Probablemente, se decía, ésta es una de esas niñas mendigas que pululan en el cementerio; vagabundas enviadas por sus infames padres, para arrancar dinero á la compasión del público." Mas repentinamente encendiéronse sus mejillas, sus ojos brillaron de cólera, quiso gritar, pero la emoción le hizo enmudecer, y no pudo; con una inmovilidad de estatua, se quedó parado, al ver que la pequeñuela se inclinaba sobre una tumba, y, asiendo con todas sus fuerzas un rosal recientemente plantado, lo sacudía violentamente.

Se echaba de ver que hacía un esfuerzo espantoso: por fin, logró arrancarlo, con un vigor de que no se le hubiera creído capaz.

Se puso en pié: oprimió el arbusto entre sus brazos, y echó á correr, tropezando á cada paso, cayendo y levantando, destrozándose horriblemente los piececitos, pero sin exhalar un gemido de dolor. Corría, corría como arrastrada por un torbellino, sin ver nada, sin oír nada, sin escuchar siquiera la respiración fatigosa del viejo guarda, que la seguía penosamente, murmurando entre dientes: "¡Ah, pícara! Te voy á pescar! Verás, verás como te vá!"



Cuando el señor Juan la alcanzó, allá en el fondo del cementerio en el rincón de la fosa común, la niña había caído de rodillas delante de una tumba que formaba singular contraste con todas las demás que en aquel sitio había: era una sencilla cruz de madera medio hundida en la tierra; pero ataviada como los sepulcros más ricos, con hermosísimas y valiosas flores.

Detúvose el guarda asombrado, contemplando á aquella criatura arrodillada que pronunciaba palabras ininteligibles, y cuyo cuerpecito temblaba sacudido convulsivamente por los sollozos, en tanto que de su pecho salían gemidos lastimeros y de sus ojos brotaban gruesas lágrimas que humedecían sus flacas y pálidas mejillas.

Después de breves instantes irguió la frente, y enclavijando las manos, levantó la voz de un dulce timbre infantil, articulando estas palabras, que resonaron de una manera extraña en el silencio del camposanto:

¡Madre mía que estás en los cielos!.........

Cogió el rosal, que había dejado cerca de ella, posó sus labios en beso respetuoso, prolongado, sobre una de sus flores, en seguida comenzó á escarbar la tierra con sus uñas, que se ensangrentaron luego, y cavando un hoyo le plantó ahí. En pié detrás de ella el señor Juan habíase quitado de una manera instintiva el kepis: pero reflexionando inmediatamente, cubrióse de nuevo, se echó en cara, furioso, aquel arranque de sentimentalismo, llenóse á sí propio de improperios, decidido á terminar de una vez, y poniendo con rudeza su mano en el hombro de la criatura, le dijo con voz ronca:

—¡Por fin estás en mi poder, ladronzuela!



Espantada, llena de pavor, la niña se volvió: miró la figura amenazante del guarda y un vocerrón terrible siguió murmurando en sus oídos "ladronzuela!" Gritó, quiso huir, pero paralizada por el terror, se quedó inmóvil, empezó á temblar y sus ojos asombrados se fijaron en los del viejo.

Este había endulzado la voz: parecíale imposible que aquella hermosa cabecita fuera la de un criminal. Y buscando sus mejores palabras, temeroso de asustarla y en tono casi paternal, comenzó á hablarle. La niña continuaba sin decir una palabra, callada, muda. Entonces la ira le dominó otra vez y levantando la mano con furor

—Vamos! habla, ó.........!

No pudo concluir, porque ella, sin hacer un movimiento, sin tratar de escaparse, resignada y esperando el golpe, inclinó la cabeza con infinita mansedumbre. El guarda entonces, avergonzado como si hubiera cometido una mala acción, se detuvo.

Ella quiso hablar, movió los labios, pero los sollozos no la dejaban: sólo gritos roncos y sonidos inarticulados salieron de su garganta. Transida por la emoción, destrozada por el dolor, se desplomó sobre sus rodillas, y con gesto desesperado, levantando el brazo señaló con el dedo, ennegrecido aún por el lodo, la tumba, en la cual sonreían las rosas.

El señor Juan no comprendía nada de aquella escena, que sin embargo le conmovía hondamente. Su cólera habíase desvanecido por completo en presencia de aquella niña que parecía tan desgraciada; olvidó sus rencores, la levantó y atrayéndola á sí suavemente le habló muy quedo, casi al oido.

—Ven, chiquita, no te haré ningún daño. Mírame bien:...... si no soy malo! Vamos, no llores ya, y dime por qué robas flores para traerlas aquí.

La niña, con un acento desgarrador, exclamó:

—¡Señor...... á mi mamá...... le gustaban tanto las flores!......

Un sollozo la interrumpió: después, reuniendo todas sus fuerzas:

—Se murió...... ella, mi mamá, señor. Unos hombres negros la metieron ahí...... y yo, yo quiero traerle flores!

—¿Y tu padre? preguntó el guarda cuya voz temblaba.

La niña se le quedó mirando candorosamente, con un asombro profundo, como quien no entiende lo que se le dice, y enclavijando las manos, contestó:

—Yo no sé!...... No sé...... No conozco más que á mamá, solamente á mi mamá...... Ah, señor! ¡Dejad que yo le traiga flores!

El guarda, bruscamente, levantó á aquella criatura en sus brazos nerviosos, la estrechó contra su corazón y sollozando á su vez, cubrió de besos la cabecita, que instintivamente se reclinaba en su pecho.

—¡Rayos y truenos! ¿Por qué no hablabas, inocente? ¿Conque á tu madre le gustaban las flores, no? Pues bien, ya no robarás más...... Ven conmigo, tengo un jardín lleno de rosas, vamos á cortarlas todas, y supuesto que á ella le gustaban, le traeremos muchas, muchas!

—Con verdad? Con verdad? De veras? exclamó la niña llena de júbilo, al mismo tiempo que su dulce fisonomía se serenaba. Y abrazando el cuello del viejo guarda, y llenándole de besos, con una ternura inmensa, añadió:

—Yo te quiero á tí!

En seguida dejándose caer, se arrodilló con mucha seriedad, y con los ojos levantados al cielo y la faz radiosa, comenzó á repetir en voz baja su plegaria

¡Madre mía que estás en los cielos!

El guarda se arrodilló también á su lado, y decía:

—Pobre ladroncita! Supuesto que te he pescado, ya verás que bien te vá! Serás mi hija!

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

EL COLLAR DE PERLAS.

Á mi hija María.

Mi madre me refería
Que una regular fortuna,
Cuando yo estaba en la cuna
Nuestra familia tenía.

Alegre y cómoda casa,
Buenos muebles, lindas flores,
Muy honrados servidores,
Y felicidad sin tasa.

Entre objetos muy curiosos
Guardados en bellas cajas
Tenía algunas alhajas,
En estuches primorosos.

Contaba entre estas, mi madre,
Orgullosa de tenerlas
Unas blanquísimas perlas,
Regalo de su buen padre.

Y me decía encantada,
Que siendo yo pequeñita
Era blanca, muy bonita
Y además muy bien formada.

Quizá á mi lector no cuadre
Cuando esta leyenda vea,
Que á una hija, siendo fea,
La encuentre hermosa la madre.

La mía que era tan buena
Tan sensible y cariñosa
Víame blanca y hermosa,
Siendo yo fea, y morena.

Perfecciones me veía
De la cabeza á la planta
Y mirando mi garganta
Gozaba la madre mía.

Con placer me colocaba
Al cuello sus lindas perlas
Ahí orgullosa de verlas
Segun ella murmuraba.

Las enredaba en mi brazo
Con delicia verdadera,
Formándome una pulsera,
O algún elegante lazo.

Y la dulce madre mía,
Entre mis negros cabellos
Formando adornos muy bellos,
Las perlas entretejía.

Y cuando enferma me hallaba,
Sin gran temor de perderlas,
Como un juguete, sus perlas
Por divertirme, me daba.

"Cuida esas perlas, que á tí,
Díjome, te entrego yo,
Cual mi padre me las dió,
Cuando quince años cumplí.

"Y sólo pensar me encanta,
Verte adornada con ellas,
Pues son las perlas tan bellas
Como hermosa tu garganta."

....

....

Desapareció en un día,
Aquella buena fortuna
Que mi familia tenía,
Cuando yo estaba en la cuna.

Y llovieron á mi padre
Mil trastornos y aflicciones,
Que él le ocultaba á mi madre
Por cariñosas razones.

Mi padre era inteligente,
Comerciante muy honrado,
Y muy bien acreditado,
Por fino, probo y decente.

El país hundido estaba,
En guerra civil odiosa
Y por doquiera reinaba
La ruina más espantosa.

Y la desgraciada suerte,
Al perseguir á mi padre,
Puso á mi adorada madre
A las puertas de la muerte.

Y mal los negocios viendo,
Mi padre en sus sinsabores,
Dió todo á sus acreedores,
Cesión de bienes haciendo.

Y en lugar de aquella dicha,
Que reinaba en nuestra casa,
Tuvimos negra desdicha
Y una tristeza sin tasa.

Y por dar pruebas de honrado,
Mi padre entregó en un día,
Cuanto en nuestra casa había,
Cuanto habíamos gozado.

Todos los muebles mejores
Y los libros de mi padre,
Y hasta los tiestos con flores
Que cultivaba mi madre.

Y ella, queriendo ayudar
A dejar limpia su fama,
Cuanto tuvo, quiso dar
Como esposa que bien ama.

Y entregó estuches, y cajas,
Y ahorros en plata y oro,
Y para mayor decoro
Cedió todas sus alhajas;

Las que había recibido,
De su familia, mi madre,
Recuerdos de su buen padre,
Que tanto había querido.

Fanática por su amor
Decía, como un gran rey;
"Que se pierda en buena ley
"Todo, menos el honor.

"Perderémos la riqueza
"Mas quedarémos honrados,
"Que vale más la pobreza
"Que bienes mal conservados.

Y sus alhajas, activa,
Iba entregando sin verlas.......
Mas tomó el collar de perlas
Y quedóse pensativa.

"Estas, nunca, dijo, no!
"Con la vista en ellas fija;
"Son las perlas de mi hija,
"A ella se las dí yo.

"Lo mío lo podré dar,
"No lo de mi hija querida;
"¡Si parece que la vida
"Voy con ellas á entregar!

"Ah! no es posible sufrir
"Tan terribles desengaños,
"Mi hija las debe lucir,
"Cuando cumpla sus quince años"

Y sus lágrimas brotaban;
Todavía creo verlas
¡Mas valiosas que las perlas
Por sus mejillas rodaban!

Y ya sin titubear,
Y con semblante sereno,
Ocultó el rico collar
En su palpitante seno.

"No sè si el remordimiento,
Dijo, algun día, me aflija;
¡Son las perlas de mi hija!
¡Que Dios me perdona siento!

Y se quedó sollozando,
Con una angustia infinita;
¡Lloraba la pobrecita,
Con su conciencia luchando!

....

....

II.

Entre varios acreedores
Que mi buen padre tenía,
Contábase un comerciante
Cegado por la codicia.

Tal vez ni á cincuenta pesos
La suma no llegaría
Que aquel exigente hombre
Reclamaba con justicia.

Y era la suma tan corta,
Que pensaba mi familia,
Pagarla de preferencia
Con delicadeza fina.

....

Presentóse el comerciante
En mi casa, cierto día,
Sin respeto á la desgracia,
Ni á la enfermedad que iba
La existencia de mi madre
Atacando con gran prisa;
Pidió luego su dinero
Con exajerada ira,
Y con insultos muy duros
En breve el pago exgía.

Suplicábale mi padre
Que esperase algunos días;
Mas contestó secamente,
—"No espero, ni un solo día,
"Pagad, pagadme, aunque sea
"Con ropa de vuetra hija.

III.

Mi madre, triste y enferma,
En una pieza inmediata,
Con indignación creciente
Aquel diálogo escuchaba.

Lentamente levantóse,
Débil, en extremo pálida,
Y sacando de un armario,
Una primorosa caja,

Tomó, llorando las perlas,
El collar que tanto amaba,
El regalo de su padre,
De familia antigua alhaja,
Y lo besó con respeto,
Bañándolo con sus lágrimas.
Dirigióse en el momento,
Haçia la pequeña sala
Donde insultando á mi padre
Aquel hombre duro estaba.
—"Esperad, señor," le dijo,
Con voz triste y angustiada,
"Suspended vuestros enojos,
"Teneos, por Dios, ya basta;
"En este mismo momento
"Vais á tener reembolsada
"La cantidad que os debemos
"Por nuestra fortuna ingrata.

"No con ropa de mi hija
"Sino con prenda mas cara:
"Aquí teneis estas perlas
"Ellas han sido valuadas,
"En triple de lo que os deben,
"Que decís os hace falta.

"Mas concededme el derecho
"De poder reconquistarlas,
"Porque me las dió mi padre,
"Y á mi hija las tengo dadas.

"Quedais pagado con ellas......
"Tomadlas, señor, tomadlas
"Y no volvais á insultar
"De mi esposo la desgracia."

Y dejándole el collar,
Volvióle luego la espalda,
Y regresó sollozando,
Hacia la vecina estancia.

....

Yo entonces era una niña,
Ahí jugando me hallaba,
Pero compredía bien,
De mi madre la desgracia.

Y al verla llorar sentía,
Hecha pedazos el alma.
Me arrojé luego en sus brazos
Intentando consolarla.

Besé sus preciosas manos,
Y besé su frente pálida,
Y—no llores—le decia,
Pero yo también lloraba.

Me contempló con triteza,
Besó despues mi garganta,
Y dijo con amargura;
"¡Ay! hija mía de mi alma!

"Cuando cumplas tus quince años
"Yo no te veré adornada

"Con ésas queridas perlas,
"Que me cuestan penas tantas."

Mas viendo que yo con ella
Enternecida lloraba,
Enjugó mi acerbo llanto
Con sus manos adoradas.

"Y—no llores—me decía,
"No llores nunca por nada,
"Todas las perlas del mundo
"Valen menos que tus lágrimas."

—"Pues no llores tu tampoco,
"No llores madre del alma,".........
Y yo besaba su frente,
Y ella mis labios besaba.

Y ocultábamos el llanto
Con una sonrisa amarga.
¡Ay! la pobre madre mía,
Por su fortuna ignoraba
Que en la senda de la vida
Me esperaba la desgracia
Para hacer que mi camino
Con mis lágrimas regara

IV.

Pasaron años y años;
Fortuna desdeñosa
Sus dones á mis padres
Negándoles siguió.
Ausente mi buen padre
Y en lucha tormentosa,
Mi madre siempre enferma,
Y en situación penosa
La que en mi edad florida
Mi planta atravesó.

Yo no era ya una niña,
La juventud dorada
Mostrábame un camino
De dichas, de ilusión;
Mas ¡ay! aquella dicha,
Estábame vedada,
Que la tristeza impía
Junto á mi hogar sentada
Cubrió siempre de duelo,
Mi joven corazón.

Cual pálida azucena
Que azota impíamente,
En medio á sus furores
Rugiendo el huracán,
Mi madre tan sensible
Tan noble é inteligente
Doblegaba su hermosa,
Su pensadora frente,
Del infortunio indómito
Al implacable afán.

Y recordando siempre
Sus tristes desengaños,
Besando mis mejillas
Con inefable amor,
En medio de ilusorios
Bellísimos engaños
Decía, "pronto cumple
"Mi hija sus quince años
"Y un botón me parece
"De nacarada flor.

(Su maternal cariño,
Que no burleis os ruego;
Así todas las madres
En su delirio son.
Es el amor de madre

Exagerado y ciego,
Y todo ven sus ojos
Bajo la luz del fuego
En que arde su cariño
Que es siempre una pasión).

"Ya no veré en su cuello,
"Sus perlas primorosas,
"Como era en otro tiempo
"Mi férvida ilusión.
"Tal vez en su garganta
"Se vieran más hermosas,
"Yo diera mis dolores,
"Mis noches fatigosas,
"Por gozar tan soñada
"Feliz satisfacción."

De mi adorada madre
Tan hondo desconsuelo,
Con angustiosa pena,
Tristísima sentí.
Mi alma desgarraba
Su inconsolable duelo,
Y un pensamiento santo,
Inspiración del cielo,
Mi mente iluminando
Se apoderó de mí.

V.

—"¿Lloras por tus bellas perlas,
Le dije, madre querida?
"¿Quisieras volver á verlas?
—"Si yo ambiciono tenerlas
"Es por dártelas, mi vida.

"Tuviera en verlas consuelo,
"Por ser un don de mi padre
"A quien Dios tenga en el cielo.

"¡Ay! El me cumpla este anhelo,
"Pueril capricho de madre.

"Encierran recuerdos tantos
"Esas perlas para mí........
"Tristes, dolorosas, santos,
"Son un manantial de encantos,
"Y por eso te las dí."

....

Abrigué desde ese día
La idea fija en mi mente
De trabajar con porfía,
Y las perlas prontamente
Volver á la madre mía.

Trabajando en mil labores,
Con penas y sinsabores
Muy largos de referir,
Conseguí en días mejores
Buena cantidad reunir.

A mi madre le ocultaba
Por qué tanto trabajaba:
Y si saberlo quería,
Que comprar algo anhelaba
Yo engañosa le decía.

Al fin recobré el collar,
Y con alegría santa,
Fuí á mi madre á saludar,
Quien me lo encontró, al besar,
Como siempre mi garganta.

Los quince años cumplía
Ese venturoso día,
En que devolví á mi madre
Con inocente alegría
El regalo de su padre.

Y mi amante corazón
Tuvo la satisfacción,
De ofrecerle aquel consuelo;
Aquella grata ilusión
En que cifraba su anhelo,

Y llorando de ternura,
Cariñosa me besaba,
Con angelical dulzura;
Y yo al mirar su ventura,
De satisfacción lloraba.

Y contemplando sus perlas
Dijo con encanto al verlas:
—"¡Olvido mis desengaños,
"Porque al fin logro ponerlas
"En tu cuello á los quince años.

"Guárdalas, mi hija adorada,
"Como un recuerdo de amor;
"Mas si te ves angustiada
"No guardes ni ocultes nada,
"Salva primero el honor.

VI.

Besé el collar, y con cariño santo,
Los cabellos besábame llorosa,
Derramando á torrentes dulce llanto
Al sentirse por su hija, tan dichosa.

Yo guardé aquellas perlas tan lloradas,
Y cuando del amor el suave arrullo
Vino á dorar mis horas encantadas,
Sentí de amar el soberano orgullo.

Y al hacer de mi amor el juramento,
Llevando siempre en mi feliz memoria

De amor filial el grande sentimiento
Y del collar la peregrina historia,

Quísele hacer un don á mi adorado,
Una ofrenda de amor sagrada y bella;
Tomé una perla del collar amado,
Y le entregué mi corazón con ella.

Y en el dedo anular, siempre en su mano,
Haciendo alarde de mi amor sencillo,
La ostentó con orgullo soberano
En artístico engaste de aureo anillo.

—"Fué esta perla, le dije, de mi madre;
"Y fué un recuerdo tan amado y tierno,
"Que ella la tuvo de su amante padre:
"Yo te la doy con mi cariño tierno."

"Como prenda de amor, y en mi memoria,
"Guárdala siempre tú, tenla contigo;
"Y de esta perla á la sencilla historia,
"Dale en tu noble corazón abrigo."

....
....
....

Esa historia de amor y desengaños
Conservo siempre, en mi memoria fija.
Como guardo el collar para que mi hija
En su cuello lo lleve á los quince años.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

Junio 9 de 1887.

LOS SINFONISTAS.

(CONCLUYE.)

Mozart encontró pues, un lenguaje musical formado del todo, y ya en posesión de sus principios y sus reglas; los procedimientos de modulación, ya inventados y practicados; la instrumentación docilitada y equilibrada, reposando sobre los sólidos cimientos del cuarteto. Durante el trascurso del siglo XVIII, el arte italiano reinaba en Viena y gran parte de Alemania. Mozart fué arrullado en su infancia por graciosas hadas que murmuraban á su oido melodías italianas. Después, sus precoces relaciones con el mundo teatral, al mismo tiempo que su presencia continua en los conciertos, ya como ejecutante, ya como auditor, iniciáronle en cuanto tenían de interesante las obras de los autores de fama como Jomelli, Bertoni, Anfossi, Sarti, Cimarosa, Guglielmi y Paisiello. Las impresiones que con esto recibió fueron enérgicas, y haciendo vibrar su alma sensible, á la vez que ensanchaban el dominio de su inteligencia, completaron los profundos estudios de armonía, que bajo la dirección de su padre y rodeado de maestros de capilla y organistas alemanes, había emprendido en Salzburgo. La vida nómada que llevó en su infancia y á principios de su juventud, contribuyó eficazmente por la variedad de objetos ofrecidos á su imaginación, á dotarlo de las raras facultades que lo han hecho producir obras maestras en todos los géneros: conciertos, sonatas, música de cámara, sinfonías, óperas y música sagrada.

Aunque el fondo de la orquestación de las obras de Mozart, sea el mismo de Haydn, y de los mejores maestros italianos contemporáneos suyos, dió al clarinete inusitada importancia en la sinfonía; lo introdujo en los *trios* y *quintetos*, y aun escribió un concierto para dicho instrumento cuyo sonido le era simpático. Su gusto por la armonía de los timbres era tan exquisita que rehizo la instrumentación de *Acio y Galatea* y las de *el Mesías*, *la fiesta de Alejandro* y *la Oda á Santa Cecilia* de Hændel, completando la familia de los

instrumentos de viento con el *corno inglés*, *corno di basseto* y *contrabasson*. En sus efectos de orquesta más bien lo admiramos como músico consumado y amante de lo bello, caminando en pos de un ideal encantador y lleno de armonía, que como innovador osado, émulo de Glück. Si ha expresado sensaciones profundas como en la escena de la entrada del comendador; lúgubres y solemnes como en el *Requiem*, ha sido dirigiéndose á la sensibilidad é inteligencia del auditor, y no á sus centros nerviosos por la conmoción de sus órganos.

A pesar de todo, y aun cuando se admitiese que la instrumentación de Glück sea de un efecto más patético y poderoso que la de Mozart en sus óperas, lo cual sin dificultad puede concederse, no por eso dejaríamos de concluir que no cabe comparación entre Mozart que sobresalió en todos los géneros, y Glück que solamente en el drámatico se hizo notable.

Glück al naturalizarse compositor francés, separóse de los sinfonistas alemanes y de los melodistas italianos: Mozart jamás hizo concesiones á nuestro gusto. Si lo hemos admirado y adorado, es por las cualidades francesas de su corazón, por su naturaleza expansiva, por la límpida claridad de sus ideas y de su estilo, y en fin, por la soberana hermosura de su genio.

Desde tan elevada cima las fronteras se borran, y para decirlo de una vez, el divino Mozart, destronado por los sectarios de la nueva escuela alemana, conservará en Francia sus altares.

La instrumentación dramática de Glück en *Alcestes*, *Orfeo*, las dos *Efigenias* y *Armida*, ha tendido constante, enérgica é indefectiblemente á corroborar la acción y completar el sentido de la letra y el canto por medio del timbre de los instrumentos. Muchos músicos han seguido este sistema, pero ninguno con mejor éxito que Meyerbeer.

Mozart no siempre desdeñó semejante medio de expresion (me refiero á los matices en la sonoridad) pero no ocurría á ellos sino transitoriamente, no vacilando sin embargo para emplear el campanario armónico en *la Flauta mágica;* el bandolín en la serenata de *Don Juan;* y los pífanos, timbales y triángulos en la obertura de *el Robo en el serrallo.* El alto rango que siempre se ha reconocido á *Don Juan*, probaría, si fuese menester, que poseedor de una cualidad que excedía la habilidad común, hacíale distribuir las sonorida-

des de la orquesta con una experiencia, y una ingeniosidad admirables.

Se percibe el empleo de las mismas facultades en *Idomeneo*, *Las bodas de Fígaro*, *Así hacen todas*, *el Robo en el serrallo*, *la Flauta mágica y la clemencia de Tito;* sin embargo, se ha considerado á *Don Juan* como su obra maestra, porque la concepción es ahí más levantada, y los sentimientos humanos expresados con arte maravilloso.

Aunque Mozart haya mostrado su superioridad en todos los géneros, acaso podriamos asegurar que por su profunda sensibilidad, la vivacidad de sus sentimientos y la facilidad para expresarlos puede considerársele, sin disputa, como compositor dramático. Su música de cámara es parlante, y lo que expresa, se dirije más bien á los afectos delicados del corazón, que á despertar la curiosidad del espíritu y el oido, sin dejar por eso de cautivarlos pues abundan en pasos de conmovedora expresión sus sonatas para piano y violín, sus trios, los seis cuartetos dedicados á Haydn, y sus admirables quintetos en *do* mayor, *sol* menor y *re* y *la* mayores.

Su predilección hacia el clarinete cuyo timbre en los acompañamientos á la sordina y en tono de *re* menor, es tan patético, manifiesta que en su mente asociaba los efectos de la música instrumental y concertante, para obtener la expresión dramática.

Ya de Lesueur no se ejecuta sino su música religiosa, no obstante que lo estimamos como gran sinfonista en sus óperas *la muerte de Adan*, *Pablo y Virginia* y *Osian ó los bardos*, no habiéndose dedicado compositor alguno á obtener de los instrumentos mayor número de efectos poéticos.

Con más gusto y método, Mehul obtuvo con el colorido de los diversos timbres armoniosísimos efectos. La romanza de Benjamin en su ópera *José* es, bajo este punto de vista, de una seductora sencillez. El *ritornelo* (melodía de dos compases sin acompañamiento) va reproducido á la octava por los altos y los bajos; los bassones y clarinetes ejecutan los dos compases siguientes que continúan los violines y terminan las flautas. El canto de Benjamín está acompañado igualmente por esta melodía á la que el autor ha exornado con otra parte de violín en *pizzicato* que es de un efecto arrobador.

La instrumentación de *el joven Enrique* del mismo autor, la consideramos perfecta.

Cherubine, tanto en *Medea* como en *las dos Jornadas*, manejó la orquesta con exacto conocimiento de la ciencia instrumental aunque no sin osadía. Y con efecto, en su *canto á la muerte de Haydn* nos sorprende con un cuarteto de violoncellos, combinación que á su turno nos espacia Rossini en la obertura de *Giullermo Tell*.

Teniendo por mira obtener más nervio en los finales, Spontini multiplicó los efectos de unísonos entre los instrumentos de viento y los de cuerda, en *Hernan Cortés*, *Inés de Hohenstaufen* y *la Vestal;* pero semejante proceder, seguido ya en las primeras óperas no constituye su gloria. Las primeras obras de Beethoven, desde el trio y quinteto en *mi* bemol escrito en 1796, hasta el célebre y admirable septimino para clarinete, cor, basson, violín, alto, violoncello y contrabajo, y aun su serenata para flauta, violín y alto que dió á luz en 1802, llevan el sello didáctico de Haydn y la gracia melódica de Mozart. Encuéntranse también semejantes vestigios en los cuartetos que compuso después y en sus demás obras musicales hasta el año de 1808, época del apogeo de su genio, pero esto sin perder su individualidad que siempre se nos revela en sus obras, caracterizada por una potencia siempre creciente, y una intensidad de expresión exclusiva de su música. A partir de este momento el gran sinfonista afecta la independencia más absoluta en la concepción de sus motivos, pero influenciado por la susceptibilidad nerviosa de su fogoso temperamento, ó bien por su aspiración hacia el ideal, y más aún por su sordera, prueba espantosa para un compositor, Beethoven se entregó á combinaciones de sin igual audacia, sobre todo, en los seis cuartetos que escribió de 1822 á 1826.

Uno de los más extraordinarios es el "Canto de acción de gracias, en el modo lidio que un enfermo curado ofrece á la Divinidad" y que no es sino el adagio del cuarteto dedicado al príncipe de Galitzin (obra 132).

Creyéndose curado Beethoven elevaba al cielo su pensamiento, mas la denominación de modo lidio que diera á su composición no está justificada: el tema principia por un intervalo de sexta, extraño al modo precitado, y sus desarrollos no discrepan de los anteriores del mismo maestro, sino por la nebulosidad de algunos pasajes: manchas que oscurecen el disco de un sol que se pone.

Las nueve sinfonías á grande orquesta, de Beethoven, cuentan tal número de bellezas que cada una de por sí requeriría análisis

tan prolijo, que bien podemos dispensarnos de hacerlo conocer al lector. El gran genio de Beethoven jamás se preocupó de modificar los elementos sonoros de la orquesta que Haydn y Mozart le legaran. Bastábase á sí mismo, y al concebir sus ideas, extendiendo el dominio de su imaginación á inaccesibles regiones como lo realizó en en la *novena sinfonía coreada*, la orquesta de Haydn sumisa le obedecía, ascendiendo la escala de los violines hasta el *la* sobreagudo; cantando los violoncellos partes de tenor, y arrollando sonidos los contrabajos, en los movimientos rápidos. Los instrumentos de viento los doblega á su placer para que expresen como en su inmortal septimino, los coloridos más suaves, y, así como los reune para que revistan de forma majestuosa á su sinfonía en *do* menor y á su *Sinfonía heroica*, si los dispersa, es para expresar como en la *Pastoral* episodios descriptivos como el de la *escena á la margen de un arroyo.*

Su estado enfermizo y sobre todo su malhadada sordera detuvieron sus pasos de gigante, en la carrera de la composición ideal; hay trazas de decaimiento en su obra *Oda al regocijo*, y varias nubes opacan el brillo de sus últimos cuartetos.

Las oberturas de *Egmont*, *Coriolano*, *las ruinas de Atenas* y *Fidelio*, exuberantes en ideas, y en los cuales al desarrollo de los temas no podía habérsele dado mayor extensión, si bien carecen de la variadísima expresión de las obras de Haydn, tienen mayor intensidad, y sus proporciones son gigantescas.

Con Weber, la música dramática y la sinfónica revisten otro carácter, resintiéndose una y otra del romanticismo literario, poético, sincero y entusiasta, que en Alemania se nutría con las leyendas germánicas y tradiciones escandinavas. Las oberturas de *Preciosa*, *Euriante* y *el tirador Franco*, ofrecen á nuestra admiración efectos pintorescos que hacen de ellas otras tantas sinfonías dramatizadas, en las cuales, el autor, hace producir sonoridades poéticas á los instrumentos de viento, y con especialidad á los clarinetes, cornos y bassones.

Ningún compositor ha tratado el género fantástico con más originalidad que él; pero sí la instrumentación de la escena de la fuente de los bailes en *el tirador Franco*, la marcha de bohemios en *Preciosa*, el coro de cazadores en *Euriante* y la ronda de noche en *Oberon*, producen grandes efectos, es porque á semejanza del repa-

je, visten y engalanan ideas reales, inspiraciones melódicas de tal entidad, que traducidas por un instrumento de un solo timbre, el piano, por ejemplo, conservan su encantó poético y todos los méritos de la composición original. Gravísimo error es atribuir al colorido de la orquestación, tan exagerada importancia, que llegue á estimársele como elemento de la composición. Así como los más grandes coloristas en pintura, han sido hábiles dibujantes, para los verdaderos compositores, la sonoridad, la variedad de timbres y el colorido instrumental no son sino medios para hacernos más sensibles las ideas melódicas y armónicas, expresándolas con mayor gracia y poderío.—A un orador no le basta poseer magnífica voz, si con ella no expresa pensamientos.

Boileau, de complexión delicada, discutía en cierta ocasión con Chapelain cuya voz era estentórea, y fatigado de no poder hacerse oír, "qué puede la razón con una miserable vocecilla, exclamaba, contra un gaznate como éste?

Mendelssohn ha sido el sucesor más digno que tuvieron los grandes sinfonistas. Sus obras se encuentran esmaltadas de ideas nuevas y aristocráticas á las que dan relieve instrumentaciones que nada dejan que desear; empero la impresión que producen al oyente no deja de ser algo fría, notándose que en la mayor parte de sus composiciones prevalece el tono menor que extiende sobre ellas un velo de monotonía; y no obstante, *El sueño de una noche de verano*, *la Gruta de Fingal*, sus oratorios *Paulo*, *Elías*, y su música de cámara bastan para colocar á Mendelssohn al par de los grandes maestros que han brillado en el presente siglo.

La instrumentación de Mendelssohn reboza en atractivos: con ideas melódicas que abundan en gracia y distinción; un inmaculado zurcido armónico sobre el cual se complace el compositor en realzar sus vaporosas y delicadas inspiraciones, todo esto origina que el total, aunque poco luminoso, nos cautive con singular concierto en el que, á imitación de Weber, pero con menos originalidad, se emplean con predilección los timbres de los cornos, bassones y clarinetes.

Berlioz amó, á la musa con pasión, pero no fué correspondido. Sin pretender rectificar aquí las especies que han circulado desde hace algunos años, referentes á hacerlo aparecer como un genio no comprendido durante su vida, ó como un gran compositor desgraciado

por la injusticia de sus contemporáneos, pues el exámen de semejantes aseveraciones corresponde á la biografía, el lector que se entere de la de Berlioz, tendrá que convencerse de que pocos compositores han sido tan favorecidos como él en su carrera.

Habiendo obtenido el premio de Roma en 1830, tuvo con este motivo múltiples ocasiones de hacer oir sus composiciones tanto en Francia como en el extranjero: su sinfonía de *Romeo y Julieta* fué estrenada en el Conservatorio; su *Requiem* en los Inválidos; su ópera *Benvenuto Cellini* se representó en el teatro de la Grande Opera con la valiosa ayuda de la Sra. Stoltz; los *Troyanos*, otra ópera suya que interpretó la Sra. Charton-Demeur, se puso en escena por primera vez en el Teatro lírico, y en el de la Opera cómica se estrenaron su *Condenación de Fausto*, y *la niñez de Cristo*.

Como escritor revoltoso y espiritual, trasformó en tribuna y fortaleza suyas, durante largos años, el folletín del "Diario de los Debates."

Miembro del Instituto; bibliotecario del Conservatorio, sin ejercicio, pero con tratamiento; jefe de orquesta internacional, Berlioz ha disfrutado en vida numerosas ventajas pecuniarias y distinciones honoríficas, diferenciándose completamente su vida, en este particular, de la de Reber, el excelente sinfonista, y de la de Feliciano David cuyos esplendores de verdadero genio admiramos. Muy buena voluntad han tenido para Berlioz los que nos lo presentan como víctima de la injusticia de sus contemporáneos.

Vitet comparaba á Eugenio Delaeroix con un músico de genio que no escribiera sino disonancias y desgarrase los oídos del auditor, con tal de no exponerse á que se le tachase de monótono. Si la comparación es delicada, carece de paridad: el músico "de genio" se abstiene de molestar el oído que le es indispensable para que se aprecien las bellezas de su obra, y al hacerlo dejaría por esto no solamente de tener genio, sino aun de ser músico.

Sin llevar mi irreverencia hasta decir que Berlioz, buscando el ideal, nos ha desgarrado los oídos con frecuencia; al menos ha herido su delicadeza con disonancias demasiado frecuentes y excesivas, desconociendo las condiciones de su conformación, é imponiéndoles sonoridades tales que su apreciación se ha tornado si no imposible, al menos laboriosa.

Berlioz, en mi sentir, ha dejado el buen camino, al desconocer

todos los elementos con que una civilizada tradición creara los hábitos y gusto de nuestro espíritu. Las artes como los pueblos al desconocer la tradición vuelven á la barbarie, porque, ¿qué es la tradición sino un cúmulo de obras maestras aquilatadas en el crisól de la experiencia? Los fragmentos de Berlioz que en el día se escuchan con placer fueron también apreciados en su origen, y ciertamente no se compraron los aplausos que en 1846 obtuvieron el *Minueto de los duendes*, y el hermoso baile *las Sílfides*. El septimino y el duo de amor de *los Troyanos* alcanzaron gran éxito desde luego, así como también siempre se han reconocido las bellezas que contiene *la niñez de Cristo*.

La diferencia entre las sinfonías de los grandes maestros y las de Berlioz, consiste en que estas presentan una complicación especial que supone en el compositor un trabajo tenaz, más bien que un sentimiento elevado de belleza. Sin unidad de concepción, las partes instrumentales al seguir sus diseños se cruzan á porfía en ritmos las más veces diferentes, y que producen igual efecto, que una tertulia en la que todos los concurrentes hablasen á la vez, y de cosas distintas. Si en *Lelio* y *la condenación de Fausto* se hallan divididos á cuatro y ocho partes los violines, y á cuatro los violoncellos; en el *Requiem* la exageración llega al colmo, no necesitándose para el *Tuba mirum* y *Agnus Dei*, sino diez y seis trombones, ocho trompetas, cinco oficleidas, diez y ocho contrabajos, dos tamboras, y ocho pares de timbales!!! Berlioz fué el inventor de estas *orquestas monstruos*, y la expresión es gráfica. Permítaseme decir, sin embargo, que opto por el *Requiem* de Mozart.

Schumann, como Berlioz y como Wagner, consagróse á la crítica; al exámen analítico y sutil de la *obra maestra*. Su música de cámara no está del todo desprovista de interés, pero en sus obras grandes como en el *Manfredo* y *el Paraiso*, las ideas se encuentran oscurecidas por un lujo de incidentes accesorios, que no tengo empacho en admitir como intenciones laudables, pero siempre de la misma clase de aquellas de las cuales se asegura está empedrado el infierno. Se destacan de la masa compacta de sus producciones cinco ó seis fragmentos agradables, que por todas las ciudades de Europa, se impuso la misión de hacerlos conocer, su heroica compañera la Sra. Clara Schumann, ayudada para esto de su gran talento como pianista.

La oda-sinfonía *el Desierto*, de Feliciano David, fué ejecutada en el Conservatorio, en 1844, luciendo formas nuevas, una inspiración independiente de los procedimientos ordinarios de la sinfonía, y una instrumentación característica á la vez que sencilla. No cabe vacilación al preconizar esta obra en la que con una música pintoresca se reproducen, poetizándolos, todos los incidentes que pueden sobrevenir á una caravana que atraviesa el desierto. Si el triunfo de esta obra ha sido brillante y duradero, consiste en que han sido respetados en ella el ritmo y el oído. Dotado Feliciano David de una imaginación poética que lo arrastraba á la meditación y al éxtasis, dedicábase al estudio de las armonías de la naturaleza pero no imitándolas servilmente sino como músico, y de una manera ideal. Así es como nos presenta en un solemne y admirable crescendo *la tempestad en el desierto, el simoun, la salida del sol;* en *Cristóbal Colon*, la canción de la madre india; en *el Eden*, el baile de las flores; en *Herculano*, el magnífico coro *Evohé* y el *Credo* cantado por Lilia y en *Lalla-Roukh* las sensaciones más suaves y poéticas expresadas en un lenguaje que, por otra parte, nadie ha escuchado en Oriente.

Aunque Halevy no haya escrito más sinfonía que *Prometeo*, esto no obsta para que le consideremos como uno de los músicos franceses que en sus óperas han sabido sacar de la armonía de los timbres, los efectos más patéticos y apropiados tanto al carácter de los personajes, como á su situación dramática.

Basta que recordemos el prefacio de la aria "*Raquel, cuando el Señor*" ejecutado por dos cornos ingleses; la célebre aria "*El vendrá*" acompañada por los cornos; la escena de la tumba en *Guido Ginebra* y el baile en *Jaguarita*. En *la Reina de Chipre* y *Carlos VI* avanzó tanto su ciencia instrumental que el mismo Meyerbeer adoptó efectos semejantes, en multitud de pasos de *el Profeta* y *la Africana*.

Lo que señala perfectamente la diferencia de gustos que siempre ha existido entre Francia y Alemania, es la acogida que dieron en Viena, Leipzig, Bonn, patria de Bethoven, y en todas las ciudades alemanas, á la música de Onslow que entre nosotros, sus compatriotas, jamás pasó de ser mediamente estimada.

Onslow compuso tres sinfonías, treinta y cuatro quintetos, y treinta y seis cuartetos, siendo considerado del otro lado del Rhin como

el primer sinfonista francés; mas su música de cámara ha sido abandonada en Francia, á causa de su poco interés melódico.

Reber resistió valerosa y estoicamente la invasión del *impresionalismo* musical. Desdeñando los medios facticios con los cuales otros autores arrancaban aplausos de grado ó por fuerza, no deleitando el espíritu sino sorprendiendo la imaginación, Reber permaneció fiel á la orquestación de Mozart y á la estructura musical de la frase de Haydn, pero siempre original, siempre ingenioso; algunas veces poético y sentimental, pero nunca sin parvedad y distinción. Mientras que Berlioz empleaba diez y seis trombones, Reber no hacía sonar uno solo, contentándose para la percusión con un par de timbales.

En la escuela del abate Vogler fué donde comenzó á acentuarse el espíritu de denigración y odiosa animosidad hacia los compositores italianos y franceses. Meyerbeer, discípulo suyo, fué tratado como tránsfuga y desertor de la patria alemana, cuando hizo representar *el Cruzado* en Italia, y *Roberto el Diablo* en Francia. Weber le reprochó esto con alguna amargura no vacilando en decir que eran concesiones al gusto extranjero.

Después, los que se dedicaban al estudio de la estética se agruparon y formularon sus doctrinas en los diarios y revistas. En Dresde, Weimar, Pesth y Leipzig; Franz Liszt, Schumann y Hans de Bulow quisieron oponer á los antiguos ídolos un nuevo culto. Ricardo Wagner apareció por fin, y con un somero exámen de sus obras cerraremos este artículo.

Por poco que asome en el horizonte una nueva celebridad, escritores, *reporters* y lectores hacen coro á porfía para saludarlo y darle la bienvenida. Si el nuevo astro no tiene todavía su reputación bien cimentada y su mérito se halla aún en tela de juicio, inmediatamente se forman dos bandos: uno se compone de la mayoría pacífica, confiada en sus juicios concebidos sin pasión, y tolerante porque conoce que la razón (la cual en materia de arte, vale tanto como gusto ó armonía de la belleza) acabará como siempre por prevalecer; otro lo forma la minoría estrepitosa y fanática capaz de aplaudir obras defectuosas, porque en su aspiraciones personales la impotencia anonada sus ambiciones, por manera que, como compositores, juzgan que sus obras se destacarán vigorosamente mientras las vecindades que ellos ensalzan sean de más dudoso éxito.

Hay también no escaso número de espíritus investigadadores que prefieren la idea falsa que germina hoy, desconociendo la exacta que floreció antaño, y que son capaces desde ahora de enaltecer la que aparecerá mañana: para ellos, cambio, significa progreso. Existen, aficionados frios é inconscientes que se abochornarían de no apreciar como hermosa una sinfonía, si la han oído aplaudir, no importa á quien, y sobre todo si los carteles de anuncio han atraído tal concurrencia que haya necesidad de esfuerzos para conseguir una localidad.

Si una silla en un palco les ha costado dos luises, la obra es interesante; si tan sólo adquirieron un asiento de patio, la obra es verdaderamente hermosa; pero si por la misma cantidad no lograron sino un banquillo la obra es sublime sin duda alguna. Además, los compositores demasiado favorecidos por sus coetáneos disfrutan regalías, procedentes de haber sido presentados por los periódicos como hombres de genio, desconocidos. Y con esto basta y sobra para que ellos, á su vez, se dispensen los honores de una fama póstuma, haciéndose desdeñosos al elogio ditirámbico del periodista, que por las circunstancias, es frecuentemente sustituido por el editor de la obra, ó el empresario de los conciertos.

Así es como en sentido diametralmente opuesto al *crescendo* de *la Calumnia*, tan bien orquestada por Rossini, se llega de aplauso en aplauso hasta el *colpo di canone* del apoteosis; entre tanto la *Verdad* desciende al abismo.

La influencia de los grandes músicos alemanes como Haydn, Mozart, Beetohven, Hummel, Schubert, Spohr, Meyerbeer y Mendelsshon ha fecundizado y desarrollado en los artistas el sentimiento de lo bello excitando la imaginación de los compositores y ofreciendo á su emulación modelos acabados, de igual suerte que los representantes de la nueva escuela alemana han detenido el progreso falseando el gusto y paralizando el genio de invención, elemento indispensable para la verdadera conposición. Combinar las séries de sonidos, agrupar los timbres, matizar las sonoridades, arpegiar, encadenar los acordes, hacer *trémolos* sobre la prima, multiplicar las conmociones acústicas, todo esto contribuye á la composición pero no pasan de ser efectos empleados con más ó menos habilidad.

La formidable potencia de la orquesta de Ricardo Wagner se explica por la multiplicidad de las orquestas en la orquesta y por la

superposición de timbres al unísono en las familias de los instrumentos de viento. Se notan en *Götterdämerung* hasta ocho partes distintas de cornos y cuatro de trompetas; y en *Rheingold* suenan diez y ocho yunques, amén de otras máquinas atronadoras. Se comprende perfectamente que después de haber sorportado sonoridades tan abrumadoras, se deleite el auditorio al encontrar una frase de canto acompañada por un solo instrumento; y de esta oposición, de este contraste, nace la explicación del efecto agradable que nos producen algunos pasos de *Lohengrin* en los cuales respiramos jadeantes al término de una larga carrera, y disfrutamos de un silencio bienhechor después de un gran ruido.

Que Wagner fué un compositor consumado en la ciencia, nadie lo pòne en duda; era un sinfonista de primer orden en el sentido técnico, pero le faltaron gusto y medida, siéndole desconocida la armonía de las proporciones.

Los trazos más notables de la tetralogía de Ricardo Wagner són las siguientes: el canto de las ninfas en *Rheingold*, aunque se haçe oir sobre una nota pedal (*mi* bemol) que dura doscientos compases! En *Walkirie*, el himno á la primavera y la cabalgata con arpegios de violín interminables; la escena de la despedida de Wotan y Brunilda; en *Siegfried* la sinfonía durante la cual se entrega el heroe, bajo los tilos, á sus éxtasis y en el *Crepúsculo de los Dioses*, la marcha fúnebre y la escena final de la catástrofe de Walhalla.

Toda esta polifonía, toda esta concepción babilónica no es grande y potente sino por su masa y jamás nos hará olvidar las grandes obras de nuestros maestros, así como los enormes monumentos de Elefantina y Cambodge no son capaces de sustraer nuestra admiración hacia las tranquilas bellezas del Parthenon, ó del conjunto armónico y majestuoso de nuestras catedrales góticas. Tànto peor para los Niebelungen y para el titán musical de Bayreuth, que al no poder escalar el cielo no hizo oír sino impotentes exclamaciones.

Berlioz, predecesor suyo en la odiosa tarea de denigrar á los representantes más caracterizados del arte musical no ha sido, es, ni será más feliz.

Los triunfos de *el Barbero, Otello, Moisés* y *Semíramis* lo impacientaban al extremo de que en sus memorias se leen estas palabras: "Me pregunté más de vez cómo podría arreglármelas para minar el Teatro italiano y hacerlo volar una noche de representa-

ción con todo su populacho rosiniano."—Ocioso nos parece asegurar que *el Barbero*, *Otello*, *Moisés y Semíramis*, sobreviven, y sobrevivirán á *los Troyanos* y *Benvenuto Cellini* de Berlioz.

F. CLEMENT.

(Versión castellana de Adrian Aguirre.)

Sor Juana Inés de la Cruz.

A la Sra. Esther Tapia de Castellanos.

Le dió la hermosa juventud sus flores;
Era bella y gentil; su gallardía
Allí en la corte virreinal lucía
Hiriendo pechos, inspirando amores.

Brillaban en sus sienes los fulgores
Del sacro fuego que en su mente ardía,
Y nunca el ave remedar podía
Las notas de sus cantos seductores.

Y cuando más el pueblo mexicano
Sus gracias, su virtud y su talento
Lleno de orgullo proclamaba ufano,

Dominada de oculto pensamiento,
Teniendo, acaso, horror al mundo insano,
Ocultóse en las sombras de un convento.

FRANCISCO SOSA.

Las poetisas Anita Isabel de Droste-Hülshoff y Luisa Hensel. (1)

"Cuba, ese puñado de tierra regado con tantas lágrimas y con tanta sangre española, se enorgullecerá siempre de haber producido la ilustre dama que inmortalizó el nombre de Gertrudis Gomez de Avellaneda," como escribe Teodoro Guerrero; "la Melpómene castellana," como la apellidó Pastor Diaz; "la heredera de la lira de Fray Luis de León," como la llamó Mr. de Villemain; "la primera entre todas las escritoras españolas," como la proclama un literato tan altamente reputado como Antonio Romero Ortíz. Y lo que la insigne autora del *Baltazar* y de *Alfonso Munio* es para España, haciendo vibrar los acentos vigorosos de su musa viril las cuerdas de los corazones españoles, eso es para los alemanes la egregia, la inmortal, la cristiana cantora *Anita Isabel de Droste-Hülshoff*, la primera entre todas las poetisas germanas, modelo de fé, orgullo de Westfalia en que nació; la cuyas poesías, así como las heroínas de su patria, nos recordarán la grandeza del pasado, aquellos tiempos de nuestros abuelos tan leales, tan sencillos, tan profundamente religiosos; la cuyos cantos son como la flor que en medio de las arenas del desierto ofrece al peregrino el benéfico rocío que guardaba piadosa en su cáliz. En concepto de ella, ser poeta no es sólo deber al cielo esa armonía que estalla en melodiosos ritmos, esa arpa que dá al viento notas de suavísima dulzura, vibraciones de entusiasmo, arranques nobles, noblemente expresados; sino desempeñar una misión sagrada, alumbrando con espléndida luz los tortuosos senderos de la vida, enriqueciendo las almas con los tesoros que recibió del cielo, derramando gotas de suavísimo néctar en nuestra copa de amargura, abrazando con fé y amor todo lo grande y todo lo bello, y ofreciendo su corazón á todas las almas afligidas cual paraíso abierto.

---

(1) Este artículo ha sido rimitido por su autor desde Colonia para nuestro periódico. Damos las gracias por su envío al reputado alemán, miembro correspondiente de la Academia Española.

Anita era poetisa, así como el pájaro, como la fuente, é imitaba en sus canciones la naturaleza áspera de su Westfalia, el ruido de la tormenta. No fué mariposa de colores, que suspira y vive en la luz, y á la que asustan la sombra y la soledad; y así como peregrinaba solitaria por los bosques de su patria, admirando y cantando las obras del Altísimo, en cuyo honor braman la selva, el torrente y la tormenta, están llenas de grandeza solitaria las producciones de su clarísimo talento y de su peregrino ingenio.

En cuanto á la predilección y á la verdad insuperables con que retrataba la naturaleza y la vida de su patria, la compararémos con el vate austriaco Adalberto Stifter, á cuya pluma no le bastaron, como al pincel antiguo, los tres colores de Polignoto: es tan grande su variedad en el color y el tono, teniendo su arpa tantas cuerdas como el corazón; es tan grande la originalidad que guardaba en su retiro verdadermente mujeril, que como poetisa no puede compararse con ninguna. No supongais, sin embargo, que lo haya debido todo á sí propia: ella trataba á los grandes clásicos de la antigüedad, que tendrán siempre el don de cautivar, la magia del encanto, la atracción, el señorío de las almas; ella formaba su gusto en las obras de Virgilio y de Tíbulo, y entre los vates latinos educaba su sentimiento poético Jacobo Samazaro, así como las producciones de los poetas más eminentes de Inglaterra y de Italia le ofrecieron una piedra de toque en que conocía cuanto pudiese confiar á su propio genio.

Nació *Anita* en el viejo castillo de Hülshoff (Westfalia), en 12 de Enero de 1797. Participaba de las lecciones matemáticas y latinas de sus hermanos, y pronto se desarrolló en la niña un espíritu vivo, una fantasía ardiente y portentosa, un sentimiento profundo que en la lectura de un libro, ó en la vista de un cuadro crecía á veces hasta el éxtasis, expresándose en inspirados monólogos. Tenía el don peregrino de convertir la poesía en música, y esta en poesía. Cual mágicos sueños exhaló las melodías que inventaba, trasladándolas del alma al forte piano, y eran sus melodías tan originales, tan sencillas, tan nobles, tan hermosas como la canción popular, á la cual se parecen también muchos cantos y baladas suyas. En algunas de estas últimas se complació la autora en pintar lo demoniaco y lo horrible con los colores más vivos. Lo cantaba todo: las virtudes conyugales, la lealtad, la paciencia, la abnegación

la piedad, la compasión, el contento, el heroísmo, siendo lo único que no hería sus fibras ni deslumbraba sus ojos, el amor, que todo el mundo canta. La fé, ese faro de purísimo misterio que iluminaba el sueño de su vida; la Religión católica, así en su aspecto pintoresco y plástico como en su sentido metafísico y moral, era la idea motriz de su inspiración; y la expresión más alta, más profunda, más original de su alma y de su genio, el espejo más fiel y más claro de su corazón cristiano, es el ciclo de sus poesías religiosas tituladas *El Año sagrado*, y aquellas consideraciones referentes á todos los domingos y días festivos del año, en que la poetisa saca su asunto del respectivo Evangelio, sirviéndole este de medida al analizar su propio estado moral y religioso, y con la verdad más severa, con la fuerza lírica más conmovedora, expresa en aquel Devocionario del hogar su fé y sus dudas, su esperanza y su miedo, su amor á Dios y á la humanidad, así como su falta de amor hacia un hombre en comparación con el amor de que era poseído su ideal altísimo.

"Estas poesías, dice el célebre crítico Wolfgang Menzel, unen á la santidad infantil de los primitivos cuadros alemanes, sobre todo de la primitiva escuela de Colonia, la fervorosa devoción de la de España; y la noble sencillez de los villancicos alemanes, al dulce fuego de las canciones italianas de S. Francisco de Asís, ó de las españolas de Sor Juana de la Cruz." Pero, "continúe vd. escribiendo la biografía," me recordará el lector amigo, y le diré que la vida de la poetisa que vivió en los espacios infinitos, no se mide por el calendario.

El ruiseñor de Westfalia se anidaba, ora al lado de su madre, en Rütschkaus, cerca de Munster, ora en las ciudades de Colonia y de Bonn, ora en la morada de su hermana, residente en Mersburgo, en las riberas del lago de Constanza. Este la vió también cuando en 1847 estaba enferma, y sintiéndose caer en los brazos de la muerte, le dijo: "¡Oh, mírame, lago mío! Ya me ves, hago como espuma. Cuando de mi tumba broten los abrojos, quizá mi imágen destruida ya desde hace años, palpitará un día por tus sueños."

En la primavera de 1848, la gran poetisa, que conquistaba sobre la tierra la inmarscesible palma del bien, y que tenía por guía la Religión del Dios verdadero, y por tesoro inagotable la fantasía, á quien Pascal humilló llamándola la loca de la casa, reclinó la cabeza

sobre la tumba helada: se extinguió la luz de sus ojos tan rasgados y azules, en Mersburgo en 24 de Mayo. Murió ella, vivirán sus cantos, y aquella alma, aliento de Dios, habrá vuelto á la luz eterna.

Hay otra poetisa alemana que, sumergiéndose en la contemplación ideal de *Cristo*, peregrinaba por este mundo de tristezas, de trabajos y de penalidades, cual segunda *Teresa de Jesus* adorando con éxtasis á su ídolo supremo. Esta poetisa que colocarémos al lado de *Anita de Droste-Hülshoff*, se llama *Luisa Hensel*. No trastornaron su cerebro las luces de Bengala de la gloria, sino que por único pensamiento, por único sentimiento, por único objeto de su inspiración poética, tenía los misterios de la Religión católica, el desprecio de lo terrestre, la nostalgia del cielo. Sus armoniosas y suavísimas poesías son todas joyas de sentimiento, hijas del corazón, modelos de elegancia; pero no brilla en ellas ninguna figura, ninguna imágen, ningún trozo sorprendente por su novedad. Muchas de ellas forman parte del *Ramillete sagrado* que Melchor de Diepenbrok publicó en Ratisbona en 1326. Hermana del distinguido pintor Hensel, y de la inspirada poetisa Guillermina Hensel, vió *Luisa* la luz en Linum, pueblo situado cerca de Tehrbellin (Brademburgo), en 30 de Marzo de 1758. Respiraba en casa de su buen padre, el sacerdote protestante Juan Jacobo Luis Hensel, los perfumes de la Religión, y podría decirse que era innato en el alma de la niña el sentimiento religioso y moral. Así como los antiguos germanos en la infancia de su vida cristiana repitieron incesantemente su *Kyrie eleison;* la preciosa niña repetía siempre las palabras *Dios* y *Amén* que había aprendido en la iglesia en los cantos de los devotos del Señor, y entre las caricias y besos de su madre, ensayaba cortas y expresivas plegarias como la siguiente á Jesus:

"Pequeño niño, gran Dios! Bellísima flor, blanca y roja, nacida de María, la elegida entre millares, preciosísimo Jesus, déjame ser tu sierva!"

Los padres, que inculcaron en el alma de la niña principios de santa virtud, le presentaban á Dios cual amor; pero enseñándole también que el hombre ha de ser imágen de Dios Santísimo, hicieron que Luisa empezase á temer á Este, y que no la abandonase hasta en su juventud y en los placeres del baile, el pensamiento de la eternidad.

Desde su infancia había una relación misteriosa entre ella y la

Iglesia católica, y ¡cosa singular! la hermosa joven protestante que en Berlín conoció al poeta genial *Clemente Brentano*, movió á éste —merced á sus poesías, que son á la vez canciones y plegarias—á volver á ser buen hijo de la Iglesia católica, siendo las canciones religiosas de *Luisa*, la llave que usaba el Señor para entrar en el corazón del extraviado poeta. Según el testimonio de Clemente, estas poesías, tan llenas de verdad y de candor, se hicieron para él lo más santo que pudiese brotar de fuentes humanas. Amaba el poeta á la par las poesías de *Luisa*, y á ésta cuyo corazón parece haber guardado algo del estambre de las flores del paraíso; pero siendo católico, ¿cómo hubiera podido él casarse con ella después de la separación de su segunda mujer? Muchos jóvenes pretendieron en Berlín en balde la mano de la joven, tan rica de corazón y de ingenio como pobre de bienes terrestres: venció en su alma y en su fantasía poética su novio celestial. Entonces las poesías más delicadas brotaron del corazón cual bellísimas flores nupciales. "Si yo no debo ser tuya, oh Señor, único á quien yo he elegido, dice en una de sus canciones, han de enterrarme repudiada y soltera. Y si no debo verte ni ser tuya, no quisiera yo resucitar ni ser bienaventurada." Hacerse *católica* era para ella seguir la vocación de su *novio celestial*, y aunque amaba á un ilustrado y noble joven protestante, sacrificó su amor, ofreciéndolo cual flor preciosísima al dulce Jesus, su novio celestial, y aunque sabía que haciéndose católica abriría un abismo entre ella y su madre amantísima, entró el 8 de Diciembre de 1818, en el gremio de la Iglesia romana.

Desde aquel tiempo ansiaba con anhelo siempre creciente, penetrar desde los rosales y espinares de la tierra al país de paz eterna para sentarse cual Magdalena á las plantas del Señor. El lo fué todo, su padre, su madre, su patria, su alegría, cerrándose su corazón para el mundo y abriéndose sólo á El, que fué su luz y su vida, su aura, su agua y su pan. Llevaba su éxtasis profundo hasta el punto de hacer voto el 6 de Mayo de 1820 en el altar de una iglesia de Düsseldorf, de casarse con Aquel, cuyo reino no es de este mundo. Desde entonces á Jesus dedicaba su fantasía y todos sus pensamientos: las flores todas le parecían á la mística poetisa flores de su corona nupcial, porque tenía por novio al Señor del orbe. Al ver clavos, pensaba en la crucifixión del Hijo de Dios; al mirar

perlas ó gotas de rocío, recordaba las lágrimas de El, y se complacía en ver carpinteros, porque estos le recordaban al querido carpintero de Nazaret. Hablando de su místico amor de *Jesus* escribió *Luisa* en 1820: "Amo al hijo de un Rey; lleva la corona más hermosa de pedrería roja. Le adorna una vestidura blanca y un manto de púrpura; tiene en la mano dos rosas y su pié está sobre rosas. Un ramillete de rosas blancas y rojas florece en su pecho. Amarle es mi alegría, privarme de El sería mi muerte." Pero llena de humildad decía otro día: "Ya sé cómo figuro yo entre las novias de Cristo, entre las vírgenes y mártires que se han sacrificado á Dios. Ellas son hermosas princesas vistiendo ropas blancas y magníficas. Yo soy una esclava negra." ¡Ay! el amor corona, si de rosas, también de espinas, y hasta el amor nupcial á su *Jesus*, por el cual la pobre Luisa renunció hasta la mano de no sé qué príncipe alemán, la llenaba á veces de inquietud y de dolores sin cuento, pues no siempre la iluminaba el resplandor de sus ilusiones; no siempre logró en alas de su fé y de su imaginación elevarse hacia El; no siempre alcanzó el brazo del Señor, que fué su patria después de haberlo abandanado todo. Y su corazón, que á veces se parecía á un lago tranquilo que deja penetrar hasta el fondo los rayos del sol, lo turbaron algunas veces las tempestades del arrepentimiento producido por pecados ficticios más que verdaderos. Pues era una santa la que consumía su vida en practicar la caridad; amaba *Luisa* á Jesus en los niños, en los pobres, en los enfermos, dedicándose á ser educadora en Aquisgrán, Colonia, Bonn, Nonnenwerth (isla romántica situada cerca de Bonn).

Tuvo la satisfacción de verse reconciliada también con su anciana madre, y de sus propios cabellos hizo un cojín en que su madre del corazón pusiese los piés.

Luisa, que alcanzaba el cenit de su poesía desde su año décimo séptimo hasta su año vigésimo quinto; *Luisa*, que ofreció al Divino Niño su corazón cual humilde cuna, llenándolo con las violetas de la humildad, con las hojas blandas de la abnegación, con los claveles del amor, con las fragantes rosas de la caridad; *Luisa* que ya sobre la tierra quería empezar la vida eterna desposándose con el Señor de un modo místico, no pudo realizar sus hermosos sueños sino al morir. Falleció en Paderborna (Westfalia), en 18 de Diciembre de 1876. Por su muerte, la tierra ha perdido una inspirada poetisa;

pero el cielo ha ganado una santa, que me atreveré á llamar *Luisa de Jesus.*

Colonia.

JUAN FASTENRATH.

BALADA DEL BESO.

*
* *

Yo adoro el beso. Cuando era niño
—¡dichas sin nombre, dulces, sencillas!—
mi pobre madre toda cariño,
dejaba besos en mis mejillas.

*
* *

Después fuí joven, y los amores
diéronme goces, penas y agravios,
y mis placeres fueron mayores
sintiendo besos sobre los labios.

*
* *

Sé que la helada vejez me espera,
y al verme solo, triste y doliente,
¡ay! me pregunto: ¿Cuando me muera
quién pondrá besos sobre mi frente?...

MANUEL PUGA Y ACAL.

SE SUPONE. (1)

IDILIO.

Tal como llegó á mi oído
Os haré la relación
De cierta conversación
Que escuchar pude escondido,
No os importe en que ocasión.
Un jardín era la escena
En una noche serena
De Abril que al amor convida,
Y vais á ver en seguida
Que debió de ser muy buena.
Yo seros fiel os prometo
Y doy fé que es mucho dar,
Mas si peco de indiscreto,
Bien me podrá disculpar
Que no prometí el secreto.
Mis dos interlocutores
Juntos en estrecho lazo
Diciéndose sus amores
Iban cogidos del brazo
Por una senda de flores.
El suspira, ella sonríe,
El en su dicha se engríe,
Ella le habla satisfecha,
Sin cuidado ni sospecha
De que nadie los espíe.

EL.

Mía ya eres, prenda adorada,

NOTA.—Esta composición fué leída con motivo de la boda del Sr. D. Rafael Castiello con la Srita. María Fernández del Valle, el día 4 de Julio de 1887.

Sueño encantado de mi alma ansiosa
Y enamorada.
Angel del cielo, cara de rosa,
Ya sin testigo que nos estorbe
Podré decirte lo que te digo,
¿Quién en el orbe
Mas venturoso que yo contigo?
¿Sabré expresarte cuánto te adoro,
Divino encanto,
Luz de mi vida de amor tesoro?
No puedo tanto.
Mas tú lo sabes, tú bien lo sientes
Y lo adivinas
En mis suspiros siempre crecientes,
En mis ensueños más seductores,
En mis miradas que tú iluminas,
Mas que á las brisas aman las flores,
Más que á su nido las golondrinas
Más que á la selva los ruiseñores.

ELLA.

No en tus palabras, sino callando
Quiero escucharte, por que en el alma
Me estás hablando.
Todo es en torno plácida calma
Yo siento y amo como la palma
Que entre los pliegues del viento envía
A la otra palma, su compañera,
Toda la esencia que reprimía
Con tibios besos la primavera.
No con palabras, sin voz te siento:
Tu ser inunda mi pensamiento,
Y cuando el tuyo se mueve apenas
Surge en mi mente, vibra en mis venas
Como el aroma que esparce el viento
Cuando acarecía las azucenas.
Para tus ojos la misma llama

Que arde en los míos cuando te miran,
Para tus labios la sed que inflama
Los lábios míos cuando suspiran.
Dos ruiseñores en una rama
Tejen callando su oculto nido:
Ya no gorgean
Porque ya tienen cuanto desean.
Yo así al oírte pongo mi oído
No en tus palabras sino en mi pecho,
Que apasionado, que satisfecho
Al compás late de tu latído.

EL.

¡Oh eterna dicha! ¡Goce inefable!......
Hoy me descubre tu voz amable
Hondo misterio que diviniza
Nuestros placeres.
¿A quien su imperio no tiraniza
Cuando á su influjo brotan los séres
Y se amalgama la intensa llama
Con lo insensible de la ceniza?
¿Qué es la materia? Lodo, miseria,
Pero en su seno, de arcanos lleno,
Bulle y fermenta, lucha y se agita,
Algo que raudo se precipita,
Que lo insensible sonda y trabaja
Que sube ó baja, que rueda ó gira
Como la brisa cuando suspira,
Que ruge y brama con la tormenta
Como la nube cuando revienta,
Todo lo invade, lo llena todo,
Dios baja al hombre, la luz al lodo,
Cuando te miro yo bien lo veo
Y entonces creo,
Viendo que impregnas en tu suspiro
Toda la gloria de mi deseo
Y el dulce encanto con que te miro.

ELLA.

Yo no analizo mi sentimiento
Ni busca formas mi pensamiento,
Pues no podría por más que hiciera
Decirte el ansia que experimento
Si tu ternura no lo sintiera.
Dios baja al hombre, mas yo te digo
Que aquí en el alma donde te abrigo
Con un afecto puro y sagrado
De mi fé en alas arrebatado
Hasta Dios subes y vas conmigo.
Si amor es fuerza, yo la ennoblezco
Si es ley del alma, yo la obedezco:
Tales misterios por dicha ignoro,
Tan sólo acierto tierna y rendida
Si no á expresarte cuanto te adoro
A consagrarte toda mi vida.
¿Con qué palabras, ni en que idioma
Mi amor inmenso te expresaría,
Si es en mi pecho como el aroma
Que mi ternura despierta y toma
En lo más hondo del alma mía?
Oye el arrullo de la paloma,
Oye el murmullo del arroyuelo,
Mira del astro la luz que asoma
De las neblinas rasgando el velo,
Mira la selva como murmura......
Paz, dicha, calma, gloria, consuelo,
¿Qué otro lenguaje de más dulzura
Para elevarme contigo al cielo?

EL.

Bien dices, alma del alma mía,
No hay idioma ni el más perfecto
Que expresar pueda la poesía
De nuestro puro sagrado afecto.

Razón sublime de la armonía
Que en lo sublime y hasta en lo abyecto
Une á los séres, desde el insecto
Hasta el sol mismo que alumbra el día.
Razón oculta de la elocuencia
Con que en silencio se hablan los labios
Cuando dos almas funden su esencia
La una en la otra, mutua presencia
No definida por los más sabios.
Para dos almas una conciencia,
Una esperanza y un sentimiento......
Piensas y al punto mi mente copia
Sin que lo expreses tu pensamiento.
En tu sér tengo mi esencia propia
Y aunque no vea yo tu mirada
Siento su fuego que me anonada
Con mil encantos, con mil delicias
Cual si en mi alma transfigurada
Me deleitases con tus caricias.
Si acaso en medio de tu abandono
A mis halagos rendir te dejas,
Aunque te tengo más te ambiciono,
Y entonces creo que más te alejas
Cuando en mis brazos más te aprisiono.
Sed insaciable que el alma siente
De lo infinito que trasparente
Tu sér fulgura.
¡Ah! yo quisiera contigo unirme,
Mi ser perdiendo por confundirme
Con tu hermosura.
¿Qué son tus ojos? lumbre que quema.
¿Qué son tus labios? sed que devora.
Volcán tu pecho.
Ansia de un cielo que es el emblema
De ese otro cielo donde Dios mora
Para tí hecho.
Sólo descanso, sólo reposo
Cuando tu aliento rico de aromas

Bebo y respiro,
Cuando rendida del mío tomas
El fuego ardiente con que afanoso
Por tí suspiro.
Tal me pareces al contemplarte
Que cuando envuelvo con mi mirada
Tantos primores,
Aunque despierto, creo soñarte
Cual por Dios hecha, no de la nada,
Sino de flores.
Y como al cielo que atrae é influye
Ola tras ola los crecimientos
De la marea,
A tí se elevan mis pénsamientos,
Y hasta el suspiro que de mí huye
Tu pecho orea
Y allá en tu pecho, con las delicias
Con la ternura, con el encanto
De que es tesoro,
Busca la gloria de tus caricias
Y sin palabras te dice cuánto,
Cuánto te adoro!
 Aquí hice yo un movimiento
En donde estaba escondido,
Y por ellos advertido
Quedó á lo mejor del cuento
El coloquio interrumpido.
 No quise pasar á más
De oír discursos tan bellos,
Fué harto indiscreto quizás
Y amándose como ellos,
Se supone lo demás.

 Se casaron y *laus Deo;*
Que Dios los bendiga, amén;
Así lo espero y lo creo,
Y que vivan les deseo
La edad de Matusalén.

De Abraham las generaciones
De Rosdtchild con los millones;
Siempre la fortuna en popa;
Por ellos brindo esta copa
Aplaudid, y mil perdones.

José María Martinez Araúna.

PERDÓN!

Buena como los ángeles, como ellos
Hermosa y dulce, tu ideal ternura
Hizo bajar á mi alma los destellos
De tu patria, la altura.

¡Y yo pagué tu amor con negro olvido,
Y arranqué llanto á tus hermosos ojos!
Perdóname, angel mío, te le pido
Con lágrimas, de hinojos,
Por ese ayer para jamás perdido.

Farfalla.

VACILACIONES.

De íntimo duelo agobiado,
Duda enfrente, detrás fé,
Cruzo este páramo, el pié
De hondos abismos cercado.

Ni senda ni rumbo tengo
Y absorto en el mundo estoy;
Pregúntome á dónde voy
Y aún no sé de donde vengo.

Tal ves á humano clamor
Responde el aliento mío,
Mas sólo palpo el vacío
De mi existencia en rededor.

Ave en la noche perdida,
Guardo un mensaje del cielo;
Mas sin espacio á mi vuelo
Inmóvil paso la vida.

Y aunque me anima la fé,
Vacila el alma cobarde.....
¿Será trempano?... ¿Es ya tarde?
¡No sé, Dios mío, no sé!

A veces entre la sombra
Que en torno á mí se difunde,
Cual éco de algo que se hunde
Percibo que álguien me nombra.

Pero al fijar mi atención
Por si el enigma evidencio,
Extínguese en el silencio,
La pasajera ilusión.

Y en sombras vuelvo á quedar
Triste y mudo, sin saber
Ni á qué consejo atender,
Ni qué camino tomar.

¡Anda! me dice una voz
Cuando reposo un momento;
¡Pára! me dice otro acento
Cuando me alejo veloz.

¡Adelante! ...oigo detrás
Un éco rudo y pujante;
Y otro éco más adelante,
Ruge, diciéndome:—¡Atrás!

Y así siempre. ¡Ay! ¿Dónde estoy?
Quizá una misión no tengo?
¡Por piedad! ¿De donde vengo?
¡Por piedad! ¿A dónde voy?

N. Curras y Enriquez.

LUIS XVII.

Pocas figuras de la historia moderna preséntanse más simpáticas y conmovedoras que la del desventurado y tierno hijo de Luis XVI. Historiadores y novelistas en competencia han trazado su vida romántica y extraordinaria, poniendo á contribución su brillante inteligencia é ilustrado criterio, ó su poderosa inventiva y locución seductora, para pintar con colores vivos el cuadro de sus breves días y desgarradores padecimientos. La humanidad goza con lo triste acaso más que con lo venturoso y alegre, sin duda por el instinto y pensamiento constantes del trágico destino que le está reservado; las anécdotas chispeantes y los epigramas regocijados, no alcanzan nunca en la sociedad el éxito que las lamentaciones y las elegías. Así se explica que la historia del Delfín de Francia haya sido tan escrita y vuelta á escribir, tan leída y releida en todas las naciones civilizadas del globo.

El reputado historiador Mr. R. Chantelauze, cuyas importantes obras han sido tantas veces premiadas por la Academia francesa, ha publicado en 1884, un libro intitulado *Luis XVII, su infancia, su prisión y su muerte en el Temple, según documentos inéditos de los archivos nacionales.* Dedicado á Mr. Víctor de Laprade, y salido de las artísticas prensas de Firmin Didot, ha tenido en Francia un éxito completo, y ha venido á pronunciar la última palabra sobre todos los problemas y dudas en que se hallaba envuelta la biografía del pequeño Capeto; así lo han dicho terminantemente los hombres de todos los partidos, y aun los más exigentes y descontentadizos en asuntos históricos. "Este libro—dice Enrique Taine en sus *Orígenes de la Francia contemporanea*—puro de toda declamación, y compuesto según el método crítico, es definitivo sobre el asunto."

Por tanto, la biografía á que me refiero no es una novela, ni siquiera una historia adornada con rasgos de la imaginación; es una obra seria y de estudio, hecha á fuerza de dedicación y perseveran-

cia, trabajada entre el polvo de los archivos y á la vísta de todos los datos que existen, referentes á los sucesos que en ella se relatan. Y no obstante, tiene magia tan indecible, que apenas comenzada su lectura, se devoran sus páginas y se suspende toda labor, todo negocio, hasta que se ha llegado á su término. Seductor y mil veces adorable encanto de los libros franceses, que saben hacer sonreir hasta á las obras hechas con mayor esfuerzo, y resplandecer de luz hasta á los asüntos más inextricables y tenebrosos. Este don divino de la claridad, no se lo disputará nunca nación ninguna del mundo al genio francés; lo ha recibido del cielo en grado eminente, y con él la seducción universal, el cosmopolitismo de sus ideas y de su grande espíritu.

I.

Lo primero que se presenta á la vista al abrir el libro de Chantelauze, es el retrato de Luis XVII, exquisito grabado en acero, debido á Huyot, el artista inimitable. Nada más hermoso, inteligente y simpático que la figura de ese niño desventurado, que nacido en las gradas de uno de los tronos más opulentos de la tierra, terminó sus días en medio de las amarguras y de las miserias que no sufren ni los hijos de los mendigos. El óvalo perfecto de su rostro infantil lleno de gracia, aparece encerrado dentro de un marco de hermoso pelo rizado y abundante, que cae en cascadas hasta sus hombros. Su frente de una serenidad y de una pureza esculturales, hállase limitada hacia la parte inferior, por dos finas y arqueadas cejas, dibujadas como por el pincel de un hábil maestro. Los ojos son grandes, expresivos, de profundo é inteligente mirar, de niñas extensas y melancólicas. La nariz es recta y bien modelada; la boca de una pureza digna del arte griego. El retrato es de medio cuerpo. Copiado del original atribuido á Mme. Vigée-Lebrun que se halla en el pequeño Trianon, representa al Delfín á la edad de siete años, en traje de ceremonia. Su cuello, descubierto hasta la base, muéstrase adornado con grandes vueltas de encaje que bajan sobre el pecho, como girones de nube en derredor de un rostro de ángel. Lleva casaca de seda, con grandes solapas al estilo de la época. Ancha banda moiré cruza su tierno pecho, y bajo el brazo muestra delgado bastón cuyo redondo

puño sostiene con la mano izquierda. El conjunto es encantador y característico; parece una figura bella y caprichosa, dibujada por la célebre artista con el deseo de pintar un tipo, más bien que un personaje real. En efecto, la imaginación misma no podría atribuir al hijo de Luis XVI, un rostro más bello que el que le dió la naturaleza.

En presencia de aquella figura tan hermosa, se desearía poder dar asenso á la fábula de la sustracción del príncipe, atribuida al general Frotté, y creer en su identidad con Hervagault, Richemond, Naündorff ó algún otro de los célebres impostores que han querido suplantar su personalidad en el mundo. Pero en vano se querría alimentar esta ilusión, que ha engañado á tantos hombres sensatos como Nauroy, Luis Blanc y Jules Favre; la historia inflexible y la crítica con pruebas irrefutables, infunden en el ánimo el triste convencimiento de que el funesto destino del rey de Francia, se cumplió puntualmente hasta su trágico desenlace.

Luis Carlos, hijo segundo de Luis XVI y de María Antonieta, nació en el castillo de Versalles á 27 de Marzo de 1785. Por muerte de su hermano mayor el primer Delfín, Luis-José-Javier-Francisco, nacido también en Versalles cuatro años antes, vino á ser á los cuatro años de edad, el heredero presunto de la corona de Francia. La fisonomía noble y dulce del pequeño príncipe, recordaba á la vez el aspecto digno de la reina y la bondad de Luis XVI, aunque brillaba exenta de la natural pesadez y somnolencia de su padre. A la simple vista se conocía que había nacido príncipe, pues aunque lleno de la petulancia y vivacidad de la niñez, tenía un continente lleno de distinción, y desplegaba cortesía y atenciones tales con los que se le acercaban, que promovía el encanto y la admiración en derredor de su persona. Amaba entrañablemente á sus padres y sabía ser agradecido con todos los que le dedicaban sus cuidados; si bien no estaba libre de algunos movimientos de cólera contra las mujeres consagradas á su servicio. Pero, aun estas pequeñas imperfecciones se le fueron corrigiendo con el ejemplo, con la educación y con sus propias reflexiones. No había para él pena más grande, que la de pensar que sus defectos fuesen á trascender al exterior del palacio, y llegasen á ser conocidos por el público. Pensando esto, se afligía, derramaba lágrimas y prometía con sinceridad enmendarse.

Hé aquí lo que María Antonieta escribía de él á una de sus amigas, cuando el príncipe tenía cuatro años: "Es como todos los niños sanos y robustos, muy aturdido, ligero y violento en sus cóleras; pero es buen muchacho, tierno y aun cariñoso. Tiene desmesurado amor propio; mas conduciéndolo bien, aun este pequeño defecto puede serle ventajoso en el porvenir. Cuando promete algo, siempre lo cumple; pero es muy indiscreto y cuenta cuanto ve y oye, y aun sin querer mentir, agrega á los sucesos reales, rasgos de su imaginación que los desfiguran. Pero, repito, tiene un fondo excelente, y con un poco de firmeza, sin severidad, se le puede conducir fácilmente, porque es dócil y se deja dominar por el cariño. Carece de altivez en lo absoluto; ojalá continúe así por largo tiempo."

Era su inteligencia sumamente desarrollada y precoz, rápida y brillante. El *esprit gaulois* en sus albores, brillaba intensamente en sus frases rápidas, oportunas, llenas de finura y de gracia.

Cuenta Mme. Tourzel, su aya y maestra, que al recibir la lección, silbaba un día el príncipe, á la sazón que entrba la reina, quien habiéndolo oído, lo reprendió severamente por aquella falta. El niño sin titubear, contestó de seguida con gracejo encantador: "Mamá, lo estaba haciendo tan mal, que yo mismo me silbaba."

El abate Barthélemy, autor de los "Viajes de Anacarsis," sabedor de que el Delfín había manifestado el infantil deseo de poseer el escudo de Scipión el Africano, que era su heroe favorito, lo obsequió con uno de bronce, diciéndole que provenía de aquel heroe. Al mirarlo corrió el príncipe á traer su espada, y á presencia de Barthélemy, se puso á pasarla repetidas veces sobre el escudo. Preguntado sobre qué era lo que hacía, y qué significaban aquellos movimientos, respondió con dignidad: "Froto mi espada en el escudo de un grande hombre."

Siendo su maestro el abate d'Avaux, pidióle este un día, á propósito de sus estudios de gramática, que le presentara algunos ejemplos de los términos positivo, comparativo y superlativo de los adjetivos, y él obedeció diciendo: "Positivo: mi maestro es un buen abate; comparativo: mi maestro es mejor que cualquier otro abate; y superlativo—aquí se volvió á la reina mirándola con ojos afctuosos—: mi mamá es la más tierna y cariñosa de las madres."

Jugaba un día juegos de prendas en familia, y habiéndole sido

ordenado que dijese un cuento, refirió lo siguiente: "Había en la puerta de la Asamblea nacional, un vendedor de impresos, que para abreviar la frase, al proponer los decretos últimos, gritaba: "¡A dos sueldos la Asamblea nacional!" Al oirlo murmuró un transeunte: "Tú nos dices lo que vale la Asamblea; pero no lo que cuesta!"

Además de sus estudios, dedicábase el príncipe á trabajos manuales, que le proporcionaban distracción y ayudaban á su desarrollo físico. La jardinería fué de su elección; dirigido por un perito, se ocupaba en cultivar un pequeño jardín en Versalles en días felices, haciéndolo prosperar de una manera encantadora. Tenía la delicadeza de formar todas las mañanas un ramo con las flores más hermosas y perfumadas del terreno que estaba á su cuidado, y de regalarlo á la reina, que lo recibía con enternecimiento. Pero demasiado pronto pasaron estos tiempos de sosiego, y vinieron los tormentosos de la revolución. La familia real vióse obligada á trasladarse á las Tullerías, donde puede bien decirse que comenzó su cautiverio. El desdichado príncipe conoció los horrores del odio y de la persecución, desde que apenas había cumplido los siete años. Desde entonces comenzó á ver angustias y lágrimas á su derredor; desde entonces principió á ver ultrajada la personalidad de su padre, escarnecida la de su madre y befado el nombre de su casa. ¡Cuántas veces en las rudas invasiones del populacho á la mansión regia, se vió aquel pobre niño rodeado de insurrectos salvajes, que lo trataban brutalmente, y le hundían hasta la nariz el gorro rojo revolucionario, privándolo de aliento y haciéndolo temblar con sus amenazas!

Frustrada la fuga de la familia real en Varennes, recluida en el Temple y destruida la monarquía, el hijo de Luis XVI no pudo ya tener las expansiones propias de su edad; vigilado, lo mismo que sus padres, su hermana y su santa tía Isabel, por los guardias municipales, apenas tenía algunos momentos de solaz en el jardín de la prisión, cuando no en lo alto de la torre, ó en alguna habitación interior, donde se entregaba á sus juegos en compañía de María Teresa.

La comuna de París representó en este drama lúgubre, el papel más empeñoso y abominable. De su seno salían los espías, los carceleros y los verdugos que atormentaron al bondadoso rey, á las princesas y al pequeño príncipe. Sus agentes eran los que hablaban

á la familia real con el sombrero puesto, los que arrojaban el humo de sus pipas al rostro de la reina y de la hermana del rey, los que escuchaban junto á las puertas, aplicaban el ojo al agujero de las cerraduras, rompían los macarrones, partían las nueces, descosían los zapatos y registraban la ropa sucia para sorprender la correspondencia real con el exterior. El ateo Chaumette, autor del culto á la diosa de la Razón, Hébert, el inmundo redactor del *Padre Duchesne* y Santerre, el brutal cervecero, fueron los más encarnizados enemigos de Luis XVI y de los suyos. Para estos hombres sin piedad, nada hubo santo, sagrado ni respetable en aquella familia; sus corazones de bronce no se conmovían ni ante las bondades del rey, ni ante las lágrimas de María Antonieta y Mme. Isabel, ni ante la debilidad é inocencia del Delfín y de la pequeña María Teresa. Las efusiones más santas del afecto fueron para aquellos hombres crueles, indignas de todo miramiento y respeto; las súplicas carecían de sentido; no eran las lágrimas más que inútil derramamiento de líquido incoloro. Presenciaban impávidos las agonía de sus víctimas, llamando grandeza á su ferocidad y práctica de la libertad á lo que no era sino la tiranía más odiosa.

La Convención, por su parte, descendió en esta materia, á pormenores indignos de su alta representación. Por su orden se separaba á los miembros de aquella triste familia, según su capricho y conforme lo pedía algún tribuno feroz ó algún inmundo periódico. Ya era alejado Luis XVI de los suyos; ya se separaba al Delfín de la reina para reunirlo con su padre; ya se volvía á condenar al destronado monarca al abandono y al aislamiento. Todo género de combinaciones se ensayaron y pusieron en práctica en los seis meses que duró la mansión del rey en el Temple, para afligir y violentar á todos los miembros de aquella familia desventurada. Entretanto, el estudio, la oración y la educación de los niños, llenaban las horas de Luis XVI y de María Antonieta, en medio de las zozobras diarias de aquella situación indescriptible.

Esta calma relativa era interrumpida á las veces, por las intempestivas visitas de los revolucionarios encargados de leer al rey nuevos decretos vejatorios, por las vociferaciones del populacho fuera de la prisión, ó por el redoble de los tambores, sonar de la fusilería y gritos ahogados de triunfo ó de dolor, que indicaban nuevas matanzas. Durante las terribles jornadas de 2 y 3 de Setiembre

de 92, el Temple fué asediado por la multitud, que estaba empeñada en penetrar hasta la presencia de la familia real. No pudiendo la guardia resistir las instancias de los amotinados, vióse obligada á parlamentar, permitiendo la entrada de cuatro delegados de la plebe. Estos se presentaron ante los ilustres cautivos, con ademán insolente y palabras amenazadoras. Uno de ellos dijo á María Antonieta con tono furibundo: "Ese clamor que oís, es el del pueblo que quiere penetrar hasta aquí, para mostraros la cabeza de la Lamballe, y haceros ver como sabe vengarse de sus tiranos; os aconsejo que os presenteis ante él, si quereis impedir que venga á buscaros hasta este sitio." Al escuchar la reina la espantosa noticia referente á una de las personas más amadas de su corazón, cayó desmayada en brazos de sus deudos, entretanto que el rey indignado, apostrofaba enérgicamente al energúmeno que la había llevado, y lo obligaba á salir del aposento.

Los asesinos procuraron por cuantos medios estuvieron á su alcance, regalar con el espectáculo de la cabeza cortada de la princesa, á María Antonieta, clavándola en una pica, levantándola en alto, y haciéndola aparecer por las ventanas inferiores de la torre; afortunadamente no pudieron realizar su intento, porque la reina habitaba el piso superior. Aquella escena de barbarie, terminó con un acto de canibalismo. Al lado de la cabeza de Mme. de Lamballe, monstraba en la punta de su espada otro asesino, el corazón humeante de la desventurada princesa; enloquecido por el furor, hizo cocer la entraña en las cocinas del mismo Temple, y al espirar la tarde del 3, acabó por comérsela en medio de una feroz alegría.

II.

Pero estos días fueron bonancibles, en comparación de los que esperaban á la familia de Luis XVI. La revolución había tocado á su término natural, con el destronamiento del rey y la proclamación de la república. No había ya más que hacer, sino organizar de una manera conveniente el nuevo orden de cosas que se había criado. Esta era la obra que trataban de llevar á cabo los Girondinos, aquellos hombres elocuentes, ilustrados y sinceros, que soñaban con el engrandecimiento de Francia, más que con el de sus propias personas.

Pero esto era precisamente lo que no quería el partido de la Montaña, que tenía su principal apoyo en los clubs populares, como los Jacobinos y los Franciscanos. Hombres emprendedores y de arrojo los que lo formaban, eran muy inferiores en el punto de vista intelectual y moral, á los que habían figurado en la Asamblea nacional, y á los de la Gironda. Se quejaban de que todavía no había llegado su hora, que llamaban la del pueblo, y procuraban á toda costa, mantener la excitación pública, para medrar á favor de la revuelta. El establecimiento de un gobierno ordenado, habría sistemado la república, afianzando las libertades proclamadas; pero no era esto lo que querían los hombres de la Montaña, sino el propio encumbramiento, la elevación personal á cualquiera costa. Danton, Robespierre, Marat, Hébert eran enemigos entre sí, porque tenían las mismas miras políticas interesadas; pero se unían en la lucha común contra el restablecimiento del orden.

¿Qué medida podía haber más propia para exaltar los ánimos y mantener de un modo político el estado revolucionario, que la de provocar el proceso de Luis XVI?

El rey, á la verdad, aunque destituido y prisionero, tenía abundantes simpatías en el público. Unos lo hubieran querido como rey constitucional, otros como presidente; y los que no lo hubieran apetecido ni de una manera ni de otra, hacían la debida justicia á la nobleza de su corazón, á su carácter bondadoso, á sus raras y preciosas virtudes. Así es que fué suficiente el simple enunciado del proceso, para hacer entrar los ánimos en conflagración, que era lo que deseaban los exaltados. Bien sabían que en la lucha, lograrían aniquilar á sus enemigos del partido moderado, y que conseguirían por este camino, alzarse con la dictadura de la república.

Así fué en efecto, porque el proceso de Luis XVI, fué también el del partido de la Gironda; bajo las apariencias de buscar la ruina del rey, procuraba principalmente la Montaña, deshacerse de aquella brillante falange de competidores que tenía en los Girondinos, dueños de las simpatías y de la admiración de la Francia, si bien poco favorecidos por los clubs revolucionarios de la capital. Robespierre, el demagogo de gran carácter, pero de medianas dotes intelectuales y corazón de hiena, preparaba ya su elevación á los primeros puestos de la república; y disimulado y mañoso, tendía poco

á poco las redes en que había de coger á los hombres superiores á quienes envidiaba, y á quienes no hubiera podido sobrepujar ni igualar en la noble lucha de una ordenada existencia social. Mucho había esperado, corroído por el despecho, para dejar de la mano la ocasión que le brindaba este célebre proceso.

Bien sabía que los Girondinos no aprobarían el nuevo odioso crímen que se fraguaba contra la vida de Luis XVI, y contaba con el desprestigio que su actitud habría de producir en los círculos revolucionarios de París, para lograr debilitarlos y perderlos. Así fué en efecto. Aquel grupo generoso de diputados que ha glorificado Lamartine en un libro inmortal, hizo cuanto estuvo á su alcance para salvar la vida de la noble víctima; y si bien es cierto que arrastrado por el torrente ó deseoso de evitar su perdición, flaqueó en el momento de votar, esto no quita que haya luchado por evitar el atentado, y que haya aparecido como vacilante á los ojos de los más sanguinarios y exaltados que vociferaban fuera de la Convención (1).

El rey destronado compareció ante los representantes, conducido por Santerre y acusado del delito de traición á la patria. Su aspecto reposado y digno, su palabra serena, persuasiva y benévola, causaron honda sensación en la asamblea; pero ¿quién vacilaba entonces por motivos de humanidad ó de compasión? En aquellos rudos tiempos, tener corazón era una debilidad, sentir piedad era un delito de infidencia contra las instituciones.

En vano fué que Mr. Déseze pronunciase una hábil y grandilocuente defensa de Luis XVI; en vano fué que el anciano y respetable Malesherbes derramase abundantes lágrimas é hiciese súplicas fervientes á la Convención: por una débil mayoría de once votos entre setecientos veintiun votantes, fué condenado á muerte el destronado monarca.

Cuando Malesherbes, agitado y lloroso corrió al Temple á llevar la infausta noticia á Luís XVI, encontrólo, dice Mignet, en la oscuridad, los codos apoyados en una mesa, la cabeza entre las manos y entregado á meditación profundísima. Al ruido que hizo el an-

(1) Así lo dice Taine. A propósito. Este escritor se firma H. Taine. Engañados por la primera inicial, lo hemos llamado Enrique más arriba. Mejor informados ahora, hacemos constar que el célebre historiador positivista se llama *Hyppolyte* y no *Henri* como lo habíamos asentado.

ciano, púsose en pié y le dijo: "Dos horas hace que me ocupo en recordar si durante mi reinado, he podido merecer la más ligera tacha de mis vasallos. Pues bien, M. Malesherbes, os lo juro con toda la verdad de mi corazón, como un hombre que va á comparecer delante de Dios: costantemente he querido la felicidad del pueblo, y jamás concebí deseo que le puse adverso!"

Cuando Garat, ministro de justicia, acompañado de Lebrun, Grouvelle, Santerre, el acusador público y otros varios, se presentó ante el rey para leerle su sentencia de muerte por conspiración contra la patria, Luis XVI no pudo menos de sonreír indignado, á la vez que paseaba la mirada por los rostros de aquellos hombres, con la expresión de una muda protesta.

Hé aquí lo que aquel mismo día escribió sobre esta escena el siniestro Hébert, redactor del *Padre Duchesne:* "He querido ser del número de los que debían estar presentes á la lectura de la sentencia de muerte de Luis. Oyó con extraña sangre fría la lectura de este fallo. Cuando concluyó, pidió ver á su familia, un confesor, en fin, todo lo que podía serle de algún alivio en esta última hora. Mostró tanta unción, dignidad, nobleza y grandeza en su sentimiento, que no lo pude resentir. Lágrimas de rabia vinieron á mojar mis párpados. Había en sus miradas y maneras, algo visiblemente sobrenatural al hombre: me retiré procurando retener mi llanto, y completamente resuelto á dar por terminado allí mi ministerio." No obstante estos movimientos humanitarios, Hébert concluyó por proponer que, puesto que el rey pedía un secerdote, se le diese alguno de los juramentados que habían votado su muerte, como Jacobo Roux ó Jacobo Claudio Bernard. Afortunadamente la Convención resolvió que podía apelar al ministro del culto que apeteciese, por lo que hizo llamar á M. Edgeworth de Firmont, santo sacerdote que oyó su última confesión y lo acompañó hasta el cadalso.

Aquella misma noche, preparóse Luis XVI cristianamente para recibir la muerte, en medio de los sollozos y las lágrimas de su confesor, que se mostraba más emocionado que él mismo.

Alas ocho y media, fuéle permitido á su familia venir á darle su despedida. Todos se arrojaron confusamente en los brazos del rey, que los tuvo estrechados contra su corazón buen espacio. Cuando se sentó Luis XVI, lo rodearon sus deudos: la reina á su

izquierda, Mme. Isabel á su derecha, María Teresa en frente, y el Delfín entre sus rodillas. Todos se inclinaban á él, como tratando de recojer hasta los más tenues suspiros de su pecho, y escuchar los latidos de su corazón; de tiempo en tiempo estrechábanlo con brazos convulsos, como si tratasen de arrebatarlo á su cruel destino. Nadie articuló palabra durante media hora; aquella conferencia era tan sólo de lágrimas y gemidos entrecortados. Los lamentos de las mujeres y de los niños, dejábanse oír hasta fuera de la torre en coro desgarrador y lastimero.

Al fin logró el rey dominar la emoción y estuvo hablando á los suyos en voz baja. Siete cuartos de hora duró aquella entrevista angustiosa, en la cual, según el testimonio de su hija María Teresa, habló el rey de su proceso, expresándose con indulgencia de todos los que en él habian intervenido. Luego dió al Delfín sus instrucciones, *recomendándole sobre todo, perdonar á los que lo llevaban á la muerte.* Dió en seguida su bendición á sus hijos, interrumpiendo á cada momento sus palabras con los sollozos que brotaban de su pecho, y poco después de las diez, se puso en pié para decir adios á su familia. La reina, enajenada por el sufrimiento, suplicó al rey que le permitiese pasar en su compañía aquella noche postrera; pero él lo rehusó, sea por dedicar aquellas últimas horas al recogimiento, sea por evitar á los suyos, las agonías de aquella suprema y eterna despedida.

Despidióse el rey de todos abrazándolos con efusión; y después de dilatada lucha, arrancándose con esfuerzo sobrehumano de los brazos entrelazados que lo detenían, salió del aposento, repitiendo con acento de moribundo: "adios! adios!"

Voló luego á ponerse de nuevo á los piés del confesor, preparando su alma para la muerte. Después metióse en la cama, y durmió tranquilamente cuatro horas. A la madrugada siguiente, oyó misa en su misma estancia, y recibió la comunión con santo recogimiento. Momentos después decía al sacerdote con voz estremecida: "¡Cuán feliz me siento por haber conservado mis principios! Si no fuese por ellos! qué sería de mí en estos momentos! Pero bajo su influencia ¡cuán dulce encuentro la muerte! Sí, existe arriba un Juez incorruptible, que me hará la justicia que me niegan los hombres!"

Después llamó aparte á Cléry, su fiel ayuda de cámara, y le dió algunos pequeños objetos íntimos que llevaba consigo, para que los

pusiese en manos de su familia: su sello para el Delfín, su anillo para la reina, y un pequeño paquete, que contenía pelo de su esposa, hijos y hermana para todos. Estos objetos fueron decomisados por los carceleros, en la sala del consejo del Temple, lacrados y sellados. Algunos de ellos, no obstante, pudieron llegar más tarde á manos de la reina.

Todos los historiadores están conformes en reconocer en Luis XVI un valor y una serenidad á toda prueba en sus últimos instantes. Llegado al cadalso en medio de apretadas filas de soldados, precedido por el redoble de los tambores y el estruendoso rodar de la artillería, subió la siniestra gradería con paso firme, se despojó de la casaca, bajó por su propia mano el cuello de la camisa, y preparó así la cerviz para recibir el golpe de la cuchilla. Antes empero de ofrecer su cabeza á la guillotina, dirigióse al pueblo silencioso y lúgubre que invadía la plaza, y haciendo cesar con gesto imperioso el redoble de los tambores, dijo con voz potente: "Muero inocente de todos los crímenes que se me imputan. Perdono á los autores de mi muerte, y pido á Dios que la sangre que vais á derramar, no caiga sobre Francia (1)."—La ferocidad de Santerre, jefe de las fuerzas presentes, no pudo sufrir aquel discurso, y aun antes que el rey hubiese acabado de hablar, ordenó que sonaran los tambores, ahogando así los últimos clamores de la víctima. Un instante después rodó por el tablado la cabeza del monarca, en momentos en que el sacerdote le decía: "Id, hijo de San Luis, las puertas de la eternidad os son abiertas (2)!

El ayudante del verdugo cogió por los cabellos aquella cabeza ensangrentada, y la mostró al pueblo recorriendo el tablado por sus cuatro costados. Los sans-culottes y marselleses prorrumpieron al verla en feroces clamores, y gritaron: *¡Viva la nación! ¡Viva la República!*

"Así pereció—dice Mignet—á los treinta y nueve años de edad y diez y seis y medio de reinado empleado en procurar el bien, el mejor, pero el más débil de los monarcas...... Pereció víctima de

(1) Relación de M. de Firmont.

(1) La duquesa de Angulema en sus memorias, refiere que tales fueron las palabras que pronunció Mr. de Firmont en aquella hora suprema: y aunque éste mismo no las haya consignado en su relación, se cree que de su boca las recogió la hija de Luis XVI. Mr. de Firmont murió en 1807, y pudo hablar con María Teresa.

pasiones de que él no participaba: de las de sus allegados, que le eran ajenas, y de las de la muchedumbre, que no había excitado. De él dirá la historia, que con un poco de energía de alma, hubiera sido un rey único."

Al sacrificio de esta víctima dulce é inocente, le dió la revolución en su lengua teatral y enfática, el nombre de *muerte del tirano.*

III.

Desaparecido Luis XVI, los realistas de dentro y fuera de Francia, proclamaron rey al Delfín. La Vendée insurreccionada proponíase la destrucción de la república y el restablecimiento de la monarquía bajo el cetro del nuevo príncipe. La familia real en su prisión, llena de dolor y oprimida por el espionaje, no dejaba de alimentar secretas esperanzas de verse libertada. Pero estas mismas manifestaciones de adhesión por parte de los amigos de la monarquía, vinieron á complicar la situacion en que se halalban los prisioneros, y muy especialmente la del desventurado Luis XVII. Corrieron rumores de que se tramaban complots pasa salvar al heredero de la corona; á consecuencia de esto la Convención, que había creido un momento que con la muerte de Luis XVI iban á cesar sus temores, tornóse más inquieta y suspicaz que nunca. Redobló la vigilancia en el Temple, mandáronse levantar en torno de la torre nuevas fortificaciones y se aumentó el número de los guardias. No satisfecha con esto la Comuna, que ejecutaba las órdenes de la Convención, apostó dentro del mismo Temple, espías que vigilasen á los carceleros, y todo se volvía sospechas, recelos y crueldades.

Hébert, procurador general de la municipalidad, no tuvo embarazo en acudir al Temple personalmente, á escudriñarlo y registrarlo todo en los aposentos ocupados por la familia real, en solicitud de pruebas de la supuesta comunicación de los cautivos con el exterior. Comenzó la pesquisa á las diez de la noche y concluyó á las cuatro de la mañana, durante el cual tiempo, el pequeño príncipe, desalojado de la cama donde dormía y transido de frío, tiritaba asustado y lloroso en el regazo de su madre. Hébert, después de haber buscado por todas partes, hasta debajo de la cama y de los

colchones, no pudo hallar cosa más sospechosa que una barrita de lacre.

No se dió por vencida la municipalidad con este registro. Nombró en seguida dos peritos, uno de los cuales era el tristemente célebre zapatero Simón, á fin de que examinasen el calzado de los prisioneros, y viesen si ocultában esquelas escritas por simpatizadores ó partidarios de la monarquía. Los peritos deshicieron, en efecto, el calzado de las princesas y del pequeño Luis; pero no pudieron hallar lo que habían sospechado: por el cual motivo los zapatos fueron vueltos á coser por aquellos ciudadanos incorruptibles.

Durante este periodo, sufrió Luis XVII su primera enfermedad en la prisión: al decir de su hermana la duquesa de Angulema, no llegó á quedar perfectamente restablecido de aquella dolencia en lo sucesivo. Esto se explica bien, si se atiende á que el encierro, la inacción y la falta de aire higiénico, tenían que causar sus naturales estragos en aquella joven y delicada naturaleza. No obstante, no tardó mucho Luis en dejar el lecho y volver á su vida ordinaria, disipando cuanto era posible la tristeza de aquella cárcel, con sus juegos, risas y salidas espirituales.

No obstante la vigilancia de tantos espías, y el terror que infundía la guillotina, un realista intrépido y legendario, el barón de Batz, llegó á concebir el osado proyecto de sacar del Temple á la familia real. Rico, sagaz y atrevido, conquistó la cooperación de algunos municipales, y disfrazado él mismo y en traje de guardia, logró penetrar en el Temple, en aquella morada sombría que inspiraba terror á la simple vista, sin arredrarse por el riesgo mortal que desafiaba. Ganó á fuerza de dinero un grupo de treinta hombres de una sección, y la noche en que estuvieron ellos de servicio, penetró, repito, en la cárcel, creyendo por un momento que su abnegación iba á ser coronada por un éxito completo. Caballos, coches, postas, todo estaba preparado desde la calle inmediata para hacer rápida la fuga; cuando en esto, en el momento mismo de poner el plan por obra, apareció el zapatero Simón, partidario de Robespierre y espía suspicacísimo, el cual dió el grito de alarma, é hizo imposible la realización del proyecto. El barón de Batz pudo salvarse; pero varios de sus compañeros fueron llevados á la guillotina.

Poco tiempo después, Cambon se presentó á la Convención en

nombre de la Junta de salud pública, denunciando un nuevo complot para salvar al príncipe, organizado por el general Dillon, en combinación con los movimientos contrarrevolucionarios que se anunciaban en Lyon, Burdeos, Montepellier, Marsella y casi todas las ciudades del mediodía y del oeste de Francia. A consecuencia de tales temores, la Junta dispuso que Luis XVII fuese separado de su madre, para ejercer sobre él mayor vigilancia. La Convención se apresuró á aprobar la medida.

Así pues, el 3 de Julio de 93, seis comisarios de la Comuna notificaron á la reina el crudelísimo mandato. Apenas el desdichado príncipe, que estaba ya en la cama, hubo escuchado la orden, cuando saltó al suelo y fué á abrazarse de María Antonieta buscando refugio, llorando á voz en cuello y suplicando con lamentos desgarradores que no se le separase de su madre. Esta por su parte, declaró que sólo con la vida le sería arrebatado su hijo. Una hora se prolongó la lucha de los municipales con la reina, Mme. Isabel y María Teresa, que formaban barrera con sus cuerpos en derredor del pequeño Luis; durante el cual tiempo aquellos hombres desapiadados no cesaron de proferir las más horribles injurias contra los prisioneros que defendían los vínculos de la naturaleza. Amagada de muerte, la reina se vió al fin obligada á entregar al príncipe. Bañado de lágrimas lo puso en manos de los municipales, sabiendo que lo veía por la última vez. "Acuérdate, hijo mío—díjole al despedirse de él con un beso supremo—de tu madre que te ama; sé juicioso, dulce y honrado."

José Lopez-Portillo y Rojas.

(Concluirá.)

AMBICIÓN.

***

En Suiza, por los altos ventisqueros,
sin querer descansar un solo instante,
huyendo de la turba de viajeros,
corría jadeante.

Por el borde de abismos tenebrosos
pasaba persiguiendo temerario
los vértices—¡fantasmas misteriosos
envueltos en blanquísimo sudario!—
Ansiaba, en mi soberbia y mi locura,
llegar, tras tanto afán y pena tanta,
hasta la ignota, inmensurable altura
do nunca humano sér puso la planta.

*
* *

En mi patria después, de los boscajes
por lo más silencioso é intrincado,
por donde no hay ni claros ni pasajes,
también he caminado.
En tanto que mi faz ensangrentaban
las espinas agudas que la herían,
mis manos anhelantes apartaban
las ramas que á mi paso se oponían.
Porque, siempre soberbio y orgulloso,
llegar quería tras afán tan rudo,
al rincón de la selva más umbroso,
do nunca humano pié posarse pudo.

* *
*

En el afán eterno de la vida,
sin que nunca la lucha me fatigue
ni me acobarde la ilusión perdida,
una ansia me persigue.
Quiero encontrar el corazón dormido
que los sueños de amor nunca han turbado,
que junto de otro pecho no ha latido
ni al eco de otra voz ha palpitado.
Quiero, en mis orgullosos ideales,
hallar el alma para mi creada,
vírgen como las selvas tropicales,
como la nieve alpina, inmaculada!

Manuel Puga y Acal.

EL TIPO LEGENDARIO DE D. JUAN TENORIO,

Y SUS MANIFESTACIONES EN LAS MODERNAS LITERATURAS.

I.

La creación más original, y más popular también, de nuestra literatura, es, sin duda, D. Juan Tenorio. Como D. Quijote y Sancho, ha dado la vuelta al mundo, y apenas hay literatura extranjera que, bajo una ú otra forma, no le haya reproducido. En nuestro pueblo causa su aparición en la escena verdadero regocijo, no habiendo año en que la gente no acuda presurosa á contemplar sus desafueros y bizarrías y á verle sucumbir á manos del *Convidado de piedra*. Tipo á la vez universal y local,—pues si en todas partes hay Tenorios, el Tenorio verdadero y tradicional sólo existe en España—D. Juan es una de esas inmortales creaciones de la poesía, más duraderas quizá que las de la naturaleza, destinadas á vivir mientras existan en el hombre el amor á lo bello y el sentimiento artístico.

No nos proponemos dilucidar aquí la cuestión, tantas veces debatida, de la existencia histórica de D. Juan Tenorio. Para nosotros, como para todo aquel que sepa cómo se forman los mitos y las leyendas en la fantasía popular, es evidente que el Tenorio tiene un fundamento real y verdadero, que algún individuo de la familia de este nombre, debió en época incierta hacerse célebre por sus calaveradas y desafueros, y por algún extraño, misterioso accidente de su vida, que el vulgo estimó intervención maravillosa de lo sobrenatural. Y muévenos á pensar así, no sólo la opinión general que lo afirma y la tradición persistente que lo comprueba, sino el hecho constante de que la fantasía popular crea siempre sus tipos lengendarios sobre la base de algo real é histórico, que después agranda, idealiza y embellece hasta formar la leyenda de proporciones épicas y maravillosas en

que, por lo general, personifica todo un órden de ideas ó sentimientos, cuando no el carácter total de una época ó de un pueblo.

Indáguese el origen de todos los tipos legendarios verdaderamente populares, y siempre se hallará en el comienzo de su desarrollo, un personaje histórico, cuyos rasgos característicos excitaron el interés popular, hasta el punto de ver en él la más acabada personificación de los sentimientos, pasiones é instintos de las masas, y acaso del carácter de la nación entera. Hallada esta base firme, la fantasía popular, rica y fecunda en el alto grado, acumula incidentes y sucesos portentosos sobre la vida real del personaje, exajera los aspectos simpáticos de su carácter, dejando en la sombra los insignificantes ó repulsivos, toma de la realidad todo lo que puede ser ideal y prescinde del resto, aumenta las proporciones de su ídolo hasta hacer inmenso y extraordinario lo que quizá no era más que distinguido, y de esta manera hace de un aventurero, jefe de bandas, la admirable personificación del carácter castellano que se llama el Cid, y de un desalmado calavera, el grandioso tipo que se llama D. Juan Tenorio, como en los tiempos heroicos de la Grecia, convirtió en héroes generosos y grandes á los bárbaros sitadores de Troya.

Por lo demás, sea D. Juan Tenorio idealización de un personaje histórico, sea creación libérrima del poeta que por vez primera le sacó á la escena (que fué el maestro Tirso de Molina), la cuestión importa poco, pues, aparte de que el poeta crea, aun cuando reproduce lo real, que en sus manos adquiere más duradera vida que la que pudo otorgarle la naturaleza; D. Juan Tenorio como carácter humano, existía antes de Tirso y seguirá existiendo siempre, esparcido en multitud de ejemplares que reunió en un solo tipo el gran poeta, dándole un relieve, una vida y una permanencia que de otra suerte no hubiera alcanzado.

D. Juan Tenorio ofrece á los ojos de la crítica un doble aspecto, Es juntamente un tipo nacional y universal, humano y español. Como tipo, es de todas las épocas y de todos los países; como carácter individual es exclusivamente propio de España. Así se explica la inmensa popularidad que entre nosotros goza, y se comprende la facilidad con que ha tomado carta de naturaleza en las literaturas extranjeras. Examinemos este doble aspecto de su carácter.

Es Tenorio, la personificación acabada del carácter español y singularmente del andaluz, en todo lo que tiene de bueno y de malo, y

sobre todo, lo último. Lo distintivo, lo genuinamente original de nuestro carácter es, con efecto, ese desenfado y temerario arrojo, que unido á una nativa nobleza y á una generosidad instintiva y espontanea, pero no siempre acompañado de buen sentido, ni de moralidad muy escrupulosa, puede hacer de nosotros, según los casos, Guzmanes, Tenorios ó Quijotes, héroes ó bandidos, nunca cobardes villanos ni traidores. Es ese menosprecio de todo, menos de la propia estima, esa serena indiferencia ante el peligro, ese espíritu de innata rebeldía contra toda imposición justa ó injusta, legítima ó ilegítima, que lo mismo puebla de héroes y de mártires los riscos de Covadonga, las trincheras de Zaragoza, los muros de Gerona y los callejones del barrio de Maravillas, que de bandidos y rebeldes, las gargantas de Sierra Morena ó los valles de Guipúzcoa. Es al mismo tiempo ese espirítu generoso, noble é hidalgo que imprime siempre un sello de inimitable grandeza á nuestras hazañas y rara vez permite que haya bajeza en nuestros crímines. Es, en suma, esa indefinible mezcla de valor sereno y temerario arrojo, de indómita ferocidad y tierna dulzura, de noble generosidad y saña terrible, de altivez romana, fiereza goda y generosidad árabe, que en las alturas del bien produce los Cides y los Guzmanes, y en las profundidades del mal los Tenorios y Corrientes; héroes los unos, bandidos los otros, pero todos valientes, generosos, hidalgos, rara vez culpables de bajeza, ruindad y felonía.

Dénse á un hombre ese arrojo temerario, esa audacia inquebrantable, ese menosprecio del obstáculo y del peligro, esa aversión á toda ley y freno, esa hidalguía generosa, y si ese hombre aplica esas dotes á nobles empresas, será el Cid; pero si las emplea en torpes hazañas, será Tenorio. Y de esta manera, sobre el fondo invariable del carácter español, se dibujan igualmente la luz y la sombra de dicho carácter, pura aquella, criminal ésta, ambas grandes, y la personificación de esa luz es el Cid, y la de esa sombra D. Juan Tenorio.

Y si queremos ver completo el último de estos tipos, hágasele nacer en ese paraíso de los árabes, que aun conserva los rastros indelebles de su dominación, allí donde las pasiones son ardientes como los arenales de Arabia, y los afectos lánguidos como la palmera africana, y melancólicos como los jardines del Generalife. Dénse á ese calavera, al par del arrojo castellano y de la tenacidad aragonesa, la

poesía voluptuosa del Oriente, la caballerosidad y la nobleza del emir árabe, y las salvajes y sensuales pasiones del león africano; únanse á esto la gracia incomparable y la gentileza de los hijos de Andalucía; encárnense estas cualidades en un arrogante mancebo, hermoso, rico y elegante, y dígase si hay en el mundo pueblo capaz de producir tipo más perfecto en su género, ni si es posible concebir criminal más simpático, ni belleza más fatal y sombría.

Por eso D. Juan Tenorio, siendo personificación del mal, es bello, aunque en el mal no hay ni puede haber belleza; pero no son bellas sus acciones culpables, ni el público le aplaude por ellas. No es bello el homicida, el seductor, el libertino; pero son bellas la arrogancia caballeresca, la arrojada valentía y la galantería andaluza que en medio del crímen y del vicio muestra; y que atenúan en cierto modo sus tristes proezas, mostrando á la par cuán deplorablemente malgasta y prostituye el hombre sus mejores facultades, cuando se hace esclavo de una pasión indigna y extrema en demasía el aprecio de su propia persona.

Pero no es sólo D. Juan Tenorio el tipo genuinamente español que acabamos de delinear; es, además, un tipo universal y humano. Tenorios hay en todas partes, por más que D. Juan Tenorio sólo sea posible en España, y dentro de ésta, en la región andaluza. Prescindiendo en efecto, del color local de la figura, descúbrese en ella un tipo universal, que es al mismo tiempo la realización de una de las más altas creaciones dramáticas que pueden concebirse, comparable bajo muchos conceptos con el *Hamlet*, el *Segismundo*, el *Fausto*, el *Manfredo*, con todas las más perfectas concepciones del arte literario.

Es D. Juan Tenorio, bajo este punto de vista considerado, el calavera voluble, arrojado, falto de toda ley y freno, que no ve en la vida nada superior al placer y sobrepone su personalidad á toda moral, á toda autoridad, á todo respeto. Sus apetitos, sus pasiones, su voluntad indomable y caprichosa, son para él la ley suprema, á la que todo lo sacrifica, desde su conciencia hasta su vida, si es necesario. Sigue únicamente los instintos de su indómita naturaleza, y menosprecia y conculca, con soberbia inaudita y temerario arrojo, las molestas trabas que la moral, la sociedad y la ley intentan poner á sus deseos. Ligero é irreflexivo, ni atiende al mal que á los demás causa, ni al que así propio puede causarse. Fiado en su fuerza y valentía para librase de la justicia humana, cuídase poco de la divina,

no por no creer en ella, sino porque la ve muy lejana, y cuando con ella se le amenaza, contesta siempre con burlona sonrisa: *¡Muy largo me lo fiáis!* No puede decirse que es un hombre perverso, porque no hace el mal por cálculo ni por fría maldad, sino porque de él puede reportar un placer; y tanto es así, que cuando el bien no es incompatible con sus gustos, cuando puede ser honrado sin perder los goces á que aspira, complácese en dispensarlo con mano generosa y pródiga. Si en sus relaciones con las mujeres, falta constantemente á la palabra dada, es porque así lo exige su natural inconstante; no así en su trato con los hombres, porque en tal caso el honor del caballero no estorba al desenfreno del calavera. Es arrojado, valiente, en ocasiones noble y generoso, y la indómita energía de su alma, la firmeza de su carácter, la claridad de su inteligencia, la gentil apostura de su persona, hacen de él un tipo verdaderamente honroso, aunque siniestro y sombrío. Tal es D. Juan Tenorio; representación drámatica y bellísima de la personalidad humana, afirmándose, mediante una voluntad enérgica y una libertad sin freno, contra todo y contra todos, poniéndose como ley y señora de sí misma; contrarrestando y desafiando todo poder, por alto y legítimo que sea; procurando someter á su arbitrario capricho y doblegar ante su fuerza poderosa, cuanto á su paso se opone; menospreciando la justicia, la moral y la razón; arrojándose como ímpetu salvaje contra la sociedad entera y haciéndola retroceder aterrada; llevando por doquiera el escándalo y el crímen, la desolación y el espanto; provocando al mismo cielo; y sucumbiendo al fin audaz, impenitente, inflexible, ante la fuerza mayor de lo sobrenatural, no como quien cede al deber ó á la razón, sino como quien, mal su grado, se somete á la fuerza de quien puede más que él. ¡Concepción dramática y sublime, iniciada en el mundo de la poesía por el *Prometeo* encadenado en el Cáucaso, representada más tarde en diferentes fases por el *Satán* de Milton, el *Segismundo* de Calderón, y admirablemente personificada en D. Juan Tenorio!

Este es, sin duda, el Tenorio ideal, aquel que todos concebimos y sentimos, aquel que late en el fondo de todas las producciones que forman la que nos atrevemos á llamar (si el lector y la Academia lo permiten) *literatura tenoriana;* pero este tipo no ha sido realizado en toda su pureza y perfección por ninguno de los grandes poetas que han pretendido interpretarlo, ni aun por aquel que por vez pri-

mera lo introdujo en el mundo del arte. Verdad es que representarlo en la novela, en el poema ó en el teatro, con toda la perfección exigible, es ardua y dificilícima empresa, y no es maravilla que en ella casi todos hayan fracasado. Examinar las diferentes interpretaciones que ha tenido, bajo su propio nombre ó con otros diferentes, es el objeto del presente estudio.

II.

Como hemos dicho anteriormente, ninguno de los poetas que se han inspirado en la leyenda de *D. Juan Tenorio*, ha sabido pintar este personaje con perfección y fidelidad. En los unos es un calavera vulgar, cuya grandeza se revela únicamente en su trágico fin; en los otros, D. Juan, bien pintado mientras se prolonga su vida de libertino, flaquea al llegar el instante de su condenación; en algunos, tiene más de matón que de calavera; en otros, más de impío que de valeroso; en estos, es alegre; en aquellos, sombrío; en algunos, villano y cobarde; en otros, noble y caballero; y son muchos los que introducen en él profundas modificaciones de todo género, prescinden de la leyenda y á veces ni siquiera conservan el nombre del personaje. Y sin embargo, á través de tantas diferencias se advierten siempre los rasgos fundamentales del tipo, cuyos varios aspectos han impresionado más ó menos á cada poeta, determinando matices diferentes en su pintura, pero siempre sobre un fondo común.

Tirso de Molina fué el primero que tomó por asunto de uno de sus dramas la leyenda de D. Juan Tenorio. Dos redacciones existen de esta producción: una, que es la corriente, y que lleva por título *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*; otra, titulada *¿Tan largo me lo fiáis? El burlador de Sevilla* figura, según La Barrera, en la colección titulada: *Doce comedias nuevas de Lope de Vega, Carpio y otros autores. Segunda parte*, impresa en 1630 en Barcelona, por Jerónimo Margarit, y en la parte sexta de la *Colección de comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España*, impresa en Madrid y publicada desde 1652 á 1704. *¿Tan largo me lo fiáis?* está impreso en un folleto que debe ser de la primera mitad del siglo XVII, y en el cual se supone que es obra de Calderón.

Ultimamente ha sido publicada por los editores de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos* (tomo XII, Madrid, 1878). A nuestro juicio (1), esta redacción es obra de Tirso, como la que se titula *El burlador de Sevilla*, y tenemos por muy probable que sea la primitiva, en cuyo caso *El burlador* es una refundición. En ambas redacciones, la marcha de la acción y el carácter del protagonista ofrecen perfecta identidad, siendo, por tanto, indiferente servirse de una ú otra para el examen del asunto que nos ocupa.

El Tenorio de Tirso es indudablemente, á pesar de sus defectos, el mejor de todos. Es el que tiene más unidad y consecuencia, el menos exagerado é inverosímil y el que mejor se adapta á las condiciones que el tipo requiere; pero le falta mucho, sin embargo, para merecer el dictado de perfecto.

D. Juan, tal como Tirso lo concibe, es un mozo audaz y calavera, que todo lo sacrifica á sus apetitos y ninguna autoridad acata, como á ninguna ley moral obedece. No es el amor el que le impele á sus extravíos, pues á ninguna mujer ama, y sólo ve en ellas la satisfacción de sus inmoderados instintos. En él no hay más virtud que un valor llevado hasta la temeridad y cierto pundonor caballeresco, ó mejor, arrogancia, que es el que le impele á desafiar la estatua del Comendador. No es impío, como el D. Juan de Molière; pero se cuida poco de la justicia divina, que ve muy lejana, y cuando con ella se le amenaza, contesta desdeñosamente con su característica frase: *¿Tan largo me lo fiáis?* que basta para pintar con cuatro palabras su carácter.

No hay en el D. Juan de Tirso las bajas villanías y los actos cobardes que afean á otros Don Juanes más modernos. No es capaz de cometer viles asesinatos, como el de Zorrilla, ni hace tan necios alardes de fanfarronería como éste, ni puede confundirse con el chulo grosero que pinta Zamora ó con el alma corrompida que dibuja Molière. Mata á sus adversarios siempre en combate leal, y cuando lleva á cabo la locura de desafiar al Comendador, no tanto lo hace por bravata, como por sentirse lleno de indignación, al verse calificado de traidor en el epitafio del sepulcro de Ulloa. Es, en suma, más noble y caballero que todos los demás.

(1) Véanse los artículos que sobre este asunto hemos publicado en La Ilustración Española y Americana del año 1878, números 40 y 42, sosteniendo la opinión que apuntamos en el texto.

Pero desgraciadamente, Tirso desfiguró y rebajó el carácter de su héroe, precisamente en su aspecto más importante. Para que Tenorio no se confunda con los calaveras vulgares, para que sea bello y dramático, es menester presentarle como hombre dotado de tan fascinadoras cualidades, que apenas haya virtud femenina que no se rinda á sus encantos. Fuerza es concebirlo como apuesto mancebo, tan discreto como apasionado, tan elocuente como galán, tan generoso y espléndido como bizarro, que, sin apelar á engaños y malas artes, y por el solo prestigio de sus atractivos, envuelva en las redes de la seducción á las hermosas. Así lo entendió lord Byron, y por eso su *D. Juan* es una creación encantadora, siquiera no se conforme con el tipo tradicional. Tirso siguió otro camino distinto, é hizo de D. Juan un calavera vulgar y villano, que sólo se rehabilita á los ojos del público en el momento de la muerte. Con efecto, las conquistas amorosas del D. Juan de Tirso se deben siempre á viles engaños, más que á sus propios méritos. El infame recurso de hacerse pasar por otro (con escaso acuerdo utilizado posteriormente por Zorrilla) es el que emplea para vencer la virtud de la Duquesa Isabela y de D.ª Ana de Ulloa. Consigue rendir á Tisbea dándole mentida palabra de casamiento, y logra, por el más vil y grosero de los engaños, poseer la hermosura de Aminta. No hay en esto mérito ni nobleza; que por medios tales el calavera más vulgar y despreciable puede conquistar á las más renombradas hermosuras; y es D. Juan, por tanto, un cobarde ladrón de honras, más que un conquistador afortunado; un traidor perjuro, engañador y falso, más que un fascinador doncel que á fuerza de gracias y seducciones alcanza el logro de sus intentos.

Por fortuna, Tirso se levanta á toda la altura de que es capaz, desde el momento en que se inicia en su drama la intervención de lo sobrenatural. Justifica perfectamente, como ya hemos dicho, el desafío dirigido por D. Juan á la estatua del Comendador, que en las demás producciones es una baladronada inconcebible; sabe dar una actitud digna á Tenorio cuando el Comendador acude á cenar á su casa, mostrándose sereno y valiente, pero sin exageraciones, y con cierto fondo de asombro y terror inevitables en tales circunstancias, pero al que se sobrepone el pundonor del caballero; y, por último, muéstrase acertado como nadie en el terrible desenlace de la obra.

Al llegar á aquel momento, el calavera, antes vulgar y villano, se transfigura ante el peligro, su valor se agiganta hasta revestir sublimes proporciones, y el tradicional don Juan Tenorio, el arrojado y audaz libertino, que no teme desafiar al mismo cielo, aparece en todo su esplendor. Ninguno de los imitadores de Tirso rivaliza con él en este punto; ninguno ha sabido, como él, comprender al personaje en aquellos terribles momentos. El D. Juan de Zamora es un fanfarrón necio que, después de lanzar las más ridículas bravatas, se asusta al ver que el asunto es serio, y concluye pidiendo clemencia y haciendo ostentosos alardes de un arrepentimiento tardío y arrancado al miedo. El de Molière perece tan rápidamente á manos del Comendador, que no hay tiempo para saber cuál hubiera sido su actitud ante el peligro. El D. Juan de Zorrilla vale mucho más que el de Zamora.

No así el de Tirso. Nada más propio de su tradicional carácter, que sus últimas acciones. No permanece impasible ante la terrible aparición del mensajero de la justicia divina, porque no cabe en pechos humanos la impasibilidad en trances tales; pero combate contra su flaqueza y se manifiesta firme y sereno ante la estatua, ostentando un valor que quizá le va faltando, pero que su propia dignidad le impone. Hasta el último momento muéstrase digno de sí mismo, y hasta intenta luchar contra su fantástico enemigo, y sólo cuando se reconoce vencido y comprende la inminencia del peligro, tiene un momento de debilidad y pide confesión; cosa que nada tiene de extraño, porque si nunca temió el castigo del cielo, tampoco fué jamás incrédulo. Muere, por tanto, como debía morir, sin bajeza y cobardía, pero también sin aquella temeridad imposible del *Estudiante de Salamanca* de Espronceda, que ya traspasa los límites de lo humano.

Otra excelencia del drama de Tirso es la rígida severidad de su moral. Zamora deja en duda el destino final de don Juan; Zorrilla le abre las puertas de la gloria: Tirso, como después Molière, le condena, á pesar de su rápido arrepentimiento final. Cuando al sentirse abrasar por la mano vengadora de la estatua, D. Juan, dominado por el terror, exclama con angustia:

Deja que llame
¡quien me confiese y absuelva!

el Comendador contesta con implacable acento:

No ha lugar. Ya acuerdas tarde.

Y para que no quede duda acerca de la condenación de Tenorio, dice al volverse á su sepulcro:

Esta es justicia de Dios.
Quien tal hizo, que tal pague.

Esta es la acción moral y necesaria del drama, dentro de una concepción religiosa que admite la existencia de una vida futura, y aun dentro de una concepción puramente racionalista. Una vida de escándalos y crímenes no puede rescatarse con un momento de arrepentimiento tardío, nacido del espanto más que de la contrición; un grito de angustia, arrancado por la perspectiva de la condenación próxima, no puede lavar tantos años de infamias. Si el arrepentimiento, aun siendo sincero, no puede excusar de la expiación debida, ¿cómo ha de lograrlo cuando es hijo del miedo? La salvación de D. Juan es para la moral un escándalo, para la conciencia un ultraje; y si es cierto que hay una vida futura, no puede haber perdón para hombres semejantes. Nuestro siglo tolerante en demasía, ha abierto al calavera sevillano las puertas del cielo; la justicia y la moral estarán siempre, sin embargo, al lado del inflexible Tirso de Molina.

Como desempeño, el drama de Tirso presenta gravísimos defectos, á la par de grandes bellezas. Desordenado, confuso á veces, recargado de incidentes, de versificación pobre, desagradable y dura (salvo en algunos bellísimos trozos), deslucido en los mejores pasajes por las bufonadas de un impertinente gracioso que interviene con notoria inoportunidad en la escena final, prolongado inútilmente más allá del verdadero desenlace, colocado sin razón plausible en la época de Alfonso XI de Castilla, pero retratando fielmente la época en que se escribió, el drama de Tirso es inferior á otros del mismo ingenio; pero sus defectos no oscurecen la gloria de haber sido el primero en que aparece el tipo de D. Juan, el que con mayor acierto y sentido moral pinta el trágico fin del audaz calavera, y, en suma, la mejor de las producciones escénicas que en este asunto se

basan. Por eso abundamos en la opinión del Sr. Pí Margall, que ocupándose del Tenorio en un bello y discretísimo estudio, afirma con harta razón, que merecería bien del arte el poeta que supiera refundir con acierto el drama de Tirso, acomodándole á las exigencias de nuestros tiempos, porque, en medio de sus defectos, el Tenorio de Tirso es el mejor de todos.

MANUEL DE LA REVILLA.

(Concluirá.)

¡ADIÓS!

Es en vano luchar! Inútilmente
De tu amor y mi dicha corrí en pos:
Amor por mí tu corazón no siente,
Adiós! por siempre adiós!

Es en vano luchar! La suerte impía
Separa los destinos de los dos;
Siento anegada en llanto el alma mía,
Adiós! por siempre adiós!

Es vano luchar! Dicha y contento
Derrame siempre en tu camino Dios;
Ya nunca volverás á oír mi acento,
Adiós! por siempre adiós!

FARFALLA.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.

Salve, las Casas inmortal, tu nombre
De caridad emblema y de justicia,
Al mundo vivirá, mientras al mundo
La caridad y la justicia vivan.

Como en medio de noche tormentosa,
De astro consolador la frente brilla,
Y en el alma del náufrago infelice
La esperanza y la fé de nuevo inspira;

Así tu sombra protectora se alza
En medio del horror de la conquista,
Y á la raza que gime entre cadenas
De tus consuelos el caudal prodigas.

Mientras que el mundo del guerrero ciñe
Sangrientos lauros en la frente altiva,
Y ante el brillo siniestro de su espada
Baja la faz y dobla la rodilla;

Tú haces tronar tu voz, y del derecho,
De la razón los fueros reivindicas,
Sin que te arredren en tu celo augusto
Del poderoso amagos ni caricias.

Allí donde el orgullo satisfecho
Bajo sus plantas la fortuna mira,
Y en los vencidos las esclavas hordas
Para sufrir y obedecer nacidas;

Al hombre tú contemplas, al hermano,
A la imágen de Dios que lleva escrita
Su procedencia celestial; y fuera
Por la sangre del Justo redimida.

De la verdad apóstol denodado,
A su luz inmortal tus pasos guías:
Nada detiene tu ímpetu sublime,
Nada la llama de tu celo entibia.

No te contentas con verter tu llanto
Del esclavo infeliz en las heridas,
Mostrándole en el cielo la esperanza
Grande como es inmensa su desdicha;

Sino que luchas por romper los hierros
Que el error ha forjado y la codicia,
Por desgarrar la venda que tejieran
De una ciencia bastarda los sofismas:

Y cruzas los desiertos y los mares,
Infatigable escribes y predicas,
Arrostrando intemperies y calumnias,
Viles ultrajes, desatadas iras.

¿Qué te mueve? ¿Por qué apartas los ojos
Del oro vil que el corazón fascina
Y le endurece y en el hondo abismo
De crímenes sin fin le precipita?

¿Por qué en vez de seguir por la ancha senda
Que á riquezas y honores encamina,
Lloras con el que llora, y del verdugo
Huyendo, buscas la inocente víctima?

Es imposible, tu mirada de angel
Del mal ante el desórden se horroriza:
Tu corazón seráfico se inflama
Y de cólera santa arde y palpita.

Rompes el velo tras el cual pretende
Esconderse mostruosa tiranía,
De religión y patria con los nombres
Cubrir soñando su intención inícua.

Tu dedo apocalíptico señala
Al satánico genio que allí anida,
Y su orgullo confundes, y en su frente
Severo marcas indeleble estigma.

¡Salve, las Casas inmortal! Tu nombre
En el eterno libro de la vida
Quedó trazado en caractéres de oro
Como el del santo Apóstol de las Indias.

A tu patria, á tu siglo, al orbe entero
Pertenece tu gloria, que mas viva
Que del guerrero la siniestra fama
Se alza en el cielo y su esplendor eclipsa.

Los restos de la raza conquistada,
Que de sus padres en la tierra habitan,
Hé allí tu obra sublime; del naufragio
Los has salvado tú, por tí respiran.

Tu fé robusta, tu piedad insigne,
Tu ardiente caridad siempre encendida,
Son la aureola que tu frente cerca,
Que de las armas la soberbia humilla.

Tu sola abnegación, Apóstol santo,
Al cielo con la tierra reconcilia,
Pues más que el crímen que la tierra mancha
Es tú virtud las Casas, infinita.

J. M. Vigil.

LUIS XVII.

(CONCLUYE).

IV.

El nombre del zapatero Simón goza de una triste celebridad entre los que conocen aunque sea superficialmente, la historia del Delfín. Poco se sabe, no obstante, de ese hombre siniestro, que apareció en medio de París como un aborto de la revolución, y desempeñó en este drama sombrío, uno de los papeles más abominables que hayan tocado en suerte á ningún sans-culotte. Hijo de un carnicero de Troyes, vino joven á París donde aprendió la zapatería y se estableció como maestro. Hombre apasionado y de temperamento volcánico, apenas estalló la revolución, lanzóse á ella con frenesí, mereciendo por su furia, ser miembro sucesivamente del distrito y club de los Cordeleros, y finalmente, del consejo general de la municipalidad. Rudo é ignorante, no sabía ni escribir su nombre, y hubo menester aprender á firmar para ingresar en la Comuna.

Cuando las almas bajas y oscuras se lanzan en la carrera de los excesos, apasiónanse ardientemente de lo monstruoso, y se juzgan más en carácter cuanto se acercan mayormente al extremo más reprobado. Así pasó con Simón: al entregarse á la corriente revolucionaria, fué á caer fatalmente de rodillas ante el ídolo más repugnante de la multitud desenfrenada, ante el frenético Marat. Encarnación para su menguada inteligencia, de todo el pensamiento y de toda la voluntad de las masas populares; llevado de su adhesión á este maniaco homicida, fué á vivir junto á su casa en la calle de los Cordeleros, para cuidar como dogo rabioso, la entrada de la casa de aquel monstruo. Muerto Marat, apegóse á Robespierre como era lógico; porque éste y Marat siendo igualmente perversos, sólo se diferenciaban en la manera de manifestarse. Aquel era el cinismo

y éste la hipocresía; dos caras de la moneda de la misma depravación.

Robespierre hizo que la Convención designara á este hombre como guardián y preceptor de Luis XVII. ¡Abominable sarcasmo! ¡Guardián y preceptor de un niño de ocho años, un miserable zapatero, ebrio consuetudinario, tabernario, insolente, de sentimientos groseros y sensuales, é ignorante hasta el punto de no saber escribir! ¡Villanía indigna de aquella poderosa asamblea, que afea su memoria con una mancha más repugnante que la de la sangre que la envuelve! Explican algunos tan detestable medida, diciendo que fué sugerida por Robespierre, porque habiendo pretendido ser nombrado preceptor del Delfín, y habiendo sido rechazado por la corte, se vengaba de aquella manera tan desapiadada del desaire sufrido y no perdonado; pero á decir verdad, no existen sobre este hecho pruebas dignas de entero crédito y exentas de sospecha. Como quiera que sea, el caso es que, al ser separado de María Antonieta, cayó el Delfín en poder del zapatero Simón, nombrado su institutor por la Convención nacional. ¡Qué tránsito el del pobre niño! ¡Pasar de las manos cariñosas y providentes de su madre, á las de aquel feroz revolucionario, propio sólo para inspirar repugnancia y espanto! Aunque de edad de cincuenta y siete años, hallábase el zapatero en todo el vigor de la vida. De estatura elevada y robusta, bronceada tez, ruda fisonomía, duro mirar, voz estentórea y rostro patibulario, rodeado de larga caballera negra, lisa y en desórden; era como el prototipo de la ferocidad jacobina encarnada en el cuerpo de un frenético sin ideas y dominado por ciegas y desapoderadas pasiones. Su carmañola y gorro rojo de liberto, asemejábanle á un esclavo antiguo, en días de saturnales. Su moral no iba á la zaga de su aspecto físico. Simón estaba roido hasta la médula de los huesos por el odio á la realeza y á las clases inteligentes; devorábale como á Marat, sed inextinguible de igualdad: toda superioridad de cualquier linaje que fuese, ofuscábale y hacíale estremecer de envidia y rabia; y como si sus malas pasiones no tuviesen en sí mismas, acicate bastante agudo para hacerle precipitarse en la maldad, buscaba todavía en el uso constante de los alcoholes, nuevo incentivo para entregarse con mayor ceguedad á la crueldad y la barbarie.

Tal era el hombre que por la voluntad de los legisladores de Francia, vino á desempeñar cerca de Luis XVII, el triple papel de guar-

dián, padre y maestro. Fuese á vivir el zapatero con su mujer al mismo Temple, en el departamento donde estuvo Luis XVI. Su esposa, aunque menos depravada que él, vivía también siempre fuera de su razón por la continuada bebida de espirituosos licores, y aunque por su índole hubiera podido ser humana con el príncipe, dominada por el temor y perverso ejemplo de su marido, así como por la acción embrutecedora del aguardiente, cooperaba con el zapatero á trocar en martirio perenne, la vida del indefenso niño á quien tenía bajo su custodia. Cuidábale ella, en verdad, en cuanto al exterior, aseándole y manteniendo en buen estado sus ropas; pero cuando enfadada por el encierro ó excitada por la bebida, se dejaba dominar por la cólera, entregábase también por su parte á actos de repugnante violencia con el tierno Delfín.

Por lo que respecta á Antonio Simón, harto conocidas son sus crueldades con Luis XVII. Su excesiva inhumanidad con el niño prisionero, ha hecho sospechar á historiadores sensatos, que hubiese recibido de los jefes revolucionarios la misión odiosa y secreta de matarlo á fuerza de martirios.

"Cuando Simón—dice Senar—pidió instrucciones á las juntas con respecto al niño, díjoles: ¿Qué decidís del lobezno? Estaba destinado á ser insolente; yo sabré reducirlo: tanto peor si revienta, no respondo de que no suceda. Después de todo ¿qué se quiere? ¿deportarlo?—Respuesta: no.—¿Matarlo?—No.—¿Envenenarlo?—No.—¿Qué pues?—Deshacernos de él.—No ha sido muerto ni deportado—concluye el mismo escritor—pero se le ha quitado de por medio."

Chantelauze, con todo, no cree que la Convención se haya propuesto hacer perecer de una manera hipócrita al joven príncipe, porque, á su modo de ver, tenía ella interés poderoso en conservar sano y salvo como en rehenes, al hijo de Luis XVI, á efecto de impedir la reconstitución de la monarquía, en la persona del conde de Provenza; y considera que las atroces amenazas lanzadas en la tribuna contra el inocente prisionero, por Villaud-Varennes, Mailhe, Brival, etc., no fueron sino medios de intimidación empleados contra los realistas. Por lo que hace á nosotros, nos declaramos incompetentes para resolver duda de tal monta. Queden éste, y otros puntos de interrogación no menos graves que se registran en la historia de la Convención francesa, á la dilucidación sagaz y razonada de espíritus más ilustrados y capaces.

Lo que aparece evidente es, que fué llevado Simón al lado del príncipe con dos objetos principales, á más de los secretos: humillar á la monarquía y á María Antonieta, poniendo al heredero del trono bajo la férula de un zapatero soez é innoble; y hacer servir al carcelero como espía y delator de los supuestos complots de la familia real. El espionage de Simón debia dar también por resultado, preparar los elementos necesarios para el proceso de María Antonieta y Mme. Isabel, á quienes los revolucionarios ansiaban ver subir las gradas del cadalso.

El pequeño Luis no cesaba de llorar desde el momento en que fué arrebatado de los brazos de su madre. Llevó Simón á mal aquella ternura, y valiéndose de la intimidación y la violencia, logró imponerse de tal manera al inocente niño, que hizo cesar sus lágrimas de improviso. Nada pudo enternecer al feroz carcelero: ni la edad, ni la inocencia, ni los inauditos infortunios de aquel niño tan inofensivo como bello. No tenía Simón mayor delicia que hacerse servir la mesa por el último de los reyes de Francia. Cuando estaba borracho, que era con harta frecuencia, pegábale á todas horas y por el pretexto más fútil. Un día en que el niño tardó en llevarle un plato, estuvo á punto de sacarle un ojo con un azote de su servilleta.

El 9 de Agosto, día de la proclamación de la república por la Convención nacional, al oir Simón los cañonazos con que era saludado el grave acontecimiento, dijo á Luis XVII: "¡Grita que viva la República!" Rehusólo el niño; enfurecióse el carcelero, juró, gritó, amenazó, y nada pudo conseguir de la entereza del príncipe. Lleno entonces de insano despecho, maltratóle duramente, y lo dedicó desde aquel día á lavar la vajilla y á hacer los más ruines oficios de la cocina.

Vestía el niño de negro desde la muerte de su padre; Simón le quitó sus ropas de duelo y le vistió la carmañola, poniendo sobre su cabeza el gorro frigio. Dedicóse en fin con perseverancia y por cuantos medios pudo aquel salvaje, á amedrentar de tal modo al Delfín, y aniquilar de tal suerte su voluntad, que consiguió al cabo de algún tiempo, verlo temblar ante sus miradas como la hoja de un árbol y arrastrarse á sus piés como un esclavo, tratando de adivinar en sus ojos sus más secretos deseos para apresurarse á cumplirlos.

Habiendo oido decir el zapatero, que en tiempo de los Merovingios, cortar al rey, á los príncipes ó á los grandes señores franceses la larga cabellera que llevaban á la usanza de la época, era el mayor

ultraje que podía hacérseles y el signo más palpable de su degradación; apresuróse á cortar los hermosos y ensortijados cabellos que caian hasta los hombros del príncipe, despojándolo por este medio, de la última diadema que la suerte enemiga había dejado sobre su cabeza. No sabiendo cómo distraer el ocio y hacer más llevadero su encierro, buscaba Simón pasatiempo y alegría en una embriaguez constante; no contento con entregarse solo á la bebida, obligaba al Delfín á tomar vino con exceso, hasta hacerle perder el sentido. Una vez en aquel estado, hacíale entonar aires revolucionarios y canciones tabernarias y obcenas. Solamente una cosa no le había sido dable alcanzar de su pupilo, y era hacerle proferir insultos contra su madre. Irritado un dia por esta resistencia, estuvo á punto de matarlo arrojándole á la cabeza un grueso madero de la chimenea; afortunadamente, el niño esquivó el golpe y pudo así evitar la muerte. Pero Luis era demasiado debil para luchar indefinidamente con aquel hombre diabólico; quebrantada su salud, comenzó á encorvarse como un anciano: perdieron sus mejillas las rosas frescas y lozanas que ostentaban, y sus miradas tímidas y recelosas, parecían pedir á todas horas auxilio ó compasión. ¡Y no hallaban ni una ni otra cosa en el mundo! El cielo parecía reclamarlo preparándole brillante palma de mártir, y los hombres le abandonaban por impotencia, por miedo ó por perversidad, en manos de monstruos y verdugos.

Aquel pobre huérfano, en la edad en que más necesitaba los cuidados maternales, hallábase entregado á la ferocidad de un ebrio inhumano; y en la época en que el corazón comienza á formarse, y no hallan los niños, hasta los más infelices, sino ternura y caricias á su derredor, el hijo de Luis XVI no encontraba junto á sí más que odio, violencia y corrupción. Dormía el niño en aposento solitario, sin fuego durante los rigores del invierno; y ni aun siquiera le era lícito reposar tranquilo, tiritando debajo de sus heladas sábanas, porque, durante la noche, el zapatero, entregado á delirios alcohólicos, gritábale á cada instante: "¡Capeto, ven!" Levantábase el inocente descalzo y transido por el frío y por el espanto; atravesaba temblando la oscuridad, y se acercaba al lecho del carcelero. "Aquí estoy, ciudadano," le decía. Simón al oirle, alargaba la mano, tocábalo para convencerse de que no se lo habían arrebatado los realistas, y sacando una pierna de la cama, dábale un puntapié que le hacía rodar buen trecho, gritándole: "Lárgate, Capeto!"

Y con todo, las palabras postreras que Luis XVI había depositado en el corazón de su tierno hijo, germinaban sublimes á la influencia quizás de la paterna mirada de ultratumba. Un día, en efecto, que Simón le preguntó después de haberle pegado cruelmente: "Capeto, si los vendeanos te libertaran ¿qué me harías?." El niño le contestó: "Os perdonaría."

La desgraciada María Antonieta contentábase con ver de cuando en cuando al Delfín al través de las celosías de su ventana, á tiempo que el niño era conducido á los jardines de la prisión. ¡Qué pluma sería capaz de relatar los íntimos dolores y angustias que sufrió su alma, cuando vió al príncipe vestido con carmañola y gorro frigio, y supo que el zapatero le prodigaba amenazas y golpes! Ninguna podría referirlo con suficiente verdad; los sentimientos maternos son los más hondos y augustos que el corazón humano atesora; adivínalos el pensamiento, pero la palabra es impotente á describirlos.

Repugna historiar punto por punto las inauditas crueldades y violencias de que fué víctima el inocente prisionero mientras estuvo bajo la férula del desalmado jacobino. Figúrese el lector lo más inhumano, lo más atroz que le sea dable imaginar, y se formará idea aproximada de los sufrimientos de Luis, en la época á que nos venimos refiriendo.

Nosotros, para cerrar esta pintura con un rasgo final tal como el asunto lo requiere, sólo hablaremos de la monstruosa acusación que el zapatero obligó á formular á su pupilo contra su santa tía y contra su misma madre.

Mientras hubo alguna resistencia de caracter por parte del príncipe, luchó Simón por hacerla desaparecer con todas sus fuerzas. Desigual fué la lucha que se entabló entre él y su prisionero. Un niño de ocho años, por resuelto y enérgico que se le suponga, es un adversario demasiado insignificante para combatir con un hombre desapiadado y brutal. Tan luego como Simón hubo agotado las fuerzas de resistencia del mísero infante, dedicóse á poner por obra el diabólico plan de que estaba destinado á ser infame instrumento.

El zapatero, bajo la satánica dirección de Hébert y Chaumette, preparó al niño, como se ha dicho, para convertirle en acusador de María Antonieta. Hízole aprender de memoria una larga y horrible historia de supuestas conspiraciones, con mención expresa de los nombres de los afiliados, y, lo que es peor todavía y todavía más

horrible, enseñóle á repetir sin comprender, una espantosa imputación de inmoralidad inaudita atribuida á su tía y á su madre, y ejercida en su propia persona. Una vez aleccionado en esta forma, así como enseñaban su faena á los esclavos los antiguos capataces, llamó Simón oficialmente al Consejo de la Municipalidad para que acudiese á escuchar las importantes revelaciones que deseaba el pequeño Capeto poner en su conocimiento. Una comisión de dicho cuerpo dirigióse luego al Temple, con entera hipocresía, como si las llamadas revelaciones que iba á escuchar, no fuesen obra de su propia é infernal inventiva.

El Delfín había sido preparado para esta espantosa escena, por dilatado ayuno, y moría de hambre cuando comparecieron los comisarios municipales. Puso el carcelero sobre una mesa y á su vista, apetitosos manjares para estimular su lengua y ofuscar su entendimiento; hízole comer y beber abundantemente, y cuando le hubo embriagado, dió principio el infame interrogatorio. Después de haber hablado el pobre niño de conspiraciones, y de haber delatado como maquinadores contra la revolución, á aquellos cuyos nombres le habían sido sugeridos por su guardián, concluyó por aseverar, que su santa tía Isabel y su tiernísima madre, habíanle dado lecciones de inmoralidad, semejantes á las que los historiadores latinos atribuyen á Agripina con respecto á Nerón. No contentos todavía con esto aquellos impíos municipales, agregaron al margen la confesión de incesto hecha por Luis XVII, confesión tan infame como absurda en boca de un niño de ocho años de edad. Concluido el interrogatorio con las formalidades de estilo, vióse el niño obligado á suscribirlo. Traducen los caracteres de su letra, segun aparece del documento original que se conserva en el Museo de los archivos nacionales de Francia, la violenta emoción y tremenda lucha de que se hallaba poseído su ánimo, en esos momentos crueles. Escribía con hermosa letra el niño; empero al firmar su declaración, y al trazar las palabras *Carlos Capeto*, hízolo con mano trémula y letra insegura, llegando á tal grado su turbación, que habiendo olvidado la *p* de su apellido, púsola despues entre renglones.

La vergonzosa trama urdida con tanta inhumanidad como perseverancia, no produjo los resultados que esperaban sus autores. Cuando María Antonieta, llevada ante el Tribunal revolucionario, supo, indignada, que se le acusaba de haber cometido tan nefando delito, por

boca de su mismo hijo, no pudo contener un movimiento de cólera y de desprecio, que apareció patente en la expresión de sus labios austriacos. Y hallando en la naturaleza—esa fuente misteriosa y perenne de todo lo grande—la frase sublime, la defensa suprema, profirió aquellas memorables palabras, que hicieron vibrar todos los corazones y anonadaron para siempre la calumnia: "No respondo, dijo, á ese cargo; la naturaleza repugna tan monstruosa inculpación. ¡Apelo al corazon de todas las madres!"

Al escuchar tan elocuentes palabras, conmovióse el auditorio, oyéronse distintos los murmullos de la reprobación general, y hubo patentes manifestaciones de simpatía en favor de la reina. El presidente Herman, intimidado ante aquella emergencia y temeroso de los resultados, dobló la hoja al capítulo, y no volvió á permitir que se hablase de tan repugnante calumnia.

Aquella misma noche, hallándose Robespierre á la mesa en compañía de algunos miembros del Tribunal revolucionario, al oir el relato de la respuesta de María Antonieta y del efecto que había producido en los circunstantes, dejándose arrebatar por un movimiento de indignación y de cólera contra Hébert, exclamó: "¡Miserable! no contento con presentar á María Antonieta como una Mesalina, ha querido todavía hacer de ella una Agripina." Estas palabras de Robespierre sobre punto tan esencial en la historia del Delfín, serán siempre á este respecto, las últimas de la historia. Ellas excecran de consuno los nombres de Hébert, Chaumette, Fouquier-Tinville y de todos los miserables tan impolíticos como depravados, que inventaron este capítulo de acusación, cuya inverosimilitud preséntase tan grande como su misma monstruosidad.

Poco tiempo después de tan vergonzoso incidente, el zapatero Simón, cansado del encierro, desagradado por las economías introducidas por la municipalidad en su alimentación, y con los bolsillos llenos de asignados inútiles, pidió su separación del Temple y habiéndole sido concedida, alejóse definitivamente de su víctima, á la cual atormentó durante el largo trascurso de medio año, de Julio de 93 á Enero de 94.

Fué trágico el fin de todos los siniestros personajes que tomaron parte en lo sucesos que acabamos de relatar. La mujer del zapatero enfermó por el exceso de la bebida y fué á parar al hospital de Incurables, donde murió hasta el tiempo de la Restauración: Hébert

y Chaumette fueron decapitados; el mismo Robespierre recibió al fin el merecido castigo sucumbiendo en la guillotina, en medio del entusiasmo y la alegría de los parisienses. Su partidario Simón compartió con él las ignominias del cadalso.

Hé aquí como juzga M. H. Taine los acontecimientos acabados de referir: "Al otro extremo de Paris, en la torre del Temple, separado de su hermana, arrebatado á su madre, el pequeño Delfín alienta todavía. Nadie como él en Francia es tan digno de piedad y de respeto, porque si existe una nacionalidad francesa, es gracias á los treinta y cinco jefes militares ó reyes coronados, de que es el último vástago directo; sin los diez siglos de política perseverante y mando hereditario de esos personajes, los convencionales que acaban de profanar sus tumbas en San Dionisio y de arrojar sus huesos á la fosa común, no serían franceses. En este momento, si el sufragio fuese libre, la inmensa mayoría del pueblo, diez y nueve franceses entre veinte, reconocerían por rey al niño inocente y precioso, al heredero de la raza á quien deben el formar una nación y el tener una patria: es un niño de ocho años, de rara precocidad, tan inteligente como bueno, de una figura dulce y encantadora. Mirad la otra que á su lado se dibuja. La injuria en la boca y el puño levantado, el zapatero Simón, de rostro patibulario y rojo por el aguardiente, es su director titulado, su preceptor oficial, su señor absoluto, tan malvado como soez, innoble de corazón y de maneras. Embriágale por la fuerza, le hace padecer hambre, impídele dormir, acribíllale á golpes, y por consigna, por instinto, por principios, pesa sobre él con toda su brutalidad, con toda su corrupción para desnaturalizarlo, embrutecerlo y depravarlo."

V.

Creese generalmente, que el martirio de Luis XVII terminó con la misión del zapatero, y que el inocente niño entregó su vida en manos de Simón. ¡Ojalá así fuese! Desgraciadamente empero, prolongóse todavía por más de un año la mísera existencia del Delfín, sufriendo en lo sucesivo tales y tan inauditos padecimientos, que comparados con ellos, podrían parecer alegrías los sufridos al lado de su verdugo.

Después de la partida de Simón, la Convención nacional, á mo-

ción de la municipalidad, declaró que el pequeño Capeto no debía ser tenido como prisionero de Estado, que no necesitaba un guardián especial, y que quedaba sujeto á la vigilancia de los miembros de la Comuna. Esto era lo mismo que entregarle maniatado en poder de sus enemigos más feroces. Los resultados no se hicieron esperar, y correspondieron á sus antecedentes de una manera lógica.

So pretexto de hacer frente á la gran responsabilidad que sobre él pesaba, mandó recluir el cuerpo municipal al pequeño Delfín en un solo aposento, destinado á servirle de allí en más de crudelísimo calabozo. Cerróse la puerta de la habitación con pesada reja de fierro, cuyos cerrojos y goznes fueron lacrados y sellados para mayor seguridad de que la incomunicación no fuese violada: cegáronse las ventanas con espesas celosías, que no dejaban penetrar el aire y apenas daban paso en la mitad del día, á pálidos y vacilantes rayos de luz. Muy pronto desaparecían tan ruines vislumbres, y quedaba sumida la estancia en las sombras de la noche. Ni una lumbre en la chimenea, que templara la crudeza del invierno, ni un miserable candil de aceite que disipara los horrores de las tinieblas á los ojos del infante amedrentado. Soledad, frío, noche infinita reinaban por siempre en torno del huérfano. ¡Qué verían en las sombras sus ojos despavoridos, y de qué mortal terror no se llenaría su corazón en aquél calabozo semejante á la tumba! ¡Con cuán íntimo deseo clamaría á su madre desde lo más profundo de su corazón, pidiéndole la compañía, la luz y el calor que le hacían falta á él, desventurado niño hijo de reyes, más miserable que los hijos de los pordioseros, á quienes no les son negados los consuelos maternales!

Clamaron los periódicos exaltados contra la desigualdad del trato de los prisioneros. ¿Por qué se daba al pequeño Capeto una comida mejor que la de los demás presidiarios? Esto era contrario á la igualdad, y no debía sufrirse en una república. Encontró la Comuna puestas en razón tales reflexiones, y dispuso por lo tanto, que no se diese al niño cautivo, sino el alimento común que se distribuía á todos los presos. Así fué cómo el Delfín quedó sujeto de allí en más, hasta la hora de su muerte, á tomar la comida miserable que se daba á los asesinos, ladrones y demás pillos de las cárceles. Dos veces al dia abriase la pequeña ventanilla practicada en la parte baja de la reja, y se propinaba al Delfín el caldo aguado con carne cocida, las lentejas y el jarro de agua, que formaban la triste pitanza de

los reos del orden común. Comía el niño ó nó su ración, sin atreverse á proferir una queja, ni á pedir que se le dieran otros ó mejores alimentos, y así pasaban los días, las semanas y los meses.

Fuera de la reja sucedíanse las guardias cada doce horas. Llegada la del relevo á la media noche, gritaba á la puerta del calabozo algún sans-culotte: "¿Duermes, Capeto? Levántate, ven acá." Despertábase el niño sobresaltado, y muriéndose de miedo, acudía á la reja con los piés desnudos sobre el piso glacial: "Aquí estoy, ciudadano,–le decía–¿qué me quereis?" "Vete—replicaba el miserable,—echándole al rostro la luz de la linterna—anda á acostarte, lobezno!"

Abandonado á sí mismo el pobre niño, sin tener ni siquiera un carcelero que le aseara la mazmorra, sin recibir ropas limpias, ni vestidos apropiados á su crecimiento, los horrores más deplorables del abandono comenzaron á hacerse sentir bien pronto en derredor suyo. El polvo y las basuras aglomeráronse en el pavimento de su estancia; pulgas, chinches, todos los insectos que se desarrollan con el desaseo, pulularon por todas partes en el piso y en las paredes, en el lecho y en todos los muebles. En medio de aquella atmósfera impura, nunca renovada, en medio de aquella oscuridad que nunca alegraba un rayo de sol, los gérmenes mórbidos que se abrigaban latentes en la naturaleza del Delfín, desarrolláronse fatalmente con espantosa rapidez. Aquel niño tan hermoso, hízose corcovado de espalda y pecho, empequeñecióse su busto y alargáronse desmesuradamente sus brazos y piernas. Escrófulas dolorosas hincharon diversas partes de su cuerpo, brotaron en torno de su cuello endeble, deformaron su puño derecho, inflamaron una de sus rodillas. Las ropas estrechas, inadecuadas bien pronto para su estatura, atormentaban sus miembros doloridos y, contribuían más y más á desfigurarlos. Las uñas, de sus piés y manos adquirieron proporciones enormes; sus hermosos cabellos descuidados, crecieron hasta la mitad de las espaldas.

Abandonado á la enfermedad como si estuviese lejos de sus semejantes, los dolorosos tumores del cuello abriéronse por fin, dando paso á la supuración que nadie limpiaba ni contenía. Su cabellera rubia, que hubiera envidiado Absalón, introducíase en las heridas, y al separarla el paciente á cada momento con la mano, renovaba aquellas mismas heridas que crecían y manaban sangre. Obligado por el dolor, y buscando lenitivo á sus padecimientos, comprimía con sus propios dedos los abiertos tumores para hacerlos arrojar el lí-

quido purulento que germinaba en sus senos. Llegó el mal á punto tan elevado y á tan lastimoso desarrollo, que hizo caer al Delfín en esa especie de insensibilidad é indeferencia en que caen despeñadas las víctimas de males profundos é incurables. Sin fuerza para dirijirse al gabinete contiguo, cumplía el príncipe sus necesidades corporales dentro de su mismo aposento. Amontonadas así las materias pestilentes que nadie hacía desaparecer, infectaron el aire, acabaron de viciar la atmósfera, y completaron la obra de destrucción del niño enfermo y solitario.

Bien pronto fuéle insoportable el lecho, que más bien lugar de descanso, era potro de nuevos tormentos; pasaba las noches y los días sin despojarse de las ropas, encojido en el asiento de un sillón movible. Iban á buscarlo las ratas hasta aquel mísero refugio; para libertarse de ellas, necesitaba dejar sobre la mesa, parte considerable de su alimento. Así vejetaba el hijo de Luis XVI, caminando lentamente al agotamiento físico y moral, y á una muerte prematura y terrible. Acostumbrado á ver á su derredor carceleros crueles y revolucionarios sin piedad, comprendió que eran inútiles sus quejas, que lo eran también sus lágrimas, y auxiliado por la atonía engendrada por sus males, encerróse en mutismo tan absoluto, que llegó á correr en público como muy válida, la noticia de haber sido sustraido el Delfín y sustituido en su prisión por un niño mudo.

Barras pudo convencerse de lo contrario, cuando visitó el Temple, después del nueve thermidor. También él llegó á sospechar que fuese cierta la fuga del Delfín, y acudió personalmente á la prisión para convencerse de la falsedad de aquella especie. Hallóle en estado tan lastimoso, que le inspiró lástima; obtuvo de su parte algunas respuestas, y salió de la torre, recomendando que se tratase con mayor humanidad al tierno príncipe.

Pero esto no se consiguió sino hasta después de dos meses de la visita de Barras. Cuando al cabo de este tiempo, penetró el primer guardia municipal en el aposento del príncipe, sintióse desvanecer al aspirar los miasmas deletereos que salían del calabozo, y, observando cómo por todas partes bullían los insectos, exclamó horrorizado: "Todo está viviente en este aposento!"

Seis meses duró la bárbara reclusión de Luis XVII. En un tiempo en que no se había inventado todavía por los criminalistas la teoría de la prisión celular, criáronla los filántropos revolucionarios para el uso

exclusivo de aquel niño de ocho años. Al cabo de los seis meses referidos y de repetidas manifestaciones que algunos carceleros menos crueles, hicieron á la Convención, proveyóse al príncipe de un ayuda de cámara encargado de asear el calabozo y de cuidar de su persona. Una ú otra vez asímismo llevóse la condescendencia hasta mandar un médico al infante valetudinario; pero esto, á la verdad, con harta parsimonia. Recibía la Convención, las noticias de la gravedad creciente de los males del príncipe, con despreciativa indiferencia, y el pequeño Capeto se extinguía de este modo oscuramente en triste mazmorra, aborrecido por los unos, despreciado por los otros y olvidado por muchos. Fueron sus guardianes sucesivamente los llamados Laurent, Gomin y Lasne, todos los cuales, más ó menos, le trataron con la humanidad que demandaban su origen, sus pocos años y sus dolencias de consuno y muy especialmente, el bondadoso Gomin, dióle pruebas inequívocas de conmiseración y de ternura.

Pero ¡ay! demasiado tarde vino al secorro del pobre niño un ser humano. No era ya tiempo de cortar la corriente del mal que minaba sus días. Ni mucho menos cuando, aparte de los servicios del ayuda de cámara, no contaba el Delfín con la de un aire puro y oxigenado, con las atenciones constantes de un facultativo, ni con la acción benéfica de la medicina. Reducíanse los oficios de sus guardianes á lavarle, peinarle y vendar sus dolorosos tumores; siendo por lo restante, nada más que espectadores de los progresos de la enfermedad. A tan alto punto llegó la desdicha del pobre huérfano, que el célebre médico Desault, que comenzó á visitarle y tomó empeño en su curación, murió misteriosamente de súbito, habiendo quien opine haber sido envenenado por la Convención.

Muerto Desault, sustituyóle Pelletan en el cuidado del príncipe; pero teniendo el dolor de no poder hacer en su obsequio cuanto le aconsejaba su buen deseo, por rehusarlo la municipalidad.

Llegó, por fin, el 8 de Julio de 1795, último día de la vida del mísero cautivo, y día también de la liberación de aquella víctima dolorida. Presa el niño de crueles sufrimientos, díjole Gomin pocas horas antes de morir: "¡Cuánto me duele veros sufrir tanto!;" á lo que contestó el Delfín con resignación angélica: "Consolaos; mis sufrimientos no serán eternos." A las tres de la tarde, hora consagrada por la muerte del Salvador, entregó á Dios el alma aquella

víctima inocente de la maldad humana, cuya breve existencia fué un dechado de infortunio. En aquella hora, como dice Victor Hugo:

On entendit des voix qui disaient dans la nue:
"Jéune ange, Dieu sourit á ta gloire ingénue;
"Viens, rentre dans ses bras pour ne plus en sortir;
"Et vous, qui du Trés-Haut racontez les louanges,
"Séraphins, prophetes, archanges,
"Courbez-vous, c' est un Roi; chantez, c'est un Martyr!"

Aquel mismo dia, 21 prerial, Aquiles Sevestre, diputado por Ille-et-Vilaine, antiguo regicida, anunció á la Convención la muerte de Luis XVII. El cuerpo legislativo oyó el relato en silencio y con la indiferencia más profunda; mas para que nada faltase de desgarrador en la historia del Delfín, ordenóse practicar la autopsia del cadáver, á fin de sincerar á la Convención, del cargo de envenamiento que se le dirigía.

Los doctores Pelletan y Dumangin fueron encargados de tan triste operación. El cadávér del niño fué horrosamente destrozado. Abriósele y desgarrósele en mil partes la caja torácica, pusiéronle al descubierto con el escalpelo las coyunturas de la rodilla y del puño, aserrósele el cráneo para inspeccionar la masa encefálica. Así pudo comprobarse la muerte del príncipe por la acción destructora de las escrófulas, que habían careado ocho vértebras, desarticulado algunas costillas, y convertido en depósito de pus negro y pestilente, diversas partes de su raquítico cuerpo.

Cebóse en él la fatalidad hasta después de la muerte. La autenticidad de su cadáver, asegurada por el piadoso sepulturero del camposanto de Santa Margarita, fué puesta en duda por gente mal intencionada, en tiempo de la Restauración; y sus cenizas se vieron privadas de los honores póstumos, y del postrer homenaje de ser reunidas con las de sus padres. Su mismo corazón, hurtado por Pelletan con amistoso designio, y que este hombre de corazón quiso ofrecer como preciada dádiva á los Borbones, rechazado por miedo á la superchería, fué á parar á manos desconocidas, privado del descanso debido á los despojos mortales.

VI.

La historia de Luis XVII es, sin duda alguna, la más lastimosa y dolorida que puede referirse tocante á niños desamparados y de edad tan tierna. Tentados nos veriamos de no creerla, á no constarnos ser un hecho real, rigorosamente comprobado por la crítica histórica. Porque se comprenden las crueldades ejercidas con el enemigo adulto y batallador, con el adversario en quien se tienen que vengar pasadas ofensas; pero repugna á la naturaleza admitir la ferocidad desencadenada contra un tierno infante, propio sólo para inspirar vivo interés y simpatía protectora en las almas más endurecidas, y que no ha cometido más delito que correr en pos de las mariposas, reir con voz arpada, y encantar con los donaires de su inocente gentileza. Esto parece tan monstruoso como salvaje; por la pendiente de lo infernal, llega hasta confinar con el absurdo.

Apenas se concibe que en tiempos épicos en que se apellidaba libertad, humanidad, amor fraternal entre todos los hombres, se realizasen iniquidades de este género, bajo la bandera de los principios revolucionarios. ¿Qué importa haber destruido la Bastilla, si se levantó el Temple? ¿Qué haber libertado á los hombres, si se martirizaba á los niños?

En presencia de tales infamias, palidece la figura sombría de Torquemada; nunca la Inquisición atormentó así á un niño de ocho años, matándole el cuerpo, procurando corromperle el alma, y obligándole, mediante inauditos martirios, á ofender á la naturaleza, acusando de torpezas y monstruosidades á su misma madre. No: esto es único en el mundo, por fortuna; jamás se ha visto fuera de la revolución, y por la honra de la humanidad es de esperar que no se repita.

JOSÉ LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

MEDITACIÓN.

Ave que tiendes el vuelo,
¿Dónde vas y por qué así
Despiertas en mí este anhelo,
Este vago frenesí,
Cuando cruzas por el cielo?

Flor que entre las verdes hojas
Del tallo que te sostiene
Parece que te sonrojas,
¿Qué encanto, qué influjo tiene
Tu esplendor en mis congojas?

Arroyo que murmurando
Entre brezos y jarales
Vas por los guijos saltando,
¿Porqué al encuentro me sales
Para dejarme llorando?

Astro puro y trasparente
Que en la tarde silenciosa
Fulguras en el Oriente,
¿Qué relación misteriosa
Me enlaza á tu luz ardiente?

¿Qué oculta fuerza te anima,
Que mi espíritu sublima,
Que me impulsa á que te mire,
Que mirándote suspire,
Y que suspirando gima?

¡Ay de aquel que en su ambición
Perdió la dicha y la calma,
Dejándole la ilusión
Con un abismo en el alma
Y un dardo en el corazón!

El ave descansará
En el calor de su nido
Allá en la selva escondido........
¿Y á mí, qué me quedará
Para descanso? El olvido.

La flor, su modesto broche
Romperá al tierno reproche
De la brisa bullidora,
Que arrullándola de noche,
La enamore con la aurora.

Yo de este eterno soñar
Al fin, ¿qué podré esperar
Que me rescate y despierte?
¡Ay! tan sólo respirar
El aliento de la muerte.

El saltador arroyuelo
En el tranquilo remanso
Descansará: yo en mi anhelo
Jámas hallaré descanso
Ni para mirar al cielo.

Y la estrella rutilante
La inmensidad del vacío
Animará siempre amante,
Pero su luz inconstante
Ya no alumbra el pecho mío.

Y así con mi pensamiento
Siempre en lucha, siempre en guerra,
No reposaré un momento...
Mis suspiros, por el viento;
Y mi llanto, por la tierra.

José María Martinez Araúna.

DESTINOS FRUSTRADOS.

En mí se hallaba la pasión latente
Como la chispa está en el pedernal;
Me miraste y al punto en mis entrañas
Encendióse un volcán.

Mas ay! tu quieres sólo por capricho,
No por ensueño y ansia celestial,
Y á cada instante pasas delirante
De un afán á otro afán.

Anda, pues, por el mundo, cruza, gira
Cual mariposa de volar fugaz;
Mas cuida no libar entre las flores
Un veneno letal.

Los dos hemos perdido un bello instante
Que nunca á nuestras almas volverá,
El momento, que es único en la vida,
De tener fé y amar.

Yo pude ser un heroe cual Macías,
Tú en mi lira encontrar fama inmortal;
Mas hoy, yo voy á ser uno de tantos,
Y tú.... sólo Dios sabe qué serás.

FARFALLA.

EL TIPO LEGENDARIO DE D. JUAN TENORIO,

Y SUS MANIFESTACIONES EN LAS MODERNAS LITERATURAS.

(CONCLUYE.)

III.

D. Juan Tenorio hubiera quedado probablemente encerrado en los límites de nuestra patria, si Molière no lo hubiese llevado al teatro francés (1), pues es sabido que los franceses tienen privilegio de universalizarlo todo. Una vez apadrinado por la escena francesa, Tenorio recorrió el mundo entero, y bajo diferentes formas y con nombres distintos, ha dado origen á toda una literatura.

Molière tuvo á la vista el drama de Tirso, pero, ora porque quisiera adaptarlo á la escena francesa, ora porque su genio no se acomodase á la sombría concepción del original, es lo cierto que lo desfiguró lastimosamente. Prescindió de los episodios mejores del drama de Tirso, (el de Tisbea, por ejemplo) ó si reprodujo alguno, lo hizo despojándolo de todas sus bellezas; introdujo alteraciones innecesarias y desacertadas en el plan; privó casi por completo de su carácter moral y religioso á la obra, y lo que es peor, no comprendió ni supo presentar el tipo del protagonista.

Al trasladarse á la escena francesa, el calavera sevillano pierde casi todo lo bueno de su carácter, conservando lo malo y adquiriendo nuevas y detestables cualidades. El Tenorio de Molière ya no es el aventurero, romántico y grandioso tipo español, y se convierte en

[1] Publicó Molêire su imitación del D. Juan de Tirso, dividida en cinco actos, escrita en prosa y con el título: *Don Juan ou le festin de pierre.* Púsose en escena por vez primera el 15 de Febrero de 1665 con éxito escaso. Antes de esta fecha, había sido traducido é imitado en Italia y Francia el original de Tirso.

un *esprit fort*, en un *roué* de la corte de Luis XIV, fríamente perverso, calculador, hipócrita y falso, mal caballero casi siempre, cobarde á veces, dotado de una incredulidad que en un español de aquellos tiempos no se concibe, y por todos conceptos repugnante. El D. Juan español de aquellos tiempos es un arrojado calavera, cuya enérgica voluntad no reconoce freno, pero que no obra en virtud de teorías fríamente calculadas; ama el vicio, pero no lo razona; hace el mal, no lo justifica. Impío por fanfarronada más que por incredulidad, su impiedad es un desafío al cielo, hecho á nombre de un amor propio excesivo y de una jactancia temeraria, y no por causa de un ateísmo razonador. Carece de la culta afectación del personaje de Molière, y es menos elocuente hablando que combatiendo; mas por esta misma razón es más simpático, por ser menos frío en la maldad. Nunca en el alma del caballero sevillano tiene cabida la indigna hipocresía ni el audaz sarcasmo, como en el Tenorio francés, ni es propia de su carácter la escena, tan indigna como cómica, con Mr. Dimanche.

Molière ha conservado cuidadosamente todos los defectos de Tirso. D. Juan apela para triunfar de las mujeres á casamientos falsos y torpes engaños, dando muestras de ser un vil canalla, más que un seductor. Y como si esto no fuera bastante, comete á cada paso indignas bajezas, y trata á su padre de una manera incalificable, haciendo alarde de los más ruines é infames sentimientos.

Justo es, sin embargo, llamar la atención del lector sobre dos detalles que por un momento enaltecen el carácter del D. Juan de Molière, y que no se hallan en el drama de Tirso. Tales son su rasgo de caridad con un mendigo, y la nobleza con que defiende, espada en mano, á un caballero de unos bandidos que le atacan. Pero estos felices toques no compensan lo que hay de odioso y repugnante en el personaje.

Pero si Molière ha falseado el carácter de su protagonista, en cambio ha creado dos figuras admirables. Una de ellas es D.ª Elvira, víctima inocente de D. Juan, siempre amante á pesar de los desengaños, dulce y ternísima figura muy semejante á la D.ª Inés del Sr. Zorrilla. Elvira es en el drama un elemento poético y bellísimo, un rayo de luz en medio de tantas sombras, que se echa de menos en la producción de Tirso, y cuya aparición produce emoción profunda y grata en el ánimo del espectador. Notable es tam-

bién por muchos conceptos aquel incomparable lacayo, aquel *Sganarelle* precursor del *Leporello* de Mozart, tipo acabado de truhanería, gracejo y buen sentido, muy superior al *Catalinón* de Tirso. Estos dos personajes bastan para inmortalizar el nombre de Molière.

La parte sobrenatural de la tradición está tratada por Molière con gran desacierto y con una sobriedad que raya en ligereza. D. Juan desafía á la estatua del Comendador sin motivo alguno, sólo por un rasgo de aturdimiento digno de un niño ó de un loco. Recíbela después en su casa con una indiferencia que no tiene explicación posible, y no acude luego al convite, teniendo que apoderarse de él por sorpresa la terrible estatua. Una inútil aparición del espectro de D.ª Elvira es la única novedad que ha introducido Molière, sin razón plausible, en esta parte de su obra.

El trágico fin de D. Juan es tan rápido y violento que no da tiempo siquiera para conocer la actitud que D. Juan hubiera adoptado ante la venganza divina, á tener tiempo para ello. D. Juan muere por sorpresa, digámoslo así; el Comendador apenas le da tiempo, no ya para arrepentirse, pero ni siquiera para prever el peligro que le amenaza. Su muerte es una especie de asesinato, violenta y rápidamente ejecutado en medio de un camino, que perjudica al efecto moral del drama y deja en mal lugar á la justicia divina. Aun bajo el aspecto dramático, el final es malo: compárese esta rápida escena con la solemne y magestuosa de Tirso, y se comprenderá cuánta fuerza dramática ha perdido en manos de Molière. Lo único bueno que hay en ella es que D. Juan muere impenitente y se condena; pero ni esta impenitencia asombra, dado que el Comendador no le da lugar siquiera para pensar en arrepentirse, ni esta condenación, que reviste las formas de la sorpresa y el asesinato, produce efecto moral alguno. Y si por ventura lo produjera, pronto lo desvirtuaría la inconcebible escena bufa con que finaliza el drama.

IV.

D. Antonio de Zamora, autor dramático que figuró en los últimos años del siglo XVII y primeros del XVIII, más apto para la comedia que para el drama, discípulo de Calderón cuyos defectos con-

servó cuidadosamente, pero sin imitar sus bellezas, acometió la difícil empresa de hacer una refundición, ó mejor, imitación, del Tenorio de Tirso, publicada en Madrid el año de 1744, y titulada: *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague y convidado de piedra.*

No titubeamos en afirmar que la obra de Zamora es la más desdichada de todas las imitaciones de Tirso. Aunque procuró Zamora acercarse todo lo posible al original, no pudo conseguirlo, y su Tenorio es la más infeliz creación que imaginarse puede. D. Juan es en este drama un calavera zafio, grosero y vulgar, cuyo lenguaje suele ser más propio de un chulo de Lavapiés que de un caballero sevillano. Privado de todo sentimiento noble, apelando á la traición y al engaño para triunfar de sus víctimas, grosero con su padre, descarado y cínico hasta el estremo, matón de mal género, que hace el mal sin necesidad y por capricho, el *Tenorio* de Zamora es tan repugnante como el de Molière, careciendo del ingenio y la cultura de este.

Salvo D.ª Beatriz, copia evidente y poco afortunada de la Elvira de Molière, apenas hay en la obra ningún personaje digno de mención. La acción es confusa, prolija, embarazada por incidentes y personajes inútiles, y el diálogo, por lo general prosaico y grosero, nunca ofrece un rasgo de verdadera inspiración. El final del drama es digno del resto. D. Juan, después de desafiar, por necia baladronada, al Comendador, y de decir todo género de bravatas cuando la estatua de éste acude á su casa, muéstrase cobarde hasta la exageración en el momento de la catástrofe, y lleno de terror y angustia, arrástrase á los piés del Comendador pidiendo una clemencia, que al parecer consigue, con grave menoscabo del efecto moral de la obra. ¡Digno remate de tan despreciable personaje, y coronamiento digno de producción tan infeliz!

Extendida la fama del *Tenorio* por todas partes, Goldoni hizo una imitación italiana del de Tirso, y Lorenzo Da Ponte aprovechó éste y el de Molière (principalmente el segundo) para escribir el libreto de la obra maestra que ha inmortalizado el nombre de Mozart. Da Ponte dió á su *Don Giovani* un carácter que participa de la fiereza y valentía españolas, de la frivolidad francesa, y de la galantería licenciosa de los italianos, haciendo de él á la vez un *caballero*, un *roué* y un *galantuomo*, con sus puntas de *lazzarone*. Ni el as-

pecto sombrío, ni el escéptico y razonador preponderan en el *D. Juan* de Da Ponte; es más bien un alegre cortesano, uno de aquellos patricios corrompidos de la corte de los Médicis, que juntan en su carácter la valentía, la inmoralidad y el escándalo, con una punta de acerada ironía y una máscara constante de alegría y desenfado.

Tomó Da Ponte de Tirso y Molière el gracioso tipo de Zerlina (Aminta en Tirso, Carlota en Molière), y siguiendo á este último, hizo del novio de ésta (Maretto) un personaje bufo, al contrario de Tirso, que pintó al engañado esposo de Aminta como noble, aunque cándida y un tanto cómica, personificación del honor castellano. Tomó igualmente de Molière el personaje de D.ª Elvira, engañada allí con hipócritas palabras por D. Juan; engañada aquí y burlada por Leporello en aquellas célebres fraces:

Madamina, il catalogo é questo
delle donne qu' amó il patron mio.

Siguió á Tirso en la escena de traición y perfidia del primer acto (el engaño de la hija del Comendador y la muerte de éste); introdujo diferentes episodios nuevos, y creó un bello tipo: el del caballeresco y simpático amante de la hija de Ulloa; conservando el Sganarelle de Molière en su admirable Leporello, y cuidando, con tacto exquisito, de no hacerle intervenir en las escenas trágicas.

Aventaja Da Ponte á Molière y compite con Tirso en el final de su ópera, que es solemne, grandioso y de efecto moral. D. Juan muere impenitente, pero lleno de espanto y luchando consigo mismo para conservar la serenidad hasta el último momento, y el Comendador, ejerce su misión terrible con la solemnidad de la justicia, y no con la violenta precipitación de la venganza. Supera también Da Ponte á sus predecesores en la marcha regular y ordenada de la acción, y en cierto modo, aun en el mismo carácter de D. Juan, que resulta menos repulsivo que en Molière y Zamora, y más culto y atildado que en Tirso.

Hay, sin embargo, en el D. Juan de Da Ponte una punta de ironía mefistofélica, impropia en su carácter. Aquella serenata á D.ª Elvira, en que lo tierno de las frases contrasta con lo despiadado de la intención, como en la música contrasta la languidez melancólica del canto con el ritmo juguetón del acompañamiento, es más propia

de Mefistófeles que de Tenorio. Ese detalle no es español: esa fría burla de una mujer amante y desdichada podrá avenirse con la perfidia italiana, mas no con la hidalga generosidad de un caballero sevillano.

V.

Dejando para el final de este trabajo el examen de las producciones no dramáticas en que aparece D. Juan Tenorio, nos ocuparemos ahora del último drama inspirado por la leyenda tenoriana, que es el que ha reemplazado en España á todos los restantes, y goza de una popularidad que ninguna otra producción escénica ha logrado disfrutar. Nos referimos al *D. Juan Tenorio* del Sr. Zorrilla.

No sin temor acometemos la empresa. El drama de Zorrilla goza de un crédito siempre creciente; sus magníficos versos, quizá los más sonoros que se han escrito en lengua castellana, serán eternamente populares, y vestimenta tan gallarda bastará siempre para ocultar los graves defectos de la figura que en ella se envuelve. ¿No parecerá, después de esto, temeridad sacrílega someter esta obra al escalpelo de la crítica, tratando de probar que quizá ninguna otra ha falseado tanto el carácter de D. Juan Tenorio? ¿No se tomará por empeño de la osadía ó la ignorancia lo que es sólo adhesión entrañable á lo verdadero y á lo justo? Mucho lo tememos; pero á tanto obliga el deber que todo hombre tiene de decir lo que por verdadero estima, sin reparar en las consecuencias.

Comencemos la ingrata tarea señalando ante todo los relevantes méritos del drama de Zorrilla. Cífranse éstos en aquellas cualidades que más resaltan en este poeta insigne, en quien los arrebatados impulsos del lirismo y las intuiciones del instinto dramático suplen á la idea, siempre pobre, y al conocimiento del corazón humano, superficial siempre. Poeta meridional, Zorrilla posee una de esas brillantísimas y priviligiadas imaginaciones, que sólo viven en el ambiente embalsamado de las risueñas comarcas del Mediodía y bajo su azul y trasparente cielo. Es para él la poesía armoniosa música que reproduce en apasionados acentos los sentimientos y las pasiones del corazón humano en su aspecto más exterior y plástico, y en

su color más que en su dibujo; y es, por tanto, el drama animada sucesión de maravillosos cuadros, brillante conjunto de bien coloreadas figuras, concertada armonía de sonoros y arrebatadores versos, más que exacta y acabada representación de luchas del alma y de oposiciones de caracteres, en cuyo fondo se oculta un alto ideal ó un grave y temeroso problema. Situaciones, efectos y versos hermosos; he aquí lo que en sus dramas ofrece Zorrilla; es decir, todo lo que conmueve, interesa, recrea ó arrebata, pero no hace pensar. Para la razón y el entendimiento nada hay en sus obras; para el sentimiento mucho; para la fantasía y los sentimientos muchísimo más. Si por ventura aparece en ellas cantado un ideal, éste no es más que recurso poético, nunca idea reflexionada; si se deduce de ellas alguna lección, débese á la casualidad más que á preconcebido intento; y por eso, aunque parece animarlas el misticismo cristiano, son en realidad profundamente paganas, y no resisten al más leve reparo teológico; que el poeta, dispuesto siempre á sacrificarlo todo á las exigencias de su brillante fantasía, no vacila, si lo cree necesario, en desconocer á un tiempo la rigidez del dogma, los fueros de la razón y los principios de la moral.

Pero si renunciando á pedir verdad y moralidad á esas obras, nos contentamos con la belleza; si acallando la voz de la razón y sofocando las objeciones del sentimiento, dejamos que la fantasía se enseñoree del ánimo y damos rienda suelta á sus impulsos, entonces, poseídos de singular deleite, arrebatados por indecibles emociones, vemos desplegarse ante nuestros ojos el cuadro espléndido de todas las bellezas de la forma, el conjunto más acabado y perfecto de situaciones admirables, efectos dramáticos, pasiones arrebatadas, vigorosos conceptos, imágenes encantadoras, figuras radiantes de luz y colorido, todo envuelto en el riquísimo ropaje de una versificación sonora, armoniosa, robusta, elegante, arrebatadora, incomparable, creación poderosísima y grandiosa de una imaginación rica y fecunda, soberana absoluta de la más hermosa lengua de la edad moderna, de esa admirable lengua castellana, en que escribió Cervantes, pensó Quevedo y cantó Calderón.

Considerado bajo este aspecto, el *D. Juan Tenorio* de Zorrilla no tiene rival. Ninguna de las producciones que hemos examinado compite con ésta en situaciones, efectos, diálogo y versificación. Nadie posee, como Zorrilla, el arte de mantener suspenso al público

durante siete actos y de renovar este interés tantas veces cuantas el drama se presente, y quizá ante los mismos espectadores. Nadie tampoco ha logrado arrancar á la lira poética esos arrebatadores y mágicos sonidos que constituyen el mayor encanto de su *D. Juan Tenorio* y explican cumplidamente su popularidad. Y no cabe desconocer tampoco que, en medio de sus graves defectos, el personaje de D. Juan aparece en el drama de Zorrilla idealizado y embellecido de tal suerte, que no sólo no permite descubrir á primera vista lo que hay en él de odioso y absurdo, sino que fascina y arrebata y se impone al espectador, que ve una figura ideal y sublime en lo que es un conjunto de contradicciones y de imposibilidades. Así es que, siendo el Tenorio de Zorrilla el menos adecuado al tipo legendario, el más falso y peor concebido de todos acaso, ha logrado sustituir á todos los demás é identificarse con el Tenorio ideal en la fantasía de las gentes. El color ha disimulado en este caso las imperfecciones del dibujo.

Pero si cortando los vuelos al entusiasmo, nos atrevemos á levantar el espléndido ropaje que á este drama envuelve, para ver con fríos y serenos ojos lo que hay debajo, descubrirémos con dolor y asombro que ese tan aplaudido y celebrado *D. Juan Tenorio*, poco ó nada tiene de común con el que la tradición nos pinta, que el poeta ha desfigurado por completo su carácter, y que el éxito del drama no se debe á su fondo, sino á su forma, que oculta las imperfecciones de aquél.

Para probar tan atrevido aserto, vamos á proceder al análisis de la obra; pero antes expondrémos algunos principios referentes á las relaciones entre la moral y el arte, para que no se entienda que nuestro criterio artístico se somete sin reservas ni límites á un criterio moral que, á ser absoluto, podría causar daño á la libertad legítima del arte.

No somos de los que, pensando que el teatro debe ser escuela de costumbres, tienen en poco toda producción escénica que carece de fin moral ó didáctico; ni menos de los que no toleran en las tablas la presencia del mal, ni soportan su victoria.

Pensamos, contra los primeros, que el arte nada vale ni significa si se reduce á medio para fines extraños y que lleva en sí su propio fin, que es la realización de la belleza; juzgamos estimable por esto, toda obra artística que cumpla con tal requisito, aunque de ella no

se desprenda enseñanza alguna, y no la exigimos otra utilidad que la de deparar al espíritu la contemplación de lo bello, sin que por esto neguemos que la obra tendrá una perfección más, si, como fin secundario, se propone una enseñanza moral. Afirmamos, contra los segundos, que si el mal en sí no es bello ni artístico, pueden serlo las circunstancias que lo acompañen ó la manera de presentarlo en el arte, dentro del cual tiene cabida, por tanto, siempre que no se presente como ideal bello y apetecible; por lo cual no nos asusta que en el conflicto dramático sea suya la victoria, con tal de que ésta no aparezca legítima y plausible, ni exigimos al poeta que el mal quede siempre castigado y la virtud triunfante, como en los cuentos morales que se escriben para los niños.

Pero sí exigimos que el mal no sea idealizado ni embellecido hasta tal punto que parezca más amable que la virtud; que una exagerada benevolencia no redima con peligrosa facilidad las mayores faltas; que los principios de la moral y de la justicia no sean violados por el poeta; que la razón y la conciencia no resulten vencidas, con aplauso de éste; y que el pudor y las costumbres públicas sean respetadas.

Triunfe el mal en buena hora, pero aparezca su victoria más odiosa que él mismo; sucumba el inocente y goce el culpable, pero que se entienda que el poeta deplora esa fatal sentencia del destino; redímase el criminal y justifíquese, pero tras sincero arrepentimiento y expiación suficiente; descúbranse en todo su horror las deformidades sociales, pero sin que el rubor tiña las mejillas de los espectadores; y el drama, sin ser moraleja de fabulista ni sermón de capuchino, será irreprochable en el terreno de la moral. Pero que un desenfrenado libertino, seductor, violento, asesino, espadachín, traidor, hijo desnaturalizado, amigo desleal y mal caballero (que todo esto es el D. Juan Tenorio de Zorrilla), vaya á desafiar á sus víctimas después de muertas, y cuando llega la hora de la expiación, un momento de arrepentimiento arrancado por el miedo y la influencia de una mujer enamorada, basten para que alma tan impura alcance la salvación mientras se condenan sus víctimas, á los ojos de la moral, cualquiera que ésta sea, es absurdo, irritante é impío.

Y esto es precisamente lo que sucede en el drama de Zorrilla. D. Juan Tenorio se salva, gracias á que se arrepiente después de muerto (herejía bajo el punto de vista teológico) y á que una mu-

jer amante y generosa se ofrece á Dios en sacrificio y se compromete á que su suerte sea la de D. Juan; contrato heroico de parte de ella, inicuo de parte de Dios, inmoral, absurdo é impío á todas luces. ¡Buena queda la justicia en este drama! Las víctimas de D. Juan gimen en el infierno ó en el purgatorio, porque ni siquiera les dió tiempo para arrepentirse; D.ª Inés sufre expiación y se expone á perdición eterna, siendo inocente y pura, por amor á él; el Comendador, ultrajado en su honra y cobardemente asesinado, tiene que renunciar á la misión justiciera de que le invistió el cielo y volverse al purgatorio ó al infierno (que esto no se sabe á punto fijo) sin obtener venganza ni justicia, y después de contemplar la salvación de su asesino; D. Luis Mejía, ofendido en su persona y en la de su futura esposa, arde en el infierno, mientras el que, para ganarle una infame apuesta, apeló al engaño y la traición, sube á los cielos gozoso y triunfante; y el causante de tantos daños merece, gracias al amor de D.ª Inés, no sólo que se le den repetidos y saludables avisos que desprecia, sino que después de morir á manos de un amigo á quién desafía sin razón, se disponga una escena fantasmogórica con el único objeto de que se arrepienta (como si ya no fuera tarde) y se salve. Pues si así fuera, ¿quién no querría ser un segundo D. Juan Tenorio? ¡Y á un drama de esta especie se le apellida religioso y se reprasenta como función de circunstancias en los días de Todos los Santos y de los difuntos!

Pero si el drama de Zorrilla no puede sostenerse en el terreno de la moral, tampoco (hecha abstracción de su bellísima forma, de algunas de sus situaciones y efectos y del tierno y delicado tipo de D.ª Inés) puede sostenerse en el del arte, como tratarémos de probarlo.

¿Qué ha hecho Zorrilla del carácter de D. Juan Tenorio? No le basta romper abiertamente con la tradición, salvándole en el final, sino que le pareció necesario falsearlo por completo. D. Juan es, ante todo, un gran carácter, y el personaje de Zorrilla no es carácter siquiera, sino un conjunto extraño de inexplicables contradicciones, en el cual sólo hay una cualidad constante (salvo en el final): el valor. En el primer acto es un temeroso desenfrenado, que por una apuesta infame ha llevado por todas partes (con exageración manifiesta, por cierto) el terror, la desolación y el escándalo. En el segundo es un traidor cobarde, que apela á un vil engaño (dato tomado de Tirso con escaso acierto) para apoderarse de la no-

via de un amigo, y á una infame traición para desembarazarse de éste. Conviértese luego en un amante apasionado y tierno, que, al contemplar la virtud y saborear el arrebatado amor de una niña inocente y pura, se arrepiente de todas sus culpas, se redime como por encanto, y llega á humillarse á los piés del Comendador. Y un momento después, este *diablo á las puertas del cielo* (como le llama el autor) no sólo vuelve á las andadas, sino que, además de matar en desafío á su amigo D. Luis Mejía, después de haber deshonrado á su novia, asesina cobardemente al indefenso anciano padre de la mujer á quien adora, dando cima á esta serie de gallardas hazañas con abandonar, del modo más indigno, á la desgraciada D.ª Inés.

Si la poderosa fantasía de Zorrilla no hubiera rodeado á esta figura, merced á la magia de los versos, de una fascinadora aureola, no habría público que tolerase en la escena personaje semejante, porque no puede ser carácter dramático ni real tal mezcla de infamia y de grandeza, tan súbitas mudanzas de ideas, acciones y sentimientos. D. Juan, tal como se presenta en esta parte del drama, es un hombre que obra sin saber por qué, bajo el impulso de las impresiones del momento, y sin que la reflexión presida jamás á sus acciones. Parece el juguete de una fatalidad inexorable, más que un hombre dueño de sí mismo, y tan pronto es un espíritu generoso y noble, como un rufián despreciable é indigno. Excepto Zamora, nadie ha concebido con tal desacierto el carácter de D. Juan.

La segunda parte del drama es más defectuosa aún que la primera. D. Juan Tenorio vuelve, tras larga ausencia, al teatro de sus escándalos, penetra en el panteón en que descansan sus víctimas y se siente penetrado de remordimientos ante ellas y de amor ante la tumba de D.ª Inés. Cuando ésta (que vive en su sepulcro, no se sabe si en espíritu ó de qué manera) le revela su heroico sacrificio y le anuncia su próximo fin, el espectador piensa que el arrepentimiento y la salvación de D. Juan están próximos. ¡Error manifiesto! Basta una excitación del amor propio para que el presunto penitente infiera á los restos de sus víctimas un sacrílego ultraje, invitando á cenar al Comendador.

Análogas vacilaciones y bruscos cambios experimenta D. Juan cuando la estatua acude al convite y le convida á su vez. Esta aparición, seguida de la de D.ª Inés, le infunden terror primero, dudas más tarde, y por último le sugieren la absurda idea de que todo

es farsa dispuesta por sus convidados. Provocados éstos, uno de ellos le mata en desafío, según declara el Comendador en la última escena de la obra, y D. Juan (ó mejor, su espíritu) acude á la cita que le dió la estatua, en un estado de sonambulismo en que apenas se da cuenta de sus acciones. Cuando el terrible aparato de la justicia divina se presenta ante sus ojos, algunas bravatas parecen justificar su carácter; pero bien pronto un terror profundo, seguido de un arrepentimiento dudoso, reemplazan á estas fanfarronadas y le equiparan con el menguado y pusilánime D. Juan, de Zamora. Este es el D. Juan de Zorrilla: un calavera que apela á la traición y al engaño para hacer sus conquistas y que se arrepiente y se dedica al amor platónico cuando halla en su camino una mujer pura (señal de que no habrían sido sus conquistas muy difíciles ni estimables); un caballero que es traidor, desleal, cobarde y asesino; un impío que desafía al cielo cuando se cree seguro, y pide clemencia cuando ve que la cosa va de veras; un carácter tornadizo é inconsecuente, que no se mueve por su propio impulso, sino á merced de los acontecimientos, que lo traen y lo llevan; un personaje que ni siquiera tiene el mérito de ser único en su gènero, pues á su lado hay otro, que es su fidelísima copia, del cual en nada esencial se distingue, y al que aventaja sólo en la cantidad de los delitos.

Salvo la bellísima y admirable creación de D.ª Inés, no estuvo más acertado Zorrilla en el resto de los personajes y en el plan y desarrollo de la obra. Grave error fué duplicar la figura de Tenorio, creando el personaje de D. Luis Mejía y estableciendo entre ambos igualdad tan perfecta, que sólo se distinguen en haber cometido el segundo menos estupros y muertes que el primero. No mostró Zorrilla mayor habilidad en elegir los recursos y datos que toma de sus predecesores. Siguió á Tirso en lo peor que tiene, que es hacer que D. Juan apele á engaños y traiciones para lograr sus intentos, y en cambio no conservó los bellos episodios de Aminta y Tisbea, ni le imitó en el desenlace de la obra. Redujo á breves términos la vida aventurera de D. Juan, é invirtió tres mortales actos en escenas fantásticas, abusando de lo sobrenatural, trasformando en comedia de magia lo que debe de ser, ante todo, drama trágico, é incurriendo en los mayores absurdos, pues el espectador no llega á saber si D.ª Inés está viva ó muerta en su sepultura; D. Juan muere dos veces (una á manos del capitán Centellas y otra

en el cementerio), y D.ª Inés otras dos, según rezan las acotaciones; el Comendador y las demás estatuas, sombras y espectros hacen el más ridículo de los papeles al retirarse á sus tumbas sin ver satisfecha su venganza; D. Juan habla de un purgatorio *que le abre un punto de penitencia*, mientras D.ª Inés ordena que comiencen para él *las celestes venturas* (cosas completamente contradictorias), y todas aquellas procesiones de estatuas, sombras, esqueletos y luces de bengala, aquellas mesas con cenizas, culebras y fuego, y aquellas apoteósis de querubines y angelitos, son cosas del peor gusto posible. Sobre que tales aparatos pierden todo su efecto y eficacia desde que D. Juan se salva, es lo cierto que en tales materias la sobriedad es lo que más efecto produce. El final de *El burlador*, de Tirso, el de *Don Giovanni* y aun el mismo de Zamora, son mucho más sombríos y aterradores, y, sobre todo, más dramáticos, que la fantasmagoría que pone término al de Zorrilla.

Y sin embargo de todo esto, el Tenorio de Zorrilla ha destronado á todos y á todos aventaja bajo el aspecto de la forma. Si fuera dable, conservando sus bellezas, refundirle por completo, aprovechando los elementos más valiosos del de Tirso, resultaría un Tenorio perfecto. Quien tal hiciera, prestaría inestimable servicio á las letras, y nadie está más obligado á hacerlo que el mismo Zorrilla.

VI.

D. Juan Tenorio, bajo su propio nombre, ó con otros diferentes, ha inspirado otras varias composiciones, dramáticas y no dramáticas, en la literatura española y en algunas extranjeras. No es posible desconocer los rasgos fundamentales de Tenorio en el *D. Juan* de Byron, en el *Estudiante de Salamanca* de Espronceda, en el *D. Juan de Marana* de Alejandro Dumas, en el D. Juan de Mendoza de la comedia de Calderón *No hay cosa como callar*, en el drama *D. Luis Osorio* de D. Manuel Fernandez y González, en el protagonista de la preciosa leyenda de Zorrilla *Margarita la Tornera*, y en otra multitud de producciones. Además de esto, lo ha llevado á la novela con su propio nombre el Sr. Fernandez y González ya citado; lo ha hecho protagonista de un *pequeño poema* el Sr. Campoamor, y lo ha presentado con colorido realista y escéptico y bajo sarcástica forma, el portugués Guerra Junqueiro en su *Morte de Don Joao.*

Pero aunque todas estas obras puedan considerarse como ramificaciones de la literatura tenoriana, ninguna se adapta fielmente al modelo tradicional. Esos Don Juanes no son D. Juan Tenorio, por más que á veces se llamen así. La tradición sobrenatural desaparece en unos por completo y en otros se desfigura notablemente ó se explica como fascinación puramente subjetiva del protagonista. D. Juan cambia también de carácter en todos ellos. El D. Juan de Dumas es un sér siniestro y sombrío, melodramático y extraño que nada tiene que ver con el Tenorio tradicional. El de Byron es un apuesto mancebo, más seducido que seductor, un poco inconstante y veleidoso, pero no perjuro ni libertino, del cual se enamoran todas las mujeres y que no hace otra cosa que dejarse querer. El de Campoamor es una figura insignificante y puramente decorativa, y el de Guerra Jungueiro es la sátira del Tenorio hecha por un realista del siglo XIX. Fernandez y González hace de D. Juan una víctima de la fatalidad, y desfigura la leyenda á su capricho. Espronceda es el que mejor conserva el tipo en su *Estudiante de Salamanca*; pero dándole proporciones tales, que exceden los límites de lo humano y despojándole de toda realidad.

No entramos, pues, en el examen de estas manifestaciones de la literatura tenoriana. Bástenos haberlas indicado para que el lector comprenda la universal popularidad que ha alcanzado el dramático tipo del calavera sevillano, popularidad que cumplidamente se explica por lo que hay de humano y universal en este personaje, eterno en la historia, y también por lo que hay de dramático y conmovedor en la sombría leyenda en que le hace figurar la tradición popular que aun se conserva en Sevilla. Representación bella y grandiosa de la justicia divina, ante la cual *no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*, la leyenda de Tenorio debía alcanzar inmensa boga en pueblo tan religioso como el nuestro; personificación de un aspecto, si criminal, grandioso de la naturaleza humana, cual es la voluntad afirmándose contra toda ley, rechazando todo freno, y no retrocediendo sino ante la mano de Dios, Tenorio había de ser popular en el mundo entero; y no hay que decir si lo sería en España, siendo reflejo exacto de la raza española en uno de sus más característicos aspectos.

MANUEL DE LA REVILLA.

LA MAÑANA EN EL HUERTO.

Ven conmigo, mi bien, esta es la hora!
Ha mucho que en Oriente,
Para ahuyentar las sombras, diligente
Sus estandartes desplegó la aurora;
Ya el sol la cumbre de los fresnos dora,
Llega, mi bien amada,
Para asistir al despertar del huerto
Que es el asilo de tu amor y el mío,
Y en la yerba mojada
Quiebre tu breve pié con paso incierto
Las temblorosas perlas del rocío.
Llega, mi dulce amor, que tus cantores,
Los pájaros que á mi alma han enseñado,
Allá del fondo en el cedral umbrío,
A cantar nuestros célicos amores
En tono regalado,
Aguardan impacientes que su acento
Pueda exhalarse al viento,
Ha mucho que te esperan, vida mía,
Que en esta mi heredad, tú bien lo sabes,
Eres para las aves
El ángel de la luz que enciende el día.
He aquí tu Edén, sigamos los senderos
Que un blando musgo alfombra,
Y donde juegan, al reinar la sombra,
Las ninfas y los faunos lisonjeros;
Vayamos á la gruta en donde oiste,
Al nacer la pasada Primavera,
La voz quejosa y el reclamo triste
Con que te habló mi confesión primera.

Cuando tú pases, se alzarán las rosas
A demandar el sol de tu mirada,
Y con afán de que á besarlas vuelvas,
Bajarán á buscarte cariñosas
Del follaje que cubre la enramada,
Las puras y sencillas madreselvas.
¡Mira qué hermosa esplendidez del cielo!
¡Mira qué pompa en el color del suelo!
Todo brilla y se esmalta, bien que adoro,
El pájaro, la flor, la tierra misma,
Surgir parecen al través de un prisma
De la mañana con el rayo de oro.
¡Mira cuán bien el nítido plumaje,
Al rápido volar de las palomas
Que anidan del establo en el alero,
Se destaca fugaz sobre el follaje
De los naranjos de doradas pomas
O del alto y fecundo limonero!
Todo vuelve á agitarse en este instante
Tras el letargo de la noche fría,
Que, en alas de los vientos, palpitante
Flota el halago férvido del día.
Abajo, entre la yerba, los insectos,
Moradores de grietas y raíces,
Lucen con lento paso y circunspectos
De su dura coraza los matices;
Abajo, y por doquiera, están las flores
Que, abierto ya el nectario,
Se mueven al impulso de la brisa
Con variedad de vívidos colores
Y perfumes de mágico incensario;
Abajo y en bandadas
Vuelan las mariposas, y parecen
Suspiros amorosos de las hadas
Enviados á la flor en que se mecen;
Arriba, los soberbios pabellones
De los frondosos árboles, cargados
De Otoño con los frutos sazonados

Y de la yedra audaz con los festones;
Arriba, entre las hojas escondidos,
Los amorosos nidos,
Las avecillas que al venir la aurora
Unidas cantan en vivaz alegro,
El mirlo y la calandria silbadora,
El purpureo gorrión y el tordo negro;
Y más allá, más alto, á donde sólo
Pueden llegar la mística ternura
Y la oración alada del contrito,
La deslumbrante faz del rubio Apolo,
Regocijo perenne de Natura
Y lámpara inmortal del infinito.
Ah! no sientes, cual yo, que dentro el pecho
Y ante tanto esplendor y tanta vida,
El corazón se quema satisfecho
Al fuego de emoción nunca sentida?
¿Verdad que en estos sitios encantados,
Con misterioso influjo nos conmueven
Los rumores apenas escuchados
De alas que se abren y hojas que se mueven?
¿Verdad que tu pupila, otra pupila,
Por ilusión que nuestro anhelo fragua,
Finge en el rayo de la gota de agua
Que en los abiertos cálices oscila?
¡Es que el amor se acerca! El sacro aliento
En que gozosa la Creación se abrasa
Cuando el sol atraviesa el firmamento,
Sobre las flores de mi huerto pasa;
Es el amor que á cuanto vive y siente
En ansia intensa de placer consume;
Por él se abren las urnas del perfume,
Y á su fecundo fluido,
Gérmen de un sér, se cuaja lentamente
El ámbar de las yemas en el nido.
Vamos, mi bien, á confundir risueños,
En la grata expansión de esas escenas,
Nuestro afán, nuestro amor y nuestros sueños,

Que ahí caben también las almas buenas.
No extrañarán las aves ni las flores
Que vengamos los dos á su retiro
A gozar nuestros dulces embelesos,
Que si ambos comprendemos sus amores,
Ellas saben también por qué suspiro
Y conocen la causa de tus besos.
  Ya muy pronto al bullicio de esta hora
Sucederán los éxtasis callados,
Cesarán en su cántiga sonora
Los pájaros del soto fatigados,
Y entonces, cuando sólo se perciva
El eterno susurro de la abeja
O la voz de la tórtola expresiva
Que entre las ramas del sauz se queja,
Sentada tú sobre el musgoso banco
Donde posar te gusta, y yo de hinojos
Sobre la orla de tu limpia veste,
Veré tu rostro, cual la nieve blanco,
Y de tus negros y divinos ojos
La clara lumbre de fulgor celeste;
Te contaré con fervoroso acento
Cómo brotó en mi pecho este cariño,
Y verás que tan grande sentimiento
Tiene la casta sencillez del niño.
  Vamos, mi bien, que la quietud te ofrece,
De este callado asilo por la senda,
Un reposo profundo que adormece,
El sinsabor de la vulgar contienda.
Si ambos en la existencia hemos bebido
El veneno mortal de los pesares,
Si el lazo de la suerte nos ha unido,
Que nos cubran aquí los tutelares
Genios que escancian el licor de olvido;
Ya no dejemos nunca nuestras flores,
Aspiremos por siempre esta aura pura;
¿Dónde hay campo, mi bien, de más colores
Ni un abrigo mejor que esta espesura?

Más allá del cercado
Que á nuestro Edén proteje, la perfidia
Con iracunda faz nos amenaza,
Y sobre el potro del dolor postrado,
A todo noble corazón la envidia
Con ponzoñoso diente despedaza.
Para olvidar la grita formidable
De la lucha sin fin de las pasiones,
Aquí nos dan su música inefable
Los cantos de la alondra y los gorriones......
Demos quietud á el alma dolorida
De nuestro amor en el seguro puerto,
Y hagamos de las horas de la vida
Una eterna mañana en este huerto.

MANUEL M. GONZALEZ.

SONETO.

(De "La Diana Enamorada" de Gil Polo.)

Quien libre esté, no viva descuidado,
Que en un instante puede estar captivo,
Y el corazón helado y más esquivo
Tema de estar en llamas abrasado.

Con la alma del soberbio y elevado
Tan áspero es amor y vengativo,
Que quien sin él presume de estar vivo,
Por él con muerte queda atormentado.

Amor, que á ser captivo me condenas,
Amor, que enciendes fuegos tan mortales,
Tú que mi vida afliges y maltratas:

Maldigo dende agora tus cadenas,
Tus llamas y tus flechas, en las cuales
Me prendes, me consumes y me matas.

LA ESTATUA DEL APOSTOL.

LEYENDA.

A Manuel Gutierrez Nájera.

I.

Era el noble Gaetano Ghiberti uno de los más rudos *condottieri* de su época. Avezado desde edad temprana á esos recios combates que presenció por tanto tiempo la infeliz Italia, era para él la guerra indispensable ejercicio y profesión forzosa. Partidario de uno de los príncipes que más combatían al Santo Padre, habíase acostumbrado el viejo batallador á dejar en el más completo olvido las prácticas religiosas, que, además, nunca fueron por él cuidadosamente atendidas. Curábase más de su luciente espada que de su empolvado crucifijo, y, al par que le llamaban fuertemente la atención los brillantes arneses de los guerreros, causábanle desdén profundo los sombríos hábitos de los frailes. La Madonna misma, que tan incontrastable influencia ejerce sobre todos los italianos, era vista con la más glacial indiferencia por aquel indolente anciano.

A pesar de lo dicho, no era nuestro hombre aficionado á combatir las creencias que en aquellos tiempos dominaban tan poderosamente los corazones. Ignorante en todo, menos en el manejo de las armas, no gustaba de mezclarse en discusiones, y acaso su indiferencia procedía más bien de la rudeza de sus hábitos de soldado, que de natural repugnancia hacia las cosas divinas. Honrado, franco, leal y valeroso, era inmejorable como guerrero; pero tenía una hija, y como padre no era por cierto el más brillante dechado de domésticas virtudes.

Gaetano era viudo. Laura, su esposa, había muerto cuando la niña Marietta contaba apenas cinco años de edad. Entregado el viejo á sus eternas campañas, aunque amaba á su hija con todo su

corazón, no pudo educarla cuidadosamente, y, aun cuando á ello se hubiera consagrado con ahinco, ni su ignorancia profunda, ni su abominable incredulidad le hubieran hecho á propósito para formar el alma de esa niña, que bajó como un rayo de sol á iluminar la sombría tristeza de su casa solitaria.

La pobre madre, al dejar sobre la frente de la niña el último beso y el postrer suspiro, lloró amargamente por la suerte de la que iba á arrostrar sin defensa alguna las horribles tormentas de la vida.

Tienen las madres una especie de adivinación misteriosa que las hace presentir el destino de sus hijos, y Laura moribunda tembló por la suerte de la infortunada huérfana que se quedaba en la vida sin que le sirviese ya de amparo el más hondo de los afectos que pueden caber en pecho humano. Laura era religiosa hasta el éxtasis, tenía esa fé inmensa que salva el abismo que divide á la tierra del cielo, y esa esperanza infinita que endulza los más crueles sinsabores y levanta el alma desde las miserias del mundo á los goces inefables de la eterna bienaventuranza. Mucho lloró porque la muerte le impedía sembrar en el alma de su hija los gérmenes de la verdad y del bien, y voló á la eternidad, augusta como una santa, y desolada como una mártir. Su último suspiro fué un sollozo, su postrer pensamiento una plegaria.

Marietta era tan niña, que no pudo medir toda la intensidad de su desventura.

Lloró al ver inertes aquellas manos que se estremecían de placer cuando peinaban sus cabellos; lloró al contemplar inmóviles y mudos aquellos labios que besaban su frente con maternal delirio, y que tan dulces palabras le decían al hablarle de las venturas que guarda la Madonna para los niños que son buenos. Creyóla dormida; la llamó sollozando durante mucho tiempo; mas cuando vió que no despertaba, que conducían su cuerpo al cementerio, y que la colocaban en una fosa, cubriéndola en seguida con esa tierra que es el olvido, enjugó su llanto y dejó de sollozar; pero cubrió á su alma infantil un velo helado y sombrío, y quedó en su frente, tan blanca y pura, algo como la huella luminosa y triste del postrer beso de su madre muerta.

Gaetano que había visto morir á su esposa, emjugándose con el revés de la áspera mano las lágrimas que á hurtadillas vertía, permaneció algunos meses en su hogar, luchando entre su amor á la huér-

fana y su natural aventurero, que le impelía como siempre á las peligrosas emociones de la batalla. Por fin, un día llegó á sus oídos el rumor de un reñido combate en que sus compañeros de armas se cubrieron de gloria, y, no pudiendo resistir por más tiempo sus bélicas ansias, enjaezó él mismo su fuerte corcel de guerra, requirió las no descuidadas armas, y, besando mil veces á su hija, partióse á buen trote, triste porque se alejaba de la tumba de su esposa y de la cuna de su hija; pero alentado por la esperanza de ceñir en la campaña los laureles de la victoria.

Vivía Marietta en la ciudad de Orbieto, y creció abandonada á los cuidados serviles de mercenaria gente. Su padre aparecía en la casa raras veces; colmaba á la niña de regalos y de caricias, encargaba á su servidumbre que la cuidase con el más exquisito empeño, y partía de nuevo á sus ordinarios lances, que no faltaban por desdicha en aquella época, en que tan dividida traían á Italia con sus continuas turbulencias, los numerosos príncipes que á la sazón reinaban en tan pequeños y revoltosos Estados.

Llegó Marietta á los diez y seis años de su vida. Era blanca, con la pálida blancura del marfil. Su cabellera era una aureola. Tenía ojos azules, grandes y rasgados, con la trasparencia y la profundidad del cielo de su patria. Su frente, elevada y tersa, era seguro indicio de una alma inteligente y pura. Su boca, de labios finos y ligeramente descoloridos, parecía recibir, en la calma de la noche, el blando beso de los ángeles que vuelan en la sombra. Sus manos, diáfanas y blancas, tenían la suave morbidez de la carne en la artística belleza del mármol. Su talla, más elevada que pequeña, ostentaba esa adorable ondulación que con nada puede compararse, porque es hermosa con una hermosura única. Tenía diez y seis años, y amaba.........

Naturaleza tierna y apasionada, debía amar, porque hay almas que requieren el amor, como los ojos necesitan la luz. Su madre no vivió lo bastante para enseñarla á amar á Dios, exhalando hacia la altura, como un perfume celeste, el sentimiento purísimo de un corazón juvenil, y había ella comenzado por amar la naturaleza, esa buena y noble naturaleza de la Italia que sonríe eternamente bajo el sol esplendoroso que dá, en esa tierra privilegiada, belleza á los campos, genio á las almas, amor á los corazones.

Amaba esas mil bellezas que revelan sus secretos encantos á las

almas contemplativas. Del espectáculo de las cosas del mundo, pasaba al de las cosas soñadas, y veía, como Jacob, una escala que comunicaba los cielos y la tierra. Aquella pobre alma que no se nutrió en la poesía de la religión, tenía tal fondo de elevada fuerza, que buscaba instintivamente la hermosura divina. ¿Por qué su madre moriría antes de enseñarla á orar?

Acaso en sus sueños de niña cruzaría por su mente la imagen vaporosa de un doncel enamorado; pero nunca había sentido amor hacia algún hombre, cuando un día, en una fiesta campestre, vió á un joven paje de varonil y arrogante belleza. Atracción irresistible la impelía hacia ese joven; deseó ardientemente que se le acercase; y, absorta en sus anhelos y con la cabeza inclinada, sólo despertó á la vida cuando oyó una voz que la invitaba á bailar. Tembló al oírla, su corazón palpitó como si fuera á salírsele del pecho; adivinó que era el paje quien le hablaba, y, cuando alzó los ojos, le vió en efecto á su lado sonriéndole dulcemente. Levantóse la joven á bailar, y animó su lánguida fisonomía el grato embeleso de la mujer, templado empero por el casto rubor de la virgen.

Ludovico era alegre y audaz. La pensativa Marietta, que casi nunca sonreía, regocijóse más de una vez al oír las tiernas frases del galante mancebo. Él, por su parte, aunque harto ducho en amorosos lances, fuése poco á poco rindiendo al blando imperio de la hermosísima joven. Hubo como un gorgeo de pájaros: mil dulces confidencias, mil suaves tristezas, mil radiantes ensueños, fueron el asunto de la conversacion entre aquellos dos séres que por vez primera se veían. Como brotaban de la estatua de Memnón sonidos melodiosos cuando lucían los primeros rayos del sol naciente, así surgieron de aquellos corazones, á los primeros fulgores del amor, divinas armonías. Se amaron.........

Antonio Zaragoza.

(Concluirá).

LAS CATACUMBAS.

Hizo Roma llegar con sus legiones
Del universo hasta el confín, sus leyes,
Y convirtió en provincias las naciones
Y en siervos á los reyes.
Por el triunfal camino renombrado
Del Capitolio altivo,
Cuanto el mundo admiró, subió cautivo
Del vencedor romano al carro atado.
Y bajo arcos de triunfo, entre esplendente
Fiesta de orgullo humano y de victoria,
Con su riqueza inmensa y su alta gloria,
Entró en Roma en prisiones el Oriente.
Y desciñendo de su frente adusta
La Grecia su diadema postrimera,
Gimiendo la ciñó á la sien guerrera
De su rival augusta.
Del pueblo–rey loando la fortuna
Con discursos soberbios que eclipsaron
A Demóstenes mismo, resonaron
Los Rostros y del Foro la tribuna.
Y, diversión de bárbaros antojos,
En el Circo los hombres se mataban,
Y hacia el César los ojos
Convirtiendo al morir, le saludaban.
El César entretanto, ya perdido
De sus mayores el aliento bravo,
Desposaba ante el pueblo un bello esclavo,
En traje indigno de mujer vestido.

Mas ya se escucha en el confín del Rheno
Bramar salvaje turba,
Cual muge en lontananza ronco trueno
Que los mundos conturba.
Como torrente de ondas espumantes,
Que sobre el campo lánzase iracundo,
Brotó el Norte oleadas de gigantes
Que inundaron el mundo.
Roma se alzó, y ciñendo la coraza
Que aflojó la molicie, vacilante
La espada empuña y el escudo embraza,
Con el miedo pintado en el semblante.
Inquieta en torno su mirar pasea
Presintiendo tal vez su fin adverso,
Y tarda al caminar, del universo
La corona en su frente bambolea.
Héla ya en el combate:
El hierro esgrime con tremendo empuje,
Y cual león enfurecido ruge
Y hiere y hiende en rededor, y abate.
Va á sucumbir, su cetro poderoso
Será botín de rudos batallones,
Mas mortíferas son las convulsiones
De la inmensa agonía del coloso.
Y más hordas vomitan
De Germania los bosques á la guerra,
Y ciegas á la lid se precipitan
Trocando en mar de sangre la ancha tierra.
Roma se aniega en sin igual congoja,
Y cumplir siente de su vida el plazo,
Y, perdido el coraje, el débil brazo
Desfallecido de matar, afloja.
¡Ah! no era así cuando ínclitas legiones
Que sobrehumanos heroes condujeron,
Exterminaron cimbrios y teutones,
Y la Galia feroz al yugo uncieron!

Bajo la Roma en tanto, que moría,
Bajo el pueblo cobarde del delito,
Otro pueblo proscrito
En la sombra crecía.
Por bárbaros edictos condenado,
Ilota del imperio, al antro oscuro
Fué á pedir un seguro
Para amar y vivir arrodillado.
Acusado de crímenes prolijos,
De la calumnia bajo el torpe yugo,
Imploraba á su Dios por el verdugo
De sus padres é hijos.
Paz opone á la guerra,
Perdón al odio injusto,
Y cual semilla de gigante arbusto,
Germina silencioso entre la tierra.
De las riquezas y la gloria abdica,
Y las entrañas de la tierra excava,
Y al par que su morada se fabrica,
De sus hermanos el sepulcro cava.
De afectos terrenales se desprende,
Y deja seres de su amor profundo,
Y en vida aún, al mundo
De los muertos desciende.
Y de fé ardiente y de esperanza henchido,
Sólo pide á la suerte
El silencio, la sombra y el olvido,
Este triple sudario de la muerte.

Mirad: en medio el Circo, despojada
De su alba vestidura,
Aparece en la arena joven pura
Por bárbaros verdugos arrastrada.
Su blonda cabellera
Vuela flotante de su espalda en torno,
Cual si aureo velo hacerle pretendiera
De sus mórbidos miembros en contorno.

De lágrimas un río
Baña su rostro que el pudor sonroja,
Como inunda el rocío
De perlas blancas la amapola roja.
Torna la virgen su mirada honesta
De la inocencia al inmortal seguro,
Mientras la plebe su mirar impuro
Contra su cuerpo inmaculado asesta.
De aplauso en torno á la doncella, el ruido
Salvaje estalla en prolongado trueno,
Como en la plaza pública el ladrido
Se oye de can obsceno.—
Dos víctimas aún la turba aleve
Al Circo arrastra con inícua mano:
Es la primera venerable anciano
A quien la edad cubrió de blanca nieve.
Sin lanzar un gemido lastimero
Manso á la muerte conducir se deja,
Como la dulce oveja
Que encamina el pastor al matadero.
Es un niño la víctima postrera,
Que el umbral de la vida apenas pisa,
La inocencia le dió su dulce risa,
Y el cielo en sus pupilas reverbera.
....
Llega en silencio el formidable instante,
La multitud aguarda de ansia llena,
Y están solos en medio de la arena
El anciano, la virgen y el infante.
Se abre una puerta con estruendo bronco,
Y un tigre y un león saltan hambrientos
En medio el Circo, y su rugido ronco
Conmueve del Coloso los cimientos.
A los gritos salvajes de las fieras,
El pueblo envilecido
Rompe de aplauso en bárbaro alarido,
Más feroz que las bestias carniceras.
Sangriento el ojo, la nariz hinchada,

La fauce abierta, los agudos dientes
Prontos á devorar, saltan rugientes
Las fieras á su presa desdichada.
Las víctimas en tanto
En la arena de hinojos,
Tornando arriba con amor los ojos,
Invoncan del Eterno el nombre santo.
Ante la tumba su virtud austera
Inúndase de Dios en el deseo,
Y es, imitando al Mártir galileo,
De perdón su plegaria postrimera.
Después, se oye entre lúgubre rugido,
Y rumor de gemidos sofocados,
De carnes maceradas el chasquido,
Y el estridor de huesos triturados.
Después, en las arenas removidas,
De sangre entre las charcas humeantes,
Vense entrañas vertidas
Y mutilados miembros palpitantes.—
En tan tremenda escena
La matrona romana se alboroza,
Y olor de sangre en aspirar se goza,
Como suele la hiena.
¡Oh! tú, pueblo romano,
Que á tu crápula y báquicos placeres
El goce añadir quieres
De ver la angustia del morir humano:
Pues que la muerte y los horrores amas,
Se saciarán tus ansias furibundas,
Cuando entre sangre, confusión y llamas
En el abismo de la nada te hundas!

Baja el sol al Ocaso,
Y á su fulgor escaso
Del Tibre al borde míranse esparcidos
Los restos de los mártires sangrientos,
Que los canes hambrientos

Acechan desde lejos con ladridos.
Correr dejando el llanto de sus ojos,
Santas mujeres con piadosas manos
Recojen de la tierra los despojos
De los heroes cristianos.
Después cruzan el campo silencioso
Que el labrador amedrentado esquiva,
Y con marcha furtiva
Al borde llegan de antro tenebroso.
Y allí, á la faz de un mundo solitario,
Se hunden como fantasmas en la tierra,
Y sobre ellas se cierra
La negra oscuridad como un sudario.
....

Lámparas que alimenta noche y día
Ante las tumbas fraternal cuidado,
Vense en la subterránea galería
Brillar como astros de fulgor sagrado.
Ante ellas, al cruzar la senda oscura,
Los que pasan se inclinan reverentes,
Murmurando fervientes
Sus pleglarias que suben á la altura.

En la ciudad que yace sumergida
De la Roma gentíl bajo la planta,
Manso rumor cual eco se levanta
De la olvidada vida.
De luces rojas al fulgor dudoso,
Vese en las calles del recinto umbrío,
Aglomerado orando fervoroso
El inmenso gentío.
Haciendo altar de losa tumularia,
Anciano sarcerdote allí renueva
Sacrificio de amor, mientras se eleva
En torno la plegaria,
De la oración el rumoroso coro
Se aleja como un cántico del suelo,

Y á sus notas los ángeles del cielo
Unen las notas de sus arpas de oro.
De amor divino en éxtasis suspenso,
Amor suspira el pueblo arrodillado,
Mientras resuena el cántico sagrado
Y vuela por los aires el incienso.

De esta paz, de este amor y esta agonía
Sacó su fuerza la ciudad cristiana
Para vencer á la ciudad pagana
A cuyos piés crecía.
Rompió de hinojos los pesados yugos
Que atara á su cerviz adversa suerte;
Nació en las tumbas, se nutrió en la muerte,
Y venció con la paz á sus verdugos.
Y poco á poco, del oscuro abismo
Donde yació enterrada,
Fué elevando su frente coronada
De luces, de virtud y de heroismo.
Y al paso que su fama se extendía
Y que triunfante su pendón se alzaba,
El César en su trono vacilaba
Y el imperio espirante se sentía.
Todo el poder del universo echado
De héroes sobre un puñado,
Al terminar la lucha fué impotente
Para atajar el vuelo denodado
De un mundo nuevo al existir naciente.
El brazo del verdugo se fatiga
Y la sed de las fieras se mitiga
En la sangre inocente,
Mientras la tierra da por cada gota
De la sangre en que trémula se aniega,
Un mundo de héroes que en la liza brota
Y al hacha del verdugo el cuello entrega.
Ya la ciudad gentil se desmorona
Como viejo edificio sin cimiento,

Y á la ciudad de Dios sirven de asiento
Los vetustos escombros que amontona.
Una las puertas de la muerte gana
Y otra su vida empieza,
Con tanto la cristiana de grandeza,
Cual de miseria y mengua la pagana;
Esta al suelo crujiendo se desploma,
Y aquella eleva cánticos triunfales,
Formando su ovación los funerales
De la espirante Roma.
La barbarie del Norte se derrumba
Sobre el mundo romano moribundo,
Y arrasándolo todo, en ancha tumba
Deja trocado el mundo.
Y esta tropa que el pánico acaudilla,
Hasta el pié de la Cruz, sangrienta llega,
Y allí, arrojando el hacha, se doblega
Y llena de respeto se arrodilla.
Y en torno de esta enseña de victoria
Se agrupa el orbe entero,
Y empieza, con la lid del venidero,
Sus etapas de gloria.
Y tras tanto conflicto y tanta guerra,
De la barbarie la época se cierra,
Y la éra de la dicha se inaugura,
Bajo este lema que el progreso encierra:
¡Gloria á Dios en la altura,
Y paz á los mortales en la tierra!

JOSÉ LÒPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Roma, Diciembre 19 de 1872.

LA POESÍA.

¿Es arte del demonio ó brujería
esto de escribir versos?—le decía
no sé si á Calderón ó Garcilazo
un mozo más sin jugo que un bagazo—
Enséñeme, maestro, á hacer siquiera
una oda chapucera.—
—Es preciso no estar en sus cabales
para que un hombre aspire á ser poeta;
pero, en fin, es sencilla la receta.
Forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.
—¿Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

RICARDO PALMA.

A HIDALGO.

¡Oid la tempestad atronadora!
¡Mirad cómo á su aliento poderoso
El mundo amedrentado se doblega!
Suena de libertad la alegre hora
En el reloj del tiempo misterioso,
¡Despertad, pueblos, vuestro instante llega!
La antigua sociedad, cual molde estrecho
Cede al embate de volcán rugiente,
Y en el estrago universal, se siente
La gestación sublime del derecho.

Orgullosa Britania! la primera
Tú fuiste á recibir el golpe rudo:
En vano al choque de la lid guerrera
Opusiste luchando el fuerte escudo;
En vano tus valientes campeones
Regaron con su sangre generosa
De América gentil la tierra hermosa;
Rotas fueron doquiera tus legíones,
Embotóse el acero,
Terror un tiempo en tu robusta mano,
Y el colono guerrero,
Trocado en laborioso ciudadano,
Al reclamo de Washington eleva
Una libre nación, potente y nueva,
En el hermoso suelo americano.

Al acento fecundo
De libertad que por los aires zumba,
Conmuévese gimiendo el viejo mundo,
Treme su tierra con mortal espanto,
Cual la losa pesada de la tumba

Que á Lázaro guardó en oscura fosa,
Y en faz de la nobleza, bajo el manto
Del rey que sin pragmáticas gobierna,
Aparece la cara tormentosa
Del irredento pueblo,
Nuevo monarca de la edad moderna!......
¿Qué no vió entónces la asombrada Europa?
Alzó la Galia el formidable acento
Clamando libertad, derribó un trono,
Y de libres formando heroica tropa,
De los tiranos contra el firme asiento,
Cual tromba horrible desató su encono;
Y combatiendo en desigual pelea
De las naciones contra el odio ciego,
Vió de su sangre revivir al riego,
Lauros de Maratón y de Platea.

Luego España valiente,
De bravos cuna, del honor santuario,
Sacude el yugo que extrangera gente
Echó á su cuello con baldón nefario.
¡Épica lucha de inmortal renombre!
De un lado Bonaparte
Y la indómita España de otra parte......
¡La raza de heroes frente al grande hombre!
Sublime en su furor y justa saña
Al mundo pasma con su arrojo España,
Y hace caer al César en desmayo
Prodigando la sangre de sus venas,
Que no hizo Dios para sufrir cadenas
Al pueblo de Bailén y el dos de Mayo!

Los céfiros risueños
Que empujan de la nave el alta popa,
Traían á la América en sus alas
Cantos de libertad que enviaba Europa.
Y las sonantes olas
Queá nuestras playas á morir llegaban,

Llenas de asombro á América contaban
Las espléndidas glorias españolas.
Oh Dios! también acá el sublime ejemplo
La sangre varonil hervir hacía,
También acá la libertad tenía
En todo pecho sacrosanto templo.
También acá se ansiaba en noble vida
Trocar al fin la mísera existencia,
Y cantar entre el humo del combate
El himno de la santa independencia.
Rumores vagos por doquier brotaban,
Que próxima tormenta presagiaban:
El ilustre Verdad ante la audiencia
Clamaba libertad, y Talamantes
Los derechos del pueblo defendía;
Conspiraba el valiente Michelena,
Y en los viriles ánimos cundía
Ese ardor santo del que esclavo gime,
De lucha y libertad ansia sublime!

Un caudillo pedía
La nación impaciente,
Un caudillo admirable de osadía
Que desatara el huracán rugiente,
Y traduciendo el voto de la tierra,
Clamara *¡libertad!* gritara *¡guerra!*
Mas ¿dónde hallarlo, oh Dios? Revuelve en vano
La patria en torno desmayados ojos,
Y sólo mira bajo el yugo hispano,
Tropel de esclavos míseros de hinojos.
¿Quién osará aclamar las justas leyes
Que defienden de Anáhuac el derecho?
¿Qué heroe el reto lanzará? ¿qué pecho
Desafiará el poder de los virreyes?
¿Quién moverá de Marte los furores
Despreciando la plácida existencia?
¿Quién osará gritar *independencia!*?
Yo!—dijo voz salida de Dolores.

Hidalgo! fuiste tú, fuiste el primero
A levantar la voz libertadora
Y á desnudar el matador acero,
Anhelando formar gloriosa patria
A precio de tu sangre redentora.
Oh! ministro de paz, débil anciano
Coronado de nieve;
Tú á la empresa inmortal pusiste mano,
Dándole ejemplo al joven ardoroso
Y rubor al guerrero valeroso!
Sacerdote! ante el ara sólo acentos
De paz y amor habías pronunciado,
Y tus trémulas manos solamente
Bendiciones habían prodigado.
Otro afán, otro ardor, otros desvelos
Te embargaban, ansiabas otras palmas:
Eras pastor pacífico de almas
Y encaminabas tu rebaño al cielo.
De súbito ¡magnánima mudanza!
Tu destino en guerrero se convierte,
Lanzas gritos de guerra y de venganza,
Y empuñando las armas, vuelas donde
Muerte se siembra, y se recibe muerte!

¿Qué pudo tu conciencia
A tal punto mover, llevar á tanto
Hasta trocar tu mística existencia,
De corriente tranquila y sosegada
En catarata ciega y desbordada?
¡Tu genio excelso y tu bondad nativa!
Ellos dieron á tu alma pensativa
La viril decisión, el temple fuerte;
Por ellos renunciaste al beneficio
Con que brinda al mortal la dulce calma,
Y corriste, sublime, tras la palma
Noble y triste que otorga el sacrificio.
Quizás cuando ante el ara, entre el incienso,
Del Gólgota el recuerdo renovabas,

Tu inmolación heroica meditabas
Queriendo, sacerdote, asemejarte
En tu abnegado amor al Dios inmenso.
Y alzando la hostia sacra ante la vista
De un pueblo siervo de valor exhausto,
Para romper el yugo ponderoso
De la inicua conquista,
Pensabas ofrecerte en holocausto.

Ya resuena tu acento
En las pasmadas ráfagas del viento,
Ya se extiende en la esfera y se dilata,
Y choca del virrey contra el asiento
Como ronca y furiosa catarata.
¡Libertad, mexicanos!
Oid el grito salvador que atruena,
Y levantando al cielo vuestras manos,
Indignados romped vuestra cadena.
En pié, míseros indios, descendientes
Del tamán, del minero,
Del siervo que marcó el encomendero,
Raza inferior de parias y menores!
¡En pié poneos! y el clamar guerrero
Que retumba en el valle y alta sierra,
De gozo á vuestros ínclitos mayores
Los haga extremecer bajo la tierra!

Ya acuden al sonido
De la bélica trompa, ya se agitan
Saliendo al cabo del letargo inerte,
Y con bronco alarido
En la sangrienta lid se precipitan
Buscando libertad ó ansiando muerte.
Cual torrente furioso
Que va con rapidez salvando campos,
De México se acercan á las puertas;
Proteje ¡oh Dios! su esfuerzo generoso,
Y el triunfo otorga, tras angustia tanta,
A la justicia de su causa santa.

Truena el cañón, al hórrido estampido
En redor extremécese la tierra,
Y el eco de las Cruces adormido
Despiértase rugiendo en la ancha sierra.
En la humareda oscura
Que disfraza el horror de la pelea,
Llama vivaz á veces centellea,
Cual lívido fulgura
Instantaneo zig-zag de rayo impío
En negra nube del ardiente estío.
Sigue á la llama el estallido horrible
Que da entusiasmo al corazón bizarro,
Cual si mano invisible
Del alta cima al valle despeñase
Sobre las rocas gigantesco carro.
Oyesé el ruido seco
Que hace al chocar espada con espada,
Cual si de la recóndita morada
Donde el cíclope bate el fuerte yunque,
La resonancia repitiese el eco.
El trueno, voz colérica de guerra,
No cesa de gritar ¡á la batalla!
Mientras ruedan por tierra
Las víctimas que arrasa la metralla.
Suenan ayes do quier, la piedad calla,
Corre la sangre, la venganza grita,
Y de la tumba el lúgubre oleage
Iracundo en la lid se precipita.

¡Mirad á la victoria
Cobijar con sus alas esplendentes
Las armas de los rudos insurgentes!
¡Contemplad á la gloria
Tejer coronas de fulgente lauro
Para ceñir las mexicanas frentes!
Ya orgullosa y triunfal nuestra bandera
En los campos horrísonos tremola,
Mientras que la española

Se pliega ante ella por la vez primera.
¡Libertad! ¡libertad! do quier se escucha
Repercutir en la extensión vacía,
Y los gritos postreros de la lucha,
Son cánticos de triunfo y de alegría.

Adelante ¡oh Hidalgo! nada ataje
De tu hueste el esfuerzo y el coraje:
Del enemigo en pos, que cede y huye,
Vuela en alas del viento y del encono,
Y del virrey el conmovido trono
Con embate final rompe y destruye.
....
¿Vacilas? ¿no prosigues tu camino?
¡En almas cual la tuya, no hay zozobra!
¡Es que te impide terminar tu obra,
No mísero temor, sino el destino!
Cúmplase, pues, tu presentida suerte,
Ah! bien lo sabes, en la lucha ruda,
El que un momento retrocede ó duda,
Labra su perdición, labra su muerte!

Miradlo en el cadalso, apoteósis
Sangrienta de su historia:
Las tristes gradas con orgullo asciende
Como quien sube á un pedestal de gloria.
Desde allí, cual de cima consagrada,
Hacia el futuro la mirada tiende
Por luz de apocalipsi iluminada,
Y ve lo porvenir: la patria amada
Siempre viril pidiendo libertades,
Combatiendo sin fin, sin fin luchando
En campos y ciudades;
Y al cabo, tras de lágrimas y penas,
Bajo el capricho de voluble suerte,
Romper con mano fuerte
Del poder extrangero las cadenas;
Y entrar la ve en la pléyade lumbrosa

De la constelación que el mundo admira
De las libres naciones,
Y recibir, feliz y poderosa,
De los pueblos aplausos y ovaciones.
Y satisfecho, absorto y sonriente
Recibe la descarga destructora,
Clavando la mirada soñadora
En el pórtico inmenso del oriente.

Los altos genios de la eterea zona
Le acogieron en su ala refulgente,
Y al subir al cenit su noble alma,
Deslumbraba de mártir su aurea palma
Y cegaba de heroe su corona.

JOSE LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

CAMINO DEL CIELO.

Vedla! cubren su belleza
albos, trasparentes tules;
así una estrella circundan
ledas nubes.
No la despertéis, que duerme
la niña de ojos azules,
y sueña con sus hermanos
los querubes.
Cuando al lucir la mañana
el sol dilata sus luces,
y sobre cuanto es creado
calor y vida difunde,
no llores, madre, no llores;
y alienta el consuelo dulce
que vá camino del cielo
la niña de ojos azules.

RICARDO PALMA.

LA ESTATUA DEL APOSTOL.

LEYENDA.

(CONCLUYE.)

II.

El Papa y algunos principales italianos combatían á la sazón con desesperado esfuerzo, defendiendo aquel á la Santa Sede, y empeñados estos en acrecer sus raquíticos dominios á costa de los Estados Pontificios. Enemigo del Santo Padre era Gaetano, y á su mismo partido pertenecía el paje Ludovico, siguiendo las huellas de los Colonna, sus nobles señores. La victoria que hacía algún tiempo sonreía á éstos, volviòles de pronto la espalda, y en tremenda batalla cerca de los muros de Terni, cedieron al recio empuje de sus encarnizados enemigos, que combatían á las órdenes del feroz César Borgia, después de una lucha espantosa, sostenida con rabioso heroismo. Del florido ejército que en la mañana desplegaba ufano sus estandartes, marchando orgulloso al son de las trompetas y atabales, no quedaban á la tarde más que algunos restos, rotos, desordenados, dispersos......

Mientras que en el campo de batalla se amontonaban atropelladamente los más grandes horrores, la vieja ciudad de Orbieto, ignorante de la catástrofe, se vestía su traje de gala para celebrar la fiesta de su santo patrono. Discurrían alegremente por las calles, en ruidosa confusión, los buenos vecinos, y vibraba en el aire el regocijado son de las campanas. Terminados los demás festejos, faltaba aún el más grandioso de todos, la solemnidad religiosa que debería verificarse por la noche en la catedral. La clase media de Orbieto, adicta de todo corazón al Santo Padre, había trabajado porque hubiese la mayor pompa, y la fiesta prometía ser en efecto portentosa.

A principios del siglo XVI, en que pasa esta historia, aun no acababa de edificarse la catedral de Orbieto, joya del antiguo arte italiano; pero, como durante tres centurias habíase trabajado en su construcción, estaban allí acumulados todos los tesoros que resumen la obra artística de ese dilatado período. El estilo ojival, sombrío hasta cierto punto en naciones de índole más severa, resplandecía allí suavizado por esa vaga voluptuosidad que le comunicó el ardiente clima de la Italia. Son esas viejas catedrales, augustas y majestuosas como la religión católica; pero en sus elegantes rosetones que deslumbran la vista con sus variadas figuras, en sus mil aéreas caladas agujas que se lanzan á los cielos como una perpetua aspiración hacia lo infinito, hay una suprema gracia y una encantadora belleza. Son esos grandes edificios, fuertes é inmutables como la fé que presidió á su constitución; pero también ideales y delicados como la esperanza que nace bajo sus bóvedas inmensas.

Centenares de artistas habían agotado su fé de creyentes y su inspiración de soñadores para embellecer el edificio con creaciones admirables. Y esa falange de inspirados grabó allí para siempre la huella luminosa de su gènio. Allí dejó Juan de Pisa sus bajo-relieves prodigiosos; allí Fra Angélico, el pintor de los ángeles, trazó, en éxtasis de lágrimas, esas figuras radiosas que sonríen eternamente en arrobamientos celestiales. Y en el hueco de los gruesos muros, bajo sombrías arcadas, se creía oír resonar el himno de la muerte, al ver dibujarse sobre oscuro fondo el blanco mármol de las tumbas, la suave silueta de las estatuas yacentes de tantos grandes de la tierra que, á la sombra de la cruz cristiana, dormían allí tranquilos el sueño de la eternidad.

En esa noche la catedral resplandecía, alumbrada por millares de luces. Pequeñas ramas regaban por todas partes el suelo, según la costumbre de la época. Ostentaban los sacerdotes sus más lujosas vestiduras. Los ecos de una incomparable armonía religiosa subían á las altas bóvedas como explosión de ardorosas plegarias. El humo del incienso, semejando girones desprendidos de las nubes, hacía creer que los cielos bajaban á la tierra, para cofundirse con ella en una sola é inmensa oración. Todo lo que el culto católico tiene de más esplendente y armonioso proclamaba allí la fé de un pueblo, y la multitud, postrada de rodillas, humillábase reverente ante la excelsa majestad de Dios.

Y Marietta allí estaba. Ella que no creía, esperaba. Ella que no tenía la fé religiosa, poseía en alto grado el sentimiento artístico. Todo aquello era hermoso, y ella lo amaba inconscientemente. Su vista vagaba sorprendida por las mil bellezas del templo: las altas columnillas que, reunidas en gruesos haces, brotaban del pavimento; los arcos esbeltos y elegantes que se lanzaban á la altura y casi se perdían de vista en el espacio; las vidrieras de brillantísimos colores; los frescos de las paredes: todo cautivaba su ánimo de una manera invencible. La imponente ceremonia religiosa no era muy clara para ella; pero la seducía con irresistible embeleso. Y, además, allí en un rincón, estaba la tumba de su madre, y en todo el templo le parecía encontrar algo de aquella alma idolatrada.

La llevó esa noche á la catedral un sentimiento misterioso de que no pudo darse cuenta: angustia, curiosidad, esperanza, amor, todo se revolvía confusamente en su alma. Absorta en sus mil encontrados pensamientos, fuése lentamente aislando de cuanto la rodeaba; un velo oscuro cubrió poco á poco su vista. Después, ya no oyó la mística armonía; parecióle escuchar allá muy lejos, el terrible estruendo de las armas y los sordos rumores de embravecida lucha. Una angustia mortal heló su cuerpo, sintióse desfallecer. De pronto resonó en su oído, claro y distante, un grito desgarrador que creyó lanzado por su padre. Muda, horrorizada, fuera de sí, volvió en torno los espantados ojos, buscando á Gaetano...............Vió el templo iluminado, la multitud arrodillada, en calma como siempre, sin la menor señal de que fuese cierto cuanto ella creyó oír, y que había sido un sueño, quizás una pesadilla.

De repente Marietta, tranquilizada por un instante, se irguió sorprendida, atónita; había visto fijarse sobre ella una mirada extraña, una mirada que revelaba á la vez amor, compasión, tristeza. Y esa mirada no era la de un hombre, no era la de un sér animado, era la mirada de una estatua!

Sí; á pocos pasos de la joven se elevaba como una blanca visión, la estatua de mármol de San Juan, el discípulo amado del Señor. Marietta nunca había visto esa estatua en aquel lugar. Era una figura aérea, ideal, casi luminosa, con una adorable pureza de lineas y una expresión de beatitud celeste. Los paños se plegaban fácilmente, cual si no fueran de dura piedra, y parecía que iban á agitarse al menor soplo de la brisa nocturna. Bajo el mármol del

rostro se sentía palpitar la vida. Con una mano sostenía el cáliz del cual sale un dragón, conforme á las tradiciones de la inconografía cristiana, y la otra se elevaba al cielo con la expresión de una esperanza infinita y de una convicción eterna. ¿Era aquella estatua obra del inmortal Juan de Pisa? Quién sabe! pero era una obra maestra. Aquel mármol parecía labrado por el suave cincel de los ángeles.

Y los ojos de la estatua tenían mirada! Se clavaban en Marietta con insistencia, y la veían con una compasión tan honda, con un cariño tan tierno, con una vida tan activa, que la jóven se creyó por un momento presa de la locura. Volvióse á otro lado, pensó en su padre y en Ludovico, miró á la multitud que la rodeaba, oyó los cánticos sagrados, vió los risueños frescos de Fra Angélico; y cuando estuvo del todo recobrada, cuando no había en su mente ni la sombra de una alucinación, tornó tímidamente el rostro hacia la estatua, y de nuevo tembló espantada, de nuevo se agolpó la sangre á su cerebro. El apóstol la veía siempre, con el mismo entrañable afecto, con la misma desgarradora tristeza.

La pobre niña sintió que la vida la abandonaba; perdió la conciencia de lo que hacía, y duró mucho tiempo hundida en un letargo profundo. Cuando recobró la razón, encontróse sola, y casi en la oscuridad. Sintió frío en la frente, y vió que la tenía apoyada en el mármol de la tumba de su madre, á donde la había conducido su instinto cariñoso. Recordó su delirio, estremecida; quiso rezar entonces, y no pudo acordarse de las oraciones que oyó cuando era niña. La ceremonia había concluido; unos cuantos devotos pertinaces quedaban aún en el templo, y Marietta salió cuando salieron ellos. En la puerta la esperaban, como de costumbre, dos escuderos, y se dirigió rápidamente á su morada.

Entró á su retrete, presa de mortal angustia; aquella niña delicada no podía resistir sin doblegarse los rudos golpes de la suerte; desgarraba sus oídos el grito lastimero de su padre, y quemaba su cerebro la mirada triste y cariñosa de la estatua. Se tendió vestida en su lecho; quiso dormir, y al fin un sopor extraño embargó sus sentidos. Su alma vagaba, como un débil punto luminoso, en medio de tinieblas insondables.

III.

Despertaron súbitamente á Marietta fuertes golpes que resonaban en su ventana, en esa ventana por donde hablaba, desde hacía un año, con Ludovico. Se incorporó sobresaltada, y oyó la voz del paje que la llamaba con angustia. Abrió las labradas maderas, y en la oscuridad de la calle, á través de la reja, distinguió la fisonomía del jóven, descompuesta por la emoción. Víctima de tantas impresiónes sucesivas, la pobre niña apenas alentaba.

—¡Dios mio! Ludovico, qué pasa?—preguntó al fin.

—Nuestros enemigos han sido más felices que nosotros, respondió con voz ronca el paje. Reñimos cruda batalla cerca de Terni, y quedamos vencidos. Nuestro ejército ya no existe; mi traje lleno de fango y de sangre os dice cual ha sido mi suerte. Mi herida es leve; pero estoy perdido.

Marietta oyó palpitante aquellas palabras, que fueron á clavarse en su corazón como hierros hechos ascua. Una idea espantosa pasó por su mente: pensó en el grito de angustia que había oído en la Catedral, y tembló por Gaetano.

—¿Y mi padre? balbuceó al fin, con inaudito esfuerzo.

—¿Vuestro padre? murmuró Ludovico, con torva fisonomía...... ¿Vuestro padre? añadió vacilando......no sé dónde se encuentra.

—¿Pero ne le habeis visto en la batalla, no sabeis al menos cuál ha sido su suerte? Decídmelo todo, no temais que el valor me falte. La incertidumbre me espanta más que la desgracia.

—Ya os he dicho, Marietta, que nada sé; pero no se trata de eso. Oidme bien: estoy perdido, mis nobles señores huyen lejos de sus enemigos triunfantes, que avanzan á rápidas marchas sobre esta ciudad. Dentro de poco mi cabeza no estará muy segura sobre mis hombros. Mis perseguidores se acercan, voy á alejarme. Pero no huiré solo, es preciso que partáis conmigo.

—¿Partir yo con vos? exclamó Marietta sorprendida. Su alma pura no creía en el mal; pero su pudor exquisito la hacía entrever en aquellas palabras algo que la aterraba.

—Sí, dijo Ludovico; os amo como nunca he amado. Os amo con una pasión avasalladora á la que nada puede amortiguar, ni la de-

rrota, ni el peligro, ni la muerte. Huid conmigo á Francia, tengo allí poderosos parientes que nos darán seguro asilo. Lejos de esta tierra infeliz, destrozada por tantas luchas, en un tranquilo rincón del mundo, vivirémos para amarnos en el seno de una felicidad inagotable. Aquí me espera la muerte, allá la dicha. ¿Partiréis conmigo?

—¡No! dijo sencillamente la joven.

—¡Entónces no me amáis, no sabéis amar! añadió Ludovico, con sombrío despecho.

—¡Que no os amo! repuso ella con expresión de suprema nobleza y de tristeza profunda. ¿Tan ciego estais que no comprendéis que mi pasión es harto pura para arrojarla al lodo, y que os amo demasiado para manchar mi honra, que es la vuestra? ¿Creéis que hay en el mundo un dolor bastante grande para sujetar mi albedrío y quebrantar mi voluntad? Ludovico, las mujeres de mi raza saben comprar á costa de su felicidad el derecho de ser honradas.

—No me amáis! replicó Luduvico con ímpetu salvaje. Me hablais de vuestro deber cuando os hablo de mi amor, y traéis á la mente rancios recuerdos de raza, cuando llevo á vuestra alma un mundo de felicidad, y os pido para mí esa dicha que nunca he conocido. La ley suprema de las almas es el amor; nuestro deber más imperioso el de ser felices. Si no me seguís, Marietta, es porque no me amáis.

—Ingrato! murmuró ella, con dolorosa dignidad. ¿No comprendéis que os amo tanto, que en vez de despreciaros os compadezco?

Iba á responder Ludovico, cuando en aquel punto turbó la calma de la noche lejano ruido de armas, y brillaron algunas luces en la extremidad de la calle.

—¡Los soldados de César Borgia! dijo Ludovico, con voz entrecortada. Mis encarnizados enemigos se acercan y es preciso partir. Os lo digo por última vez: ¿huiréis conmigo?

—¡No! respondió la jóven, en voz baja; pero llena de resolución. ¡Adios para siempre!

La turba llegaba; se oía ya cerca el relinchar de los corceles y la luz de las antorchas brillaba á cierta distancia. Un momento más y Ludovico, á quien su traje denunciaba, iba á ser despedazado por la irritada furia de los vencedores. Convulso, delirante, se asió con

fuerza á los hierros de la reja, y murmuró con voz que vibraba sordamente:

—Desgraciada! ¿será preciso decirte para que me sigas, que no te queda en el mundo más amparo que mi amor? Estás abandonada por todos. ¡Tu padre ha muerto bajo los muros de Terni!

A estas crueles palabras, Marietta quiso hablar, iba á arrojar un grito de angustia, y no pudo. Sintió en el cerebro un extraño crugido; un velo espeso flotó ante sus ojos; levantó ambos brazos, y cayó al suelo con violencia, como una palmera derribada por el rayo.

Ludovico permaneció un momento inmóvil y espantado; pero luego, viendo á sus enemigos á pocos pasos de distancia, alejóse rápidamente, y se perdió en las sombras de la noche.

Un momento después, una turba sangrienta y feroz pasó por aquel sitio. La ruda embriaguez del triunfo brillaba en todos los semblantes; sordas amenazas brotaban de todos los labios; y aquella masa pavorosa y rugiente, cruzó por la oscuridad de la calle, como cruza una manada de tigres por la soledad de los bosques.

IV.

Marietta permaneció desmayada durante muchas horas. Su hermoso cuerpo estaba contraído por una convulsión terrible; su respiración era entrecortada y angustiosa. Después un suave sopor sucedió al espantoso letargo: empezó á tener conciencia de lo que soñaba. La sombra formidable había desaparecido, y vió, en éxtasis delicioso, una mansión hermosísima; pero con una hermosura que nada tenía de terrenal. Y allí, entre los blanquísimos lampos de nube resplandeciente, vió una imágen adorada, vió á su madre. Quiso llegar hasta allá; mas no le fué dado conseguirlo.

—Madre mía! dijo en su sueño, con desesperación; ¡soy tan infeliz, padezco tanto!

Una nube de tristeza veló el luminoso rostro de la visión, que se inclinó con cariño sobre Marietta y estampó un beso en su pálida frente; luego, con voz tan dulce como el murmullo de un céfiro del Paraíso, murmuró:

—Pobre hija mia! ¡Ama á Dios, y ora!

La joven dormida quiso balbucear una de aquellas oraciones que su madre le decía en la infancia, y no pudo recordarlas. Entónces la celeste imágen empezó á cantar suavemente una plegaria con que antes se adormía Marietta en su cuna, un himno sençillo, pero lleno de una fé inmensa. La melodía era fácil y ligera, impregnada de blanda melancolía, uno de aquellos cantos que encierran toda la creencia de un pueblo, sencillo como la niñez, hermoso como la esperanza.

De pronto la visión se trasformó lentamente. Marietta volvió á ver la Catedral, en todo el esplendor de la imponente ceremonia. Avanzó pausadamente, arrastrada por fuerza misteriosa, hacia la estatua del apóstol San Juan. Estaba allí bañada por los rayos de una luz de otro mundo, con su expresión de arrobadora belleza, de amor inmortal y de creencia avasalladora. Su mirada se fijó en la joven; pero no ya con tristeza profunda. La estatua sonreía, un suave gozo palpitaba en aquel mármol. Cuando Marietta llegó á su lado, los labios del apóstol se entreabrieron, y oyó ella estas palabras, que resonaron, no en su oído, sino en su corazón:

—Pobre Marietta! cree y espera!

En la mano que la estatua elevaba al cielo había un pequeño crucifijo que la jóven no había visto cuando estuvo realmente en el templo. Aquella mano se bajó lentamente, y puso en la de Marietta el crucifijo. Luego el apóstol, y la Catedral toda se envolvieron en una nube purísima, y desaparecieron. Marieta siguió durmiendo tranquilamente.

Después, oyó á lo lejos un canto triste; pero solemne y magestuoso, y vió avanzar comitiva numerosa, acompañando un féretro coronado de rosas blancas. Era el entierro de una joven. Cuando depositaron en tierra el ataúd, mientras los sacerdotes elevaban los últimos cantos de perdón y de consuelo, Marietta se inclinó sobre la muerta, y vió sus facciones reproducidas, como si se hubiera asomado á un cristalino arroyuelo.

Despertó en aquel momento. Creyó que todo había sido un sueño, desde la solemnidad á que asistió en la Catedral, hasta aquel extraño entierro; pero la abierta ventana la hizo pensar en su penosa entrevista con Ludovico, y su corazón se sintió dolorosamente herido al recordar la horrible nueva de la muerte de su padre. ¿Aquel grito angustioso que oyó en el templo, fué lanzado por Gaetano al

espirar? ¿Había sido verdad aquel delirio, aquella triste mirada de la estatua? Ludovico venía de la batalla, y él le dijo que su padre había muerto. Luego era esa una horrible realidad. Marietta lloró largo tiempo con una amargura infinita. En medio de su dolor pensó en Dios, y entonces su sueño último le vino vivamente á la memoria. Recordó la plegaria que la adormecía cuando era niña, y que su madre cantó durante su aparición, y la repitió fervorosamente. Al recordar con tanta claridad aquella plegaria, conoció Marietta que un mundo sobrenatural había entrado en comunicación con ella. Sintió frío en la frente, y en el punto en que su madre le dió en sueños un beso, encontró un gota cristalina que era sin duda una lágrima, caída de los ojos de la visión. Conmovida se reclinó en una mesa cercana á su lecho, y exhaló un grito de espanto al ver sobre esa mesa el mismo crucifijo que el apóstol le había dado durante el sueño.

Recordó entonces la última escena de ese sueño; no dudó que aquel entierro que había visto era el suyo, que aquella muerta que tanto se le asemejaba era ella. Sintió una debilidad extraña, y pensó en la muerte, con la íntima creencia de que muy pronto ya no existiría. Experimentó una imperiosa necesidad de conocer esa religión á que el santo apóstol, que tanto la defendió en vida, la llamaba de tan extraña suerte. Hizo esfuerzos por olvidar á Ludovico, que acaso corría en aquellos momentos grave peligro. Sintió que su vida se agotaba rápidamente, y no quiso morir sin la bendición de un ministro de Dios.

Uno do los escuderos fué á buscar al inmediato convento al anciano y virtuoso padre Francesco, que acudió lleno de alegre sorpresa á aquella casa donde nunca se le había llamado. Creía encontrar á algún gran pecador y halló un angel próximo á desplegar sus alas. Oyó á la joven en confesión; le habló durante mucho tiempo de ese Dios que la llamaba á su seno. Juntos oraron por el alma del viejo Gaetano, y jamás se unió más santo religioso á más pura doncella, para elevar al Señor, como perfume del alma, una oración más ardorosa.

Encargó la joven que el cuerpo de su padre y el suyo reposasen junto al de su madre en la Catedral, y tendida en un blasonado sillón, viendo los últimos rayos del sol que entraban por la ventana

á besar su frente, tranquila esperó á la muerte, que era para ella la felicidad y la apoteósis.

De pronto vino á turbar el solemne silencio que reinaba, una ronca voz que gritó lúgubremente no lejos de allí ¡orad, habitantes de Orbieto, orad, piadosos hermanos, por el alma de Ludovico Ardenti, ahorcado por traidor!

Marietta oyó aquellas palabras, sintió que el último lazo que la ataba á la vida se rompía bruscamente. Perdió la conciencia de las cosas terrenales; oyó una música lejana que sobrepujaba en belleza á cuanto puede soñar la imaginación; y cuando desapareció el postrer rayo del sol poniente que la bañaba con sus resplandores de oro, su alma voló al cielo en medio de divinas y misteriosas armonías.

A la siguiente mañana, estaba su cuerpo tendido en el templo, cubierto de flores que embalsamaban el ambiente, y cuando se alzaron al cielo los cánticos sagrados pidiendo el descanso eterno de la que para siempre dormía, un rayo de sol bajó desde la alta ojiva sobre la estatua del apóstol, que inundada por aquella luz esplendorosa, resplandecía como la imagen viva de la fé. ¡Su mano señalaba al cielo, su rostro irradiaba amor y esperanza, y en sus labios lucía una sublime sonrisa de felicidad suprema!

Antonio Zaragoza.

LOS JALISCIENSES

EN LA

GUERRA DE INDEPENDENCIA.

Acontece muy á menudo en las grandes revoluciones como en los grandes cuadros: que toda la luz ilumina esplendorosamente las figuras del primer plan, llegando á las otras mortecina y apagada, de tal suerte, que casi quedan las del segundo término en la sombra, sacrificadas á las exigencias del claroscuro.

Eso ha sucedido en la historia de nuestra gloriosa revolución de once años (1810–1821). Hidalgo—ese sublime audaz; Morelos—admirable por su talento militar y su indómito valor, áun considerado entre los guerreros prodigiosos de aquella edad sangrienta, los Ney, los Davout, los Massena; educados en la escuela de Napoleón, y los defensores horrorosamente heróicos de la independencia de España, educados en la del patriotismo: Guerrero—cuya nobleza, abnegación é hidalguía serán la perpétua admiración de la Historia, son las tres figuras colosales que representan las tres grandes épocas de la guerra de Independencia. Pero á su lado ¡cuántos nobles caudillos! ¡cuántos insignes colaboradores! Se serena el ánimo y se espacía en la contemplación de aquellos tiempos de patriotismo levantado y de espartanas virtudes; revive vigoroso el amor á nuestros viejos héroes inmortales, y, así como después del triunfo se pregunta ansiosamente cuáles fueron las proezas y cuál la conducta del padre, del hermano y del amigo que estuvieron en la batalla, con igual ansiedad interrogamos á la Historia los miembros de las diferentes ramas de la gran familia mexicana, para que nos diga, en esa revolución memorable ¿qué parte tomaron los nuestros? ¿cómo se condujeron los que vieron la luz primera en nuestros valles ó en las risueñas orillas de nuestros rios? ¿qué hicieron nuestros antepasados?

I.

Cuando el territorio entero de la Nueva-España estaba ya completamente sometido, muertos los caudillos que como Cuauhtemoc habían opuesto tenaz y heróica resistencia á los soldados castellanos, y sujetos los mansos indígenas al cruel dominio de feroces encomenderos, llevando en la mejilla el hierro candente de la esclavitud (1), acá en estas regiones que poblaban los chichimeca, se mantenía la guerra contra los conquistadores de Anáhuac, porfiada, tenaz, impía. Puede decirse que aquellos valientes indígenas nunca estuvieron enteramente sojuzgados en los tres siglos de la dominación española. Y con razón. Estos pueblos infelices habían sufrido más que todos los otros con la invasión de los españoles; habían sufrido en sus intereses, en sus personas, en todo lo que hay más caro para el hombre, aunque se encuentre en estado de barbarie, en todos sus afectos y derechos naturales. Nuño de Guzmán, más bárbaro indudablemente que aquellos á quienes venía á civilizar, con la crueldal y el bandidaje erigidos en sistema de colonización, bien singular por cierto, mayores daños causó con su conducta á la corona de Castilla, que ventajas. Refiriéndose á su expedición á esta parte que se llamó Reino de Nueva Galicia, dice un moderno y discreto historiador: "Aquella jornada, como la llamaban los contemporáneos, llevó á todos aquellos desgraciados pueblos la. esclavitud, la muerte, el robo, el incendio y el exterminio. Las hordas de Atila, derramándose sobre las fértiles campiñas de Italia, no causaron tan grandes calamidades como el ejército español de Nuño de Guzmán y sus aliados, mexicanos, tlaxcaltecas y tarascos.

"La ambición y la codicia más desenfrenadas, la más ruin envidia de las hazañas de Cortés y el terror de una conciencia manchada é inquieta, móviles fueron para empeñar á Nuño de Guzmán en aquella expedición cuyas huellas quedaron señaladas con la sangre de millares de desgraciados, no muertos en el combate, sino friamente asesinados, y con las humeantes ruinas de muchos pueblos (2)."

(1) Todos los esclavos (indios) sin distinción de sexo ni edad eran marcados con un hierro candente, unas veces en los muslos, pero las más en un carrillo. *México á través de los siglos.* Tomo II, capítulo VIII, página 78.

(2) Riva Palacio. Obra citada. Tomo II, capítulo XXIII, página 203. Es muy curioso que los españoles y los partidarios del régimen colonial, hayan de-

Natural consecuencia de aquel cataclismo—que no de otra manera puede calificarse la marcha del aventurero español al través de estas comarcas, fué que sus habitantes abandonando sus miserables hogares, huyeran á las serranías y á las montañas inaccesibles á defender con las armas en la mano, no ya su patria, ni sus dioses, sino su seguridad personal y su existencia.

Sin embargo, como la mayor parte de las tribus aborígenes, los chichimeca no eran endógamos sino más bien exógamos, de manera que con el trascurso del tiempo las razas se mezclaron lo mismo que en el resto del país y dieron origen á una nueva que llevaba en su venas la ardiente sávia indígena, confundida con la sangre ibérica de los conquistadores. En los hombres fuertes, nobles y valerosos de esta raza, fué en donde encontró la independencia de la patria, en la primera década de esta centuria, cuyos años postreros estamos viendo trascurrir en medio de la paz y del trabajo, muchos de sus defensores más generosos y heróicos; la historia de México algunos de sus tipos más bellos, y Jalisco sus mártires.

II.

El movimiento revolucionario, iniciado por Hidalgo en Dolores, extendióse bien pronto por toda la Nueva España, desde los vastos desiertos del Norte, dice un historiador comtemporáneo, hasta las riberas del Usumacinta. En Jalisco cundió con rapidez asombrosa, de tal manera que puede afirmarse que la voz de Hidalgo encontró eco en todos los corazones y en todas las inteligencias. Desde los primeros años de la guerra de Independencia se reñian terribles combates en nuestro suelo, y en los once que ésta duró, nunca se vió extinguido en Jalisco el fuego sacro del patriotismo. Se peleaba en todas partes; en la escarpada serranía de Comanja y en las inmensas planicies de Zacoalco; lo mismo en las abrasadas playas del Pacífico que en las amenas márgenes y pintorescas islas del lago de Chapala.

Y los caudillos que aquí encontró la causa de la independencia nacional, no salieron de esas chusmas indisciplinadas é ignorantes

clamado tanto contra los desórdenes y faltas de algunos caudillos insurgentes, inevitables en toda revolución. La época de la conquista no fué precisamente un período de deleitable dulzura.

que se levantan al soplo de todas las agitaciones sociales, ni tampoco fueron de esos aventureros ambiciosos, que se lanzan á las revoluciones en pos de una fortuna adquirida por medio del asesinato y del pillaje; fueron hombres respetados por sus virtudes, por su posición social, por sus insignes méritos: hombres convencidos de la santidad de la causa que abrazaron con ardor y sostuvieron hasta derramar la última gota de su sangre, sucumbiendo heróicamente, sin haber manchado su vida ni con crímenes, ni con excesos de ningún género; hombres en una palabra, de la talla de D. Nicolás Bravo y los Galeana.

Habíase la campaña inaugurado en Nueva Galicia bajo muy buenos auspicios, con la derrota del ridículo Oidor Recacho en La Barca, por Navarro, Gómez Portugal, Huidrobo y Encarnación Rosas de quien tendremos ocasión de hablar cuando recordemos la épica defensa de la isla de Mezcala. Aquella fácil victoria fué el preludio de los magníficos triunfos de D. José Antonio Torres, el salvador de la independencia nacional después de Aculco. (1) A mediados de Ocubre de 1810, Guadalajara, la capital de Nueva Galicia, la segunda ciudad del Virreinato, estaba rodeada de insurgentes, y entregada á las delicias de aquella civilización angelical, de que hablan donosamente los partidarios del régimen monástico. La situación de esta ciudad distaba mucho de ser bonancible para sus moradores, que no veían, con harta razón en el Brigadier de tertulia D. Roque Abarca, Presidente de la Audiencia y Suprema Autoridad á la sazón, al hombre capaz de detener el terrible empuje de las huestes revolucionarias. Y no lo detuvo, por fortuna para la causa nacional, á pesar de que á las órdenes del Sr. D. Tomás Ignacio Villaseñor se aprestaron candorosamente, creyendo vencer á Torres, que venía sobre Guadalajara, multitud de vecinos notables de la ciudad, personas de todas las clases sociales, entregados hasta entonces los unos á las tareas apacibles y amenas de las letras, acostumbrados

(1) D. José Antonio Torres era natural de S. Pedro Piedra Gorda, (Estado de Guanajuato). "El nombre de Torres, dice el Sr. Pérez Verdía en sus interesantes *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco*, significa en la historia de ese período, la abnegación y el sacrificio, la heroicidad y el martirio. En una época en que la sangre corria á torrentes, en que las persecuciones se sucedían á las victorias y las represalias más horrendas eran la continuación del triunfo, es notable y satisfactorio encontrar jefes que, como Torres, se mantuvieron siempre á la altura de un generoso vencedor."

los otros á la vida metódica y ordenada del comercio, y con ellos toda la juventud dorada de la capital neo-gallega. Tan flamante ejército, semejante al de Soubise en Rosbach, fué hecho pedazos, destrozado completamente por el de D. José Antonio (4 de Noviembre de 1810), que como todos los de los independientes, era chusma indisciplinada de indígenas, sin instrucción militar ninguna, sin armas, sin plan de combate preconcebido. "En la batalla de Zacoalco hubo doscientos cincuenta y siete realistas muertos y quedaron prisioneros el jefe de ellos Villaseñor, D. Leonardo Pintado, que lo era de las tropas de Tepic, y otros muchos sin que á ninguno se le hiciera el más insignificante daño." (1) Entre los muertos, se contaron varios jefes, entre otros, el teniente del regimiento de la Corona, Gamburo y D. Pascual Rubio, comandante de las compañías del comercio (2).

El rumor de aquella victoria que cambió en un momento la situación de los defensores de la revolución, extendiéndose bien pronto por todo el país, como el toque guerrero del clarín, llegó á Ahualulco, pequeña población situada en fértil valle al N. O. de Guadalajara. Allí, en el sosiego de una vida consagrada al bien y á las místicas contemplaciones del sacerdocio, se hallaba el Sr. D. José María Mercado, cura párroco del lugar, amado por todos los vecinos, por todos respetado; inteligente, generoso, bueno. La fama de las virtudes del Sr. Cura Mercado, ha llegado á nosotros á través de los tiempos, consagrada por el testimonio unánime de los historiadores. Todos, absolutamente todos, reconocen los altos meritos de aquel sacerdote modelo.

Alamán, que tiene el prurito de afear las figuras de los héroes de aquella época, oscureciendo ó pintando con sombríos colores sus hazañas, y calumniándoles cuando otra cosa no puede hacer, Alamán dice del Sr. Cura Mercado, que era hombre que *gozaba de mucha reputación de virtud*, y director de los ejercicios espirituales de Guadalajara.

Los escritores que en época más reciente se han ocupado de estos sucesos, con ánimo sereno y desapasionado, le ensalzan á porfía.

(1) Pérez Verdía.

(2) El Sr. Rubio era bisabuelo por línea materna del autor de estas breves reminiscencias, que se complace en rendirle justo homenaje de respeto: como español, cumplió, con hidalguía y denuedo, el sagrado deber de morir defendiendo los intereses de su patria.

"El pronunciamiento de Mercado, dice un estimable historiador jalisciense (1) causó grande admiración entre sus enemigos, por ser de unas costumbres purísimas; cómo si el abrazar la más noble de las causas, la de la independencia y libertad de su patria se opusiera á la virtud! Mercado nunca desmintió la buena opinión en que era tenido, probando así que un jefe insurgente, podía ser como realmente era, superior á muchos realistas, tanto en su conducta privada como en inteligencia.........."

D. Francisco Sosa (2) refiere así el levantamiento del héroe jalisciense. "Deslizábase la vida de Mercado en esa dulce tranquilidad del sacerdote virtuoso é ilustrado, en el curato de Ahualulco, al estallar la revolución de 1810. La noble y grandiosa figura de Hidalgo cautivó el ánimo de Mercado; las noticias de la toma de Guanajuato, de la batalla del Monte de las Cruces, de las heróicas acciones de D. José Antonio Torres, hicieron nacer en el virtuoso sacerdote el vivo anhelo de combatir por la libertad y en Noviembre de 1810 se sublevó en Ahualulco, con el subteniente Zea, con gran admiración de todos. Nadie había sospechado que bajo la humilde sotana de aquel cura latiese un corazón formado para las grandes luchas."

Y el Sr. Zárate, por último, en la obra monumental que con el título de *México á través de los siglos* están dando á luz las prensas de Barcelona, afirma que el Sr. Cura Mercado era "hombre universalmente estimado por sus luces y virtudes." (3)

Tal era, pues, el nuevo soldado con que se aumentaban las filas insurgentes, después del triunfo de Zacoalco; tal el jefe que llegaba al campo donde se lidiaba por la vida nacional de México, como una risueña esperanza de ventura; ese el contingente que estas tierras de Jalisco, en donde siempre brotó lozana y vigorosa la semilla de libertad, daban á la más santa de las causas, á la más justa de las revoluciones.

Con esa rápida mirada de las inteligencias privilegiadas, vió Mercado al ofrecer sus servicios, en donde podían ser estos de mayor importancia; á Tepic!—se dijo—á S. Blas!—Allí estaban refugiados el Obispo Cabañas y los oidores que habían huido de Guadalajara en vergonzosa fuga al saber la aproximación de los insurgentes. Esa

(1) Pérez Verdía.
(2) *Biografías de Mexicanos distinguidos.*
(3) Tomo III, capítulo X, página 166.

marcha del Sr. Mercado desde el centro de Nueva Galicia hasta las orillas del mar Pacífico, sorprende y maravilla por la actividad y la audacia increibles que el venerable sacerdote desplegó en ella, encontrándose trocado por obra del patriotismo en habilísimo capitán.

Su entrada á Tepic, la rendición de S. Blas al ejército independiente, cuyo armamento consistía, según un testigo presencial, en unas muy malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas, manejadas muchas de ellas por ancianos y muchachos de escuela; las remesas de pesadísimos cañones (1) desde aquel puerto á Guadalajara á través de las asperezas de la costa, y de esas inaccesibles barrancas que se abren como abismos entre esta ciudad y Tepic, son acontecimientos que parecen fabulosos y que nos resistiriamos á creer si no estuviesen comprobados con todo el rigor de la historia.

Poseído de esa dulce satisfacción y de ese noble orgullo que sólo dá una conciencia honrada y pura, y el conocimiento de haber prestado á la patria grandes y útiles servicios, regresaba á Guadalajara el Sr. Mercado á unirse con Hidalgo y combatir á su lado, cuando supo la espantosa derrota de Calderón: volvióse á S. Blas, para poner aquella interesante plaza en estado de defensa, desde aquel dia; la fortuna inconstante le volvió la espalda y comenzaron sus infortunios.

A poco de llegar á S. Blas fué aprehendido, y no queriendo dar á sus verdugos la satisfacción de morir á sus manos, se arrojó á un barranco en donde se encontró su cadáver el 1.° de Febrero de 1811. El cura realista Verdín mandó azotar aquel cadáver, dando brillante testimonio de las virtudes cristianas que distinguian á aquellos que llamaban *monstruos* á los insurgentes.

¡Así terminó su breve, pero gloriosísima carrera el inmortal Mercado; inmortal sí, porque su nombre no se borrará jamás de los corazones jaliscienses; porque se halla escrito con caracteres imborrables en la historia de México!

---

(1) Cuatro de estos cañones de fierro, y que según el Sr. Pérez Verdía, pesaban 75 quintales cada uno, fueron arrojados á la barranca de Mochitiltic por el jefe que los conducía, al saber el desastre de Calderón. El General Cruz sacó de allí tres, para atacar la isla de Mexcala, y el cuarto estuvo abandonado cerca del rancho llamado "El Ocotillo", á la salida de la barranca, hasta hace muy poco tiempo, que fué conducido á Ixtlán, donde se conserva actualmente. ¡Mudo testigo de aquellos dias de lucha!

III.

Empezó igualmente á figurar al lado de los partidarios de la Independencia á la vez que Mercado, el Sr. D. José María González Hermosillo "natural de Jalostotitlán, agricultor muy respetado por su caballerosidad y proverbial honradez." (1)

Es un hecho curioso y característico de aquellos tiempos el cambio tan radical y repentino que por obra del amor santo á la patria se operaba en los caracteres, en las costumbres y hasta en los trajes de los individuos. Este, que ayer rezaba tranquilamente el breviario en el callado recinto de la parroquia, se encuèntra ahora inflamado en ardor bélico al frente de un ejército valeroso, con sable á la cintura y ataviado con unos arreos militares de brillantes colores y extravagante confección (2). Aquel, que no ha mucho guiaba las faenas de sus gañanes en la cosecha de maíz ó en los barbechos, ú ordeñaba tal vez la vaca en el establo, contémplase hoy revestido del grado de Brigadier ó Mariscal de campo. Tal así D. José María González Hermosillo.

Tan pronto como se presentó á Hidalgo fué agraciado con un grado militar y se le dió el mando de una sección y la orden de ir á extender la revolución á Sonora y Sinaloa, que formaban entonces una sola provincia. González Hermosillo, cuyo pequeño ejército se iba aumentando con gentes de los pueblos y rancherías por donde atravesaba, de tal manera que al llegar á Tepic estaba notablemente reforzado, siguió desde esta ciudad, por tierra, á su destino, llegando al frente del Rosario muy pocos dias después de su salida de Tepic.

(1) Pérez Verdía. El Sr. Zárate, dice que era vecino de Tepatitlán. Y no es ésta la única contradicción en que se hallan ambos autores. El Sr. Pérez Verdía afirma que Hidalgo nombró á González Hermosillo, Brigadier de los ejércitos americanos, en los primeros dias de Noviembre, y D. Julio Zárate, dice, que el héroe de que nos ocupamos era teniente coronel y que la brillante victoria del Rosario, que tuvo lugar en Diciembre, le valió el ascenso á coronel, que le fué concedido por el generalísimo. *México á través de los siglos*, Tomo III, capítulo XII, página 192. Brigadier es un grado militar superior al de coronel. Zárate se apoya en la *Colección de documentos* de Hernández y Davalos.

(2) El traje de gala del Sr. Cura Mercado, según uno de sus biógrafos, era azul, con vueltas de terciopelo morado. Creemos que á pesar de nuestro profundísimo respeto, no hubiéramos podido ver con seriedad al benemérito caudillo, así engalanado.

No podemos menos, al seguir con la imaginación la marcha de aquel grupo de insurgentes por la costa del Pacífico, con escasos recursos, mal alimentados y peor equipados, no podemos menos de extremecernos de admiración. "Los caminos en esas costas del Pacífico, dice un notable historiador, con tanta verdad como galanura, son penosos y accidentados; el clima mal sano y extremada la temperatura. Durante las últimas horas de la mañana y en las primeras de la tarde el calor es insoportable. El sol en un cielo limpio y sereno, lanza sobre la tierra torrentes de luz y de fuego, que hacen desmayar á los hombres, á los animales, y á las plantas. Ni el más leve soplo de viento agita durante esas horas aquélla atmósfera inmóvil y sofocante; languidecen y se inclinan las hojas de los árboles, las aves se esconden tristes y silenciosas en la selva; los gigantescos lagartos permanecen como aletargados en las orillas de los esteros ó de los rios; los jaguares mismos no se atreven á salir de sus cuevas y más que en la mitad de la noche, reina la más profunda calma y un silencio casi pavoroso, que sólo interrumpen el rumor bajo de los insectos, que cantan entre la maleza, el ruido lejano de los torrentes en la montaña y los majestuosos y acompasados tumbos de la mar."

El Rosario estaba fortificado perfectamente, y defendido por un coronel español que tenía más de mil hombres bien armados, y seis piezas de artillería. Riñó empero terrible combate el jefe insurgente, el modesto agricultor de un humilde pueblo de Jalisco, é hizo capitular á los defensores de la plaza. Tan glorioso triunfo llenó de júbilo y satisfacción al generalísimo, que premió á González Hermosillo ascendiéndole. No se detuvo éste largo tiempo en el Rosario, sino que siguió avanzando y ocupó sucesivamente á Mazatlán, que era en aquella época un lugarejo miserable, (1) y San Sebastian, llevando siempre la mira de apoderarse del rico mineral, de Cosalá, para enviar recursos á Hidalgo, que se los pedía sin cesar.

En breve tiempo había González Hermosillo dominado una gran parte de Sinaloa. Continuó su carrera triunfal, avanzando á fines de Enero de 1811, hasta llegar frente al pueblo de San Ignacio de Piaxtla, en donde se había hecho fuerte el coronel español que en la

(1) El puerto más importante del Pacífico durante el gobierno virreinal fué Acapulco.

capitulación del Rosario había prometido no volver á empuñar las armas en contra de los insurgentes. Admirable respeto á la palabra empeñada!

Aquel jefe desleal fué auxiliado oportunamente con fuerzas del brigadier Don Alejo García Conde, y el denodado González Hermosillo, el noble patriota, sufrió frente á San Ignacio un espantoso y completo desastre, que se refirió pormenorizada y regocijadamente en la *Gaceta de México* del 14 de Diciembre de 1811.

Entretanto en Jalisco no se había dejado de luchar, siendo los insurgentes según los azares de la guerra y los decretos de la Providencia, vencedores unas veces, otras vencidos, pero levantándose en cada uno de sus reveses, más briosos, más decididos, más grandes. Los soldados de la revolución, como Anteo, adquirían nuevas fuerzas al caer. Muchedumbre de guerrillas aparecían incesantemente en todo el territorio del Estado, á pesar de D. José de la Cruz, de Negrete, de Porlier, que trataban de ahogar en sangre la insurrección, cometiendo todo linaje de abusos y crueldades, renovando en el albor radioso del siglo diez y nueve, la ferocidad y el fanatismo de los conquistadores del decimosexto. Ardía la guerra como un fuego devastador al comenzar el año de 1812, pero entonces era contraria por todas partes á los patriotas defensores de la Independencia. Derrotas, reveses por todas partes: lo mismo allá en el Norte, en Colotlán, que en el Sur, en donde sufrieron crueles sinsabores el lego Gallaga, Ochoa, Sandoval, y otros mil, en cuyas filas combatía ya con honor D. Gordiano Guzmán.

¿Pero qué importaban aquellos efímeros triunfos de los realistas, de que tanto se envanecía el buen D. José de la Cruz, mientras se entregaba con beatífico sosiego á sus neronianos entretenimientos, si pronto iba á surgir de las trasparentes aguas del lago de Chapala un puñado de patriotas, que durante cuatro años defenderían con gallardía y lucimiento la causa nacional?

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

LA EXPIACIÓN.

PARÁFRASIS DE VÍCTOR HUGO.

A Auguste Genin.

I.

Nevaba: su conquista los vencía!
el águila imperial, por vez primera
humillada, abatía
su cabeza altanera.
Días de luto! Triste y vacilante,
Napoleón tornaba,
abandonando tras de sí, humeante,
á Moscou que el incendio devoraba.
Nevaba: áspero y frío,
el invierno caía de los montes,
como avalancha, arrollador, sombrío,
y hasta el confín de negros horizontes,
tras de blanca llanura, otra llanura
dilatada extendía su blancura.
Ni jefes ni bandera conocían,
en atroz confusión, aquellos que eran
rebaño entonces, y que antaño fueran
ejército invencible: no sabían
en donde estaba el centro ni las alas.
Nevaba: los heridos,
en aquellos desiertos,
contra la lluvia de silbantes balas
refugiábanse, exangües y ateridos,
hasta en el vientre de caballos muertos!
A veces, en aquellas soledades,
de la aurora á las vagas claridades
ó de una antorcha ardiente al fulgor vivo,
víase á algún clarín, yerto y helado,
que, inmóvil y de pié sobre el estribo,
como una estatua ecuestre de alba roca,
quedaba abandonado
en la llanura quieta,

pegando sin cesar á su trompeta
los labios fríos de su pétrea boca.
Mezclados á los copos de la nieve,
que iba cayendo, leve,
abundante, muy quedo,
caían las metrallas,
y el guardia encanecido en las batallas,
que vió siempre la muerte con fiereza,
al sentirse temblar: "Si tendré miedo!"
pensaba con rubor y con sorpresa.
Nevaba siempre: el huracán silbaba,
y por aquel erial desconocido
que la densa tiniebla limitaba,
los que habían ayer siempre vencido
iban descalzos, sin haber comido.
Aquellas no eran ya guerreras gentes,
corazones vivientes:
eran un sueño atroz y misterioso,
eran un sueño de alma delirante,
—¡procesión de fantasmas que iba errante
sobre el fondo del cielo tenebroso!—
La horrible soledad, por donde quiera
aparecía, muda y vengadora,
y, como si quisiera
poner fin á su obra destructora,
el cielo, en un silencio funerario,
para el inmenso ejército que huía,
con nieve blanca hacía
un inmenso sudario.
"¿Alguna vez saldremos de este imperio?"
decían los soldados, y el misterio
impenetrable, impío,
sin poder descifrar, con un profundo
desaliento, añadían: "Dos terribles
enemigos, el Czar y el Norte frío
nos cercan......¡El peor es el segundo!"
No quedaba en aquellos corazones
esperanza remota ni sosiego:
se habían arrojado los cañones
para encender, con las cureñas, fuego!
Si alguno, de la marcha fatigado,
se atrevía á acostarse
en aquel blando lecho dilatado,
no volvía jamás á levantarse.
A veces se veía en la llanura

alguna apenas perceptible altura
formada por la nieve.... Ahí, un momento,
se había adormecido un regimiento!...
Y así el desierto con su furia insana
devoraba á la enorme caravana!
¡Oh rayo de los dioses caprichosos
que los vértices hieres y aniquilas!
¡Oh días que seguís á los gloriosos
triunfos de los Aníbales y Atilas!
Para pasar los ríos, en los puentes,
se apiñaban ansiosos los soldados,
y á veces centenares de valientes
morían aplastados.
Cuando las noches lóbregas llegaban,
si, cansados, su marcha suspendían
y diez mil se dormían,
únicamente cien se despertaban.
¡Qué espantosa inquietud en los vivaques!
¡A todas horas esperando ataques!
Se escuchaba como una cantinela:
"Quién vive? alerta! alerta, centinela!"
Y aquellos héroes, en eterna alarma,
siempre en la mano el arma,
veían que sobre ellos, de improviso,
caían turbas de cosacos fieros
que, sobre el cielo lívido y plomizo,
semejábanse á buitres carniceros.
Así, cual sueño horrendo,
cual visión que forjó la calentura
se iba en la noche oscura
el imperial ejército perdiendo.
Napoleón, en tanto,
en su redor miraba con espanto.
La derrota cruel lanzado había
sobre él su horrible, destructora racha,
y aquel gigante altivo
y triste, parecía
un árbol insultado por el hacha.
Ay! el destino;—espectro vengativo!
siniestro leñador!—al fin, airado,
ya dique no encontrando á su coraje,
al encino hasta entonces respetado
hería, y él, temblando ante el ultraje
y de dolor gimiendo,
sentía que, arrancadas

de su tronco, en redor iban cayendo
sus ramas destrozadas.
Mientras que, aterradora,
sonaba sin cesar en los oídos
de jefes y soldados aguerridos,
de la muerte la hora,
los pocos que quedaban
ilesos, tras mortífera contienda,
junto al Emperador se refugiaban
y rodeaban con amor su tienda.
Y como nadie imaginar podía
que el astro que marcara el alto sino
de aquél sólo á los dioses comparable,
se eclipsara, como otros, algún día,
creían que el destino
de lesa-majestad era culpable!
Napoleón, de pronto; del infando
suceso los horrores apreciando,
midiendo del abismo
en que caído había el negro fondo,
desgarrador, tremendo fatalismo
sintió del corazón en lo más hondo.
Recordó que las faltas en el mundo
con lágrimas y sangre se rediman,
y pensó entonces con dolor profundo
que expiaba algún crimen.
Y al mirar cuán efímera, ilusoria,
es la grandeza del mezquino suelo,
buscó fuera del mundo algún consuelo
aquel hijo mimado de la gloria.
Y lívido é inquieto, tembloroso,
del desastre fatal mudo testigo,
derribado coloso,
Napoleón, mirando sus legiones
en la nieve sembradas,
y destrozados ya sus batallones,
se sintió sin refugio y sin abrigo,
y, volviendo hacia el cielo las miradas,
gritó:—"Señor! ¿es éste mi castigo?
Entonces, en la noche tenebrosa,
oyó, con indecible sobresalto,
que alguno le nombraba, y desde lo alto
—"No!" le dijo una boca misteriosa.

MANUEL PUGA Y ACAL.

EN DILIGENCIA.

I.

A las tres de la mañana llamó á la puerta de mi cuarto el mozo del hotel con fuertes golpes, gritando con voz apremiante:

—¡Ya es hora!

Echéme á cuestas el vestido á toda prisa, con grandes bostezos y dándome al diablo porque el administrador de las diligencias hiciese salir tan temprano el vehículo; y pocos momentos después abrí la puerta de mi habitación, y me dirigí al comedor con el fin de tomar algún refrigerio.

Cuando bajé al zaguán, el carruage estaba listo. Los tres tiros de mulas hallábanse ya enganchados; el cochero ocupaba su puesto en el alto pescante, empuñando con mano firme el abundante manojo de las mugrosas riendas; el *sota* tenía por la brida el par de mulas delanteras para impedir que partieran ántes de tiempo; y dos mozos alumbraban la escena con otras tantas gruesas y recinosas hachas, que despedían tanta luz, como chispas y espeso humo. Todavía salieron algunas maletas del despacho del administrador, que fueron adheridas á la henchida zaga ó al abultado techo del carruage, por más que pareciese imposible. La máquina estaba materialmente atestada de carga: en la covacha, en el pescante, en la parte superior, en el interior, debajo de los asientos, y aún en el espacio destinado á los piés de los viajeros, por donde quiera había maletas. Concluidos los preparativos, llegó el momento de ocupar nuestros sitios, lo que hicimos los pasajeros, suspirando de horror ante el porvenir que se nos esperaba

La diligencia se llenó en pocos momentos. Eramos once pasajeros! Sólo un asiento quedó desocupado en la hilera de en medio,

donde no hay más punto de apoyo para lo espalda del paciente, que una movible correa que empuja, cede y aporrea como instrumento inquisitorial. Afortunadamente para mí, había podido escoger con tiempo un buen número en la hilera delantera, junto á la ventanilla; así es que me sentía bien instalado—relativamente por supuesto.

—¿No queda ningún pasajero?—preguntó una voz en la puerta de la posada.

—Ninguno, repuso el *sota*.

No contento con la respuesta, subió no obstante, el administrador —que era un español de muy mal genio por cierto—al estribo de la diligencia, y nos echó al rostro la luz de la linterna que llevaba en la mano.

—Está bien—dijo bajando del estribo—¡en marcha!

Sonaron las cadenas de los tiros, rechinó la pesada máquina, vaciló un momento sobre las duras sopandas, hizo el cochero chasquear su látigo descomunal y sonoro, y nos pusimos en movimiento. La diligencia salió con rapidez vertiginosa, haciendo furioso estruendo en el empedrado, y turbando el sueño á los buenos habitantes de Querétaro; quien la hubiera visto animada de aquella velocidad, habría creido que poca ventaja podrían sacarle los trenes de vapor: no así yo, que estaba en el secreto, y sabía por experiencia, que tales vehículos son rápidos en las poblaciones y en despoblado perezosos como las tortugas.

Habriamos andado dos ó tres cuadras, cuando se paró el carruage con grandes gemidos del garrote. Era, que llegaba una pasajera retrasada. Abrióse la portezuela, y entró la persona, la cual, á juzgar por su silueta, era una dama de buena condición. No pude resistir al deseo de cederle mi cómodo asiento, pues me parecía impropio dejarla ocupar el único que había disponible en el vehículo, y que á decir verdad, era el peor de todos.

—Puede V. ocupar este sitio, le dije.

—Pero cómo! contestó resistiendo débilmente; va V. á ir muy incómodo.

—No importa, estoy acostumbrado.

Aceptó la dama, y me instalé en el maldecido asiento central de la correa, que ha sido mi eterna pesadilla de viaje. Mis adláteres eran hombres de buenas carnes; así es que tuve que entrar en el sitio, como cuña, haciéndolos murmurar frases de desagrado. Ma-

letitas, sacos y cajoncitos ocupaban casi por completo el piso de la diligencia; de suerte que con trabajo logré acomodarme de manera de tener algún punto de apoyo hacia abajo.

Tornó á sonar el látigo y partió de nuevo el carruage, haciéndonos saltar como pelotas chazadas y rechazadas por mano vigorosa. Así nos acomodamos mejor los unos al lado de los otros, amoldándonos mútuamente por la fuerza de la presión, después de haber golpeado el techo con la mollera, y de habernos tumbado los unos sobre los otros en gran confusión repetidas veces.

Llegamos muy en breve al campo, y allí se acabaron los bríos de las mulas. Proseguimos la marcha lenta y penosa, llena de duras sacudidas y de estridentes rechinidos del armatoste. Al subir las pequeñas eminencias, la lentitud era imponderable; muy luego el carruage se despeñaba en alguna depresión del terreno con terrible fracaso, como si en la caída se hubiese desarticulado la pesada máquina, y nosotros mismos nos hubiésemos hecho pedazos los huesos. Pasado breve instante como de estupor, continuaba la marcha con la misma dureza de sacudidas, é idénticos gemidos del garrote y de los ejes.

La pereza de los movimientos, la monotonía de los ruidos, la oscuridad y lo temprano de la hora, nos tenían á todos silenciosos y aletargados. Por mi parte, duermo como un lirón en esos magestuosos vehículos; así es que muy á poco me sumí en sabroso sopor, dejando á mi cabeza hacer todo género de evoluciones, hacia el frente, espalda y costados, pendiente de mi cuello laxo y alargado. La elástica correa me lanzaba hacia adelante como la piedra de una honda; medio despertaba sobre los cuerpos de los pasajeros de enfrente, pedía mil perdones, me esperezaba, proponíame no volver á dejarme rendir por el sueño, y al momento siguiente no sabía ya de mí, y tornaba mi espíritu á vagar por los limbos indecisos donde Morfeo ejerce su imperio.

Así pasaron las horas, hasta que comenzó á clarear el día. A la salida del sol sopla un airecillo bastante fresco, que escalofría el cuerpo de los trasnochadores; todos nos abrigamos como pudimos, acomodándonos en nuestros asientos, y procuramos tener alguna compostura. No era hora ya de dormir, porque había luz y teníamos la conciencia de hacer mala figura dominados por el sueño. Por otra parte, era forzoso echarnos un vistazo para poder respon-

der á la pregunta *¿ubinam gentium sumus?* ¿entre qué gentes estamos?

II.

La inspección ocular—vulgo *vista de ojos* entre tinterillos—me dió por resultado observar lo siguiente. Un matrimonio compuesto de papá, mamá y dos niños á la espalda; al frente, la compañera retardada, dos alemanes y un eclesiástico; en la hilera de la correa, dos caballeros gordos, un viejo militar junto á una portezuela y un caballero distinguido junto á la otra.

La compañera-retardada era una joven como de veinte á veintidos años elegantemente vestida, con guantes, sombrero y velillo de crespón, que se echaba sobre el rostro cuando se levantaba polvo en la carretera. Era lo que puede llamarse una mujer bonita; tipo mexicano, gracioso y zalamero, semejante al de la salada Andalucía. Cara redonda, fresca y llena de picardía, nariz pequeña, boca irreprochable con dientes menudos y deslumbrantes de blancura; ojos negros y habladores, de esos que al mirar parece que son siempre intencionados y hacen confidencias; mano breve, cintura delgada, busto enérgico; en fin, una mujer enloquecedora.

Frente á ella estaba el caballero distinguido de que he hablado, hombre de unos treinta años, de barba castaña, partida á la Maximiliano, peinado á la Capoul, camisa de color, guantes y cubre-polvo. Era un buen mozo.

El mudo examen duró algunos momentos. Todos nos mirábamos en silencio, encontrándose nuestros ojos á cada paso por todos los ámbitos del carruage. Conocido el terreno, la joven á quien le había cedido mi asiento, vino á ser el punto de convergencia de las miradas de todos los hombres, con excepción del viejo militar, por que no estaba ya para chicoleos amorosos, y del humilde eclesiástico, que era un indito tan lampiño como la palma de la mano, y tan moreno como un bollo de chocolate bien tostado. Excepción hecha de estos ministros uno de paz y otro de guerra, todos los demás individuos de mi sexo que venían empacados en el vehículo, no perdían de vista á la hermosa, sin exceptuar al papá de los niños, á quien se le alegraban los ojos y que echaba también su cuarto á es-

padas en aquella general inspección, buscando por entre las movibles cabezas que tenía delante, intersticios por donde pudiesen caber sus rayos visuales.

Por entendido que yo también me dejaba llevar del torrente, procurando no perder de vista aquel lindo palmito.

Desde ese momento quedó entablada silenciosa competencia entre los hombres, y no hubo ya ninguno que durmiera—salvo los ministros de paz y guerra, que lo siguieron haciendo á maravilla.

Un alemán rompió el fuego, diciendo con la voz atiplada que emplea la raza germánica para hablar nuestro idioma:

—Incomodo á Ud., señorita?

—No señor, repuso la joven.

—Estas diligencias son muy estrechas, prosiguió el caballero de barba á la Maximiliano; es una atrocidad hacer caber aquí á doce personas.

—Afortunadamente el ferrocarril llega ya á Huehuetoca, continuó el alemán.

—Con qué gusto quemaría yo estos viejos coches tan luego como tuviésemos trenes de vapor, saltó el otro alemán inclinando la cabeza para ver á la joven.

—Yo quemaría con más gusto á los empresarios de diligencias, agregó el de la barba.

Sonrió la joven, y el caballero buen mozo, estimulado, se dió á decir pestes de las casas de posada, sacando á relucir los lugares comunes conocidos: que la comida era en ellas insoportable, que las camas no estaban limpias, que la paga era excesiva, que los administradores eran unos Nerones, y otras cosas por el estilo, si bien ciertas, fastidiosas de puro sabidas. Roto el hielo, todos tomamos parte en la conversación, refiriendo alguna escena interesante que echara por tierra el crédito de los hoteles de diligencias, procurando hacer sonreir á la joven, que hablaba poco, y sólo tomaba parte en la conversación con los ojos.

Gradualmente fué esta tomando nuevos giros: se habló de política, de la inseguridad de los caminos, y de lances de ladrones. Mis adláteres los caballeros gordos eran un arsenal de conocimientos ladronescos; al tocar el punto de los asaltos, ellos se llevaron la palma del triunfo, refiriendo varios casos en que se hallaron, y aun señalándonos los sitios donde se habían verificado en nuestro mismo ca-

mino. Esto produjo cierto malestar en el auditorio; por fortuna el joven de la barba, que era un delicioso sofista, se dió á defender á los ladrones diciendo que no sabían lo que hacían, que robaban por ignorancia, y que los gobiernos eran los verdaderos responsables de los hechos. Nadie le replicó, y visto que la compañera de viaje no se interesaba en la tésis, tomó un tema literario para ejercitar la palabra. Pertenecía á la escuela naturalista, y proclamaba la muerte próxima é ignominiosa del clasicismo y del romantisismo. Aquí fué donde entramos aquel buen mozo y yo en batalla descomunal:

—El naturalismo, le dije, es la corrupción de la literatura, es lo que el positivismo en filosofía y el nihilismo en política.

—No señor, me replicó con viveza, es la eflorescencia de una nueva literatura, la verdadera y digna de cultivo, hasta aquí desconocida por escritores amanerados y de convención.

Acto continuo, me desarrolló todo un sistema literario, poniendo por los suelos á los genios más renombrados de la época, y declarando que los mejores escritores de los tiempos modernos eran Balzac, Flaubert y Zola, sobre todo, este último. No había más literatura que la naturalista, y Zola era un profeta!

Le repliqué como pude, aunque no tenía la verba tan fácil como él. El auditorio callaba y nos oía con atención. La joven se interesaba visiblemente en el debate; esto nos alentaba y nos comunicaba mayor esfuerzo. ¿Cuál sería su opinión? Por fin abrió la boca de grana, y expuso su teoría.

Era romántica! Romántica con aquella robustez y colores! No cabía duda: era romántica! *Oh gioja!* Furibunda lectora de novelas, parecía haber devorado cuantas se han escrito en español, francés é inglés, pues hablaba también estos idiomas; y á manera de D. Quijote, las noches de no dormir y los días de no comer, habíanle debilitado el celebro. Tan precioso descubrimiento me hizo ver su talón vulnerable—por su puesto que hablo en sentido figurado, y refiriéndome al de Aquiles—y me sirvió de punto de orientación. Convertíme en defensor del sentimentalismo, en poeta llorón de los años de 30 á 40; no me hacía falta más que la melena de la época. El joven de la barba partida pretendió combatirme; pero Elisa—tal era el dulce nombre de nuestra compañera de viaje—se declaró resueltamente en favor de mis teorías. Desde aquel momento esta-

blecióse entre ella y yo una corriente simpática de ideas y sentimientos, que atravesaba por en medio del de la barba, de los caballeros gordos, de los alemanes y del casado infiel en teoría, tan visible como elocuente, convirtiéndolos en simples comparsas de la escena. ¡No había en toda la diligencia quien entendiera á aquella joven sensible aparte de un servidor de ustedes!

Elisa era sonorense, habíase educado en un colegio de los Estados—Unidos, y era lo que se llama un *esprit degagé*, con mezcla de puerilidad americana. ¡Qué elementos de fácil explotación una vez conocidos!

En verdad que si me hubiera encontrado en la piel suave de Elisa, habría preferido con mis atenciones al joven de la barba. Realmente me reconocía inferior á él en todo y por todo; y me lo confesaba interiormente con no poca pesadumbre. Pero ella no parecía parar mientes en ello, pues á pesar de mis incorrectas facciones y poco lujo en el vestir, fijaba en mí los ojos con mayor insistencia que en mi competidor. Este, despechado, acabó por entrar en silencio fingiendo dormir, y con rostro displiscente.

La derrota se declaró así en todas las filas. Los alemanes, los señores gordos, el venerable papá, todos reconocieron que la lucha estaba concluida, y cesaron de empeñarse en el combate. Entonces me convencí de que la mujer carece de sentido estético, y que abandonada á sí misma, es como el ciego que se dirige sistemáticamente á estrellarse la nariz contra las paredes, ó á echarse de cabeza en los pozos. Gústale parecer abnegada, y sin duda por esto, escoge lo peor á la continua: entre el cojo y el de piernas sanas, se decide por el cojo; entre el pobre y el rico, por el pobre; entre el buen mozo y el feo, por el feo; entre el inteligente y el tonto, por el tonto. En su sublime desinterés, toma siempre el partido del débil. Ahora me tocó ser cobijado por su magnanimidad, y bendije mi inferioridad por lo pronto, pues que constituía mi superiodad á los ojos de la espiritual Elisa. Así se trastornan alegremente los polos de las cosas; el principio de contradicción desaparece; la lógica sale derrotada. *Lo bello es lo feo*, como ha dicho Victor Hugo!

Si quisiera explicar este fenómeno, diría que tal inclinación de la mujer á lo menos bueno ó á lo malo, no es más que el desarrollo de su naturaleza. Nació para el sacrificio; la maternidad, la crianza de los niños, el tomar puntos á las medias, ¿qué otra cosa son sino otras

tantas penas? Sienten que han nacido conformadas para el heroismo, y necesitan para vivir someterse á privaciones y pesares. Por eso les seduce el tipo de Tenorio, porque Tenorio es su azote; por eso se casan con los miserables que no pueden darles de comer, y con los borrachos que les pegan. ¿Quién duda que en su mismo sufrimiento hayan su delicia? Nosotros los hombres, espíritus positivistas é inferiores, procuramos colocarnos lo mejor que podemos, y nos peleamos por las más guapas, por las más dulces, por las más ricas, por las más buenas; confesemos nuestro prosaísmo en presencia de su desinterés celeste. Pero guardémonos de imitarlas.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que Elisa y yo continuamos entendiéndonos mejor y mejor á cada instante. En la diligencia marchan las cosas de prisa; por supuesto que en cuanto al trato de los viajeros, y no por lo que mira al viaje mismo. A poco andar, todos se han referido su historia, dando detalles sobre su patria, estado, profesión, familia y motivo de la expedición; en tales preliminares se basan los conocimientos y amistades de los compañeros en aquella cárcel incómoda y ambulante. Así fué como supe, obra del medio día, además de lo que dejo apuntado, que Elisa tenia veintiun años, que iba á México á reunirse con su familia, y viajaba sola, porque estaba acostumbrada á ello desde su más tierna juventud, en virtud de su educación ayankada. Me llegó mi turno, y hablé de mí mismo, refiriendo algo de mis expediciones ultramarinas, teniendo la satisfacción de despertar vivo interés en la joven. Al saber que yo también hablaba francés y un poco de inglés, se manifestó complacida, y continuamos entendiéndonos de vez en cuando en estos idiomas, sin ser comprendidos por el auditorio, con excepción tal vez del caballero de la barba, que seguía fingiéndose dormido.

—¡Qué felicidad! le dije de haberme encontrado con Ud., señorita.

—¿Por qué, señor? repuso aparentando no comprenderme.

—Porque es Ud. extremadamente graciosa y adorable.

—Ud. es muy amable, contestó ruborizándose.

—Soy simplemente sincero.

—Verdaderamente, agregó; me parece Ud. franco y natural.

Por este tenor eran á cada paso nuestros diálogos. Cuando callábamos, seguían hablando nuestros ojos. ¡Qué miradas, lector, y

qué sonrisas! Todos me veían con envidia, en tanto que ella no hacía aprecio de nadie más que de mí. Tácitamente convinimos en ser compañeros inseparables. En las postas, dábale la mano para ayudarla á bajar del carruage, y se tomaba de mi brazo para andar un poco á pié, y estirar las piernas. A la hora del almuerzo nos sentamos juntos á la mesa; le serví los platos y élla me distinguió con las exquisitas atenciones que solo las mujeres conocen. Me sentía radiante de alegría, de felicidad y de orgullo. Lo mismo te habría pasado á tí, querido lector, si te hubiera tocado, como á mí, aquel premio gordo de la lotería.

YUSUF-BEN-YSSA.

(Concluirá).

MI TRISTEZA.

¿Me ves triste, mi bien? No es el tormento
Lo que me tiene triste, es la alegría:
Siempre que la fortuna me sonría,
Triste así me verás en mi contento.
Haz eterno este dulce sentimiento
Que da tanta ventura al alma mía,
Que es la vida esta lánguida agonía
En que muriendo de placer me siento.
Cuando me dices *te amo* entre sonrojos
Con virginal pasión y voz medrosa,
Miro extático abrirse ante mis ojos
La mansión de los ángeles dichosa,
Y en muda adoración caigo de hinojos:
La beatitud es grave y silenciosa!

FARFALLA.

¡PATRIA!

¿Quién, Patria, al ver ahora sobre tu sien altiva
las hojas deslumbrantes de tu laurel triunfal,
recuerda los pesares de la que fué cautiva
tres siglos en las sombras del claustro colonial?

Gozabas dulcemente dormida entre las flores
que brotan en los cármenes de tu mansión gentil,
cuando á turbar tu calma vinieron los horrores
y el fragoroso estruendo de la Conquista vil.

En vano resististe! la astucia castellana,
más bien que el heroísmo, te derribó á sus piés;
en vano destrozaste mil veces tu macana
en formidable golpe contra el ferrado arnés.

Oráculos siniestros marcaron tu destino,
la voz de tus sibilas te convocó á morir;
pero aun doblada al peso de tan contrario sino,
sin lágrimas que humillan marchaste á sucumbir.

Tremendo fué el martirio después de la contienda
y horrible la ignominia que sobre tí cayó;
el látigo iracundo que alzaba la Encomienda
sus cárdenos estigmas sobre tu piel marcó.

Tus templos y tu culto, tus dioses más propicios
rodaron, de tus pueblos creyentes á la faz,
y tus gallardos héroes en hórridos suplicios
murieron, inmolados por religión de paz.

Después, llevada al antro funesto donde impera
de la ignorancia torpe la destructora ley,
la Inquisición te impuso sus dogmas con la hoguera
y de tus ricos dones te despojó el Virrey.

Sin bardos que cantasen tus glorias de otros días
y abriesen á tus ojos un más allá de luz,
sarcásticos y tristes en tu prisión oías
los versos cortesanos de Juana de la Cruz.

Dijérase al mirarte, en medio á tus pesares,
beber en ancha copa la hiel de la opresión,
que por tu mal surcaron los ignorados mares
las bravas carabelas del genovés Colón.

Dijérase que en brazos de la invasora gente
llegó á tus verdes playas, pare acojerse á tí,
la esclavitud, lanzada del viejo Continente
y herida en los combates de la Reforma allí.

Pero brilló la aurora de redención y América
los hierros de su cárcel en armas convirtió,
subió de sus montañas al pedestal colérica
y un entusiasta grito de libertad lanzó.

¡Oh, Patria, cuán hermosa te alzaste de tu lecho,
de Hidalgo revivida por la ardorosa fé!
¡Cuán fúlgida en tu mano la espada del Derecho!
¡Cuán mísero tu yugo rodó bajo tu pié!

¡Cuán generosa fuiste para vengar tus duelos!
¡Cómo supiste en todo sin deshonor triunfar!
Para vencer, su genio te consagró Morelos
y su clemencia Bravo te dió para olvidar.

Las penas sin ejemplo que te costó tu gloria
borraron para siempre, con mágica virtud,
los duelos que enlutaban las hojas de tu historia
y el signo que en tu cuerpo dejó la esclavitud.

¡Libre eres! de tus fueros la vengadora espada
reposa sin agravios...... ¡no es tiempo de luchar!
tras los combates épicos de la viril jornada,
ha mucho que tus hijos tornaron á su hogar.

Ha mucho que tus pueblos empuñan el arado
y labran los terruños de su victoria prez;
el templo, de Cibeles al culto consagrado,
henchido está de ofrendas de la abundante mies.

Por eso á tus campiñas se lanza voladora
ó trepa por tus montes, como visión fugaz,
Hipógrifo del siglo, veloz locomotora
que lleva las primicias de la fecunda paz.

Los bardos que te dieron sus himnos en la lucha,
bajaron al sepulcro concluida su misión;
mas ya de nuevas liras el preludiar se escucha
y es el Trabajo númen de su feliz canción.

Ya vives, por los pueblos del orbe respetada;
se cuentan tus proezas, se admira tu beldad......
¡Dios guarde tus destinos, ¡oh Patria idolatrada!
¡que no se extinga nunca tu sol de libertad!

MANUEL M. GONZALEZ.

LA NOVELA EN MÉXICO.

"LA BOLA," POR SANCHO POLO. MEXICO. 1887.

I.

La novela es un género literario propio de nuestros tiempos. A penas entrevista por los antiguos, confundida con los libros de caballerías en la Edad Media, identificada con los cuentos de aventuras de los siglos XVI al XVIII, no ha recibido su forma definitiva sino hasta nuestros días, tal vez de Richardson, acaso de Walter Scott. Federico Schlegel afirma rotundamente que el *Quijote* ha producido todas las novelas modernas; acaso tenga razón, pero sólo en cuanto al género en globo, no por lo que ve al carácter especial que hoy reviste, altamente disímbolo del que afectara hasta los últimos años del pasado siglo.

El concepto de la novela, tal como reina ahora en nuestras sociedades, es muy diferente del antiguo. La *Odisea* de Homero, mejor novela que poema, es un relato basado sobre lo maravilloso, y destinado á deslumbrar la cándida imaginación de los lectores. El *Orlando Furioso*, más galante, no reconoce otro fundamento; es una série de cuentos fabulosos en rima fácil y graciosa. Los libros de caballerías tenían idéntico fondo, aunque ya en ellos comenzó á aparecer el sentimiento personal humano con alguna verdad y mayor atractivo. Muerta la literatura andantesca á manos de Miguel Cervantes, púsose de moda el libro de aventuras, donde el gracejo y la travesura tendían á reemplazar á los antiguos agentes sobrehumanos. Acabaron las islas maravillosas, los cíclopes y las Circes; no hubo más lestrigones ni hiperboreos; desaparecieron de la escena los castillos encantados, las hechiceras y los hipógrifos: y vinieron á ocupar el lugar los truhanes emprendedores, que aban-

donaban su casa á los pocos años de edad, y se hacían criados, pordioseros, médicos improvisados, ladrones, y acababan por fin honradamente sus días, escribiendo moralejas para enseñanza y ejemplo de los demás. *Don Querubín de la Ronda*, *Gil Blas*, *El Lazarillo del Tormes* y otras cien y cien obras semejantes, demuestran cuál era el gusto de aquellas épocas en esta materia. *Manon Lescaut*, esa obra de Prévost vista como clásica por los franceses, y que se dice entrañar el bosquejo de la *Dama de las Camelias*, no es, si bien se mira, más que un libro de aventuras, donde los episodios se suceden, y todo acaba seria y doctrinalmente en América, con la intención docente de un ejemplo moralizador.

Samuel Richardson, á los cincuenta y tres años de edad, supo dar un nuevo giro á esta literatura, haciéndola más personal, afectiva y verdadera. Los corazones sensibles de fines del siglo pasado, se conmovieron hondamente con las historias de *Pamela* y *Sir Charles Grandison*, y sobre todo, con las emociones amorosas de *Clara Harlowe*. El tipo de *Lovelace* estuvo á punto de suplantar al de Tenorio, y el relato por cartas vino á ponerse de moda.

Walter Scott era entusiasta admirador de Richardson, como Diderot y Letourneur, no siendo exagerado asentar que su culto por el insigne novelista, influyó no poco en hacerle determinarse á seguir el camino en que cosechó tantos laureles. W. Scott era poeta, y como tal se había distinguido en Inglaterra; pero no hallándose con fuerzas para competir con el autor de *Child Harold*, dedicóse, próximo á los cuarenta años, al cultivo de la novela. A tal coincidencia debe el mundo las creaciones del *Anticuario*, *Quintin Durward* y sobre todo, *Ivanhoe*, ese hermosísimo poema de amor, caballería y arqueológia-histórica, que está destinado á formar el encanto de numerosas generaciones.

A la verdad la novela que hoy se escribe puede ver su germen en las obras de W. Scott. El plan, la distribución de las materias, la pintura del escenario, el desarrollo de la acción, todo obedece á la influencia del genio de ese novelista escocés que formó la delicia de su época. Más ó menos recargados estos ó aquellos accidentes, más ó menos laboriosa y sembrada de intrigas la composición, corresponden, con todo, en lo general, á la trama urdida por aquella mano de verdadero maestro.

Adviértese en la actualidad que el género toma nuevas tendencias:

hacia el realismo, que se toca con el naturalismo, y hacia el sentimentalismo. Turgueneff, Zola y Octavio Feuillet son probablemente los representantes más caracterizados de estas escuelas; habiendo á su ejemplo innumerables escritores de renombre que siguen sus huellas, como Salvador Farina en Italia, Mario Uchard y Jorge Duruy en Francia, Pérez Galdós y Palacio Valdés en España. No es esta la oportunidad de discutir cuál de estos géneros es el verdaderamente artístico y superior á los otros. Don Manuel de la Revilla parece haber dicho sobre el particular la última palabra á propósito del naturalismo; pero sea de ello lo que fuere, la verdad es que estas dos maneras de escribir la novela, son las que se disputan el campo en los momentos que corren.

II.

¿Cuál es el papel que la novela está destinada á desempeñar en las sociedades modernas? ¿tiene por objeto nada más que el divertimiento de los lectores, como los cuentos de los niños, ó puede y debe realizar otro resultado más importante?

La novela es un género poético. Los que no tienen habilidad para componer rimas; pero poseen intuición estética, fantasía, ternura de sentimientos, bella forma literaria, hallan en el cultivo de la literatura novelesca, ancho campo donde espaciar su inteligencia é inspiración. ¿Qué significado tiene, pues, la novela? El significado de la tendencia inconsciente y espontánea del espíritu al idealismo, al delirio mental que entrevé mundos mejores. No se necesita mayor explicación.

La novela, cuando no está degenerada, no es un simple kaleidoscopio de formas y colores vivos, destinado á deleitar los ojos de los cándidos; es el verbo de las mil voces íntimas y desconocidas que resuenan en todas las almas, y que claman: amor! poder! felicidad! La novela contiene la expresión de los sueños de la humanidad, en forma menos musical y cantable, pero más amplia y detallada que la forma lírica. Considerada así, es además trasunto fidelísimo del alma humana, conforme la agitan sus pensamientos, afectos y deseos; estudio psíquico animado y hermoso, que suele penetrar más

hondamente en los oscuros senos del corazón, que las embrolladas y fastidiosas disquisiciones de los filósofos titulados.

Ruidoso grito levántase, no obstante, por todos los ámbitos sociales, condenando la novela. Se le acusa de ser el foco de la concupiscencia, de la inmoralidad, de la locura juveniles; se le señala como corruptora de las costumbres, trastornadora de los cerebros y atizadora de las pasiones de las masas......No lo negamos. De esto y más puede hacerse responsable; pero tal defecto es común á todos los libros. La culpa no está en el género, sino en el que lo maneja. ¿Qué trastornos no han producido en los pueblos los libros serios? El *Contrato Social* de Rousseau ha causado más asonadas que las proclamas de los trastornadores. La crítica de Voltaire ha llenado de incrédulos las naciones europeas y americanas durante un siglo. La *Enciclopedia* ha hecho ruda guerra á la Iglesia. Y con todo, ninguno de estos libros es de imaginación, ni ha tenido por objeto el solaz de los lectores. Condenar la novela porque hay novelas perniciosas, sólo fuera cuerdo en caso de condenar los libros porque hay libros perversos.

Pero en cambio ¡qué poderosa palanca descubierta para hablar de cerca á la gran mayoría y para hacerse entender por ella! El libro científico, el doctrinal, el simplemente literario, no son accesibles á la inmensa muchedumbre; manjar de paladares exquisitos, gústanle tan sólo los hombres de letras y que cultivan el saber, ó algunos espíritus naturalmente serios, que se hallan en visible minoría en la sociedad. Pero el libro ameno, animado, lleno de emoción, que despierta las ideas, y hace chispear la fantasía y vibrar los resortes del sentimiento, tiene la magia necesaria para ser disputado por cuantos saben leer y hacerse devorar por todos los ojos. Encomendadas las ideas á ese vehículo, pronto se generalizan, corren y se difunden por donde quiera. Si son malas, hacen mucho daño; si son buenas hacen mucho beneficio; pero no quedan de ninguna manera sepultadas en libros olvidados, banquete de polilla en los estantes, como tantos y tantos que revientan de mérito.

La novela es una de tantas facilidades abiertas á la manifestación de las ideas por el espíritu moderno; es á manera del teléfono y del telégrafo: medio de comunicación rápido y seguro entre los hombres. No hay que retroceder ante el peligro; es preciso luchar en el terreno donde nos ha colocado la historia. La electricidad puede

hacernos volar destrozados; mas sabiendo gobernarla, centuplica nuestras fuerzas, nos dá calor, nos dá luz, es la mensajera de nuestras ideas. Así la novela, mata la caballería con el *Quijote*, pone de relieve la miseria humana con *Gulliver*, acaba con los malos predicadores con *Fray Gerundio*, hace sentir el arte con *Corina*, la historia con *Ivanhoe*, la juventud y el amor con *María*, y la grandeza moral humana con la *Novela de un joven pobre* y el *Diario de una mujer*.

Y si aun parecieren pequeñas estas excelencias, no hay más que analizar su influjo en las emociones del alma. El impedido, el viejo, el desgraciado, seres sin esperanza para quienes el mundo está lleno de horrores, pasan los ojos por esas páginas, que escritores de inspiración potente han trazado, y olvidan por unos momentos sus miserias, sienten que el corazón se ensancha en su pecho y que la luz de la dicha penetra hasta el fondo de su alma atribulada.

Así el melancólico valetudinario que no puede dejar el sitial donde le tienen atado sus dolencias, al influjo de la mágica lectura, recorre los mares, cruza los campos, se mezcla en las batallas y penetra triunfante en las ciudades, coronado de laurel, al son de pífanos y atambores. También el anciano de blanca cabellera y espalda encorvada, á quien el mundo tiene relegado al olvido, siente bajo la acción del mismo encanto, que el fuego de la juventud circula nuevamente en sus venas, mírase rodeado de hermosas, oye latir su corazón á impulso de las ilusiones y la esperanza, y es otra vez actor en poéticos y plácidos idilios. Y aquel á quien la suerte mantiene doblegado bajo su golpe fiero, el ser venido al mundo para derramar lágrimas, hollar espinas y no encontrar nunca un oasis donde reposar; deslumbrado por la pluma del hábil escritor, olvida sus dolores, y ve deshacerse el rudo ceño de su infortunio. Siéntese joven, hermoso, lleno de vida, con el fuego de la inteligencia en la frente y el de la hidalguía y el amor en el pecho; asiste á los festines mágicos donde truena el espumoso champaña y se escuchan los alegres bríndis, al rumor de blandas orquestas y entre el perfume de balsámicas flores; y se mezcla en el tumultuoso wals de sarao aristocrático, llevando en brazos el cuerpo encantador de una hermosa de ojos lánguidos, mientras giran en torno vívidas luces que reproducen lunas venecianas, y labios de rosa próximos á su oído murmuran con tono musical una confidencia amorosa.

Sería cruel negar al espíritu humano tales y tan íntimas complacencias, y cerrar esa puerta por donde miran los desgraciados un girón de cielo, y penetra un rayo de sol en la negra mazmorra de su vida. Esos éxtasis confunden á la humanidad por momentos en unos mismos destinos, y ciegan los abismos que separan á los dichosos de los tristes; abren las alas del alma y las impulsan á surcar las armoniosas y refulgentes ondas del ensueño.

III.

En México no ha prosperado el género literario de que nos venimos ocupando. No es esto decir que no hayan producido nuestros ingenios algunas buenas novelas; sino que las obras recomendables de esta especie, no han pasado hasta el día de la calidad de raras y honrosas excepciones.

Más hemos disertado sobre la materia, que cultivado el asunto. Creen algunos que entre nosotros no es posible dar vida á un modo especial de escribir la novela, y que lo más que podemos hacer en lo tacante á esta materia, es trazar cuadros al gusto de los europeos, por medio de abstracciones, imitaciones y esfuerzos imaginativos. Algunos partidarios de esta teoría han escrito libros que han sido servil parodia de los de allende el Atlántico; y bien quisiéramos que se hubiesen propuesto, al menos, por modelo á los maestros del arte, y no á escritores por entregas, que sólo tienen por norte la especulación, y se dirigen á la torpe fantasía del populacho. Fernández y González ha tenido entre nosotros varios imitadores; pero no Fernández y González el de los *Monfíes* y *El cocinero de su magestad*, sino el de *Los grandes infames*, y *Los siete pecados capitales*. También el insípido Pérez Escrich ha encontrado quien tenga el mal gusto de seguir sus huellas.

Pretenden otros que debemos dar nacimiento á una escuela propia, y criar la novela mexicana, con fondo y forma genuinamente nacionales. Los sostenedores de esta idea piden demasiado, y ponen, sin saberlo, molestos obstáculos al cultivo de este género literario; porque el ansia de la originalidad nos está volviendo estériles.

Los desgraciados ensayos que hasta el presente se han hecho pa-

ra escribir la novela en México, nos habían inducido á dudar seriamente de nuestra aptitud para producirla. En puridad, la mayor parte de las novelas mexicanas son simplemente detestables; por grande que sea nuestro patriotismo, tenemos que confesar que no podemos soportar su lectura, y que apenas recorrida la primera página, observamos en ellas tal mediocridad literaria, tan mezquina inventiva, tan ramplón estilo, que las cerramos con estrépito, jurando por lo más sagrado, que antes nos cubrirémos de cilicios, que tornar á sometermos á tan dura penitencia como imponernos de su contenido.

De nuestras tristes ideas sobre el asunto ha venido á sacarnos el aparecimiento de un librito editado por los Sres. López y C.ª, y que lleva por título el extraño nombre de *La Bola.* Con incredulidad y no poca hostil prevención comenzamos á recorrer con los ojos sus primeras páginas; atraídos empero por la magia del relato, nos fuimos engolfando más y más en su lectura, y no cesamos de devorar capítulos, hasta que llegamos al fin de la novela. ¡Loado sea Dios, que hay entre nosotros quien así escriba, con estilo fácil y ameno, quien pueda desarrollar un plan sin torpeza, quien escape á la vulgaridad endémica que nos aflige y no sea un ridículo mico literario, como tantos y tantos! ¡El espíritu se alegra y el corazón se ensancha en presencia de acontecimientos de este linage, porque renace la fé perdida en nuestras aptitudes, y se puede esperar un porvenir halagueño para nuestras letras! En cuanto á nosotros, observamos en este y otros síntomas favorables, que se abre una éra nueva para nuestra literatura, mucho más rica y floreciente que las pasadas.

El argumento de *La Bola* es sencillo, pero ingenioso, fácil y lleno de sorpresas. Juanito se llama el protagonista de la novela, joven de unos veinte años, que no había salido nunca de su pueblo, San Martín de la Piedra. Dos amores dividian su corazón noble é incauto: el de su anciana madre, y el de su novia, la encandora Remedios. El pueblo de San Martín, deliciosamente situado á orillas de un río, estaba trabajado por la discordia. Sus mil seicientas almas se hallaban divididas en dos bandos rivales: el de las lomas y el del arroyo. Don Mateo Cabezudo era jefe de aquel, y con tal investidura fué largo tiempo el señor del pueblo, un verdadero cacique, que dominaba á los pobres, á los ricos y á

las mismas autoridades. El gobierno del Estado, queriendo poner á raya la insolencia de Cabezudo, hizo jefe político de San Martín, á un irascible militar apellidado Coderas, el cual muy á poco riñó con el cacique bajo cualquier pretexto, resuelto á poner fin á su altivez, y á dar al traste con aquel poder del Estado dentro del Estado.—Paralelamente con estos sucesos, se realizaban los amores de Juan. Remedios, su amada, era sobrina carnal del comandante Cabezudo, é hija natural de un tal Soria quien, habiendo contraído matrimonio, habíase trocado en verdugo de su misma hija, aliado con la dura y desapacible madrasta. Cabezudo, más humanitario que el mismo padre, trájose á vivir consigo á Remedios, manteniéndola á su lado á toda costa; lo que ocasionó el nacimiento de un violento odio entre él y el desnaturalizado Soria. Juan y Remedios se querían como dos tórtolas, con amor casto y puro, á la vez que tierno y acendrado, teniendo que sufrir en sus amores, las contrariedades consiguientes á un estado familiar de cosas tan anómalo y tirante.

Sucedió, por tanto, que en aquel entonces, brotára la chispa revolucionaria en el Estado. El Lic. Pérez Gavilán, intrigante político, y el general Baraja, heroe de motines, mantenían en fermento los ánimos, el uno en el Congreso local á que pertenecía, y en los periódicos, donde publicaba escritos incendiarios; y el otro conspirando debajo de capa, y procurando atraerse la voluntad de los jefes natos de todas las revueltas. Como Cabezudo era un antiguo cabecilla, aprovechó la cuyuntura para levantarse contra Coderas. Muy adelantados tenía sus preparativos en el barrio del arroyo, cuando un suceso imprevisto vino á precipitar los acontecimientos. Juan estaba recluido en su casa por orden de su madre, que veía por todas partes peligros para su hijo. El joven, no obstante, encontró manera de burlar la vigilancia materna, y corrió en noche oscura á hablar con Remedios por la reja, para convenir la línea de conducta que habían de observar, dadas las circunstancias. Apercibido de ello Coderas, llámale y le hace saber que quiere convertirle en su secretario, y lo hace en términos tan duros y ofensivos, que Juan se siente hondamente vejado en su dignidad de hombre. Puesto en aquel trance, y obligado á tomar parte en la lucha, adopta sin vacilar un partido, marcha derechamente á la casa de Cabezudo, y le ofrece sus servicios. El cabecilla los acepta y le nombra su secretario.

encargándose por su parte de advertir á la pobre madre, de la resolución de su hijo. Queda entre tanto Juan en la casa de su novia; ésta á poco, penetra demudada en el aposento donde él se hallaba, buscando refugio: es que su padre, el cruel Soria, llegaba acompañado de mozos armados, para llevarla consigo. Juan, armado de una silla, la defiende con valor, echando por tierra á uno de la comitiva. Ármase con esto la de Dios es Cristo; mas por fortuna llega á tiempo Cabezudo para impedir el golpe de mano, y queda en salvo la niña, que es conducida por orden de su tio, bajo segura custodia, á un rancho que el cabecilla poseía cerca del pueblo.

Juan se escapa á caballo, y por orden del jefe, va á ocultarse á otro rancho de personas amigas, desde donde redacta proclamas incendiarias, comunicaciones bélicas y circulares conminatorias. No permanece, empero, largo tiempo á la capa. Cabezudo sale de S. Martín y se rebela, allegando chusmas en las cercanías del pueblo. Pasa el tiempo en hacer escarceos inútiles, y llega un momento en que deja á Remedios en el rancho, custodiada de modo insuficiente. Sábelo Juan, y sin oir consejos prudentes, vuela á su lado sobre corcel brioso, y llega á tiempo para libertarla de una segunda intentona de su padre. Huye con ella á caballo, llevándola levemente herida en sus brazos; lávale el hombro lacerado en las aguas de arroyo murmurador; pero su amor casto no da cabida á más llama que á la de santa y celeste ternura. Reúnese la pareja con la fuerza de Cabezudo, á punto que éste es atacado por Coderas; empéñase la batalla en que Juan hace prodigios de bravura, pero que es adversa á las armas de los pronunciados. Procura Juan salvar á Remedios; mas perseguido con ella por Soria y los suyos hasta los aposentos de la casa de la hacienda, cae herido á sus piés peleando con desesperación.

Remedios vuelve á poder de su padre. Juan es conducido á S. Martín en un carretón cargado de cadáveres; pero reconocido por la familia del cura, y averiguado que aun respira, es conducido al curato, donde se le atiende con exquisita atención, y se restablece bien pronto. Pero apenas convaleciente, abandona el techo hospitalario, porque ha sabido que Soria intentaba casar á su hija con el tinterillo del pueblo. Lánzase al levantisco barrio del arroyo, reúnese con los revoltosos, y secunda heroicamente el ataque de Cabezudo contra el pueblo, y S. Martín, merced á sus esfuerzos, sacude el yugo de Co-

deras. Este hombre inhumano había encarcelado á la anciana madre de Juan, y aún llegó á tramar colocarla en la trinchera, en unión de otros presos políticos, para contener á los asaltantes. Juan se apodera de la cárcel antes que Coderas pudiese realizar su plan inicuo; pero la anciana autora de sus días no había podido resistir á tantas emociones y á tantos tormentos; estaba espirante. Muere á poco en efecto, y Juan, héroe de la toma de S. Martín, lejos de recibir el premio y la honra debidos á sus servicios, despierta los celos de Cabezudo, y se siente, después de la victoria, el más infeliz de los hombres, llorando muerta á su madre, y sin esperanza de casarse con Remedios, porque Cabezudo, ya infatuado, le tiene en poco para su sobrina.

Hé aquí en breve resúmen el contenido de *La Bola* que, como se ve, es sólo la primera parte de otra ú otras novelas que seguirán desarrollando el argumento, según lo anuncia el autor.

IV.

La novelita de que nos ocupamos es oriunda legítima de nuestro país; presenta un cuadro vivo y animado de nuestras costumbres, poniendo en relieve con maestría, los vicios trágicos que formaron nuestra desgracia en época aun reciente de nuestra historia. Tiene amargura y queja en el fondo; pero con intención más bien irónica que docente. Es el proceso de nuestros pronunciamientos y de nuestras revoluciones; vivo cuadro de todo lo que ellas envuelven de brutal, inconsciente, absurdo y doloroso. Esa lectura hace subir la sangre del rubor al semblante de todos: al de los unos, porque la conciencia los acusa tal vez, de haber sido heroes de esas tristes hazañas; al de los otros, por haberlas alentado con sus simpatías ó con su indolencia. ¡Ojalá tan útil lectura contribuya á hacernos abandonar para siempre la senda vergonzosa de las asonadas, de la cual día á día parece alejarse mayormente la República!

El vulgo de nuestro país llama *bola* al trastorno de la paz pública ocasionado por los pronunciamientos, y al desapacible conjunto que forman de consuno la guerra intestina, los préstamos, las prisiones, el derramamiento de sangre y las violencias de todo género que trae consigo el desorden. *La Bola* es, pues, lo que en buen castellano podríase llamar la revuelta. La *bola* no es lo mismo que la revolución: "¡No!—dice con calor y elocuencia el autor de la novela—no calumniemos á la lengua castellana ni al progreso humano....Nosotros, inventores del género, le hemos dado el nombre, sin ocurrir á raíces griegas ni latinas, y le hemos llamado *bola*. Te-

nemos privilegio exclusivo: porque si la revolución, como ley ineludible, es conocida en todo el mundo, la *bola* sólo puede desarrollar, como la fiebre amarilla, bajo ciertas latitudes....¡Miserable bola, sí! La arrastran tantas pasiones como cabecillas y soldados la constituyen; en el uno es la venganza ruin; en el otro una ambición mezquina; en aquel el ansia de figurar; en éste la de sobreponerse á un enemigo. Y ni un sólo pensamiento común, ni un principio que aliente á las conciencias......El trabajo honrado se suspende..... los campos se talan, los bosques se incendian, los hogares se despojan, sin más ley que la voluntad de un cacique brutal; se cosechan al fin lágrimas, desesperación y hambre.........Y sin embargo, el pueblo, cuando reaparece este monstruo favorito á que da vida, corre tras él, gritando entusiasmado y loco: ¡Bola! ¡bola!"—No tanto ya por fortuna en la época presente. La paz va curando nuestros antiguos vicios, y comenzamos á ser razonables.

No todo es, ciertamente, serio y triste en la novela. Tiene cuadros chispeantes y graciosos, que deleitan el ánimo alegremente, por la exactitud de la descripción y la deslumbrante viveza del colorido. Tal es el de la celebración de las fiestas patrióticas del 16 de Setiembre en San Martín de la Piedra. Allí aparecen tipos que todos conocemos, y escenas que son fotografías del natural.—La figura de Remedios, apenas esbozada, como la de Ofelia en *Hamlet*, aparece adorable en la penumbra donde se mueve, llena de sencillez y de ternura. Algunas escenas, como la de la curación de la herida de Remedios, hecha por Juan en la soledad del campo, á la orilla de la corriente, están llenas de delicadeza y de encanto púdico y celeste.—Obsérvase en general, garbo y desembarazo para manejar el enredo, y hay no pocos golpes y salidas inesperados en los sucesos, que acusan en el autor verdadera intuición artística para desarrollar sus argumentos.—En resúmen, *La Bola* es en nuestro concepto, novela de mérito indiscutible, tanto por las cualidades de que acabamos de hablar, como por el estilo fácil, correcto y galano en que está concebida.

Ahora bien ¿quién es Sancho Polo? ¿qué notable escritor se oculta bajo este pseudónimo? Hé aquí la x de la cuestión, que dá todavía mayor interés al libro. El misterio es hábil claroscuro para hacer resaltar el brillo de las obras de mérito.—Sea quien sea, y confesando que ardemos en deseos de decifrar el enigma, enviamos al autor en estas líneas nuestros plácemes desautorizados, por la producción de novela tan galana; y hacemos votos porque siga produciendo otras muchas del mismo linaje, que acrecienten su fama, y cooperen á hacer lucir para México, el día de una gloriosa eflorescencia literaria.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

LOS MINNESINGERS.

En ningún país ejerció el feudalismo tan durable y poderosa influencia como en Alemania. La Edad Media, con sus instituciones señoriales, su vasta organización teocrática y sus costumbres caballerescas, dejó huellas profundas de su paso en el carácter, en la literatura y en gran número de monumentos esparcidos sobre el suelo de Alemania, que áun puede contemplar el viajero visitando las ruinas de los castillos de sus antiguos barones, los restos de sus suntuosas abadías y sus góticas é imponentes catedrales.

Las razas germánicas, animadas de bélica independencia y de un espíritu aventurero, eran la encarnación viva de aquella época de renovación social y de crísis dolorosa. El régimen feudal, con sus odiosos privilegios, nacido de un sentimiento de libertad individual á la sazón dominante y unido á una fé religiosa que rayaba en el fanatismo, y á la caballería, institución galante y humanitaria que contrastaba con la rudeza y barbárie de los tiempos, son los elementos que constituyen los rasgos característicos de la fisonomía social de la Edad Media: elementos que reconocen por causas el genio conquistador de las tribus del Norte, su profundo respeto á la divinidad, que al abandonar su antigua mitología y al convertirse al cristianismo no hizo más que variar de objetivo sin disminuir de exaltación, y el culto respetuoso que tributaban á la mujer, reducida hasta entonces á la triste condición de sierva y considerada como un objeto de lujo y de placer.

Por el hecho mismo de conservar más fielmente que ningún otro pueblo el espíritu y carácter de la edad en que vivían, debieron también los alemanes participar más que otro alguno de su atraso é ignorancia. Sin ninguna comunicación con las civilizaciones griega y romana que se habían sucedido en el trascurso de la historia, y de las cuales habían permanecido alejados merced á sus instintos de feroz independencia y á la vida inculta que hacían en los bosques que les servían de abrigo, y obligados á abandonar su existencia nómada para establecerse en los países comprendidos entre el Rhin y el Danubio, no podían tampoco seguir la suerte de sus hermanos los pueblos que, precipitándose sobre las regiones

meridionales de Europa durante los siglos IV, V y VI, se repartieron la triste herencia de Honorio, se asimilaron los restos de la civilización clásica, acabaron por confundirse con los vencidos, cuyas costumbres adoptaron, y perdiendo su nativa fiereza se pusieron en condiciones más favorables al desarrollo de la escasa cultura que permitían aquellos tiempos de luchas incesantes y universal trastorno.

Los pueblos que habitaban las Galias y la Germania, compuestos en su mayor parte de las tribus invasoras de los francos, fueron sometidos por Carlo-Magno, que los redujo á la unidad y fundó con su conquista el segundo imperio de Occidente, disuelto más tarde por el tratado de Verdum, por el cual la Alemania, propiamente dicha, quedó constituida en estado independiente.

Toda nación, sea el que quiera su grado de adelanto, tiene una poesía más ó ménos culta, más ó ménos rica; pero una poesía al fin, por que la poesía es hija del sentimiento y el sentimiento es innato en el hombre, ora se revele en roncos acentos y en aires salvajes como los de los *scaldas*, ora inflame el genio viril de un Shakespeare ó bien se exhale en las quejas apasionadas y en las dulces canciones de un Petrarca.

Los alemanes, confundidos hasta aquella época en la masa común de los pueblos germánicos, habían tenido como ellos sus bardos, que entonaban himnos guerreros al comenzar la batalla, asistían á sus fiestas y banquetes y celebraban sus victorias y el valor de sus héroes. Una vez constituidos en nación, tuvieron sus leyendas y cantos populares, relacionados con sus antiguas tradiciones mitológicas y el recuerdo de sus hazañas, y en los cuales consignaban los hechos principales de su historia, á través de un confuso tejido de fábulas y relaciones maravillosas.

Los primeros vagidos de la poesía en este período, agitado de nuevo por las invasiones de los normandos, los húngaros y los eslavos, y conocido en la historia de la literatura alemana con el nombre de *período franco*, fueron la leyenda de *Sigfredo*, las *Armonías evangélicas* de Ofreid, el *canto de Hildebrando*, el *Canto de guerra del rey Luis* y algunas composiciones místicas.

Los monjes, que protegidos por el silencio y la tranquilidad del claustro podían haber contribuido en gran parte al naciente desarrollo de las letras, lejos de secundar estos débiles ensayos, se mostraron hostiles á toda tentativa de literatura popular por su desprecio hacia la lengua vulgar y el uso casi exclusivo del latín. A más de esto, el dialecto franco ó *alto alemán*, idioma generalmente adoptado en Alemania, era un instrumento poético asaz grosero, cargado de consonantes fuertes que lo hacían áspero é ingrato al oído, y más propio para expresar el ardor de los combates, la vida inquieta del guerrero y el espectáculo de la naturaleza en sus ma-

nifestaciones más agrestes y salvajes, que la misteriosa gradación del sentimiento y esa alta idealidad que distingue á la verdadera poesía.

Pero todo cambia de aspecto con las Cruzadas. Aquellas expediciones heróicas, fruto de la exaltación religiosa, que recordaban las epopeyas homéricas y tan fecundas en resultados para la civilización europea, excitaron vivamente el sentimiento nacional de Alemania. Puesta en contacto con las demás naciones, se despertó en ella una noble emulación; sus estrechas relaciones con Italia, sujeta á su dominio á pesar de los esfuerzos de Gregorio VII, y el trato con los caballeros franceses que afectaban una refinada cortesanía, suavizaron sus costumbres, y estimulada por el ejemplo de los trovadores provenzales, que á la sazón cultivaban con tanto brillo la *gaya* ciencia, sintió nacer el gusto por la poesía y la afición á las artes.

El principio de libertad comunal, debido al establecimiento de los municipios, que aunque lentamente se operaba en algunas ciudades del imperio, á semejanza de las ciudades italianas, templó un tanto la influencia del poder feudal, y la fundación de la *Liga Anseática*, que provocó un movimiento comercial extraordinario, proporcionó al pueblo cierto grado de bienestar é independencia. Por otra parte, el dialecto suabio que se distinguía por su pureza y elegancia, se mezcló con el antiguo franco, llegó á predominar en él, y de esta mezcla resultó un idioma dulce y flexible, capaz de interpretar dignamente las necesidades que comenzaban á manifestarse, merced á los nuevos elementos de cultura.

Entonces brillaron en el horizonte de aquella época de tinieblas y barbarie los albores de la poesía: la musa virgen é inquieta de la Edad Media dejó oír por primera vez sus blandos acentos en Alemania y dió vida á los trovadores.

Con los trovadores nace la poesía romántica. Las grandes obras de la antigüedad quedaron sepultadas en los conventos, y sirvieron de modelo á frías imitaciones; pero el pueblo, que sólo se inspira en sí mismo, que limita la historia á su propia existencia, desdeñó las creaciones del genio antiguo que no respondían á sus ideas, formó la poesía al calor de sus sentimientos, hasta hacerla intérprete de su vida, y príncipes, barones, artesanos y soldados, se confundieron para entonar himnos á la libertad de su patria, y movidos por generosa exaltación pulsaron el laud y se hicieron eco de las aspiraciones de la joven Alemania.

Sus cantos eran el reflejo fiel de las costumbres caballerescas, que despertaban en el pueblo nobles impulsos y mantenían vivo su entusiasmo hacia toda empresa grande y patriótica; revelan á la par el fervor religioso propio de los pueblos que abandonan sus antiguas creencias y abrazan una nueva fé, fervor que hacían aún

mayor sus luchas con los sectarios de Mahoma, y respiran, por último, el espíritu de nacionalidad, nacido al choque de pueblos rivales, á quienes las necesidades de los tiempos llamaban continuamente á pelear; sentimientos comunes á todas las naciones de Europa, que determinan el fondo histórico á la vez que el carácter íntimo de la sociedad de aquella época.

La nueva poesía, que rompía bruscamente con las tradiciones clásicas y abría la era de la literatura romántica, se manifestó por primera vez en el pueblo y contó entre sus iniciadores á oscuros menestrales. Las clases elevadas de la sociedad, que la rechazaron al principio con desdén, fueron poco á poco admitiéndola en sus castillos, se sirvieron de ella para entretener sus ocios y distraer el ánimo de las duras fatigas de la guerra, y acabaron por cultivarla. Pero á medida que se fué apartando de su orígen para convertirse en instrumento de los grandes, si bien ganó en cultura y delicadeza y adquirió formas más bellas, perdió en cambio en energía y espontaneidad.

El advenimiento al imperio de la dinastía de los Hohenstaufen en 1137 despertó un gran movimiento poético. Federico Barbarroja y casi todos los soberanos de su casa, dispensaron su protección á los trovadores, llegando á veces á alentarlos con el ejemplo. Entonces se formó una especie de orden galante ó aristocracia poética, compuesta en su mayor parte de caballeros que hacían profesión de trovadores, frecuentaban los castillos de los señores y las cortes de los príncipes, y celebraban con preferencia en sus cantos las empresas amorosas y las aventuras caballerescas, recibiendo del pueblo el nombre de *minnesingers* ó *cantores de amor*.

El amor, divinizado por el cristianismo y elevado de la simple noción de un afecto humano á la categoría de un ideal divino, se convirtió en una especie de culto, de religión, con sus fórmulas y sacerdotes, cuya encarnación radiante era la mujer, y llegó á ser uno de los objetos en que se mostró en toda su frescura y lozanía el genio de los trovadores. La mujer con sus gracias seductoras y el tesoro inagotable de su ternura, las secretas alegrías, las risueñas esperanzas, los amorosos deseos, la pasión, en fin, en sus misteriosas é infinitas gradaciones; las fiestas, los torneos, y las dulces emociones que imprime en el alma la contemplación de la naturaleza, eterna musa del genio, son los temas favoritos de los *minnesingers*, y por eso sus cantos son tiernos como un suspiro de amor, vagos como los sueños de una virgen, melancólicos como el último adios de dos seres que se aman. A pesar de su temprano desarrollo, aquella poesía, fundada en un sentimiento universal, pero exclusivo, debía caer forzosamente en la monotonía y hacerse con el tiempo frívola, falsa, afeminada.

La exaltación caballeresca introducida en las costumbres por el

amor, condujo á delirios y extravagancias ridículas, que revelan la mezcla de cultura y barbarie que marcan los primeros pasos de un pueblo en la senda de la civilización. El caballero llevaba á cabo todo género de locuras, largas expediciones, lances de honor, las empresas más arriesgadas y los más costosos sacrificios á fin de obtener los favores de su dama, favores que se reducían casi siempre á una mirada apasionada ó á una graciosa sonrisa.

En prueba de las exageraciones que se introdujeron en la galantería, citaremos el ejemplo de Ulrico de Lichtenstein, noble y bizarro caballero y uno de los *minnesingers* más célebres, que ofendido de su dama porque se obstinaba en dudar que en un torneo hubiera sido herido en un dedo por su adversario, se lo cortó y se lo envió engastado en oro, con un tomo de poesías ricamente encuadernado.

Posteriormente organizó una expedición galante, que hizo anunciar con el pomposo título de *Ronda de Vénus*, en la cual esta diosa se proponía enseñar el arte de amar y ser correspondido, é invitaba á todos los caballeros á que se presentasen á su llegada á Viena á romper una lanza con ella, so pena de ser expulsado de la orden de caballería, prometiendo á aquel que la venciera un dedo engastado en oro, con el poder de embellecer á la dama á quien se ofreciera y de inspirarle una ciega pasión.

Se vistió Lichtenstein de diosa, partió de Venecia acompañado de un numeroso séquito de criados vestidos de mujeres, atravesó de este modo la Lombardía y el Austria, y se detuvo algunos días en Bohemia. Durante su viaje nadie podía ver su rostro, ni sus manos, ni oír su voz.

A los treinta días hizo su entrada triunfal en Viena: las gentes se precipitaban á su paso, los balcones ostentaban vistosas colgaduras y las damas arrojaban flores sobre la diosa. Hiciéronse fiestas en su honor y se celebraron los anunciados torneos, en los cuales salió vencedor Ulrico; pero cautivado por la belleza de una joven y á un punto de faltar á la fé prometida á su dama, salió bruscamente de Viena, abandonó en un bosque sus galas y joyas, y volvió á entrar en la ciudad para depositar sus laureles á los piés de su amada, con quien tuvo después una série de aventuras.

Este hecho, tomado al acaso entre muchos que pudiéramos citar, da una idea de las costumbres de aquellos tiempos.

Los *minnesingers* á semejanza de los demás trovadores, llevaban una vida aventurera, recorrían lejanos países y á veces formaban parte de la corte de algún príncipe y celebraban en su palacio justas poéticas.

Una de las más cèlebres en los anales de la poesía alemana fué la *guerra de la Wartburgo*, que tuvo lugar en el castillo de Wartburgo, residencia feudal del landgrave de Turinjia.

Esta lucha, que excitó vivamente el interés de toda Alemania, atestigua la rivalidad que existía entre los trovadores del Sur ó de Suabia y los del Norte, que tenían su punto de reunión en Eisenacht, cerca de Wartburgo; rivalidad que reconocía por causa la diversa índole de su cantos, pues mientras los poetas del Norte, se distinguen por su tono apasionado y la delicadeza de sus sentimientos, los cantores del Mediodía brillan por su originalidad, por su sátira fina é intencionada, por la riqueza y brillantez de su estilo, lo atrevido de sus concepciones y la variedad de sus formas, y se muestran más favorables á la influencia popular, celebrando indistintamente las damas, los héroes nacionales, las solemnidades religiosas, las fiestas báquicas, los placeres y el bullicio de las cortes y las escenas de la vida campestre.

Hermann de Turinjia, cuya protección á las letras recuerda la munifiscencia que dos siglos más tarde desplegaran los Médicis en Italia, tenía en su corte á los *minnesingers* Walter de Vogelweide, Wolfram de Eschenbach, Bitterolff, Schreiber, Reinmar y Enrique de Ofterdingen.

Un día, á instancias de este último, representante de los trovadores del Sur, tuvo lugar un certámen presidido por la condesa Matilde. En él Walter de Vogelweide dejó oír los inspirados acentos de su musa grave y profética, Enrique de Oftendingen lució su poderosa y brillante fantasía, Reinmar su imaginación ardiente y caballeresca, Schreiber sus pensamientos profundos y severos, Bitterolff sus risueñas y espléndidas imágenes, desvaneciéndose sus cantos ante la dulce y melancólica inspiración de Wolfram de Eschenbach, bien así como se desvanecen esos caprichosos efectos de la luz y de las sombras, misteriosas armonías de la noche, al aparecer en Oriente la aurora con su cabellera de perlas y su manto de púrpura.

La condesa Matilde ciñó á sus sienes la corona del vencedor.

Wolfram y Ofterdingen, unidos hasta entonces por una tierna amistad, amaban en secreto á la condesa, que concedía sus favores al primero. Celoso Ofterdingen de la distinción de que había sido objeto su rival, le provocó delante del landgrave y su corte á una liza poètica, en la cual la cabeza del vencido sería el premio del vencedor.

Enrique abandonó el castillo y fué á recibir los consejos de Klingsohr, maestro consumado en el arte de trovar así como en el estudio de la astrología y demás ciencias ocultas, notado por el vulgo de hechicería y elegido por el landgrave para juez de la liza.

Llegó por fin el día señalado. En el patio interior del castillo se haiba construido una especie de anfiteatro. El landgrave, la condesa y Klingsohr, ocupaban la tribuna de honor, frente á la cual se veían los dos asientos destinados á los contendientes: detrás

de éstos, y en el centro del circo, se elevaba el patíbulo, y en él se destacaba la siniestra figura del verdugo. En las tribunas se hallaban las damas y caballeros de la corte, y el pueblo se apiñaba en las gradas y se agolpaba á las ventanas que dominaba el anfiteatro, ávido de presenciar una lucha que revestía un carácter de inusitada solemnidad.

Dada la señal, los dos trovadores ocuparon sus asientos, y á una indicación del landgrave, Enrique de Ofterdingen pulsó su laud y entonó un canto, en que se proponía por objeto á la naturaleza. Su voz se elevó robusta y sonora, celebrando la sucesión de las estaciones, la tierra fecundada por un hálito de vida en la primavera, y triste, yerta y asolada en el invierno; la poesía de los campos, eco apagado de una poesía más augusta; los valles con su alfombra de flores y verdura, las vastas soledades, la amenidad de los bosques la saña impotente del mar, las ondas del lago que retratan el infinito, las montañas cubiertas de nieves cual gigantes envueltos en sudarios ó veladas por nieblas que flotan ligeras y ondulantes cual si las hollaran los piés de ninfas invisibles, y sobre todas estas maravillas, la voz del universo formada por el sublime concierto de los mundos. Al concluir se elevó de todos los lados del circo un murmullo de admiración.

Tocó la vez á Wolfram de Eschenbach. Sus primeras notas fueron tímidas, fugaces, indecisas, como los pasos de las hadas; pero la presencia de la condesa Matilde, que en aquel momento mostraba en sus labios una sonrisa, inflamó el alma del poeta, que arrancó á su laud raudales de mística armonía. Su voz se apoderó del ánimo de la multitud, ejerció sobre ella una seducción irresistible, y haciéndola pasar rápidamente sobre las maravillas de la naturaleza celebradas por su rival, la trasportó á regiones ideales, donde la hizo entrever los goces inefables del amor, y desplegó ante sus ojos deslumbrados, risueñas perspectivas y bullidoras imágenes. Su canto fué acogido con aplauso unánime y prolongado.

Klingsohr sentenció en favor de Wolfram de Eschenbach, y la condesa arrojó á sus piés la corona destinada al vencedor.

Sucedió un profundo silencio. El verdugo, inmóvil hasta entonces, comenzó á ponerse en movimiento. Enrique de Ofterdingen se inclinó delante del landgrave y la condesa, se despidió con un gracioso ademán de los espectadores y se encaminó al cadalso.

Subió lentamente las gradas, y en tanto que aguardaba las órdenes del verdugo, preludió una tierna melodía y entonó en voz baja un canto de despedida, que semejaba al último suspiro de un moribundo. Poco á poco su voz se animó á impulsos de enérgica y viril inspiración, y cantó el himno de triunfo que entona el alma al recobrar su libertad y al tender su vuelo hacia ese mundo de lo desconocido, vaga región de los sueños que acaricia la mente del poeta,

océano sin playas en el cual se fatiga en vano el pensamiento del incrédulo, mansión de los puros placeres y de las eternas alegrías, ante cuyas puertas se detiene sobrecogida la imaginación del creyente. Su fantasía daba forma y color á los objetos, evocaba en magnífico desórden los cuadros más variados, y ora se remontaba á ese mundo poblado de caprichosos fantasmas y mágicos ideales, ora iluminaba las profundidades del alma, ó bien plegaba sus alas y se recogía en el seno de la naturaleza. Las cuerdas de su laud vibraban á veces dulcemente, cual si jugueteara en ellas el viento que mece el cáliz de las flores, y á veces exhalaban acentos roncos y lúgubres, semejantes á los que deja oír en el espacio el genio de la tempestad.

Las últimas notas de su canto se perdieron en medio de los aplausos de la muchedumbre, que prorrumpió en atronadores vítores. Wolfram, en un arranque de noble entusiasmo, corrió hacia su rival, ciñó á su frente la corona del triunfo y reconoció la supremacía de los cantores de la Suabia. Klingsohr impuso silencio con un ademán y proclamó á los dos *minnesingers* igualmente vencedores.

Los dos amigos se reconciliaron; pero no pudiendo Enrique de Ofterdingen dominar su pasión, abandonó á Wartburgo, renunciando á la plaza de *singer* que desempeñaba cerca del landgrave, y se acogió á la corte de su protector Leopoldo VII de Austria.

Posteriormente tuvieron lugar varios concursos.

Tal fué, en resumen, la *Guerra de la Wartburgo*, que dió asunto á un largo poema alemán del siglo XIII, en el cual están coleccionadas las composiciones de los trovadores que tomaron parte en ella.

Los *minnesingers*, comprendiendo el verdadero carácter de la poesía lírica, exaltaron sus propios sentimientos, se mostraron eminentemente subjetivos, pero no por eso desdeñaron la poesía objetiva, aquella en que el poeta, prescindiendo de su personalidad, se inspira sólo en los hechos, y cultivaron con éxito el poema épico, una de las formas más propias y acabadas de esa misma poesía. Tres clases de epopeyas se conocían en Alemania: una tomada de la antigüedad clásica, como el *Alejandro* y la *Guerra de Troya*, poemas en que lo antiguo y lo moderno se encuentran groseramente confundidos; otra imitada del francés y el italiano, como el *Rolando Perceval*, y la *Mesa Redonda*, y otra, la más rica y original, inspirada en las tradiciones de los lombardos, francos, burguiñones y ostrogodos, como los *Niebelungen*, mezcla confusa de leyendas populares, aventuras fabulosas, historia y mitología, y uno de los monumentos poéticos más curiosos é interesantes de la Edad Media.

Por su vida galante y aventurera, por la influencia que ejercieron en las costumbres y por la índole misma de sus composiciones

los *minnesingers* se asemejaban á los trovadores italianos y provenzales, con la diferencia de que los primeros, místicos, graves y reflexivos, cual conviene al carácter germánico, despreciaban los vanos adornos y se distinguían por su originalidad, al paso que los últimos, más líricos y apasionados, brillaban por su ingenio y rendían culto á la forma.

En aquella edad de hierro en que la fuerza era la única ley de las sociedades, la escasa libertad que existía se refugió en los cantos de los *minnesingers* y en general de todos los trovadores de Europa que se hicieron eco de la opinión y desempeñaron en cierto modo la misión reservada á la prensa en nuestros días. Crearon hábitos de cultura, contribuyeron á despertar las ideas, sumidas en profundo letargo, tomaron la defensa del débil contra el poderoso, abogaron por los intereses nacionales, y á menudo espíritus independietes, como Bertran de Born, Pedro de las Viñas y Walter de Vogelweide, se erigieron en censores de la sociedad, llegaron hasta dirigir violentos ataques contra los abusos de la autoridad real, y censuraron agriamente el poder excesivo de los grandes, los vicios del clero y la corrupción de la corte de Roma.

Los principales *minnesingers* fueron Waldeck, el primero que introdujo el amor en la poesía, Reinmar, Schreiber, Ulrico de Lichtenstein, Vogelweide, Bitterolff, que mereció el dictado de *ministerial* á causa de su adhesión á la casa de Hohenstaufen; Meisner, notable por la armonía de sus versos; Conrado de Wurzburgo, trovador fecundísimo, autor de gran número de composiciones y de varios poemas épicos; Enrique de Ufterdingen, supuesto autor de los *Niebelungen*, y Wolfram de Eschenbach el *Homero y Ariosto de su siglo, y el mejor poeta nacido en territorio germánico*, según Goethe.

Algunos soberanos cultivaron también la poesía, como Federico Barbarroja, Enrique VI, Federico II, Conrado IV, Wenceslao, rey de Bohemia, Hermann, landgrave de Turinjia, y Othón, margrave de Brandeburgo.

Tales fueron los poetas ilustres, cuyos nombres, conservados en las tradiciones poéticas de su patria, simbolizan el movimiento intelectual de Alemania durante los siglos XII y XIII.

VICENTE ARDILA SANDE.

LA POESÍA INGLESA MODERNA.

Entre los poetas que dejaron oír su voz en los primeros años del presente siglo, únicamente se cuenta uno que haya tañido con algún efecto la cuerda que mantiene á la poesía en armonía con el arte todo. El génio de Keats prometía tanto, que áun cuando lo que hizo fué grande, no apreciariamos bastante su fuerza y su belleza si pensáramos en todo lo que pudo hacer y perdimos. No hay hombre de su época, cuyo trabajo se presente con más claridad como objeto de invención independiente, ni entre los dones que le adornaron hubo ninguno más digno de nota que aquel por el cual abrazaba las relaciones verdaderas del arte con la poesía. Cuando el autor de *Endymion* intentó dar nueva forma para su propio uso al material de su arte, una revolución reciente había llevado la confusión al reino de la poesía, y con ella una gran impaciencia por sosiego y autoridad. La poesía en su nuevo nacimiento no era todavía más que un espíritu y una emoción vehemente, investigadora y apasionadamente libre, pero sin forma con que revestir y expresar con propiedad su esencia. La forma gastada, muerta, acababa en aquel entonces de ser desechada.

No había inclinación para someterse otra vez á nuevas trabas, áun cuando no hubiera habido otras causas en elaboración para desordenar la serenidad del verso; pero encadenados al impulso puramente poético, y en parte dominándolo, había otros fines, políticos ó humanitarios, que sacaban al poeta de su sitio y tenían al espíritu siempre ansioso en la prosecución de vagos ideales. Los poetas, ciertamente, habían echado sobre sí pesadas cargas. Esforzándose estaban para llevar sobre sus propios hombros todo el peso de la revolución y estaban impacientes por invadir el mundo social y político con la aguda y peligrosa arma de impetuoso verso. Tal temperamento, utilizable bajo otros conceptos, era fatalmente

opuesto á las influencias que ejerce el arte en la poesía. La abstracta belleza de la escultura, y áun la más viva realidad de la pintura, rechazan instintivamente todos los momentos de crísis y penetran en una vida que consiste en pausa de movimiento, en la cual la energía, aunque presente, está subyugada á la expresión de la belleza inalterable. En el arte griego es sublime este sentido del silencio. La acción, por enérgica que sea, cede á su influencia; y en el tranquilo reino á cuyo recinto han sido conducidos hombres y mujeres, grandes y llenos de amor, con formas propias para todo trabajo y todo afecto, el remoto sosiego vence en poder al movimiento, y aunque haya bastantes representaciones de huida y de conflicto, ningún aliento de pasión mueve al alma en la expresión del rostro.

El alcance del renacimiento italiano muestra el mismo espíritu con diferentes elementos. Una experiencia espléndida de pasión ha ocupado el lugar de la libertad anterior. El arte no mira atrás ya en busca de tipos de hombres y mujeres libres todavía del contacto con el mundo; pero volviéndose, digámoslo así, al otro extremo de la existencia, trata de representar en hermosos rostros las pruebas mayores de todas las emociones humanas. Pero el cambio sobrevenido al material del arte no podía sobreponerse á su duradera esencia; y áun en los diseños de Miguel Angel, en los que cada línea revela el orígen y curso de un potente movimiento, un sosiego que es casi la quietud de la muerte, aparece sobre las figuras como una sombra que domina, que paraliza toda acción en suspensión muda y sin aliento.

Solamente en ciertas épocas puede la inteligencia de esta suprema cualidad del arte ser de gran utilidad á la poesía. En las épocas más felices de producción imaginativa, cada arte llena instintivamente el espacio que le está reservado, apoderándose el artista, sin esfuerzo, de las condiciones especiales de su trabajo. La poesía, que vive de lo que toma prestado, atrayendo á su propia sustancia de inteligencia el ropaje de todos los sentidos, recibe con manos extendidas hacia adelante los dones que respectivamente le dan las artes plásticas y la música. Necesita fingir el efecto del color para satisfacer la vista; es preciso también que posea formas y melodía en sus números. Pero hay ciertas épocas en que el dominio en una ú otra dirección se debilita, y el eslabón que sostiene la armo-

nía completa se afloja ó se rompe. Esto sucedió á principios de nuestro siglo.

La poesía se encontró de pronto frente á frente con problemas nuevos y no probados; su mundo se hizo más extenso en hecho y en espíritu, y muchas emociones que difícilmente habían podido encontrar todavía colocación en la vida real, se hicieron á la fuerza un lugar en la suprema expresión del verso. Con este inesperado advenimiento de elementos nuevos vino la dificultad que se hace sentir siempre, cuando la sustancia supera repentinamente en poder á los medios de expresarla. La forma se perdió en el sentimiento. Las sutiles simpatías de los grandes caudillos de la poesía, cedieron á las victoriosas influencias del tiempo, y los derechos más elevados del artista se vieron en peligro en medio del conflicto de pasiones confusas é indeterminadas. Del mismo modo que la política llegó á ser la arena para el desarrollo de audaz fantasía é invención sin freno, así también por otro lado, los impulsos humanitarios y sociales se abrieron paso y se introdujeron á la fuerza dentro del reino ideal del poeta. Por algún tiempo desaparecieron los linderos divisorios entre la especulación filosófica y el culto de la inalterable belleza. Wordsworth tomó á su cargo contestar á Malthus, y Shelley discutió los principios de una revolución social. Los asuntos de la vida práctica se mezclaron de esta manera con las realidades más remotas y graves de la calmosa vida de la imaginación, y ahora, al mirar hacia atrás, aunque el espacio de tiempo que nos separa de la obra de aquellos hombres es brevísimo, vemos ya cuánto que tenía sólo significación del momento se adhirió á las duraderas cualidades de la poesía más elevada.

El poeta había perdido por un intervalo de tiempo su dominio en el calmoso y seguro espíritu propio de toda producción imaginativa que recibe su más plena expresión en el arte. El empuje y tumulto de nuevas pasiones, la rica observación de nuevas ideas le dejaron por algún tiempo á la merced de sus elementos, y en la súbita iluminación de las inteligencias humanas, era verdaderamente dificultoso distinguir con acierto entre la belleza que quedaría fija y resistiría y los esplendores que tenían vida momentánea y habían de desaparecer del mundo. La dirección puramente artística que debe dejarse al artista áun en presencia de las más espléndidas imágenes, fué continuamente subyugándose á la nueva embes-

tida de las ideas imprevistas; y en esta época de confusos contornos y de material rico, pero deforme, el poeta luchaba á menudo sin resultados por encontrar la forma final que debía mostrarse fija é inalterable.

Si hubiese existido entonces cualquier arte noble, podemos calcular qué ayuda hubiera prestado su influencia á los poetas en su propio dominio: podemos figurarnos al arte y al verso esforzándose de consuno para redúcir el nuevo mundo del pensamiento á expresión ordenada y rítmica; el verso reflejando la pasión, la lástima y el desengaño que llenaban los corazones humanos, y el arte trasportando la imagen de estas cosas dentro de sus exclusivos y extrictos límites, y conservando todavía ileso aquel sentido de magestuoso silencio que debe quedar en toda obra grande, como sello de una visión perfecta y segura. En esta alianza la formalidad muda del arte hubiese reaccionado sobre el robusto idioma del verso, y hubiese contribuido á aquella actitud de más calma que tanto necesitaba éste. Pero el arte que existía ofrecía una asociación de poco valor: todo lo que era sincero en su ejecución estaba relacionado con la gracia ó las emociones de la vida doméstica; no conocía todavía los problemas mayores que entorpecían el progreso de la poesía, y si en parte los conocía, como en el caso de Haydon, era sin los dones técnicos necesarios para empresa tan elevada. Se hace interesante, por lo tanto, trazar por qué medios el verso hubo de recabar su propia salvación, y anotar por qué causas los grandes directores de la imaginación estaban más ó menos incomunicados con la influencia artística.

Byron, el poeta más popular del siglo, probablemente sintió menos que todos los poetas de su tiempo el valor del espíritu artístico. Aunque lanza su brillante retórica contra el "torpe despojador" (*dull spoiler*) del Parthenon, en ninguna parte, sin embargo, dá señales de que la belleza del arte antiguo haya penetrado en su naturaleza de modo que afecte á sus propias creaciones; más aún, podría decirse que los triunfos de su genio dependieron, en gran medida, del abandono deliberado de aquella tranquila visión que pertenece, como de derecho, al escultor y al pintor. En todos sus mejores escritos, en los que tienden á ser puramente poéticos, el motivo es siempre romántico, el método brillantemente variable. No tenía el poder de fijarse en un asunto hasta obligarle á que le entregara su

último secreto de belleza; contento, al contrario, con lo que hallaba más á mano, agarraba con vehemencia y eficacia las antiguas formas patéticas, desarrollándolas con nuevo y espléndido fuego. Poseía una simpatía nada vulgar con los estados más comunes del sentimiento; y con todo el trabajo imaginativo que no es enteramente completo en su visión, su poesía conserva en sí misma un sabor de moralidad.

Hay en Byron una referencia implícita á una regla fija del bien y el mal; un acento, ya de penitencia, ya de rebelión, áun en los momentos de expresión más libre. La actitud perpleja y penosa hacia los problemas morales, grandes y pequeños, sobrevivía á las otras faces de su genio y las dominaba, sirviendo, por último, para trasformar al poeta en satírico. Pero la sátira, por audaz que sea su expresión, necesita indispensablemente poseer alguna base de moralidad; todos sus más fieros ataques y sus más crueles risotadas, brotan en la contemplación de un mundo de deberes descuidados, con sus horrendos contrastes de fé y práctica. Don Juan fué la completa expresión de un aspecto del genio de Byron: y así como contribuyó á perfeccionar el retrato de su autor, del mismo modo también acrecentó su poder sobre la imaginación popular. Reconocer un código moral y violar al mismo tiempo sus prescripciones, tiene cierta fascinación áun para los más ortodoxos. La carrera no estorba el imperio del castigo y del premio, y el arrojo del protagonista, con sus peligros eternos, sirve sólo para estimular la atención hasta el asombro. Pero ese espíritu de rebelión contra la moralidad, ó aquiescencia á su dominio, se encuentra en oposición con la calma de la pura invención poética; y áun cuando la perplejidad cede á una cínica tranquilidad de ánimo, tiene poco de común con la más noble visión artística que penetra y traspasa los problemas de un mundo moral.

La verdadera misión de la poesía, no menos que del arte, consiste en arrebatar la belleza al tumulto de una existencia gobernada por las leyes del bien y del mal, y poner en sus sienes la corona de reina de una tierra tranquila. En escultura, esto queda hecho absoluta y literalmente. Las figuras que nos dejaron los artistas griegos, son figuras de hombres y mugeres, de belleza que vive y siente, cuyo encanto ha quedado sumido de repente en un sueño desapasionado.

Algunas veces en perfecto reposo físico, ó en los giros de algún movimiento sencillo y gracioso, pero no menos á menudo en la plena energía de exitada acción; estas figuras conservan, sin embargo, constantemente un dominio firme sobre la calma esencial del arte. En los ejemplares más nobles del arte griego, que han llegado hasta nosotros—los frontispicios del Parthenon y su friso y el friso del Mausoleo—hay una plena expresión de movimiento enérgico y aun de violento choque. Pero el movimiento, con sus inagotables modelos de belleza, ha sobrevivido á la pasión que lo sugirió; y aquí, en la forma final dada por el arte, permanece sólo como un medio más de gracia. En estas batallas de amazonas y guerreros armados, el levantado brazo quedaba detenido por consideración á la belleza; esta figura al mostrarse en el frontispicio en veloz fuga, parece únicamente perseguir su hermosa actitud; mientras que estos jovenes griegos imaginados en la procesión Panatheneáica guían sus impetuosos corceles en obediencia á una oculta ley de armonía.

La pintura, como es bien sabido, es arte de más reciente fecha: su mundo se acerca más al mundo que nos rodea. El color con su más viva realidad de efecto, fuerza una imitación más precisa de las pasiones mudables, de los pasajeros temores de la vida efectiva: pero la más amplia y detallada experiencia de la emoción está todavía dominada por el mismo espíritu que tiene supremacía en la edad más remota. En poesía, este sentido del silencia forma la meta á que tiende toda pasión. El tumulto y conflicto de la trajedia son tan sólo útiles para alcanzar la calma última que sigue al tumulto y da á la pasión su forma fija y contornos determinados; y si reparamos el modo que tenía de llegar á este fin el poeta que por su genio pudo mejor que otros rastrear la vida en todos sus movimientos, nos basta referirnos á las escenas finales del *King Lear* de Shakspeare, donde todo el prévio sufrimiento y angustia humanos parecen repentinamente pasar á la perfecta tranquilidad de un sueño.

El genio de Byron no tuvo acceso á este espíritu de la poesía. Su idea de la pasión no es tan profunda que alcance á una línea exterior, fuera de la opacidad presente: y la más elevada ocupación de sus versos es reflejar la oscuridad y confusa inquietud humanas, sin penetrar en sus misterios. Apasionadamente simpático dentro del rango de sus simpatías, y amargamente apenado por todos los males que conocía, jamás á pesar de eso alcanzó aquel conocimiento

más extenso y piedad más profunda que vienen con la tranquila posesión de los secretos de la belleza. Aun en los menores atributos del poeta, su ejecución pierde la intensidad de definición, que pertenece á la literatura no ménos que al arte. Un esplendor retórico en el registro de vagas influencias, un poder brillante de ilustración traida atrevidamente de todos los manantiales, le bastan para presentar al mundo toda la fascinación posible en una sola personalidad. Todo lo demás queda visto sólo remotamente y comprendido con imperfección, y su verso no tiene, por esto, fuerza para grabar en la mente una imagen exacta de alguna forma agradable con contornos claros y constantes.

Aquí, no por la primera vez ni por la última, se encuentra al poeta sin el supremo don de artista. La "agonía del mortal mezclada con una paciencia inmortal" no era para él; en su arte la "agonía" está divorciáda de la paciencia, y la lucha contra las dolencias de la vida, nunca se sujeta al sufrido contorno propio del mármol. El artista de grandes cualidades nunca está así á la merced de cualquier pasión; es en parte un espectador, áun para sus mismos males, y puede observar el movimiento y tumulto de la vida como puede mirarse la inquieta línea de un paisaje agitado por la tempestad proyectada en un cielo crepuscular. Tiene pocas lágrimas, y lo que á otros produce solamente pesar, en él tiene un sabor de belleza. Byron está demasiado lleno de remordimientos por cosas hechas, de compasión por su suerte; y así sucede que no solamente la forma de su trabajo en conjunto, pero áun las formas de pensamientos é imágenes separados, pierden algo de la influencia ideal y de la fuerza independiente.

No debe pasar desapercibido que Wordsworth y Shelley, hombres de genio distinto y en cierto sentido opuesto al de Byron, tampoco consiguieron dar á su verso el carácter patético del arte. Ambos se vieron atraidos irresistiblemente hacia los límites puramente intelectuales de la poesía. En ellos, con más claridad que en Byron, podemos apreciar la extensión de las nuevas conquistas hechas entonces por el verso: porque al mismo tiempo que perdían terreno en la posesión de la belleza formal del mundo práctico, sus espíritus, movidos con nuevo ímpetu, habían llegado ya á remotos y no descubiertos alejamientos de la emoción personal. Para ambos, aunque por diferentes caminos, la vida sensible y el progreso de las

cosas eran solamente un punto de partida. La pasión y el lenguaje de la pasión, crecían distantes é intangibles en sus versos; y áun los hechos de la naturaleza exterior se disolvían en las voces del aire. Podemos comparar el genio de Shelley á una nube de cambiante color é incierta forma que pasa sobre nuestras cabezas, cargada de música, y que toca la tierra de la verdura y de las flores sólo por breves momentos y en sus lugares más altos.

"He who would question him
Must sail alone at sunset, where the stream
Of ocean sleeps around those foamless isles,
When the young moon is westering as now
And evening airs wander upon the wave" (1).

Su espíritu, dominado por la pasión del entendimiento, rara vez se volvía hacia nuestro mundo; y en veloz persecución de ideales lejanos, no vistos todavía, olvidaba á medias la imperecedera belleza de las cosas que decaen y mueren. Su verso es, pues, lo más real cuando sus materiales están más léjos de la realidad. Separado claramente de las formas sustanciales, toma una nueva coherencia, pero en regiones que están mucho más allá del alcance de la influencia del arte. Allí, nuevas imágenes se agrupan por sí mismas bajo nuevas leyes, sin el lazo de los hechos, para agitar un espíritu que ha tratado de pasar más allá de los extrictos confines de lo tangible. Unicamente cuando trata de cosas conocidas y de pasiones y dolores efectivos, llega á ser increible el genio de Shelley. El *Cenci* es un drama de caretas terribles y hermosos rostros; su presentimiento de un horroroso crímen es sencillo como invención intelectual, insustancial como sueño de enfermo, y áun la pura doliente voz de la misma Beatriz apenas forma eco en los límites de nuestro mundo conocido. En el *Alastor* ó *The Revolt Islam* ó el *Prometheus* sucede lo contrario. En éstos el mecanismo es deliberadamente imaginario; pero en fin, cada uno de estos poemas nos deja una convicción de su verdad; y esto es así, porque los caractéres que hablan y se mueven no son otra cosa que exponentes de las altas acaloradas esperanzas de Shelley y de los sueños engendrados

(1) El que quisiera consultarle, debía dar la vela solitario á la puesta del sol, en donde la corriente del oceano duerme al rededor de aquellas islas sin espuma cuando la nueva luna se dirige á poniente como ahora, y las brisas de la noche vagan errantes sobre las olas.

para el mundo por un poeta. La fantasía escogida tiene de este modo una fuerza no encontrada en la relación del hecho creible. La turbulenta y libre visión que crea la tierra que ama, el deleite en la belleza que no tiene forma ni línea, y la trasmutación determinada de nuestra naturaleza común en un nuevo ser aéreo, no destruyen para nosotros el agrado ó el poder del trabajo del poeta; porque nosotros sentimos que estas cosas, aunque las busquemos en vano en nuestro mundo, pertenecen, no obstante, verdaderamente al reino escogido por el genio de Shelley. Vienen á ser, en este sentido, la expresión de una emoción exaltada que es humana, supuesto que es suya, y por él nuestra, y que dignamente reclama el verso como el medio propio.

De este modo vemos que, no por falta de póder artístico, sino por razón de la devoción especial de su genio á un género de trabajo escogido, Shelley se aisló de la calidad peculiarmente artística. Fué función especial de su genio agrandar el reino de la poesía por aquel lado que está más remoto de los dominios del escultor y del pintor. Abrió de par en par á la despierta actividad del entendimiento, nuevas vías nunca holladas antes por el poeta, trayendo por ellas de allí á la tierra, rica experiencia de nuevas emociones. Alumbró á la filosofía con la brillante luz de la pasión; y con la fuerte alianza de una música inefable penetró con seguridad en muchos lugares lejanos y sombríos.

Penetrar las cosas del entendimiento con calor y fuego poéticos, fué realmente la tarea que Shelley se impuso. El oscuro orden del mundo había sido ya sacudido por acontecimientos prácticos, y la especulación se ocupaba en inventar todas las formas posibles, dentro de las cuales pudiera volverse á modelar la sociedad perturbada. Estos descabellados sueños, realmente falsos, tenían una realidad poética, y el poeta, tomando el elemento ideal en la rutina de una vana lógica, pronto se dejó atrás las conclusiones de la filosofía más atrevida, y presentó al mundo la más brillante pintura de su propia regeneración. Y la pintura no perdió nada por no tener mejor fundamento que un sueño de poeta. Fué, en verdad, precisamente porque Shelley llevó la especulación claramente más allá del alcance de lo posible, por lo que dió á ésta algún derecho á la duradera expresión del verso. Si hubiese sido él no más que un contribuyente á estéril controversia sobre proyectos sociales, no hubiera sobre-

vivido su fama al fracaso de los principios de la revolución; pero el uso que él hizo de aquellos principios, fué el uso de un poeta: con ellos edificó, con confianza apasionada y amor á la belleza, que penetra en todos los puntos las invenciones del entendimiento, un nuevo mundo para el abandonado espíritu del hombre, lejano de su esfera presente de existencia. Llevó estas visiones salvajes, pero á menudo hermosas, á su propia meta, en la tierra firme de su imaginación, y las combinó de tal modo que estuvieron fuera del alcance de la esperanza ó conocimiento de todos los hombres, pero no fuera de su amor y culto. De esta manera, despertó en las cosas del entendimiento nuevas posibilidades de emoción. Dió derecho á una existencia permanente á los vagos sueños de los filósofos, demostrando la intensa realidad que tenían para su propia naturaleza (la de Shelley), y él mismo verdaderamente habitaba el mundo imaginario y perfecto que para todos los hombres comunes, estaba destinado á perecer inmediatamente.

Pero este mundo de pureza distante, en el que encontramos á Shelley establecido con seguridad, tiene solamente ligero contacto con nuestra vida presente. Podemos alcanzarle únicamente por un procedimiento del entendimiento ó por el mágico vehículo de su verso. Y la independencia del hecho exterior, que es la sola cualidad de este mundo y es además la esencia del genio de Shelley, lleva al poeta lejos, muy lejos de las formas sustanciales del arte. Para el pintor y el escultor no hay escape de la sujeción de la tierra; no cabe ni siquiera el deseo de evadirse. Los materiales de su arte á mano están á su alderredor. Las formas de hombres y mujeres, la figura y el color de las flores, la brillantez de oro de la luz solar, el oscuro ropaje de la sombra; estas cosas no cambian, no pueden ser inventadas. Y las mayores victorias posibles para el arte, aquellas en que se expresa con más claridad todo lo que hay de divino en el pensamiento y propósito de un artista, solamente pueden ser conseguidas, por reverente obediencia al hecho, y amorosa é inmediata dependencia de la naturaleza, tal como la conocemos. Así es, que el mayor deseo del artista no es enseñorearse del espíritu del hombre, sino conocerle en el cuerpo; conmemorar pacientemente la belleza que sobrevive, expresada en cambiantes líneas y sutil afluencia de color.

El alma, revelada al poeta con otra intimidad más próxima, apa-

rece al artista sólo por su vestidura de carne y escapa por completo de su poder, si los hechos de la carne, con todas sus sutilezas de expresión, no son profundamente penetrados y entendidos. Todo arte que ha ambicionado hacer más que esto, no ha llegado á realizarlo, se ha quedado corto y no ha alcanzado su debido término. El arte cristiano tuvo que esperar por el pleno conocimiento de la carne antes de alcanzar su preeminencia final, y cuando esta preeminencia llegó, no hubo ya pensamiento para otros ideales. El primitivo y más distante sentimiento religioso, gradualmente fué subyugándose al misterio más grande de la humanidad revelada. Los rostros humanos no son ya los exponentes de un culto simple ni de ningún sentimiento único; son, como en las caras de Da Vinci y Miguel Angel, los emblemas de toda la experiencia y aspiración y desengaño humanos. El contacto do Shelley con el hombre, rara vez era de esta clase directa é inmediata. Cuando se aproximaba al mundo en lo más mínimo, era por la fascinación de alguna belleza sencilla de la naturaleza exterior. La inocencia de las flores, la libertad de las movibles aguas, y el vuelo de las aves por elevados espacios, eran imágenes adecuadas para su alma; y con estas imágenes estampadas claramente en los materiales más vagos de sus versos, se retiraba de nuevo á su distante y peculiar reino. Entre los fragmentos de sus escritos en prosa que nos ha dejado, hay un pasaje, en el que describe la belleza de la figura de Niobe en Florencia. Después de anotar la impresión de grandeza y poder en los rasgos, pasa á los elementos de mera influencia humana. "Sin embargo, todo esto," escribe, "no solamente estriba en la más sutil delicadeza de clara y tierna belleza, sino que es causa de ella, expresión al mismo tiempo de inocencia y sublimidad de alma, de pureza y fuerza, de todo lo que toca la más remota y divina cuerda que vibra en nuestro pensamiento." Aquí, en verdad, encontramos manifiestos los orígenes del propio don peculiar del poeta. La "más remota y divina cuerda que vibra en nuestros pensamientos," es aquella que siempre hería su mano con segura destreza. Puede decirse que ningún poeta ha llevado la simpatía y la pasión humanas por caminos más desconocidos.

J. W. Comyns Carr.

(Concluirá).

A MI PRIMA LUPE.

Deja sobre el marfil vagar tu mano,
y, al impulso de tu alma que lo anima,
vibren las cuerdas, y sonoro el piano
palpite de emoción, y cante, y gima.

Pero ¿por qué, solícita, despiertas
los aires olvidados de la infancia?....
Entonces, cual las flores entreabiertas,
tenía mi alma toda su fragancia.

No volverán jamás aquellos días!
En vano, en vano, con tenaz empeño,
evocas las pasadas alegrías......
¡No existe ya el palacio de mi sueño!

Mi alma, que á tu umbral llegó buscando
tantas felicidades ignoradas,
hace ya mucho tiempo que temblando
ha vuelto, y con las alas empapadas.

¿Ha vuelto? Nó! Porque al terrible embate
del violento huracán tanto ha sufrido,
que ya, vencida, su valor se abate
y ya no sabe donde está su nido.

¿Por qué, preguntas, ruedan de mis ojos
las lágrimas de angustia, quemadoras,
mientras que aún entre tus lábios rojos
fulguran las sonrisas como auroras?

¿Por qué si juntos y al instante mismo
se abrieron nuestros niños corazones,
y de la vida el mágico espejismo
nos presentó las mismas ilusiones,

tú ves correr serenas y tranquilas
las horas que yo cuento tristemente?
¿Por qué llevas tú luz en las pupilas
mientras yo tengo sombras en la frente?

¿Por qué el invierno en mí su nieve deja
mientras en tí florecen los abriles?
¿Por qué mi voz parece que se queja
si tu voz tiene arrullos infantiles?

Porque ha sido distinta nuestra suerte,
y esa dulce ilusión que amor se nombra,
te ha llevado á la vida, á mí á la muerte,
te ha llevado á la luz y á mí á la sombra.

Porque, aunque ya la espera me fatigue,
la paz del corazón en llegar tarda:
á mí el demonio del dolor me sigue,
á tí te guía el angel de tu guarda......

No despiertes los aires adormidos!
Cuando mi alma doliente los escucha,
tantos ensueños ve desvanecidos,
que siente la fatiga de la lucha.

No me hagas desmayar! Antes derrama
en mi alma la letal melancolía
de un pecho hermano que padece y ama
como padece y ama el alma mía.
....

Esa balada... ¡oh Dios! Siento mi pecho
abrirse, y en un éxtasis sublime,
mi corazón en lágrimas deshecho
siente otro corazón que sufre y gime.

Los ayes de los pechos que padecen,
si juntos brotan y reunidos vuelan,
cantos, no quejas de dolor, parecen;
que dos almas que sufren se consuelan.

Chopin!... ¿Qué es mi dolor junto del tuyo?
¿Qué mis lágrimas son junto á tu llanto?
Junto á la tempestad débil murmullo.
¿Cómo pudo ese genio sufrir tanto?

Esa música triste me reanima;
no quieras darme pasagera calma;
vibren las cuerdas, y que cante y gima
el alma de Chopin junto á mi alma.

Al sentir su dolor ya no desmayo,
y acepto resignado mi destino:
para las altas cimas se hizo el rayo,
y el rugiente huracán para el encino!

León, 1.° de Octubre de 1887.

MANUEL PUGA Y ACAL.

LOS JALISCIENSES

EN LA

GUERRA DE INDEPENDENCIA.

IV.

El viajero que recorre en la actualidad los hermosos alderredores del lago de Chapala ó cruza sobre sus ondas azules, observa con tristeza y desconsuelo que en tan amenos sitios, nada indica esa agitación, ni ese movimiento, ni ese bienestar que trae consigo el progreso de nuestro siglo; no palpita allí indudablemente la vida moderna, no resplandece el trabajo en ninguna de sus manifestaciones. Un pueblo activo y culto hubiera ya hecho de lugares tan bellos, centro de civilización y de recreo al mismo tiempo: numerosos vapores cruzarían las hoy tranquilas aguas, en todas direcciones, llevando el comercio y la agricultura entre los poderosos estados de Michoacán y Jalisco á un grado inmenso de prosperidad; las aldeas de indígenas que bordan las márgenes del lago, disfrutarían de todas las ventajas de una riqueza pública siempre en aumento, y Jalisco sería como otra Suiza escondida en las feraces tierras de México.

No fué ni podía ser éste el sueño deslumbrador de aquel sacerdote y aquellos pobres indios que derramaron su sangre durante cuatro años, con la fé y la constancia de los mártires de la antigüedad, en la isla de Mexcala; pero al pelear por la Independencia, ya entre el fragor de la batalla y el humo del combate, ora en medio de los

crueles sufrimientos del sitio, el hambre y la miseria, es claro que les alentaba la esperanza informe y confusa de conquistar para este país por el cual morían, todo género de bienes, todo linaje de venturas. No contaban con que sus pósteros se contentarían con la contemplación lírica de sus hazañas.

El recuerdo de ellas es muy vivo en aquellos lugares consagrados por la historia patria, pues como hemos dicho, todo se conserva en el mismo estado que en la época de la Independencia. Es cierto que en algunas haciendas de las que se encuentran diseminadas en las encantadoras riberas de ese lago, tan bello y delicioso como los de Escocia ó Norte-América, se admiran todos los adelantos de la agricultura moderna; las máquinas prodigiosas, los nuevos arados; es verdad que un pequeñísimo vapor, hace la travesía semanariamente desde el pueblo de Chapala, á la ciudad de la Barca, recorriendo una parte del caudaloso Lerma; pero las demás embarcaciones que surcan aquellas históricas aguas, son todavía las mismas canoas toscas y pesadas de los insurgentes, de imperfectísimo velámen, y enormes remos, semejantes á los de los *drakar* escandinavos de la Edad Media; la piscicultura está en la infancia, y los indígenas que habitan en los pueblos del litoral yacen en el mayor abandono, en el más lamentable atraso, desconociendo en su rusticidad é ignorancia los rudimentos más esenciales de la educación social.

Y empero, á pesar de tan triste espectáculo, se llega con alegría á aquellas playas risueñas, teatro de inolvidables y santos recuerdos, y cuando á los primeros rayos de la aurora se vé brotar esbelta y gentil la isla de Mexcala, de las claras olas que la besan amorosamente, se olvida todo para consagrar el pensamiento entero á la epopeya de la Independencia.

V.

Todos los pueblos oprimidos sufren con aparente resignación los ultrajes y vejaciones de la tiranía, hasta que encuentran un hombre, que teniendo suficiente prestigio é influencia en las masas, condensa en sí mismo las tímidas aspiraciones y los ideales de la muche-

dumbre. Vióse la realización de esta ley histórica en los infelices habitantes del litoral del lago, que harto sufrían con la crudelísima dominación del general Cruz, esperando, no obstante, un caudillo que les guiase á la venganza. Y ese caudillo apareció en los últimos días de Octubre de 1813. Era Encarnación Rosas, el brioso vencedor de Recacho, que desde su célebre triunfo de La Barca, no había dejado de combatir al gobierno virreinal, y que según afirma uno de sus biógrafos, era muy joven y vigoroso en aquella época.

La valeur n' attend point le nombre des années,

le dice el Cid al padre de Jimena, en el admirable drama de Corneille.

Rosas empezó por defenderse con 60 ó 70 indios, del capitán Don José M. Iñiguez, que con mayor número de realistas había sido enviado por Cruz para perseguirle, y que fué lastimosamente derrotado por los insurgentes; á los pocos días (1.° de Noviembre de 1813) tuvieron estos un nuevo encuentro con el comandante de La Barca, Don José Antonio Serrato, y este combate, notable por lo reñido y por la saña y la crueldad desplegadas por los realistas, que entre otros arranques tuvieron el de incendiar el pueblo de S. Pedro Ixicán, fué igualmente favorable á los defensores de la Independencia. Allí se le unió á Rosas, José Santa-Ana, otro de los que con él habían de ilustrar su nombre en la isla de Mexcala.

El desventurado Serrato huyó á Poncitlán con los maltratados restos de su incendiaria hueste, para refugiarse en los brazos de Don Rafael Hernández, que con tropas de Ocotlán, Atotonilco, Zapotlán del Rey, Arandas, Jamay y La Barca (1) se hallaba en condiciones de poder consolar á aquellos fugitivos. Allá le siguieron los incansables insurgentes de Rosas y Santa-Ana, enardecidos con sus victorias; y después de batallas rudas y sangrientas como las anteriores, lograron apoderarse del pueblo, venciendo gloriosamente á las tropas realistas que lo ocupaban. No se detuvieron sin embargo en Poncitlán, temorosos de que cayera sobre ellos Negrete con fuerzas superiores, sino que, retirándose á la montaña, resolvieron esperar los acontecimientos y dar descanso por algunos días á sus intrépidos guerrilleros, manifestando así tanta prudencia en el triunfo, como arrojo en la batalla.

(1) Pérez Verdía, *Apuntes históricos.*

No fué Negrete, sino el Cura Alvarez, famoso por su sistema crematorio (1), con numerosos realistas, quien ocupó á Poncitlán al ser abandonado por los independientes, y él quien proporcionó á éstos no solo los laureles de un cuarto triunfo, sino armas, municiones y elementos de guerra.

Tan rápidas victorias en tiempo tan breve, hicieron pensar seriamente al general Cruz, que desde aquel momento decretó el exterminio de aquellos osados indígenas, que con tan pocos miramientos trataban á las fuerzas del Rey, los cuales indígenas pensaron á su vez en defenderse en un punto seguro, eligiendo la isla de Mezcala, por indicación del Sr. Cura Don Marcos Castellanos, y se marcharon á aquel lugar á fines de Diciembre de 1813.

Tal fué la introducción, el preludio de esa Iliada que no intentaremos referir detenidamente. En los cuatro años que duró la defensa de aquella isla, célebre desde entonces en los anales de nuestra patria, diéronse nobilísimos ejemplos de heroicidad. Los jefes jaliscienses Santa-Ana y Rosas, valientes hasta la temeridad, infatigables, serenos, escuchando los sabios consejos del Sr. Cura Castellanos, hombre que, como dice el Sr. Zárate, estaba dotado de talentos militares y abrigaba en su corazón un culto sagrado por la Independencia (2) realizaron proezas muy bizarras.

En vano los jefes realistas, con su ingénita vanidad, acampaban incesantemente en las humeantes ruinas de los pueblos de las riberas del lago; en vano el general Cruz enviaba ejércitos y armadas á intimar la rendición de la isla; en vano se traían lanchas cañoneras y marinos de San Blas, y cañones de la barranca de Mochitiltic.

Allí, delante de aquel islote defendido por escaso número de indios mal fortificados y peor armados, se estrellaron los constantes esfuerzos de Don Angel Linares, de Alvarez, del célebre Don Pedro Celestino Negrete, del renombrado marino Don Felipe García, de Navarro, de Murga y de otros muchos. Mil veces las puras aguas

(1) ......el Cura Alvarez, á quien llamaban el *cura chicharronero*, porque tenía la bárbara costumbre de quemar vivos á muchos de los desgraciados á quienes hacía prisioneros. A este cura lo nombró el rey en premio de sus inauditas crueldades, canónigo de la catedral de Durango, pero el cabildo de aquella ciudad tuvo el buen sentido de no admitirle.—Pérez Verdía.

(2) *México á través de los siglos*, Tom. III, Pag. 532.

del manso lago se tiñeren con la sangre de terribles batallas; mil veces los insurgentes salieron en busca de provisiones, señalando su presencia en los alderredores con gloriosísimos triunfos; el mismo general Cruz quiso ir á presenciar con sus propios ojos aquella heróica, aquella inmortal resistencia que juzgaba fabulosa. Siempre que los jaliscienses abramos la historia patria, en el capítulo de la defensa de la isla de Mexcala, debemos extremecernos de orgullo!

Al anunciar el virrey Calleja en su manifiesto de 22 de Junio de 1814 vanidosamente los grandes triunfos alcanzados por sus soldados en el primer semestre de aquel año, decía lo siguiente que llena de gloria á los insurgentes de Mexcala: "...... en todo el reino no conservan los rebeldes otro punto militar que el de la laguna de Chapala, *la que no tardará en ser su sepulcro.*" Calleja era un mal profeta, pues la portentosa defensa de Mexcala se sostuvo hasta Noviembre de 1816.

Y hasta para caer fueron grandes y nobles tan sublimes patriotas. Viendo que ya era insostenible la defensa de la isla, porque una epidemia atroz y el hambre hacían estragos horrorosos en la guarnición, resolviéronse á capitular, y Don Marcos Castellanos pactó con el general Cruz una capitulación, que le honrará eternamente.

Obligóse por ella el comandante del ejército y de la Provincia de Nueva Galicia, á no perseguir á los defensores de la isla; á entregarles todos sus pueblos reedificados; á que se les administraran sin estipendio alguno los sacramentos; á exceptuarlos á todos del *tributo;* á entregarles tierras, bueyes y semillas para que tuvieran modo de subsistir sin necesidades; á nombrar gobernador de la isla á José Santa-Ana y á tratar á todos los comprendidos en aquellos arreglos, con toda clase de consideraciones (1).

Esa capitulación, que se firmó el 25 de Noviembre de 1816, fué, dice el Sr. Zárate, la primera que en aquella guerra exterminadora y sin cuartel, concedieron los realistas á los partidarios armados de la Independencia (2).

"Los denodados defensores de aquel peñón, añade otro historiador, vieron con suma tristeza acto semejante, pudiendo sólo confor-

---

(1) **Perez Verdía. ob. citada.**

(2) ***México á través de los siglos*, tom. III. pág. 542.**

marlos la consideración de la miseria en que se hallaban. Más bien parecían cadáveres que valientes soldados: el hambre los había reducido á aquel estado miserable: habían consumido ya todas las provisiones, habíanse agotado cuanto ratón, lagarto y sabandija contaba la isla, y devoraban aquellos desgraciados patriotas hasta las correas de sus humildes arneses. Era tal el hambre, que muchos murieron de ella, y los que se rindieron estaban en tal estado de estenuación, que al punto y á toda prisa, les mandó el General Cruz *tres mil* cargas de maiz."

El general Cruz, cumplió religiosamente lo pactado, respetando su palabra. ¡Y qué regocijo produjo en los partidarios del gobierno virreinal la estupenda noticia de aquella rendición, que se juzgaba imposible, y se reputó, en consecuencia, milagrosa! ¡Cómo vibraron las péñolas y se fatigaron los pulmones de los gerundianos oradores de la época!

Tenemos á la vista, y hemos leído con fruición la "*Oración eucarístico moral*," que en acción de gracias por la rendición de Mexcala, pronunció en la iglesia de Los Reyes el 29 de Diciembre de 1816, el B. D. Don Manuel Tiburcio de Orozco y Albarez, presbítero del obispado de Valladolid: documento inapreciable para los que se dedican á estudiar la literatura de aquel tiempo (1).

"Apenas, exclamaba el Bossuet de Los Reyes, apenas dió el grito espantoso en los Dolores el corifeo soberbio de la rebelión (*Hidalgo*), quando conmovidos los ánimos, inquietos los espíritus y deshechas las trabas que contenían á la ambición ya no se pensó en otra cosa que en alhagar á las pasiones, prestar cebo al deleyte (*no era muy envidiable el deleite de la pólvora y las balas realistas, con que se regalaban los insurgentes*), protejer la ignorancia, exaltar la perfidia, entronizar el vicio y darle puerta franca con el escandaloso exemplo de los capataces, á la inmoralidad, sofocada hasta allí por el laudable celo de los Párrocos (*precisamente el laudable celo de los párrocos inició la Independencia*), por las exortaciones de los más beneméritos Pontífices, y por la eficaz vigilancia del respetable Tribunal (*la Inquisición*), cuyo principal instituto consiste en defender la fee de nuestros Padres....." Tal era el brillante exordio de aquel famoso discurso. Después preguntaba el peregrino orador á sus oyentes,

(1) Este opúsculo pertenece á la curiosa biblioteca del Lic. Don Cenobio I. Enciso, inteligente y sincero escritor con cuya amistad nos honramos.

haciendo la historia de la revolución "*que* (sic) fueron los pasos de aquella venenosa *Harpía?*" y por ese tenor, en el curso de su peroración, menudean los dulces epítetos de *lobos carniceros, miserables satélites, bárbaros, impíos, inmundos*, y otros, aplicados á los caudillos independientes, para los cuales tenemos hoy, áun en la misma cátedra sagrada, (1) palabras de veneración, de gratitud y de afecto respetuoso. Así se cumplen invariablemente las leyes históricas y sociales, que norman el progreso de las naciones á través de los tiempos, á pesar de las preocupaciones y de los intereses particulares.

Pero volvamos á los defensores de Mexcala. ¿Qué fué de aquellos héroes valerosos? ¿cómo terminaron su vida los oscuros campeones de aquella santa causa, los colaboradores ilustres en la formación de la patria mexicana?

"No hay noticias, nos dice la historia, de que Encarnación Rosas sobreviviera á la rendición de la isla, y quizás halló la muerte en uno de tantos combates como se libraron en las costas y sobre las ondas del lago. El padre Castellanos volvió á su curato de Ajijic, y todavía en 1826, cinco años después de consumada la independencia, y diez de terminada su portentosa defensa, languidecía, viejo, enfermo y olvidado de sus compatriotas. También el valiente José Santa-Ana, cubierto de honrosas heridas y acompañado sólo de sus gloriosos recuerdos, vivió en la oscuridad y en la pobreza, prolongándose su existencia hasta 1852."

La historia no les olvidará jamás, y su patriotismo noble y desinteresado será el ejemplo de la generación actual y de las venideras.

VI.

Ni el cura Mercado apoderándose de Tepic y de S. Blas, con tanta rapidez como lucimiento, y contribuyendo con los poderosos elementos allí reunidos al progreso de la revolución; ni González Hermosillo en su heróica peregrinación por Sinaloa y Sonora; ni los defensores de Mexcala, son á nuestros ojos tan admirables como el

(1) Todos los años el 16 de Setiembre, día anatematizado antaño se canta un *Te Deum* en el Santuario de esta ciudad, en acción de gracias al Todopoderoso, por la independencia de México, y hemos oido resonar las augustas bóvedas de un templo con el justo elogio de sus iniciadores.

Sr. D. Pedro Moreno, el benemérito defensor del fuerte del Sombrero, el Guzmán el Bueno de nuestra historia.

No creemos ciertamente, como Helvecio, que el interés personal sea el objeto de todas las acciones humanas, pero sí pensamos que es el estímulo de ellas, por más levantado y noble que sea su fin; así, en la guerra de Independencia, se explica perfectamente que los curas hallan sido los iniciadores y los indios los primeros soldados: sobre unos y otros pesaba más amargamente el despotismo español. La situación del clero bajo, del que podemos llamar clero mexicano, era por todo extremo precaria é infeliz, en tanto que el alto clero disfrutaba de influencia, poder, honores y riquezas (1).

Hablando de Hidalgo, decía en 1861 el Sr. Ramírez, en elocuentísimo discurso: "La vejez le había dado bastante sabiduría y majestad, sin agostar en su pecho las pasiones de una edad florida y sin apagar las luces de la inteligencia: quiso un día ser sabio, y fué sabio; pero su Universidad le cerró sus puertas; quiso un día entronizar una industria en México, y los gusanos de seda le donaron sus regias vestiduras; pero el monopolio extranjero entregó á las llamas á sus rivales; quiso ser agricultor, y las viñas le sonreían desde los collados; pero la espada ibera decapitó sus racimos; fecundo en proyectos benéficos y audaces, siempre encontraba al gobierno español cerrándole el camino."

Los indios, reducidos á la infeliz categoría de bestias de carga, esclavos, ignorantes, y con una herencia de aborrecimiento á la raza española, estaban sujetos á durísimo trabajo, sin percibir de él fruto ninguno, y es bien sabido que el trabajo que no es retribuido, se hace odioso y degradante.

Nada extraño era pues que unos y otros, que más inmediatamente sufrían con el yugo castellano, confundiendo en un sólo ideal, por obra de la misma naturaleza humana, sus aspiraciones á la felicidad de todos, fundadas en su amor indiscutible á la patria, y sus suc-

(1) El arzobispo de México percibía al año 130,000 pesos; el obispo de Puebla 110,000; el de Valladolid 100,000; el de Guadalajara 90,000; el de Durango 35,000; el de Monterey 30,000; el de Yucatán 20,000; el de Oaxaca 18,000, y el de Sonora que no percibía diezmo, tenía por cuenta de las cajas reales 6,000. Los bienes raíces del clero, sin contar con los que se ocuparon á los jesuitas, se estimaban en 3.000,000 y los capitales con que contaba, impuestos á réditos ascendian á .... 44.500,000. Humboldt. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España.* Libro IV, capítulo X. Paris, 1822.

ños de ambición personal, acariciados durante muchos años de opresión, de humillaciones y de martirios, encendieran primeramente la antorcha redentora. Pero, admira y conmueve el ver á hombres felices, de hogar y de familia, que disfrutaban de las comodidades y consideraciones de una posición desahogada, y que sólo remotamente sentían el malestar general, abandonar el afecto de la esposa, las caricias de los hijos, los intereses, todo lo que hace amable la vida, y correr á los riesgos del combate á sacrificarse generosamente. De estos seres buenos y excepcionales fué D. Pedro Moreno, el fiel amigo del general Mina, comerciante de Lagos y dueño de las haciendas de la Sauceda y Matanza de Abajo y del rancho de Coyotes (1), que en 1813 se decidió á tomar parte en la épica lucha, llevado por esa infinita compasión que tienen las almas buenas por todos los oprimidos, por todos los débiles, por ese santo anhelo de formar una nacionalidad y tener una patria, que seduce á todos los hombres inteligentes sujetos á extranjero dominio.

D. Pedro Moreno se levantó en armas en favor de la Independencia, á la cabeza, dice el Sr. Rivera, de todos los varones de su familia, con excepción de su hermano D. José María (abuelo del dulcísimo poeta José Rosas Moreno), de muchos vecinos notables de Lagos y de todos los rancheros de su hacienda y de las rancherías inmediatas. Su digna esposa, le había seguido en unión de sus hijos, decidiéndose á correr su suerte.

Moreno, que á la sazón contaba treinta y nueve años de edad, era hombre de gran valía por sus hermosas cualidades, según el historiador citado, de talento notable, de principios fijos, patriota en grado heróico, de gran valor militar y moral y de una constancia que llevó hasta la muerte en la ejecución de sus principios. El lugar que fué teatro de sus bellas proezas, durante tres años seis meses, fué la Serranía de Comanja, y parte de la escabrosa sierra de Guanajuato. Derrotado en su primera acción por Galdamez, pronto se rehizo y fué á su turno vencedor de este jefe en dos hechos de armas notables, en el último de los cuales pereció aquel. En estas refriegas se refugiaba alternativamente y salía del fuerte del Sombrero, que había de iluminar en la historia con la brillante luz de su gloria.

---

(1) Dr. Agustin Rivera. *Viaje á las ruinas del fuerte del Sombrero.* 1875.

En aquellos días fué cuando, apoderándose los realistas de una pequeña hija de Moreno, que éste había dejado al cuidado de un amigo, le mandó proponer el indulto el general Cruz á D. Pedro, ofreciéndole que le devolvería á aquella infeliz criatura, que comenzó bien temprano á sufrir las amarguras de la vida; proposición que contestó el caudillo insurgente diciendo "que allí tenía otros cuatro hijos, y que podían tomarlos". Sublimes palabras, que sólo el amor á la patria podía inspirar! D. Luis Moreno, digno hijo del caudillo y que manifestaba ya un valor singular, murió peleando denodadamente en una de tantas acciones que se libraron en torno del fuerte del Sombrero. Tenía quince años. Su tumba, dice un historiador, fué ignorada aun por sus padres y hermanos y no se pueden esparcir sobre ella las rojas flores que Virgilio pedía para la del joven Marcelo (1).

El 24 de Junio de aquel año, llegó el joven general Mina al fuerte del Sombrero. El guerrero español y el jefe insurgente, se amaron desde los primeros momentos, y la historia enlaza con un mismo laurel sus nombres, como allá en la lucha se unieron sus grandes almas en el culto de la libertad.

Pasemos, sin detenernos en la lucidísima batalla que libró Mina en S. Juan de Llanos; corramos un velo sobre la fea acción de la hacienda del Jaral, que empaña la gloria de aquel caudillo, y en la cual ninguna responsabilidad tuvo Moreno, y lleguemos en esta rápida excursión por las páginas de nuestra historia, al memorable sitio del fuerte, que principió el 1.° de Agosto de 1815.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

(1) Dr. Rivera, obra citada.

EN EL BAILE.

Sin ricas joyas ni valioso encaje,
Al lado de su hermana Carolina,
¡Qué encantadora estaba con su traje
De blanca y vaporosa musolina!

No tenía otro adorno en sus cabellos
Que una rosa de vívidos colores;
No llevaba diamantes. ¿Qué son ellos
Cuando se les compara con las flores?

De su seno los mórbidos hechizos
Mal cubría con lazos y guirnaldas,
Y no velaban sus flotantes rizos
La blanca desnudez de sus espaldas.

En todo baile á mi buen gusto exijo
Hacer á la belleza los honores.........
—¿Qué vamos á bailar?—Un vals, me dijo:
El vals es un relámpago de amores!

Se levanta y estrecho su cintura,
Con su aliento abrazado me electriza......
Mi lábio quiere hablar......sólo murmura,
Y mi planta en la alfombra se desliza.........

Enlazado á mi dulce compañera
Vuelvo el vals á través de los salones,
Cruzando en nuestra rápida carrera
Todo un mundo de sueños é ilusiones!

....
....

De pronto palidecen las bujías
Y se pierden las notas de la orquesta
En vagas y remotas armonías......
¡Qué lástima!......¡Qué espléndido!......¡Qué fiesta!

El sol disipa la nocturna sombra,
Ya están las salas tristes y desiertas,
Sólo duermen en bóveda y alfombra
Las notas mudas y las flores muertas.........

José Negrete.

TRISTEZA.

Pasaron ya las áuras del verano,
impregnadas de aroma y melodía!
Naturaleza, en el invierno cano,
se viste de letal melancolía!
Densa la niebla sepultó del llano
cuanto fuera á los ojos alegría,
ni abren al sol sus perfumadas hojas
lirios azules ni amapolas rojas.

También el corazón del desterrado
á herir viene del mundo la tristeza,
que lejos ¡ay! de lo que tanto ha amado
se inclina fatigada su cabeza.
Sueño que un día el alma ha acariciado!
¿Por qué tu alhago á abandonarme empieza?
Cual nube de los vientos impelida
te arrastra el infortunio de mi vida.

Ricardo Palma.

UNA CARTA,

POR CARMEN SYLVA.

Estos campanillazos! ¡Maldita costumbre!....Ya van! ya van!.... No tiene una tiempo ni para guardar su trabajo......Ya van! ya van!....Dorotea salió, y es preciso que vaya yo misma......¿Quién es? Toma, es el cartero!......¿Quién me escribirá? Cuánto tiempo hace, Dios mio, que no he recibido carta alguna; también es verdad que á nadie le escribo yo tampoco...Letra desconocida... y sin embargo, juraría haber visto esta letra en alguna parte. Sello borrado, como si se hubiera puesto de carrera. Lugar de envio, ilegible. Decididamente, la mano que corrió sobre este papel, no fué muy cuidadosa. Y después de todo ¿qué me importa? Se trata de algo desagradable sin duda ¿qué otra cosa puede haber en una carta?......Ah! ¡Es de Sofía Lehn! Es singular, hace diez y seis años que no nos escribimos, qué tendrá que decirme?

"Mi querida Agasta:

"La vida nos ha arrojado tan lejos una de la otra, que completa-"mente nos hemos perdido de vista. ¡Quién sabe al encontrarnos "cuán cambiadas nos hallariamos! En tu última carta me anuncia-"bas que tenías una hija: debe ser ya una señorita formal, jefe de "lucido ejército de hermanitos de ambos sexos.

"He perdido á todos mis hijos, con excepción de dos: un varón y "una hembra. Al primero le voy á enviar á X*** y me atrevo á "ponerle al amparo de tu bondad. Quizá querrás servirle de ma-"dre, y te confieso, que allá en el fondo de mi corazón, alimento la "esperanza de que tal vez no le desagradará á tu hija. Sonriés? "Mueves la cabeza con coraje? Tal vez no.

"Hemos formado juntas tantos proyectos! ¿Te acuerdas?......Y

"ahora que ya nos encontramos en el extremo de nuestra vida, y "que más de un hilo de plata se oculta en nuestro cabello, mira tú "que cosa más extraña, me encuentro haciendo lo mismo! Puede "ser que estos nuevos castillos en el aire se derrumben como los de "antaño; quizá tengan mejor suerte ¡quién sabe!

"Recuerdas todavía que yo quería casarme con un Don Juan "rico, flaco, pálido, siempre en lucha consigo mismo y con el mun-"do, y al cual tenía la sagrada misión de regenerar? Pues fué mi "marido, calmoso, de rubicundas mejillas y salud inalterable. Tú "en cambio soñabas un esposo dulce, apacible, que encontrara en tí "su primero y único amor, y te entregaste á un calavera de genio "iracundo; al hombre menos pacífico del universo. Yo deseaba un "partido brillante, aunque fuese sin afecto, y me enamoré perdida-"mente de un hombre pobre, que sólo gracias á Dios y á su econó-"mica consorte ha logrado formar un caudal no despreciable. Tú "sólo ambicionabas una choza y un corazón, y por consideraciones "á tus padres, te enlazaste á un rico, á lo que se llama un buen "partido. En mí, el incesante afán de buscar el pan de cada día, "acabó con el amor; á tí puede haberte llegado al tener el primer "hijo. La falta de hijos en los primeros años de tu matrimonio da-"ba á tus cartas indefinible tinte melancólico; éstas fuéronse hacien-"do cada día más raras, y después de que me anunciaste el dicho-"so acontecimiento, no he vuelto á recibir una sola palabra tuya. "Las alegrías de la maternidad te absorvieron de tal modo, que ol-"vidaste todo lo anterior, y supuesto que la habías aguardado tanto "tiempo, se convirtió en tí, según me imaginé, en verdadera pa-"sión.

"¡Qué feliz seré cuando me escribas una larga carta! Tú fuiste "siempre más afortunada que yo en todo, y tu vida tiene que ser por "fuerza más abundante en detalles importantes, y más interesante "que la mía, consagrada oscuramente á la fatiga y al trabajo. Has "conocido ya cuán candorosa eras? Tu romanticismo se habrá co-"rregido indudablemente, pero tu hermosura y buen sentido te du-"rarán aún. A nuestra edad, cuando los hijos son ya grandes "y disminuyen las atenciones, es muy agradable una hora de con-"versación, tranquila y confidencial, más con la pluma que de vi-"va voz, pues no se interrumpe una ni por los visajes ni por las "respuestas de la otra.

"Se escribe á una imagen fantástica llamada amiga de juventud, "y déjanse correr los recuerdos tristes ó dichosos, con la seguridad "de interesar á la lectora. Así pues, mi querida Agasta, yo te lo "ruego: una carta larga, muy larga, y un recibimiento bondadoso "para mi hijo, que no debe ser un extraño para tí, supuesto que di- "cen que es mi vivo retrato.

"Tu fiel Sofía."

¿Con que es preciso contestar? Ah! Lo mejor sería hacer como si no hubiese recibido tal carta. Pero esto no es posible: el hijo va á llegar y me preguntará......Si no digo la verdad él le escribirá entonces y le contará no sé que historias. Desde luego es preciso quitarle de la cabeza la idea de que soy rica todavía; con esto abandonará en seguida sus proyectos de matrimonio, sin que sea necesario decirle más.

Para qué envía aqui á su hijo, y no á otra parte? Yo no puedo seguirle constantemente para cuidarle, y aqui en mi casa......vendrá una vez y no volverá más.

Par conversar una hora, no es precisamente el tiempo lo que me falta. Todos duermen. Reanimo el fuego y me acerco á la chimenea. La lámpara calienta un poco también. Me envuelvo además, en este grueso cobertor, para no helarme......Eso es. Así estoy perfectamente: empecémos. La pluma está malísima ¡con razón! Jugaron con ella todo el día, garabatearon todo el papel que tuvieron á mano, y no la limpiaron. Esta está mejor. Ahora si, ¡á la buena de Dios!

"Mi siempre amada Sofía........."

He aquí un principio bastante tonto, para hacer veinte años que no nos escribimos. Otro pliego.

"Mi querida Sofía:

"Tu grata cartita me ha causado un doble placer......"

Qué mentira!

"......puesto que me anuncia á tu hijo."

Mentira también! En sencilla conversación con una antigua amiga, he aquí desde la primera frase dos mentiras!

"Me imagino perfectamente con cuánta inquietud le habrás de-"jado partir y cuánto te agradará saber que se encuentra al cuidado "maternal de una verdadera amiga. Unicamente te confieso que te "has equivocado en la elección de esa amiga, no porque yo no le "ame, ni tenga un gran placer de verle en mi casa, sino porque no "está ella en condiciones de atraerle, y ésta sería la primera condi-"ción para poder ejercer sobre él una sana y feliz influencia, y te-"nerle alejado de esas sociedades perniciosas que tanto debes temer "y que abundan en nuestra rica ciudad!"

Hasta aquí todo vá bien y no tengo realmente necesidad de añadir nada, á no ser el consejo sincero de que envie á su hijo á otra parte. Si quisiera contarle algo, qué lejos sería preciso remontarme! Ella me recuerda nuestra juventud......mi casamiento! Mi casamiento con un rico calavera, dice. Cuánto calla en su carta!... ¡si supiera!......¿Pero, en donde iba yo?......Ah!......continúo.

"......rica ciudad! Yo he tenido ocasión, ay de mí! de ver los ma-"les que causa la riqueza, y de verles tan cerca, que han influido en "mi destino. Me hablas de hilos plateados en tus cabellos: hace mu-"cho tiempo que los mios se tornaron blancos como la nieve, en lu-"chas que no han cesado aún desde mi juventud, en sufrimientos que "no pueden cesar más que con mi vida."

Por dónde comenzaré? Debo decirle que el acento melancólico de mis cartas no provenía tan sólo de la falta de hijos; que Reinaldo no me hacía dichosa; que era cada día más colérico, que yo temblaba en su presencia, y que muchas veces hasta me escondí al escuchar el ruido de sus pasos? Era tan hermoso! Todas las mujeres á porfía ensalzaban su figura y se morían por él. La misma Sofía estaba algo celosa de mí, y no reparaba en que Reinaldo, era de veras el Don Juan, á quien tan bondadosamente estaba dispuesta á reconciliar con el mundo. Yo he sido tan tonta que toda mi vida me ha sido preciso mucho tiempo para comprender las cosas. Cuánto tardé en conocer que Reinaldo era celoso! Después de cada fiesta me reñía siempre enojadísimo. Todavía le veo con la imagi-

nación, en mi tocador, en el divancito azul, quitándose los guantes pajizos de sus manos aristocráticos, y llamándome coqueta, y diciéndome que no tenía maneras, y que me imaginaba aún ser bella. Yo acababa de quitarme de la cabeza flores y horquillas, y mis cabellos caían en abundante cascada sobre mis hombros desnudos. "¿Quieres que me los corte?"—le dije, levantando las tijeras. Saltó como un tigre y me las arrancó de las manos. Estaba tan furioso, que creí me iba á pegar, y temblé de tal modo, que caí desplomada sobre mis rodillas. Entonces él, se arrojó á mis pies, y de rodillas, apoyando en mi seno su cabeza, empezó á acusarse duramente. "Desdichado de mí, decía, ya no puedo creer en la inocencia ni en la virtud, y este pobre angel me tiene miedo!" Tuve que consolarle; me llamaba, sollozando, su angel bueno, su angel tutelar, la mejor parte de sí mismo!—Otra vez, me dijo que no le amaba "si me quisieras solamente tanto como quieres á tu imagen en el espejo, ya me hubieras dado un hijo." Entonces lloré mucho y muy amargamente, y me preguntaba, cómo debería ser el amor para tener un hijo. Si el amor era el que él me manifestaba, de buen grado hubiera renunciado yo toda mi vida á ese dulce sentimiento. Bueno ¿pero qué estoy escribiendo?......

"A nadie he confesado yo lo que sufría, y el acento melancólico de mis cartas, no era sino el débil eco de pensamientos que día y noche me atormentaban. Era demasiado joven y tímida, y á nadie me atreví á confiar las secretas amarguras de mi vida. Yo pensaba que todos los hombres serían lo mismo, pues Reinaldo, muy pronto ya no me dejó salir á ninguna parte, ni tener amigas, ni correspondencia con nadie, por celos."

Cuántas historias! Como registraba frecuentemente toda la casa buscando al pretendido rival que debía yo tener oculto. "Yo veo, exclamaba, yo veo á ese hombre que ha entrado á mi hogar y aleja de mí á mi mujer!" Y nuestros criados eran muchos y curiosos, y yo les veía reir maliciosamente. Ellos no me querían porque Reinaldo les tiraba á la cabeza con los platos y los cubiertos, y yo no podía defenderles; pensaban que yo los acusaba con mi marido, y bien sabe Dios que jamás se me hubiera ocurrido semejante cosa. Yo quería la paz sobre todo.

"......por celos. Pero él estaba constantemente fuera; yo jamás "supe á donde iba, sólo advertía que tomaba siempre dinero de la "caja, y que no llevaba jamás."

Primero, todos habían elogiado y envidiado mi felicidad, después me juzgaban orgullosa y altanera, y por tanto, exigente; y compadecian al brillante caballero que se había enlazado á una mujer tan poco presentable, y el cual no pudiendo vivir en su casa, habíase entregado al juego para olvidar sus desgracias y aturdirse. Le juzgaban muy digno de lástima y muy discreto, porque jamás se quejaba de su esposa, y sobrellevaba con dignidad su infortunio.

"......jamás. Un día volvió en estado terrible de excitación; corría de una parte á otra, hablando de perseguidores que seguían sus pasos. Repentinamente dió un grito salvaje y cayó arrojando espumarajos por la boca."

(*Concluirá*).

AURA.

Tímida brisa de la triste noche!
Tú, que á la patria de mis sueños sigues,
lleva á la hermosa por quien pena el alma
mi íntimo duelo.
Dila que, lejos de sus ojos dulces,
no hallo colores en la luz de oriente;
dila que, al que ama con pasión tan honda,
muerte es la vida.
Dila que, siempre de su afecto digno,
una existencia tormentosa arrastro;
dila mis penas infinitas, dila
cuanto la adoro!
Vé, mensagera misteriosa.........¡Vuela!
Los rizos blondos de mi amada mece
y en ellos, tierno, palpitante, grato,
déjala un beso.

Ricardo Palma.

UNA CARTA.

(*Concluye*).

—Me parece ver aún al doctor la primera vez que vino á la casa, y le oigo responder á la mirada interrogadora é inquieta que yo le dirigía, con esta pregunta:

—¿Le sucede á menudo esto, señora? Debiérais haberme llamado más pronto.

—Es la primera vez, contesté; pero ¿qué es?

—Ataques que probablemente volverán con frecuencia y es preciso no dejarle salir solo sin vigilarle.

—Mi marido no lo permitirá, señor doctor.

El doctor me miró sin decir nada.

Cuando Reinaldo volvió en sí y se encontró en su cama, me preguntó qué había tenido.

—Una debilidad, le contesté; te sobrexcitas demasiado y debieras salir un poco menos de casa, pues aun cuando te fastidiaras más, sería mejor para tu salud.

Se quedó algunos días en casa, evitando asomarse á la ventana, y cada vez que llamaban se agitaba vivamente. Estuvo tan cariñoso conmigo por aquellos días, que llegué á creerle bueno, pensando que me amaba mucho más al verle acusarse de haberme hecho desgraciada y prometiéndome que todo iba á cambiar bien pronto.

—No me dejes salir, solía decirme; tú eres mi providencia y en ninguna parte estoy mejor que á tu lado. Estás encantadora, y eres mi pequeña diosa que escondo celosamente á los ojos de todos, para poderte adorar yo sólo.

Me había puesto sobre sus rodillas y jugaba con mis manos al hablar así; aunque sus ojos estaban muy inquietos, yo no tenía ya tanto miedo como antes. Llegó un día en que quiso volver á las andadas y le recordé que él mismo me había ordenado que no le dejara salir. Desde luego le hablé en broma y, adulándole más tarde, le

rogué, concluyendo por ponerme seria; entonces se puso furioso y me rechazó con una violencia extraordinaria, dejándome caer y marchándose sin apercibirse de lo que había hecho. Estuvo mucho tiempo ausente, llenándome de inquietudes y sin saber qué hacer; volvió pálido, abatido, diciéndome que había tenido un nuevo ataque, pero no quiso jamás decirme dónde, si en la calle, en casa de un amigo ó en el club. . . . .

—Yo no sé: ¿qué falta te hace saberlo? ¿Es que tú mandas en mí? respondía.

Con frecuencia, cuando no estaba en casa, solían venir algunos señores á buscarle, esperándole horas enteras, y con los cuales tenía en seguida violentas escenas, seguidas de un ataque.

"Durante mucho tiempo, yo no supe la enfermedad que padecía mi marido, pero un día encontré en un periódico la descripción de la epilepsia; entonces ya supe á qué atenerme, pero él no tenía la menor sospecha ni se imaginaba lo horribles que eran sus ataques. Yo me sentí enferma también al mismo tiempo, adquiriendo la certeza de mi estado interesante, que en otra ocasión me hubiera llenado de un júbilo infinito, pero que me causó una angustia mortal, sobre todo cuando el médico exclamó: "¡Pobre criatura!" ¿Hablaba por mí ó por el pequeño sér que yo llevaba en mi seno? quizás por los dos. Mi marido se alegraba mucho, aunque le impacientaba verme sufrir, por más que yo quisiera ocultarle todo lo posible las molestias. Un día indiqué al médico si sería bueno llevar al enfermo á una estación balnearia, cuya descripción había leido en un periódico; el médico se encogió de hombros diciendo que no le haría mal, siempre que yo estuviese tranquila; pero no era lo importante mi tranquilidad, sino la suya. Desde luego, durante los preparativos de viaje no cesó de atormentarme y apenas estábamos algunos días en un sitio, cuando quería ir á otro. Yo no deshacía ya mis maletas."

Permanecía muchas horas en profunda meditación, costándome trabajo distraerle; le hablaba de nuestro porvenir y de nuestro hijo que le haría tan dichoso, y me respondía por monosílabos ó bien me miraba, lo cual no hacía casi nunca, diciéndome: "Como vas adelgazando, no estás muy hermosa." Se hallaba sin duda guapo á sí mismo, pues permanecía mucho tiempo mirándose al espejo, acariciándose la barba, cepillándose los cabellos ó contemplando sus blancos y afilados dedos. Se volvía á mirarme y después iba otra vez al espejo, donde se reflejaban sus ojos cada vez más grandes y más extraviados. Yo bajaba la cabeza por no ver aquella mirada que me penetraba como un dardo; me acordaba de que le habían llamado D. Juan, y de que las damas le encontraban muy ingenioso y

divertido. Allí estaba siempre sentado, mirándose al espejo, y por la noche dando vueltas en su lecho, presa de horribles ataques. Yo despedía generalmente á su ayuda de cámara, sirviéndole yo misma hasta dejarle acostado, quedándome á veces una ó dos horas en su cuarto esperando en silencio que se calmara y se volviese hacia mí; así ninguna persona extraña le veía para ir á contar á los bañistas lo que había pasado.

"Al volvernos á nuestra casa, no íbamos solos en el coupé; á nuestro lado había un señor que miraba algunas veces, como sorprendido, á Reinaldo y después me miraba á mí á hurtadillas: bien pronto Reinaldo empezó á inquietarse. Yo sabía ya lo que iba á suceder, pero no me figuré que sería tan terrible.... ¡Tres ataques en un día! El extranjero no dijo palabra, pero me ayudó afablemente á levantar á Reinaldo y á acostarle sobre la banqueta. Una sola vez me dijo: "¿es vuestro marido, señora?" yo advertí que me compadecía."

Nunca olvidaré aquella mirada; era la primera muestra de interés que recibía después de tantos años solitarios durante los cuales había estado sola con mis sufrimientos en este gran universo tan lleno de hombres. Hubiera de buena gana tendido la mano á aquel extranjero, diciéndole, "ayudadme," y me asombro todavía de no haberlo hecho; quizás adivinó mi pensamiento, pues me ayudó cuanto pudo sin mostrar disgusto ni repulsión por la horrible enfermedad de mi marido; pensé que aprovecharía la parada para montar en otro vagón, pero no lo hizo, al contrario, cerró rápidamente todas las cortinillas para preservarnos de las miradas indiscretas; le dí gracias dulcemente, creyendo que no me había entendido, pues ni aun me miró, pero continuó prestándome su ayuda, siéndome sumamente agradables estas muestras de interés que no había encontrado nunca: hubiera querido en aquel momento contarle toda mi vida y todos mis sufrimientos, aliviando así mi corazón de un peso que le agobiaba. Tenía tanta fuerza que él solo levantaba á Reinaldo con la mayor facilidad, rehusando enérgicamente mi concurso. Cuando su mirada cariñosa y dulce como la de un perro del monte San Bernardo se fijaba sobre mí, me hacía palidecer, volviendo la cabeza para que no viera mi semblante. Reinaldo parecía no apercibirse de lo que pasaba en torno suyo; miraba fijamente y sus pupilas parecían ensancharse como si sus ojos fueran enteramente negros, contrastando con los del extranjero que brillaban con un reflejo dulce y claro; nunca los ojos de mi marido me habían parecido tan sombríos como aquel día que los contemplaba á la luz incierta de las cortinillas azules. El tren en su carrera vertiginosa parecía, por un efecto extraño, llevar el compás de mis pensamien-

tos, que se sucedían en mi cabeza como una canción con su ritmo y su melodía. ¡Este día, todos los objetos me parecían tan diferentes de los otros días! Reinaldo, mi vida, el mundo, todo lo veía á través de aquella extraña luz azulada y de aquella carrera incesante atravesando espacios desconocidos. Caminábamos en un silencio mucho más agradable que la conversación que hubiera roto el encanto de mis pensamientos; yo pensaba: ¡si no llegásemos nunca! .... ¡qué bueno estar rodando sin fin días y semanas! pero en el mismo momento, el tren se detuvo y abriéndose la portezuela se presentaron nuestros criados á decirnos que el carruaje aguardaba. Hubo que llevar á Reinaldo; el extranjero, con la mayor bondad, le llevó del brazo hasta el carruaje, le instaló y me ayudó á montar. Le tendí la mano y le dije: "No olvidaré nunca vuestra bondad." Se alejó saludándonos profundamente y los caballos partieron con dirección á nuestra casa.

—¡Ah! qué tonta soy, exclamé, ni aun le he preguntado su nombre.

—Déjalo, más vale así, dijo Reinaldo, adivinando mi pensamiento, sin que por su parte sintiera la menor gratitud por los cuidados que acababa de prodigarle.

Yo iba á dirigirle un reproche, pero me callé, pensando que como había estado sin sentido la mayor parte del tiempo, no pudo observar las atenciones de que fué objeto, pero á mí me atormentaba la idea de no poder demostrarle mi reconocimiento. El primer día que salimos á paseo, nos le encontramos por casualidad; yo me dirigí hacia él arrastrando á Reinaldo, que me llevaba del brazo. El desconocido nos miró alternativamente, primero á mí, después á mi marido, saludándonos muy afable.

Pero no sabeis quién soy, dijo, pues no recuerdo haberos dicho mi nombre.—Me dió su tarjeta y yo leí: "Herbert Krause."

Le supliqué nos hiciera el favor de acompañarnos á comer al siguiente día, si le era posible. Miró el gesto desagradable de mi marido y rehusó, pretestando una ocupación, pero yo insistí, diciéndole que si no podía al siguiente, que fuera al otro día, y aceptó.

—Vosotras las mujeres, me dijo Reinaldo cuando nos separamos, todas sois así; en cuanto nos veis un poco amables ya quereis penetrar en la intimidad; ¿qué ha hecho ese hombre para invitarle?

—¡Ha sido tan bueno con nosotros, Reinaldo!

—Quién sabe la idea que le guiaba....

—¡Oh, Reinaldo! vosotros los hombres siempre sois desconfiados.

—Porque nos conocemos.

—¿Y por qué no puede ser un hombre digno?

—¿Habló mucho durante el viaje?

—Casi nada, es muy reservado.

—La verdadera cortesía hubiera sido dejarnos solos, puesto que yo iba enfermo.

Reinaldo continuó largo tiempo gruñendo y criticando; yo, por no irritarle más, me callé, arrepintiéndome amargamente de haberle invitado, aun antes de que entrásemos en casa, pues si Reinaldo iba á estar descortés con M. Krause sería para mí una pena y una humillación. Hice sin alegría los preparativos necesarios para la comida, que me fatigaron un poco porque hacía mucho tiempo que no teníamos convidados. Adorné la mesa con flores, entre las cuales brillaban el cristal fino y la plata; los platos eran de viejo Sajonia, el más raro, como igualmente los mangos de los cuchillos; elegí los mejores vinos y encargué el *menu* á la cocinera, que me prometió portarse bien. Terminados estos preparativos, sólo se trataba de mi traje; me cubrí casi toda con encajes que recogí en el hombro con una rosa granate, colocando otra igual en mis cabellos; de este modo no se conocía mi talle, que iba engrosando. Me puse un collar de perlas al cuello y al mirarme al espejo no me encontré del todo mal; pero Reinaldo entró y me encontró detestable; dijo que la mesa estaba mal puesta y el perfume que se había quemado era muy malo y le producía jaqueca: todo lo criticaba de mal humor, haciendo que mis mejillas ardieran de angustia. Tuve la idea de prohibir la entrada á Krause, á cuyo solo nombre mi corazón latía hasta romperse; fuí á advertir á los criados que mi marido se había puesto súbitamente enfermo, para que se lo advirtieran; pero en aquel momento la puerta se abrió, presentándose nuestro invitado con aire serio y tranquilo; sus ojos parecían esparcir la luz en torno suyo, de tal manera brillaban, sustituyendo á mi ansiedad anterior un dulce sentimiento de bienestar. Reinaldo continuó taciturno, lo que no pareció turbar al extranjero, que entabló una conversación interesante, expresándose con mucha gracia; discutió un poco conmigo sobre el orden de cosas establecido en este mundo y las dificultades con que cada uno tiene que luchar; pero abandonó pronto este tema viendo que Reinaldo se inquietaba y replicaba con demasiada viveza. Esta fué la sola vez que se mezcló en la conversación; el resto del tiempo nos miraba con ojos extraviados y bebía mucho de todos los vinos sin distinción. Yo empecé á estar sobre ascuas, mientras que nuestro invitado llevaba solo la conversación, hablando con el mayor tacto de cosas indiferentes, y áun en este terreno Reinaldo empezó á ponerse colérico, de tal modo que yo, pretestando tener demasiado calor, me levanté de la mesa para pasar al salón, siguiéndome los dos.

Pero ¡ah! qué horror, apenas la puerta se cerró detrás de nosotros, empezó la furia; Reinaldo se arrojó sobre nuestro invitado, le golpeó y le llenó de injurias, pretendiendo que me hacía la corte y que él lo había adivinado desde el primer instante; que no quería

hacer el ridículo después de haber tenido tanto tiempo oculta su mujer á los ojos de todos. M. Krause, muy pálido, guardó silencio sin mirarme ni una sola vez durante esta escena. Reinaldo le asió por la garganta, yo ví sus manos afiladas apretarle el cuello de tal manera, que la sangre le subió á la cabeza; creo que lancé un grito, pero fué como un relámpago; Reinaldo cayó en tierra.

—Perdonadme, señora, dijo Herbert Krause, y desapareció.

Corrí á la puerta y la cerré, poniendo la llave en mi bolsillo antes que Reinaldo se levantara. Yo no sé lo que pasó después; quiso arrancarme la llave, dando gritos de rabia; pero al furor sucedió la angustia, se agarró á mi vestido hasta desgarrarle, rogándome de rodillas que le protegiera si venían para darle garrote. Se acusó de ser un miserable que me había engañado todos los días; había jugado mucho dinero y... las mujeres, sí, las mujeres eran las que le habían perdido...... ¡Oh! sí, ¿pero dónde iba yo en mi carta?.....

"El mal hizo rápidos progresos, no quedándome duda sobre la alteración de sus facultades intelectuales después de una tentativa de suicidio."

Parece muy sencillo esto, dicho en una carta: "Tentativa de suicidio;" pero yo lo veo aún, y me extremezco todavía, los cabellos se me erizan y me aterra el recuerdo. Entré en su cuarto y le vi colgado de la araña. Es preciso que yo ande un poco para reponerme, de otro modo no podría escribir; estoy como si viera un espectro, y ¿qué son los espectros en comparación de la realidad que hiela la sangre en mis venas? ¿Dónde encontré la fuerza para desatar aquel nudo corredizo?... Los que acudieron á mis gritos me ayudarían sin duda, pues al volver en mí le hallé entre mis brazos; respiraba apenas, y cuando vino el doctor, sabía ya lo que había pasado. Me sentí acometida de un temblor nervioso y de un castañeteo de dientes que á pesar de mis grandes esfuerzos para reprimirle, no lo pude conseguir hasta después de mi alumbramiento. Yo apretaba los dientes hasta hacerme daño, para impedirles chocar los unos contra los otros. Cuando Reinaldo volvió en sí, exclamó:

—¿Por qué no me habeis dejado morir? ¡Qué crueles sois! ¿Por qué martirizarme y aumentar mis tormentos? Perdóname, Agata, yo no quería afligirte, pero ya ves, me era imposible soportar que á mi vista me fueras infiel: estaba celoso y por eso te he maltratado: yo hubiera debido estrangularos á los dos, pues el oprobio y la vergüenza... sí, son para nosotros, el oprobio y la vergüenza...

Deliraba horas enteras, haciéndome temer que el médico creyese que decía la verdad, y que yo era la causa de su locura. En este momento tuve la debilidad de pensar en mí y en mi honor, no atre-

viéndome á levantar los ojos; pero el médico me tomó dulcemente de la mano, me sacó fuera y cerró la puerta tras de mí. ¡Cómo temblaba, Dios mío! mis dientes chocaban con tal violencia, que el ruido me aturdía, teniendo que apoyarme, falta de fuerzas, en la pared, hasta que dos horas después entró el médico y enfadándose al verme en aquel estado, me hizo acostar. Me cubrió cuidadosamente con las ropas, y frotándome las manos, me dijo:

—No sirve de nada temblar, y si no teneis valor será preciso llevar á vuestro marido á una casa de salud.

Ya no temblé más.

—¡Oh! no doctor, eso no, vos no sabeis el valor que yo tengo; es solamente ahora que estoy nerviosa; otras veces ha estado peor y he permanecido tranquila.

—Sí, sí, lo sé, sé que teneis calma y no quiero precipitar los sucesos, pero es necesario prever el caso, que llegará al fin; no podreis estar juntos, porque vuestra vista le desagradará, irritándole más y más.

—Pero se engaña completamente respecto de mí; ¿guardará esa idea fija? pregunté al doctor, sintiéndome como en ascuas.

—Sí, yo lo temo, contestó; tales enfermos cambian raramente de idea, y cuando más cerca está el objeto de su odio, más le aborrecen; además, hija mía, vos no perteneceis solamente á vuestro marido, teneis en vos otra existencia, para la cual debeis conservar vuestras fuerzas.

"Puedes imaginarte con qué cuidado ocultaría yo esta escena, su estado y todo lo que tenía de terrible, y cuánto desee poderle cuidar yo sola. Durante varias semanas, no consentí que le alejaran de mi lado, esperando que tendría algunos instantes lúcidos, y mi médico tuvo necesidad de emplear toda su elocuencia para decidirme á dejarle ir á un establecimiento, donde estaría mejor asistido. Por otra parte, no pude menos de reconocer que me faltaban las fuerzas, y sobre todo, que yo le era antipática por completo, agravándose sus ataques al verme.

Al fin le llevé un día, pretestando un corto viaje para ir á consultar á un médico célebre; por el camino fué muy tranquilo hasta llegar á la villa, pero la vista de las gentes y de las casas le excitó de nuevo, y se me hubiera escapado, á no decirle que si me abandonaba estaba en peligro de muerte, porque me perseguía un enemigo, De este modo le conduje hasta la casa de salud, donde le esperaban. y en el momento de pasar el dintel, la pesada puerta se cerró detrás de él, quedando yo sola fuera. Me sentí vacilar y tuve que apoyarme en la pared; el médico que esperaba á Reinaldo, salió después de haberle instalado, me tomó del brazo y me condujo al carruaje diciéndome:

—Todo va bien, todo va bien.

Me acompañó á casa, haciéndome llegar lo más pronto posible; ya era tiempo, pues durante la noche empecé á sentir los primeros dolores, y dos días más tarde, mi Henny descansaba en mis brazos. Permanecí durante muchas semanas sin conocimiento entre la vida y la muerte, siendo esta una época bendita para mí, un tiempo de absoluto olvido de todo, del que fuí saliendo muy despacio. Cuando llegué á comprender mi situación, supe con la mayor indiferencia que la casa, las tierras, mis vestidos, mis alhajas, todo había sido vendido por la autoridad judicial, pero supe también que el nuevo propietario quería alquilarme una parte de la casa, según me dijo mi médico, para que no tuviera tan presente el recuerdo de mis desgracias. Muy conmovida, quise expresarle mi agradecimiento, pero me impuso silencio, haciéndome admirar á mi bella Henny con sus magníficos ojos azules que tenían una expresión melancólica muy notable".

Yo estaba tan atontada, que ni aun pregunté quién había comprado la casa, ni si la venta de todo había producido lo bastante para después de pagar á los acreedores, poder vivir con el resto sin necesidad de trabajar para comer.

Tomé las cosas como me las presentaron; me encontré con el cabello cortado, acostada en un pequeño pero lindo aposento, con un cuartito inmediato para Henny y la criada, lleno de sol, con vistas al jardín. El doctor que me había salvado de la muerte, era el que lo disponía todo, obedeciéndole con una abnegación infinita, inconsciente de cuanto pasaba á mi alrededor. El buen señor nos cuidaba á mi hija y á mí como á dos criaturas. Cuando empecé á recobrar mi razón, sólo pensé en Henny, á la que tenía acostada conmigo, y la contemplaba horas enteras, admirando sus labios finos y sonrosados, sus manecitas con afilados dedos terminados por uñas en forma de almendra, sus piececitos, sus cabellos casi blancos, y sobre todo, sus ojos. ¡Ah! sus ojos...¡Cuán bella era mi hija!

"Durante mi convalecencia, sólo ví al doctor y á la criada encargada de cuidarnos á mi hija y á mí Todos los criados habían sido despedidos, y cuando empecé á recibir noticias de mi marido, eran siempre tan malas, que me prohibieron ir á verle. El buen doctor me hablaba de la necesidad de distraerme, y entonces, mostrándole á mi hija, respondía: "he aquí mi sola distracción."

"Pasados algunos meses, ví que un día examinando con cuidado á Henny, movía la cabeza. Me inquieté naturalmente, queriendo saber el significado de aquel gesto, pero me contestó con una evasiva. Yo la creía buena al parecer, sin chocarme su inmovilidad, porque no veía la vivacidad de otros niños con quienes compararla.

La inteligente mirada de sus magníficos ojos me bastaba, halagando mi maternal cariño. Este pequeño sér era mi solo consuelo, mi única felicidad en la tierra. Tú comprenderás por lo tanto mi alegría al hablarte de estos momentos, tú que eres una madre llena de experiencia."

Y sin embargo, creo que debo detenerme aquí.

Un día me dijo el doctor que el nuevo propietario de la casa deseaba ofrecerme sus respetos, pidiéndome le concediera este honor: quise negarme, pero el buen médico se enfadó, diciendo sería una descortesía, y que yo iba olvidando sin duda las leyes sociales en mi soledad.

No tuve más remedio que acceder; estaba nerviosa, casi tan nerviosa como ahora, si en este momento tuviese que recibir visitas. Me vestí, era indispensable, eché una ojeada al espejo; mis cabellos, que habían crecido, se ensortijaban en mi cabeza, y estaba muy delgada.

Coloqué á mi hija en su cuna, medio escondida en sus pabellones de color de rosa, y la acerqué á mi silla para que la persona que iba á entrar pudiera verla. Entonces pensé que no me había acordado de preguntar su nombre, y esto me causó embarazo, por no saber á quién recibía.

Llamaron, y sin saber por qué, sentí la sangre agolparse á mi megilla.

Entraron ¡ah! ¿y quién entró? Herbert Krause.

—¡Vos!...¿Sois vos? balbucee......Yo no lo sabía.....Me miró con asombro; yo debí tener un aire tan estúpido y tan extraño, que le hico sorprenderse. Experimenté al mismo tiempo, al verle, un sentimiento de gratitud y de pesar; hubiera querido abrazarle y rechazarle con dureza, todo inconscientemente, como un sentimiento vago, sin forma determinada.

Me habló con mucha urbanidad de varias cosas, pero como se habla á un enfermo queriendo distraerle; ni aun dirigió una mirada á la cuna, pero Henny abrió sus grandes ojos y le miró como si le comprendiera; entónces él, agitándose, la contempló con cierta atención que halagó mi orgullo de madre. Al fin se levantó, se acercó á la niña y acarició sus megillas con indiferencia, y se despidió cortesmente. Me ofendió un poco, en verdad.

Esperé que volvería, aun cuando nada dijo, y en efecto, volvió; al principio una vez por semana, después dos veces, y por fin, todos los días.

Pero yo no podía hablar de mi hija con la satisfacción de otras madres más dichosas. Pasó un año, el segundo casi entero, sin que Henny diera muestras de andar ni de hablar. Este retraso no me había chocado, porque yo no veía otros niños, hasta que un día me

ocurrió preguntar á la portera qué edad tenía su hijo, que corría sólo por todas partes y llamaba á cada uno por su nombre, pareciéndome más pequeño que mi Henny.

—Año y medio, me contestó la mujer, contemplando con orgullo á su robusto niño.

Estas palabras fueron una puñalada para mí; escribí al momento al doctor para consultarle; cuando entró, le cogí del brazo, exclamando:

—¡Doctor, mi hija no es como los otros niños de su edad!

Se calló, mirándome con aire de profunda piedad: mis lágrimas empezaron á correr por la primera vez después de tanto tiempo de amargura y de pesar. Yo quisiera llorar ahora como entonces.

Parecía que mi corazón iba á romperse, sin poder soportar aquel nuevo dolor.

El doctor se callaba.

—Pero, doctor, ¿no hay esperanza? exclamé al fin.

—Nada se puede decir con certeza, contestó.

—¿Desde cuándo lo sabeis?

—¡Desde hace año y medio ó más!

—¡Y nada me habeis dicho! ¡Qué crueldad!

—¡Para qué turbar vuestra corta alegría si nada podía hacerse!

—¡Pero esto es superior á mis fuerzas!

—Vos que habeis sido siempre tan heróica, seguid siéndolo, señora, sois el único sostén de dos criaturas desventuradas.

Mis lágrimas corrían siempre.

—Parece imposible, doctor, con esos ojos tan inteligentes, esa frente animada donde parece bullir un mar de pensamientos.

—Es verdad, son profundos como el Oceano y claros como el cielo, pero, como ellos, guardan su secreto.

—¡Ah! Yo no puedo soportar esto!...¡Pór qué no me habeis dejado morir!...¡Por qué, sabiendo cuán desgraciada soy!...

—Vos no debeis morir, teneis aquí deberes que cumplir, y ¡quién sabe lo que os espera aún!

—¡Y yo debo saberlo todo! ¡Ah! Yo tengo, como los demás, un corazón en el pecho y sangre en las venas que arde sin que yo la pueda apagar. ¡Jamás escucharé una palabaa de amor en respuesta á todo el amor que abrasa mi alma!... ¡Ah! ¡Yo no puedo!...¡Yo no puedo!....

No, imposible, yo no podía ser tan heróica como otras veces; me sublevé contra el destino, que me trataba tan impíamente, murmuré contra mi costumbre, quejándome desesperada de una suerte que no había merecido, preguntándome día y noche la causa de mi desgracia.

Sucede que á veces se quiere rechazar el cáliz cuando apenas se ha bebido la mitad, y es bueno que se sepa que en el fondo está lo

más amargo, y que una mano invisible le sostiene en nuestros labios, á pesar de los esfuerzos que hacemos por apartarlo. Lo que llamamos desesperación no es sino impaciencia, y yo estuve impaciente, pero no mucho tiempo.

"Tù comprenderás que después de un golpe tan rudo, la esperanza me animó haciéndome creer en un cambio próximo, y me esforcé en ocultar á todos el estado de Henny; entonces fué cuando te escribí sin decirte nada de mis penas."

Y en verdad, ¿qué podía decir?

Lo que podía contar era la desolación de Herbert en estos días; sin embrago, ¡qué paciencia tan sublime tuvo conmigo!...Me hablaba con las lágrimas en los ojos, siempre animándome y consolándome; me contaba su vida triste y solitaria hasta el momento en que me encontró, y ¡cuán preciosa le era mi amistad, bálsamo divino que cicatrizaba sus heridas!

Cuando me hablaba de valor y de esperanza, me avergonzaba de mi debilidad, cobrando fuerzas para hacer frente á la tormenta.

Ensayamos para que Henny pronunciase alguna palabra, hasta que el doctor nos lo prohibió, diciéndonos que más valía la dejáramos tranquila, acostumbrándome á esta desgracia como me había acostumbrado á las otras.

¡Oh! ¡Mi pobre Henny! ¡Qué pocas criaturas habrá en el mundo que hayan sido tan amadas y tan cuidadas como tú por tu infeliz madre!...

Yo quería darle la salud con efluvios de mi amor; pero en vano; otros crecían sanos y robustos sin tanto cariño, y mi pobre angel sólo tenía para agradecerme estos cuidados solícitos, su expresión angélica; quería tenderme sus bracitos, pero era como un relámpago esta chispa de energía; volvía á quedarse con sus ojos tranquilos y sus labios mudos, como un angel fuera de su centro.

Sin Herbert, yo no hubiera podido sobrevivir á este dolor. Su ternura y su abnegación tenían el poder de calmar mis sufrimientos. ¡Oh! Herbert, alma fiel, qué mal recompensado has sido!...

Yo no sondee mi corazón creyendo sentir únicamente las dulzuras de la más pura amistad. Herbert era sólo para mí el hermano más atento y cariñoso. En este concepto le esperaba siempre con la más viva impaciencia, sin embargo de que venía todos los días, en invierno y en verano, y me traía flores. Estos eran los únicos regalos que me hacía, para mí muy gratos, porque no salía nunca de mi pobre aposento, embalsamado con sus dulces perfumes.

A los tres años, Henny ni andaba aún ni hablaba, no pudiendo permanecer sentada sino cortos instantes. Herbert hizo por entonces, bien me acuerdo, un largo viaje que le tuvo muchos meses alejado

de mí; por aquella época estuvo á punto de morir Henny á causa de la dentición, y en la convalecencia empezó á rechinar los dientes y á morder sin cesar sus pequeñas manos, de manera que los dientes y las uñas los tenía casi gastados, penetrándome hasta los huesos aquel contínuo rechinamiento. A pesar de esto, la niña estaba cada día más hermosa; sus cabellos formaban gruesas trensas, pero sin brillo, como si fueran de lino; las mejillas finas y sonrosadas, y su piel como razo. Tuve que dejarla algunos días para ir á ver á mi marido.

—¿Eres tú? me dijo cuando me vió á su lado, estrechándome contra su corazón. ¿Me amas todavía?

Sin poder hablar, hice un signo de asentimiento que le causó viva alegría.

—Si tú me perdonas, entonces podremos vivir otra vez juntos y seremos dichosos; pero hasta que me hayas perdonado, tengo que permanecer prisionero en manos de estos verdugos.

De nuevo se extraviaba su imaginación, y tenía miedo. El médico me dijo que abrigaba muchas esperanzas de curación, y que yo no debía perder el ánimo. A nosotras las mujeres nos piden con frecuencia el valor ¡ay! No se hacían cargo de lo angustioso de mi situación...¡desde el padre á la hija y de la hija al padre! Este por fin me reconocía, no pudiendo suponer que le hubiese faltado: al menos era un consuelo.

Después de algunos meses, tuve carta de Herbert anunciándome su regreso; lloré de júbilo cuando entró en casa tendiéndome las dos manos. Su respiración era muy rápida, parecièndome oír los latidos de su corazón.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! dijo con voz temblorosa.

—¡Oh! Mucho...De tal modo me habeis acostumbrado á veros, que no tengo valor cuando estoy sola. He sufrido mucho, Herbert.

Este dia fué el primero que le llamé por su nombre; se extremeció y pasó su mano por el bigote para calmar su emoción; quiso hablar, pero yo me anticipé diciendo:

—He ido á ver á mi marido.

Frunció el entrecejo, y permaneció callado.

—Me ha reconocido en seguida, añadí, y el médico me dió muchas esperanzas de curación.

—El médico es un imbécil, replicó vivamente.

Yo no le había visto nunca tan irritado.

—¿Creeis, añadió en seguida, que se puede curar semejante enfermedad?

—Yo no lo sé, pero debo creer al médico que tiene tanta experiencia.

¡Ah! ¡Experiencia! Yo iré mañana á verle, y me dirá la verdad.

—Pero ¿por qué? ¡Esto no cambia mi vida!

—¡Es verdad! ¡No cambia nada!

Muy agitado se paseaba á lo largo de la pieza, no oyéndese durante algunos instantes más ruido que el de sus pasos, y el rechinamiento de dientes de la niña.

—¿Qué sueña? dijode repente parándose á escuchar.

—¡Qué decís!

—¡Ese ruido singular!

Yo estaba de tal modo acostumbrada á escucharle, que me figuré un momento que Herbert estaría loco. Me estremecí, y como no dije nada se acercó á la cuna de la niña y exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú? Después, volviéndose hacia mí, añadió: ¿Es que ahora está siempre royéndose las manos y rechinando los dientes?

—Desde la dentición la ha quedado la manía.

—¿Y el médico dará también esperanzas? dijo con amarga dureza.

Yo le miré tan asustada que se calmó.

—¡Perdonadme! exclamó. Os hago daño, pero es que no puedo soportar más tiempo vuestros sufrimientos. Yo no soy ni un héroe ni un mártir como vos, y todo mi sér se subleva contra ese destino, quo yo quisiera cambiar.

—¡Vos!...¡Mi único amigo!...Si vos desfalleceis, ¿qué haré yo?... No, no me pidais nada sobrehumano...

—¡Oh!...¡No, al contrario!...Yo no exijo nada sobrehumano, pero..

Tomó mi mano, la llevó á sus labios, y se alejó sin concluir la frase. No le volví á ver en muchos días, preguntándome con inquietud en qué había podido ofenderle y recordando sin cesar nuestra conversación sin descubrir nada. Al fin oí sus pasos, que me eran tan conocidos, ante mi puerta. Me levanté para ir á su encuentro, y retrocedí asustada; su aspecto sombrío me dió miedo.

—He ido á la casa de salud, me dijo.

—Y bien, ¿qué os ha dicho?

Mi corazón palpitaba hasta romperse.

—Parece en efecto, que hay alguna esperanza, dijo con voz ahogada.

—¿Le habeis visto?

—¡A él! ¡Oh! No por cierto; he visto al médico solamente.

—¿Y asegura la curación?

—Dice que va bien y que si no sobreviene una nueva crisis hay esperanza!.....¡Esperanza!...No la hay para la desesperación....para la tortura del alma!..

¿Qué pasó después? Yo no lo sé; todos los recuerdos se confunden en mi cabeza, mezclados con mis amargos sufrimientos; las horas pasaban á veces con la rapidez del rayo y otras como eternidades, según estuviera, sola ó con Herbert; le amaba con todas las fuerzas de mi alma. Su dulce y tierna voz me encantaba cuando

leía para distraerme; del mismo modo si me reñía por cualquier cosa. Al darme la mano se estremecía todo mi ser, reconociendo sus pasos en la calle, entre mil, procurando no oír la voz de mi conciencia, que me preguntaba callandito qué especie de sentimiento me inspiraba Herbert; yo cerraba los oídos á su voz, no pudiendo pasarme sin él; era muy malo sin duda unirle así á mi suerte, pero ¿cómo quedarme sola con mi desgracia?

Muchas noches las pasé de rodillas, pidiendo á Dios fuerzas para alejarle de mi lado, y formaba la resolución de hacerlo al día siguiente; sin realizarla, todo lo contrario, le esperaba con la mayor impaciencia cuando no venía pronto.

Las gentes murmuraban y yo no sabía, pues demasiado jóven y demasiado inocente, no podía pensar en las habladurías del mundo. Algunas veces quería persuadirme de que sólo me amaba como un hermano, no encontrando en mí ningunos atractivos que pudieran seducirle, fundando esta presunción en su silencio, pues no me hizo ninguna declaración; solamente yo leía su amor en sus ojos y en sus movimientos, pero no le daba pávulo.

Un día exclamó:

—En el caso de locura, sin esperanza de curación, el divorcio es posible sin ser un crímen.

Aun siento el sudor que subió á mi rostro al escucharle, estremeciéndose todo mi sér; me levanté, y extendiendo las manos hacia él en actitud de protesta, le dije con penoso acento:

—¡No digas eso, no digas eso!...Sería nuestra separación: yo no podría ya amarte si le fuera infiel...

Herbert había dicho aquellas palabras con la cabeza baja y fijos los ojos en un libro, y al escucharme alzó los ojos, me miró, y pasándose la mano por la frente, dijo:

—¡Entonces hay esperanza para él y no la hay para mí!...¿Quién de los dos es más desgraciado?

—¡Oh! Herbert, me partes el corazón!

—¿Y tú no partes el mío?

—¡Yo he jurado!...

—Es verdad, y respetas tu juramento.

—¡El no tiene más que á mí en el mundo!

—Y yo ¿à quién tengo?

—¡Tú!...Tú...tú tienes mucho más, tienes más de lo que he debido darte: tienes toda mi alma.

De su pecho salió un grito de júbilo á la vez que de dolor. Se levantó, me cogió en sus brazos, pero yo le rechacé dulcemente, muy dulcemente hasta que le eché fuera. Entonces cerré la puerta y fuí á caer de rodillas junto á la cuna de mi hija, que dormía con la paz de los ángeles.

—¡Dios mió!...¿Qué debo hacer?...¡Hija mía, dime tú qué debo hacer!...

La niña se despertó en este momento, me miró con sus grandes ojos muy abiertos y rechinó los dientes: era una respuesta. Yo no podía imponerle esta criatura que él miraba con repulsión; el rechinar de sus dientes era horrible para él; le hacía estremecerse. Algunas veces, queriendo vencer esta aversión, tomaba las manos de la niña entre las suyas, las retenía fuertemente, y entonces yo veía marcarse una arruga en su frente. ¿Y si nos la llevábamos y su padre venía á buscarla y no la encontraba? ¿Y si Herbert no la quería? Yo iba á causar la desgracia de los tres, iba á faltar á mis deberes de esposa honrada...¡Ah! No, no; si una nube me ofuscaba, pronto pasaba ante mis ojos, donde reflejaba la razón limpia y clara. ¡Qué días de prueba!...¡Qué rudo combate!...La dicha estaba delante de mí sonriéndome con éxtasis celeste; por otro lado, la amargura, la desgracia; ¡era preciso elegir!...Al uno, le daría la desesperación; pero estaba fuerte y podría soportarla; sin embargo, mi corazón se rompía al pensarlo; ¡Qué hacer!...¡Dios mío!...¡Y cómo dejar á dos pobres criaturas enfermas, expuestas á una miseria inevitable! ¡Dos seres desgraciados!........Abandonarlos por buscar una dicha efímera!...¡Ah!...No, primero la muerte.

Yo no dormía, y en este combate horroroso encanecieron mis cabellos. Herbert lo vió, y en sus arrebatos estaba tan pronto dulce y amable, como colérico y desesperado; en sus momentos de delirio decía: "Yo no puedo vivir así; yo necesito hijos que me acaricien, yo necesito un hogar y una mujer que me ame."

Oyéndole hablar así, me retorcía las manos hasta hacerme mal, y vacilaba.

—¡Si me asegurasen por lo menos que no había de recobrar su juicio!

Llegué á descuidar á la pobre Henny, dejándola confiada á su niñera y empezaba á molestarme el rechinar de sus dientes. ¡Yo no era ya una heróica!...A los ojos extraños puede una parecer un héroe, pero á nosotras mismas no nos podemos engañar; no vemos lo que siente el árbol en sus raíces cuando la tempestad sacude su copa; sólo admiramos su brío; se tiene firme, aunque sus ramas se desgarren. Así, yo podría desgarrarme, ¿y qué le importaba al mundo? Yo hubiera querido mil veces morir y no sufrir más. Deseaba los dolores físicos para no sentir en mí los morales. A fin de mantenerme en la senda del deber, escribí á la casa de salud, comprometiéndome á ir de vez en cuando si mi presencia era necesaria para activar la curación de mi marido. Así, ya no pude excusarme; fuí, y no solamente Reinaldo me reconoció, sino que me abrazó con la mayor ternura, llamándome su sostén, su único apoyo.

—¡Ah! Muy pronto estaré bueno, y entonces quiero recompensarte espléndidamente á tí, mi esposa fiel. Aún oigo voces extrañas, pero las conozco y no las temo; un poco de paciencia, y muy pronto podré volver á nuestra casa y viviremos juntos y felices.

Cada palabra era una puñalada para mí; estaba enfermo y todo lo esperaba de mí; yo era su refugio, su puerto de salvación.

Debí volver á casa de tal modo afectada, que todos me preguntaban si estaba peor.

—¡No, dije, al contrario, va muy bien!

Herbert entraba en este momento y lo oyó, conteniéndose hasta que estuvimos solos; después estalló en un furor indecible; se paseaba á largos pasos con los ojos fijos en el suelo, ó los alzaba con desesperación inconsciente de lo que hacía. Fué hacia la niña y le puso la mano en la boca para hacer que cesara su rechinar; no consiguiéndolo, la cogió y la sacó fuera. Yo no dije nada, le miraba y le dejaba hacer, siempre inmóvil, sentada delante de una mesa, sosteniéndome con los brazos, porque mi debilidad era inmensa.

—¡Vete! le dije al fin, vete, necesito dormir, necesito descansar.

Apénas salió, caí sobre un canapé y ya no pude moverme más; estaba como paralítica, mis miembros perdieron su juego, olvidé cómo se mueve la cabeza, y ni aun podía servirme de mis manos. Hasta la lengua se trabó, no pudiendo pronunciar con claridad las palabras; mis ojos se cerraban sin cesar, pero no dormía, y no hubiera tomado alimento alguno sin Herbert, que me alimentaba como á un niño, rogándome y llorando sin decirme nada que pudiera ofenderme ni agitarme.

Una ó dos veces al día, me llevaban á Henny y la colocaban junto á mi rostro para que pudiera besarla, pues no podíamos ir una hacia la otra. Mi enfermedad se prolongaba tanto, que temían no pudiera levantarme en mucho tiempo, y entonces tuve otra mala noticia, la crisis tan temida en Reinaldo, se había presentado y me llamaban para que si tenía un desenlace fatal estuviera yo presente. También podía ser la salud el resultado de aquella crisis.

Apenas leí la carta, salté del lecho y con gran trabajo me vestí, empezando á andar de un lado para otro con una inquietud indecible. En mi debilidad y mi emoción, mi cuerpo vacilaba sin apercibirme de ello y hubiera caído en tierra sin el oportuno auxilio de Herbert y el doctor, que entraron al mismo tiempo.

Dieron un grito de asombro al verme levantada y yo les dije:

—Ya he estado bastantes días enferma, no tengo tiempo de estarlo más.

Ni Herbert ni yo nos dijimos una palabra de lo que llenaba nuestra alma toda entera; ellos leían y comentaban en voz alta la carta, y yo me paseaba como una leona en su jaula.

—Yo me hallaré bien pronto como Henny, porque no puede estar ni un minuto tranquila.

Herbert lanzó una exclamación acompañada de tal mirada, que no me quedaron ganas de repetir mis palabras.

Tuve que volverme al lecho, falta de fuerzas, esperando siempre las deseadas noticias de mi marido.

Aquellos días, á pesar de sus tempestades violentas, tenían un encanto indefinible para nosotros; nuestros corazones se entendían, y sin embargo, no hablábamos jamás del porvenir, sólo del pasado.

La carta esperada llegó, pero su vista me hizo temblar porque la letra, aunque insegura y alterada, era de Reinaldo. En un gran rato, no pude abrirla; mis dedos temblaban; decía:

"Mi dulce, mi fiel esposa:

"Agradezco á Dios desde lo más profundo de mi alma, haberme sacado de la noche, á la luz del día. Pasado mañana estaré en tus brazos.

"Siempre tuyo,

"Reinaldo."

Venía adjunta una carta del director de la casa de salud, en la que me anunciaba que mi marido se había curado como por milagro y que deseando vivamente volver á su casa, no podía rehusarle aquel placer, advirtiendo que era necesaria una gran precaución y mucha traquilidad para asegurar la curación.

Yo leí veinte veces las cartas, y mientras leía, sentí un desvanecimiento horrible; todo giraba en torno mío.

Ya no era hora de pensar en Herbert; el deber se imponía, pero yo no soy una heroina......no, no. Es bueno que no pueda leerse el pensamiento en la frente y que la boca calle, no dejando ver las vacilaciones del corazón cobarde. Sólo Dios y yo sabemos los sufrimientos de aquellos días, los secretos tormentos de mi alma, que huyeron para siempre ante la aureola del deber, que es el bálsamo de la conciencia.

Cuando Herbert llegó, le tendí la carta, sin decir una palabra.

La leyó y la estrujó en sus manos, volvió á abrirla y la leyó otra vez, y todavía otra, como si no la comprendiera ó no pudiera darle crédito; sus manos temblaban y una gruesa lágrima cayó sobre el papel. Me arrojé en sus brazos, permaneciendo largo tiempo estrechada contra su corazón; ni uno ni otro podíamos hablar en esta hora de agonía; él besaba las lágrimas que brotaban de mis ojos, suspirando como si su corazón fuera á romperse. Varias veces intentó hablar y no pudo, sacudió la cabeza y sonrió lo mismo que sonríe un moribundo. Ya cerca de la puerta, se volvió todavía y me dijo: "adios," desapareciendo.

Yo caí de rodillas, ciega por las lágrimas.

Debo tener mucha fuerza puesto que no perdí entonces la vida al sentir los dolores que como flechas me atravesaban el corazón. Tuve que apretarme la boca para no gritar. De repente oí á cierta distancia el rechinar de los dientes de Henny y cuando levanté los ojos, la niña apareció en la puerta como un fantasma, teniéndose sola por la primera vez sin auxilio ageno; corrió vacilante y se arrojó en mis brazos, balbuceando "mamá." La niñera venía detrás radiante de alegría por la sorpresa que me había dado; pero se quedó aturdida al verme tan abatida, procurando distraerme con el relato de la manera cómo había conseguido el milagro de hacer andar á la niña.

Preparé para Reinaldo el cuartito de Henny, á la que me propuse desde luego acostar conmigo, y desde aquel día ya no tuve nervios, estaban suprimidos para siempre.

Advertí que la niñera, la doncella y la cocinera, me miraban con asombro y fuí á contemplarme en el espejo; mis cabellos estaban completamente blancos.

¡Ah!...¡Yo quería escribir una carta!...¿Donde estaba pues?...

"Tú comprenderás ahora mi silencio."

Y si ella supiera todo esto lo comprendería mejor.

"¿Qué diré yo de aquella serie de años, todos iguales? Años de temor y de esperanza hasta el momento en que Henny dió sus primeros pasos casi al propio tiempo de la curación de su padre?

"El momento de volverle á ver. me conmovió como no te puedes imaginar. Reinaldo, que se había convertido en un viejo, miró con tristeza mis cabellos blancos y cuando vió á Henny, preguntó:

—"¿Es nuestra?...

"No terminó la palabra, estallando en sollozos tan terribles que tuve miedo por él, temí un nuevo ataque de su enfermedad, una ruptura del corazón ó una apoplegía. Pero el huracán pasó sin desagradables consecuencias: al contrario, pareció hacerle bien aquel desahogo, desapareciendo para siempre su carácter de otras veces. Era otro hombre, tierno y amable."

Aún me parece verle coger á Henny por la primera vez sobre sus rodillas, oprimir su cabecita contra su pecho y retenerle las manos para evitar que las mordiera; pero de diferente modo que lo hacía Herbert. Entonces yo rodeaba con mis brazos á mis dos niños, el grande y la pequeña, y les pedía perdón en el fondo de mi alma de haber podido olvidarlos un instante.

"Después, nada de notable ha pasado en mi vida. Henny se ha hecho una mujercita muy guapa y pronuncia algunas palabras que sólo Reinaldo y yo comprendemos; damos largos paseos apoyándome en el brazo de mi marido, contemplando las flores, las mariposas y nos regocijamos cuando hace un sol hermoso, contentos también durante el frío y la nieve, vemos las hojas caídas que arrastra el viento. Inventamos sobre esto alguna historieta y los transeuntes nos miran; pero esto no me enbaraza ya; yo los miro también con inpertinencia, hasta que se alejan.

"Leemos juntos, lo que le hace dormirse algunas veces y yo continúo leyendo para que no se despierte. Otras noches jugamos á la lotería con la esperanza de que bien pronto aprenderá también Henny y jugará. Reinaldo se complace mucho en peinar á Henny; hace y deshace con verdadera pasión sus magnificas trenzas que llegan al suelo, y ahora están los dos tan contentos y se entretienen tanto juntos, que me dejan libertad para ocuparme en las cosas de la casa. Me he convertido casi en un hombre de negocios; todo pasa por mi mano y bajo mi dirección.

"Ya ves que nuestra casa no es propia para un muchacho, donde pasamos una vida insípida y monótona. Perdóname esta larga carta; pero tú lo has querido, ten ahora la paciencia de leerla; me he hecho en la vejez una bachillera, tanto más habladora, cuanto que tengo raras ocasiones de poder hablar.

"Adios, pues, envíame con tu hijo, tu retrato para que yo pueda figurarme cómo eres ahora. Agradezco mucho tu fiel recuerdo, que me agradó infinito.

"Tu antigua amiga,

AGASTA."

FIN.

EN DILIGENCIA.

(*Concluye*).

III.

Aun no terminaba la comida, cuando se presentó el *sota* diciendo con voz de mando:

—Vámonos, señores!

A regañadientes y protestando contra tan dura tiranía, nos levantamos apresurados á ocupar nuestros estrechos asientos en el interior del carruaje. La reciente comida y el calor del medio día habían tornado más gruesos los cuerpos, aumentando la incomodidad general. No obstante, apenas comenzó la marcha, se notó que reinaba bastante buen humor entre los pasajeros, porque todos, sin exceptuar al mismo sacerdote, se mostraron más ó menos locuaces. Tan cierto es así que la alimentación regocija hasta los corazones más tétricos.

Elisa misma parecía más expansiva, y aun tuvo un rato de afable conversación con el caballero de la barba, lo que me hizo ponerme hosco y taciturno, pues á fuer de moro, soy casi tan celoso como Otelo. Ella lo notó y me dijo sonriendo:

—¿Se siente U. malo?

—Nó, le contesté brevemente.

—Entonces ¿por qué está U. tan callado?

—Oía la conversación.

—No vaya U. á dormirse—prosiguió con risa graciosa—sería imperdonable.

Me dijo lo demás con los ojos, haciéndome extremecer de emoción con la corriente magnética de su mirada. Con esto se desvaneció la nubecilla que había nublado un punto mi cielo, y continuó

sin interrupción nuestro sabroso tiroteo de miradas, sonrisas y frases melosas. Elisa no habló ya con el de la barba, y procuraba cuidadosamente no verle, sin duda para tenerme contento; lo que me puso, en efecto, en el colmo de la beatitud, porque me hacía triunfar dos veces, es á saber, en mi inclinación y en mi amor propio.

De pronto se oyó pronunciar á uno de los caballeros gordos esta frase fatídica:

—Aquí roban.

Hubo un momento de silencio.

—Sí—prosiguió el mismo—este punto es famoso por su inseguridad, porque se presta grandemente para las emboscadas.

Cruzábamos, á la sazón angosta cañada, costeada por tupidos matorrales que interceptaban la vista á los dos lados de la carretera.

—Al través de esa hojarasca—continuó—los ladrones ven á los pasajeros sin ser vistos, y los atacan en el momento que les parece oportuno. Algunas veces se anuncian haciendo fuego con sus rifles.

—¿Aun cuando no se les haga resistencia?—preguntó Elisa con sobresalto.

—Sí, señorita—contestó el otro señor gordo—aun sin saber si se les hará ó no resistencia. Hace cuatro días precisamente, venía yo en este mismo coche para Querétaro, cuando de repente me despertó de la siesta que dormía, el ruido de los balazos. Eran los ladrones. Aquí pueden ver ustedes los agujeros de las balas.

En efecto, nos mostró dos en los barrotes del coche, cuya vista nos hizo á todos muy mala impresión. Recibir una bala traidora salida de aquellos matorrales, no era una expectativa propia para regocijarnos.

—Por fortuna á nadie le hicieron daño—continuó el mismo caballero.

—Y ¿fué robada la diligencia?

—No, señor: á mí no me han robado nunca; antes me dejaría matar que consentirlo. Eramos tres los pasajeros; pero uno no quiso defenderse. El otro y yo hicimos parar la diligencia tan luego como sonaron los tiros, y echamos pié á tierra con los rifles en la mano. Dimos orden al cochero de que continuase la marcha, y custo-

diamos el carruaje hasta que salimos del punto peligroso, batiéndonos con los bandidos.

—¿Cuántos eran? preguntó otro de los oyentes.

—Media docena: dos de á caballo y cuatro de á pié. Al llegar á un arroyo que está más abajo, se nos echaron encima con furia. Entonces mandamos parar el coche, y defendidos por las ruedas, hicimos una vigorosa resistencia. Tuve la fortuna de acertar un tiro en el pecho á uno de los ginetes; esto nos salvó, porque al verle caer, huyeron los otros.

Desde aquel momento, mi voluminoso adlátere tomó para todos las proporciones de un heroe.

Comenzó luego el recuento de armas. Nadie llevaba pistola, sino el viejo militar. Todos protestábamos que por olvido habiamos dejado en casa nuestros rifles; la verdad es que nadie había salido con intención de combatir.

—No importa—dijo el héroe del reciente asalto—si salieran, no me dejaría robar, aunque me mataran.

—Pero ¿cómo se defendería U?—le pregunté.

—Con lo que pudiera, aun cuando fuese con piedras.

En aquel momento sonaron recios golpes en el techo de la diligencia, manera tradicional en los cocheros, de anunciar la proximidad de los ladrones, y oímos una voz recatada que nos dijo desde el pescante:

—Prevénganse, señores, que *ay viene la pela.*

La sangre huyó instantaneamente de todos los rostros, desencajáronse las facciones y tornáronse trémulas las manos. Lúgubre silencio de expectación y ansiedad se hizo en la diligencia, y comenzó el sordo y apresurado trabajo de ocultación de dinero y objetos pequeños, acostumbrado en tales casos. Hiciéronse agujeros en el cielo del coche, y por allí se introdujeron relojes y bolsitas. Algunos pasajeros deslizaron anillos y monedas en su calzado; otros en medio de su azoro, no hicieron más que dejar caer en el piso del coche, lo mismo que querían salvar.

Por mi parte, confieso que no sabía qué hacer, ni me daba cuenta de lo que hacía. Creo más bien que no hacía nada, pues recuerdo que en medio de mi aturdimiento, oí la voz de Elisa que me dijo:

—Deme U. el dinero para escaparlo.

Saqué rápidamente de los bolsillos cuantas monedas grandes lle-

vaba, y se las dí á la joven, la cual se echó todo aquello al seno, juntamente con sus anillos, portamoneda, pendientes y relój, de todo lo cual se había despojado con tanta prontitud como presencia de ánimo.

No hubo tiempo para más. De detrás de los matorrales salieron como doce ginetes bien montados, vestidos y armados, con los rifles preparados en la mano, y corriendo hacia el cochero, le intimaron que detuviese la marcha. Paróse en efecto la diligencia, y acto continuo vimos aparecer por las ventanillas las bocas de los rifles, y oímos las voces amenazadoras de los bandidos.

—Las armas! las armas!—decían unos.

—Cuidado con moverse, porque los *ajusilamos!*—decían otros.

—Pié á tierra!—vociferaban aquellos.

—Señores, no traemos armas—repuso el viejo militar con sangre fría.

—Entonces, pié á tierra, y al que se las encontremos le....

Bajamos del coche en medio de una granizada de insultos, interjecciones y palabras soeces. Los bandidos son brutales por cálculo; de esta manera logran intimidar á sus víctimas. Así es que blasfeman y maldicen como unos condenados, mientras dura la faena; sus denuestos son como el acompañamiento del despojo y afectan los nervios y el espíritu de los que sufren sus demasías, más allá de toda ponderación.

Apenas había yo echado pié á tierra, cuando se me acercó uno de los ladrones, también á pié, que llevaba el caballo por la brida:

—El relój—me dijo con voz de mando.

Hacía tanto tiempo que no me oía tratar con tanta altanería, que me quedé como sorprendido é indignado. Molesto con mi tardanza, echó mano el bandido á la leontina, y tirando con fuerza, me arrebató el reloj desgarrándome el chaleco. Sentí que me zumbaban las sienes y clavé una mirada furibunda en el rostro del malhechor, que era un mozo como de veinte años, moreno, de ojos verdes y nariz chata.

—Baje los ojos!—me gritó entonces levantando el rifle.

Como no los bajé tan pronto como hubiera querido, me dirigió un golpe con el cañón del arma, que evité esquivando el cuerpo; pero levantó nuevamente el rifle para descargarme otro, y yo no sé qué hubiera sucedido, á no haberse interpuesto Elisa suplicante.

—Déjelo U., señor—le dijo interponiéndose entre mí y el bandido.

—Voy á matar á este... contestó el malvado.

—No, señor, por el amor de Dios—presiguió ella llorosa.

Por mi parte, no articulaba palabra. Era como expectador inerte de la escena.

—¿Qué es eso, con mil demonios?—gritó un ginete acercando su brioso caballo á nuestro grupo.

—Que este... me está provocando con los ojos; parece que me quiere comer.

—No, señor,—replicó Elisa—es que el señor está muy enojado.

—Oyes vale, ¿y no es más que eso?—preguntó el de á caballo.

—Pero me la ha de pagar!—dijo el bandido.

—Hombre, la cosa no es pa tanto; es menester que no seas tan escandaloso. ¡A ver si te vas yendo pa allá!—y le señaló con la espada desnuda que llevaba en la mano, otro lado de la escena. El bandido se alejó profiriendo maldiciones; pero obedeció, porque aquel ginete era el capitán de la cuadrilla.

—No tenga usté cuidado, chatita,—continuó el capitán volviéndose á Elisa. Está usté muy asustada, tenga pa que se remoje la boca. Y le alargó una botella de aguardiente.

Hizo Elisa como que bebía y se la volvió luego; el capitán me la pasó, diciéndome con tono entre respetuoso y burlón:

—Tenga, amo, eche un trago.

La tomé, lo eché en efecto, y me sentí un tanto confortado.

Muy cerca de mí estaba un caballo sin ginete, perteneciente á uno de los bandidos. ¡Con qué gusto lo hubiera montado, le hubiera hundido la espuela en los ijares y le hubiera soltado la rienda! Me acordé inconscientemente de aquellos hermosos versos de Espronceda, que me sonaban como música en la ocasión presente:

¡Un caballo, un caballo, campo abierto,
y dejadme frenético correr!

De tan grata absorción vino á sacarme la voz del capitán.

—Amo—me dijo—¿lo cree que me cuadra su sombrero?

—Aquí lo tiene U.—le dije con prisa, aprovechando aquella coyuntura para manifestarle mi gratitud.

Tan luego como lo hubo recibido, agregó:

—Amo, pa usar esta gorra necesito ponerme catrín; ¡cómo no me regala su saco!

Díle también el saco; en seguida me pidió dinero, y tomó por su propia mano la moneda menuda que había quedado en mis bolsillos. Receloso de que algo hubiera ocultado, hízome un registro en casi todo el cuerpo, y no me dejó de la mano hasta que se convenció de que no tenía nada sobre mí.

Entre tanto que esto pasaba, los demás bandidos, siempre injuriando á los otros compañeros de viaje, los habían despojado de diferentes prendas de ropa, y habían acabado por ordenarles se mantuviesen inmóviles y de espaldas en un recodo del camino, bajo la vigilancia de dos ginetes. Los otros, pié á tierra, rompieron las cadenas y lazos que aseguraban los equipajes á la zaga y techo de la diligencia, y dejaron caer por tierra con recio fracaso, las cajas, maletas y balijas que allí venían en apretada confusión.

Una vez en el suelo la carga, con la mayor barbarie, como si aquellos desalmados no perteneciesen á una sociedad civilizada, rompieron las maletas y cajones á culatazos, pedradas y sablazos, destruyendo muchos objetos sin necesidad, pues ni siquiera los dejaban útiles para ellos. Mantillas valiosas de mujer se las enredaban al cuello en forma de bufanda; en los trajes de seda formaban líos de ropa, tirándolos por tierra; y cuando dos ó más á la vez querían un mismo objeto, le tomaban al propio tiempo, tiraban de él con violencia, y lo desgarraban ó rompían en otros tantos fragmentos. Hallaron por acaso algunas cajas de cerveza, y en un momento las acabaron, no tanto por la que bebieron, como por la que tiraron por tierra, pues abrían las botellas rompiéndoles á golpes el cuello, de manera que la mayor parte del líquido espumoso, se vertía por el suelo. La escena parecía una reproducción en miniatura, de las hazañas de los vándalos.

En esto, un suceso imprevisto vino á agravar la situación. El mozo chato y de ojos verdes que tanto quehacer me había dado, pasó al otro grupo sembrando la consternación; era el más feroz de todos los bandidos. Por quítame allá esas pajas, dió varios golpes con el cañón del rifle, á uno de los caballeros gordos; visto lo cual por el otro también gordo—el valiente—cayó de rodillas con las manos enclavijadas, pidendo perdón. El bandido le asestó un puntapié por toda respuesta en la mitad del pecho, derribándole sobre las espaldas, y pasó adelante. El viejo militar había quedado intacto hasta entonces; serio y mudo, contemplaba los sucesos con mirada glacial. Cuando el de los ojos verdes se acercó á él, quedóse inmóvil, viéndole de hito en hito. Echóle el ladrón mano á los bolsillos y sacó algún dinero y un reloj de níquel; en seguida pretendió hacerle un registro general en busca de otros objetos. Resistió-

lo el militar, insistió el bandido, y al fin, logró cerciorarse de que conservaba su pistola.

—A ver esa pistola—le dijo—viejo....

—Esa nunca—contestó el militar.

—Cómo nunca!—gritó el ladrón dando un paso atrás y requiriendo el rifle con ambas manos.

—Nunca!—gritó el viejo con iguales apóstrofes; y sacando rápidamente el revolver, apuntó con él al bandido.

—Qué es eso!—gritó el capitán espoleando su caballo y lanzándolo á galope al lugar de la escena.

Por todas partes acudieron los ladrones requiriendo sus armas. Un momento más, y el viejo militar hubiera sido hecho pedazos por aquella turba de furiosos; mas se interpuso por fortuna, entre ellos y el valiente anciano, el sacerdote moreno que venía en la diligencia.

—Deténganse! deténganse!—gritó con imperio, y se metió en medio del grupo.

—Padre, hágase á un lado—dijo un bandido—porque si no le....

—No,—les dijo—hijos, no cometan un asesinato inútil.

—Es necesario matar á ese viejo......

—Silencio!—dijo el capitán—padrecito, ¿qué quere usté que se haga?

—Que no le hagan daño á este señor ni á ningún pasajero; y por lo demás, pueden quitarnos cuanto tenemos.

El capitán reflexionó un momento.

—Bueno—dijo;—pero que ese... entregue la pistola.

El padre se la quitó de la mano sin resistencia, y luego la entregó á su interlocutor.

—Está bien—dijo éste—que nadie le haga nada á ese...; pero una vez que estos... no entienden de consideraciones, pela general con ellos, muchachos!

Nuestro espíritu se sosegó de pronto; pero poco duró nuestro regocijo.

Apenas dada la orden, los bandidos se precipitaron sobre nosotros, haciendo funciones de ayudas de cámara. Nos despojaron de nuestros vestidos, y nos dejaron en paños menores, salvándose sólo de esta vejación, el sacerdote y los niños.

Elisa entregó sin resistencia el chal, el cubrepolvo y el traje: pero se resistió abiertamente á despojarse de otras prendas de ropa. Algunos bandidos pretendían quitarle el corsé; pero se opuso de tal manera, tanto por decoro como por amor á sus alhajas, que hubo de oirlo el capitán, que vino á impartirle auxilio.

—Hombres, les dijo—no sean tan groseros con las mujeres; ¿qué más quieren que les dé esta chatita?

Y la libertó así de mayores ultrajes. Aunque turbado por los sucesos, no pude menos de contemplar con admiración la graciosa

figura de Elisa. La blanca enagua bastante corta, dejaba al descubierto hasta más arriba de las botinas; el corsé listado de rojo, parecía hermoso corpiño hecho para lucimiento exterior; la garganta y los brazos desnudos, eran dignos de la estatuaria. Parecía poética pastorcilla de idilio virgiliano.

Concluido el despojo de los trajes, no tuvieron ya que hacer los bandidos, sino formar grandes líos con nuestras propiedades, amarrarlos á la grupa de sus caballos, é internarse en los matorrales.

—Ahora, sí, amos, hasta la vista—dijo el capitán quitándose el sombrero, con tono zumbón;—ustedes dispensen.

Y se fué en pos de sus compañeros.

Cuando nos quedamos libres de la cuadrilla, echamos tristes miradas á nuestros equipajes. No restaba de ellos más que un montón informe de tablas, telas y papeles rotos, entre los que apenas se encontraba uno ú otro objeto entero y servible.—Con apesarado silencio arrojamos aquellos harapos en la covacha y pescante, á fin de examinarlos más despacio en la posada.

Hecho esto, nos arrojamos una mirada investigadora los unos á los otros, y nos habríamos, después de ella, internado de buena gana en los bosques, como Adán y Eva después de comer la manzana, á no inspirarnos horror los matorrales. Pero, á falta de vegetales tan decorosos como la higuera, recurrimos al disperso archivo de las balijas, que, rotas por los bandidos, habían derramado por el suelo sus intestinos de cartas y periódicos. Escogimos los más grandes entre éstos, y nos envolvimos en ellos lo más cuidadosamente que pudimos. Recuerdo que Elisa, á fin de ocultar su hermosa garganta, hizo un agujero en el centro de un número del *Monitor Republicano*, y pasando luego su hechicera cabeza por aquel conducto, se colocó el papel sobre el pecho y la espalda, como casulla de sacerdote.

Todos—con excepción de ella—estábamos altamente ridículos. Por amor propio no describo mi estampa; era muy triste, lectores, palabra de honor. Los caballeros gordos semejaban unos Cupidillos en camiseta, calzones y calcetines; en realidad, eran más gordos de lo que parecían. Tenían ondas y desbordamientos de carne en el busto y en el vientre, que nadie hubiera sospechado. En cambio, el militar adolecía de una flacura digna de Tanner al 40. ° dia de ayuno. Era sólo piel y huesos, como el rocín de D. Quijote. El caballero de la barba, con la idem partida á la Maximiliano, peinado á la Capoul, en calzones interiores, descalzo y con chaleco á raíz de la piel, era una caricatura viviente.

Además de esto, ¡qué secretos de lavandería salieron á relucir en aquel punto y hora! Nunca ha prestado la prensa tan importantes servicios á la humanidad, como en aquella coyuntura en que puso á cubierto sus flaquezas; no hay duda que Guttemberg merece las estatuas que se le han levantado.

En tan triste condición tornamos á entrar en la diligencia, donde hallamos hendido el cielo y abiertos los cogines por las dagas y puñales de los bandidos, que, como duchos en la materia, comprendieron que allí podrían hallar ocultos objetos de valor, como en efecto los hallaron. Solamente Elisa pudo salvar en su corsé su pudor y sus alhajas, y además, un poco de dinero de mi propiedad.

Instalados en el coche y renovada la marcha, á instancia del sacerdote, se rezó un rosario con gran recogimiento. Terminado el rezo, comenzó á circular una botella de Cognac de propiedad desconocida, y que se salvó no sé cómo. El viejo militar se achispó de allí á poco, y se dió á hablar de un hilo, como si hubiera querido indemnizarse de su anterior mutismo. Su lenguaje era cuartelero legítimo, y lanzaba contra los ladrones ternos capaces de hacer temblar el Continente. Recuerdo una frase suya que me hace reir siempre que se me viene á las mientes:

—¡Qué bocas de condenados!—decía aludiendo á los bandidos—¡pues qué! ¿no veían que estaban delante de señoras? ¡Mal haya....! —y soltaba maldiciones y blasfemias más crudas que las de los mismos ladrones.

De esta manera, envueltos en papeles como quincallería fina ó fruta conservada, llegamos á Tula obra de las ocho de la noche, avergonzados y silenciosos, á modo de soldados derrotados que fuesen huyendo y hubieran perdido la bandera.

IV.

La hora del alba sería cuando salimos de Tula para continuar nuestro camino. La mañana estaba oscura, y dentro de la diligencia era de noche; mas á pesar de la oscuridad, luego echamos de ver en nuestra mutua observación todos los pasajeros, que habíamos cambiado nuestras vestiduras de papel por otras menos rudimentarias. El vecindario del pueblo, en efecto, puso á nuestra disposición toda su guardarropía, la cual, no por ser de moda desconocida y de medio uso, dejó de ser para nosotros preciosa en tan críticas circunstancias.—Por lo que hace al pago del hospedaje, Elisa y yo, que habiamos conservado nuestros fondos, abrimos un crédito fraternal á nuestros insolventes compañeros. Así, pues, cúpome la satisfacción de protejer aquella madrugada al señor de la barba con un par de duros.

Cerradas las ventanillas por lo cortante del aire matinal, rebujados en nuestras mantas y envueltos en la sombra, caminamos varias horas guardando completo silencio, medio asfixiados por la falta de

aire respirable y por el humo de varios enormes puros que ardían dentro del carruaje como otros tantos tizones diabólicos. Hubo un momento en que todos dormían, excepto Elisa y yo, á quienes el amor traía inquietos y desvelados.

Ignoro cómo pasó el hecho; no sé si fuí yo quien dió el primer paso, ó si fué suya la iniciativa; el caso es que á través de la distancia y de la sombra, la mano de Elisa y la mía se encontraron y se estrecharon porfiadamente. Siempre que algún pasajero encendía un fósforo para dar lumbre á su puro, se desasían nuestras manos con prisa; lo mismo que cuando alguna otra bajaba el vidrio de las ventanillas, ó cuando algunas voces emprendían algún diálogo; pero inmediatamente que pasaba el peligro, nos buscábamos como ciegos, en medio de la oscuridad, y tornábamos á enlazar amorosamente nuestras manos. Temo, con todo, que á pesar de nuestras precauciones, haya sido advertida aquella evolución por más de algún pasajero; y me fundo para sospecharlo en que, como estábamos distantes ella y yo, teníamos que inclinar el cuerpo sobre los vecinos á fin de alcanzarnos, y además, en que nuestros brazos formaban una especie de barra diagonal en el vehículo, con la cual más de una mano tropezó de vez en cuando.—A decir verdad, tal contratiempo, si bien me causaba pesadumbre por Elisa, por lo demás me daba regocijo, porque hacía á mis envidiosos compañeros, testigos de mi triunfo y de mi dicha. Esto me complacía, sobre todo, por el caballero de la barba; ¡qué gusto me daba pensar en que lo hiciese rabiar nuestra dulce maniobra!

Pero en esto, y á lo mejor de mi éxtasis, repentinamente tropezó una de las grandes ruedas del coche contra un obstáculo demasiado grande, subió gimiendo á impulso de las robustas mulas, y perdió el equilibrio nuestro vehículo. Hizo dos ó tres tentativas para recobrar el aplomo; pero como la rueda había trepado demasiado alto, la gravedad se manifestó por el techo, donde había nuevos pesos, y el armatoste se volcó pesadamente de costado, como un voluminoso elefante.

Apenas alcancé á darme cuenta de aquellos sucesos, porque fué instantáneo su desarrollo. Los demás pasajeros, con excepción de Elisa, despertaron demasiado tarde para analizarlos. El hecho fué que á la caída del carruaje, reinó entre nosotros la más grande y lamentable confusión que sea dable imaginar. No se oían en medio de la oscuridad, más que los gemidos de los niños, los gritos de las mujeres y las interjecciones de los hombres. La caida nos había hecho converger hacia el costado del vehículo que le servía de base; allí estábamos los unos sobre los otros, oprimiéndonos con nuestra propia masa, é impidiéndonos todo movimiento. No había, además, quien pudiese orientarse. Acostumbrados á la posición habitual del carruaje, buscábamos la escapatoria hacia nuestros la-

dos, sin advertir que ahora estaban éstos formados por el piso y el techo del armatoste. Largo rato trascurrió para que atinásemos con la salida, que se encontraba hacia arriba, pues aquella colocación era la que tenía la única portezuela disponible. La débil claridad de la mañana que por ella penetraba, la hacía aparecer muy distante. Su vista me hizo el efecto de una claraboya abierta en el techo de profunda mazmorra.

Al fin comenzaron á salir los pasajeros, habiéndome tocado la mala ventura de ser uno de los postreros, porque los caballeros gordos gravitaban sobre mí con su peso enorme de cuatro ó cinco quintales. Cuando se pusieron en pié y me pisaron como á vil alfombra, no pude más, é indignado, les apliqué fuertes mojicones en las robustas pantorrillas para que me dejasen libre. Disponíame ya á salir, olvidado en mi egoísmo de lo más precioso que había para mí en la diligencia, cuando me oí llamar por mi nombre.

—Elisa—contesté—¿dónde está U.? ¿se ha hecho U. algún daño?

—Creo que no—me respondió;—pero no sé dónde me encuentro, estoy como perdida.

—La portezuela está arriba; espere U. un momento.

Púseme en pié y le ayudé á levantarse. Supliqué luego á los que estaban en salvo, que me prestasen su ayuda, y entre todos pusimos á Elisa fuera del carruaje, no á fé sin bastante trabajo, tanto por lo alto del conducto como por el peso de la hermosa.

—Gracias—me dijo á la salida estrechándome la mano.

Una vez todos fuera del armatoste, nos pasamos en revista, como los soldados después de la refriega. Hallamos por suerte que habiamos sido afortunados después de todo, porque no había mal grave que deplorar en nuestras personas. Como la marcha era lenta, como la caída había sido gradual, y como aquel terreno no era pedregoso, no tuvimos que lamentar ojos saltados, huesos rotos ó molleras aplastadas. Todos estábamos, es verdad, más ó menos golpeados y rasguñados; pero ninguno tenía cosa de cuidado. Sólo el cochero, que al caer dió de cabeza contra una piedra, se había hecho una herida bastante considerable.

Mientras las señoras se ocupaban de atender al herido, los hombres nos consagramos á la laboriosa tarea de descargar la diligencia echando por tierra los equipajes, de restablecer el carruaje en su posición natural sobre las cuatro ruedas, y de volverlo á cargar en seguida.

Cuando todo estuvo concluido y las mulas enganchadas, subimos al cochero al techo de la diligencia y el *sota* empuñó las riendas del tiro. Incontinenti volvimos á entrar en el potro ambulante de nuestros tormentos, y prosiguió la marcha. Había salido ya el sol y la mañana estaba serena y hermosísima.

—¡Qué bonita mañana!—murmuró Elisa.

—En efecto—le dije;—pero ¡qué viaje tan desventurado ha hecho U.!

—No, señor, ¿por qué?

—¿Cómo por qué?—repuse atónito—¿Le parece á U. poco lo que nos ha sucedido?

—Pero, ¿qué nos ha sucedido?—insistió.

—Poca cosa! hemos sido robados y nos hemos volcado.

—¿Y qué?

—Que nuestro viaje ha sido un resumen de todas las calamidades que pueden acontecer en diligencia, porque muchas de éstas no tienen contratiempo alguno en la travesía, otras sólo son robadas ó sólo se vuelcan: pero muy raras son las que como la nuestra, sufren ambos contratiempos.

—Vamos—prosiguió Elisa—lo creía á U. de más espíritu. Pero ¿no ve U. que no ha sido todo esto más que una escaramuza sin consecuencia?—Los ladrones á nadie asesinaron ni hirieron; la caída nos ha dejado casi ilesos. En cuanto á las cosas que hemos perdido, eran de poca importancia; nadie lleva al camino lo más bueno y valioso que tiene. Así es que debemos considerar lo que nos ha pasado, como una serie de episodios interesantes, que le han quitado al viaje la monotonía y el fastidio. ¡Bonito hubiera sido éste, si no nos hubiera sucedido nada y no hubiéramos hecho más que dormir y sorber polvo por boca y narices!

Me sentí avergonzado ante tanta grandeza de alma y tanto romanticismo.

—No hay cosa más detestable—continuó—que los viajes en ferrocarril. Entra U. en el vagón, sopla la caldera, suena el herraje y se emprende la marcha sin sacudidas, en medio del rumor uniforme de los émbolos, sólo interrumpido á las veces por el ridículo y destemplado silbido de la locomotora. No puede U. sacar la cabeza por la portezuela, porque le caen chispas y carbones en los ojos; no hace U. conocimiento con nadie, porque todos permanecen aislados en sus asientos. Se ven los unos á los otros con ojos glaciales; á ratos duermen, á ratos leen sus periódicos; todos bostezan llenos de fastidio. A poco andar llega U. á una estación, luego á otra; en un momento se acaba la marcha. Arriba U. á su destino con un gran desabrimiento en el ánimo y un enorme vacío en la imaginación. ¡Nada de peripecias! ¡nada de emociones! Yo detesto los ferrocarriles.

¡Lástima que no hubiesen oído tan elocuente tirada los administradores de diligencias, ellos, que han pronunciado tantos discursos para demostrar las excelencias de sus pesados vehículos sobre la vía herrada y el vapor!

Me sentí avasallado por la elocuencia de Elisa, y me confesé derrotado.

—En este punto de vista—le dije—tiene U. razón. Por mi parte no me quejo, antes bendigo á la suerte porque....—no supe cómo acabar.

—¿Por qué?—me preguntó ella riendo—acabe U.

—Porque la he conocido.

—Lisonjero! La verdad es que U. es un ingrato, porque se quejaba hace poco de lo desventurado del viaje. Y me envolvió en una mirada arrebatadora.

V.

Algunas horas después, estábamos en Huehuetoca, y almorzábamos Elisa y yo alegremente en una mesita, en el *restaurant* improvisado que se levantaba junto á la estación del ferrocarril.

De pronto interrumpió Elisa una frase amorosa para decir con serenidad, fijando la mirada en la puerta de entrada:

—Tate! allí viene Antonio.

—¿Quién es Antonio?—le pregunté.

No me contestó, y en esto llegó hasta nosotros la persona aludida. Era un caballero como de cuarenta años, de buen aspecto y elegantemente vestido. Se fué en derechura á Elisa, la que, puesta en pié, le dió un abrazo. Hecho esto, volvióse ella á mí y pronunció mi nombre. Saludé y me puse á las órdenes del nuevo personaje. En seguida, prosigió Elisa haciéndome la presentación del caballero:

—Antonio Rodriguez, mi marido.

—Servidor de U.—repuso él cortésmente.

—El señor—prosiguió Elisa mostrándome con el mayor aplomo—es un excelente amigo, y me ha prestado durante el viaje muy importantes servicios.

No sé qué murmuré en medio de mi turbación; lo que sí recuerdo claramente, es que me puse colorado.

—Muy agradecido—dijo Don Antonio;—espero que nos favorecerá U. con sus visitas. La casa de U. es...— y me dió la dirección.

—Tendré el gusto de visitarles.

—¡Cuidado con faltar!—dijo Elisa—no olvide U. las señas.

Protesté que no faltaría.

Con esto se fué la pareja, y yo me quedé como clavado en el sitio, pensando con horror en el nono mandamiento.

YUSUF-BEN-ISSA.



M. A. del Castillo.

VIDA BRILLANTE Y BREVE.

Ah! qui donc frappe ainsi dáns la mère nature
Et quel faucheur aveugle affamé de pâture,
Sur les meilleurs de nous ose porter la main?

MUSSET.

¿Cuál es, pues, la ley que preside á la siega de la muerte? La juventud, la virtud y el talento tienen título á nuestro modo de ver, para permanecer sobre la tierra mayor tiempo que la vejez, la malicia y la vulgaridad; así es que, cuando notamos que el exterminio se ejerce sobre los brillantes poseedores de aquellas excelencias, sin atención á su glorioso distintivo, engéndrase la confusión en nuestro espíritu, y una desolada protesta se alza contra los hechos desde el fondo de nuestro corazón oprimido. No podemos acostumbrarnos á ver abatidas con indiferencia, lo mismo las privilegiadas cabezas de los pensadores, que las oscuras de los mortales sin nombre, que pasan ignorados por la vida; lo mismo las juveniles, radiosas de ilusiones y alegría, que las agobiadas y cubiertas de nieve que se inclinan á la tierra en busca de reposo.

Ah! la soberanía de la muerte no se sujeta á ningunas pragmáticas; la humanidad es el campo donde siega: echa la hoz y cosecha al mismo tiempo rubias espigas abrillantadas por el sol y aduladas por el canto del céfiro, y espigas carçomidas ya, y apenas pendientes del seco y misérable tallo.

¡Y aun parece á las veces cortar de preferencia las más hermosas y erguidas!

¿Ambiciona, pues, ante todo, lo que forma el ornato de la sociedad, funda la ilusión del futuro y es acariciado y amado con más afán por el mundo? Diríase que así es en efecto, al verla despojar

á las naciones de sus héroes, á las ciencias de sus genios, á las almas de sus vates y artistas; que no parece sino que, envidiosa de la grandeza y felicidad terrenas, se lleva lo más hermoso y noble que descuella en la vida, para ornamento de sus reinos invisibles y misteriosos.

Así se explicaría que fuese tan breve á la continua, la existencia de los seres más ameritados y nobles, de todos los seres poéticos que cruzan por la tierra deslumbrando los ojos de las generaciones.

I.

Nació Manuel Alvarez del Castillo en Guadalajara, el 16 de Febrero de 1860, siendo sus padres los Sres. Don Antonio Alvarez del Castillo y Doña Luisa Lamadrid, personas acomodadas, de elevada posición social y dignas de toda estima. Creció Manuel rodeado del cuidado y solicitud de sus padres, que no omitieron esfuerzo por darle educación esmerada. Vió siempre en su casa estimadas las letras, y oyó hablar de las artes con entusiasmo, pues su familia no ha sido de aquellas que, desvanecidas por la elevación, no aprecian más que las riquezas, y desdeñan las nobles manifestaciones del espíritu. Esas delicadas aficiones, fuéronse infiltrando inconscientemente en su alma y enjendraron en ella desde muy temprano, aquel decidido amor á todo lo bello y á todo lo grande, que fué su principal distintivo durante su paso por la tierra. Era muy niño todavia cuando manifestó sus naturales inclinaciones de una manera tan sencilla como enérgica. Hallándose una ocasión en sociedad con su excelente madre, observó ésta que su hijo fijaba tenazmente la atención en el lujoso mobiliario que le rodeaba, como si quisiese hacer su inventario. Indagó cuál era el valor de los espejos, de los relojes y de todas las cosas de mayor estimación que tenía ante la vista. Una vez averiguado, propuso con entera formalidad á la autora de sus días, que se procediese á la venta de aquellos objetos *inútiles*, y se comprasen libros con el producto. Este rasgo contiene el resumen de lo que hizo en lo sucesivo hasta que dejó de existir; todo lo hallaba inútil, menos los libros, en cuya compra invertía los fondos de que podía disponer.

Mediaba el año de 1872, cuando en compañía de su familia, hizo

un viaje de recreo á los Estados Unidos y á Europa. Como su permanencia en París fué de algunos meses, pusiéronle sus padres en la escuela, en unión de Carlos, su hermano menor, lo que le fué muy benéfico, porque su tierna edad le permitió aprender prácticamente la lengua francesa con entera perfección, de suerte que hablaba el idioma de Molière con envidiable facilidad. Saliendo de Francia, visitó la poética Italia. Conoció Florencia, la clásica ciudad del renacimiento artístico, admirando en el palacio Pitti, las obras de los grandes maestros de la edad de oro del arte moderno; conoció en Venecia la catedral de S. Marcos, el palacio de los Dogos, los canales cubiertos de góndolas y costeados de habitaciones marmoreas; visitó Roma, y admiró las ruinas de la capital del orbe antiguo, al par que las maravillas arquitectónicas de la Ciudad Eterna; asentó sus plantas en el golfo de Nápoles, y vió al Mediterráneo confundir en el horizonte sus aguas de zafiro, con los esplendores de un cielo siempre azul y risueño.

En los Estados-Unidos del Norte visitó Nueva York, Washington, Buffalo y el Niágara; y de todo sacó provecho, porque, aunque de edad de trece años cuando regresó al suelo natal, su espíritu precoz y reflexivo conservaba indelebles las impresiones de todas las maravillas que había visto. Nada hirió tanto su imaginación como los esplendores de la capital de Francia. Su espíritu vivo y ardiente imaginación, que comenzaban á despertar, sentíanse como en su patria, en quel foco luminoso de todas las ideas y de todos las gracias del género humano. Así fué Manuel durante su vida, parisiense de espíritu y de corazón, y acostumbraba llamarse á sí mismo *parisiense desterrado*. El cordial afecto que nos unió por tantos años, nació en este viaje. Hallábame en París cuando llegó allá la familia Alvarez. Como el padre de Manuel y el mío han sido amigos desde la infancia, acogióme aquella en su seno con grata é inolvidable benevolencia, y de tal suerte se estrecharon nuestras relaciones afectuosas muy en breve, que hicimos juntos el viaje de regreso hasta Guadalajara, pasando en sociedad diaria y constante más de dos meses. Manuel entonces, aunque de edad muy temprana y casi diez años más joven que yo, sorprendíame por su seriedad y reposo: hablaba ya en aquella época con pasmoso acierto, de asuntos artísticos, como si hubiese llegado al pleno desarrollo de sus facultades intelectuales.

Su hermano mayor, Antonio, era poco más ó menos de mi edad; así es que mi amistad con los Alvarez, comenzó por aquel. Antonio era un joven de singulares prendas de inteligencia, corazón y fantasía; no dudo en decir que era de la estirpe de las almas superiores. Desgraciadamente no había seguido la carrera de las letras, á la cual se sentía atraído por naturales inclinaciones; dedicábase al comercio, y estaba destinado á continuar los vastos y lucrativos negocios de su padre. No obstante, leía y pensaba tanto y tan bien, que su trato y conversación eran un tesoro que todos nos disputábamos; manaban de su boca á torrentes, los conceptos delicados, las frases chispeantes, las salidas rápidas y oportunas, como lluvia de preciosas perlas. No ha habido entre nosotros quien le haya excedido ni aun igualado en el *esprit* inagotable, en las gracias de la palabra, que hicieron de él un *coseur* único y delicioso. Por otra parte, la elevación de sus ideales y la exquisita finura de sus sentimientos, hacíanle por todo extremo simpático y amable. Pobre y desgraciado amigo! Tumba prematura abrióse para él á los veintinueve años en tierra extranjera, causándonos inolvidable y honda pesadumbre, á todos los que le quisimos de veras y supimos apreciar sus altos y excepcionales méritos.

El brillante trato de su hermano mayor, ejerció considerable influencia en el ánimo de Manuel, que miraba á Antonio con una especie de asombro que rayaba en admiración. Acostumbróse su razón á seguir el mismo camino que le dejaba trazado su hermano, y así vino á ser Manuel también con el tiempo, otro artista de la palabra, cincelador de la frase y hábil lapidario de preciosas ideas. De esto, por cierto, poco tenemos en nuestra sociedad. Francia es el país clásico de la conversación; los franceses hallan en la palabra un encanto que no encuentran los demás pueblos: placer exquisito y altamente humano, porque es espiritual, procede del alma por línea directa. En la República, participan un tanto nuestros caracteres de la sequedad española, y no solemos brillar por esta excelencia; de suerte que aquellos que la tienen, ejercen en derredor un encanto irresistible. De este número era Manuel, ingenioso y galano *coseur*, de la espléndida estirpe de su hermano Antonio.

Siguió Manuel en esta ciudad los estudios literarios que forman el programa del Liceo, y entró luego á cursar las cátedras de Jurisprudencia. Antes de terminar sus estudios, hizo un segundo viaje

al extranjero. Visitó San Francisco, donde permaneció casi un año, y volvió hablando el inglés correctamente. En principios de 1883, después de lucidos exámenes, obtuvo el título de abogado; más tarde se hizo también notario público.

El fin de su carrera fué motivo de inmenso júbilo para sus padres. Celebróse tan fausto acontecimiento con un lujoso banquete en su propia casa, en el cual reinaron la mayor animación y el más cordial entusiasmo. Aun me parece oir los brindis que se dijeron en tan feliz circunstancia; aun tengo en los labios el que pronuncié yo mismo, dando mis parabienes á los Sres. Alvarez por haber visto á su hijo encumbrado al rango de profesor, y deseando á mi querido amigo todo género de prosperidades y de triunfos en el ejercicio de la abogacía. ¡Cuán fugaz es la vida, y cuán impenetrables los destinos humanos! ¡Quién hubiera dicho que aquel brillante joven á quien todo le sonreía, y para quien parecían abrirse de par en par las puertas del porvenir, habría de salir tan pronto de este mundo, dejando frustradas las esperanzas de dicha que parecieron cobijarle un día con sus alas espléndidas!

II.

Tienen los hombres dos especies de cualidades, unas que se admiran, y otras que se aman. Manuel tenía de ambas. Su corazón bueno y recto no dió cabida jamás á pasiones envilecedoras; ha muerto sin saber lo que son el odio y la envidia, estas dos lepras del alma. Sincero, noble y bondadoso, vivió rindiendo culto á todos los sentimientos elevados y puros: el amor filial, la amistad, la benevolencia.—Nunca hijo más ameritado y aplaudido ha tributado á sus padres mayor respeto, obediencia y cariño; era en su hogar un sér dócil y afectuoso, que veneraba la voluntad paterna con sumisión leal y espontánea.—La amistad fué para él una especie de religión. Profesaba á sus amigos íntimo cariño, y jamás traicionó los sentimientos con que los distinguía. Sus negocios y dedicación constante á los libros, no le impidieron jamás cultivar el trato de aquellos á quienes amaba, dándose siempre vagar bastante para cumplir con las más exquisitas exigencias de la cortesía, á la vez que

con los deberes más serios y sagrados del afecto. Tanta finura, distinción y lealtad, tornábanle amable por todo extremo á los ojos de sus amigos, que solicitaban su compañía con empeño, y le pagaban sus finezas con un cariño tan grande como la alta estima en que le tenían.— Su bondad era general, á nadie veía con menosprecio, ni trataba con orgullo; por manera que no había quien no le tuviese simpatía, y como su espíritu flexible y benévolo corazón le hacían ponerse al unísono de las personas con quienes departía, amábanle por igual los ancianos, los jóvenes y los niños, las mujeres y los hombres, los pobres y los ricos. No ha dejado ni un solo enemigo; así es que en el momento desgraciado de su muerte, ha habido una explosión unánime de duelo en todas las clases sociales, cuyos ecos resuenan todavía por donde quiera.

Siendo la sencillez misma, no tenía pretensiones de ninguna especie. Suelen las personas de mérito oscurecer sus altas prendas por el orgullo que se desarrolla en su ánimo, y la fatuidad que vicia todas sus acciones. No hay en verdad cosa más necia que la soberbia, ó su caricatura, que se llama vanidad. Las felices dotes que reciben los hombres de la naturaleza, ó la riqueza que la ciega fortuna les echa á las veces sobre los hombros, conviértenlos en objeto de favorables distinciones sociales. Si á tales preferencias de la suerte se agrega la afabilidad y la sencillez del trato y de los sentimientos, aquellos seres dichosos se convierten en ídolo de cuantos les rodean. Pero, si por el contrario, llenos de altivez, se tornan despreciativos y tratan á los demás como inferiores, lejos de despertar estimación y efecto, conviértense en personajes odiosos á quienes nadie quiere, y cuyo mérito no se admite sino con disgusto, ó redondamente se niega. ¡Con cuánto placer se escatiman el saber ó el talento al fatuo engreído que se exhibe siempre que puede, y parece proclamarse de una especie superior á los demás mortales! Pero ¡con cuán buena voluntad se confiesan y encarecen las brillantes prendas del hombre de valía al par que modesto, que se conduce con sencillez y parece ignorar lo mucho que vale!

Así era Manuel: casi no hablaba de sí mismo, y prodigaba los elogios á las aptitudes y á las obras agenas; lo que hacía que todos le reconociesen de buen grado su mérito, que éste viniera á ser indiscutible y que de momento en momento creciesen la aprobación y el aplauso en derredor suyo.

Tenía en alto grado eso que suele llamarse *don de gentes*, y que no imparte sino la naturaleza. Por donde quiera que fuese era querido y distinguido. En todos los círculos sociales era solicitado con empeño, pues su chispeante, sana é inofensiva alegría, á la vez que su exquisita urbanidad y caballerosidad quijotesca formaban el encanto y el deleite de nuestros salones. Gran partido tenía entre las bellas; más de alguna le llora y le llorará mucho tiempo con sinceras y tiernas lágrimas de dolor.

III.

Adoleció Manuel tres meses antes de su fallecimiento, de gravísima enfermedad, que puso en riesgo inminente su vida; pero su juventud, los solícitos cuidados de su amante madre, y los esfuerzos de la ciencia, sobrepusiéronse al mal, y levantóse del lecho del dolor, donde estuvo largo tiempo postrado. Y tornó á su vida ordinaria, y á sus literarias labores, á la vez que los colores de la salud volvían á aparecer en su rostro. Era un náufrago salvado de las olas y restituido á la playa.

Confiados mirábamosle cuantos le queríamos hacer diarios progresos en salud y robustez, sin que ni la más ligera sombra de temor por su vida, cruzase por nuestro pensamiento.

¡Cuál no sería nuestro estupor, cuando la mañana del 3 del corriente Noviembre, se difundió por la ciudad la noticia de su muerte! La noche víspera, unas cuantas horas antes de la catástrofe, habíanle acompañado algunos de sus amigos, y le habían dejado en su casa lleno de animación y de vida; parecía increible el suceso, á manera de alucinación enfermiza, y fué preciso ver el frío y yerto cadáver para dar crédito á aquella realidad dolorosa.

Llegó sano á su habitación y antes de meterse en el lecho, estuvo departiendo con su madre. Poco después comenzó á toser con tos rebelde, hasta que alarmada aquella por la tenacidad de la tos y los accesos de sofocación que padecía su hijo, hizo llamar al médico, y Manuel, por su parte, sintiéndose morir, pidió un sacerdote.—Luchó la ciencia palmo á palmo con la enfermedad; pero no quiso Dios que saliese vencedora. La congestión pulmonar fué to-

mando mayores proporciones de momento en momento, y se comprendió que el caso era desesperado.

Dispúsose Manuel cristianamente á morir, y ya con el habla cortada, pedía de beber y bebía con ardiente devoción, agua de Ntra. Sra. de Lourdes, buscando la salvación en aquel elíxir milagroso, ó bien algún alivio á la congoja que le atormentaba. Mientras pudo hacerse entender, expresó dos ideas: que no quería morir y que estaba atemorizado. Sus padres y hermanos rodearon constantemente su lecho; á las diez del día espiró por asfixia, entre las bendiciones de sus padres y los sollozos de todos los circunstantes.

Pobre amigo mío! ¡Cómo había de querer morir cuando contaba apenas veintisiete años, tenía talento, fortuna, corazón, y un inmenso porvenir que le sonreía en lontananza! ¡cómo no había de temer á la muerte, siendo como es, el tránsito misterioso á lo desconocido y á lo inmenso! El corazón se desgarra al pensar estas cosas, porque dejar la vida con pena, llegar á la muerte como oveja arrastrada al matadero, no es morir, es ser impíamente sacrificado.

Murió empero bajo el amparo de la Cruz santísima, y su alma se regocija ya en los mundos etéreos donde reinan una eterna primavera y una eterna fiesta; y aquí en la tierra, donde fué tan querido, le han acompañado al sepulcro las lágrimas de todos los que le amaron y el general y espontáneo homenaje de todos cuantos le aplaudieron. Su entierro fué una inmensa ovación; llevároule en hombros sus amigos hasta la fosa, la prensa depositó coronas de ciprés y siempreviva sobre la tumba, y voces emocionadas y entrecortadas por el llanto, le dirigieron sentidas oraciones, antes que la tierra cubriese sus despojos mortales.

IV.

Fué precoz Manuel, como casi todas las inteligencias privilegiadas. No tenía veinte años aún, cuando ya redactaba periódicos llenos de fácil verba y gracia inimitable. No recuerdo por el momento el nombre de todas las publicaciones de este género, que fundó ó en que tomó parte; pero sí algunas: *D. Nacho*, el *Cascabel*, *Juan Panadero*, la *Gaceta*, el *Clarín*, el *Occidental*, y últimamente la *República Literaria*. No siempre se dedicó á trabajos amenos: en 1884, pu-

blicó asimismo un *Código de Procedimientos civiles* adicionado con notas. Narrador delicioso, crítico fino é ingenioso, formó durante mucho tiempo el encanto de los lectores de los semanarios en que escribía, llegando á ser popular el pseudónimo *Ba-ta-klán*, con que solía suscribir algunos de sus chispeantes artículos.

Sus obras de más aliento, hállanse consignadas en esta revista quincenal. A propósito de ella, seame lícito en breves palabras referir su historia.

A principios del año pasado de 1886, soliamos reunirnos varios amigos, en la librería de D. Eusebio Sanchez. En aquel local semejante á un templo, al grato olor de los volúmenes y saboreando una ú otra caña de excelente Manzanilla, nos entregábamos á conversaciones literarias. Deplorábamos la carencia de una publicación consagrada exclusivamente á las letras, donde pudiesen hallar cabida las producciones de todos sus cultivadores jaliscienses; recordábamos que en otro tiempo no había reinado tan grande apatía entre nosotros, y que nuestro Estado había ocupado un lugar no despreciable en la literatura patria. Una mañana de tantas en que nos entregábamos á las mismas consideraciones, D. Eusebio, que es amante y protector de las artes y de las letras, nos exhortó para que fundásemos una publicación de este género. Era preciso contar con que el importe de la impresión debería ser cubierto por los mismos redactores, pues sabido es que en nuestro país no se costean estas empresas; necesitábanse, pues, varios compañeros de buena voluntad, que quisiesen trabajar y gastar su dinero. Esther Tapia, á quien fuí á solicitar con este objeto, Manuel, Luis Perez Verdía y yo la acometimos á sabiendas. Allanadas las dificultades y ofrecido el valioso concurso del Sr. Sanchez, discutimos el nombre que había de llevar la publicación; puede decirse que la *República Literaria* fué bautizada por Manuel, pues salvas algunas pequeñas modificaciones, su propuesta fué la que prevaleció.

Fundada esta revista, tomó con calor nuestro amigo el sostenerla y hacerla prosperar. Suya fué la castiza traducción de *La Muerta* de Octavio Feuillet, suya la del juicio crítico del *Otelo* de Verdi. Publicó sucesivamente las galanas y graciosas novelitas *Historia de un tesoro*, *Historia de un beso*, *Tres Cartas*, y aquella otra que, según mi juicio, es la más bien escrita y chispeante de todas, y que lleva por título *Minnie*. En todas rebosan el talento y buen humor del

joven novelista, quien supo siempre adunar en sus obras, la gracia imponderable de una inspiración picaresca y risueña, con cierta regocijada filosofía, que se manifestaba de cuando en cuando en sus frases. No era solamente el relator elegante y burlón de cómicas aventuras, sino el observador atento y superior que, colocado más arriba de los sucesos, los analizaba y pesaba, y se reía y hacía reir de cuanto encerraban de ridículo y disonante. En medio de la apacible alegría que despiertan en el ánimo sus burlones episodios, siéntese de pronto, que una palabra, una reflexión, provocan la meditación seria del ánimo, y hacen aparecer todo un orden de ideas que cruzó por su mente y quedó simplemente apuntado; á manera de puertas y ventanas abiertas de trecho en trecho en la narración, hacia extensos y profundos horizontes.

Constituyó su obra capital, el estudio que dejó empezado sobre el *Contingente de Jalisco en la guerra de independencia*, y que ha sido tan justamente aplaudido por la prensa de toda la República. Vino Manuel á demostrar con este trabajo, que no sólo había recibido de la naturaleza, el exquisito y chispeante ingenio que le conquistó tantos aplausos, sino también altas y relevantes dotes de hombre de estudio, de historiador y de filósofo.

Escribía Manuel con facilidad admirable: su estilo era terso y puro. Cuanto hizo salió siempre de su pluma por primera intención; rara vez enmendaba ó corregía sus escritos. Puede, pues, decirse que cuanto publicaba era improvisado, siendo esta la razón por qué tenían sus producciones aquella gracia y frescura que proceden genuinamente de la naturaleza, y que tan grande magia comunican á lo escrito. Enemigo de provincialismos y de todos los vicios que pudiesen desfigurar el lenguaje, era celoso observador de los preceptos académicos, lo que explica que haya sido entre nosotros tan atildado y correcto en la forma, como los buenos escritores de la capital de España.

Me haría interminable si quisiese hablar de todas las excelencias que poseía el espíritu de Manuel. Su amor á las bellas artes era ardiente, y tal su intuición de lo bello, que no había juez más autorizado que él para calificar una poesía, á pesar de que jamás hizo un verso, ni para apreciar una pieza de música ó su desempeño, á pesar de no ser filarmónico de oficio, ni para adivinar las hermosuras ó encontrar los defectos de un cuadro, con todo y no ser pintor. Na-

turaleza privilegiada, había venido al mundo para vibrar con todas las armonías y para extender entre los hombres el culto de lo grande y de lo bello. Vivía de ensueños poéticos; pertenecía al noble linaje de aquellos espíritus que viven de ilusiones generosas y saben rescatar las miserias de la realidad por una aspiración y un esfuerzo constantes hacia los eternos ideales de la mente.

V.

Ha desaparecido del mundo, dejando un hueco doloroso en mi vida; ha desaparecido dejando un vacío tristísimo en nuestra sociedad y en nuestras letras. Proseguiremos la labor los que quedamos, con el recuerdo constante de su juventud malograda, llena el alma de amargura y faltos del levantado estímulo que nos impartían sus elevadas ideas y su entrañable amor á las cosas del espíritu. Parécenos un sueño este doloroso desenlace; aun hay en el fondo de nuestro pecho una vaga espectación, como si esperásemos que volviese. No volverá ¡ay! pero nosotros irémos en día no lejano, á hacerle compañía á esa región misteriosa que se extiende más allá del sepulcro.

Puedan entretanto estos desaliñados renglones, servir de cariñoso homenaje á aquel que tanto amé, y cuya pérdida lamentaré siempre, mientras dure mi peregrinación por la tierra.

La *República Literaria* reviste de hoy más para mí, un aspecto bien distinto del que tuvo al principio de su publicación. Entonces todo en ella era alegría, ilusiones y porvenir; hoy guarda la tristeza de un dolor acerbo, y se trueca á mis ojos en monumento á la vez amargo y querido del recuerdo de un amigo inolvidable, de un compañero meritísimo, que anunciaba días de gloria para la patria. Cuando comenzó esta revista,—diré parodiando á Armando de Pontmartin cuando la muerte de Carlos Reynaud,—Manuel Alvarez del Castillo estaba lleno de vida, de salud, de juventud. Todo le sonreía: las letras, el porvenir, el amor, la amistad y la esperanza; era rico aunque literato, carecía de enemigos aunque estaba lleno de talento. Ahora todo eso ha sido roto, destrozado, aniquilado. Ha muerto á los veintisiete años. ¿Qué somos, pues, entre las manos

omnipotentes que nos perdonan ó nos exterminan á su antojo? Suena todavía en nuestros oídos el eco de aquella voz que tanta magia tuvo, y ya los labios que la vertían están secos y glaciales! Al menos, en presencia de esta enseñanza tan terrible, afirmémonos en el sentimiento de nuestra nada y de nuestra miseria. Que la muerte de este amigo tan inteligente y tan bueno, tan amable y tan amado, que esta muerte tan brusca y repentina, sea para nosotros una lección de humildad, de resignación y de sacrificio!

JOSÉ LÓPEZ-PORTLLO Y ROJAS.

A MI MALOGRADO

Y

DISTINGUIDO AMIGO MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO

Enmudeció tu ingenio soberano
Con el golpe alevoso de la muerte,
Segando en flor sobre tu cuerpo inerte
¡Cuántos sueños de gloria y cuán temprano!

Pasaste como nube de verano.
¿A qué te conocí para perderte?
¡Ay! cómo la esperanza se convierte,
Cuando menos se piensa, en humo vano!

Qué más de tí nos queda, sino el duelo
Del corazón al recoger el grito
Postrero de tus horas de agonía,

Si te llevaste al escalar el cielo,
Guiado por la sed de lo infinito,
La fé, la gloria, el bien, la poesía!

Guadalajara, Noviembre 9 de 1887.

JOSÉ MARÍA MARTINEZ ARAÚNA.

EN LA MUERTE

DE

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

El Borgoña en su copa aún le espera......
Vibrando están las cuerdas del piano......
Vinieron á llamarlo y está afuera;
Mas pronto ha de volver: es muy temprano!

Fragantes y purpúreas todavía
Están las rosas que dejó olvidadas,
Y resuena en la oscura galería
El eco de sus últimas pisadas.

Es acaso una cita misteriosa.........
Su repentina ausencia no extrañamos;
Mientras él habla á solas con la hermosa,
Sus amigos cantando le esperamos.

⁂

Ay! la enlutada que con negros ojos,
¡Oh amigo inolvidable! vino á verte,
No era la joven de los labios rojos,
Era una hermosa pálida: la Muerte.

Trémulo el labio, palpitante el seno,
En el umbral con ansia te esperaba,
Y como eras tan joven y tan bueno,
La taciturna pálida te amaba.

Y por fin eres suyo! Tristes flores
Ocultan ya tus éxtasis nupciales!
Hoy comienzan con ella tus amores......
Los únicos amores inmortales!

Con la voz suplicante del deseo,
La vida enamorada te decía,
Como Julieta á su gentil Romeo:
—No te vayas......... no es tiempo todavía!

Y hoy cuando locos de dolor tocamos
El verde musgo, de la tumba alfombra,
Sólo entre los myosotis escuchamos
Como rumor de besos en la sombra.

¡Ni lamento, ni queja, ni reproche!
Ya duermes para siempre, amigo mío!
Era una tarde azul, vino la noche......
Plantad un sáuce junto al lecho frío!

*
* *

La puerta del salón no está cerrada:
Abierta la dejastes, oh viajero!
Ha de volver la pálida enlutada.........
¿Quién de nosotros marchará primero?

México, 8 de Noviembre de 1887.

Manuel Gutiérrez Nájera.

*
* *

Haud diu novi vitam, sed iniquis cedere fatis
Spectans jam fratres, spernere cœpi diem.

Federico G. Kunhardt.

A LA MEMORIA

DE MI QUERIDO AMIGO

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Como los astros matutinos que alumbran tiempo breve, pero con intensa luz, el horizonte, así apareciste tú en el cielo del Arte; y apénas los fulgores de tu ingenio recrearon un momento nuestra mirada, cuando bajaste al Ocaso, para no volver á surgir en el Oriente. ¿Qué fuerza incontrastable, qué fiero destino apresuró tu paso hacia el sepulcro, si aun no llegabas á la plenitud de la vida, y sólo coronaban tu frente las primeras y lozanas flores de la juventud?.........

Yo te ví ascender por la difícil y escarpada senda, que eligió tu vocación; complacido admiraba la pujanza de tu esfuerzo para dominar los obstáculos de la escabrosa marcha, y contigo sonreía, cuando los testigos de tu ardiente afan, estimulaban tu ánimo con sus aplausos. Confiado en el poder de tu inteligencia, en el vigor de tu edad y en las eximias producciones de tu pluma, creí que no tarde, inscribirías tu nombre en lugar muy distinguido, allá, en el glorioso cartel donde figuran los de aquellos escritores que han sabido revelar al mundo, la espléndida galanura de la lengua de Cervantes. Mas no fué así: ilusión tan halagüeña se desvaneció, y al comienzo de tu camino, cuando ya empezabas á escalar las alturas del Parnaso, te derribó la muerte con repentino golpe, anonadando nuestra bella esperanza y abrumándonos con el peso de tan terrible desgracia.

Has dejado, sin embargo, huellas luminosas en el campo de las letras: las creaciones de tu inventora fantasía, los estudios que emprendiste para ilustrar nuestra Historia, y, sobre todo, la inimitable y seductora agudeza de tu crítica, son obras valiosísimas que aquí

en Jalisco y especialmente entre los que te quisimos con entrañable cariño, se conservarán, como ricas primicias de tu precoz talento.

Hay tumbas que apenas señala una humilde cruz, y ¡cuántas veces desaparece su recuerdo de entre los vivos, antes que el tiempo ó el azar destruyan ese triste signo! En otras se yerguen atrevidos y arrogantes mausoleos, que á pesar de su magnificencia, no son sino deleznables monumentos erigidos á la vanidad y al orgullo. La tuya no se contará ni entre las unas ni entre las otras: siempre la regarán sinceras lágrimas de pesadumbre, y sea cual fuere el símbolo funerario que se alce sobre la tierra que cubre tu cadáver, tienes ya en muchos corazones un altar de ternura, levantado á tu memoria, más duradero y más elocuente que todos los emblemas materiales esparcidos en el cementerio.

Paz eterna á tu espíritu, y ¡plegue á Dios que hasta las tranquilas y plácidas regiones de la inmortalidad, se eleve esta pobre ofrenda de uno de tus amigos!

Noviembre 12 de 1887.

JULIO ACERO.



Cementerio de Belén, 4 de Noviembre de 1887, *á las once de la mañana.*

Henos aquí en torno de una fosa recien abierta, y de un cadáver que va á sepultarse en ella para siempre......... Nuestros ojos están llorosos, nuestras frentes pálidas, nuestras bocas, mudas, pero sollozantes; todo calla en torno nuestro; puede oirse crecer la parietaria sobre los sepulcros; sólo se oye la voz de los oradores que en frases empapadas en llanto, dan el último adios al amigo querido á quien tributamos los últimos honores........

Pero, ¿es posible tamaña desgracia? Las prensas gimen aún dando á luz tus últimas producciones; este mismo lugar resuena aún con el eco de tu voz, pues seis días hace apenas que la alzaste aquí en alabanza de otro muerto ilustre; ayer te aguardaba aún algún amigo á quien diste una cita la noche anterior; yo mismo hace cuarenta horas oí tu palabra cariñosa cuando hablábamos de proyectos

futuros que nos darían gloria y honra! Con razón nos sentimos anonadados y atribulados como Aquiles ante el cadáver de Patroclo. ¡Oh, si nos fuera dable luchar contra la muerte! pero ella á todos habrá de vencernos, y tú no has hecho otra cosa que adelantarte un poco en la jornada. Y ¡cuán implacable es la muerte! Tú estabas en la edad hermosa "en que se ama, en que se cree, en que se espera;" eras tú mismo una radiosa esperanza para tu país y para tu familia; podías decir como Esther Tapia de Castellanos hace veinte años:

Guardo en mi corazón tanta ternura,
Soy tan joven aún para el dolor!

y sin embargo, la muerte no te ha respetado: ha tronchado en flor tus ensueños de gloria, ha extinguido el fuego de tu juventud y de tu vida con un solo soplo helado.

Los que estamos aquí, los que te amamos, sabemos bien, sentimos bien, que te encontraremos en las fulgurantes profundidades que se extienden más allá de la tumba; que el alma "no está sujeta á la muerte, no se puede decir qué cosa fué, ha sido ni será, ni conoce distinción de tiempos, que es eterna y libre" (Brahma); que según la sublime expresión de Sócrates moribundo, ahora comienza tu despertar; mas no podemos sustraernos al dolor que nos causa tu separación de este valle de lágrimas, porque el dolor por la muerte de las personas queridas, es tan antiguo como la humanidad, y la filosofía no cambia la naturaleza humana.

Corto fué tu vivir!

"Cual gemido de una harpa en el desierto,
Cual copa de cristal que un niño quiebra,
Cual flor que estruja el viento y la deshoja,
Tal fué tu dicha efímera en la tierra.
(AURELIO GALLARDO, pág. 298.)

Y sin embargo, habías ya dado pruebas de tus preclaras aptitudes: allí están tus escritos literarios y científicos, en que te remontaste á donde pocos alcanzan á llegar, aun con la doble edad de la que contabas.

Ahora que ya abandonaste tu cubierta terrestre, comprenderás que en este mundo todo es efímero y pasajero: las mujeres olvidan; las malas pasiones empañan los más dulces afectos; sólo son fructí-

feros y fecundos los esfuerzos por el propio perfeccionamiento y por el bien de nuestros semejantes.

Calló la conmovida voz de los oradores......... colocamos sobre tu féretro nuestras humildes coronas, últimas pruebas materiales de nuestro afecto, y......... los enterradores empiezan á ejercer su fúnebre oficio! momento solemne! El negro cajón baja rozando las paredes de la fosa....... las cuerdas gimen al frotar contra las tablas; las primeras paladas de tierra resuenan profundamente; poco á poco el ruido es menos perceptible, y hasta llega á extinguirse......... *¡Consummatun est!* Nuetros cabellos se erizan, nuestras gargantas se anudan, y por nuestras venas circula algo glacial que penetra el alma......... Poco á poco, tristes y sombríos, vamos alejándonos: es preciso partir! nos llama la vida con sus múltiples, ingratas y amargas necesidades; sólo te dejamos entre tanto; mas pronto volveremos á hacerte perpetua compañía, y no te decimos adiós, sino *hasta luego!*

C. I Enciso.

ELEGÍA.

(ANTE EL CADAVER DE MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.)

¡Musa de la aflixión, genio doliente
que al conturbado espíritu te muestras
ornada de ciprés la casta frente,
cuando las horas del dolor siniestras
alzan sus tempestades en la mente!
Abreme tu regazo, madre amante,
que una terrible angustia me devora
y comparte las lágrimas que llora
mi desgarrado pecho en este instante;
suene tu plectro de crespón cubierto
y con las cuerdas del pesar y el llanto
dame las notas de tu triste canto,
que acá en mi corazón tocan á muerto.

¡Oh negra realidad! ¡mísera suerte!
¡Cuán flébil es el hilo de la vida
y cómo, á la acechanza de la muerte,
ni la virtud es fuerte
ni el amor de las almas es egida!
¿Por qué está allí postrado y sin aliento
el noble sér que vino á la existencia
con la sabia divina del talento?
¿Qué fuerza destructora
fué bastante á extinguir la inteligencia
de su mente creadora?
¿Qué soplo envenenado de qué viento
penetró en su cerebro de escogido

para ahogar en el nido
el germen de su rico pensamiento?
¿Por qué inmóvil está, por qué no late
ese ardoroso corazón, tan lleno
de las virtudes con que se arma el bueno
para entrar de la vida en el combate?
¿Por qué ocultan sus párpados caídos
la brilladora luz de sus pupilas?
¿Por que están esas almas intranquilas?
¿Por qué están esos cirios encendidos?
¿Por qué su santa madre, entre sollozos
que el corazón taladran y ya loca,
le llama con mil nombres cariñosos
estregando sus labios ardorosos
sobre los labios de la yerta boca?

¿Sueño acaso, gran Dios! ¿Qué, yo le he visto
rígido ya sobre el mortuorio lecho
y aferradas sus manos sobre el pecho
á la imagen santísima de Cristo?
¿Es él quien á la luz de esos blandones
y á la del sol que sin recato pasa
por el balcón abierto,
mostrando está sus lívidas facciones
y abrumando los tristes corazones
con la tremenda majestad de un muerto?
¡Imposible, no es él! ¿Cómo podría
la mano de la Parca en su inclemencia
arrebatar del mundo esa existencia
fuerte para la lucha todavía?
Morir no puede quien al mundo vino
llena de luz el alma y de pujanza,
el que brilla en nuestro áspero camino
cual rayo bienhechor de la esperanza;
morir no puede, no; la Primavera
proteje á ese árbol sano
que para dar sus frutos sólo espera
que llegue con sus pompas el Verano.

Tú duermes, ¿no es verdad, mi noble amigo?
Quizás en tu reposo te recreas
porque en sabrosa plática contigo
están en este instante las Ideas;
tú duermes, nada más; quizá meditas
nueva labor que te dará más fama
y concentrar tu mente necesitas
para tejer la primorosa trama;
pero pronto saldrás de ese beleño
que al parecer te abruma,
y con estilo plácido y risueño,
con su galana frase, de tu sueño
un fiel relato nos hará tu pluma.
¿Pero por qué tu rostro está marchito?
¿por qué esa cruz entre tus manos se halla?
¿por qué tu labio generoso calla
y no responde á mi angustiado grito?
He besado tu frente y está fría
como el soplo de nieve que deshoja
la flor entre las rachas invernales;
ya en tus miradas extinguióse el día
con la luz que alumbró tus ideales,
y en vano ¡ay Dios! en vano
busco en tu pecho con inquieta mano
el corazón que tanto me quería.

¡Despierta, pensador! Vence tu pena
porque es la hora de luchar; camina,
que te aguardan tus armas en la arena
y el albor de la gloria te ilumina;
asome á tu mirada tu alma buena
y brote de tus labios la doctrina
que tu cerebro mágico atesora,
¡despierta, pensador; esta es la hora!
¿Por qué dormir cuando en el claro cielo
extiende el sol sus hilos de colores,
cuando te muestra por doquier el suelo
prados que esmaltan perfumadas flores?

No tan sólo el Trabajo en sus talleres
á rendirle tus fuerzas te convida;
también en copa de oro los placeres
te ofrecen los encantos de la vida;
también las sonrosadas ilusiones
te señalan del mundo el ancho espacio
y á morar en su espléndido palacio
te provoca el Amor con sus canciones.
Para tu afan, la vida es necesaria;
tú sueñas con anhelo indefinible
algo como esa forma indescriptible
que realiza la helénica estatuaria;
tú sueñas, y en el fúlgido espejismo
que á tu sublime espíritu adormece,
con su excelso esplendor y su heroísmo
la Atenas de Pericles aparece.........
Levántate á gozar, llama á la puerta
de la mansión que habita la ventura;
nadie más digno de encontrarla abierta
por lo que vale tu conciencia pura.

Mas ¡ay! en vano mi rendido acento
entre sollozos tristes te reclama;
ya de tu cuerpo frío, el sentimiento
¡ay! para siempre retiró su llama!
Mariposa que busca un Paraíso
porque nada del mundo la consuela,
tu alma rompió su cárcel de improviso
y ya en el éter de los cielos vuela.
¿Pero por qué, si es cierto
que los seres cual tú privilegiados,
son como faro que señala el puerto
de la vida en los mares encrespados,
por qué, faltando á tu misión, has muerto?
¿En dónde te amarán como te amamos
los que protejes tú con tu existencia?
¿dónde te llorarán como lloramos
la realidad horrible de tu ausencia?

¡Adios! De lo que fuiste, sobre el mundo
sólo quedan los míseros despojos
que la tumba consume en lo profundo
de su sima ignorada. Ya mis ojos
secan el llanto inútil; pero al verte
penetrar en los senos de la muerte,
por el leal cariño que en tu alma
fué para mi alma generoso abrigo,
te juro que, entre tanto
mi pecho aliente, tu recuerdo santo
ha de tener un templo, dulce amigo.
¿Dónde vas? No lo sé: de la materia
desligada, por fin, tu alma se lanza
más allá de este valle de miseria
donde jamás cupieron
tu misterioso afan y tu esperanza;
sólo sé que sin odios ni rencores
desciendes del sepulcro la pendiente,
frescas aún en tu radiosa frente
de juventud las engañosas flores;
yo sólo sé que para tí se cierra
esta mansión donde el dolor se aferra
al destino del hombre,
y que por siempre guardarán tu nombre
aquellos que te amaron en la tierra.

MANUEL M. GONZALEZ.

COR CORDIUM.

Manuel Alvarez del Castillo y Lamadrid, tan joven y ya distinguido por sus relevantes cualidades en todos los círculos sociales, acaba de morir.

Aun no se marchitan las coronas de siempreviva, colocadas como un homenaje de simpatía sobre su féretro; nos parece oír todavía el eco de los cantos funerarios que acompañaron á su alma, al través del misterio y de las sombras, y hace muy poco, estrechábamos su mano con el cariño leal y profundo que inspiraban á todos su alma noble y su gran corazón.

Escribo, pues, opreso el ánimo por la pena hondísima que causa una pérdida irreparable; por la tristeza que ocasionan los infortunios de la vida, cuando convierten las más fundadas esperanzas en fríos desengaños.

El joven literato que manejaba la pluma con tanta gallardía, perdonará desde el cielo mi incorrecto lenguaje; pues en las regiones donde mora, se contemplan con toda pureza las acciones humanas; conoce bien mi intención y sabe que estas lineas, son únicamente la humilde ofrenda que dedico á su memoria.

*
* *

Pocas veces sentimos con tanta vehemencia, el dolor del espíritu, ese vértigo, horrible en su silencio, que agita y destroza el alma, como cuando la muerte extingue con su soplo siniestro la existencia de los seres amados.

Tal vez no debiéramos llorar á los que se van; más felices que nosotros, vuelan á disfrutar el eterno descanso. Después de los tra-

bajos y de las penas, solamente el silencio y la quietud de la tumba debemos apetecer; el reposo tranquilo después del combate....

La vida humana presenta á la observación, un encadenamiento de penalidades y placeres más ó menos efímeros, que forma la historia del hombre, desde la riente aurora de los años primeros, hasta el ocaso, donde empiezan las tinieblas en que vamos á perdernos impulsados por ley inexorable.

Parece que este espectáculo, tan bién conocido, debería ser indiferente para todos, é indigno de llamar la atención, en fuerza del estoicismo de los que saben el fin que les aguarda......

¿Por qué conociendo lo que es la vida, sentimos tanto á los que se alejan?

Cuando llega la hora señalada como el término de una existencia y desaparecen de entre nosotros, el padre, el hermano, el amigo... hacemos un paréntesis en la vida vulgar, y olvidamos todo, para dejar lugar únicamente al acerbo sentimiento que nos aflige; cuando alguno de nuestros más queridos compañeros nos abandona, y vemos su cadáver yerto é inmóvil dentro del ataúd, alumbrado por la amarillenta luz de los cirios, y allá á lo lejos se escuchan los sollozos de los que lamentan su muerte, sufrimos como si algo se desprendiera de nosotros mismos, como si el destino nos arrancara jirones del corazón, y sentimos el vacío y la soledad en que vamos quedando á medida que desaparecen, pues sin afecciones y sin compañeros fieles, el mundo semeja un desierto.

Sólo entonces, el alma agobiada por el dolor, evoca la idea de la muerte y el pensamiento interroga al más allá, como Hamlet al desnudo craneo que llevaba en sus manos... pues si el hombre tuviera siempre delante de sí, esa idea fatídica, terrible cual la esfinge, el cerebro se quemaría, así como en los campos agostados se retuerce la tenue paja á los rayos del sol estival.

Pero vivimos, sin acordarnos del fatal é ineludible fin que nos aguarda; porque Dios puso en el mundo, un rumor continuo, la actividad constante de la vida, la agitación incansable de la naturaleza que nos adormecen y hacen olvidar lo que pasó y lo que vendrá, así como el inmenso océano y el bello panorama que forman las plateadas crestas de sus olas y sus horizontes arrebolados hacen que el navegante olvide el abismo que tiene bajo sus piés.



Todos creiamos que Manuel llegaría á ocupar muy distinguidos puestos en la sociedad, dando honra y distinción merecida no solo á su familia, sino al Estado, que lo contaba entre sus hijos distinguidos. Su mérito indisputable así lo hacía presumir. Pero no todos alcanzan la ignota playa después de surcar en su total extensión el mar de la vida; muchos zozobran en medio del camino ó hacen pedazos su barquilla cuando empiezan á bogar impulsados por la brisa de la esperanza.

Manuel ha muerto cuando la sangre generosa de la juventud, hacía que se sintiera con la fuerza necesaria para acometer sin miedo las más difíciles empresas, seguro del éxito y apoyándose en la fé inquebrantable que dá el talento.

Su alma, de una sensibilidad exquisita, adoraba la belleza en todas sus manifestaciones y anhelaba llegar con el vuelo de la idea á las regiones casi inaccesibles del arte supremo, suspirando siempre por algo indefinido y vago, por esa felicidad desconocida que concebimos como un ensueño; pero su buen gusto natural y el buen sentido que lo caracterizaban, le impedían entregarse á ridículas declamaciones, y apenas si para los que poseían su trato íntimo y sabían comprender su inteligencia, dejaba entrever el fondo de su pensamiento.

Poseía un carácter afable y modales distinguidos, que acusaban al hombre bien educado desde la cuna, y con el talento necesario para revelar sin afectación sus cualidades. Perteneciendo á una familia que ocupa justamente elevada posición social, y muy al contrario de ciertos personajes que en igualdad de circunstancias se creen de una casta superior á los demás, trataba con afabilidad, á todos, lo mismo al rico que al desvalido, y poseía por esto generales simpatías.

En los círculos literarios alcanzó una envidiable reputación y su palabra chispeante y oportuna le permitía manejar la crítica con facilidad y donosura.

Hace más de dos años, fundó, en unión de la Sra. D.ª Esther Tapia de Castellanos y de los Sres Lics. López Portillo y Rojas y Pé-

rez Verdía, "La República Literaria," donde publicó la mayor parte de sus últimas producciones, siendo las más notables, sus estudios históricos sobre "Los jaliscienses en la guerra de independencia" y muchos artículos en forma de novelitas ligeras, dignas de llamar la atención por la brillantez del estilo y la originalidad del pensamiento.

No creemos necesario extendernos más; para los que no le conocieron, los datos anteriores bastarán á darles una idea de lo que fué y de lo que valía nuestro amigo.

¿Quién entre nosotros, no le conoció ó no supo apreciar sus méritos?



Ahora, duerme ya tranquilo en el panteón, y se ha aumentado con su nombre el catálogo de los mudos habitantes, en la ciudad de los muertos......

Tal vez su sombra vaporosa, paseè en las noches serenas del invierno bajo los corredores sombríos, reconociendo á los que le precedieron en el viaje, ó se pierda entre los sepulcros, conversando con sus nuevos amigos sobre los ocultos destinos del hombre......

Un poeta ilustre, Alfredo de Musset, espíritu que alentaba los más altos ideales iluminados por las irradiaciones del genio, pedía la sombra de los sauces para su tumba, y en sentidos versos armoniosos y suaves como la vibración postrera de la lira que se rompe, se despedía del mundo recordando á sus amigos la última súplica.

Junto al sepulcro de Manuel, no crecen los sauces, ni los cipreses que simbolizan la vejez; murió en la primera parte del camino; cuando todo es nuevo y primaveral: el alma y sus esperanzas, el corazón y sus ilusiones, el cielo siempre azul,—que si alguna vez blancas nubes pasan por él, muy pronto se desvanecen borrándose á lo lejos,—y la vida alegre, risueña, ofreciendo en aurea copa la felicidad......

Por eso, al rededor del ataúd donde reposa, nacen los naranjos que simbolizan la juventud, con sus frutos de oro que destilan la más dulce miel, su follaje de hojas brilladoras y sus florecitas blancas y aromosas.

Cuando el invierno recoja su manto de brumas para alejarse en pos de los hielos, y las brisas de la primavera hagan estremecer de gozo la savia en las ramas y las rosas en el naciente botón, entonces la Naturaleza, que tanto amaba, tributará un homenaje á su memoria. Los pájaros irán á cantar el himno de la tarde, que parece el eco de la muerte, y al agitar sus alas entre el ramaje, harán caer una lluvia de flores sobre la losa que cubre su sepulcro.

¡Adios, querido amigo! Muy pronto iremos también nosotros, á recorrer la inmensidad en tu compañía, y á sondear el abismo mirando de cerca el misterio de la vida sobrehumana... que la existencia es efímera ilusión, fugaz alegría que dura lo que una mirada ó un suspiro, esperanza que se pierde, lágrima que se evapora......

* * *

Entre las ruinas ennegrecidas por los siglos que se conservan todavía como últimos restos de la antiguedad romana, en el cementerio protestante de Roma, y cerca de la columna de Cayo Sextio, hay una tumba humilde que guarda los restos de un grande hombre.

Ahí depositó Byron con religioso respeto, las cenizas de Shelley, el más original y grandioso de los poetas ingleses del siglo.

Sobre el sepulcro, y en bajo relieve, para que pasara mejor á la posteridad, puso la siguiente inscripción:

COR CORDIUM.

Con esas palabras sencillas y tiernas, propias de su talento, honró dignamente la memoria del que tanto había admirado, de su mejor amigo y más fiel compañero en tierra extraña.

¡Cuántos hay dignos también de mostrar á las futuras generaciones las mismas virtudes!

En la tumba de Manuel brillaría muy bien la frase byroniana:

Corazón de corazones.

ISMAEL PALOMINO.

Noviembre 5 de 1887.

Á MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Era su Musa juvenil la alondra
del canto matinal, la muerte fría
al robar de sus párpados la lumbre
recogió la postrera melodía
de sus ecos de amor. A la sombría
región á donde van los que nos dejan
se fué arropado entre la gasa pura
de la luz, de la fé, de la ternura.

Dichosos los que pasan los umbrales
de la existencia, en el lindero mismo
donde acaban los goces y comienzan
las espinas, las rocas, el abismo;
que ni huérfanos lloran, ni la muerte
sienten sembrar en torno á sus hogares,
y su último suspiro se confunde
con la estancia final de sus cantares.

¡Qué envidiable morir! La tumba casta
ávida de su presa
los arrulla con flores de inmortales;
no la encina viril, ni los laureles
su cuerpo cubren, sino el tibio lampo
de las luces del sol primaverales.

¡Dormiste al fin entre la veste pura
que ahuyenta de sus pliegues la tristeza!...
¡Los que quedamos, ay! te seguiremos
no de rosas y pámpanos ceñida,
sí de crueles espinas, la cabeza!

México, Noviembre 4 de 1887.

GUSTAVO BAZ.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

No, no será otra pluma la que escriba estas lineas Yo, que fuí su amigo, su hermano; yo que fuí el compañero de los días tristes y alegres de su vida, yo seré quien hable de su muerte. Acaso á nadie como á mí deja tan sólo en el mundo al desaparecer de él. Nadie como yo tiene el derecho de llorarle; yo reclamo ese derecho, y sabré cumplir con los deberes que me impone, sin hacer vano alarde de un dolor que es ya demasiado grande para que necesite de inútiles palabras.



Todo, todo lo que me rodea reaviva en mi mente su recuerdo, todo me habla de él. Ahí está el último libro que antes de venirme lo entusiasmó, y que él puso en mis manos al decirnos adios—adios eterno, ay!—ahí está la carta recientemente recibida, todavía no contestada, y que no puede ya serlo; ahí están los telegramas en que amigos solícitos me dan la noticia de su muerte, noticia escrita por un telegrafista desconocido que ignoraba que, al escribir aquellas palabras, no tenía en la mano una pluma, sino un puñal que me hería el corazón; ahí está... ahí están, en fin, los 28 años que él vivió y que yo he vivido, y que vienen uno á uno, desplegando el panorama de sus meses y de sus días, á recordarme los dolores y los goces de nuestra infancia y de nuestra juventud, goces y dolores que compartimos siempre.



Al mismo tiempo se abrieron nuestras almas á los halagos de la niñez—la aurora—y de la juventud—el día—y hoy que me sien-

to solo, pienso que para mí va á ser triste, muy triste el crepúsculo. Nos despertamos juntos, y él se ha vuelto ya á dormir: siento sueño. Oh, si pudiera hablarle, en una de aquellas expansiones de nuestra amistad, creo que le diría: perezoso!

***

Aquella alma sólo se sentía satisfecha en las alturas, en las regiones purísimas del arte. Y, sin embargo, no creía en la gloria, como si presintiera su fin prematuro. Cuando yo, presa ya de esas ambiciones candentes que enardecen el cerebro y guían la pluma, trataba de convencerlo de que debía grabar en el papel las nobles ideas que brotaban de su inteligencia privilegiada como de un manantial purísimo,—"¿para qué?"—me contestaba con su sonrisa escéptica.—*A quoi bon?*—repetía, condensando su pensamiento en la lengua francesa, que tanto amaba.

Un día, empero, como si hubiera comprendido que necesitaba apresurarse para dejar alguna huella de su paso por el mundo, sacudió aquella indiferencia, y *La República Literaria*, esa revista que tan justamente ha llamado la atención en el país y en todas las Américas latinas, apareció en el mundo de las letras. Y Manuel comenzó á escribir. Ya no pequeñas revistas, crónicas teatrales, artículos humorísticos como hasta entonces, sino novelitas cortas, llenas de observaciones profundas, de escepticismo delicado, de *esprit*. Era al mismo tiempo pensador de alto linaje y prosador castizo. En el molde de su pensamiento elevado vaciaba su prosa castigada y armoniosa, y sus obras se erguían artísticas y vivas.

El género de la novela corta no le satisfizo, sin embargo, y los estudios históricos absorbieron sus últimos años. Todo lo quería saber, todo lo quería escudriñar, profundizar. Hubiérase dicho que en poco tiempo quería condensar todo el trabajo de una vida, ya que la suya debía ser tan corta.

***

El deseo de volver á ver los grandes centros de la civilización y del arte, que en su niñez había visitado, le perseguía siempre. Aun recuerdo que, cuando algunos años después que él, partí yo para

Europa, me indicó un rincón apartado de un jardín de Neuchatel, desde el cual se descubre admirablemente el maravilloso panorama de los Alpes. Cuando yo estuve ahí, contemplando extático y emocionado aquel cuadro esplendoroso de la naturaleza, sentí que nuestras almas estaban juntas, á pesar de los montes y los mares que nos separaban, como hoy siento que lo están, á pesar del abismo de la muerte que nos divide!

***

Pero si las circunstancias, si el amor sin límites que profesaba á los suyos, lo tenían lejos de aquellos países, su espíritu habitaba allí donde florecen todas las delicadezas del arte. Vivía en sus libros, vivía en sus sueños, vivía en ese mundo que las almas grandes se crean para ir á descansar del hastío que causan las pequeñeces de la vida. Todo lo que era bello, grande y bueno, encontraba un eco en aquel corazón de oro. Hoy, acaso, sabe ya si lo bueno, lo grande y lo bello existen tras de la muerte. Feliz él!

***

¿Feliz? Ah! pero no es este el momento de decirlo ni de pensarlo. Yo no quiero saber si la muerte es un reposo, si la muerte es una felicidad. Sólo sé que sufro y que el dolor es egoísta. Quiero aún sentirlo á mi lado; quiero sentirlo vivir, pues que yo vivo; quiero sentirlo luchar, pues que yo lucho. Quiero, en las alegrías de mi vida, encontrar sus brazos que me estrechen con efusión; quiero, en mis dolores, encontrar su pecho para llorar en él. No había en mi existencia impresión que mis labios ó mi pluma no le dijeran. ¿Cómo, cuándo, en dónde le diré todo lo que he sufrido al saber su muerte?......

***

Ah! cómo se han reanimado mis recuerdos, nuestros recuerdos, en esta horrible y eterna noche que hemos pasado, yo cara á cara con estas hojas de papel que mi pluma dejaba blancas pero que mi llanto mojaba, y él tendido, allá, muy lejos, inmóvil, frío, lívido, sobre la negra mortaja que mis manos no pudieron cubrir de flores! Sus palabras vibran en mi oído, mi mano siente la impresión de su

mano! Una noche, sin más testigos que el cielo y nuestra tristeza, recordando un pasaje de *Frou-Frou* que le era querido, me decía: *Il est des choses qu'on ets sûr de voir arriver, et, cependant, on n'y pense jamais...... la mort!* ¿Pensaba ya acaso en verla llegar á su cabecera, la pálida desposada? Otra vez entre el ruidoso bullicio del último baile en que estuvimos juntos, él parecía triste y yo sufría: comprendió mi sufrimiento y clavando sus ojos en mis ojos, me dijo con sonrisa amarga este verso mío:

Dile á la muerte que venga.

Ay! al hacer esta invocación, al escucharla en sus labios, no pensé que la terrible segadora había de acceder tan pronto á aquella súplica, y que había de venir para herirlo á él, que era bueno, bueno y generoso!

*
* *

Pasarán los años y veré llegar esa cosa terrible que seguramente llegará, y en la cual hoy pienso con envidia porque te has muerto tú, y mi juventud, Manuel, el pedazo de mi alma que te llevas á la tumba, ya no volverá! De hoy más, en el combate de la vida, sentiré que una parte de mí mismo ha sido vencida, y que yace allá en el cementerio, fría, sola, y me aguarda. ¿Será corta, será larga la espera? No lo sé; pero hoy, en el paroxismo del dolor más agudo, sólo puedo decirte:

Amigo mío...... hermano mío...... Manuel...... ¡hasta la vista!

México, Noviembre 4 de 1887

MANUEL PUGA Y ACAL.

Á MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Duermes...... pero tu faz imperturbable
Está lívida y yerta;
Y tu sueño es el sueño perdurable
Del cual no se despierta.

¡Ayer nos deleitaba todavía
Tu palabra galana,
Sin sospechar que pronto llegaría
Tan fúnebre mañana!

Súbito golpe de invisible mano
Cruel cuanto traidora,
Heló por siempre el corazón lozano
Y la mente creadora.

El rayo cauteloso descendía
Lanzándote á la huesa;
Que la muerte envidiosa no quería
Perder tan rica presa.

Y acabaron á una en sus albores
Tu plática discreta,
De tu pluma gallarda los primores,
Tus cantos de poeta.

¿Por qué profundo, aterrador misterio.
Por qué triste mudanza
Se ha extinguido en el frío cementerio
Tan hermosa esperanza?

¿Por qué se hunde en mitad de su carrera
El astro luminoso,
A cuyo influjo seductor naciera
Tanto afecto ardoroso?

¡Ah, la eterna pregunta! cada día
El fiero estrago vemos;
Mas si destruye al fin nuestra alegría,
Entonces......... no lo creemos.

Y revuelta la faz contra la altura
En necia impertinencia,
Llega á dudar la mísera criatura
De que haya Providencia......

¡Tremenda realidad! Lo más querido
Buscamos con anhelo,
Y no se le halla aquí, porque ha ascendido
Desde la tumba al cielo.

Ensueños y doradas ilusiones,
Amores, desvaríos,
Nacen y mueren como vagos sones
En espacios vacíos;

Cual nubes que se pierden disipadas
Con el sol que se eleva;
Como livianas hojas dispersadas
Que el huracán se lleva......

Tú también indolente te arrullaste
En delirios risueños,
Y de flores espléndidas sembraste
El campo de tus sueños;

Mas soplando inclemente el cierzo helado
Agostó la pradera,
Y en invierno trocóse desolado
La gaya primavera.

Te brindaron con goces inefables
Y alcanzarlos quisiste;
Mas luego sólo abismos insondables
Bajo tu planta viste;

Y de frente y temblando ante el misterio,
Sabes ya en tu partida
Si es principio el temido cementerio
De la muerte ó la vida......

¡Es la vida! lo anuncia la creencia;
Escapas á los males,
Y se realizan en tu nueva esencia
Tus altos ideales.

Que el mundo, con su eterna hipocresía,
Con su egoísta saña,
Es la amistad traidora, es la falsía,
Es el amor que engaña;

Y tantas amarguras, decepciones,
Y daños te evitaste;
Pues volando á las célicas regiones
La envidia desarmaste......

Nos dejas de tu ingenio peregrino
Las flores inmortales;
No por quedar truncado tu destino
Menos ahora vales;

Que al artista de bellas esperanzas,
Por lo que haya soñado
Se deben tributar más alabanzas
Que por lo que ha creado......

Cuando cubramos tu sepulcro en duelo
De flores funerarias,
Con su perfume subirán al cielo
También nuestras plegarias;

¡Que en lo infinito donde tu alma mora
Presto esperamos verte
Los que cansados de vivir, ahora
Envidiamos tu suerte!

Noviembre 3 de 1887.

M. Coronado.

Manuel Alvarez del Castillo.

Increíble me parece estar escribiendo la necrología de aquel á quien quise como á un hermano, y la infausta nueva semejaría una espantosa pesadilla si las lágrimas que ruedan de mis ojos no me dijesen cuán horrible es la realidad de semejante pesadumbre. El jueves á las cinco de la mañana sufrió mi pobre amigo una congestión pulmonar, y á las diez y media del día dejaba de existir. Algún tiempo antes había estado sumamente enfermo; pero su mal cedió por completo, y ha muerto en plena convalecencia, ha muerto en la flor de la juventud, cuando su talento, su ciencia, su grande alma y la simpatía profunda que á todos inspiraba, le ofrecían el más brillante porvenir. Contaba apenas veintisiete años, y ya su genio prematuro le había colocado en altísimo puesto entre esa falange de inspirados que honran no sólo á Jalisco sino á la República entera.

En vano quiero recordar sus méritos para ensalzarlos, hoy que ya no existe. Lo que yo lamento con su muerte no es la pérdida del literato ni del abogado, á quien otros honrarán riudiendo justísimo tributo á sus insignes prendas; lo que yo deploro, lo que me hace prorrumpir en llanto inextinguible, es la ausencia del amigo queridísimo, del hermano de mi corazón, del que me hacía comprender y sentir las bellezas de lo que juntos admirábamos, del que tenía siempre una lágrima para mis dolores, una sonrisa para mis alegrías, una solución para mis dudas, una palabra animosa para mis desalientos, del que fué durante largos años mi compañero íntimo, mi otro yo, y en medio de las múltiples tristezas y de los crueles desengaños de la vida, supo endulzar mis penas con su bondad inagotable, con su inmenso cariño, con su delicada nobleza y su exquisita generosidad. Ni el estado de mi ánimo ni la inmensidad de la pérdida me permiten expresar lo que siento. Cuando los ojos lloran, la boca debe enmudecer.

Hace apenas unos cuantos días me dijo en una de sus cartas, ha-

blando de nuestro mútuo afecto: "No es posible que se extinga esta honrada amistad que, afianzada en nuestro dolor por la pérdida de Antonio, á quien juntos lloramos, ha crecido robusteciéndose con una comunidad de ideas y sentimientos que el tiempo no podrá destruir. Tengo en ella una inmensa fé inextinguible." Y bien, esa amistad ha sufrido ya el golpe formidable de la muerte; pero nada importa: la vida humana dura un día y tras ella se extiende la interminable existencia celeste, en la cual los afectos puros y levantados podrán saciar su ansia inagotable de luz y de inmortalidad, uniéndose en las santas expansiones de un cariño infinito. El ha muerto, y, sin embargo, yo también tengo en nuestra honrada amistad una inmensa fé inextinguible, porque, lejos de romperse ese lazo, se ha hecho más grande y más hermoso en la suprema irradiación de la muerte.

Hoy que mis cabellos empiezan á blanquear y que comienza para mí la vida del tedio y del abandono, sufro la inmensa tortura de perder á un hermano; pero su ausencia no es definitiva. El barro cede á la pesadumbre; el alma se levanta más fuerte y más serena en la transfiguración augusta del dolor.

La estimable familia del que ya no existe sabe que es en mí una tradición cariñosa el querer á los suyos, y que hoy como siempre nuestras lágrimas correrán juntas, y á un tiempo mismo pediremos á Dios la eterna ventura del que acabamos de perder, y cuya alma luminosa y buena nos sonríe desde el cielo. Jamás la ausencia ha sido para mí más triste que hoy que me priva del inmenso consuelo de cubrir de flores esa tumba tan querida.

Tepic, Noviembre 5 de 1887.

ANTONIO ZARAGOZA.

TODA la prensa del país, sin distinción de colores y muy especialmente la de esta capital y los principales diarios de México, ha registrado en sus columnas la muerte de nuestro inolvidable compañero el SR. LIC. D. MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO Y LAMADRID, uno de los redactores y fundadores de "La República Literaria," por medio de artículos más ó menos extensos, pero todos expresivos y llenos de frases de sincera condolencia por tan sensible acontecimiento y de justos elogios á los relevantes méritos del finado.

Debiéramos coleccionar en la presente entrega todos y cada uno de esos artículos, como un homenaje debido á la memoria del que ya no existe y como una prueba de gratitud á los periódicos que los publicaron; pero no todos obran en nuestro poder, y temerosos de que se traduzcan como falta de voluntad las omisiones en que por tal motivo debiamos incurrir forzosamente, nos limitamos á hacer constar en estas líneas que el fallecimiento del escritor que fué en vida nuestro amigo estimadísimo y compartió con nosotros las tareas literarias en esta publicación, que lo apreciaba como su más firme sostén, ha sido unánimemente deplorado y considerado como una pérdida irreparable para las letras patrias.

Profunda y gratamente impresionados por esa actitud tan generosa de la prensa nacional, enviamos á nuestros colegas la sincera expresión de nuestro agradecimiento. MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO merecía, con mucho, esos honores; pero la justicia de la ofrenda que se le rinde, no dispensa de la gratitud á los que tuvimos la honra de ser sus compañeros, máxime cuando en esta oportunidad, "La República Literaria" ha sido también objeto de cariñosos encomios que, aunque inmerecidos, obligan igualmente el reconocimiento de

LA REDACCIÓN.



MIGUEL ANGEL BUONAROTI

Miguel Angel Buonarroti. (1)

Miguel Angel es una trinidad artística: pintor, escultor y arquitecto. Las múltiples manifestaciones de su genio confúndense en un mismo punto luminoso, la sublimidad, sello genérico que distingue todas sus obras, de cualquier naturaleza que sean.

Necesítase remontar la corriente de los siglos y subir hasta la antigüedad india ó egipcia, para encontrar émulos á Buonarroti como escultor ó arquitecto; era artista de extraño linaje, de aquellos que no se usan en las edades modernas, coetaneo por su aliento colosal, de la era del Ramayana ó de las Pirámides. Su figura extraordinaria ejerce en el espíritu ese vago estupor y esa confusión casi pavorosa que engendra lo desmesurado; hay algo de tremendo en su severa y potente fantasía, como la manifestación de una vida misteriosa y sobrehumana. Si Miguel Angel hubiese vivido en las primeras edades del mundo, él habría sido quien hubiera tajado las montañas de Ellora para convertirlas en edificios monolitos en el exterior, y en templos subterraneos por dentro; él habría sido quien hubiese abierto al Nilo nuevo curso en las serranías africanas; él quien hubiese levantado á Amenofis III las gigantescas estatuas mitradas, que desde hace miles de años contemplan inmóviles y melancólicas desde sus asientos de piedra, el ascenso y descenso del Lago Moeris; y su genio meditabundo habría sido el que hubiese desvastado la montaña á la orilla del Desierto para convertirla en Esfinge. Su grande espíritu es del tiempo de los hechos gigantes cos, de aquel en que floreció la inmensa Babilonia que trasplantaba

(1) Debemos á la benevolencia del reputado artista D. Felipe Castro, el presente del exquisito retrato de Miguel Angel con que á nuestra vez obsequiamos á los suscritores de nuestra revista. Deseamos que nuestros favorecedores hallen el dibujo tan hermoso como nos parece, y enviamos en estas líneas al Sr. Castro, la expresión de nuestro reconocimiento.

pueblos de un país á otro como rebaños de ovejas, de aquel en que los israelitas atravesaban la Arabia en una peregrinación de cuarenta años. Adviértese en su fisonomía moral, algo de rudo é imponente, como en la marmorea del Moisés que dejó esculpido, cual si sobre su frente hubiesen batido las alas huracanes desconocidos, y sus pupilas hubiesen tenido visiones de ultratumba. La extraña lobreguez de sus concepciones, es el tinte peculiar de todas las concepciones de los mayores genios humanos; así escribía Esquilo sus trilogías que hacían abortar á las mujeres en cinta; así Dante mataba la esperanza en los umbrales de la ciudad doliente; así Shakspeare ponía un cerco de tinieblas en derredor del príncipe de Dinamarca; así Víctor Hugo desquebrajaba á sus protagonistas y los cubría de horrible fealdad para desarrollar sus altos pensamientos. Reina horror sagrado en los abismos de lo ignoto y de lo inmenso; los arcángeles de Milton tenían las alas teñidas de sombra.

I.

Miguel Angel vino al mundo en el último tercio del siglo XV y nació en el castillo Caprese, en la Toscana, siendo descendiente de antigua y noble familia. Creen algunos de sus biógrafos que perteneció á la de los condes Canossa; pero sea cierta ó no tal especie, la verdad es que no necesita su grandeza personal la intervención de una ascendencia nobiliaria para recomendarse, pues su nombre vale más que los Montmorency ó Plantagenet, y pudo él decir con legítimo orgullo, como Bonaparte: "yo soy el primer noble de mi familia." Nutrióse con leche de artista, como solía decirlo, pues el ama que le crió, era esposa de un escultor; así es que desde que comenzó á vivir, vióse rodeado de atmósfera artística, y no respiró nunca ninguna otra. Estudió en Florencia, donde fué discípulo de Domínico y David Ghirlandajo, con vocación tan decidida y genio tan soberano, que á los quince años de edad aprendió cuanto podían enseñarle sus maestros. Diez y seis tenía cuando Lorenzo el Magnífico le llevó consigo á su palacio, donde le alojó á cuerpo de rey, para tenerle siempre consigo, y rendir el homenaje debido á su preclaro talento. El bienestar de su nueva situación no entibió en lo más mínimo sus aficiones levantadas. En vez de

tornarse perezoso ó entregarse á los placeres, como lo habría hecho quizás cualquier espíritu mediocre, prosiguió sin detenerse el curso de sus labores, sin faltar al estudio un solo día, ni dar paz á la mano, ni omitir esfuerzo por ensanchar más y más los horizontes de su genio. La austeridad de su numen no conoció la pasión ni los goces mundanales; su adolescencia, lo mismo que su juventud, su edad madura y su ancianidad, no tuvieron más inclinaciones ni más encantos, que los del cultivo de la belleza en los dominios del arte. Sus estudios anatómicos hechos en la personal disección de cadáveres, le dió perfecto conocimiento del organismo, y permitióle en lo sucesivo hacer prodigios de verdad y expresión en las actitudes de los cuerpos que pintaba ó esculpía.

Parece que de niño fué impertinente y burlón; así lo dá á entender al menos, un desgraciado incidente que le acaeció con Pedro Torregiano, mediano artista que fué su condiscípulo en el estudio de Ghirlandajo. Era de tal modo superior el pequeño Buonarroti á todos sus compañeros, que encontraba ridículas sus obras, y no tenía empacho en reirse de ellas y de sus autores. Torregiano, una de sus víctimas, muchacho de poco talento, pero de pésimo carácter y excelentes puños, contestó un día sus bromas con puñetazo tan furibundo, que le destrozó la nariz, dejándosela aplastada para siempre. Esta fatalidad vino á dar al rostro de Miguel Angel, el último rasgo característico que le hacía falta. El exterior de este grande artista era rudo, á juzgar por el retrato que de él nos han legado sus contemporaneos. En su faz barbuda y sombría no había más belleza que la del pensamiento, que resplandecía en su frente espaciosa y en sus oscuros ojos manchados de amarillo, que brillaban con fuego interno y extraño. Debajo de aquella mirada pensativa, estaba en carácter su nariz deforme, que hacía aparecer más singular y desusada su fisonomía. Su cuerpo fuerte, de mediana elevación y de proporciones atléticas, parecía organizado para la lucha; era una naturaleza robusta, que había traido al mundo una misión tan gigante como dilatada, y venía apercibido y templado para cumplirla.

No llegaba todavía á los veinte años, cuando falleció su protector Lorenzo el Magnífico. Sucedió á éste Pedro su hijo, que aunque heredó su nombre y sus Estados, no recibió el legado ilustre de sus talentos ni de su amistad por Buonarroti. Insensato y desatentado como todas las almas oscuras, empleó á Miguel Angel durante un

invierno, en la obra ridícula de hacer estatuas de nieve; ocupación que no podía ser tolerable para aquel carácter independiente y fiero, y que le obligó á expatriarse y trasladarse á Venecia y de allí á Bolonia. No tardó mucho, empero, en regresar á Florencia, donde esculpió la famosa estatua de *Cupido dormido*, que fué vendida en Roma como antigua; tales rasgos de pureza y del gran arte tenía en su concepción y detalles. Exito tan satisfactorio abrió á Buonarroti el camino de Roma, á donde se trasladó muy en breve, y donde ejecutó su célebre grupo llamado *Pietá*, que constituye una de las más preciadas joyas de la catedral de San Pedro, y el *Baco*, que más tarde Rafael atribuyó á Fidias ó Praxiteles por su extremada perfección. Mas Florencia le atraía con imán invencible, y tornó pronto á aquella ciudad, cuna de su carrera artística, marcando en ella su paso por la construcción de la estatua colosal de *David*, que se levanta todavía en la Piazza Granduca; y por la producción de su primer obra de pintura. El gonfaloniero Soderini había reemplazado á Pedro de Médicis en el gobierno de Florencia, sabiendo continuar la gloriosa tradición de Lorenzo el Magnífico, mejor que su imbécil hijo. Durante su breve paso por las esferas del poder, dejó, en efecto, marcada su huella, por el amor y protección á las artes. Soderini tiene la gloria de haber revelado al mundo la existencia de un gran pintor, adormido en el alma de escultor de Miguel Angel. A no ser por él, no existiría la Capilla Sixtina con sus pinturas al fresco, que forman la admiración de los siglos.

Soderini, en efecto, sorpendido ante el talento de Miguel Angel, desarollado en el *David*, le encomendó en concurrencia con Leonardo de Vinci, el decorado de una de las paredes de la Sala del Consejo. Cerca de un año tardó el artista en concluir el cartón, y mientras estuvo en obra, no permitió que nadie le viera. Escogió por asunto un episodio de la guerra de Pisa: representaba á los soldados florentinos sorprendidos por los pisanos en los momentos de bañarse en las aguas del Arno; lo que le dió ocasión para desarrollar sus especiales disposiciones para reproducir con pasmosa exactitud, diversas y difíciles actitudes de cuerpos desnudos. La exhibición de esta joya del arte pictórico, causó profunda sensación en cuantos la vieron; Benvenuto Cellini, en el colmo del entusiasmo, la llamó *escuela del mundo*. Desgraciadamente el oscuro pintor Baccio Bandinelli concibió negra envidia por ella, é introduciéndose furtivamente y á

merced de las sombras de la noche, en la Sala del Consejo, destruyó aquel cartón inimitable, convirtiéndole en menudos fragmentos. Así quedaron aniquiladas las primicias del genio pictórico de Buonarroti, y perdió la posteridad tan celebrada obra maestra.

Un año más tarde, en 1507, visitó Miguel Angel á Bolonia, y construyó la estatua colosal en bronce del pontífice Julio II; la cual fué dos veces célebre, una por su perfección misma, y otra por haber sido fundida poco tiempo después por los Bentivogli, enemigos del papa, y convertida en cañón para atacarle. Extraño destino de las cosas humanas!

Trasladóse el artista en 1508 á Roma, donde el pontífice mencionado, inteligente conocedor de sus méritos excepcionales, le tomó definitivamente bajo su protección, y le encomendó dos obras de grande aliento: el pintar al fresco el techo y paredes de la Capilla Sixtina, y el construirle un marmoreo y grandioso mausoleo.

Debía ser éste tan vasto, que no podría caber en ninguna de las iglesias que existían entonces en Roma; mayor que el de Adriano, mayor que todos los conocidos hasta la época. Así eran las concepciones de Miguel Angel, atrevidas y gigantescas por todo extremo. Aprobó el papa su idea, y quedó convenido que para su realización, se hacía necesaria la construcción de un templo inmenso; de este modo fué resuelta la erección de la catedral de San Pedro, hija legítima del genio de Buonarroti. La suerte empero, que se complace en burlar los pensamientos humanos, dispuso que el mausoleo no fuese terminado sino después de muchos años, y bajo un plan relativamente raquítico; comenzado, interrumpido, vuelto á continuar é interrumpido de nuevo varias veces, fué concluido finalmente, aunque en reducidas proporciones, bajo el pontificado de Paolo III, y colocado en la iglesia de San Pedro *ad Vincula*, como simple obra decorativa, supuesto que Julio II reposa en otra iglesia y no bajo aquellos mármoles soberbios. Con ocasión de está obra, cuya interrumpida ejecución se extendió por el espacio de treinta años, Miguel Angel esculpió varias estatuas famosas: dos prisioneros, una victoria hollando á un cautivo, y la más célebre de todas, la colosal de Moisés, para la que parece pequeño el recinto del templo. De ella podría decirse lo que se dijo en Grecia de la del Júpiter Olímpico de Fidias, es á saber, que á ponerse de pié, se llevaría el techo sobre la cabeza.

El decorado de la techumbre de la Capilla fué terminado en veinte meses. El día de Todos-Santos, 1.° de Noviembre de 1512, fué descubierta y ofrecida á la admiración del pueblo aquella obra tan admirable por su concepción como por su desarrollo; á pesar de las protestas del autor, que aun no le daba la última mano, Julio II mandó derribar los andamios, y antes de que se desvaneciese el polvo de su caida, trasladóse á aquel recinto consagrado por el genio, y le estrenó celebrando su primera misa. Dícese que el carácter grandioso de esas pinturas, sobrepuja á todo lo que ha producido el arte, de más grave y más severo. Según Mme. de Stael, Miguel Angel es el pintor de la Biblia, como Rafael es el del Evangelio. "Aquel hombre rudo y austero—dice René Ménard (1)—nutrido con la lectura del Dante, había sido hecho para comprender á los profetas. Los desgarramientos de Italia y las últimas convulsiones de las repúblicas, recordábanle vivamente los desastres de la nación judía. Savonarola hubiera podido servirle de modelo como tribuno inspirado, de aquellos que en Israel y Judea anunciaban sin cesar en nombre de Dios, la invasión extranjera, la ruina y la desolación. Los libros sibilinos, tan frecuentemente citados por los Padres, sus imitaciones de las profecías judías, contienen las mismas cóleras y las mismas amenazas, con la sola diferencia de entrar en ellos Roma en lugar de Babilonia. La destrucción inminente del imperio y del mundo aparece en ellos como una expiación por los crímenes del género humano, y los sufrimientos del pueblo de Dios. Esas figuras sombrías eran dignas de inspirar á Miguel Angel, y estaban en armonía con la naturaleza de su genio."—El papa, con todo, y á pesar de su entusiasmo, no pudiendo penetrarse por completo de la índole austera de aquella extraña inspiración, encontraba sencillo el decorado é instaba al pintor para que hiciese intervenir el oro en el adorno de aquellas figuras. Miguel Angel le contestó gravemente: *Aquellos á quienes he pintado eran pobres personas.*

Representan esos frescos, la creación del universo y la del hombre, la caída de éste, y los albores de la historia del mundo, con referencia á su redención y salvación: obra inmensa por su pensamiento y tamaños, parto de un espíritu divagado en sueños prodigiosos. Ocupan la parte superior de la bóveda, Dios Padre llevado por los

(1) Histoire des beaux arts.

ángeles, la creación de la luz, la del hombre, la de la mujer, la tentación de Adán y de Eva, su expulsión del Paraíso, el sacrificio de Noé, el Diluvio y la embriaguez de aquel patriarca; hállanse en los ángulos cuatro composiciones: David vencedor de Goliat, la serpiente de bronce, el castigo de Amán, y Judit cortando la cabeza á Holofernes; y entre las ventanas, en el nacimiento de las bóvedas, destácanse las figuras de los profetas Zacarías, Jeremías, Joel, Daniel, Isaías, Ezequías y Jonás, y las de las sibilas pérsica, líbica, délfica, eritrea y cúmica. El grandioso poema artístico permaneció inconcluso no obstante, por entonces; el Juicio final, que debía formar su epílogo, no pudo ser pintado, y quedó en proyecto durante largos años.

Muerto Julio II, sucediéronle en el pontificado, el glorioso Leon X, Adrian VI, Clemente VIII y Paolo III, hasta que al fin, bajo el reinado de este último papa, pudo concluir Miguel Angel su gran cuadro, treinta años después de terminada la pintura de la parte alta de la Capilla Sixtina. Ha sido reconocida esta obra como la capital de tan insigne maestro, no sólo por sus proporciones, cuanto por lo atrevido y solemne de su concepción. Ocupa todo un lienzo de la alta capilla, y contiene figuras desde la parte más elevada hasta la inferior. En lo más encumbrado hállase el irritado Cristo, arrojando al abismo á los réprobos, que descienden en violentas actitudes, con la rabia y la desesperación pintadas en el rostro; abajo están los muertos saliendo de la tierra al sonido de las trompetas que hacen sonar los ángeles, y á la diestra del Hijo del Hombre, agrúpanse los escogidos para quienes se extienden las inmensidades luminosas, donde se cierne la Cruz llevada en triunfo por legiones celestes.

La desnudez de las figuras provocó serias discusiones, y á punto estuvo de causar la completa destrucción de aquella obra maestra por manos timoratas y profanas; adoptóse á la postre un temperamento, consistente en echar algunas ropas sobre las desnudeces más crudas. Daniel de Volterra fué encargado de llevar á cabo esa corrección pudibunda. Los burlones romanos colgaron desde entonces al nombre de este pintor, el apodo de el *sastre*. Miguel Angel por su parte, vengóse del maestro de ceremonias, Biagio de Cesena, que fué el primero en escandalizarse por la ligereza de los vestidos, haciéndole figurar en el infierno, enlazado el cuerpo por una ser-

piente; el papa, á quien se quejó Biagio por tamaño atentado, declinó toda intervención en el asunto, declarando que su poder no llegaba hasta sacar á los condenados del infierno.

II.

La envidia de Banbinelli causó la destrucción del cartón que representaba la guerra de Pisa; la de Bramante dió motivo á la creación de los frescos de la Capilla Sixtina. Celoso de Miguel Angel este arquitecto, y presintiendo acaso hallar en él un rival, indujo á Julio II á confiarle la decoración de dicha capilla, entretanto que Rafael se encargaba del de las Stanzas del pontífice. De la comparación de las obras de uno y otro pintor, debía resultar la ruina de Miguel Angel; pero Bramante quedó cruelmente castigado, pues su mal intencionada insinuación produjo por el contrario, el acrecentamiento de la gloria de Buonarroti y la manifestación de su vasto genio en todo su desarrollo. Sus grandiosas pinturas murales eleváronle al colmo de la gloria, al favor incondicional del papa y á la admiración del mismo Rafael, que fué el primero en aprovecharse de su inspiración, estudiando y procurando imitar su grandiosa manera.

Había llegado Miguel Angel á la madurez de la edad, cuando hizo al mundo la tercer revelación de su talento. Cuarenta años tenía cuando se dedicó á la arquitectura, habiendo pasado en el estudio de este arte, todo el pontificado de Adrian VI. Durante el sitio de Florencia por los ejércitos reunidos del emperador y del papa, que se habían propuesto acabar con la república florentina, Miguel Angel dirigió las obras de la fortificación, que hicieron durar un año el asedio, y que más tarde produjeron la admiración del célebre mariscal de Vauban. Su obra principal como arquitecto la constituye la cúpula de San Pedro de Roma, que es la más elevada y atrevida del mundo. Todas las ideas de Buonarroti eran del mismo género; ya se manifestasen en la escultura, en la pintura ó en la arquitectura, tuvieron por sello distintivo la grandiosidad y la osadía. Así fué como llegó á lo sublime en los tres órdenes, porque la estatua de Moisés no es inferior al fresco del Juicio Final, ni la cúpula de San Pedro es de carácter menos elevado que esas dos admirables creaciones.

Las bellas artes necesitan para desarrollarse, la protección del poder público ó religioso. Decorativas y monumentales, tienen que marchar al unísono con las ideas reinantes, dándole formas tangible y hermosa, y que aprovecharse de los elementos generales para llegar á la plenitud de su vida. Así la arquitectura y la escultura asirias, levantaban palacios á los reyes de Nínive y Babilonia, poniendo toros alados y con rostro humano de mística ornamentación á sus puertas; así en Egipto elevaban las regias mansiones tebanas, los templos de Luqsor y de Karnac y esas colosales figuras hieráticas que aun subsisten, y que parecen interrogar á los siglos; así en Grecia construían los bellísimos templos donde resplandeció en toda su hermosura el arte clásico, y daban forma humana á los dioses en mármoles palpitantes, que parecían alentar con la vida serena y luminosa del Olimpo; y así en Roma, las basílicas y los templos llenaban el area de la ciudad imperial y el número de las estatuas era casi igual al de los habitantes de la soberbia metrópoli. ¿Qué sería de los artistas si no dispusiesen de los elementos públicos para desarrollar sus ideas y llevar á cabo sus obras? Morirían ignorados como seres vulgares, sin llegar á manifestar la grandeza de su numen.

Miguel Angel sin la protección de los Médicis y de los pontífices, no habría sido conocido por el mundo; habríase llevado á la tumba el secreto de su triple genio. Porque él más que nadie, necesitaba vasto escenario para desarrollar sus concepciones, cuantiosos recursos para dar vida á sus obras. Sus estatuas colosales, sus pinturas de tamaño desmesurado; sus construcciones arquitectónicas gigantescas, no podían ceñirse á los estrechos límites de los deseos privados, ni hacerse á costa de un tesoro particular. Necesitaba para sus obras grandes asuntos y grandes desembolsos pecuniarios: la Biblia y el dinero de San Pedro. No es concebible Miguel Angel como pintor privado, ó como arquitecto de casas ó escultor de figuras pequeñas; su genio se habría atrofiado, y jamás habría llegado á hacerse célebre, si hubiera tenido que funcionar en esfera tan reducida. Era su especialidad la grandeza, y necesitaba aquellos elementos, aquellos asuntos, aquellos protectores, aquellos momentos históricos á cuya sombra floreció, para manifestarse en toda su magnitud, tal cual era. Solamente bajo estas condiciones se desarrollan los genios; cuando no les es favorable el escenario, concéntranse en

sí mismos y se extinguen en la oscuridad, sin que nadie los adivine, ni ellos mismos se comprendan. Dios saba cuantos de esta especie hayan sucumbido y sigan desapareciendo en medio del silencio, llevando en el corazón la pesadumbre de no haber podido dar forma á sus ideales.

III.

Los hombres que tienen un mérito real y extraordinario, llevan en torno de la frente una corona de misterio que los distingue del vulgo. Así fué Miguel Angel; extraño mortal que no participaba de las pasiones de los otros, que vivía absorto en la contemplación de sus interiores imágenes, que no contrajo matrimonio, que no dejó descendencia. Nutrido con la lectura de la Biblia y de la Divina Comedia, que exornaba con figuras marginales y simbólicas á medida que leía, vivía fuera del mundo, en la región de sus sueños, á la vez grandiosos y terribles. Sus obras aplaudidas y vastas, el favor de los príncipes, la gloria que le cobijaba con sus alas espléndidas, no eran parte para calmar sus íntimos deseos que siempre aspiraban á mayor grandeza, y suspiraban siempre por mayor gloria. El, que completaba su naturaleza artística con su amor á la poesía, y componía versos admirables por su sobriedad, elevación y corte clásico, dejó consignados su desconsuelo y el ansia de inmensidad que le consumían, en uno de sus inimitables sonetos: "Navegando en barca frágil—dice—á través de mar tempestuosa, termino el curso de mi vida; toco ya á la puerta donde vienen todos á dar cuenta del bien ó el mal que han practicado. Ah! reconozco que este arte que ha sido el ídolo á la vez que el tirano de mi imaginación, la ha sumergido en el error.—Pensamientos amorosos, vanas y dulces imaginaciones ¿qué sois ahora que me aproximo á las dos muertes, la una cierta, la otra que me amenaza? No, ni la escultura, ni la pintura pueden bastar para calmar una alma que se ha vuelto á ti ¡oh! Dios mío, y que se abrasa con el fuego de tu amor." Hé aquí el final desconsuelo de las almas superiores, el supremo grito del desterrado en tierra extranjera, el triste canto israelita de la cautividad á la orilla del Eufrates; hé aquí el eterno gemido de todos los grandes hombres, que no se sacian con los triunfos mundanos, y en

medio de su gloria inclinan sobre el pecho la frente meditabunda y se envuelven en nube de tristeza. Hablan el mismo lenguaje todos los espíritus levantados, ya sean filósofos, ya artistas, ya poetas; solamente los vulgares siéntense contentos en esta vida mísera, y se engolfan en sus placeres, teniendo por supremo deseo el hacerlos eternos.

Necesitaba ser de esa talla Miguel Angel para llevar á cabo la misión que trajo á la vida. Vino al mundo á resumir los sentimientos, ideas y aspiraciones de una época. Así como Dante hizo hablar en su Divina Comedia á la Edad Media en que la escribió; así Buonarroti dió forma artística en su época, á la aspiración general de las almas, en aquellos tiempos revueltos y de transición. En los momentos en que gemía la Italia presa de las banderías y de las pasiones políticas, cuando acababa de descubrirse un mundo, y el porvenir abría las puertas á una éra nueva para la humanidad; hondo malestar aquejaba á los espíritus, llenos de las tradiciones de la Edad Media que acababa de pasar, de los esplendores del Renacimiento contemporaneo y á la vista de horizontes insondables que se extendían hacia adelante. En medio de aquella gran perturbación y de aquella crísis vastísima, la conciencia social sentíase conmovida, solicitada á la vez por dos sentimientos, el del mundo antiguo que se desvanecía y el del moderno que surgía en lontananza con formas vagas y gigantescas. Rafael personificó el amor retrospectivo á lo pasado: sus gustos clásicos por el órden, el equilibrio y la belleza, y su idolatría por la forma, eran un tributo rendido á la inspiración helénica tan elegante y tan pura, tan encantadora y tan poética. Miguel Angel, por el contrario, no tiene tradición con el pasado. Su manera se separa de la de los antiguos. Desdeña la armonía, hace poco aprecio de la proporción, no busca la belleza en la corrección de las líneas; sopla sobre la materia y le dá espíritu, siendo todo su anhelo hacerla hablar, hacerla sentir, comunicarle expresión y vida psíquicas. Al efecto, soñador más que artista, trasformador poderoso del mármol más bien por la idea que por el cincel y la paleta, hace las cabezas pequeñas, grandes las extremidades, incorrectas las facciones, atormentadas las actitudes; y consigue por estos medios, desarrollar sus ideas, dar cuerpo á sus aspiraciones, formar estrofas de mármol, poemas pictóricos, himnos de granito, monumentos sublimes del arte, elevados á las alturas, á la inmensidad, al idea

misterioso. Así marca en la historia una nueva etapa, y abre á los espíritus una nueva éra, fija la mirada perpetuamente más allá del horizonte, más allá del mundo estelado, en ese espacio inmensurable y oscuro, que atrae á la mente con su grandeza al par que la amedrenta y horroriza.

Aquella alma soñadora lejos estaba del realismo que le ha sido atribuido por los que desconocen la naturaleza de su ingenio. Su arte no consistía en pintar las cosas como existen, sino trasfiguradas por el espíritu en las regiones apocalípticas del ensueño. Por eso hacía los cuerpos de enormes dimensiones; por eso buscando el carácter y la expresión antes que todo, y separándose de la realidad tangible, daba á sus figuras cabezas poco voluminosas, y acentuaba las proporciones de los miembros extremos del cuerpo; por eso se complacía en pintar lo terrible, ese mundo superior á nuestra percepción y á nuestra resistencia natural. Las tendencias peculiares de su talento míranse de bulto en la famosa estatua el *Pensieroso*, colocada sobre la tumba de Lorenzo II de Médicis. Su actitud violentísima y la desproporción de sus partes, danle la anhelada expresión meditativa, aun fuera de la verdad servil que hubiera buscado un realista. Este Lorenzo II nada tenía de pensador ni de grande como su ilustre padre; fué simplemente un odioso tirano. Idealizó su personalidad el artista cuando de tal suerte hubo de decorar su tumba. La verdadera opinión de Miguel Angel respecto de aquel Médicis, hállase simbolizada en la estatua de la *Noche*, que figura sobre la tumba al lado del *Pensieroso*. Un poeta anónimo, celebrando esa hermosa personificación, se expresó así: "Esta noche que ves durmiendo con tan dulce abandono, sacada fué del mármol por la mano de un angel. Vive, puesto que duerme; despiértala si lo dudas, y verás como te habla."—Miguel Angel contestó á nombre de su misteriosa alegoría: "Me es dulce dormir y más aún estar muerta. Felicidad es no ver ni sentir en estos tiempos de bajeza y de vergüenza! Conjúrote, pues, á que no me despiertes: habla bajo!"

Tal lenguaje, propio de un antiguo, era habitual en Miguel Angel. Gustaba de la soledad, y solía pasar semanas sin desplegar los labios. Cuando hablaba era conciso, y traducía en sus expresiones el pensamiento siempre austero de su alma meditabunda. "Estoy desposado con el arte—decía á los que le preguntaban por qué no se casaba—su compañía es el reposo de mi vida. Mis hijos son mis

obras; con ellas me basta."—Esto no obstante, amó una vez, con toda la violencia de su corazón apasionado; peró amó á su manera. Era septuagenario ya cuando sintió por primera vez el incendio amoroso, siendo quien supo inspirarle, digna de tan noble inclinación por su hermosura, por su talento y por sus virtudes. La célebre Victoria Colonna, viuda del marqués de Pescara, fidelísima esposa é inspirada poetisa, fué quien logró despertar aquel gran corazón, adormido para el amor durante casi dos tercios de siglo. Pero el grande anciano guardó su secreto y mantuvo con ella, nada más que relaciones artísticas y poéticas; y sólo cuando hubo muerto aquella mujer singular, cuya imagen quedó grabada en su mente con rasgos eternos, hizo explosión su sentimiento, y el grande hombre se entregó á los trasportes de un dolor extraordinario y sombrío. Entonces y sólo entonces, se atrevió á tomar una de aquellas manos blancas y afiladas como las de una Vestal, y á sellarla con ósculo apasionado. ¡Primero y último tal vez, que imprimieron sus labios castos! ¡y dado fué á un cadáver! El resto de su vida, que fué todavía de diez y siete años, le pasó deplorando no haber besado la frente de su yerta amada.—Opina Gustavo Planche, que no se casó Buonarroti, con el propósito deliberado de enardecer su inspiración al fuego de una pasión no satisfecha y de un ideal embellecido por la ilusión y por el anhelo; mas parece tal opinión injustificada, supuesto que cuando amó Miguel Angel no estaba ya en edad de pensar en una unión nupcial, y supuesto que Victoria Colonna, que desdeñó matrimonios regios, propúsose pasar, como pasó en efecto su vida, consagrada á la religión y á venerar la memoria de su idolatrado esposo. Es lo cierto que Buonarroti, extraordinario en todo, en todo tempestuoso, despertó al amor fuera de tiempo, y tuvo por suerte amar en el mundo siempre el ideal, siempre el imposible.

Vivió como los antiguos patriarcas, pues alcanzó la edad de noventa años, potente, soñador y grande hasta sus momentos postreros. Su testamento, dictado á su sobrino Leonardo Buonarroti, fué breve y conciso: *Dejo mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, mis bienes á mis parientes más próximos.* Hubiera debido continuarlo así: *mi nombre á la posteridad y mi gloria al género humano.* De la iglesia de los Santos Apóstoles, donde le hizo enterrar el papa, fué trasladado á Florencia, donde se le dió sepultura en la iglesia de San Lorenzo, lugar de eterno reposo de los duques. Tres escul-

tores florentinos, Juan dell' Opera, Bautista Lorenzi y Valerio Cioli, erigiéronle suntuoso catafalco con mármoles proporcionados por el jefe del Estado. Vasari coronó el monumento con el busto de su ilustre maestro.

IV.

Deciamos al principio, que Miguel Angel no podría encontrar émulos de su grandeza como escultor ó arquitecto, sino en la remota antigüedad, que cavó templos en el duro seno de las montañas y dió formas esculturales á las eminencias graníticas. Como pintor no tiene competidor en cuanto al atrevimiento de la obra y al idealismo del argumento. La antigüedad vió florecer la escultura y la arquitectura; la pintura se ha desarrollado al calor del pensamiento cristiano. La majestuosa y tremenda poesía de nuestra religión no ha encontrado nunca intérprete más osado que Buonarroti; aunque otros le hayan excedido en unción mística, como Fra Angélico de Fiésole, ó en armonía, gracia y belleza, como Rafael de Urbino. Pero la visión de lo desconocido, los presentimientos de lo sobrehumano, el espanto de lo inmenso, sólo él los ha sentido, sólo él los ha expresado; sólo él los ha hecho sentir á la humanidad por medio de creaciones de su numen. Miguel Angel, más que artista es vidente; son sus cuadros profecías ó apocalípsis: pintó como hubieran pintado Isaías ó el apóstol S. Juan.

Tal fué Miguel Angel, alma grande, viril y poderosa, que llenó el mundo con sus esplendores por el espacio de casi un siglo. De él puede decirse lo que dijo Chateaubriand en la muerte de Bonaparte: al morir entregó á Dios el más poderoso soplo de vida que haya animado jamás al barro humano.

José López-Portillo y Rojas.

LA ULTIMA TARDE.

A LA MEMORIA DE

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

La muerte otra vez más, grave, imponente,
En el revuelto campo de mi mente
Como negro fastasma se levanta,
Y á su presencia aunque mi pecho siente
La angustia del dolor, mi lira canta.

Yo canto cuando sufro como ahora,
Porque siento en mi alma soñadora
Las tristes vibraciones de una lira
Que con mi alma suspira, si suspira,
Y que con ella llora, cuando llora.......

....
....

Ayer...... era una tarde...... oscurecía:
Del verde senador entre las rejas
Fantástica arboleda se veía,
Y su oscuro ramaje parecía
Poblado de rumores y de quejas.

Las hojas secas que arrebata el viento
Formaban un rumor vago y sentido,
Con el que se mezclaba ese gemido,
Ese triste y monótono lamento
Con que gime la tórtola en el nido.

Y allá á lo lejos sobre el fondo oscuro
Se dibujaba el caprichoso muro
Del gótico salón...... Había fiesta
Y en el ambiente embalsamado y puro
Temblaban los acordes de la orquesta.

A través de los vidrios de colores
Irradiaba la luz entre las flores,
Y del wals en el vértigo impulsadas
Vagas sombras, fugaces, enlazadas......
Era fiesta nupcial, fiesta de amores!

Después, los blancos rayos de la luna
Argentando el cristal de la laguna
En cuyo azul espejo, dilatado
El cielo se miraba reflejado
Copiando las estrellas una á una.......

Todo en aquella vez nos inducía
A vagar en un mundo imaginario
Abriendo en nuestro pecho el santuario
Que exhala sentimiento y poesía,
Como exhala perfume el incensario.

Recitábamos versos...... se quejaba......
Su acento alguna vez era de lloro,
Pero siempre dulcísimo y sonoro;
Luego de ensueños y de amor me hablaba.
¡Yo de mi niña de cabellos de oro!

Y al mirar en la copa cristalina
Del dorado champaña, leve bruma
Que, hirviendo, forma su fugaz espuma
Como se ve un paisaje en la neblina
Que poco á poco su contorno esfuma,

Mirábamos surgir un mundo extraño
Lleno de luz, de estrellas, de celajes,
De pájaros, de flores, de paisajes......

Todo ese mundo vago del engaño,
Que puebla el ideal con sus mirajes.

Entonces, cuánto ensueño en la cabeza!
Cuánta dulce ilusión en nuestros pechos!
Cuánto fulgor de gloria y de grandeza......
Cuántos castillos imposibles hechos......
Y hoy en mi corazón, cuánta tristeza......

....
....

Has muerto ya!...... conoces el temido
Arcano de la tumba! No te olvido
Recordando las frases de tu ruego......
Mañana por la muerte seré herido
Como tú y como todos. ¡Hasta luego!

ENRIQUE SORT DE SANZ.

RIE!

Eres mujer: fué locura
Esperar bien de tu pecho;
He labrado en peña dura,
Y en premio de mi ternura
Un desengaño cosecho.
¿Gimes? ¡singular gemir!
¿Tu llanto mi mal deplora?...
No llores, debes reir
Mientras me miras morir,
Pues nunca el verdugo llora!

FARFALLA.

OTOÑAL.

Ya viene cerca el Invierno
por la montaña bajando
y un eco triste despiertan
acá en el valle sus pasos.
Ya están desiertos los nidos,
pues que se fueron los pájaros;
ya están desnudos los bosques
y amarillentos los prados.
Se va la estación florida,
se aleja, sí, mas dejando
dicha y placer en el alma
de los que en ella se amaron.
Cabe la fuente risueña,
los saúces y los álamos
guardan por siempre en sus troncos
muchos nombres enlazados.
Amor infundió en las almas
Otoño con sus encantos,
con el azul de sus cielos
y las flores de sus campos.
¡Ay de aquellos que insensibles
porque alientan desengaños,
sin un cariño en el pecho
tras el Otoño quedamos!
Sin ese sol que fecunda
de la existencia los prados,
sin amor que es fuego y vida,
y tristes y solitarios,
Ni dicha, ni hogar, ni aliento
tendremos contra los daños
del viejo aquel que se acerca
por la montaña bajando.

MANUEL M. GONZALEZ.

NAPOLEON BONAPARTE.

PRIMERA PARTE.

Cuando se quiere explicar una construcción, es necesario representarse sus circunstancias, quiere decir, las dificultades y los medios, el espacio y la calidad de los materiales disponibles, el momento, la ocasión, la urgencia; y aun importa todavía más considerar el genio y el gusto del arquitecto, sobre todo si es el propietario, si construye para habitar la finca, si una vez instalado, apropia cuidadosamente la casa á su género de vida, á sus necesidades y á su servicio.

Tal es el edificio social construido por Napoleón Bonaparte. Arquitecto, propietario y habitante principal de 1799 á 1814, ha hecho la Francia moderna. Nunca ha impreso su sello carácter individual ninguno tan profundamente en una obra colectiva, como él en la Francia, de tal suerte que, para comprender el hecho, es necesario primeramente observar aquel carácter (1).

(1) La principal fuente es por supuesto, la *Correspondencia del emperador Napoleón I*, en treinta y dos volúmenes. Desgraciadamente esta correspondencia está incompleta todavía, y á partir del tomo sexto, ha sido mutilada de propósito. "En general, dicen los editores (XVI p. 4), hemos tomado por guía la idea natural de que estábamos llamados á publicar *lo que el emperador hubiera entregado al público*, si, sobreviviendo á sí mismo y anticipándose al juicio de las edades, hubiese querido mostrar á la posteridad su persona y su sistema."

El sabio que ha estudiado más asiduamente esta correspondencia, intacta en los diversos archivos de Francia, estima que puede comprender como 80,000 piezas, de las cuales 30,000 han sido publicadas en el libro antes citado; 20,000 han sido entresacados como repeticiones, y 30,000, poco más ó menos, por conveniencia ó política. Por ejemplo, no se ha publicado más que la mitad de las cartas de Napoleón á Bigot de Préameneu, sobre los negocios eclesiásticos; muchas cartas omitidas, todas importantes y características, están en "La Iglesia Romana y el primer Imperio," por Mr. d' Haussonville.

I.

Desmesurado en todo, y más extraño que desmesurado, no sólo sale de lo ordinario, sino de toda proporción; por su temperamento, sus instintos, sus facultades, su imaginación, sus pasiones, su moral, parece fundido en un molde aparte, compuesto de un metal distinto del de sus conciudadanos y contemporaneos. Evidentemente no es francés ni hombre del siglo XVIII; pertenece á otra raza y á otra edad (1). Al primer golpe de vista se descubría en él al extranjero, al italiano (2), y algo más que esto, más allá, más allá de toda semejanza ó analogía.

Italiano lo era de origen y de sangre, primeramente por su familia paterna (3), que es toscana y se puede seguir desde el siglo XII en Florencia, después en San Miniato, en seguida en Sarzana, pequeña ciudad aislada, atrasada, del Estado de Génova, en donde de padres á hijos vegeta oscuramente en el aislamiento provincial, por una larga serie de notarios y de síndicos municipales. "Mi origen,

---

(1) *Memorial de Santa Elena*, por el conde de Las Casas (29 de Mayo de 1816). "En Córcega, en una excursión á caballo, Paoli le explicaba las posiciones, los lugares de resistencia ó de triunfo de la libertad. En vista de las observaciones de su joven compañero y del carácter que le había dejado entrever, Paoli le dijo: "Oh, Napoleón, nada tienes de moderno, perteneces enteramente á Plutarco."

Antonomarchi. *Memorias*, 25 de Octubre de 1819. El mismo relato de Napoleón, con una pequeña variante: "Oh, Napoleón, me dijo Paoli, no eres de este siglo; tus sentimientos son los de un hombre de Plutarco. Valor, tú elevarás el vuelo!"

(2) Segur, *Historia y Memorias*, I, 150. (Relato de Pontecoulant, miembro de la junta de la guerra en 1795: "Boissy d' Anglas le dijo que había visto la víspera un italianito pálido, delgado, enfermizo, pero singular por el atrevimiento de sus miras y la enérgica firmeza de su lenguaje."

Al siguiente día, visita de Bonaparte á Pontecoulant: "Actitud tirante á causa de un orgullo que sufría, exterior mezquino, fisonomía larga, extenuada y cobriza .... Vuelve del ejército y habla de él como conocedor."

(3) Coston, *Biografía de los primeros años de Napoleón Bonaparte*, 2.° vol. (1840), passim.—Yung, *Bonaparte y su tiempo*, I, 300, 302 (*Piezas genealógicas*). —El rey José, *Memorias*, I, 109, 111. (Sobre las diversas ramas y los hombres distinguidos de la familia Bonaparte).—Miot de Melito, *Memorias*, II, 30. (Documentos sobre la familia Bonaparte, recogidos en su país por el autor en 1801).

dice Napoleón mismo (1), me hizo ser visto como un compatriota por todos los italianos...... Cuando se trató del matrimonio de mi hermana Paulina con el príncipe Borghese, no hubo más que una voz en Roma y en Toscana, tanto en esta familia, como entre todos sus aliados. *Está bien*, dijeron, *es uno de nosotros, es uno de nuestras familias*."

Más tarde, cuando el papa dudaba venir á coronar á Napoleón, "el partido italiano en el cónclave, triunfó sobre el partido austriaco, agregando á las razones políticas, esta pequeña consideración de amor propio nacional: "después de todo, es una familia italiana la que imponemos á los bárbaros para gobernarlos; así quedarémos vengados de los galos." Frase significativa, que hace la luz en las profundidades del alma italiana, hija mayor de la civilización moderna, imbuida en su derecho de mayor edad, obstinada en su rencor contra los trasalpinos, heredera implacable del orgullo romano y del patriotismo antiguo (2).—De Sarzana, un Bonaparte viene á establecerse en Córcega, y habita allí desde 1529; un año después Florencia es tomada, domada difinitivamente sometida; á á partir de este día, en Toscana bajo Alexandro de Médicis, después bajo Cosme 1º y sus sucesores, en toda la Italia bajo la dominación española, la independencia municipal, las guerras privadas, el gran juego de las aventuras políticas y de las usurpaciones felices, el régimen de los principados efímeros fundados en la fuerza y en el fraude, ceden el lugar á la compresión permanente, á la disciplina monárquica, á la regularidad exterior, á una paz pública por decirlo así. De esta manera precisamente el instante en que la energía, la ambición, la fuerte y libre savia de la Edad Media comienzan á decrecer, á secarse en el tronco principal que, luego se debilita (3), una pequeña rama desgajada vá á echar raíces en

(1) *Memorial*, 6 de Mayo de 1816.—Miot de Melito, II, 30. (Sobre los Bonaparte de San Miniato): "El último vástago de esta rama era un canónigo que vivía en esta misma ciudad, y que Bonaparte visitó el año IV, cuando vino á Florencia."

(2). *Correspondencia del Emperador Napoleón I.* (Carta de Bonaparte, 29 de Setiembre de 1797, á propósito de Italia): "Un pueblo forzosamente enemigo de los franceses, por preocupación, por costumbre secular, por carácter."

(3). Miot de Melito, I, 126 (1796): "Desde hacía dos siglos y medio había perdido Florencia aquella antigua energía que, en los tiempos tempestuosos de la república, distinguió á tan noble ciudad. El espíritu dominante de todas las

una isla no menos italiana, pero casi bárbara, entre las instituciones, las costumbres y las pasiones de la primera Edad Media (1), en una atmósfera social bastante ruda para conservarle todo su vigor y toda su aspereza.—Mezclada además por diversos matrimonios con los salvajes de la isla, por este lado, por la línea materna, por su abuelo y por su madre, Napoleón es genuinamente indígena. Su abuelo, un Pietra-Santa, era de Sartene (2), cantón corso por excelencia, en donde las vendettas hereditarias mantenían todavía en 1800, el régimen del siglo XI, en donde la guerra permanente de las familias enemigas, no era suspendida sino por treguas, en donde, en muchas poblaciones no se salía á la calle sino en grupos armados, en donde las casas estaban almenadas como fortalezas. Su madre, Leticia Ramolino, á la que, por el carácter y la voluntad se parece más que á su padre (3), es una alma primitiva que la civi-

---

clases era el de la indolencia.... Casi por todas partes no vi más que hombres arrullados por el encanto del clima más dichoso, ocupados únicamente de los detalles de una vida monótona, y vejetando tranquilamente bajo un cielo bienhechor."—(Sobre Milan en 1796, cf. Stendhal, principio de la *Cartuja de Parma.)*

(1). Miot de Melito, I, 131: "Acabando de dejar una de las ciudades más civilizadas de Italia, no sin experimentar viva emoción, me encontré repentinamente trasportado á un país (la Córcega) que, por su aspecto salvaje, sus ásperas montañas, y sus habitantes uniformemente vestidos de un grosero paño oscuro, contrastaba tan notablemente con los ricos y alegres campos de la Toscana, y con la abundancia, diré casi la elegancia de los vestidos que llevaban los felices cultivadores de este fértil suelo."

(2). Miot de Melito, II, 30: "De una familia poco considerable de Sartene."—II, 143. (Sobre el canton de Sartene y las vendettas en 1796).—Costón, I, 4: "La familia de Mme. Leticia era originaria de Italia y venía de los condes de Coltalto."

(3) Su padre, Carlos Bonaparte, débil y aun frívolo, "demasiado amigo del placer para ocuparse de sus hijos" y conducir bien sus negocios, bastante letrado y mediano jefe de casa, murió á los treinta y nueve años, de un esquirro en el estómago, y no parece haber trasmitido más que esta última particularidad á su hijo Napoleón.—Su madre, por el contrario, séria, imperiosa, verdadera jefe de familia, era, dice Napoleón, "severa en su ternura; castigaba y recompensaba indistintamente; lo bueno y lo malo, todo nos lo tomaba en cuenta."—Convertida en reina madre, "era demasiado económica, hasta llegar al ridículo; había conocido las necesidades, y esos terribles momentos no se apartaron nunca de su pensamiento.... Paoli había ensayado la persuación cerca de ella antes de emplear la fuerza.... Ella respondió como heroina, y como hubiera hecho Cornelia.... 12 ó 15,000 paisanos cayeron de las montañas sobre Ajaccio, nuestra casa fué pillada y quemada; nuestras viñas quedaron perdidas, nuestros rebaños destruidos.... Por otra parte, esta mujer á la cual se le hubiera arrebatado un escr-

lización no ha visitado, sencilla y de una sola pieza, impropia para la flexibilidad, gracias y elegancia de la vida mundana, sin preocupación de bien parecer, ni afición al aseo, parsimoniosa como una campesina, pero enérgica como un cabecilla, fuerte de corazón y de cuerpo, acostumbrada á los riesgos, ejercitada en las resoluciones extremas, en una palabra, una "Cornelia rústica," que concibió y llevó á su hijo al través de los azares de la guerra y de la derrota, en lo más recio de la invasión francesa, entre las carreras á caballo por la montaña, las sorpresas nocturnas, y el disparo de los fusiles (1). "Las pérdidas, las privaciones, las fatigas, dice Napoleón, todo lo soportaba ella, todo lo desafiaba; era una cabeza de hombre en un cuerpo de mujer."—Así formado y engendrado, sintióse desde el primero hasta el último día, de su raza y de su país.

"Todo era mejor allá, decía en Sta. Elena (2); todo. hasta el perfume del suelo; le hubiese bastado para adivinarlo con los ojos cerrados, ese solo perfume. Mirábase ahí en sus primeros años; mirábase en su juventud, en medio de los precipicios, franqueando las cimas elevadas, los valles profundos, las estrechas gargantas, recibiendo los honores y los placeres de la hospitalidad..." tratado por todas partes como compatriota, como hermano, "sin que nunca un accidente, un insulto le hubiesen hecho conocer que su confianza estaba mal fundada."

En Bocognano (3), donde su madre en cinta de él, se había

---

do tan difícilmente, lo hubiera dado todo para preparar mi vuelta de la isla Elva; despues de Warterloo me ha ofrecido todo lo que poseía para restablecer mis negocios." (*Memorial*, 29 de mayo de 1816, y *Memorias de Antonomarchi*, 18 de noviembre de 1819).—Sobre las ideas y modales de la reina madre, leer sus Conversaciones en Estanislao Girardin, *Diario y Memorias*, tomo IV).—Stendhal, *Vida de Napoleón*. "Por este carácter perfectamente italiano de Mme. Liticia, se puede explicar el de su hijo."

(1). La conquista francesa se hace á mano armada, del 30 de julio de 1768 al 22 de mayo de 1769; la familia Bonaparte se somete el 23 de mayo de 1769; y Napoleón nace el 15 de agosto siguiente.

(2). Antonomarchi, *Memorias*, 4 de octubre de 1819.—*Memerial*, 29 de mayo de 1816.

(3) Miot de Melito, II, 33: "El día de mi llegada á Bocognano, una venganza privada, costó la vida á dos hombres. Ocho años antes, un habitante de este cantón, había matado á uno de sus vecinos, padre de dos hijos...... Llegados estos á la edad de diez y seis á diez y siete años, dejaron el país para asechar al matador que estaba en guardia y no se atrevía á alejarse de la población...... Encontráronle jugando las cartas debajo de un árbol; hacen fuego, mátanle, lo mismo

refugiado, "en donde los odios y las venganzas se extendían hasta el sétimo grado de parentesco, en donde se avaluaba en el dote de una joven el número de sus primos, era yo bien recibido y festejado, y se habrían sacrificado por mí." Convertido en francés por la fuerza, trasplantado á Francia, educado á costa del rey en una escuela francesa, afirmábase en su patriotismo insular, y elogiaba en altas voces al libertador Paoli, contra quien se habían declarado sus padres. "Paoli, decía en la mesa (1), era un grande hombre, amaba su país, y no perdonaré nunca á mi padre, que fué su ayudante, haber cooperado á la reunión de Córcega á la Francia; hubiera debido seguir su fortuna, y sucumbir con él."

Durante toda su adolescencia, permanece antifrancés de corazón, triste, agrio, "poco amable, poco amado, perseguido por un sentimiento penoso," como un vencido siempre lastimado y obligado á servir. En Brienne no frecuenta la sociedad de sus camaradas, evita jugar con ellos, enciérrase en la biblioteca durante las horas de recreo, y no se comunica íntimamente sino con Bourrienne, y por explosiones de odio: "Haré á tus franceses todo el mal que pueda."

"Corso de nación y de carácter—escribía su profesor de historia en la Escuela militar (2)—se abrirá camino si las circunstancias le favorecen."

Salido de la Escuela, de guarnición en Valencia y en Auxona, siéntese siempre fuera de su país, hostil; acométenle de nuevo sus antiguos rencores; quiere escribirlos y los dirige á Paoli (3): "Nací, le dice, cuando la patria perecía. Treinta mil franceses vomitados en nuestras costas, ahogando la libertad en torrentes de sangre, tal fué el odioso espectáculo que vino á herir mi mirada. Los gritos de los moribundos, los gemidos del oprimido, el llanto de la desesperación rodearon mi cuna desde mi nacimiento......... Quiero ennegrecer con el pincel de la infamia á los que han traicionado la

que á un tercero por falta de atención, que dormía á algunos pasos de distancia. Los parientes de los dos lados, encontraron el acto muy justo y conforme á las reglas." *Ibid.*, I, 143: "Cuando fuí de Bastia á Ajaccio, las dos principales familias del lugar, los Peraldi y los Visuldi, se tiraron balazos disputándose el honor de darme alojamiento."

(1) Bourrienne, *Memorias* I, 18, 19.

(2) De Ségur, *Historia* y *Memorias*, I, 74.

(3) Yung, I, 195. (Carta de Bonaparte á Paoli, 12 de Junio de 1789), I, 258. (Carta de Bonaparte á Buttafuoco, 23 de Enero de 1790).

causa común, á las almas viles que corrompió el deseo de una ganancia sórdida." Un poco más tarde, su carta á Buttafuoca, diputado á la Constituyente y principal agente de la anexión francesa, es un arrebato de odio reconcentrado y enardecido, que contenido primero con trabajo dentro de los límites de un sarcasmo frío, acaba por desbordarse como ardiente lava, y hierve en un torrente de terribles invectivas.

En la escuela, á los quince años, después en el regimiento (1), refugióse su imaginación en el pasado de su isla; cuéntale, vive en él durante muchos años con el espíritu, ofrece su libro á Paoli: no pudiendo imprimirle, hace su resumen que dedica al abate Raynal, y condensa en él con estilo vibrante, con ardiente simpatía, los anales de su pequeño país: revueltas, victorias, violencias heroícas y sanguinarias, tragedias públicas y domésticas, asechanzas, traiciones, venganzas, amores y asesinatos; en una palabra, una historia semejante á la de los clanes de la alta Escocia,—y el estilo, más aún que las simpatías, acusan en él á un extrangero. Sin duda en este escrito, como en los otros de su juventud, sigue lo mejor que puede á los autores en boga, Rousseau y Raynal sobre todo; imita sus párrafos como un escolar, así como sus declamaciones sentimentales y su énfasis humanitario. Pero estas ropas prestadas le molestan, no son apropiadas á su persona; están demasiado ajustadas y cosidas, y son de un lienzo muy fino; exigen harto compás en el andar y mucha mesura en la acción; á cada momento hacen sobre él, pliegues duros y arrugas grotescas; no las sabe llevar, y las hace tronar de todas las costuras. No sólo no ha aprendido ni aprenderá nunca la ortografía, sino que ignora la lengua francesa, el sentido propio, la filiación y las afinidades de las palabras, la conveniencia ó inconveniencia mutuas de las frases, el valor propio de los giros, el alcance exacto de las imágenes (2); camina violenta-

(1) Yung I. 107 (Carta de Napoleón á su padre, 12 de Setiembre de 1784) I. 103. (Carta de Napoleón al abate Raynal, Julio de 1786).—I. 197 (Carta de Napoleón á Paoli, 12 de Junio de 1789). Las tres cartas sobre la historia de Córcega están dedicadas al abate Raynal, por una carta de 24 de Junio de 1790: se les encuentra en Yung, I. 434.

(2) Leer principalmente su discurso *sobre las verdades y los sentimientos que importa inculcar principalmente á los hombres para su felicidad* (asunto propuesto por la academia de Lyon en 1790) "Algunos hombres atrevidos *impulsados* por el genio.... La perfección nace del razonamiento, como el fruto del arbol.

mente á través de un mundo de incoherencias, italianismos y barbarismos (1); tropieza por torpeza sin duda, por inexperiencia, pero también por exceso de ardor y de arrebato; el pensamiento lleno de pasión, sacudido, volcánico, indica la profundidad y la naturaleza de su origen.

Ya en la Escuela, el profesor de bella literatura (2) decía que "en la grandeza incorrecta y extraña de sus amplificaciones, le parecía ver granito ardiente de volcán." Su singularidad de espíritu y de sensibilidad, su falta de conformidad con el mundo que le rodeaba, su diferente modo de ser respecto de sus camaradas, manifestaban desde luego, que las ideas reinantes que ejercieron tanto influjo en los otros, debían hallar en él escasa acogida.

De las dos ideas contrarias y dominantes que chocan entre sí, ninguna le gana, aunque pudiera suponérsele aficionado á la una y á la otra.—Pensionionista del rey, que le ha sostenido en Brienne, después en la Escuela militar, que sostiene también á su hermano en Sain-Cyr, que, desde hace veinte años, es el bienhechor de su familia; á quien, en estos mismos momentos, dirige cartas suplicatorias y de gratitud con la firma de su madre, no le mira con todo como su jefe natural, no se le ocurre sacar la espada por él. Aun

---

Los ojos de la razón garantizan al hombre del precipicio de las pasiones......Por *el espectáculo del fuerte de la virtud* sentían los lacedemonios principalmente.... Para conducir á los hombres ¿es preciso, pues, que sean *felices en medios?*....Mis títulos (á la propiedad) se renuevan con mi traspiración, circulan con mi sangre, están escritos en mis nervios, en mi corazón...Vosotros diréis á los ricos: vuestras riquezas hacían vuestra desgracia, entran en la *latitud de vuestros sentidos*...Que callen á vuestra voz los enemigos de la naturaleza y traguen rabiosos sus lenguas de serpiente..El desdichado ha huido la sociedad de los hombres; el paño negro ha reemplazado *la tapicería de la alegría*..He aquí, señores, *bajo el aspecto animal,* cuales son los sentimientos que conviene inculcar á los hombres para su felicidad."

(1) Yung, I, 252. (Carta de Buttafuoco). "Chorreando sangre de sus hermanos, manchado de crímenes de toda especie, preséntase confiado *bajo una chupa de general,* única recompesa de sus maldades." I, 192. (Carta al intendente de Córcega, 2 de Abril de 1789): "Eso constituye *una cultivación* que nos arruina...." Por lo que respecta á las faltas innumerables y groseras de francés, ver las diversas cartas manuscritas copiadas por Yung. Miot de Melito, I, 84. (Julio de 1796). "Era breve su hablar, y muy incorrecto en este tiempo." Mme. de Rémusat, I, 104. "Cualquiera que fuese la lengua que hablara, parecía siempre no serle familiar: como si necesitase forzarla para expresar su pensamiento."

(2) De Ségur, I, 174.

cuando sea gentil-hombre, comprobado por d' Hozier, aunque haya sido educado en una escuela de cadetes nobles, carece de tradiciones nobiliarias y monárquicas (1).—Pobre y atormentado por la ambición, lector de Rousseau, protegido por Raynal, compilador de sentencias filosóficas y de lugares comunes igualitarios, si habla la jerga del tiempo, no la cree; son las frases de moda, tela decente de academia para su pensamiento, ó rojo bonete de club; no se desvanece por la ilusión democrática, sólo desagrado le inspiran la revolución efectiva y la soberanía del populacho.

En París, en Abril de 1792, en lo más recio de la lucha entre monarquistas y revolucionarios, ocúpase en descubrir "alguna útil especulación (2)," y piensa en arrendar casas para subarrendarlas con algún beneficio. Asiste como simple curioso, el 20 de Junio, á la invasión de las Tullerías, y viendo al rey en una ventana con el gorro rojo, esclama en voz alta: *che caglione!* (qué necio!) Y agrega: "Quién ha podido dejar entrar á esa canalla! Bueno habría sido haber barrido cuatrocientos ó quinientos, ó más, con los cañones." —El 10 de Agosto, al ruido del clarín, es igual su desdén por el rey y por el pueblo; corre al Carrucel á la casa de un amigo, y desde allí, siempre en calidad de simple curioso, "ve á sus anchas todos los detalles de la jornada (3);" una vez forzado el castillo, recorre las Tullerías y los cafés de la vecindad, y observa, nada más, sin deseo ninguno de tomar parte por nadie, sin afecto alguno interior realista ó jacobino. Aun su rostro aparece de tal modo tranquilo, que excita miradas hostiles "y desconfiadas, como desconocido y sospe-

---

(1) Consultar las memorias del Marmont, I, 15, para ver los sentimientos ordinarios de la nobleza joven. "En 1792, tenía yo por la persona del rey un sentimiento deficil de definir, del que he encontrado un rastro, y en cierto modo el poder, 22 años más tarde, un sentimiento de adhesión, de carácter casi religioso, un sentimiento innato. como debido á un ser de naturaleza superior. La palabra rey tenía entonces una magia y un poderío, que nada había alternado en los corazones rectos y puros.... Esta religión de la realeza existía aún en la masa de la nación, y, sobre todo, *entre las personas bien nacidas*, que colocadas á gran distancia del poder, recibían la impresión de su brillo más bien que de sus imperfecciones. Este amor se convertía en una especie de culto...."

(2) Bourrienne, *Memorias*, I, 27.—Ségur, I, 445. En 1795, en París, no teniendo empleo militar, bosqueja Bonaparte diversas especulaciones comerciales, entre otras, una empresa de librería que no tiene buen éxito. (Testimonio de Sebastiani y de otros.)

(3) *Memorial*, 3 de agosto de 1816.

choso."—Del mismo modo, después del 31 de Mayo y del 2 de Junío, su *Cena de Beaucaire* manifiesta que, si condena la insurrección departamental, es, sobre todo, por impotente: por parte de los insurrectos un ejército derrotado, ni una posición conveniente, nada de caballería, artilleros novicios, Marsella reducida á sus propias fuerzas, llena de descamisados hostiles, próxima á ser sitiada, reducida y pillada: el cálculo de las probabilidades le es contrario: "Dejad á los países pobres, al habitante del Vinadés, de las Cevenas, de Córcega, batirse hasta la última extremidad; por lo que hace á nosotros, perdeis una batalla, y el fruto de mil años de fatigas, de penas, de economías, conviértese en presa del soldado (1)." Hé aquí un sermón capaz de convertir á los girondinos.

H. Taine.

(Continuará).

(1) Baurrienne, I, 171. (Texto original de la *Cena de Beaucaire*).

CUANDO PASAS.

Cuando pasas radiante de hermosura,
El mundo te tributa adoración,
Y lleno de emoción y de ternura
Te alza un himno de amor mi corazón.
Cual visión de poeta por el suelo
Cruzas dejando el éxtasis en pos;
Pienso al verte en los ángeles del cielo
Y en las obras magníficas de Dios.
Arrobado en dulcísimas quimeras
Todas mis dichas las encierro en tí;
¿Podré esperar que alguna vez me quieras,
Oh ángel! y desciendas hasta mí?

Farfalla.

VEN!

Ven al templo conmigo! aquí se alcanza
Un consuelo del alma á los pesares;
Ven conmigo á verter en los altares
El llanto del amor y la esperanza.
Aquí se hallan los plácidos consuelos
Del Sér aquel que en tus dolores nombras;
Aquí estamos más cerca de los cielos
Y verémos á Dios entre las sombras.
El templo está desierto;
Nada se mueve en el sagrado asilo;
Nada humano hay aquí, sino algún muerto
Que en oscuro rincón duerme tranquilo.
Recostado en su tumba solitaria,
Para él no existen los terrenos lazos,
Y cruzados los brazos,
Eleva de la muerte la plegaria.
En la sombra se pierden las cornisas,
Apenas un altar la luz alumbra,
De la Madre de Dios en la penumbra
Las formas se dibujan indecisas.
La Virgen, allí está, de los Dolores;
¡Cómo enluta el pesar su rostro tierno!
Triste y sola, sus hondos sinsabores
Está llorando en su dolor eterno.........
El mundo es enemigo
De los séres que lloran y se aman;
Déjale y ven conmigo;
La noche y el silencio nos reclaman.
Yo quiero que me sigas;
Si el frío beso de las sombras sientes,

Nada temas, las sombras son amigas
De las almas dolientes.
Busquemos un refugio
En la sombra del templo soberano
A ese verdugo que dolor se nombra,
Hasta que al fin, asidos de la mano,
Los dos entremos á la eterna sombra.

ANTONIO ZARAGOZA.

VENCIDO.

Es en vano luchar! Inútilmente
Pretendí sofocar mi sentimiento,
Pues que irritado, arrollador, violento,
Rebosa y salta al fin, como un torrente.
Es en vano luchar! Puesto que quiso
El destino que en mí tu amor naciera,
Es menester que siempre yo te quiera
Porque lo manda Dios, porque es preciso!
Es en vano luchar! Es una gloria
Ser vencido por tí; yo te bendigo!
El cielo de mi dicha está contigo
Soy feliz, porque tuya es la victoria.
Es en vano luchar! De mis amores
Acaben ya las congojosas penas;
Soy tu esclavo, remacha mis cadenas,
Mis cadenas dulcísimas de flores!
Es en vano luchar! Ya la agonía
Que sufrió el corazón de tí apartado,
A conocer con su rigor me ha dado,
Que te amo aun más de lo que yo creía!
Es en vano luchar! Amor profundo
No puede sofocarse...... es un delirio!
La vida sin tu amor es un martirio,
Es un desierto sin tu amor el mundo!

FARFALLA.

MADRIGAL.

Dulces violetas del color del cielo,
que cultiva la mano delicada
de aquella por quien lloro,
más desdeñosa cuanto más la adoro;
si, por ventura, unidas tiernamente
ceñís de Laura la serena frente,
decidla mis dolores
y aplacareis, oh flores,
de mi cruel adorada los enojos;
pues ella debe amaros, cuando os dieron
su alma el perfume y el color sus ojos!

FERNANGRANA.

México, 1887.

EN EL BALCÓN.

Cuando estás al balcón y como nube
Tu faz envuelve vaporoso tul,
Me pareces bellísimo querube
Que el rostro asoma en el espacio azul.
Al través de las zonas esteladas
Divisa el alma el celestial placer:
En el fondo de luz de tus miradas,
Una esperanza déjame entrever.

FARFALLA.

TRAS LOS MONTES.

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
Más nido que tu amor, dulce bien mío,
Pájaro errante que á buscarte viene
Empapadas las alas de rocío!

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva:
Hierven las aguas del arroyo inquieto,
Y estienden las encinas en la selva
Sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece,
Duermen las flores y las fresas rojas,
Y á veces la luciérnaga parece
Una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo,
Rosan sus alas la campiña muda,
Y negra nube atravesando el cielo
Como gigante víbora se anuda!

¡Ah! qué negra es la noche de la vida!
¡Qué largo este camino! Casi muerta
El ave de mi alma entumecida
Ha caido sin fuerzas en tu puerta!

El bosque oscuro atravesar no quiere,
Ya no puede volar á la montaña,
La lluvia moja su plumaje, y muere
Sin sentir el calor de tu cabaña.

Abrele, que en sus alas han caido
Las hojas, secas ya, de sus amores,
Todas las tempestades del olvido,
Y la lluvia de todos los dolores!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

EL DUELO.

Hablar contra los desafíos en los tiempos que corren, cuando todo el mundo se bate y por los motivos más frívolos, es como predicar en el desierto. Necesario nos parece, con todo, elevar nuestra débil voz contra ese vicio social tan cruel y pernicioso, aunque no sea más que en son de protesta.

En nuestro país, desgraciadamente, va cundiendo el mal de una manera rápida. No hace muchos años todavía, presentábanse rara vez casos de este género, y causaban honda y duradera alarma; hoy por el contrario, ha venido á convertirse el duelo en acontecimiento diario y constante, principalmente en la capital de la República. El torrente de la costumbre, la fuerza del ejemplo y el deseo de llamar sobre sí la atención general, arrastran á nuestros compatriotas al terreno llamado del honor, no sólo por motivos serios y poderosos, sino también y más frecuentemente, por frívolos pretextos y causas de poca importancia. Ante un estado tal de cosas, la ley se somete, callan los gobernantes, los tribunales se disimulan, y la ferocidad del hábito sangriento toma creces, echa raíces, y amenaza asumir el carácter de institución nacional. El Código penal, si bien hace figurar el duelo en el catálogo de los delitos, le concede expreso fuero y privilegio notorio, plegándose á las exigencias de sus reglas, y penando con suaves castigos á los que se baten ó autorizan de algún modo estos lances personales. Funcionarios públicos, personajes demasiado visibles por su elevada gerarquía, recurren á las armas para zanjar sus diferencias; la prensa da cuenta pormenorizada de estós sucesos, publicando las actas de los duelistas, la reseña de los combates, y hasta los croquis de la liza donde se verifican los encuentros; y todo á ciencia y paciencia de las autoridades, co-

mo si fuese lo más lícito, racional y ordenado que fuera posible imaginar.

La ley entre tanto, si bien harto débil y tolerante, siempre prohibitiva, va cayendo en la categoría de letra muerta, despreciable para los que la infringen, muda para la administración, inútil en manos de los jueces, y esta marea ascendente de mal, amenaza invadirlo todo y causar hondas y trascendentales perturbaciones en el cuerpo social.

Es que la opinión general por uso, por novedad, por erróneas convicciones, parece ser favorable á ese género de contiendas, y ante su cetro de fierro, rómpese el de la ley, que es de barro deleznable. La legislación, por otra parte, es acusada de impotente para atajar este vicio. Ni el edicto de Luis XIII, ni la pragmática de Felipe V consiguieron poner límite á la feroz costumbre de franceses y españoles en los siglos XVII y XVIII, se dice, ni se ha reconocido hasta ahora, ley ninguna eficaz sobre la materia. Pero ¿cuál lo ha sido jamás sobre los crímenes de los hombres? El asesinato y el adulterio no han podido ser extirpados de las sociedades, á pesar de la lapidación ó de la horca; pero tan triste verdad no ha sido presentada nunca como argumento para la abolición de las penas legales que castigan esos delitos, ni para justificar la indiferencia de las autoridades en reprimirlos.

Lo que hace la diferencia entre el duelo y los otros crímenes, es, lo repetimos, la opinión pública, que favorece á los duelistas, y mira el desafío como una necesidad entre caballeros, entre ofensores y ofendidos de ciertos principios y de cierta educación sociales. La mejor manera, pues, de combatir esta preocupación es mover la opinión de tal suerte, que reconociendo el error, condene enérgicamente el desarrollo y la subsistencia de ese descarrío del espíritu público.

Incapaces nosotros de conseguir tan levantado objeto, no nos creemos excusados, sin embargo, de prestar el contingente de nuestras escasas fuerzas en favor de tan urgente y humanitaria cruzada. Así se explica que nos hayamos determinado á tomar la pluma para decir algunas palabras acerca de esta cuestión de actualidad.

I.

EL HONOR.

Hé aquí una palabra mágica que hace vibrar las fibras más delicadas de nuestros corazones. Movimiento del espíritu que lleva al hombre al más severo cumplimiento de los deberes; gloria ó renombre que siguen á la virtud, al mérito, á las acciones heroicas: es el honor herencia preciosa de las familias, orgullo de la descendencia y prez de las razas. El deslumbramiento que produce su sólo nombre en el espíritu de la humanidad, hace que todo se sacrifique sin vacilación ni examen, á la satisfacción de obtener de los semejantes, la aprobación que parece dar nacimiento á sus esplendores.

Pero los efectos ópticos de ese atributo moral, han acabado por desfigurar la virtud en sí misma, trocándola en aparato teatral y externo, más bien que en excelencia íntima é indeleble del alma.

En efecto, según el modo de pensar de la sociedad actual, puede tener honor el infame, y puede no tenerlo el hombre honrado. El empleado qu se hace reo de concusiones y el magistrado prevaricador, contestan con un reto al que les echa en cara sus crímenes. Si van al campo y se baten, todos convienen en que son hombres de honor, y esto no obstante, son unos bribones. Aquí teneis, pues, la extraña amalgama de unos bribones honrados: monstruo horaciano, parto del enfermizo cerebro de nuestras modernas sociedades.

El marído burlado, eterna mofa del mundo, tiene que ir al terreno de las armas con su burlador para dejar á salvo su honra; si no lo practica de esta suerte, su desprestigio no tiene límites, y por más intachable que sea, y por más que sea víctima de faltas agenas, es tenido por hombre sin honra. Condénale la opinión pública y le llama deshonrado, á pesar de no haber puesto en práctica ninguna acción reprobable. Hay, pues, hombres honrados sin honra, galimatías sólo inteligible para los que conocen los misterios del vocabulario contemporaneo.

Según esto, deberíase creer que nuestros coetaneos entienden por honra, la ostentación del valor personal, sin sustancia moral ninguna, la irreducible discordia del espadachín que pretende no tenerle

miedo á la muerte; pero el extravío de la opinión no permite ni fundar siquiera esta regla.

Para tener honor hase menester la levita. El duelo sólo es posible entre caballeros, y son caballeros solamente los que usan elegantes vestidos.

El obrero cuya esposa ha sido seducida por uno de esos hombres de lucido traje, no puede pretender que el seductor cruce con él una bala ó el acero en el terreno de los caballeros; y el hombre acomodado por su parte, que recibe un bofetón en el rostro de mano de un labriego, no está obligado á mandarle sus padrinos.

Los caballeros en ambos casos tienen carta blanca para encogerse de hombros desdeñosamente, ó para mandar á sus criados aplicar una paliza á los plebeyos ó para entregarlos á los agentes de la seguridad pública.

Por consiguiente, la honra que tanto busca y celebra la sociedad, es una cosa enteramente convencional y caprichosa. Es un compuesto de puerilidad, aristocracia y absurdo, que no resiste al más ligero análisis; igualmente reprobable por irracional á los ojos de los filósofos, que por sus risibles humos nobiliarios, á los ojos de los demócratas.

II.

LOS PADRINOS.

El papel que hacen los padrinos en los desafíos, merece capítulo aparte. Estos padrinos, á diferencia de los que llevan al niño recién nacido á la pila bautismal, y de los que sirven como testigos de la unión conyugal, nada tienen de alegre. Padrino viene de padre, y se aplica á todo aquel que conduce al hombre á una nueva vida, á semejanza del padre que la ha dado; llamar padrinos á los testigos de los desafíos, es una verdadera antinomia, porque los que facilitan á los hombres el medio de matarse y los llevan al matadero, todo harán, menos oficios de padres, todo tendrán, menos paternales entrañas. Más bien se les debería llamar sepultureros ó ayudantes de verdugo.

Compréndese—aunque con esfuerzo—que haya quien se bata: al

fin los combatientes tienen ó creen tener injurias que vengar, y hay en su interior alguna fuerza que los arrastra á aquel extremo; pero los padrinos ¿que van á hacer al campo del combate? ¿por qué se imponen el sacrificio de presenciar el exterminio de sus semejantes? Dícese que por evitar felonías entre los adversarios. Van, pues, á hacer que se maten en regla; siendo así, no cabe duda que su ministerio no es tan atroz como podría serlo. Porque, en efecto, hacer que los semejantes se maten en regla, es acción casi humanitaria!

Pero su intervención viene de más atrás. Desde que nace la discordia, prestan sus servicios á los enemigos, para que se arreglen las condiciones del lance. Ellos establecen si el duelo ha de ser á muerte ó á primera sangre, miden el terreno, cargan las pistolas, las ponen en manos de los contendientes, dan la señal de fuego. Después de estos preliminares, presencian la lucha, ven á sus ahijados acometerse como fieras, procurar exterminarse, caer al suelo espirantes y revolcarse en los charcos de su sangre. Hecho esto, concluye su misión y vuelven satisfechos á su domicilio.

¿No deberían ser considerados los padrinos como unos engendros monstruosos del humano desvarío? Los sentimientos naturales del corazón nos impulsan á impedir por cuantos medios están á nuestro alcance, que nuestros semejantes se hagan daño, que combatan y se ofendan. Tan luego como vemos brillar una arma en la mano de algún hombre colérico, nos abalanzamos á él para quitársela; cuando pelean dos contendientes, volamos por instinto á separarlos, ó tal vez á ponernos en medio de ellos, aun á riesgo de nuestra vida, para impedir la efusión de su sagre. Se necesita ser padrino para cambiar de modo de pensar, y adoptar otro género de conducta.

En siendo padrinos de desafío, no hay que sentir compasión, ó es preciso sofocarla. Hay que ver con indiferencia las luchas de los semejantes, y facilitarlas en cuanto sea posible; es forzoso reprimir los sentimientos naturales, y dejar á los enemigos que se acometan á su sabor, hasta que haya algún cruento resultado, ó hasta que alguno de ellos sucumba. Y todo esto á sangre fría, sin sentimiento de odio en su contra, sino más bien de amistad y benevolencia, sin tener participación alguna en sus rencores ó en las causas determinantes del combate; porque el funesto cometido de estos lúgubres

iniermediarios, sólo consiste en allanar á los adversarios el camino para que lleguen al terreno y puedan dar rienda suelta á su aversión colérica, dentro de ciertas fórmulas frías y teatrales.

No puede concebirse misión más desairada. Hay muchos con todo, que fundan su vanidad en ser padrinos de profesión, y en no permitir que sus ahijados hagan del duelo una farsa ridícula, sino obligarlos por fuerza á que se dañen de alguna manera en llegando á ponerse en sus manos. De esta manera procuran hacerse célebres, y lo logran, aunque por caminos poco envidiables. La locura humana lleva á los hijos de Adán á las mayores extravagancias, y quiere el destino, sin duda para humillar nuestra soberbia, que muchas veces fundemos nuestro orgullo, en lo mismo que debería causar nuestro remordimiento ó nuestra vergüenza.

III.

EL DUELO.

Se ha analizado hasta la saciedad, el significado racional del duelo, y se ha demostrado hasta la evidencia, que es absurdo encomendar al azar de las armas, la reparación debida á los derechos ó sentimientos lesionados por un injusto agresor. No insistirémos, pues, en ello, ya que no hay quien no esté conforme en que el éxito del combate no es siempre favorable á la buena causa. Nos ocuparémos de estudiar la materia bajo otro punto de vista.

En el duelo se busca la satisfacción de una ofensa, mediante el castigo del ofensor por la acción privada. Esta sola circunstancia demuestra su inferioridad á los ojos de la civilización, porque desde que el mundo es mundo, los adelantos sociales han tendido constantemente á suprimir las vías de hecho de los particulares, sustituyéndolas por la acción del poder público. Todo acto privado por el que un individuo se haga justicia por su propia mano, ya tomando sus cosas cuando otro las usurpa, ya erigiéndose en autoridad para aplicar penas por los delitos cometidos contra él ó contra los otros, envuelve un retroceso á las edades primitivas, es un ataque de la civilización á las sociedades modernas. El que reta á un perverso para llevarle á sitio donde le sea posible castigarle, es semejante al que

arrebata las cosas de su propiedad por medio de la violencia al que las detentaba. La naturaleza inmaterial de la injuria, no cambia la esencia del acto. Los que apelan á la fuerza para satisfacer sus deberes, son á manera de kikapoos disfrazados; tanto peor si visten de una manera culta: son salvajes de levita.

Pero, se nos dirá ¿qué hacer con las graves ofensas que no se pueden llevar ante los tribunales, ó con aquellas que no constituyen delito á los ojos de ningún Código? No hay ofensa grave, respondemos, que no pueda ser llevada ante los tribunales; las que no castigan las leyes, no valen la pena á los ojos de la razón, y son fruto tan sólo de la frívola vanidad del mundo elegante. Por lo que hace á las desgracias que deshonran una vez publicadas, son fantasmas de la preocupación solamente. En Inglaterra, país grande y admirable, ha venido la costumbre á abolir los lances de honor casi por completo, haciendo que los tribunales se ocupen de zanjar todas las cuestiones, aun las más delicadas que pueden surgir entre los hombres. No hace mucho publicaron los periódicos, los pormenores referentes al proceso de lady Campbell, acusada de adulterio por su esposo. En cualquier otro país, el esposo ofendido habría desafiado al ofensor: el marido de la Sra. Campbell, apeló á la acción pública de la justicia. El procedimiento—aunque choque con nuestros usos—es mucho más racional. La esposa que falta á sus deberes, es porque tiene malos instintos, porque carece de virtud; la que una vez delinque, delinque otra y otras. El esposo que quisiese vengar las ofensas que ella le cometiese, necesitaría tener á la mano un sable como el de Osmán Pashá para cortar cabezas á diestro y siniestro. Y se vería precisado á acabar con el sexo masculino, porque donde hubiese un hombre, hallaría un rival posible y aun probable. Pues cuando la mujer entra en el mal camino, no se detiene ante nada; sigue adelante sin que ninguna fuerza sea bastante poderosa á atajarla en su carrera al abismo. El esposo que mata á un rival, sobre ser desgraciado, se hace delincuente, y comete un crimen inútil. El homicidio perpetrado por el esposo, no comunica virtud á la mujer adúltera.

En Inglaterra, además, las ofensas públicas ó privadas, de cualquier género que sean, dan lugar á querellas y á indemnización pecuniaria. Esta indemnización no es tan mal resorte como parece, pues los hombres además de quijotes, son avaros, y debajo del honor quisquilloso, tienen

la pasión del dinero. La injuria vertida en un periódico, la difamación de cualquiera clase que sea, además de las penas comunes, dan lugar á reclamaciones por perjuicios, que los ingleses no dejan de ejercitar. Una fuerte multa, no es castigo llevadero para el insolente, y con frecuencia se observa que el temor de una nueva sangría á los bolsillos, cierre para siempre la boca á la maledicencia. Los norteamericanos siguen puntualmente las costumbres inglesas en este punto. Entre nosotros nadie echa mano de tales medios, aunque el Código los ofrezca al uso público; todo se arregla á cuchilladas y balazos. Hallamos más civilizado el procedimiento anglosajón.

Hay momentos supremos en que la sangre se agolpa al cerebro y la ira ciega á la vez los ojos de la razón y los del cuerpo. Entonces el hombre, convertido en fiera, hiere, mata y extermina, sin más anhelo que el de saciar sus pasiones vengativas. Esta es la riña, contienda brutal, lastimosa pero inevitable, y, sobre todo natural, porque el hombre no es más que un animal pensante, y tiene á la vez que los nobles anhelos del espíritu, los bajos instintos de la bestia. Si estuviese siempre á la altura de su parte intelectual, no apetecería otras victorias más que las de la razón; pero como á las veces no dan lugar á reflexionar los movimientos de la sangre y las vibraciones de los nervios, viene la lucha brutal á sustituir á la contienda de ideas, y la fuerza usurpa el lugar del derecho. La violencia nada decide. El vencido no pierde sus títulos justos en virtud de la derrota. Víctor Hugo decía que no había nada más absurdo que una arma exterminadora.

La riña, con todo, es preferible al desafío; es el combate espontáneo, sin refinamientos de malicia ni agravios á la naturaleza. Donde aparece la ira y viene la ceguera intelectual, debe hacer su explosión la animalidad. Puesto que las vías de hecho son brutales y que tenemos momentos brutales, tomemos ejemplo de los brutos que se acometen donde les viene la furia, y nunca reservan su coraje para más tarde. Es monstruoso guardar las ofensas inultas en los actos primos, para vengarlas friamente, cuando la reflexión se apodera del espíritu, y se levantan en el corazón las voces del deber, las de la conservación propia, las del amor al prójimo; dominar el movimiento agresivo del organismo en los momentos en que el instinto canta victoria sobre el pensamiento, á fin de echarse en brazos del

remordimiento y del absurdo, y cuando la deliberación del alma ha hecho medir la profundidad del abismo donde vamos á despeñarnos. No defendemos la riña como combate racional; ninguna violencia tiene tal carácter; simplemente asentamos que, para el caso de dar al traste con la razón, es ella más lógica y menos monstruosa que el duelo, aun cuando sea tan inútil como éste para decidir cuestiones de justicia.

III.

DIGRESIÓN HISTÓRICA.

No entraremos en consideraciones religiosas ni filosóficas para tratar esta materia; otros lo han hecho brillantemente en páginas admirables. La abordaremos tan sólo bajo el punto de vista de la historia.

Los indios, egipcios, persas, griegos y romanos no conocieron este género de combate personal. Ni en sus leyes, ni en su lengua, ni en su historia, se halla rastro alguno de esta atroz institución. Los bárbaros del Norte fueron los primeros en dar al orbe romano el espectáculo de esas luchas particulares que le causaron profundo asombro, y que Tácito no dejó de consignar en su *Germania*, como un rasgo característico de aquel pueblo inculto. De la misteriosa Escandinavia, cuya situación geográfica disputan los historiadores, dícese que vino á Europa la perniciosa costumbre. De allí se extendió por todas las naciones, y llegó á tomar tal incremento, que invadió hasta el sagrado recinto de los concilios, donde los obispos reunidos llegaron á presenciar estos combates (1).

El duelo se introdujo en Europa á merced de la superstición, deseosa de rendir culto á la justicia. No fué en la antigüedad esta costumbre tan descarnada como ahora; bien ó mal, tenía un fundamento en las creencias populares, se apoyaba en base espiritual, fal-

(1) En 1432, en el concilio de Bale, los pastores presenciaron la lucha armada del gentilhombre castellano Juan de Merla y del caballero borgoñón Henrique de Rameston, la cual fué á pié y con espada, habiendo quedado la victoria por el primero. Du Boys. *Histoire du Droit criminel.*

sa, es cierto, pero bien intencionada. Los romanos hallaron la primer noción de los desafíos en las profundidades de la Germania, donde las legiones de Varo sufrieron aquel terrible desastre que causó tanta consternación en el mundo civilizado de entonces; sangriento pronóstico de la destrucción de su vasto imperio por las hordas del Norte, y de la sustitución de sus leyes por la anarquía de la venganza individual. Pero los germanos estimaban el duelo como agüero supersticioso, relacionándole con la intervención de los dioses en los acontecimientos humanos. Tratando Tácito de las preocupaciones germánicas, después de hablar de los agüeros buscados en trozos de madera señalados y revueltos, ó en los relinchos de los caballos sagrados, y después de consignar que estos cuadrúpedos eran tenidos por los bárbaros, como los confidentes más caracterizados de la divinidad, agrega, que tenían ellos también otro medio de encontrar los auspicios, cuando se trataba de una guerra importante, y era apoderarse de un prisionero de la hueste enemiga y hacerle combatir con uno de los suyos, con armas iguales. La victoria de uno ú otro de los combatientes, era vista como un pronóstico para su partido.

De aquí á las ordalías de la Edad Media, no hay más que un paso. Una vez establecida la creencia de que la voluntad divina debía manifestarse por medio del triunfo de uno de los combatientes, fácil fué hacer una aplicación de este principio á las cuestiones de justicia. Si el cielo se hallaba dispuesto á satisfacer la simple curiosidad de los guerreros para darles á conocer el éxito de las batalla ¿cómo no habría de hallarse dispuesto á manifestar por el mismo medio de parte de quién estaba el buen derecho en los juicios, cuando iba de por medio la justicia?

Buscando la intervención divina en las contiendas judiciales, comenzaron los jueces por exigir el juramento á las partes, fundados en que no habría hombre bastante depravado que faltase á la verdad, tomando á Dios por testigo; tratóse luego de robustecer esta prueba por la introducción de los certificadores, que eran terceras personas que corroboraban el dicho de las partes, jurando juntamente con ellas. Advirtiendo, emperó, que la admisión de estas personas extrañas al juicio, no hacía más que aumentar el número de los testigos, hízose á un lado el juramento, y se apeló á las ordalías.

Las ordalías son los juicios de Dios. Fundábanse en la certi-

dumbre de que la divinidad no podría permitir que triunfase el culpable sobre el inocente. Así como respetaron los leones de Babilonia á la casta Susana, demostrando con esto su inocencia; así debían respetar los elementos y los azares de la lucha al acusado que careciese de culpa. Si cogida con la mano una barra ardiendo no producía quemadura, y maniatado el reo y arrojado al agua vencía las leyes físicas y se sumergía en vez de quedar á flote; esto no podía hacerse sino por milagro, y el milagro no podía intervenir sino en favor del inocente. Luego el que no se quemaba ni flotaba, no era culpable, y merecía ser absuelto.—De la misma manera, si el acusador y el acusado luchaban entre sí, no podría ser que el perverso triunfase sobre el honrado; la victoria debía ser del bueno, y la derrota del malvado. Apoyada en estas teorías, estableció la Edad Media, la prueba del fuego, del agua y del combate judiciario. Godebaldo, rey de los burgoñones, fué el primero que autorizó los combates personales, como prueba jurídica, por medio de su célebre ley promulgada á principios del siglo VI y conocida con el nombre de *Gombetta*. A partir de entónces, la costumbre fué haciéndose de día en día más imperiosa y extensa, atravesó la frontera de todos los países, invadió todos los tribunales, se impuso á todos los jueces, é hizo caer en desuso los antiguos procedimientos de las leyes romanas.

José López-Portillo y Rojas.

(Continuará).

ORGULLO.

En la dicha, en el duelo,
Te busco siempre con ardor profundo;
Eres mi último ensueño en este mundo,
Y tus bondades son mi único anhelo.

Me paso la existencia en anhelarlas;
Mas, con todo, prefiero, al perseguirlas,
Al orgullo inefable de alcanzarlas,
El orgullo mayor de no pedirlas.

Antonio Zaragoza.

LA VENTANA.

LEYENDA HISTORICA EN TRES CANTOS, POR ANTONIO ZARAGOZA.

CANTO I.

Siento á veces venir á la memoria,
Dulces recuerdos de la edad temprana,
Las gratas remembranzas de una historia
Unida íntimamente á una ventana.
Una alegría triste,
Pensando en esa historia el alma siente:
Bello es soñar con lo que ya no existe
Y que en nosotros vive eternamente.

No me explico por qué; pero constante
Siempre esta idea por mi mente pasa;
Lo que los ojos son en el semblante,
Eso son las ventanas en la casa.
Si la suerte á una casa me conduce
En donde las ventanas no han abierto,
Tal clausura el efecto me produce
De los cerrados párpados de un muerto.
Sabiendo esa opinión, nadie se admire
De que alce á una ventana tierno canto,
De que por ella con dolor suspire:
¡Es un recuerdo que me dice tanto!

Era una solitaria callejuela
De tristeza impregnada y de misterio,
Que en su silencio y soledad tenía
Una tranquilidad que parecía
La calma sin igual de un cementerio.

Cuando yo atravesaba
De esa calle los ámbitos desiertos,
En aquellos paseos clandestinos,
En sus casas hallaba á los vecinos
Mudos, como en sus nichos á los muertos.

Esa calma sin par me complacía
Y á menudo la calle recorría,
Mirándola con ojos avisores;
Cuando con gran sorpresa una mañana
Acerté á divisar una ventana
Adornada con pájaros y flores.

Con infantil curiosidad llegando
Puse en olvido pensamientos graves,
La ventana mirando
Con lindas flores y preciosas aves.

Yo nunca en la desierta callejuela
Llegué á mirar un cuadro tan hermoso;
En las otras ventanas nunca había
Rastro alguno de ornato y de belleza;
Sólo el sello crüel de esa pobreza,
Sin fé, sin ilusión, desnuda y fría.

Era una novedad halagadora
El adorno gentil de aquella casa
Que revelaba esa pobreza, escasa
De oro, mas no de gracia encantadora.

En un adorno tan sencillo y bello
Tal candidez había y tal pureza,
Que en él hallé de la inocencia el sello.
Al mirar tanta gracia en la pobreza
De una mujer la mano vì en aquello.

Tan sólo una mujer llenar podría
De encantos á una calle árida y fea,
Poblar la soledad que la rodea,
De gracia, de pureza y de armonía.

Llegando á la ventana diligente
Una mirada deslicé indiscreta:

Era un cuartito blanco y sonriente,
El sueño de un artista ó de un poeta;
El sueño de una virgen inocente.
Una mansión tan cándida y tan bella,
Tan llena de hermosura y poesía,
Que Fausto otra mejor no buscaría
Para alojar á Margarita en ella.
Aún en mi memoria la contemplo,
Salvando de los tiempos el abismo,
Porque la ví con el respeto mismo
Con que se mira un templo.

De los muebles modestos la limpieza
Era extremada, y, en rincón oscuro,
Sencillo y pobre, pero blanco y puro,
Un lecho vi de virginal pureza.
Ni la sombra de impuro pensamiento
Cruzó al mirarle por la mente mía;
De quién era ese lecho no sabía:
Sino por un fugaz presentimiento,
Y ya con gran respeto le veía.
Ostentando su limpia refulgencia,
Siempre el pudor entre el misterio asoma;
Se adivina quizás, que la inocencia
Tiene, como las flores, un aroma.

En sitio preferente, que mostraba
Que un uso continuado de él se hacía,
Un bastidor probaba
Que allí para el trabajo se vivía.

De las cosas de abajo
Lo que más enternece al alma mía
Es la santa armonía
Que ofrecen la inocencia y el trabajo.
¡Dichosas las criaturas consagradas
Al culto de un deber que han respetado;
Cómo adoro las manos delicadas
Que piden al trabajo un pan honrado!

Ví ropas de mujer junto á aquel lecho,
Pobres también, pero de gracias llenas;
Y aspiré, en el cuartito, satisfecho,
Como un vago perfume de azucenas.
Todo era allí risueño;
De aquella habitación limpia y graciosa
Salía el no sé qué desconocido
Que nos anuncia una mujer hermosa.
Yo, que en éxtasis dulces me adormía,
Pensaba conmovido,
Siendo tan bello el nido,
Cuán bella ser el ave debería.

¡Cuánto se complacía la mirada
Al ver esa mansión embellecida
Por una mano de hada,
Mansión de paz y de contento henchida!
¡Bendita la pobreza resignada,
Alegre en las miserias de la vida!

Aquella habitación era el espejo
Donde las gracias se pintaban de ella;
Todo era allí de su beldad reflejo,
Y es tan dulce el reflejo de una bella!

Si mucho, á la verdad, me complacía
Aquella habitación limpia y galana,
Siguiendo siempre mi pueril manía,
Al fin me decidí por la ventana,
Que más bella á mi gusto parecía.
Trepaba una gentil enredadera
Por la parte exterior en sueltos lazos,
Cual si á estrechar á la ventana fuera,
Como amante feliz, entre sus brazos;
Era una embriagadora madreselva
Que esparcía en aquellas soledades,
Ese agreste perfume de la selva
Que es tan grato aspirar en las ciudades!

Tenía en la ventana colocadas
La dueña de ese nido de primores
Algunas de sus plantas adoradas,
Que la hacían soñar con sus olores.
Allí, esbelto y gallardo,
Pálido y oloroso,
Cual del alma recuerdo vagaroso,
En su tallo gentil se alzaba un nardo,
Arrogante y gracioso;
De vívido color, y de hechicero
Perfume, levantábase la rosa,
Risueña imágen del amor primero.
Henchida de gentil melancolía,
Lamentando quizás un mal de amores,
La pálida gardenia allí esparcía
El más dulce de todos los olores.
Impregnada de célicas dulzuras,
Encarnación del sueño de un poeta,
Tímida se ocultaba la violeta,
La favorita de las almas puras.
Viviendo en la pureza y en la calma,
En esas cuatro plantas que tenía
La dueña de la casa poseía
Un fiel trasunto del jardín de su alma.

En sus jaulas sencillas, pero bellas,
Embriagados tal vez con tanto aroma,
Lloraban sus dulcísimas querellas
Un canario, un zenzontle, una paloma.
Poblaban el recinto solitario,
La paloma de tiernas elegías,
El zenzontle de gratas melodías,
De suavísimos trinos el canario.
A veces, de lucir con el anhelo,
Los alados artistas modulaban
Un divino terceto, y semejaban
Eco dulce de música del cielo.

Yo, lleno de sorpresa y encantado
Gocé con emoción tanta belleza;
Mi pecho respiraba alborozado
Ese santo perfume de pureza.
Mas mi curiosidad aun no saciada,
Después de contemplar el paraíso,
Ansió mirar una hermosura nueva;
La idea me asaltó de que es preciso
Que en todo paraíso haya una Eva.
Inútil afanar! en aquel día,
Y en otros muchos, se miró frustrada
Mi gran curiosidad, y más crecía,
Más empeñosa cuanto más burlada.

Mirando que de día nunca pude
Hallar á esa deidad tan misteriosa,
Objeto de mis dulces ilusiones,
Fuí á buscarla en noche tenebrosa,
Que al fin es más propicia á las visiones.
Al acercarme con ardiente anhelo,
De pronto me detuve conmovido,
Porque sentí llegar hasta mi oído
Un cántico sin duda desprendido
De la armonía plácida del cielo.
Al escuchar ese divino canto
Más mi deseo abrasador crecía;
La aventura tenía
Para mí un nuevo irresistible encanto,
Pues para el alma mía
Lo mejor en el mundo, y lo más santo,
Son, sin duda, el amor y la armonía.
Yo concedo á los dos iguales palmas,
Y me inspiran las mismas ilusiones,
La música, armonía de los sones,
Y el amor, armonía de las almas.

Corrí rápipamente,
Con la curiosidad más encendida,

A la ventana objeto de mi empeño,
Y con tristeza la encontré cerrada;
Pensaba ver la imagen de mi sueño,
Y, con pena lo digo, no vi nada.
Cerradas las dos hojas con cuidado
Mirar al interior no se podía:
El misterio no había terminado,
Prolongábase el sueño todavía.
Y á fé que era preciso
Soñar con ese cántico escapado
De la divina esfera,
Si de ese misterioso paraíso
A la Eva no había contemplado,
Había oído al ruiseñor siquiera.

Y después, en mis horas de alegría,
Y después, en mis horas de tristeza,
Olvidar el misterio no podía
De aquella melancólica belleza
Que en mis ensueños siempre aparecía.

ANTONIO ZARAGOZA.

(*Continuará*).

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONTINÚA.)

Ninguna de las creencias políticas ó sociales que ejercían entonces tanto imperio sobre los hombres, tiene imperio sobre él. Antes del 9 termidor, parecia "republicano montañés," y se le vé durante algunos meses en Provenza, ser "favorito y consejero íntimo de Robespierre joven," "admirador" de Robespierre el mayor (1), y ligarse en Niza con Carlota Robespierre. Inmediatamente después del 9 termidor, se desprende con estrépito de esa amistad que le compromete. "Le creía puro,—dice de Robespierre joven en una carta ostensible;—pero aun cuando hubiera sido mi padre, le habría apuñaleado yo mismo si hubiese aspirado á la tiranía." De regreso á Paris, después de haber llamado á varias puertas, toma á Barras por patrón, á Barras, el más descarado de los corrompidos, á Barras, que derrocó y mandó matar á sus dos primeros protectores (2). Entre los fanatismos que se suceden y los partidos que chocan entre sí, permanece frío y se mantiene disponible, indiferente á todas las causas, y consagrado tan sólo á su propia fortuna.—El 12 vendimiario por la noche, al salir del teatro Feydeau y al ver los preparativos

(1) Yung, 11, 430, 431. Palabras de Carlota Robespierre—En recuerdo de esta amistad, recibió ella de Bonaparte bajo el consulado una pensión de 3,600 francos.—*Ibid.* (Carta de Tilly, encargado de negocios en Génova, á Bochot, comisario de relaciones exteriores)—Cf. En el *Memorial*, el juicio muy favorable de Napoleón sobre Robespierre).

(2) Yung, 11, 435. (Carta de Bonaparte á Tilly, 7 de Agosto de 1794.)—*Ibid.*, III, 120, (Memorias de Luciano.) "Barras se encarga del dote de Josefina, que es el mando en jefe del ejército de Italia."—*Ibid.*, II, 477, (Clasificación de los oficiales generales, notas de Schérer sobre Bonaparte:) "Tiene conocimientos reales en el arma de artillería, pero es demasiado ambicioso é intrigante para que pueda prosperar."

de los de las secciones: (1) "Ah!—dijo á Junot—si las secciones me pusiesen á su cabeza, respondería de llevarlas á las Tullerías en dos horas, y de arrojar de allí á esos miserables convencionales!" Cinco horas más tarde, llamado por Barras y por los convencionales, pide tres minutos para reflexionar, para decidirse, y en lugar de "hacer saltar á los representantes," ametralla á los parisienses, como buen condotiero que no se dá, sinó que se presta al primero que ofrece, al que ofrece más, salvo detenerse cuando le plazca, y tomarlo todo cuando se pueda.—Condotiero también,—quiere decir, jefe de banda, sigue siéndolo después con mayor independencia, y bajo una aparente sumisión, bajo pretextos de interés público, haciendo su propio negocio, relacionándolo todo á sí mismo, general por su propia cuenta y para su provecho, (2) en su campaña de Italia, antes y después del 8 fructidor; pero condotiero de la más grande especie, "sin otro punto de mira que el trono ó el cadalso (3)", "queriendo (4) dominar á Francia y á Europa por medio de Francia, ocupado siempre de sus proyectos, sin distraerse, durmiendo tres horas durante la noche," burlándose de las ideas y de los pueblos, de las religiones y de los gobiernos, burlándose del hombre con una destreza y una brutalidad incomparables, así en la elección de los medios como en la del objeto, artista superior é inagotable en prestigios, seducciones, corrupciones, intimidaciones, admirable, y más aún, espantoso, como fiera soberbia en medio de un rebaño manso que pasta. La frase

(1) De Ségur, I, 162.—La Fayette, Memorias, II, 215.—*Memorial* (Nota dictada por Napoleón.) Expone las razones del pro y el contra, y añade, hablando de sí mismo: "Estos sentimientos, sus 25 años, la confianza en su fuerza y su destino, le decidieron.—Bourrienne, I, 51. "Es averiguado que se ha arrepentido siempre de esta jornada; me ha dicho frecuentemente que daría algunos años de su vida por borrar esta página de su historia."

(2) *Memorial*, I, 6 de Setiembre, 1715. "Solo después de Lodi, ocurrióseme que podría convertirse después de todo, en actor decisivo en nuestra escena política. Entonces nació la primera chispa de su grande ambición." Sobre su objeto y sus procedimientos en esta campaña de Italia, Cf. Sybel, *Historia de la Europa durante la revolución francesa*, tít. IV., Libros II y III, principalmente p. 182, 199, 334, 335, 406, 420, 475, 489.

(3) Yung III. 243. (Carta de Mde. Sucy, 4 de Agosto de 1797.)

(4) *Ibid.*, III, 214. (Relato del Conde de Entraigues á Mde. Mounikinnof, Setiembre de 1797:) "Si hubiese un rey en Francia y no fuera él, quisiera haberle creado, que sus derechos estuvieran á la merced de su espada para sumergírsela en el seno, si cesare un momento de serle sumiso."

no es muy dura, y ha sido dicha por un testigo ocular, por un amigo, por un diplomático competente, casi en la misma fecha (1): "Sabeis que, aunque quiero mucho á este caro general, le llamo *tigrecito* por lo bajo, para caracterizar su talla, su tenacidad, su valor, la rapidez de sus movimientos, sus alientos, y todo lo que hay en él, y puede ser tomado á buena parte en este sentido."

En esta misma fecha, antes de la adulación oficial, y de la adopción de un tipo convenido, se le vé cara á cara en dos retratos al natural: el uno físico, dibujado por Guérin, un pintor sincero; el otro moral, trazado por una mujer superior, que á toda la cultura europea, reune el tacto y la perspicacia mundanos, Mme. de Staël; ambos retratos están tan perfectamente de acuerdo, que cada uno de ellos parece la interpretación y la terminación del otro. "Víle por la primera vez —dice Mme. de Staël (2)—á su vuelta á Francia después del tratado de Campo Formio. Cuando me repuse un tanto de la sacudida de la admiración, experimenté un sentimiento muy pronunciado de temor." Sin embargo "no tenía él entonces ningún poder, y aún se le creía en bastante peligro por las sospechas suspicaces del Directorio;" mirábasele más bien con simpatía, con prevención favorable; "de suerte que el temor que inspiraba, no era causado sino por el singular efecto de su persona sobre casi todos aquellos que se le aproximaban. Había visto hombres muy dignos de respeto, había visto hombres feroces; en la impresión que produjo en mí Bonaparte, no había nada que me recordara á los unos ni á los otros. Pronto me apercibí, en las diferentes ocasiones que tuve de encontrarme con él durante su permanencia en Paris, de que *su carácter no podia ser definido por las palabras de que tenemos el hábito de servirnos;* no era ni bueno, ni violento, ni dulce, ni cruel, al modo de los individuos que conocemos. *Tal ser que no tenía semejante*, no podía sentir ni hacer sentir simpatía; *era más ó menos que un hombre;* su apostura, su inteligencia, su lenguaje, llevaban el sello de una naturaleza extraña...... Lejos de tranquilizarme viendo á Bonapar-

(1) D' Haussonville. "Lá Iglesia romana y el 1er. Imperio." I, 405.—(Palabras de M. Cacault, signatario del tratado de Tolentino y secretario de la Legación de Francia en Roma, al principio de las negociaciones para el concordato). M. Cacault dice que emplea esta frase: "después de las escenas de Tolentino y de Liorna, y los espantos de Manfredini, y Mater amenazado, y tantas otras turbulencias."

(2) Mme. de Staël, *Consideraciones sobre la revolución francesa*, 3ª Parte, c. XXVI, 4ª Parte, c. XXIII.

te frecuentemente, me intimidaba más todos los días. Sentía confusamente que ninguna emoción del corazón podía obrar en él. *Mira á cada criatura humana como un hecho ó como una cosa, y no como un semejante.* No ama, así como no odia, *no hay más que él para él;* el resto de las criaturas no son más que cifras. La fuerza de su voluntad consiste en el imperturbable cálculo de su egoísmo; es un hábil jugador, cuya parte contraria es el género humano, á quien se propone dar jaque mate...... Cada vez que le oía hablar, me impresionaba su *superioridad; no tenía semejanza con la de los hombres instruidos y cultivados por el estudio y la sociedad,* como los que pueden hallarse en Francia é Inglaterra. Pero sus discursos indicaban *el tacto de las circunstancias,* como el cazador tiene el de su presa.... Adivinaba en su alma una espada fría y cortante que congelaba al herir. Adivinaba en su espíritu una ironía profunda, á la que no podía escapar nada grande, ni bello, ni aun su misma gloria, porque despreciaba á la nación cuyos sufragios ambicionaba......"—"Todo era en él medio ú objeto; lo involuntario no se encontraba en ninguna parte, ni en el bien ni en el mal......" No había para él ley ninguna, ninguna regla ideal ni abstracta; examinába las cosas únicamente bajo el aspecto de su utilidad inmediata; un principio general le desagradaba como una necedad ó como un enemigo."—Mirad ahora en el retrato de Guérin, ese cuerpo delgado, esos hombros estrechos, el uniforme plegado por los movimientos bruscos, ese cuello envuelto en la alta corbata, esas sienes disimuladas por largos cabellos, lacios y caídos, nada visible sino la máscara, esos rasgos duros, dibujados por fuertes contrastes de luz y de sombra, esas mejillas huecas hasta el ángulo interno del ojo, esa barba maciza y prominente, esos lábios sinuosos, movibles, apretados por la atención, los grandes ojos claros, profundamente encajados bajo las grandes arcadas de las cejas, esa mirada fija, oblícua, penetrante como una espada; estas dos arrugas rectas que, desde la base de la nariz, suben por la frente como un fruncimiento de cólera contenido y de voluntad inflexible. Añadid á todo esto lo que veían ú oían los contemporaneos (1): el acento breve, el gesto corto é imperioso, el tono interrogador, de mando absoluto, y comprenderéis por qué inmediatamente que se le acercaban, la mano dominadora que caía sobre ellos, los encorvaba, los estrechaba, y ya no los soltaba.

(1) Mme. Remusat, *Memorias*, I, 104.—Miot de Melito, I, 84.

Ya en los salones del Directorio, cuando habla á los hombres y aun á las mujeres, es por medio de preguntas "que establecen la superioridad del que las hace sobre el que las sufre (1)"—¿Sois casada?— dice á ésta; y á aquella: "¿cuántos hijos teneis?" á otro: "¿cuándo habeis llegado?"; ó bien "¿cuándo partís?" Ante una francesa conocida por su belleza, su talento y la vivacidad de sus opiniones "plántase tieso, como el más tieso de los generales alemanes, y le dice: *Señora, no me agrada que las mujeres se mezclen en la política.*

Toda igualdad, familiaridad, llaneza ó confianza es imposible á su lado. Diez y ocho meses antes, cuando fué nombrado general en jefe del ejército de Italia, el almirante Decrès (2), que le conoció mucho en Paris, sabe que pasa á Tolón: "Me ofrezco inmediatamente á todos los camaradas para presentarlos, valido de mi conocimiento con él; corro apresurado y lleno de alegría; ábrese el salón, y voy á atreverme, cuando la mirada, la actitud, el sonido de la voz bastan para detenerme. Y no había en él, no obstante, nada de ofensivo, pero bastó con eso; después de entonces, no he tratado nunca de franquear la distancia que me ha sido impuesta. "Algunos días después (3), en Albenga, los generales de división, Augereau entre otros, especie de soldadón heroico y grosero, orgulloso de su alta estatura y de su bravura, llegan al cuartel general muy mal dispuestos hacia el pequeño favorito que se les manda de Paris—Al escuchar la descripción que de él se hace, Augereau se manifiesta injurioso é insubordinado desde luego: un favorito de Barras, el general de Vendimiario, un general de calle, "sin ninguna acción todavía que le recomendase, sin un amigo, con el aspecto de un oso, porque está siempre solo con su pensamiento, pequeña figurita, reputación de matemático y de soñador. Son introducidos y Bonaparte se hace esperar. Al fin se presenta; cíñese la espada, se cubre, explica sus disposiciones, les dá sus órdenes y los despide. Augereau había permanecido mudo. Solo al salir se repone y encuentra sus juramentos ordinarios. Convieue con Massena que ese "pequeño...,

(1) Mme. Staël, *Consideraciones, etc.*, 3ª Parte, c. XXXI.—Mme. de Remusat, II, 77.

(2) Stendhal ("*Memorias de Napoleón*"), Relato del Almirante.—El mismo relato en el Memorial.

(3) De Segur, I, 193.

general le *ha dado miedo*, *no puede* "*comprender el ascendiente con que* se ha sentido dominado al primer golpe de vista (1)."—Extraordinario y superior, hecho para el mando (2) y la conquista singular y de especie única, sus contemporaneos lo sienten bien así; los más versados en la historia antigua de los pueblos extranjeros, Mme. Staël, y más tarde, Stendhal, remontan los tiempos hasta donde es necesario hacerlo, para comprenderle, hasta los tiranuelos italianos de los siglos XIV y XV," hasta Castruccio—Castracani, hasta los Bracci de Mantua, hasta los Piccino, hasta los Malatesta de Rimini, hasta los Sforza de Milán; pero esto no es en su concepto más que una analogía fortuita, un parecido psicológico. Por otra parte en realidad é históricamente, ese parentesco es positivo, desciende de los grandes italianos, hombres de acción del año de 1400, de los aventureros militares, usurpadores y fundadores de estados vitalicios; ha heredado por filiación directa, su sangre y su estructura innata mental y moral (3). Un vástago cortado en sus bosques antes de la conclusión, de la pobreza y de la decadencia, ha sido trasportado á un terreno semejante y lozano, donde subsiste permanentemente el régimen trágico y militante; ahí se conservó intacto el germen primitivo, se trasmitió de generación en generación y se renovó y vivificó por medio de cruzamientos. Al cabo, en su último aparecimiento, sale de la tierra y se desarrolla magníficamente, con las mismas frondosidades y los mismos frutos que otra vez en el suelo originario; la cultura moderna y francesa le han apenas mondado algunas ramas, cortado algunas espinas; su profunda textura, su

(1) Roederer, *Obras completas* II, 560. (Conversaciones con el General Lasalle en 1809 y juicio de Lasalle sobre los comienzos de Napoleón.

(2) Otro ejemplo de este ascendiente sobre otro soldadón revolucionario más enérgico y más brutal todavía que Augereau, el general Vendamme. En 1815, Vendamme decía al Mariscal de Ornano, un día que subían juntos la escalera de las Tullerías: "Querido mío, ese diablo de hombre (hablaba del Emperador) ejerce sobre mí una fascinación que no puedo explicarme, y llega hasta tal punto, que yo que no temo ni á Dios ni al diablo, cuando me le aproximo me pongo á punto de temblar como un muchacho. Sería capaz de hacerme pasar por el agujero de una aguja para arrojarme en el fuego."

(3) Roederer, III. 536. (Palabras de Napoleón, 11 de Febrero de 1809:) "Yo soy militar porque es el don particular que he recibido al nacer; es mi existencia, es mi costumbre. Donde quiera que he estado, he mandado; mandé á los 23 años en el sitio de Tolón, mandé en Paris en Vendimiario; arrastré á los soldados á Italia tan luego como me hube presentado; había nacido para ello."

sustancia íntima y su dirección espontánea no han cambiado. Pero el suelo que encuentra en Francia y en Europa, devastado por las tormentas de la revolución, es más favorable á su desarrollo, que los viejos campos de la Edad Media, y está en ellos solo, y en ellos no sufre la concurrencia de su especie, como sus antepasados de Italia; nada le reprime; puede acaparar todos los jugos de la tierra, todo el aire y el sol del espacio, y convertirse en el coloso cuya altura las antiguas plantas tan vivaces tal vez, y tan absorventes como él sin duda alguna, pero nacidas en un terreno menos deleznable, y oprimidas las unas por las otras, no pudieron alcanzar.

II.

"La planta hombre, ha dicho Alfieri, no nace en ningún país más fuerte que en Italia" y nunca ha sido tan fuerte en Italia como de 1300 á 1500, desde los contemporáneos de Dante, hasta los de Miguel Angel, César Borgia, Julio II y Maquiavelo (1).—Lo que dis-

(1) Notad en los diversos miembros de la familia, diversos rasgos de esa estructura mental y moral. *Memorial* (palabras de Napoleón) sobre sus hermanos y hermanas: "¿Qué familia tan numerosa como esta pudiera presentar tan bello conjunto?—*Memorias* (*inéditas*) por M. X...., 14 volúmenes manuscritos, t. 11, 543: (el autor, joven magistrado bajo Luis XVI, alto funcionario bajo el Imperio, gran personaje político bajo la restauración y bajo la monarquía de Julio, es probablemente el testigo más bien informado y más juicioso de la primera mitad de este siglo.) "Sus vicios y sus virtudes salen de las proporciones ordinarias y tienen una fisonomía que les es propia; pero lo que los distingue sobre todo, es la obstinación de la voluntad, la inflexibilidad de las resoluciones.... tenían todos el instinto de su grandeza." Aceptaron sin dificultad "las posiciones más elevadas, y acabaron por creerse elevados para siempre. Nada asombró á José en medio de su increíble fortuna; yo le oí en Enero de 1814, reproducir muchas veces el increíble aserto de que, si su hermano no se hubiese mezclado en sus negocios después de la entrada en Madrid, se sentaría todavía en el trono de las Españas." En cuanto á la tenacidad de las resoluciones, basta recordar la dimisión de Luis, la retirada de Luciano, las resistencias de Fesch. Ellos solos eran capaces de no ceder siempre á Napoleón, y algunas veces de resistirle.—Las pasiones, la sensualidad, la costumbre de sobreponerse á la regla, la confianza en sí unida al talento, abundan hasta entre las mujeres, como en el siglo XV.—Elisa en Toscana fué "una cabeza varonil, un alma fuerte, una verdadera soberana," á pesar de los desórdenes de su conducta privada, cuyas mismas apariencias no eran suficientemente guardadas." Carolina en Nápoles, "sin ser más escrupulosa que sus hermanas," respetó mejor las conveniencias; ninguna fué más semejante que ella al

tingue primeramente á un hombre de esos tiempos, es la *integridad de su instrumento mental.* Ahora, después de 300 años de servicio, el nuestro ha perdido algo de su temple, de su flexibilidad y de su forma: ordinariamente la especialidad obligatoria le ha encorvado de una parte, haciéndole impropio para otros usos. Además, la multiplicación de las ideas hechas y de los procedimientos aprendidos, le estrecha y reduce su juego á una especie de rutina: en fin, hállase fatigado por la exageración de la vida cerebral, debilitado por la continuidad de la vida sedentaria. Todo lo contrario sucedía con aquellos espíritus nuevos, de sangre virgen y de joven raza.—Al principio del gobierno consular, Roederer, juez experto é independiente, que ve todos los días á Bonaparte en el consejo de Estado y anota por la noche sus impresiones del día, siéntese estupefacto de admiración: "asiduo en todas las sesiones durante cinco ó seis horas, continuas; hablando antes y después, de los asuntos que en ella se trataron, volviendo siempre á dos cuestiones: ¿es eso justo? ¿es útil?; examinando cada cuestión en sí misma bajo estos dos aspectos, después de haberla desmenuzado por el más exacto y minucioso análisis; é interrogando en seguida las grandes autoridades, los tiempos, la experiencia: haciéndose dar cuenta de la jurisprudencia antigua, de las leyes de Luis XIV...... Nunca se separó el consejo sin ir más instruido, si no por lo que él le enseñó, al menos por lo que le obligó á profundizar. Nunca vienen los miembros del senado, del cuerpo legislativo, del tribunado, á visitarle, sin llevar el premio de este homenaje en instrucciones útiles. No puede tener ante sí hombres públicos sin ser hombre de Estado, y todo se convierte para él en consejo de Estado. "Lo que le caracteriza entre todos," no es solamente la penetración y la universalidad de su inteligencia, sino también y sobre

---

Emperador; "en ella callaban todos los gustos ante la ambición;" ella aconsejó y decidió la defección de su marido Murat en 1814. Por lo que hace á Paulina, la más hermosa mujer de su tiempo, "ninguna mujer después de la del emperador Claudio le ha sobrepujado en el uso que ha hecho de sus encantos; no ha podido ser contenida ni aun por una enfermedad que se atribuye á las fatigas de esta vida, y por razón de la cual la hemos visto tan frecuentemente llevada en litera."—Gerónimo, "á pesar de la audacia poco común de sus desórdenes, guardó hasta el fin su ascendiente sobre su mujer." Sobre "los afanes y las tentativas" de José cerca de María Luisa en 1814, M. X...., según los papeles de Savary y el testimonio M. de Saint Aignan, dá detalles extraordinarios. (Tomo IV, 112.)

todo, la flexibilidad, la fuerza y la constancia de su atención." Puede pasar 18 horas seguidas en el trabajo, en un mismo trabajo, en trabajos diversos; nunca he visto su espíritu fatigado. No he visto jamás su espíritu sin fuerza, aun durante la fatiga del cuerpo, aun en medio del ejercicio más violento, aun en medio de la cólera. No le he visto nunca distraerse de un negocio por razón de otro, aun saliendo del que discute para pensar en el que acaba de discutir ó en el de que va á ocuparse. Las noticias felices ó desgraciadas del Egipto, no han venido nunca á distraerle del código civil, ni el código civil, de las combinaciones que exigía la salud del Egipto. Nunca hombre alguno se dedicó más totalmente á lo que hacía, ni distribuyó mejor su tiempo entre lo que tenía que hacer.—Ni hubo nunca espíritu más inflexible que el suyo para rehusar la ocupación y el pensamiento que no venían en el día ni á la hora; ni más ardiente en buscarlos, ni más ágil en perseguirlos, ni más hábil para fijarlos, cuando llegaba el momento de consagrarles su atención.

H. TAINE.

(Continuará.)

DOÑA MARINA Y HERNAN CORTES.

Es figura tierna, heróica, que subyuga y conmueve, la figura de Doña Marina, aquella india de raza nahuatl á quien debió en parte Hernán Cortés las victorias que le hicieron dueño del más poderoso imperio americano. En su encuentro con esa joven á los comienzos de su aventurera expedición, en el afecto que supo inspirarle, han creído ver los historiadores españoles un hecho milagroso. En nuestra edad incrédula, en que muchos consideran como superstición la acción de una providencia en los negocios del mundo y en la vida del hombre, acaso haga sonreír la aserción de los escritores castellanos; sin embargo, es difícil que un espíritu sensato é imparcial no advierta en los casos complicados que pusieron en relación á Cortés y á Doña Marina, y que tuvieron consecuencias políticas tan importantes, un conjunto de coincidencias que revisten el carácter de cálculos premeditados. Cierto es que sin Doña Marina, sin su doble conocimiento de las lenguas maya y azteca, Cortés habría marchado como ciego entre las diferentes naciones con las cuales se halló primero en contacto. Pero gracias á la mujer inteligente que se colocó á su lado, desde sus primeros pasos conoció en qué terreno favorable á su ambición y propósitos caminaba. Fué la hermosa india, al principio intérprete suya y después su consejera y amiga, quien le enseñó que separaba á los aztecas de los indómitos tlaxcaltecas una rivalidad secular; fué ella asimismo la que, por su tacto diplomático femenino, le dió por auxiliares las numerosas cohortes de esos altivos republicanos. Servicios ciertamente inapreciables, porque sin la neutralidad de los totonacas, dueños del litoral atlántico, sin la ayuda de los tlaxcaltecas y demás pueblos aliados á su fortuna, Cortés, á pesar de su genio incontestable, á pesar del espanto causado por la vista de sus caballos y por el ruido y estrago de sus cañones, que hacían creer á sus cándidos adversarios que disponía del rayo, no hubiera podido vencer el número ni

el fanático valor de los soldados de Motenczoma. En una palabra, ese nombre tan glorioso de Hernán Cortés, sin la adhesión, sin la perspicacia, sin la habilidad de la mujer que preservó al que le llevaba de innumerables riesgos, acaso no nos sería conocido más que por algún desastre funesto, cuyo doliente recuerdo aun enlutaria la historia española.

No era sin duda mujer de inteligencia ordinaria la que, hallándose en las circunstancias excepcionales en que se encontró Doña Marina, supo conquistar á un tiempo el reconocimiento de diferentes naciones luchando entre sí, de las cuales una, en rigor, podía considerarla como traidora á su raza, sino es que á su patria. Bajo la doble forma que tomó poco á poco el gracioso nombre que le dieron los españolas al bautizarla, *Doña Marina*, convertido en *Malina* para los aztecas, que no tienen la *r* en su alfabeto, ha permanecido igualmente viva y sonriente en la memoria de los conquistadores que en la de los pueblos que han subyugado. Los historiadores españoles, sea dicho en honra suya, jamás han procurado rebajar la parte que corresponde á Doña Marina en la conquista de México; al contrario, todos han admitido lealmente esta verdad. Por otro lado los aztecas, que han tenido historiadores á raíz de la muerte de Motenczoma, nunca han hablado de aquella sino con tierno reconocimiento. Es, pues, un hecho probado, indiscutible, que si la joven ayudó con brío en sus designios políticos al capitán de quien se prendó y cuyas creencias religiosas abrazara, se opuso siempre con energía á sus desmanes y á sus crueldades colocándose entre él y los vencidos.

Al constituirse auxiliar de los españoles, Doña Marina (no hay que olvidarlo), no creyó trabajar por la servidumbre de su tierra. Su dilatada estancia entre los tabasqueños, que al igual de las otras naciones establecidas en el litoral del Atlántico, reprobaban los sacrificios humanos practicados por los aztecas, había modificado las ideas religiosas de la joven, que consideraba el culto del feroz *Méxitli* como horrenda aberración. Hecha ya cristiana, apoyó las ideas de proselitismo que animaban á Cortés con ese ardor que emplean siempre las mujeres para servir al dueño de su corazón. Anunciando y prometiendo el fin de esas carnicerías de que era teatro el gran templo mexicano, suplicaba la neófita á sus compatriotas que se sujetasen á las leyes del Dios de los españoles. Buena, humana

admiraba á ese Dios que, por rescatar á los hombres en lugar de inmolarlos, no exigía otros homenajes que el humo del incienso, el murmullo de los rezos y el aroma de las flores.

¿Cómo se explica el que historiadores contemporáneos, de los que conocieron á Doña Marina, se muestren tan sobrios en detalles acerca de una persona de la cual, como de paso, ensalzan el encanto seductor, el clarísimo entendimiento y el sacrificio á su causa? A virtud de tan lamentable reserva, se nos presenta Doña Marina, en ciertos aspectos, bajo una forma vaga, flotante, que no es la que le conviene. Todos los cronistas nos muestran la diplomática, auxiliar infatigable de su capitán, la heroína que le sigue en medio de los combates para excitar su valor, que implora gracia cuando la victoria está asegurada; pero ninguno de esos soldados, á quienes la belleza, la gracia de la hermosa india arrancan sin embargo á veces una palabra de admiración, ha pensado describírnosla por completo ni presentárnosla bajo un aspecto esencialmente femenino. ¿Es acaso la situación irregular de aquella mujer respecto del jefe de la expedición lo que, en este punto, ha sellado los labios y encadenado las plumas? La conjetura no es improbable si se recuerda que casi todos esos cronistas dependían por algún modo de la iglesia; alabar á Marina como mujer hubiera sido para ellos, tanto como para sus devotos lectores, exaltar una de las obras de Satanás.

Ahora no tenemos ya esos escrúpulos, y la imagen de Doña Marina es bastante tentadora para el escritor. ¿Pero cómo resucitar, con ayuda de las treinta ó cuarenta líneas que le consagran á la ligera los historiadores del siglo XVI, los aspectos suaves ó brillantes de esta mujer que, nacida princesa, convertida en esclava, siendo casi reina, conoció todos los extremos de la vida? ¿De esa mujer que, arrebatada bruscamente á la escena del mundo por sucesos y razones de orden moral que acaso apenas comprendió, entró, como otra La Vallière, mas no por su voluntad, en la sombra, ahogó sus amores y expió cruelmente también las tiernas debilidades de su pecho?

Una vez aún, ¿dónde están los documentos que han de consultarse para hacer revivir, en su belleza principalmente, esa noble y poética víctima del amor y de la ambición? Cortés, se entiende, no hablaba ni de los encantos ni de la ayuda que le prestaba su linda auxiliar, en las admirables cartas que dirigía á Carlos V. No obstante, sí están indecisos los rasgos graciosos de la heroína de una

de las más prodigiosas epopeyas de la era moderna, hállase de ella un rastro luminoso en todos los sitios donde ha vivido, donde puramente ha pasado. Aquí, lleva su nombre una flor de brillante corola y suave perfume; allí, una ave de canto melodioso y plumaje deslumbrador; acullá, una fuente cristalina y murmurante. En la fiesta anual de muchos pueblos que le debieron sin duda haber sido respetados por la mano brutal del conquistador, una muchacha, siempre la más bonita, se encarga de representar á Doña Marina, de dar gracias por los ramilletes que le presentan, á la manera que lo hacía entonces, según tradición, la misma Doña Marina, "con una sonrisa de los labios y de los ojos."

Esta hermosa joven, á cuya bondad se rinde así homenaje, de quien se repite con gratitud el nombre después de tres siglos y medio, tiene encantos y ternura cuya huella no debe buscarse únicamente en el polvo de los archivos. Lo que ha sido, es menester preguntarlo á la tradición en los sitios por donde ha pasado, dejando á los que la vieron imperecedero recuerdo de gracia, de armonía, de seducción, recuerdo que han personificado y que se perpetúa, como he dicho, bajo la forma de un pájaro, de una onda cristalina, de una flor de pétalos perfumados.

Me ha seducido muchas veces la idea de sacar á luz, de volver á la realidad esa dulce figura, que ha sufrido por haber amado mucho y que terminó su vida expiando un error de que apenas era responsable. A falta de documentos escritos, tuve pronto la persuación de que, para hacer revivir y presentar una Doña Marina moral y físicamente verdadera, se hacía preciso visitar la comarca en donde nació, recorrer los países en donde viviera, ó en que algo de ella quedara; se hacía preciso, en suma, convertirse en viajero, en buscador de leyendas, en arqueólogo tanto como en historiador. Cuando estuve en México, después de atenta lectura de los cronistas de la conquista, emprendí tan interesante peregrinación, y gradualmente la imagen de la hermosa y discreta amiga de Cortés se ha dibujado tan claramente en mi fantasía, que me ha causado verdadera obsesión. La he resucitado mediante el estudio de los principales caracteres físicos y morales de su raza, y de los que le atribuyen las tradiciones. Ahora bien, si la prueba que he obtenido no tiene la precisión de las fotografías modernas, acasó pueda presentar la fisonomía exacta de la heroína hace tanto tiempo adormecida. Así

los eruditos, los curiosos y señaladamente las curiosas, me agradecerán tal vez el haber restituido á la historia, muy á menudo injusta y desdeñosa para los que debiera considerar como favoritos, aunque sea la sombra de la única mujer que, en el sangriento cuadro de la conquista de México, muestra dulce sonrisa de enamorada, y representa sola, ella la presunta salvaje, los derechos desconocidos siempre en las horas de violentas luchas, los derechos de la justicia y de la humanidad.

MARIANO CORONADO.

(Continuará).

REMEMBER.

Había en su dulce semblante, aquello
Que vive poco, que ya se va;
Ojos azules que reflejaban
Lo misterioso, la inmensidad.
En sus mejillas el terciopelo
De los geráneos al despuntar;
Labios de grana que le envidiaban
Las amapolas del florestal......
La estoy mirando: su esbelto talle
Como la garza que va á volar,
Sus manecitas sobre su pecho
Que suspiraba por lo inmortal......
Y aquellos labios que me decían
"¿Por qué te alejas, por qué te vas?,,
Y aquellos ojos que me miraban
Del alma el fondo y aun más allá......
Hoy, esos labios se han marchitado;
Hoy, esos ojos sin vida están......
Ay! esos seres, todo cariño,
¿Porqué se mueren, por qué se van?

F. G. COSMES.

DOÑA MARINA Y HERNAN CORTES.(*)

(CONTINÚA).

I.

Según el valeroso y honrado Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés en la conquista de México, y también uno de los historiadores de esa maravillosa epopeya, Doña Marina, (lo supo por boca de ella misma), había nacido en Painala, ciudad de la provincia de Goatzacoalco, por el año de 1502; mas basándose en manuscritos posteriores al de Bernal Díaz, que no se publicó hasta 1632, tres historiadores españoles, Gomara, Herrera, y luégo Torquemada, dicen que Doña Marina nació en Xalisco. Este es un manifiesto error del copista; la ciudad de Xalisco ha sido tomada por la de Xicalanco, aunque estén de hecho separadas por centenares de leguas.

Painala, aldea pintoresca actualmente perdida en medio de selvas seculares que atraviesa el hermoso río Goatzacoalco, formaba en 1502 el límite del imperio azteca. Puesta bajo el patronato de Painal, que la mitología mexicana considera como hermano y lugarteniente del dios de la guerra, esa ciudad fuerte, desde la cual se vigilaban tres reinos poderosos, tenía grande importancia comercial y militar. Painala, como todas las aldeas que la circundaban, pertenecía al padre de la que debía ser Doña Marina, quien era uno de los treinta grandes feudatarios de la corona llevada entonces por Moteuczoma II. La niña á quien esperaban tan extraños destinos nació pues duquesa, (empleamos este título como justo equivalente del de *teutli*), y la servidumbre á que fué reducida no rebajó jamás los sentimientos que debía á su primera educación.

(*) Por inadvertencia del cajista, no se hizo constar en la entrega anterior, que este artículo es una traducción del francés, y no original de nuestro compañero el Sr. Lic. D. Mariano Coronado, como aparece en la parte publicada.—*Nota de los editores.*

Educada en un centro á la vez militar y comercial, en ciudad donde se daban cita los ricos mercaderes de Tlaltelolco, de Chiapas, de Tabasco, de Yucatán, la niña Marina contempló desde muy temprano á su alrededor hombres de raza, costumbres y lenguas diferentes, lo cual era muy propio para herir y despejar su mente, por naturaleza penetrante y vivaz. Ahora bien, acababa la niña de cumplir siete años cuando murió su padre. Su madre volvió á casarse muy pronto, teniendo luégo un niño de su nueva unión, y Marina, (es necesario cometer el anacronismo de darle prematuramente ese nombre, pues ningún historiador nos ha conservado el que tenía antes del bautismo), Marina fué pronto motivo de celos para su padrastro, cuyo hijo no podía pretender sino corta porción de la herencia. La ex-viuda, arrastrada poco á poco por su marido y por el amor que profesaba á su hijo, consintió en un acto que, si no tuviese por apoyo al honrado Bernal Díaz, nos haría sonreír involuntariamente, tanto así semeja á las vulgares historias de que abusan nuestros modernos novelistas.

Es el caso que, cediendo á la preferencia que experimentaba por su hijo, la madre de la huérfana consintió en una sustitución; había fallecido el hijo de una esclava, y fué presentado su cuerpo como siendo el de Marina, celebrándose pomposamente los funerales de la heredera del dominio de Painala. Entretanto, la pobre pequeñuela era llevada por mercaderes de Xicalanco, ciudad situada en límites del reino independiente de Tabasco; llegados al término del viaje, cedieron á la niña que les había sido dada, ó acaso vendida, á sus vecinos de allende el río. Marina, conducida á la ciudad de Centlán, residencia del rey de los tabasqueños, vino á ser luégo esclava de este monarca. En tan miserable condición y á pesar de su extrema juventud, nunca olvidó su noble origen; de precoz entendimiento, aprendió pronto la lengua maya, la única que se hablaba en Tabasco y Yucatán, sin descuidar la azteca, en la que se expresaba, según parece, con rara perfección. El conocimiento de ambas lenguas le sirvió para ponerse en relaciones con Cortés, añadiendo capítulos maravillosos á su romántico destino.

En verdad, es preciso repetirlo, si no se tratase de hechos que pronto tendrán cuatro siglos de fecha y que se apoyan en el testimonio del sincero Bernal Díaz del Castillo, sonreiría uno con esa historia. Pero Bernal cuenta también, y bajo fé de juramento: "Lo

que digo, certifico haberlo visto y oído. *Amén!*" que, cuando el viaje de su general á Honduras, en 1524, Doña Marina, pasando por la tierra en que había nacido, vió á su madre y hermano presentarse ante Cortés, como titulares del dominio de Painala. Aterrorizáronse al ver á la que otro tiempo habían vendido y despojado, mandar, en su idioma, á aquellos terribles extranjeros ante los que todo el mundo se inclinaba. Persuadidos de que la joven iba á vengarse de las pasadas injusticias, humillábanse de antemano. Pero Doña Marina los acogió bondadosamente, los colmó de agasajos y tuvo cuidado, en sus conversaciones con ellos, de no recordar las faltas pasadas, mostrando así, como dice con justicia Clavijero, que su magnanimidad igualaba á los demás dones que había recibido del cielo.

A propósito de esto, conviene recordar que en la civilización ya bastante refinada de los aztecas, la educación de las doncellas nobles era objeto de grandes cuidados. Doña Marina, cuando fué expulsada de la casa paterna, debió ya haber aprendido, á pesar de su niñez, los preceptos que los sacerdotes y sacerdotisas de su religión se empeñaban en inculcar á los jóvenes. "Guárdate del mal, decían esas máximas, mancha y enturbia el alma, como el lodo al agua. Huye del vicio; como hierba venenosa da muerte á los que de él gustan, y es difícil arrancarle del corazón en que toma asiento. Sea cual fuere tu condición, sé bueno, afectuoso, servicial, modesto; ama á todos, para que todos te amen." Tales máximas, se reanimaron y cobraron fuerza en el espíritu de Doña Marina al convertirse al cristianismo, en cuya moral las encontraba. Supo ser buena, obsequiosa, modesta; supo perdonar, querer y hacerse querer.

¿Padeció mucho á causa de su condición de esclava? Físicamente, no; en lo moral, sí. Tenía la suficiente edad para comprender la distancia que separaba la posición á que estaba condenada, de la en que se había educado; y sus recuerdos de infancia, sus protestas estériles, muy propias eran para entristecerla. Sin embargo, observaremos que la esclavitud, en México lo mismo que en Yucatán, no representaba trabajo forzado, ni condición ínfima, ni esas ocupaciones degradantes que nos hace suponer aquella palabra. Además, en medio de la naturaleza exuberante, sonriente, del país en que nació Doña Marina, en presencia de un sol siempre radioso y de árboles constantemente floridos, la tristeza no llega jamás á la des-

esperación y no toma nunca las formas sómbrías que afecta en nuestros rudos climas. Por otra parte, poseía Doña Marina un carácter jovial, dichoso, y la resignación á los caprichos, á los embates de la fortuna, era una de las virtudes que sabían y saben aún practicar las mujeres de su casta y de su nación.

En 1519, cuando Marina cumplía diez y siete años, exploraba Cortés las costas de Yucatán y se aproximaba á las de México propiamente llamado así. En uno de sus desembarcos, habíase encontrado con un diácono español llamado Gerónimo Aguilar, el cual, hecho prisionero por los indios diez años ántes, había aprendido la lengua maya. Era un auxiliar valioso para el futuro conquistador, así es que éste le recibió con grandes demostraciones de júbilo.

Siguiendo su derrotero, llegaron las naves españolas á la embocadura del río Tabasco, descubierto por Grijalva el año anterior, y cuyo curso se proponía examinar Cortés. No habiendo podido las embarcaciones atravesar el banco de arena que aun hoy día defiende la entrada del río, el capitán español echó á la mar sus botes para que desembarcasen los soldados. Pero los tabasqueños, que el año precedente habían recibido con muestras de amistad á Grijalva y sus compañeros, tornarónse desconfiados y hostiles. Cortés mandó á Aguilar para que les ofreciese la paz y les pidiese víveres; concedieron éstos, pero declararon que se opondrían al desembarco. Después de algunas escaramuzas, á las que siguió una batalla sangrienta, se hicieron dueños los españoles de Centlán, capital entonces de los tabasqueños. Prudente en la victoria, ofreció Cortés de nuevo la paz, y logró que volviesen á sus hogares los habitantes de aquella importante ciudad. Celebróse un tratado de alianza, y en nombre de su soberano, los españoles tomaron oficialmente posesión de la comarca. No comprendieron por cierto los indígenas tal ceremonia, á pesar de que, (y la formalidad hace sonreír), se les notificó solemnemente, en alta voz, en lengua castellana y en la plaza pública, por escribano real juramentado.

El rey de Centlán, á fin de manifestar su buena voluntad á sus amigos, enviólesprovisiones de boca y regalos á la hora en que determinaban salir del reino. Al mismo tiempo, les hizo don de veinte doncellas esclavas, destinadas según la costumbre que aun ahora asigna ese trabajo á las mujeres, á moler el maíz necesario para la preparación del pan de sus nuevos amos. Ordenó Cortés inmedia-

tamente que se instruyera á aquellas jóvenes en las verdades de la religión cristiana y que luégo las bautizaran. La desterrada de Painala, que se hallaba entre ellas, fué convertida por Aguilar y el Padre Olmedo, bautizada con el nombre de Marina y enviada al navío que mandaba el capitán Puertocarrero.

Haciéndose á la vela y continuando á vista de las costas, los españoles, después de varios días de navegación, echaron anclas en la rada de Ulúa. Sabíanse ya en este punto los combates de Tabasco; una muchedumbre inmensa, aunque no hostil, contemplaba las evoluciones de los navíos españoles é invitaba por señas á la tripulación para que desembarcase. Temeroso Cortés de alguna traición, dió orden de que no se hiciera caso de tales insinuaciones. Entonces se apartaron de la orilla varias canoas y se dirigieron confiadamente al navío del general. Presentóse Aguilar para conocer las intenciones de los visitantes; pero con gran asombro suyo, no pudo entenderlos ni hacerse entender, pues el idioma azteca que hablaban no tiene analogía alguna con el de los mayas.

Era esto desagradable, y motivo de dificultades en lo presente y para lo porvenir. En vano insisten los indios en que vienen como amigos; no logran hacerse entender ni aun por señas. De repente una de las mozas dadas por el rey de Tabasco, se aproxima al borde del navío en que está embarcada, interpela á los visitantes, y conversa con ellos llanamente. Manifiesta luego á Aguilar que estos indios, que el año anterior han tenido buenas relaciones con los soldados de Grijalva, traen flores, frutas, adornos de oro, y que desean cambiar estos objetos por cuentas de vidrio. Son totonacas, gente de carácter pacífico, de costumbres suaves; han sido subyugados recientemente por el grande Emperador azteca Moteuczoma II, quien reside en las mesas de las montañas, que como gruesas nubes limitan el horizonte hacia el Poniente. Trasmítense estas nuevas á Cortés, el cual ordena acoger bien á los visitantes. Al siguiente día, desembarca con sus soldados y planta su tienda en la árida playa donde poco más tarde fundará la villa rica de la Veracruz, esa ciudad destinada á ser, sin que él lo sospeche, la capital marítima de los extensos países que va á conquistar muy en breve.

Saben que la ciudad principal de los totonacas se llama Cempoalla, que se halla situada á pocas leguas del mar, y que allí reside el gobernador azteca, representante de Moteuczoma. Decídese una

entrevista con ese dignatario; y Cortés, para recibir á tal huesped y herir su imaginación, se rodea de todo el aparato conducente á aumentar su prestigio. Sentado bajo dosel, en medio de sus oficiales de gran uniforme y cubierto él mismo con sus vestidos más preciosos, el capitán español recibe al lugarteniente del soberano azteca. Los intérpretes, Aguilar y Marina se adelantan; el pasmo embarga á la grave asamblea.

Marina cumplía entonces diez y siete años, y como hija de clima en que es precoz la naturaleza, estaba en el esplendor de su seductora hermosura. Los que conocen el tipo elegante de las mujeres de su país, esto es, de la provincia de Goatzacoalco, pueden representársela fácilmente. De estatura mediana, esbelta, breves las extremidades, vestida con la túnica calada con que se adornan todavía los habitantes de Tehuantepec, salpicadas de perlas y corales las gruesas trenzas de su larga cabellera, acércase sonriendo, triunfante como reina joven, "como una diosa," según dice el tlaxcalteca Camargo, que pudo haberla conocido, y á quien, de todos modos, debió habérsela descrito con frecuencia su padre.

Fué la entrevista larga y laboriosa. Se dirigía Cortés en español al diácono Aguilar, éste repetía en maya las palabras de su jefe, y Marina las trasmitía en azteca al representante de Moteuczoma. Las respuestas del gobernador, para llegar al capitán español, seguían el mismo camino.

Sin embargo, por lento y complicado que fuese este medio de comunicación, se comprendían, y este era un resultado importante. Naturalmente no se trató en esta primera entrevista más que de protestas de amistad, del poder del monarca español y del de Moteuczoma. En realidad, el gran acontecimiento de este día, sobre todo para Cortés, á quien turbaba facilmente el elemento femenino, fué la aparición, el descubrimiento inesperado en cierto modo, de la bella joven de real prestancia, que nadie parecía haber notado hasta entonces, que acababa de revelarse con su radiante hermosura, su encanto seductor y su voz que, al pronunciar las dulces palabras de la lengua azteca, parecía cantar más que hablar.

En Tuxtepec, pueblo pintoresco situado no lejos de Painala, un día que en la rústica iglesia copiaba yo la extraña imagen de un santo, ví entrar á una india adornada, como para día de fiesta, con un *huepil* de deslumbrante blancura, bordado de hilos de colores.

Salpicadas de perlas y corales, las crenchas de sus negros cabellos formaban á su frente una especie de corona; y su cutis, levemente cobrizo, en nada deslucía la frescura rosada de sus mejillas, el húmedo brillo de sus grandes y dulces ojos, la púrpura de sus labios sonrientes donde asomaban dientes nacarados. Me miró con sencilla curiosidad, tan sorprendida de mi presencia, de mi traje semi-europeo, como lo estaba yo de su gracia y hermosura. Al fin, avergonzóse con mis miradas de admiración y bajó los ojos, se arrodilló se persignó, cubrió con sus pequeñas manos el rostro para entrar en recogimiento, y rezó. Levantóse á poco, alejándose con ese andar lento, ondulante, felino de las mujeres de su país; y saludándome con una sonrisa "de los labios y los ojos," me dejó agradablemente maravillado.

—¿Quién es esa joven?—pregunté al cura en cuya casa estaba hospedado.

—La Malina, me respondió con tono serio.

—¿Ese es realmente su nombre?—repuse.

—Sí, desde el año pasado. Ella es la que representa, en las fiestas del pueblo, á la célebre confidenta de Cortés. ¿Sabe Ud. que aquí todos la encuentran muy parecida?

No insisto en la enormidad de lo que me decía el cura; pues lo mismo que todos, yo también encontraba que la moderna Marina se parecía á la antigua, aunque no haya de ella ningún retrato auténtico.

Largo tiempo seguí con la mirada, á través del pórtico, á la joven que me produjo una ilusión que no he olvidado. Por lo demás, ¿quién de nosotros no ha encontrado alguna vez una Inés Sorel, una María Estuardo, una de las hermosuras que desaparecieron con las nieves de antaño? La moderna Marina se desvaneció entre palmeras enanas, perdida en la luz deslumbrante del sol poniente.

Pensativo, preguntábame si realmente podría aplicar á ella este retrato de una heroina del siglo XVII: "Era hermosa, su porte celestial, su aspecto lánguido y suave; no podía imaginarse nada más bello ni extraordinario que sus ojos, donde había amor, modestia, languidez, dulzura, algo de melancolía que cautivaba, y sobre todo, un encanto que penetraba hondamente el corazón."

Más no, se trata aquí de la señorita de La Vallière, que por dife-

rentes aspectos se parece á Doña Marina, la cual fué su hermana mayor, en otra época y en un medio distinto.

¡La india, que ha permanecido para mí como el tipo vivo de lo que debió ser Doña Marina en sus días de juventud, se desvaneció de improviso, en la luz! Fué, ¡ay! en sombra profunda donde desapareció la verdadera Marina, destrozada el alma por la ingratitud de aquel á quien su amor había hecho más que rey.

II.

Cuando vió á Marina por vez primera, Cortés acababa de cumplir treinta y tres años. Era entonces, según sus contemporaneos, que le describen con complacencia, hombre de elevada estatura, de miembros bien proporcionados, elegante y consumado caballero. Sus facciones tenían cierta expresión severa, pero su mirada era de gran dulzura. Hábil en la equitación y en el manejo de las armas, revelábanse en su apostura, en sus movimientos, y esto siempre, en la mesa como en el consejo, la distinción, la cortesía, la dignidad imponente. Vestido con sencillez, desdeñando para sí las telas de seda, el terciopelo y las joyas, gustábale, sin embargo, que luciesen en su séquito. En todos tiempos su casa fué lujosa, bien arreglada, llena de innumerables sirvientes. Instruido, algo latinista, poeta en ocasiones, Cortés se manifestaba afable con los que vivían cerca de él, pero jamás familiar. Dominando por completo su voluntad, nunca se dejaba arrebatar por la cólera. En cambio, su terquedad para llevar á término lo que una vez se había propuesto, especialmente en cosas de guerra, traspasaba á menudo los límites de la prudencia. En suma, tanto en España como en Cuba, á donde había venido en busca de fortuna y la había hallado, puesto que las naves que mandaba eran en parte suyas, teníasele por caballero noble, digno del brillante destino que supo merecer y alcanzar. Un rasgo que nos interesa es que este ferviente católico, hasta fanático, había tenido durante su estancia en La Habana, varias ruidosas aventuras de amores.

En una palabra, Cortés, por sus cualidades, por su apostura, era un cumplido caballero. Presentóse á los indios como semidios, y Doña Marina también quedó deslumbrada, cautivada. Había qui-

zá, desde ese momento, adivinado al héroe y soñaba en acercárcele? Aquí estamos reducidos á conjeturas; mas lo cierto es, que la atención de Cortés se fijó presto en la graciosa intérprete, en cuyos labios seguía, complacido y curioso, las frases que iba traduciendo. La naturalidad y discreción con que la joven desempeñaba sus funciones improvisadas, maravillaron al capitán. Porque Marina, no contenta con sólo repetir las palabras del jefe azteca, las comentaba, desentrañaba lo que tenían de astuto ó falso, y en cierto modo dictaba las respuestas que convenía dar. Y Cortés mismo tenía suficiente inteligencia para no advertir la vivacidad de espíritu de la joven, la exactitud y el alcance de sus reflexiones. La miraba, la escuchaba con atención siempre creciente, conturbado por su belleza, seducido por su gracia. Luégo que se alejó el dignatario azteca, la llamó y pudo saber por ella, con ayuda de Aguilar, mil particularidades acerca del país donde se encontraba, de ese gran imperio mexicano cuya extensión y poderío apenas sospechara.

A partir de esta primera entrevista, hízose Marina indispensable para el conquistador, quien no podía comunicarse con los pueblos que le rodeaban sino por medio de ella. Tuvo su tienda cerca de la del jefe, y muy luégo sirvientes de ambos sexos. Ejerciendo la hermosura siempre y donde quiera (como antiguamente se decía), la irresistible prerrogativa de atraer á su favor los ánimos y de subyugar las voluntades, los compañeros de Cortés quedaron pronto rendidos; por sus encantos primero, después por su adhesión á la causa del capitán y por la benéfica influencia que sobre él ejercía, Marina adquirió fácilmente las simpatías de esos hombres extraordinarios, y á pesar de su rudeza, les impuso respeto. Todos, desde el principio, llamáronla cortesmente Doña Marina; y esa partícula *Doña*, en sus labios acostumbrados á palabras harto libres, fué homenaje tributado á la dignidad de quien jamás dejó de merecerlo. Tan respetuoso título, que han adoptado todos los historiadores españoles, es ciertamente honra señalada para la hermosa india.

Doña Marina, apasionada del héroe á quien le era forzoso hacer compañía, llegó á inspirarle igual afición; y no queriendo intermediarios entre ella y su amado, la joven se dedicó con ardor á estudiar el español. Esta hermosa lengua, convertida para ella en el idioma del amor, le fué pronto familiar. Tan luego como pudo conversar directamente con su amigo, Doña Marina compartió sus am-

biciones y esperanzas, hízose su confidente, su consejera muchas veces, y adquirió sobre el carácter indomable del héroe un ascendiente suave, eficaz, saludable. Ella también desplegó notable ingenio, y con abnegación enteramente femenina, púsole al servicio de aquel á quien amaba, y del cual había abrazado la religión, las ideas y casi la nacionalidad.

El imperio adquirido por Marina sobre Cortés no fué solamente material, tuvo una base más sólida y honrosa. El sentimiento ejerció influjo preponderante, como convenía entre almas superiores. Es menester, como lo he dicho ya, cuidarse de ver en esa joven tan sólo una salvaje sin más seducciones que sus atractivos físicos, su encanto peregrino y extraño; había más que esto en Doña Marina, había una inteligencia recta y levantada. Era, como se complace en decirlo Bernal Díaz, doncella de sangre noble nacida en corte de príncipes, lo cual "se veía y se sentía." Ahora bien, los aztecas del siglo XVI no eran en nada inferiores, bajo el punto de vista moral é intelectual, á aquellos españoles que mejor armados materialmente, se disponían á conquistarlos.

Hay en este punto errores, y los sacrificios sanguinarios que ofrecían á sus dioses han sido causa de que no se comprenda muchas veces el verdadero grado de cultura á que había llegado en la época de la conquista la civilización mexicana. En su vida ordinaria, los aztecas eran apacibles, humanos, corteses con cierto refinamiento; y en los combates heroicos que sostuvieron para defender su patria, su independencia y sus dioses, no se miran de su lado las crueldades inútiles. Así es que, cuando llega el caso, sus descendientes oponen irónicamente á nuestros reproches sobre la barbarie de sus antepasados sacrificando víctimas humanas, las hogueras que, justamente en la propia época, se encendían en España, á nombre del Dios verdadero, por orden de la Inquisición.

Bautizada con el nombre de María, llamada luego Doña Marina por los españoles, la heredera de Painala, para los indios que la veían siempre al lado de Cortés, vino á ser, como hemos dicho, Doña Malina. Después, el conquistador mismo fué designado con el extraño nombre de Malintzin, cuya significación es: el dueño de Malina. Este es el nombre que dan todavía á Cortés las naciones que ha vencido, el único de que el pueblo se acuerda; tanto así se halla ligada la gloria del heroe español á la memoria de la que amara y de quien fué tiernamente amado.

No seguiremos á Doña Marina en su largo é importante papel político; bajo este aspecto, su vida, desde la partida del golfo mexicano hasta la llegada á la capital de los aztecas, fué la de Cortés mismo, cuyas victorias preparaba en el terreno de la diplomacia. Ella es quien le arregló la neutralidad benéfica de los totonacas, quien entabló las primeras pláticas con los embajadores aztecas, quien invocando viejas tradiciones, hizo aparecer á los españoles como semidioses anunciados por antiguas profecías. Ella es quien, en lo más recio de la pelea con los tlaxcaltecas, y cuando el jefe de los totonacas se asombra de ver á los setecientos españoles como sumergidos en medio de la creciente inundación de los enemigos, le dice, tranquila y convencida: "Nada temas, pelean con su Dios y vencerán." Por otra parte, ella es quien en las horas de desaliento, de cansancio, de penas, anima, excita y consuela á los españoles. Dice Bernal Díaz que jamás se notó en ella desmayo, sino que siempre mostró ánimo viril, confortándolos con sus palabras.

Después de la victoria obtenida sobre los tlaxcaltecas, ella es quien los lleva á ideas de paz, y los hace aliados de Cortés, al que acompañan en la próspera y la adversa fortuna. Ella es también la que, por su penetración, descubre la trama urdida por los cholultecas para exterminar á los españoles, y trasforma un desastre cierto en un triunfo decisivo. En fin, ella es la que, frente á Moteuczoma, provoca la duda en el alma del desdichado emperador, le hace vacilar y prepara la postrera y sangrienta victoria de los españoles. Se entrega toda á esos terribles soldados, cuyas creencias y riesgos comparte, sin cesar un momento de proteger á los vencidos, que quiere arrancar á sus sanguinarias supersticiones. Si tienen los españoles su admiración, los indígenas tienen su simpatía. No se pone al lado de los poderosos sino para amparar á los débiles; tiene el amor de los humildes, la compasión por los que padecen, la caridad sin límites que ordena su nueva fé. Es mujer, completamente mujer; adorable bajo todos los aspectos de su ser delicado, noble, y sin embargo enérgico; no sabrá bien más que cuatro cosas: amar, sacrificarse, sufrir y perdonar.

¡Y qué cuadro más maravilloso para el nacimiento y el desarrollo de esa pasión sincera, digna en su principio de los tiempos caballerescos en que ha alentado, que las riberas encantadoras del golfo mexicano! ¡Cuán fácil sería para la imaginación el hacer interve-

nir, en esos espléndidos paisajes, á las hadas benéficas que se ven contrariadas por hechiceros envidiosos! Cuando pasados los calores enervantes del día, abandonaba el sol la Tierra Caliente y desaparecía tras las cumbres apenas visibles de la cordillera, ¡qué poesía no reinaba, con la brisa perfumada que impelía las lánguidas olas hacia la fina arena, mientras que ocultos en la espesura entonaban los pájaros cantores himnos á la noche! Cortés era poeta, dice Bernal Díaz. ¡Cómo escucharía con recogimiento, al lado de Doña Marina, las misteriosas armonías que, á la hora del crepúsculo, se elevan de la tierra al cielo, donde su mirada atónita descubría desconocidas constelaciones! Luz, árboles, plantas, flores, pájaros, insectos, gorjeos, rumores, todo lo que brilla, canta y murmura, tenía sonidos, matices y formas extrañas en esta nueva tierra, donde el ambicioso español había encontrado al desembarcar, y como á medida de su deseo, aquel sér providencial que debía permitirle, según dicen los antiguos cronistas, llevar á feliz remate la tarea para la cual había nacido.

Fué maravillosa epopeya, á la par que discreto poema de amor, la marcha de Cortés hacia México. Había quemado heroicamente las naves que le trajeron, á fin de quitar á sus soldados toda idea de retorno, á lo menos mientras no fuera suya la tierra en que se hallaban. Caminaban, siguiendo el curso del sol, hacia comarcas donde, según relato de los indios, eran materias viles la plata, el oro, las pedrerías, tanto así abundaban. A fuerza de lentas marchas, interrumpidas por combates, acampando durante largos días, entablando negociaciones laboriosas, llegó por fin la reducida tropa al país montañoso de los tlaxcaltecas, al país de la eterna primavera. Allí, no más calores enervantes; un clima sano, una temperatura uniforme, árboles cargados á la vez de flores y frutos; sucesión de Capuas cuyas delicias desdeñaron los españoles, sedientos de oro, para lanzarse audaces en busca de ese engañoso Eldorado, que ciertos aventureros (yo he visto algunos) creen todavía encontrar en los desiertos de Sonora.

¡Qué cuadro, el de la marcha aventurera de ese puñado de hombres, yendo en realidad hacia lo desconocido! Mas no debemos detenernos en la estrategia; Doña Marina tan sólo ha de ocuparnos. Era entonces, la amable joven, casi tanto como Cortés, el alma del heroico ejército. Gracias á ella, sabían los soldados el nombre, la

historia, el poderío de los pueblos cuyo territorio atravesaban, y donde con frecuencia era recibida amistosamente. Hablaba ya Marina el español con facilidad, y cada uno de los subalternos del jefe se complacía en conversar con ella, en escoltarla. Sabía los nombres de todos y conocía á fondo su carácter. Cortejo curioso el de esos valientes hidalgos, entre los que se distinguían el desinteresado Gonzalo de Sandoval, el fogoso Cristobal de Olid, que fué traidor y murió por traición, el caballeroso Diego de Ordaz y el atrevido Pedro de Alvarado, á quien por su cabello bermejo dieron los tlaxcaltecas el nombre de *Tonatiuh* (el sol). Venían después Velásquez de León, Alonso Hernández de Puertocarrero, Francisco de Morla, el diácono Aguilar; luégo los padres Olmedo y Díaz, que de común acuerdo continuaban la instrucción de la joven en las verdades del cristianismo. ¿Y cómo no mencionar en esa pléyade al honrado Bernal Díaz del Castillo, futuro cronista, y también á ese misterioso *Conquistador anónimo*, cuya obra curiosa conocemos, pero cuyo nombre no sabrá probablemente nadie?

¡Qué páginas, en el libro de la vida de Cortés y en el de la vida de Doña Marina, las de ese viaje lleno de momentos peligrosos, mas también de grandes encantos! Teniendo por última fecha la toma definitiva de México, el 13 de Agosto de 1521, esta marcha laboriosa, que sufrió varios retardos, no duró menos de dos años. En ese período, la existencia y el papel de D.ª Marina se conformaron á los deseos de su corazón. No dejó un solo instante al héroe que amaba, siguiéndole hasta en las batallas, preparando uno por uno todos los actos más importantes de esa parte de su vida, indudablemente la más bella, heroica y gloriosa. Para nosotros los europeos, el conquistador de México es Hernán Cortés; para los descendientes de los aztecas es Malintzin, es decir, el dueño amado de esa hermosa, suave, adicta Doña Marina, cuya existencia conocemos apenas, y que bien merece por el papel heroico y benéfico que ha desempeñado en la historia, que aprendamos al fin su dulce nombre.

La obra está consumada. Ha sucumbido Moteuczoma, herido involuntariamente por uno de sus súbditos; México, abandonada, es presa del conquistador, después de treinta y seis días de combates, y queda arrasado el gran templo del feroz Huitzilipochtli. El enérgico Cuauhtemotzin, prisionero, no puede ya luchar. Doña Marina, que ha intervenido para arrancarlo al suplicio y que lo ha logrado, se

interpondrá vanamente más tarde para salvar la vida del heroico soberano. En esta ocasión, Cortés se dejará arrebatar por sus pasiones, la sangre injustamente derramada del más noble de sus enemigos, perturbará largo tiempo las noches del conquistador. Su brillante gloria no podrá ocultar esa mancha sangrienta, indeleble, ¡ay! como la que empañaba la pequeña mano de lady Macbeth.

Mas está aún lejana la hora de ese crimen inútil, y la obra grandiosa de Cortés está concluida. Reina, glorioso y satisfecho, sobre millones de hombres. También Doña Marina está ufana de su obra: habita en un palacio; tiene guardias, damas de honor, sirvientes, pajes, escuderos. A la pomposa etiqueta de la corte de Moteuczoma, á las elegancias refinadas, orientales, de su nobleza, hase juntado el grave ceremonial español. Doña Marina no tiene más que recurrir á sus recuerdos para hallarse en el puesto que le corresponde, en medio de ese lujo, de esas grandezas que nada quitan á su afabilidad. Pero su dicha no reposa en esta pompa vana; está encerrada en el hijo que acaba de dar á luz, que el conquistador ha recibido en brazos y héchole bautizar con el nombre de Martín Cortés. ¡Cuán contenta y satisfecha se halla la dulce mujer, con ver tan grande, merced á sus esfuerzos, al padre de su hijo! Ha pasado la época de los terribles combates, no correrá ya la sangre en los derruidos altares de los dioses mexicanos, ni en los campos de batalla siempre peligrosos. Va á reinar el sosiego en el inmenso imperio formado con los reinos de México, de Colhuacán, de Tlacopan, de Mechoacán, con las repúblicas de Tlaxcala, de Chololan, de Huexotzinco, á los que se añadirán pronto Chiapas, Guatemala, Yucatán, California, otras veinte provincias.

Doña Marina es feliz; lejos están las horas sombrías de su juventud, de su servidumbre. ¡Ha reconquistado su rango; ama, es amada, tiene un hijo! Su vida parece en adelante estar al abrigo de la adversa fortuna. Ocupa un puesto elevado, ¿cómo podrá caer? Si la muerte la hubiese sorprendido entonces, se diría que la arrebataba á una larga ventura. ¿Pero quién es el que escapa á la desgracia, al estercolero de Job? Cortés, ebrio de gloria, vivió bastante para verse desconocido y olvidado. Doña Marina, antes que él y por él, debía ver sus goces trocados en amarguras, sus triunfos en desencantos. Su amor, del cual estaba orgullosa, iba súbito á convertirse en crimen, y á ser para ella causa inesperada de desolación.

Cortés era casado, y Dona Marina lo ignoraba. Supo repentinamente que Doña Catalina Juárez, mujer legítima de su amado, acababa de desembarcar en Veracruz, y que se apresuraba á reclamar y ocupar, junto al trono conquistado por su esposo, el sitio á que tenía derecho.

(Concluirá).

DIOS.

La luz es la orla que ciñe tu manto,
tu planta infinita la esfera sin fin,
tu voz el murmullo más mágico y santo,
tu sombra las nubes henchidas de encanto,
tu aliento el aroma del nardo y jazmín.

Si airado rebrama fatídico el viento,
si trémula gime la brisa fugaz,
mi sér se conmueve ¡Señor! yo te siento
y á tí, en misterioso, veloz pensamiento,
mi espíritu implora seráfica paz.

Mi fé de cristiano no es ráfaga vana:
sin verte te adoro de hinojos ¡oh Dios!
Si el cielo azulado con tintes de grana
decora naciente la aurora galana,
yo admiro la lumbre que dejas en pos.

Mas ¡ah! te sentimos y no te miramos
que al ver tanto brillo, tan gran majestad,
los que una mirada terreña gastamos
y á tí nuestra débil querella elevamos,
dejáranos ciegos tu espléndida faz.

RICARDO PALMA.

LA VENTANA.

CANTO II.

Como siempre guardaba en la memoria
Esos dulces recuerdos palpitantes,
De mi incógnito amor supe la historia,
A fuerza de pesquisas incesantes.

Es historia de lágrimas y penas;
Si llorando nació, creció con llanto.
Ley es constante que las almas buenas
Dolientes lloren en el mundo tanto.

Su padre era soldado, y á la guerra
Un día se partió, y abandonadas
Hija y madre quedaron en la tierra
Al llanto y la miseria condenadas.

Cuando la niña plácida jugando
Sentía estremecida de repente
Que, cual gotas de fuego, iban rodando
Dos lágrimas amargas por su frente;

Era su pobre madre que lloraba
Por el querido sér que estaba lejos,
Y en su hija sollozando contemplaba
Del amor de su esposo los reflejos.

Y pasaban un día y otro día
De eterna espera y de dolor sin tasa,
Y el ausente adorado no venía
A alegrar con su voz aquella casa.

Y como en este mundo no abandona
La ilusión al que júbilos espera,
¡Si viniera!...... pensaba la matrona,
Y decía la hija: ¡si viniera!

Creció la niña aquella, en el quebranto
Se fué haciendo solemne su belleza,
Y la adornaba, cual doliente encanto,
Una eterna auréola de tristeza.

Por fin, tras tantas horas de amargura,
Llegó una hora llena de contento,
Y hubo como un destello de ventura
En la noche sin fin de aquel tormento.

Soñó la pobre madre que el ausente
Feliz tornaba á los amantes brazos,
Y en la explosión de su cariño ardiente
Las llenaba de besos y de abrazos.

Y las dos en su amor interpretaban
El grato sueño locas de alegría,
Y ellas que tanto de dolor lloraban,
Al fin lloraron de placer un día.

Y las dos contemplaban en su gozo
Un porvenir de júbilo, risueño:
Un sueño las llenaba de alborozo.......
Y su dulce ilusión sólo era un sueño.

Y como siempre que el placer existe,
Cantar, al corazón complace tanto,
Tras mucho tiempo de silencio triste
Se oyó en la casa resonar un canto.

Las dos hicieron de su dicha alarde,
Como en días mejores sonrieron,
Hasta que al fin al declinar la tarde
Una carta de pronto recibieron.

Su sueño placentero recordando,
La madre la leyó con gran presteza,

Y á su hija luego la alargó, lanzando
Desgarrador gemido de tristeza.

Leyó la niña con dolor profundo
Que eterno iba á ser ya su desconsuelo,
Porque el sér que esperaban en el mundo
Oraba ya por ellas en el cielo.

En sangrienta batalla quedó inerte,
Y, mirando sus miembros destrozados,
Lloraba el infeliz, más que la muerte,
La ausencia de los seres adorados.

Parece que la suerte con encono
En los que más padecen más se fija,
Murió el padre gimiendo en su abandono,
No por él, por su esposa y por su hija.

Murió, víctima oscura de la guerra,
Sin que nadie los ojos le cerrara,
Y su cuerpo arrojaron bajo tierra
Sin que una cruz su tumba señalara.

Pobre alma mártir ascendió á la altura,
Y ellas quedaron á sufrir mil duelos,
Y, mirando su horrible desventura,
El también suspiraba allá en los cielos.

Derramaron las dos amargo llanto
Cuando la triste nueva recibieron;
Pero lloró la madre tanto, tanto,
Que ya nunca la luz sus ojos vieron.

¡Ay! Jamás la desdicha sola llega,
Y, ya perdidos bienestar y calma,
En el mundo quedó la pobre ciega
Con sombras en los ojos y en el alma.

Su vida fué de llanto y agonía;
Mas, ablandada al fin la dura suerte,

Llegó la aurora del eterno día
Tras las densas tinieblas de la muerte.

¿Y la niña? La niña sin ventura
Más sola, más llorosa y más severa,
Vegetaba en el valle de amargura
En esa edad que llaman primavera.

Quedó sin esperanza ni consuelo
Llorando su terrible desencanto.
Adelante, adelante! ¿No hay un cielo
Do los ángeles secan nuestro llanto?

Entónces, ofreciéndole una anciana
El ser como otra madre para ella,
La infeliz aceptó de buena gana:
Era tan inocente como bella.

Ay! no era caridad santa y bendita
Lo que guiaba á la vieja miserable;
Al ampararla hipócrita medita
Yo no sé qué proyecto formidable.

Como tan hechicera la veía,
Pensó su infame corazón de lodo:
"¿No es está joven rica mercancía
En este mundo en que se vende todo?

Es bella, y la hermosura bien se paga,
Es pura, y tiene un precio la pureza,
La juventud al comprador halaga,
Mi único porvenir es su belleza."

La acoje tiernamente, y el consuelo
Trata de darle en su dolor profundo.
¡Qué sentirá la madre allá en el cielo
Al ver quién la reemplaza en este mundo!

Y pasaban los dias y pasaban,
Llenos de pesadumbre ó de atonía,

Y en su rápido paso acrecentaban
La fatal hermosura de María.

Y como el tiempo al fin siempre consuela,
La niña fué sintiendo lentamente,
En medio del pesar que la desvela,
Accesos de consuelo intermitente.

Que fuese muy feliz no era posible,
Como siempre el recuerdo la devora,
Mas siente en vez de su dolor terrible
Una melancolía arrobadora.

A veces se dibuja una sonrisa
En su boca, porque oye en lontananza,
En los tenues rumores de la brisa,
Unos vagos murmullos de esperanza.

A veces se embelesa, aunque se asombra,
Porque mira, olvidando sus querellas,
En medio de la vida, esa gran sombra,
Brillar las ilusiones como estrellas.

Y siente, llena de emoción ignota,
En éxtasis extraños, seductores,
Que de su alma la armonía brota
De unos desconocidos ruiseñores.

¿Y será que sus padres un consuelo
Le mandan de la altura donde moran,
O que bajan los ángeles del cielo
A hacer soñar un poco á los que lloran?

No sé; pero en su frente se refleja
Una nueva hermosura irresistible;
El ángel de los sueños siempre deja
Al besarla una huella indefinible.

Y más ese reflejo la embellece
Y son sus atractivos más radiantes,
Y más el ansia de la vieja crece
Por explotar la mina de diamantes.

Con prudente codicia bien la trata,
Porque comprende en su maldad impía,
Que más bella la hará la vida grata
Y venderá mejor su mercancía.

Cuán dulce era aquel sér de Dios querido!
Al mirarla tan pura, tan hermosa,
Se habría una pantera conmovido;
Mas no tuvo piedad la vieja odiosa.

Desechar sentimientos tan villanos
No pudieron las gracias hechiceras;
¿Por qué tendrán á veces los humanos
Crueldades que no tienen las panteras?

Y la niña dichosa en su ignorancia,
Sueños disfruta en éxtasis profundo,
Como el ciego que aspira la fragancia
De una flor y no ve el gusano inmundo.

Bendice á Dios, y con afán trabaja,
Por los que han muerto reza con empeño,
Y, entre las sombras de la noche, baja
Un ángel á mezclarse con su sueño.

Adquiere plantas, anhelando olores,
En sus limpias macetas las coloca,
Y al ver abiertas ya todas las flores
Se siente á punto de volverse loca.

Su ambición colosal no se detiene,
Poseer unos pájaros ansía,
Y á costa de mil penas al fin tiene
Tres aves que le cantan á porfía.

Como es buena, es modesta en sus deseos,
El trabajo le dá la paz del alma,
Y entre sueños, perfumes y gorjeos,
Pasa la vida en deliciosa calma.

De sus padres la aflige la memoria;

Mas la anciana, en acentos cariñosos,
Le recuerda que habitan en la gloria
Y que por ella ruegan afanosos.

Se resigna á ser huérfana, pensando
En que ellos gozan la eternal ventura;
Si con ella no están, están alzando
Por ella sus plegarias en la altura.

Es la resignación dicha cumplida
Para el que otra mejor aquí no alcanza,
Y además ella tiene en esta vida
Una inmensa fortuna, la esperanza!

Los bienes de la tierra no recibe;
Mas nada necesita, y mucho espera;
Así es que no se queja, y en paz vive,
Buena siempre, y también siempre hechicera.

Ay! la acecha en la sombra la serpiente
Y un día, al contemplarla arrobadora,
Dijo la vil anciana alegremente
Con sonrisa infernal: llegó la hora!

ANTONIO ZARAGOZA.

(Continuará.)

NAPOLEÓN BONAPARTE.

(CONTINÚA).

Decía él mismo más tarde (1), que "los más diversos objetos y negocios se hallaban colocados separadamente en su cabeza como en un armario. Cuando quiero interrumpir algún negocio—agregaba—cierro su cajoncillo y abro el de algún otro. No se mezclan nunca unos con otros, ni me molestan ni fatigan. ¿Quiero dormir? Cierro todos los cajoncillos y héteme entregado al sueño." Nunca se ha visto cerebro más disciplinado ni disponible, ni tan perpetuamente dispuesto á toda labor, ni tan capaz de concentración súbita y total como el suyo. "Su flexibilidad (2) es maravillosa para hacer cambiar de objetivo en un instante á todas sus facultades, á todas sus fuerzas, y para llevarlas en el momento, todas reunidas, al único objeto que le afecta, á un insecto ó á un elefante, á un individuo aislado ó á un ejército enemigo.... Mientras está ocupado en un objeto, no existen para él los otros; es una especie de caza de que nada logra apartarle."—Y esta caza ardiente que nada suspende, con excepción del logro de la presa, esta persecución tenaz, esta carrera impetuosa para la cual la llegada al punto anhelado, no es más que un nuevo punto de partida, constituyen el aliento espontáneo, el impulso natural, amplio y preferido de su espíritu,

(1) *Memorial.*

(2) De Prad. Historia de la embajada en el gran ducado de Varsovia en 1812, prefacio, p. X, y 5.

"Trabajo siempre—decía á Roederer (1); medito mucho. Si aparezco siempre listo para responder á todo, á hacer frente á todo, es porque antes de emprender cualquier cosa, medito largo tiempo, preveo cuanto puede acontecer. No me revela un genio lo que debo hacer ó decir en una circunstancia imprevista para los demás, sino mi reflexión, la meditación.... Trabajo siempre, en la mesa, en el teatro; durante la noche, me levanto para trabajar. La noche última me levanté á las dos de la madrugada, me senté en mi sillón ante el fuego, y me puse á examinar los estados de la situación actual, que me había remitido ayer tarde el ministro de la guerra; encontré en ellos varias faltas que puse en conocimiento del ministro esta mañana; el ministro se ocupa en rectificarlas ahora por medio de sus oficinas."—Sus colaboradores se fatigan y desfallecen bajo la carga que les impone y que lleva él mismo á cuestas sin sentir su peso. Siendo cónsul (2), "preside algunas veces, reuniones particulares de la sección del interior, desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana......Frecuentemente en Saint Cloud, retiene á los consejeros de Estado desde las nueve del día hasta las cinco de la tarde, sin más descanso que un cuarto de hora, y al concluir no parece estar más fatigado que al principio." Durante las sesiones de la noche "muchos miembros del consejo se dejan dominar por el cansancio; el ministro de la guerra se duerme;" él los sacude y los levanta: "vamos, vamos, ciudadanos, despertémonos, no son más que las dos y necesitamos ganar el dinero que nos da el pueblo francés." Cónsul ó emperador (3), "pide cuenta de los menores

(1) Roederer, III, 544 (24 de febrero de 1809)—Cf. Meneval *Napoleón y María Luisa*, recuerdos históricos, 1, 210-213.

(2) Pelet de la Lozére, Opiniones de Napoleón en el consejo de Estado, p. 5.—Roederer, III, 380.

(3) Mollien, *Memorias*, I, 379; II, 230.—Roederer, III, 434: "Está á la cabeza de todo: gobierna, administra, negocia, da al trabajo diariamente diez y ocho horas con la cabeza más neta y mejor organizada que sea dable imaginar; ha hecho más en tres años, que los reyes en cien."—Lavallete, *Memorias*, II, 75. (Palabras del Secretario de Napoleón sobre el trabajo de Leipzig): "Se acuesta á las once, pero se levanta á las tres de la mañana, y hasta la noche, no hay un momento que no esté consagrado al trabajo. Es fuerza que esto acabe, porque él sucumbirá, y yo antes que él."—Gaudin, duque de Gaeta, *Memorias*, III (suplemento) p. 75. Relato de una velada en que Napoleón juntamente con Gaudin, examina su presupuesto general durante siete horas, de las ocho de la noche á las tres de la mañana, sin tener un minuto de distracción.—Sir Neil Campbell Na-

detalles á cada ministro: no es raro verles salir del consejo agobiados por la fatiga de los largos interrogatorios que les ha hecho sufrir; desdeña él apercibirse de su debilidad, y les habla de los trabajos del día, como de un mero pasatiempo que apenas ha puesto en movimiento su espíritu. Todavía más: "frecuentemente sucede que esos mismos ministros, al volver á su casa, se encuentren con diez cartas de Napoleón, pidiéndoles inmediatas respuestas, para lo cual apenas es suficiente el resto de la noche."—La cantidad de hechos que almacena y contiene su espíritu, la cantidad de ideas que elabora y produce, parecen sobrepujar á la capacidad humana; y su insaciable, inagotable é inalterable cerebro, funciona así durante treinta años.

Por otro efecto de su estructura mental, *nunca funciona en el vacío*, que es nuestro gran peligro de actualidad—Desde hace tres siglos, perdemos más y más la vista plena y directa de las cosas; bajo la presión de una educación sedentaria, múltiple y prolongada, estudiamos en lugar de objetos, signos: mapas en vez de terrenos; en lugar de animales que luchan por vivir (1), nomenclaturas, clasificaciones, ó más bien, ejemplares muertos del museo; en vez de hombres que sienten y viven, estadísticas, códigos, historia, literatura, filosofía, en una palabra, palabras impresas, y, lo que es peor, palabras abstractas que de siglo en siglo se tornan más abstractas, y se alejan

---

poleón en Fontainebleau y en Elba, p. 243. (Diario de Sir Neil Campbell en la isla de Elba): "No he visto nunca ningún hombre, en condición alguna de la vida, con tanta actividad personal y tanta perseverancia en la actividad. Parece que encuentra su placer en el movimiento perpetuo y en ver á los que le acompañan, caer de fatiga, lo que le ha sucedido muchas veces ante mis ojos.... Ayer, después de haber estado en pié desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde visitando fragatas y trasportes, hasta el punto de bajar á los departamentos interiores entre los caballos, hizo en seguida una expedición de tres horas, á caballo, *para descansar*, según decía."

(1) El punto de partida de los grandes descubrimientos de Darwin es la representación física y circunstanciada que se hizo de los animales y vegetales *como vivientes y durante todo el curso de su vida*, á través de mil dificultades y bajo una dura concurrencia; esta representación hace falta al zóologo ó botánico vulgares, que no tienen en la mente más que preparaciones anatómicas ó herbarios. En todas las ciencias estriba la dificultad en figurarse en pequeño, por ejemplares significativos, el objeto real, tal como fuera de nosotros existe, y su historia verdadera. Claudio Bernard me decía un día: "Sabrémos fisiología cuando podamos seguir paso á paso una molécula de carbono ó de azoe, hacer su historia, relatar su viaje en el cuerpo de un perro, desde su entrada hasta su salida."

más y más de la experiencia, haciéndose, por lo mismo, más difíciles de ser comprendidas, menos usuales y más engañadoras, sobre todo, en materia humana y social. En este particular, por la extensión de los Estados, por la multiplicación de los servicios, por el encadenamiento de los intereses: el objeto, indefinidamente agrandado y complicado, escapa hoy por hoy á nuestra percepción: nuestra idea vaga, incompleta, inexacta, corresponde á él de un modo defectuoso, ó no corresponde del todo; en nueve espíritus entre diez, ó en noventa y nueve entre cien acaso, no es ella más que una palabra; por lo que hace á los otros, si quieren representarse efectivamente á la sociedad viviente, necesitan, aparte de la enseñanza de los libros, diez años, quince años de observación y reflexión para volver á pensar las frases de que tienen poblada la memoria, para traducírselas á sí mismos, y precisar y comprobar su significado, para dar á los vocablos más ó menos indeterminados y huecos, la plenitud y la exactitud de una impresión personal. Sociedad, Estado, gobierno, soberanía, derecho, libertad, estas ideas, las más importantes de todas, hemos visto ya cómo fueron desfiguradas y falseadas á fines del siglo XVIII; cómo, en la mayor parte de los cerebros, el simple razonamiento verbal las aparejaba en axiomas ó dogmas; qué descendencia engendraron estos simulacros metafísicos, qué de abortos no divideros y grotescos, qué de quimeras monstruosas y maléficas.—No hay lugar para una sola de estas quimeras en el cerebro de Bonaparte: no pueden formarse en él ó hallar acceso; su aversión á los fantasmas sin sustancia de la política abstracta, va más allá del desdén, llega hasta la repugnancia (1); lo que se llama ideología en ese tiempo, es al pié de la letra su *bestia negra*; le disgusta, no solo por cálculo interesado, sino, todavía más, por necesidad é instinto de verdad, como práctico, como jefe de Estado, acordándose siempre, como la gran Catarina, de "que trabaja, no sobre el papel, sino sobre la piel humana, que es cosquillosa." Todas las ideas que profesa sobre el particular, han nacido de sus propias observaciones, y tienen por comprobación, otras observaciones que hace por sí mismo.

Si le han servido los libros, es porque le han sugerido preguntas, y á estas preguntas no responde nunca sino por su experiencia per-

(1) Thibaudeau, *Memorias sobre el consulado*, 204. (A propósito del tribunado): "Hay por ahí doce ó quince metafísicos buenos para ser arrojados al agua. Son una especie de insectos que llevo en mis ropas."

Hé aquí como se ha encontrado competente en todo desde luego: general de artillería, general en jefe, en seguida diplomático, financiero, administrador en todas materias. Gracias á ese fecundo aprendizaje, desde el consulado hace presente tan rara circunstancia á los hombres de gabinete, á los antiguos ministros que le dirijen memorias. "Soy más viejo administrador que ellos (1); cuando se ha tenido que sacar de la propia cabeza los medios de nutrir, mantener, contener, animar con el mismo espíritu, cientos de miles de hombres lejos de su patria, pronto se penetran todos los secretos de la administración." En cada máquina humana que construye y maneja, percibe todas las piezas con un solo golpe de vista, cada cual en su sitio y en su oficio: los generadores de la fuerza, los órganos de trasmisión, los engranages sobrepuestos, los movimientos compuestos, la velocidad resultante, el efecto final y total, el producto neto; nunca es su mirada superficial y compendiosa; penetra en los ángulos oscuros y en los senos postreros, "por la precisión técnica de sus preguntas," con una lucidez de especialista, y de esta suerte, haciendo uso de una palabra de filosofía, en él la idea es *adecuada á su objeto*.

De aquí su gusto por los detalles: porque constituyen el fondo y la sustancia del objeto. La mano que no los ha cogido ó que los deja escapar, no retiene más que un saco vacio, una vana envoltura. Con respecto á ellos, la avidez de Napoleón, su curiosidad son "insaturables" (2). En cada ministerio sabe más que el ministro; en cada sesión sabe tanto como los empleados. "Hay sobre su mesa (3), estados de situación de los ejércitos de mar y tierra; él ha dado

(1) Mollien, I 348 (un poco antes de la ruptura de Amiens), 111, 16. "Al fin de Enero de 1809, quería ya que se le diese cuenta completa de la situación financiera hasta el 31 de Dicienbre de 1808.... Debiendo presentársele este trabajo dos dias después de su petición"—111, 434. "Un resumen completo del tesoro público para los seis primeros meses de 1812, estaba ante los ojos de Napoleón en Witepesk el once de de Agosto, once días después de la revolución de estos seis primeros meses. Lo que es verdaderamente asombroso es que, en medio de tantas ocupaciones y preocupaciones diversas.... conservase una tradición tan precisa de los procedimientos y métodos de las administraciones cuya situación y marcha quería examinar en unos cuantos momentos. Nadie podía excusarse bajo ningún pretexto de no responder, porque cada cual era *interrogado en su lengua*; sólo esta singular aptitud de jefe de Estado y la *precisión de sus técnicas preguntas*, puede explicar cómo podia mantener un plan tan uniforme, una igualdad tan notable en su sistema administrativo, cuyos hilos todos hacía que convergiesen á él."

(2) Palabra de Mollien.

(3) Meneval I, 210, 213—Roederer, III, 537, 545 (Febrero y Marzo de 1809).

el plan de esos estados, y se renuevan todos los meses;" ellos forman su lectura cuotidiana y preferida: "Tengo siempre presentes mis estados de situación. Carezco de memoria para retener un verso alejandrino; pero no olvido una sílaba de mis estados de situación. Esta noche voy á hallarlos en mi aposento, y no me acostaré sin haberlos leído." Conoce siempre más bien que las oficinas de los ministerios de guerra y marina, más bien que los mismos oficiales de estado mayor, "su posición" en mar y tierra, el número, tamaño y calicad de sus buques en conjunto y en cada puerto, el grado de adelanto presente y futuro de los buques en construcción, la composición y fuerza de la tripulación, la organización, el personal, el material, la residencia, el reclutamiento pasado y presente de cada cuerpo de ejército y de cada regimiento, tanto en materia de finazas, como en la diplomacia, en todas las ramas de la administración laica ó aclesiástica, en el orden físico ó el moral. Su memoria topográfica y su imaginación geográfica de los paises, de los lugares, del terreno y de los obstáculos, constituyen una visión interna que evoca á voluntad, y que, á través de largos años, revive en él tan fresca como el primer día. Su cálculo respecto á las distancias, marchas y maniobras, es una operación matemática tan rigorosa, que muchas veces, á doscientas ó trescientas leguas de distancia, su previsión de militar, dos meses anterior ó acaso cuatro, se verifica casi el día prefijado, precisamente en el lugar

Palabras de Napoleón: "En aquel momento era la media noche."—Ibid., IV, 55 (Noviembre de 1809). Leer el admirable interrogatorio que Napoleón hace sufrir á Roederer sobre el reino de Nápoles. Sus preguntas constituyen una vasta red sistemática y apretada, que envuelve todo el asunto y no deja ningún dato físico ó moral, ningún hecho útil fuera de su acción.—Ségur, 2, 231. M. de Ségur, encargado de visitar todas las plazas del litoral del Norte, había mandado su relación: "He visto todos nuestros Estados de situación, me dijo el primer cónsul; son exactos. Sin embargo, habeis olvidado en Ostende dos cañones de á cuatro." Y le designa el lugar, "una calzada detrás de la ciudad."—Era la verdad.—"Salí confundido por el asombro que me produjo que, entre los mil cañones situados en las baterías fijas ó móviles del litoral, no hubiesen escapado á su memoria dos piezas de á cuatro."—*Correspondencia*, carta al rey José, 6 de Agosto de 1806: "La buena situación de mis ejércitos proviene de que me ocupo de ellos todos los días una ó dos horas, y de que, cuando se me remiten cada mes los estados de mis tropas y de mis flotas, *lo que forma veinte gruesos cuadernos*, dejo cualquiera otra ocupación para leerlos minuciosamente, para ver qué diferencia existe de un mes á otro. Gozo más con esta lectura, que una joven con la lectura de una novela." Cadet de Gassicourt, *Viaje á Austria* (1809).

designado (1). Agregad á esta, otra facultad, la más rara de todas; porque, si su previsión se cumple, es porque, como los célebres jugadores de ajedrez, ha evaluado con precisión, además del juego mecánico de las piezas, el carácter y el talento del adversario, "la profundidad de su cala," y ha adivinado sus faltas probables; al cálculo de las cantidades y de las probabilidades físicas, ha añadido el de las cantidades y probabilidades morales, y se ha mostrado tan gran pisicólogo como consumado estratégico (2).

H. Taine.

(Continuará.)

---

(1) Bourrienne, II, 116, IV, 238: "Tenía mala memoria para los nombres propios, las palabras y las fechas; pero prodigiosa para los *hechos y las localidades*. Recuerdo que, yendo de Paris á Tolon, me hizo notar diez lugares propios para grandes batallas.... Era un recuerdo de los primeros años de su juventud, y me describía el terreno, me designaba las posiciones que hubiera ocupado aun antes de haber llegado al sitio de que me hablaba.... El 17 de Marzo de 1800, clavando alfileres en un mapa, muestra á Boourrienne el lugar donde piensa batir á Mélas; era en San Juliano. Cuatro meses después me encontré en San Juliano con su cartera y sus despachos, y esa misma tarde, en Torre de Gafalo, que dista una legua, escribí bajo su dictado, el Boletin de la batalla, (de Marengo).—De Ségur, II, 30 (Relato de M. Daru á M. de Ségur: el 13 de Agosto de 1805, en el cuartel general de las costas de la Mancha, Napoleón dicta á M. Daru el plan completo de la batalla contra el Austria). "El órden de las marchas, su duración, sitios de convergencia ó de reunión de las columnas, ataques á viva fuerza, movimientos diversos y faltas del enemigo; todo en este acto súbito estaba previsto á dos meses y doscientas leguas de distancia.... Los campos de batalla, las victorias y hasta los días mismos en que debiamos entrar en Munich y en Viena, todo esto fué escrito en los mismos términos en que tuvo su verificativo.... Daru vió todos estos oráculos cumplirse hasta nuestra entrada en Munich; si hubo algunas diferencias de tiempo, y no de resultados entre Munich y Viena, fueron á nuestro favor."—M. de la Valette, *Memoria*, II, p. 35, (Era director general de correos). "Me ha sucedido frecuentemente no estar tan seguro como él, de las distancias y de una multitud de detalles de mi administración, que él conocía bastante para aleccionarme."—Volviendo del campo de Bolonia, encuentra Bonaparte un pelotón de soldados extraviados; pregúntales el número de su regimiento, calcula el día de su partida, el camino que han tomado, el que han debido seguir, y les dice: "Encontraréis vuestro batallón en tal jornada."—Ahora bien, "el ejército era entonces de 200,000 hombres."

(2) Mme. de Rémusat, I, 103, 268.

ONDAS MUERTAS.

En la sombra, debajo de tierra,
Donde nunca llegó la mirada,
Se deslizan en curso infinito
Silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin sorprendidas,
Por el hierro que rocas taladra,
En inmenso penacho de espumas
Hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras, en densa tiniebla
Retorciéndose siempre resbalan,
Sin hallar la salida que buscan,
A perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos
Y en su espejo movible de plata,
Van copiando los astros del cielo
O los pálidos tintes del alba.
Ellos tienen cendales de flores,
En su seno las ninfas se bañan,
Fecundizan los fértiles valles,
Y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos
Juguetona y traviesa es el agua,
Como niña que en regio palacio
Sus collares de perlas desgrana.
Ya cual flecha bruñida se eleva,
Ya en abierto abanico se alza,
De diamantes salpica las hojas
O se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
Los peñascos abruptos asaltan;
Al moverse, la tierra conmueven
Y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible,
Allí es reina colérica el agua,
Como igual con los cielos combate
Y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
A perpetua prisión condenada,
La que vive debajo de tierra
Do ni yertos cadáveres bajan!
La que nunca la luz ha sentido,
La que nunca solloza ni canta,
Esa muda que nadie conoce,
Esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
Como ella, de sombras cercadas,
Sois vosotras también, las oscuras,
Silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
Nadie á veros benévolo baja!
Y muy hondo, muy hondo se extienden
Vuestras olas cautivas que callan.

Y si paso os abrieran, saldríais,
Como chorro bullente de agua,
Que en columna rabiosa de espuma
Sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
Sentiréis de la luz la mirada;
Seguid sienpre rodando en la sombra,
Silenciosas corrientes del alma!

MANUEL GUTIERREZ NÁJERA.

DOÑA MARINA Y HERNÁN CORTÉS.

(CONCLUYE).

III.

Cortés era casado; en cierta manera lo había olvidado él mismo. Pasada la conquista de la isla de Cuba por Diego Velázquez, conquista en la cual por su valor y arrojo se había distinguido mucho el joven oficial, se relacionó íntimamente con una familia oriunda de Granada, apellidada Juárez, y compuesta de una viuda, un mancebo y cuatro doncellas. El hijo, aunque el ampuloso Solís haya hcho de él un hidalgo, no era en realidad más que un aventurero, de quien Las Casas, tan moderado siempre, habla con algún desprecio. En cuanto á las hermanas, poseían merecida reputación de belleza. Cortés, cuyo corazón se inflamaba fácilmente, enamoróse de una de esas muchachas, llamada Catalina. Y aunque no se sepa con exactitud hasta qué punto llegó la intimidad entre ambos jóvenes, todo conduce á suponer que hubo por parte del galán promesa formal de matrimonio. Mas el asunto se fué aplazando; después el tiempo, "la razón," como dice un autor poco cortés, resfriaron y aun desvanecieron el amor; y el amante manifestó poco empeño de cumplir su promesa. Resistió no sólo á las instancias de la familia y amigos de la novia, sino también á las imperiosas exhortaciones de su jefe Velázquez, que enamorado á su vez de otra de las hermosas españolas, tomó á pechos ese negocio. La resistencia de Cortés le valió la enemiga formidable de su protector, y una serie de persecuciones que por poco comprometen su porvenir y su misma vida. Pero á la larga, cediendo sin duda á motivos de orden político, el joven capitán se resignó por fin á casarse con Doña Catalina, lo que produjo su reconciliación con Velázquez.

Esta unión, que fué estéril, no trajo la dicha. Había incompatibilidad de caractéres, y sobre todo, de educación. El amor, que al decir de los poetas, destruye las distancias, había desparecido hacía tiempo. Se ha hablado de odio, y solamente el padre Las Casas, entre los historiadores, ha creido que debía rechazar tal imputación. "Me afirmó Cortés un día, (ha escrito), que vivía tan dichoso con su mujer como si hubiera sido hija de duquesa." ¿Pero esta frase no es, por una parte, algo ambígua, y por otra no deja entrever el punto doloroso en cuestión? ¿Cómo no creer en la existencia del fuego, cuando los interesados en ocultarlo se esfuerzan por disimular el humo?

Durante los largos meses corridos entre la partida de los españoles de Veracruz y su instalación definitiva en México, ni Cortés ni sus compañeros parecen acordarse de que existía Doña Catalina, y acaso hubiera sido inconveniente sólo el nombrarla. Sabemos que la educación de la hermosa granadina dejaba mucho que desear, y la vulgaridad de sus maneras y aun de su lenguaje, lastimaba á la vez el orgullo y la distinción nativa del ambicioso á quien estaba unida. Fué, por tanto, nueva interesante para para todos la del arribo de Doña Catalina á Veracruz, á la que siguió inmediatamente su marcha para México, escoltada por Sandoval, el primero de los lugartenientes de su marido.

¡Qué dramas íntimos pasarían entónces, y qué luchas tendrían efecto en el ánimo y el corazón de Cortés! El altivo, imperioso y devoto castellano vióso colocado bruscamente en situación que su alto puesto hacía harto espinosa; y el hombre de resoluciones súbitas, irrevocables, debió tener en tal coyuntura prolongadas vacilaciones, y no se ha de haber resignado sino temblando de cólera. No sólo Doña Catalina le era indiferente en esta época, sino que en realidad la aborrecía (lo afirma Bernal Díaz), pues no podía recordar sin despecho y acaso sin ira, la coacción moral á que había cedido cuando se casó. Además, en el inopinado arribo de su mujer, Cortés no veía una prueba de ternura conyugal, sino la suprema venganza de su jefe Diego Velázquez, que exasperado por una parte con los repetidos actos de rebelión de su subalterno, y por otra con su inaudita fortuna, no retrocedía ante ningún medio para causarle daños. De consiguiente, ciego instrumento del odio de Velázquez, fuerte con su título de legítima esposa, Doña Catalina venía á re-

clamar el puesto, el rango, los honores que le eran debidos. Cortés, sin atraer sobre sí las iras de la Iglesia, iras que en su robusta fé no hubiese osado provocar ni afrontar, no podía dejar de conceder á Doña Catalina la posición de que gozaba indebidamente, aunque con entera seguridad, la pobre Marina. En esta vez, á pesar ó más bien á causa de su viva inteligencia, la hermosa india no iba á comprender nada de los acontecimientos que se preparaban, del desastre que iba á destruir su felicidad y á amargar su existencia.

Doña Marina, que había recibido con gran pompa el bautismo, era cristiana ferviente. No obstante, si la apasionaba su nueva religión por su moral de esencia femenina, esto es, de absoluta abnegación, muchos dogmas que le habían explicado debían parecer bastante oscuros á su entendimiento. ¿Qué sabía en el fondo, por ejemplo, acerca del matrimonio cristiano? Procuremos, en este punto, darnos cuenta de sus sentimientos.

Si la poligamia existía entre los aztecas, no era permitida más que á los nobles y soberanos, y aún esto con ciertas restricciones. Así es que solamente la primera mujer tenía derecho á las ceremonias nupciales. Las que venían en seguida no eran sino concubinas legales, para emplear la expresión consagrada. Ahora bien, si Doña Marina se consideraba como mujer legítima de Cortés, también sabía que, gracias al Dios de los cristianos, no podía tener ninguna rival. ¿No había visto tantas veces al capitán, cuando le ofrecían los aliados sus hijas, rechazar con vehemencia esos ofrecimientos, declarando vivamente que su Dios no permitía que un hombre pudiese tener varias esposas? ¿No era ella la que, feliz con llevar tales mensajes, era encargada de explicar á los ambiciosos que deseaban unirse al conquistador, la invencible razón por que rehusaba la honra que intentaban tributarle? ¡Con qué alegría íntima trasmitía Marina esas respuestas á los interesados, y cómo adoraba á ese Cristo para quien la esposa única por siempre de Cortés, era ella, Marina! Porque se creía realmente casada ¿y cómo no lo hubiera creído?

El padre Olmedo, que la había bautizado, ¿no la trataba en todas ocasiones como á esposa de Cortés, y no reprobaba constantemente la poligamia? En los dos años empleados en caminar, combatir y tratar, ya fuese en los llanos, en los montes ó en las ciudades, el celoso misionero, cada mañana, había improvisado un altar y celebra-

do la misa. ¿Y no era ella la que, arrodillada junto á Cortés enfrente de ese altar, había recibido diariamente las bendiciones del sacerdote? ¿No la había éste felicitado cien veces por su celo en conquistarle neófitos? ¿No era él quien había bautizado al hijo del héroe, dándole por nombre y apellido los de su padre?

Así pues, ¡qué grito desesperado exhalaría la garganta de la pobre mujer, qué noche profunda se haría en su alma, cómo quedaría desgarrado su corazón cuando le anunciaron,—¿y quién llevaría esta espantosa noticia?—que Cortés era casado, y que su mujer legítima, única, iba á llegar á México! La noble criatura no creyó acaso de pronto lo que oía; debió acudir á su amante, que procuró no verla, y en seguida al padre Olmedo. ¿Qué pudo haberle dicho ¡ay! que probase que hasta entónces no había sido víctima de una mentira? ¡Ella tán confiada, cuán despreciables miraría á los que la habían engañado, ó lo que venía á ser igual, dejado en la ignorancia de la verdad! Qué cartas conmovedoras leeríamos ahora si la desdichada hubiera sabido escribir! Qué patética relacion tendríamos, si el sacerdote á cuyos piés se arrojó abrumada por el dolor hubiera anotado sus quejas, sus sollozos! ¡Cómo se siente que son abrasadoras las lágrimas que virtió la infortunada, y cómo, pensando en ellas, esas lágrimas harían fácilmente derramar las nuestras, por la simpatía dolorosa que inspiran los grandes sufrimientos, sobre todo cuando son inmerecidos!

Por dulce y tierno que en el fondo fuese el carácter de Doña Marina, sabemos que su alma era viril. Así es que, pasada la primera sorpresa, la primera explosión del pesar, el sentimiento de la mujer herida en sus afecciones fué un sentimiento de rebeldía. ¿Pues qué, ella, la autora de la fortuna de ese extranjero al cual había sacrificado su belleza, su juventud, su amor, tenía necesidad de retirarse ante otra mujer, súbitamente aparecida? Debió saber probablemente Doña Marina que la otra era aborrecida, y que ella sola, en realidad, era amada. Entónces, ¿porqué se la condenaba á desaparecer, y qué extraño papel hacía Cortés en este drama? ¡Había sabido engañarla, y no sabía defenderla! Una vez aún, por inteligente que fuese, había en todas estas aventuras consecuencias y problemas nacidos de una civilización que la joven ignoraba en parte, y lo que le decían, lejos de persuadirla, no podía menos que parecerle falso, inconciliable, irracional. Tuvo indudablemente horas

de cruel agonía viendo á su alrededor que permanecían mudos sus amigos, su amante mismo. Y sin que nadie osara consolarla, vió hundirse su dicha, que había creído eterna, y con su fortuna, ligada estrechamente á su hijo, desvanecerse todas las ilusiones de su mente y de su corazón. En su desamparo, acaso creyó que el Cristo, el Dios que había adoptado con entusiasmo y en nombre del que le hablaban, se hacía también cómplice de los embustes de los hombres.

Pero no; la idea cristiana permaneció potente y entera en el alma de la desdichada, y sirvió para aliviar sus penas. El padre Olmedo, poco á poco, logró calmar los arranques de esa alma lacrada invocando la felicidad de Cortés. Someterse, separarse de él, era arrebatarle al pecado, volver la paz á su conciencia, ayudarla á reparar una falta que podía cerrarle las puertas del cielo. Explicó á la pobre india cómo Doña Catalina, aunque aborrecida, tenía derecho al primer puesto que reclamaba; hizo considerar á Marina sus desgracias como feliz expiación de sus debilidades. ¡Expiación! ¿pero qué falta había pues cometido amando á Cortés, á quien creía libre como lo era ella, secundándolo en sus empresas, implorando su piedad para el vencido? ¿Por qué venir tan tarde á hablarle de virtudes, de sentimientos, de deberes que no le habían enseñado, á presentarle los placeres como crímenes, á suscitar remordimientos por acciones antes aplaudidas? ¿Por qué Cortés, por qué el sacerdote que sabía la verdad, la habían disimulado? En suma, la luz aclaraba apenas en el espíritu de la seductora mujer, todos esos puntos tenebrosos. Lo que bien comprendió ¡ay! es que Cortés la abandonaba, que la dicha en la tierra es fugitiva; y probablemente repitió los versos del rey poeta de su país, que dicen: "Los placeres, los honores, las riquezas de esta vida no son más que apariencias, y no las tenemos más que prestadas...... No hay en la tierra nada real, nada estable, el porvenir transforma todo."

Sí, todo lo transforma el porvenir, y las cosas de la tierra no son más que vanidad; el poeta rey de los alcolhúas, en esas célebres estrofas, ha pensado y hablado como el rey hebreo, como el Eclesiastes. Doña Marina tenía apenas veinte años, y sacrificada en su infancia por ambiciosos, de princesa se había trocado en esclava. Ahora, después de algunas sonrisas de la fortuna, he aquí que pierde un cetro, lo que le importa poco; pero á la vez pierde al hombre

que amaba, lo que está á punto de costarle la vida. La dulce joven, tras esta prueba, se vuelve hacia su hijo, queda asegurada de que el nombre que lleva no le será quitado, y busca alivio á su inconsolable pena junto á esa cuna.

Doña Catalina entró con gran pompa en México, y sin duda por razón política, fué bien acogida por su marido. Instalada en el palacio que habitaba, á ella se dirigieron los homenajes que todavía la víspera recibiera Doña Marina. De ésta, doliente, abandonada por su ingrato amigo, ni una palabra más en los historiadores españoles, el mismo Bernal Díaz permanece mudo. Van á apoderarse de Doña Marina las tradiciones y las leyendas, más de una balada cuenta los padecimientos, la desesperación, las querellas discretas de la infortunada que, pudiendo derribar el trono que había levantado, sufre el mal y no vuelve más que el bien.

Cuando Cortés cedía á los escrúpulos en que tenían realmente más parte la política y la ambición que el interés y el deber, la opinión pública, que estaba del lado de Doña Marina, disponíase á vengarla de la ingratitud de su amante. Doña Catalina, cuya salud está quebrantada hace tiempo, no puede soportar el aire enrarecido de la gran mesa mexicana, y no tarda en sucumbir. Esta súbita muerte parece extraña; se recuerda inmediatamente que los esposos estaban separados por antiguas disenciones, y la calumnia saca de ello pérfidas consecuencias. Es acusado Cortés, primero sordamente, luégo de un modo ostensible, de haber preparado y apresurado la muerte de su mujer. Tuvo conocimiento de esas acusaciones, y juzgándolas, con noble orgullo, demasiado infames para que se las creyese verdaderas, las despreció. Erró en esto, porque la calumnia pasó los mares, motivó una larga averiguación, y todos los historiadores del heroe en la actualidad lo justifican. En ese presunto crímen, que parece debía servir á los intereses de Doña Marina, no llegó á mezclar la calumnia el nombre de ésta, tan grandes así eran la simpatía y el respeto que inspiraban su persona y su carácter.

IV.

La muerte de Doña Catalina, á que siguió prolongado duelo oficial, no produjo la renovación de las relaciones entre Cortés y Doña Marina. La hermosa india no recuperó el puesto que tanto tiempo había ocupado cerca del heroe; y si en esto entraron las conveniencias sociales, no fué extraño al asunto el carácter voluble del conquistador. Además, en esta vez, la ambición desempeñó el papel preponderante. Lleno de gloria, disponiendo de las rentas de un grande imperio, preparábase Cortés á volver á España para recoger los aplausos y los honores á que tenía derecho muy merecido. A los treinta y cinco años, había llevado á remate la conquista de varios reinos y según la aguda frase que le atribuye Voltaire, había dado á su patria sin pedirle auxilio alguno "más provincias que ciudades poseía antes de él." Más al punto y hora en que el conquistador pensaba embarcarse, supo de improviso que Cristóbal de Olid, el subalterno á quien había encargado la pacificación de Honduras, acababa de declararse independiente, á instigación del rencoroso Diego Velázquez. Era esto un acto de audacia que, según debía saber perfectamente Olid, el capitán no podía dejar sin castigo.

Persuadido de que pronto concluiría con esa revuelta, púsose Cortés en camino para Tabasco y llamó á Doña Marina. Había muerto ya el diácono Aguilar, y el conquistador, como en pasados tiempos, iba á necesitar los consejos y los conocimientos de su inteligente intérprete, nacida justamente en el país que debían recorrer como base de sus operaciones. Acudió Doña Marina; pero apenas se pusieron en camino los antiguos amantes, cuando un clamor de reprobación se alzó en México, y circularon con nueva intensidad las insinuaciones, las acusaciones tocante á las causas de la muerte de Doña Catalina. Sabido esto por Cortés, y queriendo acallar la malevolencia y la envidia, recurrió á un expediente inesperado. Llegado que hubo á Orizaba, hizo casar repentinamente á Marina con uno de sus oficiales, el grave Don Juan de Jaramillo; hecho imprevisto que nos refiere en dos renglones, sin comentarios, Bernal Díaz del Castillo.

Ese enlace realizado de un modo tan brusco, ha preocupado naturalmente á los historiadores, que no han podido explicarlo de una ma nera satisfactoria. ¿Cómo pudo Marina, que amaba tiernamente á Cortés, prestarse á tal enlace, y cómo Don Juan de Jaramillo, hombre preeminente, al decir de Bernal Díaz, y que ocupó más tarde elevados empleos, pudo por su parte consentir en casarse con la amiga amada todavía por su capitán? Gomara habla de una sorpresa; según él, hicieron beber á Jaramillo, aserción que indigna á Bernal sin arrancarle la verdad. Esta verdad es ahora sencilla, transparente. Doña Catalina había muerto de un modo repentino, por la noche, cerca de su esposo; y éste había sido denunciado á la inquisición como envenenador de su mujer, cuya existencia le impedía el casarse con Doña Marina. Una averiguación instruida en secreto, se hizo sobre ese hecho en México, por orden de la corte de Madrid. Don Juan de Jaramillo se sacrificó por su jefe, á quien amaba. En cuanto á Marina ¿no estaba siempre pronta á todo género de sacrificios? Su casamiento impuso silencio á los calumniadores; hacía de la muerte de Doña Catalina un crimen enteramente inútil.

La vana y loca expedición de Honduras, que Cortés no creía fuese tan laboriosa, duró casi dos años. El rumor de que el héroe había perecido en las selvas impenetrables de Tehuantepec fué creído de tal suerte en México, donde no se recibían noticias de su mano, que sus propiedades y las de los oficiales que le acompañaban fueron vendidas. Al atravesar el corto ejército la provincia de Goatzacoalco, fué cuando Marina se encontró con su madre y hermano, convocados por Cortés á título de grandes feudatarios de la corona. Y entonces fué cuando ella se vengó del pasado haciendo que se les asegurasen los bienes y el rango que le habían usurpado. Con ocasión de rasgo tan noble y digno, nos habla Bernal Díaz por última vez de la hermosa india,

Al volver de su estéril campaña, se embarcó por fin Cortés para Europa y se dirigió á Madrid. Allí, colmado de honores por Carlos V, casó con Doña Juana de Zúñiga, sobrina del célebre duque de Béjar. El conquistador, embriagado con la acogida entusiasta de sus compatriotas,—"andada por donde quiera aclamado y festejado como rey,"—volvió en breve á México, en compañía de su joven esposa, á fin de proceder á nuevas conquistas. Por grande que

fuese su ambición, por elevado que fuese su orgullo, debía estar satisfecho.

¿Y Doña Marina? La dulce mujer parece que no es ya de este mundo; y los que estudian la vida de Cortés se admiran, se entristecen de no verla á su lado á la hora del triunfo. ¿No le debe en parte la fama que ha conquistado, los honores que se le prodigan, la fortuna que ha adquirido? Durante su vida, que fué larga y que acabó en las amarguras del olvido, no se ve jamás al heroe preocuparse de la que hizo de él un grande de España, y que hubiera debido, á su vez, honrarla y hacerla honrar.

Admirable Don Quijote, completo caballero andante bajo tantos aspectos, Cortés, preciso es confesarlo, no lo fué en lo que mira á la fidelidad á Dulcinea. Esto es sensible, y bajo la ruda corteza del guerrero, bajo la afabilidad del galán, bajo el ardiente fervor del cristiano, quisiéramos contemplar más ternura, más reconocimiento, más alma. ¿Quién, por ejemplo, no hallaría original, digna de sus altos hechos, la página que mostrara al heroe á su vuelta á España llevando consigo á Doña Marina? Aún más que Doña Catalina (se dirá) la hermosa india hubiérase visto cohibida en la corte. ¿Quién sabe? Ciertamente, si hubiesen querido aprisionar su cuerpo flexible bajo un guardainfante, en la tiesura de las telas de brocado, entonces de moda, se hubiera disminuido la gracia felina de la joven. Pero presentándose garbosamente, bajo los pliegues armoniosos del pintoresco traje de su provincia, ¿cuál no habría sido el efecto que produjera la seductora india? La expresión voluptuosa de sus ojos, su amable sonrisa, su andar cadencioso, ondulante, fascinador, le hubieran ganado todas las voluntades. No olvidemos que, viva, discreta, valiente, no era en ningún modo inferior, á lo menos en la educación moral, á las mujeres españolas de la misma época; siéndole además familiar la lengua castellana. Repitámoslo: Cortés, al presentarse en la corte de Carlos V, altivamente apoyado en Doño Marina, parecería más grande aún que casado á la noble sobrina del duque de Béjar, y haría por cierto mejor figura en la historia.

Dejemos este devaneo. Doña Marina, dolorosamente resignada, ¿vió llegar y reinar á la segunda y brillante mujer de Cortés? ¿Vió á aquel que nunca dejó de amar, á quien jamás dirigió un reproche, pasar triunfante á su lado sin reconocerla? Cuestiones son éstas á que

no puede contestarse de un modo preciso. Lo cierto es que la joven vivió en el retiro, alejada de la pequeña corte de la cual había sido un momento soberana, y que después volvió á su país.

Aunque sepamos bien que los que sufren son importunos para los dichosos, desearíamos que hubiese excepciones; el completo abandono de Cortés pesa sobre su memoria. Nadie perdona al ambicioso que sacrificó tantas vidas humanas, el haber arrojado en la desolación ese corazón de mujer, el haberse manifestado ingrato. Todos sus historiadores le justifican calurosamente de la muerte de Doña Catalina; ninguno ha alzado la voz para disculparle por el abandono de Doña Marina. Sin embargo, uno de ellos, uno solo, hace una alusión de desagrado respecto del matrimonio de la joven, que los escritores mexicanos no han aceptado sino como un sacrificio, puesto que jamás habitaron juntos ambos esposos.

Por otra parte, el silencio que reina tocante á Doña Marina, que deja incierta su existencia hasta la época de su muerte, prueba en qué profundo y modesto retiro continuó viviendo. Casada con un caballero, teniendo por amigos á todos los oficiales de Cortés, quienes tanto como su jefe le debían en parte su fortuna, el olvido no hubiera envuelto de tal suerte á la bella joven, si no lo hubiese buscado voluntariamente. He hablado antes de La Vallière, y en verdad puede compararse á la humilde Sor Luisa de la Misericordia, en los últimos años de su vida, teniendo en cuenta la diferencia del medio social. Difieren las circunstancias, pero el corazón es el mismo; donde quiera existen los propios instintos, y en punto á amor, donde quiera le hacen sangrar y padecer las mismas heridas.

En suma, el olvido no ha logrado borrar la huella de la amada del conquistador de México, como no ha conseguido borrar la huella de La Vallière, y Doña Marina se encuentra ahora tan viva, más viva quizá que Cortés. Su belleza, su gracia, su amor, su humanidad, la han hecho inmortal. ¡Cuántos versos españoles la celebran, ensalzando sus nobles cualidades, su desinteresado amor, su expiación y su heroísmo! ¡Cuántas leyendas indígenas nos la muestran tierna, caritativa, pronta al sacrificio! Su sombra, en las partes de México donde ella ha pasado, se cierne sobre las fuentes y manantiales, se presenta á la entrada de las grutas, sonriente, llenas de flores las manos. Es flor ella misma, es ave, es brisa, es perfume, es murmurio. ¿Qué indio, á la hora del crepúsculo, no la ha visto en la

cumbre de una colina, en medio de los rayos del sol levante ó poniente, ó bien errando bajo la sombra de cedros seculares que la contemplaron en otro tiempo? Es figura amable, benéfica, cuya aparición á nadie amedrenta, pues no se presenta á los felices sino para sonreirles, á los desdichados para consolarlos. En las sinuosidades de la cordillera, cerca de la montaña que lleva su nombre, es donde le agrada vagar y aparecerse.

Al decir de los que creen haberla visto mejor, está todavía ataviada con su *huepil* blanco, bordado de hilos rojos, que deja adivinar sus formas puras; adornan también rojas orquídeas las trenzas de su abundante cabellera. A veces se halla sentada en una roca, deshojando rosa-musgos,—esas flores tan queridas por los indios,—cerca del agua corriente; á veces está de pié en una eminencia, y sus cabellos esparcidos flotan á impulso del viento. Pero sobre todo, lo repito, en los vapores del alba, entre el oro, el nácar, la púrpura y el ópalo que tiñen el cielo cuando va á salir el sol, ó en los celajes deslumbradores que siguen al ponerse, vienen á buscarla los que la imploran. No es hada, no es ondina, no es driada; es alma en pena que visita los sitios donde ha amado y padecido. Es la gracia, el encanto, la bondad, la poesía, la ternura, la constancia; y no es poco elogio para una indígena el que le diga su amante que es dulce, bella y graciosa como lo fué Doña Marina.

Tornemos á la prosa, esto es, á la estricta verdad histórica. La bella querida de Cortés es, indudablemente, lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos, la más interesante figura de mujer del Nuevo Mundo, donde son raras las heroínas. Hay en esa fina silueta, si no en lo moral, en lo físico, una vaguedad, unas medias tintas, que más bien se deben á la falta de pormenores que al tiempo transcurrido. Al revés, el carácter á la por enérgico y dulce, tierno y apasionado de la seductora india, se acentúa con toda claridad. He dado á la historia de Doña Marina la precisión compatible con la verdad; pero el medio extraño en que se agita, y señaladamente el traje poco conocido y difícil de describir con que la he presentado, dañan más que ayudan á la justa visión de su gracia y de su persona, sin que esto pueda tener remedio. En resúmen, por atrevida que sea la obra de restauración que he procurado realizar, ha llegado la hora de intentarla. El mundo marcha; transforma y borra constantemente el pasado. Unos cuantos años más

y será imposible señalar, en el hecho de la conquista de México, ese elemento obligatorio de todos los grandes acontecimientos humanos, desdeñado por completo en el presente caso: la mujer.

Son desconocidos el lugar y la fecha de la muerte de Doña Marina; pero todo prueba que murió joven. Ignoró sin duda las tristes decepciones de Cortés en su segundo viaje á España, cuando la corte y la nación se ocupaban de Pizarro y apenas se acordaban del que le había enseñado el camino. En 1562, época en que Don Martín Cortés, con sus hermanos de legítimo nacimiento, fué acusado de querer cambiar la forma de gobierno de la Nueva España y sometido á la tortura, no aparece Doña Marina. Si hubiera vivido aún en ese tiempo, (no tendría entonces más que sesenta años), la noble mujer, en defecto de Cortés ya muerto, hubiera acudido á defender al hijo de sus entrañas. Hubiera recordado á los verdugos que la sangre que corría por las venas del que injustamente martirizaban, era la sangre de dos seres que habían dado á España todo un mundo; ¡la sangre de Hernán Cortés, y de su tierna y heroica amiga, Doña Marina!

LUCIANO BIART.

(Trad. para "La República Literaria" por M. Coronado).

EN UN RETRATO.

Adios! Adios! La suerte lo ha querido!
Si se borra mi nombre de tu mente,
también, también sepulta en el olvido
la pobre imagen de tu amigo ausente.

RICARDO PALMA.

LA VENTANA.

CONCLUYE.

CANTO III.

La vieja, esa ave inmunda de rapiña,
Buscaba diligente
Un libertino de alma delincuente
Que comprara la honra de la niña,
Pagándola en un precio conveniente.

¿Angel de la pureza,
No sientes resbalar por tus mejillas
Lágrimas de tristeza,
Al mirarla vender en su vileza
Lo que adorar debiera de rodillas?

Habría sido la pesquisa ociosa
Si aquella infame anciana
Buscado hubiera una alma luminosa
Llena de amor y caridad cristiana,
Un sér que, puesto en Dios el pensamiento,
Alargara la mano al que perece,
Y diera, sonriéndose, al hambriento
Ese pan que alimenta y no envilece.
Pero buscaba un sér degenerado
Que supiera ensañarse en los que gimen
Y halló muy pronto su ideal soñado:
¿No es la miseria cómplice del crimen?

¿Por qué si es la virtud hermosa y buena
Hay quien pierda con gozo cuerpo y alma
Por llenar á los ángeles de pena
Conquistando del mal la odiosa palma?

¿No es cierto que está llena de amargura
La senda que recorre la inocencia,
Y que sólo se sufre la existencia
Levantando los ojos á la altura?

La vieja encuentra un hombre
De edad madura, impuro y crapuloso,
Que es imposible que ame;
Pero busca el amor libidinoso,
Y con el oro compra generoso
Ese derecho vil de ser infame.
Ella sabe halagarlo inteligente,
Prometiéndole espléndidas delicias,
El paga esa vileza regiamente,
Y se avienen. Consorcio de inmundicias!
Aquel pacto de infamia están haciendo
Sin lanzarse á sí mimos ni un reproche,
Y por fin, se despiden, repitiendo,
Con sonrisa halagüeña: "hasta la noche!"

La sombra por doquier envuelve al mundo
Como un inmenso paño funerario;
Es el silencio lúgunbre y profundo,
Toque de ánimas lanza el campanario.
Del triste bronce al escuchar la queja
Piensa María en los despojos yertos
De aquellos séres que la muerte aleja
Y murmura: "recemos por los muertos!"
Y se estremece de pavor la vieja.
En éxtasis de horror y de misterio
Siente que, en ella la mirada fija,
Se alza la madre allá en el cementerio
Para pedirle cuenta de su hija.

Reza la niña con murmullos tiernos
Y es su oración un cántico inefable,
Reza también la vieja miserable
Con ronca voz que alegra á los infiernos.

Alimentos frugales
Luego van á tomar las dos, pensando
La una en sus ensueños celestiales,
La otra en su traición aterradora;
Y, en momento fatal, la mano aleve
Vierte en el agua que la niña bebe
Un frasquillo de láudano, traidora.
Y no tembló al vertelo; pero tiembla
Y da diente con diente
Cuando la pobre niña el vaso toma......
Nada sospecha......bebe lentamente......
Al fin venció el reptil á la paloma.

¿Por qué el ángel de guarda
No aplasta ese reptil con ceño adusto?
¿La compasión divina por qué tarda?
¡Quién sabe......! Dios es justo!

Luego María siente
Una sombra pasar por su mirada,
Quiere moverse, hablar; inútilmente,
Por un sopor extraño dominada,
Perdiendo los sentidos de repente,
Se reclina en la mesa aletargada.

Con ansia indefinible
Su verdugo la ve quedar rendida,
Y sigue contenplándola en seguida
Con la expresión de una esperanza horrible.
Y logra levantarla con trabajo
Y la lleva á su lecho en su porfía,
Osa imprimir un beso en su faz bella......
Y con gozo terrible, detrás de ella,
Judas, entre la sombra, sonreía.

Y la vieja en redor, con sobresalto,
A nadie ve, la calma la rodea......
¡Y, empero, allá en lo alto, allá en lo alto,
La divina mirada centellea!

Las horas pasan, tristes, silenciosas,
Ni una luz en la tierra ni en el cielo,
Y la noche sus alas tenebrosas
Bate en la inmensidad con mudo vuelo.
La sonora campana
Da las diez; á su lúgubre tañido
Presurosa levántase la anciana
Y espera con el pecho estremecido.
Su cómplice infernal tardar no puede
Segura es su venida.
Es preciso acabar, y que no quede
Incompleta la hazaña maldecida.

Con el oído atento á los rumores,
A cada instante su impaciencia crece,
Duda, teme, se asombra,
La soledad la espanta, y se estremece
Con la silueta de su misma sombra.
Y siente angustia inmensa,
Frío sudor la baña,
Y en esas horas de amargura intensa
Sólo el remordimiento la acompaña.
Y crece su demencia de repente,
La aterran espantosas fantasías,
Y comienza á escuchar voces sombrías
Que en su conciencia rugen sordamente.
En vano, en vano quiere orar su boca,
No encuentra amparo que su mal mitigue,
Y entonces siente que, si sola sigue,
El infinito horror la vuelve loca.
Y aunque la aterra ver en ese instante
A la que vende en su traidor intento,
Huyendo de sí misma, palpitante,
Se lanza de la niña al aposento.

Llega y, al verla, de pavor delira,
Raya en locura su tremendo susto......
La bujía cayó, y la luz espira,
Sombra, misterio, horror....nada se mira......
Quién sabe......! Dios es justo!

Suenan las doce, y, cuando muere apenas
El eco de las tristes campanadas,
Se oye en las calles solas y serenas
El cercano rumor de unas pisadas.

Por fin entre las brumas se divisa
Un bulto más visible á cada instante,
Verle permite ya luz indecisa,
El es, el comprador, paso adelante!
Al llegar á la puerta
Se detiene, temblando de esperanza,
La empuja, se halla abierta,
Y conmovido avanza.

En ningún aposento
Mira luz y sonríe dulcemente
Y á gozar ya se apresta;
Le reciben allí discretamente,
Será alegre la fiesta!
Avanza en la tiniebla, espera en vano
Que alguien venga á alumbrarle en su camino,
O al menos le conduzca de la mano
Hasta el punto final de su destino.
Impaciencia al fin siente,
Y acaba por sentir cierta pavura.
Al ver que le rodean solamente
Hondo silencio y lóbrega negrura.

El espanto le aqueja con violencia,
Que si en el alma el crimen aparece
Más lúgrubre en la sombra resplandece
El lívido fulgor de la conciencia.
Y siente flaquear, desfallecido,
Sus sentidos escasos,

Y tiembla al no escuchar ningún ruido,
Y tiembla al eco de sus propios pasos.
Aquella extraña situación le espanta,
Y, dudar no queriendo, luz enciende,
Y con incierta planta
En busca del misterio el viaje emprende.
Avanza, más y más amedrentado,
Ve á la vieja en el suelo desplomada,
Y, al tocarla azorado,
La encuentra desmayada.

Ve en su lecho á María,
Que, bella como nunca,
Radiante de hermosura aparecía.
Presa de anhelo vago,
A besarla en la frente llega impío;
Pero, en vez de gozar inmenso halago,
En ella de las tumbas siente el frío.

Cuán bella estaba; pero inmóvil, yerta......!

Al mirarla otra vez, horrorizado,
Siente arder su cerebro fascinado......
La niña estaba muerta!
Sí, muerta, libertada
De la humana maldad, por siempre pura;
¡Con qué santa hermosura
Resplandece su frente inmaculada!
Cuando una alma en que el crimen se refleja
Quiso hundirla en el fango de la vida,
Más piadoso el veneno, que la vieja
Le dió la libertad apetecida.

Cuando pensó mancharla
Aquel hombre en su impúdico destino,
Con majestad inmensa á consagrarla
Augusto el beso de la muerte vino.
Atrás, no la toqueis! La tuvo enferma
La nostalgia de un mundo más risueño.
¡Silencio, basta ya, dejad que duerma
Y que alegren los ángeles su sueño!

Mucho tiempo ha pasado, y todavía
Aparece flotando en mi memoria,
Radiante de sublime poesía,
La infeliz heroína de mi historia.
Recuerdo cual la ví, por la ventana,
En su lecho de muerte; parecía,
Soñando con gentil melancolía,
Rosa marchita en su primer mañana.
¿Y el comprador infame? En él despierta,
Al mirar el castigo, un santo anhelo;
Porque sintió que el cielo
Le hablaba por la boca de la muerta.
Entra á un convento, en soledad y olvido
Doliente deja que sus años corran,
Y á Dios pide perdón arrepentido.
El llanto y la oración todo lo borran.

Pierde la anciana el juicio,
Y nunca cesa su horroroso espanto,
Y no le queda en su fatal suplicio
Ni el consuelo dulcísimo del llanto.
Cuando quiere calmar sus aflicciones
Orando, ve fantasmas sepulcrales,
Siente que á sus blasfemas oraciones
Responden risotadas infernales.

Y María en el cielo, hunde su alma
En un piélago inmenso de ventura,
Sus manos llevan la gloriosa palma
Con que Dios recompensa la amargura.
Vuelve á hallar de sus padres los amores,
Ya el temor de perderlos no la aterra;
Se asoma algunas veces á la tierra
Y se estremece al ver tantos dolores.
Lágrimas no me arranca su recuerdo,
La miro luminosa en lontananza,
Y, cuando algunas veces la fé pierdo,
Pensando en ella, pienso en la esperanza.

Si por una ventana supe un día
Esa historia que siempre me extasía
Y que mi mente en recordar se ufana.
¿Cómo olvidar podría
En mis sueños de luz esa ventana?

ANTONIO ZARAGOZA.

ENVIDIA.

En el cáliz de la rosa
se ha pasado temblorosa,
una gota de acuático cristal;
y otra perla que un querube
desprendiera de la nube,
á mórir vá sin agravio
en tu lábio
virginal.

Quien me diera, flor divina,
ser la gota peregrina
del lijero rocío matinal,
que ha vivido un solo instante
acariciada y amante,
entrè la sonrisa loca
de tu boca
de coral

RICARDO PALMA.

NAPOLEON BONAPARTE.

(CONTINÚA.)

Efectivamente, nadie le ha aventajado en el arte de desentrañar los estados y los movimientos de un alma y de muchas almas, los motivos eficaces, permanentes ó momentaneos que empujan ó detienen al hombre en general, y á tales y cuales hombres en particular, los resortes sobre los cuales se puede obrar, y la especie y grado de presión que debe ser empleada. Bajo la dirección de esta facultad central, obran todas las otras, y en el arte de dominar á los hombres, encuéntrase soberano su espíritu.

No hay facultad más preciosa para un ingeniero político, porque las fuerzas que emplea, no son nunca sino pasiones humanas. Mas ¿cómo, sin adivinar, penetrar las pasiones, que son sentimientos íntimos, y cómo, si no es por conjeturas, calcular las fuerzas que parecen escapar á toda medida?—En este terreno oscuro, difícil, donde no se puede marchar sino á tientas, opera Napoleón casi con seguridad, incesantemente, comenzando por sí mismo. Efectivamente, para penetrar el alma agena, es preciso comenzar por comprender la propia. "Me ha agradado siempre el análisis,—decía un día—y si me enamorase de un modo serio, descompondría mi amor pieza á pieza. El por qué y el cómo, son preguntas tan útiles, que nunca pueden prodigarse demasiado." Ciertamente, escribe un testigo, "es el hombre que ha meditado más sobre las causas que rigen los acontecimientos humanos." Su procedimiento, que es el de las ciencias experimentales, consiste en comprobar toda hipótesis ó deducción por una aplicación precisa observada en determinadas condiciones. Determinada fuerza física encuéntrase por este medio demostrada y medida exactamente por la desviación de una aguja, por el ascenso ó descoloración de un líquido; determinada fuerza moral invisible, puede ser de la misma manera comprobada y aproximativamente medida por su manifestación sensible, por una prueba decisiva, que es una palabra, un acento, un gesto. Estas palabras, estos gestos y estos acen-

tos los recogía él, traduciendo los sentimientos íntimos por su expresión exterior. Figúrase el interior por el exterior, por la fisonomía característica, por la actitud parlante, por tal ó cual escena abreviada y típica, por ejemplares y modelos tan bién escogidos y de tal manera circunstanciados, que resumen el indefinido grupo de las cosas análogas. Por este medio, el objeto vago y fugitivo encuéntrase respentinamente sorprendido, encerrado y pesado como un gas impalpable que se mantiene encerrado en un tubo graduado de cristal trasparente.—Por tal motivo, en el consejo de Estado, mientras que los otros administradores ó legistas ven abstracciones, artículos de un código, precedentes, él ve almas, y tales como son, la del francés, la del italiano, la del alemán, la del paisano, del obrero, del burgués, del noble, la del jacobino superviviente, la del emigrado vuelto al país (1), la del soldado, la del oficial, la del funcionario, y por donde quiera, la del individuo actual y total, del hombre que labra la tierra, fabrica su casa, tiene hijos, sufre, goza y muere.—Nada más sorprendente que el contraste entre los razonamientos débiles y graves que le atribuye el sabio redactor oficial, y sus propias palabras recogidas al vuelo en el mismo instante, vibrantes y llenas de imágenes y de ejemplos (2). Apropósito del divorcio que quiere

(1) Thibaudeau, p. 25, I (Sobre los Jacobinos supervivientes: "Son artesanos pretensiosos, pintores, etc., que tienen la imaginación ardiente, con un poco más de instrucción que el pueblo, que viven con el pueblo y tienen influencia en él.")—Mme. de Rémusat, I, 271. (Sobre el partido realista: "Es muy fácil engañar á ese partido, porque párte siempre no de lo que es, sino de lo que quisiese que fuera.")—Thibaudeau, p. 46: La chuanería y la inmigración son enfermedades de la piel; el terrorismo es una enfermedad del interior." Ibid; 75. "Lo que sostiene actualmente el espíritu del ejército, es la idea que tienen los militares, de que ocupan el lugar de los antiguos nobles."

(2) Thibaudeau, p. 419 á 452: Los dos textos están impresos frente á frente en dos columnas. Y, *passim*, por ejemplo, p. 84, esta pintura del culto de la década bajo la República: "Se había imaginado reunir á los ciudadanos para matarlos oyendo la lectura de las leyes, para leerlas y estudiarlas; como si no fuera ya harto divertido todo ello para los que deben ejecutarlas."—Otro ejemplo de la manera cómo sus ideas se convierten en imágenes. (Pelet de la Lozère, p. 242): "No estoy contento de la dirección de la aduana en los Alpes; no da señales de vida; no se oye el ruido de sus escudos al caer en el tesoro público."—Para penetrarse vivamente de la palabra y el pensamiento de Napoleón, deben consultarse sobre todo las cinco ó seis conversaciones anotadas por Roederer, la noche misma; las dos ó tres conversaciones anotadas de la misma manera por Miot de Melito, las escenas contadas por Beugnot; las notas de Pelet de la Lozère y de Estanislao de Girardin; y casi todo el libro de Thibaudeau.

mantener en principio, dice: "Consultad pues, las costumbres de la nación: el adulterio no es un fenómeno, es muy común; es un negocio de canapé.... Se necesita un freno para las mujeres que son adúlteras por los relumbrones, por los versos, por Apolo, por las musas, etc." Pero admitir el divorcio por incompatibilidad de carácter, sería falsear el matrimonio; se le sentiría frágil en el momento de contraerle. "Sería como si se dijese: me caso hasta que cambie de humor." No prodigueis tampoco los casos de nulidad; una vez hecho el matrimonio, grave caso es deshacerle: "Creo casarme con mi prima que llega de las Grandes Indias, y me casan con una aventurera; tengo hijos de ella, y descubro que no es mi prima. ¿Es legítimo el matrimonio? ¿No quiere la moral pública que sea válido? Ha habido en él cambio de almas, de *traspiración.*" Sobre el derecho de los hijos, aun mayores, á los alimentos, exclama: "¿quereis que un padre pueda arrojar de su casa á una hija de quince años? Un padre que tuviera sesenta mil francos de renta, podría pues decir á su hijo: estás grande y fuerte ¿ve á trabajar? Un padre rico ó de mediana fortuna debe siempre á su hijo el pan paterno;" quitad este derecho á los alimentos y "forzaréis á los hijos á matar á sus padres."—En cuanto á la adopción, "la mirais como autores de leyes, no como hombres de Estado. No es un contrato civil, sino un acto judicial. El análisis del jurista conduce á los resultados más viciosos. No se puede gobernar al hombre sino por la imaginación; sin la imaginación es un bruto. No se hace nadie matar por cinco sueldos al día, ni por una mezquina distinción; se electriza al hombre hablando á su alma. Un notario no producirá este efecto por doce francos de honorarios. Necesita otro procedimiento, un acto legislativo. ¿Qué es la adopción? Una imitación por la cual quiere la sociedad parodiar á la naturaleza. Es una especie de sacramento nuevo...... El hijo de los huesos y de la sangre de otro, pasa por la voluntad de la sociedad á ser el hijo de los huesos y de la sangre del que le adopta. Es el más grande acto que se puede imaginar. Comunica sentimientos de hijo y de padre á los que no los tenían. ¿De dónde debe partir este acto? De arriba, como el rayo."—Son todas estas palabras dardos de fuego lanzados unos tras otros (1); después de Vol-

(1) Pelet de la Lozère, 63, 64 (Sobre la diferencia fisiológica del inglés y del francés.—Mme. de Rémusat, I, 273, 392: "Vosotros, franceses, no sabeis querer

taire y de Galiani, nadie ha lanzado tantos; tiénelos siempre á la mano para dirigirlos á la sociedad, á las leyes, al gobierno, á la Francia y á los franceses, penetrando é iluminando el asunto hasta el fondo, como Montesquieu, por medio de un relámpago repentino. Y no los fabrica por cierto por vía de industria, sino que brotan espontáneamente de sus labios; son productos de su espíritu, naturales, involuntarios, perpétuos.—Y lo que aumenta su valor es que fuera de los consejos y de las conversaciones íntimas, se abstiene de ellos; sírvenle sólo para pensar. En las demás circunstancias, subordínalos siempre á su objeto, que es el efecto político práctico; habla y escribe ordinariamente en lenguaje diverso, en aquel que conviene á su auditorio, absteniéndose de las irregularidades, de los extremecimientos, de la improvisación y de la fantasía, de los sobresaltos de la inspiración y del genio.

Las maneras que se permite emplear, llevan por mira imprimir una alta idea de sí mismo en el personaje á quien trata de deslumbrar, sea Pio VII ó el emperador Alejandro; en tal caso, el tema corriente de su conversación es la familiaridad cariñosa, expansiva

---

nada de un modo serio, aparte acaso de la igualdad. Quizás renunciaríais á ella voluntariamente, si cada uno de vosotros pudiese jactarse de ser el primero. Es necesario dar á todos la esperanza de elevarse.... es necesario tener siempre despiertas vuestras ambiciones. Os habría desagradado hasta el extremo la severidad del gobierno republicano. ¿Quién ha hecho la revolución? La vanidad. ¿Quién la terminará? La vanidad también. La libertad no es más que un pretexto."—m. 153.—"La libertad es la necesidad de una clase poco numerosa y privilegiada por la naturaleza, de facultades más elévadas que la mayor parte de los hombres; *así es que puede ser constreñida impunemente*; la igualdad, por el contrario, agrada á la multitud."—Thibaudeau, 99: "¿Qué me importa la opinión de los salones y de las callejuelas? No la oigo, ni conozco más que una, la de los rudos paisanos."—Sus epítomes de una situación, son obras maestras de concisión pintoresca: "¿Por qué me he detenido y he formado los preliminares de Leoben? Porque jugaba veintiuna y me he detenido en veinte."—Sus ojeadas sobre los caractéres son de la más aguda crítica: "El Mahoma de Voltaire no es ni un profeta ni un árabe; es un impostor que parece haber sido educado en la Escuela Politécnica."—"Cuando Mme. de Genlis quiere definir la virtud, habla siempre de ella como de un descubrimiento."—(Sobre Mme. de Stäel): "Esta mujer enseña á pensar á los que no sabrían cómo y á los que lo han olvidado." (Sobre Mme. de Chateaubriand, uno de cuyos parientes acababa de ser fusilado): "Escribirá algunas páginas patéticas que leerá en el barrio de San German: llorarán las hermosas damas, y vereis como esto la consuela."—(Sobre el abate Delille): "Hace chochear al ingenio."—(Sobre los Sres. Pasquier y Molé): "Explotó al uno y crió al otro."—Mme. de Rémusat, II, 391, 394, 399, 402, 389, III, 67.

y amable; está entonces en escena, y puede representar todos los papeles, la tragedia y la comedia, con la misma facilidad, á las veces terrible, otras insinuante, otras aparentemente cándido. Con sus generales, ministros y jefes de oficina, redúcese al estilo conciso, positivo y técnico de los negocios; cualquier otro lenguaj e perjudicaría al buen despacho; no se revela su alma apasionada sino por la brevedad, la fuerza y la rudeza imperiosa del acento. Para sus ejércitos y para la generalidad de los hombres, tiene proclamas y boletines, esto es, frases de efecto y énfasis estudiado, con exposición simplificada de los hechos, presentados y falsificados según la conveniencia (1); en una palabra, un vino espumoso bueno para enardecer el entusiasmo, y un narcótico excelente para mantener la credulidad (2), especie de composición popular, que ofrece en el momento oportuno, y de la cual proporciona tan á maravilla los ingredientes, que la gran masa popular á quien la sirve y consagra, halla placer en libarla, y no deja de embriagarse después de haberla libado.—En cualquier circunstancia, su estilo, meditado ó espontaneo, manifiesta su maravilloso conocimiento de las masas y de los individuos. Salvo en dos ó tres casos, salvo en un orden elevado, singular, y que le ha sido siempre desconocido, ha tocado siempre el punto sensible, oportunamente del modo apropiado, con la fuerza y la medida del grado de insistencia y de brusquedad que debían ser más eficaces. Es que, por una serie de anotaciones cortas, precisas y cuotidianamente rectificadas, habíase trazado una especie de cuadro psicológico, donde estaban representadas, reunidas y casi valuadas en cifras, las disposiciones mentales y morales, los caracteres, las facultades, las pasiones, las aptitudes, las energías ó debilidades de las innumerables criaturas humanas sobre las cuales obraba de cerca ó de lejos.

Para figurarnos un instante la extensión y el contenido de esta inteligencia, habríase menester probablemente remontar hasta César, aís

(1) Bourrienne, II, 281, 342. "Experimentaba un sentimiento penoso al escribir, á causa de sus frases oficiales, de las que cada una era una mentira." Su respuesta era siempre: "Querido, sois un inocente, no entendeis nada de esto." —Mme de Rémusat, II, 205, 207.

(2) Leer principalmente los boletines de la campaña de 1807, tan ofensivos para la reina y el rey de Prusia, y, por esto mismo, tan bién calculados para provocar entre los soldados, la hilaridad burlona y despreciativa.

como para encontrarle igual; mas, por falta de documentos, no se conocen de César sino las líneas generales, un contorno sumario; en tanto que de Napoleón, aparte de la silueta total, conocemos los rasgos detallados. Leamos día por día, capítulo por capítulo (1), su correspondencia, la de 1806, por ejemplo, después de la batalla de Austerlitz, ó, mejor todavía, la de 1809, desde su vuelta de España hasta la paz de Viena. Cualquiera que sea nuestra insuficiencia técnica, comprenderémos que su espíritu, por su alcance y plenitud, sobrepuja á todas las proporciones conocidas y aun creíbles.—Tiene tres atlas principales consigo, cada uno de ellos compuesto "como de veinte gruesos cuadernos" distintos y al corriente día á día.—Es militar el primero, y forma una colección enorme de cartas topográficas, tan minuciosas como las de un estado mayor, con el plano circunstanciado de todas las plazas fuertes, con la designación específica y la distribución local de todas las fuerzas de mar y tierra, equipos, regimientos, baterías, arsenales, almacenes, recursos actuales y futuros de hombres, caballos, carruajes, armas, municiones, víveres y vestuario.—El segundo, que es civil, se parece á esos gruesos volúmenes donde cada año se lee el estado del tesoro, y comprende, primeramente, los innumerables artículos del ingreso y egreso ordinarios y extraordinarios; impuestos del interior, contribuciones del exterior, productos de las propiedades nacionales francesas y no

---

(1) En la *Correspondencia de Napoleón*, publicada en treinta y dos volúmenes, están clasificadas las cartas por orden de fechas.—Lo están por capítulos en su *Correspondencia con Eugenio virrey de Italia*, y con José rey de Nápoles y después de España, y es fácil componer otros capítulos no menos instructivos; uno sobre los negocios extranjeros (cartas á Mr. de Champagny, á M. de Talleyrand y á M. de Bassano); otra sobre las finanzas (cartas á M. Gaudin y á Mollien); otra sobre la marina (carta al almirante Decrès); otra sobre la administración militar (carta al general Clarke); otra sobre los asuntos de la iglesia (cartas á M. de Portalis y á M. Bigot de Preameneu); otra sobre la policía (cartas á Fouché) &. Puédese en fin, en virtud de una tercera clasificación, distribuir sus cartas, según que se refieran á tal ó cual grande empresa, principalmente á tal ó cual campaña militar.—Consíguese de este modo concebir la inmensidad de sus conocimientos positivos y representarse el juego ordinario de su espíritu.—Cf., principalmente las cartas siguientes: al príncipe Eugenio, 11 de Junio de 1806 (sobre los gastos del ejército de Italia): 1.° y 18 de Junio de 1806 (sobre la ocupación y situación militar defensiva y ofensiva de la Dalmacia).—Al general Dejean, 18 de Abril de 1806 (sobre los equipos del ministerio de la guerra); 27 de Junio de 1806 (sobre las fortificaciones de Peschiera; 20 de Julio de 1806 (sobre las fortificaciones de Wesel y de Juliers).

francesas, servicio de la deuda, de las pensiones, de los trabajos públicos, etc.), y en seguida toda la estadística administrativa, la jerarquía de las funciones y de los funcionarios, senadores, diputados, ministros, prefectos, obispos, profesores, jueces y sus subalternos, cada cual con su residencia, rango, atribuciones, y sueldo.—Es el tercero un gigantesco diccionario biográfico y moral, donde, como en un armario de alta policía, cada individuo notable, cada grupo local, cada clase profesional ó social, y aun cada pueblo tienen su registro con la indicación abreviada de su situación, de sus necesidades y antecedentes, partiendo de su carácter comprobado, de sus condiciones eventuales y de su conducta probable. Cada registro, carta ú hoja simple tienen su resúmen; todos los resúmenes parciales, metódicamente clasificados, terminan en otros totales, y los totales de los tres atlas, se combinan para dar á su poseedor la medida de su fuerza disponible.—Ahora bien, en 1809, tan gruesos como eran los tres atlas, hallábanse grabados en la memoria de Napoleón; conoce él, no solo su resúmen total, sino hasta sus últimos detalles; lee en ellos de corrido y á cualquier hora; percibe allí en conjunto é individualmente, las diversas naciones que gobierna directamente ó por medio de otros, es decir, sesenta millones de hombres; los diversos países que ha conquistado ó recorrido, á saber, sesenta mil leguas cuadradas: primeramente la Francia, acrecentada por la Bélgica y el Piamonte; en seguida España, de donde regresa, y donde ha puesto á su hermano José; la Italia del sur, donde, después de José, ha puesto á Murat; la Italia del centro, de la cual se ha reservado Roma; la Italia del norte, donde Eugenio es su delegado; la Dalmacia y la Istria que ha agregado á su imperio; el Austria, que por segunda vez invade; la Confederación del Rhin, que ha hecho y dirije; la Westfalia y la Holanda, donde sus tres hermanos no son más que sus lugartenientes; la Prusia que ha sometido y mutilado, que explota y de la que conserva todavía las plazas más fuertes. Agregad á esto un postrer cuadro interior, el que le representa los mares del Norte, del Atlántico, del Mediterráneo, todas las escuadras del continente, en conjunto y en cada puerto, desde Dantzig hasta Flessingue y Bayona, desde Cádiz hasta Tolon y Gaeta, desde Tarento hasta Venecia, Corfú, y Constantinopla. (1)—En el atlas

(1) Cf. en la *Correspondencia* las cartas datadas en Schoenbrunn cerca de Viena, durante los meses de Agosto y Setiembre de 1809, principalmente: 1.° las

psicológico y moral, entre una laguna primitiva que no llenará nunca, porque depende de su carácter, hay uno ú otro falso resúmen, principalmente con respecto al papa y á las conciencias católicas; de la misma manera, avaluó en muy poco el patriotismo de España y Alemania; en Francia y en los países anexados y sujetos, cuotiza muy alto su prestigio y la suma de confianza y de celo con que puede contar. Mas estos errores son más bien la obra de su voluntad que de su inteligencia; reconócelo así por intervalos; si tiene ilusiones es porque se las forja. Abandonado á así mismo, sería infalible su buen sentido; sólo sus pasiones pueden turbar su lucidez.—Por lo que respecta á los otros dos atlas, el topográfico y el militar, son tan completos y exactos como nunca lo habían sido; la realidad que representan, por más agigantada y complicada que se iba haciendo día por día, él la conoce, y por más monstruosa que sea en esta época por sus proporciones desmesuradas y por su precisión, se ha gravado fielmente en su cerebro, rasgo por rasgo.

H. Taine.

(Continuará.)

---

cartas é instrucciones muy numerosas á propósito de la expedición inglesa á Walcheren; 2. ° las cartas al gran juez Regnier y al archicanciller Cambacéres sobre la expropiación por causa de utilidad pública (21 de Agosto 7 y 29 de Setiembre); 3. ° las cartas é instrucciones á M. de Champagnny para tratar con el Austria (19 de Agosto 10, 15, 18, 22, y 23 de Setiembre); 4. ° las cartas al almirante Décres para enviar expediciones navales á las colonias (17 de Agosto y 26 de Setiembre); 5. ° la carta á Mollien sobre el presupuesto de egresos (18 de Agosto); 6. ° la carta á Clarke sobre estadística de los fusiles almacenados en el imperio (14 de Setiembre).--Otras dos cartas para hacer componer dos tratados de arte militar (1. ° de Octubre), otras dos sobre la historia y los avances de la Santa Sede (3 de Octubre), para prohibir las conferencias de San Sulspicio (15 de Setiembre), para prohibir á los eclesiásticos predicar fuera de las iglesias (24 de Setiembre).—Desde Schoenbrunn vigila el detalle de los trabajos públicos de Italia y Francia; por ejemplo, cartas á M. de Montalivet (30 de Setiembre), para enviar á Parma por la posta un auditor que haga reparar inmeditamente un dique roto (8 de Octubre), para acelerar la construcción de varios puentes y malecones en la ciudad de Lyon.

LA FORTUNA.

Nacida de la tierra,
Tiene en ella su asiento,
Que es señora del mundo la fortuna;
Contra el deber y la justicia cierra,
Y hasta el postrer momento
Juega con el mortal, desde la cuna.
Ama, busca y socorre
A quien de ella no cuida,
Y al que la sigue y sin descanso corre,
Pérfida siempre escápase en la vida.
Es deidad femenil, que más se paga
Que del ardiente amor, del desdén frío,
Que al venturoso como sierva halaga,
Y abruma al infeliz con su desvío.
Mata del esperar las ilusiones
Y del martirio da las tristes palmas,
Y rompe los más nobles corazones
Y aniega en llanto las mejores almas.

La gloria y la hermosura
Y también los amores
Vasallos son de sus mudables leyes;
Heroes eleva á la mayor altura,
Da riquezas y honores
Y juega con los cetros de los reyes.
La virtud que el humano
Sublima sobre todo,
Es ante su capricho un nombre vano,
Y goza en verla descender al lodo.

Quedan allá los genios eminentes
En el eterno olvido, y entre tanto,
Con lauro se ornan las oscuras frentes
Sin afán conquistado ni quebranto.
Si la justicia repartir pudiera
El renombre, el poder y las victorias,
De la historia tal vez ¡cuántas rompiera
Páginas llenas de usurpadas glorias!

Fortuna, yo no quiero
Que blanda me sonrías
Ni para prosperar tu ayuda pido,
Pues que la justa oscuridad prefiero
De mis modestos días,
Al lustre que no tengo merecido.
Las glorias no ambiciono
Que el justo sólo vea
Con altivo desdén, ó con encono
Quien más digno que yo de ellas se crea.
Son las horas de olvido á mi alma caras
Sin que tu ciega protección me afrente,
Pues sé que á los mejores desamparas
Y amparas al audaz y al delincuente.
Las puertas de tu gloria ante mí cierra,
Que no me quitas dicha ni consuelo:
¡Tú eres deidad tan sólo de la tierra,
Ah! tú no puedes ser deidad del cielo!

José López-Portillo y Rojas.

ULTIMO ANHELO.

Cuando muera, llevad mis pobres restos
 A un bosque solitario,
Donde nunca la tierra que me abrigue
 Profanen piés humanos;
Llevadme á donde tenga mi sepulcro,
 Por bóveda, el espacio
 O el oscuro follaje de los fresnos
 Y el tierno de los álamos;
A donde puedan en mi cruz humilde
 Posar su tenue rayo,
La primera sonrisa de la aurora
 Y el triste sol de Ocaso;
A donde broten por doquier las flores,
 Donde aniden los pájaros
Y cerca de una fuente que me arrulle
 En mi eternal descanso.

No me arrojeis á la revuelta arena
 Del yerto camposanto;
No me encerreis en el estrecho nicho
 Del corredor fantástico
Donde turba el reposo de los muertos
 El eco de los pasos;
No expongais á las burlas del curioso
 Mi nombre, inscrito en mármol,
Ni cabeis mi sepulcro donde existan
 Los huesos de un extraño.
Llevadme á donde sólo me acompañen
 La luz, el cielo, el campo;
Abrid mi fosa en el risueño asilo
 De un bosque solitario,
Aunque nunca la tierra que me abrigue
 Se moje en llanto humano.

MANUEL M. GONZALEZ.

BALADA DE LA MUERTE.

(DE LAS "BALADAS LÚGUBRES.")

A Jesus E. de Valenzuela.

Cuando ya muerta mi ilusión postrera,
Le abrí en mi corazón su tumba helada,
Una noche llegó á mi cabecera
La misteriosa y pálida enlutada.

Mi corazón se estremeció al sentirla,
Pero aunque ella, inclinándose muy quedo,
—"Soy la muerte"—me dijo, yo, al oirla,
Ni tristeza sentí, ni sentí miedo.

—"Seré tu último amor; juro adorarte"
Dijo al besarme con su beso frío;
"Seré tuya; no puedo abandonarte
"Hasta que seas para siempre mío."

Yo la quise estrechar contra mi pecho,
Para gozar de sus caricias todas;
Pero ella dijo huyendo de mi lecho:
—"Esperemos que pasen nuestras bodas."—

Y las noches así fueron pasando
Y la fiebre animando mi quimera,
Yo siempre preguntándole:—¿Hasta cuándo?
Ella diciendo siempre:—"Espera, espera."

Pero, por fin, cedió la calentura,
Y una noche— mi alma desgarrada
No ha sentido jamás tanta amargura—
No volvió más la pálida enlutada.

Y al mirar que la Muerte no ha tornado
Al lecho en que la espero hora tras hora,
Pienso que cual las otras, me ha dejado,
Porque es también mujer y engañadora.

Octubre 29 de 1887.

MANUEL PUGA Y ACAL.

FRAY MARTÍN DURÁN.

Estudio histórico, leído en el Liceo Hidalgo, por el socio de número José M. Vigil, en la sesión de 20 de Julio de 1885.

Cumpliendo con el acuerdo del Liceo Hidalgo para que examinara lo que hay de cierto en la historia de Fray Martín Durán, sobre la cual han surgido serias dudas entre las personas mejor informadas de nuestras antiguallas, paso á exponer sin más preámbulo á esta ilustrada corporación, lo que he podido averiguar en tan delicada materia, no sin advertir que la mayor parte de las observaciones que en seguida se encuentran, son debidas á la penetración de hábiles escritores, para quienes es familiar nuestra historia antigua y moderna. Desde que por primera vez leí la historia de Fr. Martín Durán, publicada por el Sr. Carrión en su "Galería de indios célebres de la República Mexicana," agregada á las "Memorias para la Historia de las Revoluciones de México, escritas por el Lic. Anastasio Zerecero," me llamaron fuertemente la atención la ausencia de todo fundamento histórico, así como algunas circunstancias que me hicieron suponer la introducción por lo menos, de incidentes novelescos, que hubiesen alterado un hecho, verdadero en el fondo, lo cual no deja de acontecer en historias así antiguas como modernas. Poco seguro, sin embargo, de mi propio juicio, consulté la opinión de los Sres. Agreda, Chavero, Troncoso y García Icazbalceta (1), cuya competencia en estas materias es notoria, y hallé que con perfecta unanimidad no solo aseguraban mis dudas, sino que me llevaban á la conclusión de que ni la relación en su conjunto, ni la exis-

(1) Este señor ha tenido la bondad de escribirme una larga carta, que mucho me ha servido en la formación del presente trabajo.

tencia del mismo personaje podían sostenerse en el terreno rigorosamente histórico.

Antes que todo había que averiguar el origen de aquella estupenda narración, y para esto lo mejor que había que hacer era dirigirse al Sr. Carrión, autor de la mencionada "Galería." En efecto, nuestro digno consocio el Sr. D. Francisco Sosa, después de haber insertado en sus "Biografías de Mexicanos distinguidos" la relativa á Fr. Martín Durán, parece que tuvo las mismas dificultades que á mi me habían asaltado, y dirigió una carta al Sr. Carrión, pidiéndole informes sobre las fuentes de donde hubiese sacado su historia. Hé aquí la respuesta de este señor:

"Sr. D. Francisco Sosa.—C. de U., Mayo 3 de 1885.—Señor mio:—Cuando escribí esa obrita, que es un desahogo patriótico más que una producción literaria, dispuse de algunos manuscritos que me hizo favor de proporcionarme el Sr. D. José María Lafragua; entre ellos había uno que pertenecía al Juzgado eclesiástico del Arzobispado, y estaba agregado á una causa seguida á Juan Artegui en 1746 por herejía, ante la Inquisición. Estaba trunco y parecía archivado hasta la aprehensión del prófugo Artegui. Devolví al Sr. Lafragua esos papeles; y quién sabe ahora adonde se encuentran, pues con motivo de haber estado tres años últimamente trabajando con el Gral. Riva Palacio en la comisión de historia de la que era yo miembro, busqué entre la biblioteca del Sr. Lafragua, que tuve en mis manos diariamente, esos papeles y ya no estaban. Por lo demás, los hechos son históricos, aunque desconocidos; y estoy cierto de que extracté los relativos á Fr. Martín Durán con fidelidad y conciencia, sin poner nada de mi cosecha más que las exclamaciones contra la Inquisición. Investigaré el paradero de esos manuscritos que estaban empastados en folio con lomo colorado, juntamente con otros documentos manuscritos de Fr. Alonso Paz Monterrey, hijo de D. Fernando Paz y Doña Melchora de Monterrey, franciscano natural de México (mestizo), que profesó en 1597, definidor y guardián de Tlaxcala, que hizo la Iglesia de San Gregorio Acapulco, pueblo del distrito de Xochimilco. Buscaré también en los Cronicones Dominicanos, el nombre de Fr. Martín Durán, y daré á U. parte de mis pesquisas. Con este motivo tengo el honor de ponerme á sus órdenes como ávido lector, amigo y servidor Q. B. S. M.—*Antonio Carrión.*"

Como se ve, los términos de la carta anterior no dan ninguna luz sobre el hecho que se trata de averiguar. Háblase en ella en general de algunos manuscritos, entre los cuales había uno trunco que perteneció al Juzgado eclesiástico del Arzobispado y estaba agregado á una causa seguida á Artegui en 1746, por herejía. No teniendo los manuscritos á la vista, no es posible juzgar de su valor; es indudable, sin embargo, que esa agregación fué casual, resultando de la colección que se hizo en un volumen, de diversos documentos, pues no se percibe qué relación pudiera haber entre la causa de Juan Artegui en 1746, y la de Fr. Martín Durán en 1584. El Sr. Carrión dice que después buscó el volumen referido en la biblioteca del Sr. Lafragua, que se conserva en la Nacional, y que no pudo encontrarlo: en efecto, no existe; pero debo advertir que se conserva un índice muy minucioso de los libros del Sr. Lafragua, hecho por este mismo señor, en el cual se mencionan todos los documentos contenidos en cada uno de los tomos que forman su vasta colección, y que no aparece constancia ninguna de las piezas referidas; así es que el extravío, si es que lo hubo, debió haberse verificado en vida del Sr. Lafragua y antes de que escribiese su índice, lo que explicaría la omisión de dichos documentos.

Sea como fuere, no pudiendo graduar en sí mismo el mérito de ese manuscrito, hay que atenerse á la relación tal como aparece en la "Galería;" ahora, si del exámen de esa relación resultan absurdos y contradicciones de ninguna manera conciliables con datos históricos numerosos y dignos de todo crédito, tendremos necesidad de concluir con que toda la historia de Fray Martín Durán no reposa en una base sólida, y que hay que relegarla por lo mismo, al terreno de las novelas fantásticas, en que no se ha tenido siquiera el cuidado de respetar la verosimilitud.

Llama desde luego la atención el profundo silencio que acerca de Fr. Martín Durán guardan las historias, las crónicas, las correspondencias y demás documentos así oficiales como particulares, que no son pocos por cierto, y que nos han llegado del siglo XVI. El argumento negativo tiene un valor incuestionable, cuando se trata de un hecho importante, que debió ser conocido, por lo mismo, de los contemporaneos, los cuales no tendrían en ocultarlo ningún interés, sino que, al contrario, éste se inclinaría más bien del lado de su divulgación.

Ahora bien, en el presente caso concurren todas estas circunstancias. La condenación á la hoguera y á la consiguiente ejecución hecha con toda la solemnidad que rodeaba á estos fúnebres espectáculos en los autos de fé, no eran cosas que pudieran pasar inadvertidas, y más tratándose de un personaje notabilísimo como se pinta á Fray Martín, teólogo insigne, orador famosísimo, que había logrado atraer sobre sí la atención universal. No se concibe tampoco que hubiera habido interés particular en ocultar un hecho público, formando una especie de liga imposible para que nadie hablase de él, é impidiendo de ese modo que su conocimiento llegase á la posteridad. Preciso es recordar el espíritu de aquella época: la Inquisición era un tribunal respetable; sus sentencias eran consideradas como actos de suprema justicia; lejos de ocultarlas, se les daba la mayor publicidad, no sólo por el terrible ceremonial con que se ejecutaban los autos de fé, por las invitaciones previas que se hacían, por las indulgencias que se concedían á los que los presenciaban, y todo con el objeto de que hubiera el mayor concurso posible; sino por las relaciones que después se imprimían y que han llegado hasta nosotros, y con las cuales parece que se quería perpetuar la memoria de aquellos sucesos que hoy nos indignan y espantan, pero que entonces eran vistos como causas de edificación y ejemplo. Se ve, pues, que lejos de que hubiese algún motivo particular para pasar en silencio el nombre y la historia de Fray Martín Durán, había, por el contrario, razones poderosas para entregarlos á todos los vientos de la publicidad, á fin de que sirviesen de correctivo saludable á los que se sintiesen poseídos del espíritu reformador que se supone en el fraile domínico.

Por otra parte, existen noticias fidedignas de todos los reos sentenciados por el Santo Oficio en la Nueva España; el Sr. General Riva Palacio nos ha hablado de un precioso documento, entre los muchos que posee de aquel Tribunal, en que constan los nombres y causas de todos los dichos sentenciados, sin excluir aun los más insignificantes, y sin embargo, en esas listas con tanto cuidado puntualizadas, no se encuentra la menor alusión á Fray Martín Durán; nada que indique su existencia, su condenación ó suplicio. Podemos, pues, decir que esa relación no cuenta en su favor con ningún dato, con ningún documento fidedigno, de esos que fundan la verdad histórica y que nos hacen aceptar como ciertos, sucesos acaecidos en épocas lejanas.

Pero hay más: según se cuenta, Fray Martín Durán era indio natural de Santiago Tlaltelolco, y educado en el Colegio de Santa Cruz de aquel barrio. Abrazó la carrera eclesiástica, tomó el hábito de Santo Domingo, y se dedicó al púlpito. Hablaba el mexicano con elegancia, conocía perfectamente los escritos de los Santos Padres, y tenía licencia para predicar en mexicano todo el año de 1584 en la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Aquí ya no es el simple argumento negativo el que se opone á la historia de Fray Martín, sino consideraciones, hechos muy positivos que atacan de raíz su verosimilitud. Efectivamente, nadie ignora que los religiosos de aquellos tiempos nunca daban el hábito á los indios. Las *Constituciones* de la Provincia del Santo Evangelio lo prohibían expresamente. D. Antonio de Mendoza en la *Instrucción* á su sucesor (1550), opina que no sean elevados al sacerdocio los colegiales de Tlaltelolco "*aun cuando sean cuan sabios y virtuosos se pueda desear.*" Sahagún, que escribía hacia la misma época en que debe suponerse la ordenación de Fray Martín, refiere que á los principios se dió el hábito á dos indios; "pero hallóse por experiencia que no eran suficientes para tal estado, y así se les quitaron los hábitos, y *nunca más se ha recibido indio alguno en la religión*, ni aun se tienen por hábiles para el sacerdocio." (1) A fines del siglo XVI, Fray Gerónimo de Mendieta expresa las razones que había para no dar hábitos á los indios (2); y algunos años antes, el célebre franciscano, Fray Jacobo Daciano, sostuvo que esta nueva Iglesia no iba fundada en órden por *no tener* ministros naturales, de los mismos convertidos. Diríase tal vez que estos autores, como franciscanos, sólo se referían á su orden y que Fray Martín era domínico; pero á esto se puede contestar, que todas las religiones marchaban de conformidad sobre este punto, y el mismo Mendieta aleja toda duda, diciendo que los miserables indios estaban del todo despedidos de profesar en religión, porque *en ninguna* los admitían *ni aun para legos* (3).

Lo terminante y explícito de estos testimonios no da lugar á la menor vacilación; los indios estaban en el siglo XVI, absolutamente excluidos de toda orden religiosa, y no hay razón ninguna para suponer que se hiciese especial excepción en favor de Fr. Martín Du-

(1) Hist. Gen. lib. 10. cap. 27.
(2) Hist. Ecl. Ind. lib. 4. cap. 23.
(3) Idem. lib. 4. cap. 22.

rán; pero si esta hubiera tenido lugar á causa del mérito extraordinario que se le atribuye, tal circunstancia habría merecido particular mención en las obras que dejo citadas.

Provisto de la licencia para predicar en *mexicano*, la primera vez que hizo uso de ella fué para predicar en *español*, el primer domingo de Febrero de 1584, en la "*hermosa y ricamente adornada*" iglesia de Tlaltelolco, donde atraídos por la fama del orador se reunieron casi todos los hombres y damas de la córte, con los caciques y justicias indios de los barrios, el visitador arzobispo D. Pedro Moya de Contreras, el inquisidor Fray Angelo de Monleón, el alcalde de Mesta D. Gorónimo Mercado, el proveedor mayor D. Baltasar García de Salmerón, el P. D. Nicolás Morales, confesor del virrey, y D. Lorenzo Juárez Mendoza, conde de la Coruña. Dejemos á un lado la rara circunstancia de que contra las órdenes de los superiores predicase en español, debiendo hacerlo en mexicano, y la poco verosímil asistencia del arzobispo y del virrey por el simple deseo de oir un sermón, cuando no había función religiosa solemne que motivara la presencia de aquellos altos personajes, y fijémonos únicamente en estos dos puntos importantísimos: en México no hubo inquisidor llamado Fray Angelo de Monleón, ni uno siquiera que fuese fraile; todos eran clérigos y sus nombres pueden verse en el libro de las *Exequias* que hizo la Inquisición de México á Felipe II, escrito por el Sr. Dr. Dionisio de Rivera Flores é impréso aquí el año de 1600; y el virrey conde de la Coruña había muerto en Junio del año anterior, razón más que suficiente para que no pudiese asistir al sermón de Fray Martín.

"El sermón empezó: dice la relación; trataba de la conversión al catolicismo de los indios: habló el predicador de varias cuestiones dogmáticas de esta religión y siguió tratando del modo con que los indios habían recibido las primeras lecciones del catolicismo. El auditorio escuchó las severas reprensiones del predicador al tocar este punto; pero al oír que bendecía el celo evangélico de Fray Bartolomé de las Casas, y que, como este sabio sacerdote, atacaba la esclavitud de los indios, un movimiento general de los españoles asistentes, toses y bostezos, le anunciaron que sus palabras causaban desagrado entre los oyentes conquistadores. El predicador no hizo caso y siguió diciendo: repitió lo que Fr. Bartolomé de las Casas había dicho á la Corte de España en su Memoria sobre los indios,

del año de 1542, es decir, que á las tierras que se descubrieran no se mandaran colonos indios sino españoles, que se aboliera completamente la esclavitud de los primeros; porque el adquirir riquezas por medio de ella no lo justificaría nunca, porque Dios prohibe hacer mal, aunque sea como medio para producir el bien.

En este pasaje hay que notar desde luego, el escandaloso alboroto causado por la concurrencia dentro del templo y en medio de una función, á que asistían el arzobispo y el virrey. Para que tan enorme desacato se hubiese verificado, sería preciso suponer una provocación extraordinaria de parte del predicador, provocación de tal naturaleza que el auditorio no hubiera podido contener su ira, en cuyo caso las manifestaciones no hubieran tomado la forma de una burla impropia del lugar y de la ocasión. Pero no había nada de esto, Fr. Martín no iba á decir nada nuevo, las cuestiones que promovía eran perfectamente conocidas, su oportunidad había pasado, y no podían por lo mismo, producir en sus oyentes esa violenta impresión de desagrado. Diez y ocho años hacía que había muerto Fr. Bartolomé de las Casas, y no es de admitirse que el simple hecho de bendecir su celo evangélico hubiese suscitado aquella tormenta, cuando el benemérito religioso pudo en su larga vida exponer con entera libertad sus opiniones contrarias á los conquistadores, sin que fuese molestado por sus escritos ó discursos; cuando en México mismo había predicado con su acostumbrada vehemencia contra el virrey Mendoza, y cuando en 1546, reciente la conmoción causada por las *Nuevas Leyes*, obra del mismo Las Casas, pudo éste reunir una junta con autorización del virrey, discutir públicamente la espinosa materia de la esclavitud de los indios, y asentar conclusiones radicales acerca de ella.

Por otra parte, aquellas cuestiones, como he dicho antes, carecían ya de oportunidad; la esclavitud de los indios había desaparecido desde mediados del siglo; debiendo advertir que en el fragmento único que se conoce, impreso en Sevilla en 1552, del Memorial presentado por Las Casas á la Junta de Valladolid en 1542, y que es probablemente la Memoria á que se refiere la relación, no se habla nada de la colonización de los indios.

La tempestad con tan fútiles motivos suscitada contra Fr. Martín Durán, no paró allí: el desatentado predicador sufrió un *arresto* de cuatro días; fué severamente reprendido; se le advirtió que si de la

misma manera predicaba en mexicano *sería juzgado como sedicioso*, previniéndole que el arzobispo había nombrado una persona que fuese á escuchar sus sermones: esa persona fué el P. Francisco de los Ríos. Nótase en todo este procedimiento ciertas irregularidades, que aumentan lo inverosímil de la relación. Si el sermón castellano era censurable á los ojos de sus superiores, como lo indica el *arresto* de cuatro días, parece que lo natural era retirarle la licencia de predicar, ó exigirle que presentase á la previa censura los manuscritos de sus sermones; pero dejarle en libertad para que siguiese predicando á los indios y en su propio idioma, doctrinas *sediciosas* (adviértase que no se les había calificado de *heréticas*), sin ponerle más correctivo que el del Padre Francisco de los Ríos, era una conducta inexplicable en autoridades que podrían pecar de exageradas en el cumplimiento de sus deberes, pero que no era fácil cometiesen semejante inocentada.

Sea de esto lo que fuere, el resultado no podía ser dudoso. Fr. Martín que con tanto desenfado había emitido sus opiniones, sin que le contuviese la presencia de los altos dignatarios de la colonia, mal podía retraerse ante el Padre Ríos, quien inmediatamente que oyó el primer sermón de Fr. Martín "fué y lo acusó ante la Inquisición, de sospechoso de herejía, y de que propagaba entre los indios el odio á los españoles, difundiéndoles ideas heréticas é inmorales." "La Inquisición se apoderó de Fr. Martín Durán, es decir, el tormento y la hoguera, que en la Nueva España necesitaban huesos que quebrantar y cuerpos que alimentaran la combustión," y se llenó de gozo porque "podía hacer figurar en un auto de fé al primer indio notable que caía en sus manos."

Aquí nos encontramos con una dificultad de no menor peso que las que quedan indicadas. No se nos explica el particular interés que tuviera la Inquisición en quemar á los indios; la verdad es que aun suponiéndole ese perverso instinto, el tribunal de la fé se habría visto en la perfecta imposibilidad de satisfacerle. Y la razón es muy sencilla: los indios estaban exentos de su jurisdicción. Desde el tiempo del obispo Zumárraga, y mucho antes de que se estableciese el Santo Oficio, el ordinario era quien conocía de las causas de los indios, por medio del Provisor de Naturales, quien solía celebrar tambien más adelante sus autos de fé, en que generalmente sólo aparecían reos de bigamia ó de hechicerías, y la pena era por lo co-

mún, de azotes. Esta disposición jamás fué revocada ó alterada; y desde el caso que motivó la inhibición, nunca fué quemado indio alguno por causa de herejía. A esto hay que agregar un dato de la más alta importancia en la cuestión, y es que en todo el siglo XVI, no se dió un solo caso de herejía en los indios, como lo dice expresamente el Padre Mendieta por estas palabras: "En tantos años como han corrido *no se ha sentido herejía de indio latino ni de no latino, que si lo huviera, pienso viniera á mi noticia*, ni se ha sabido que alguno de ellos haya alborotado pueblos, más antes que los hayan discreta y pacíficamente regido." (1). Ahora bien, el Padre Mendieta, no habría asentado proposición tan absoluta en caso de que hubiera tenido lugar el ruidosísimo proceso de Fr. Martín, que era imposible se escapara de su conocimiento, y que habría desmentido lo que con tanta seguridad afirmaba.

(Concluirá).

NOCTURNO.

Que el céfiro sutil
su aroma embriagador,
vagando en el pensil,
le robe á toda flor;
tus lábios de clavel
mejor perfume dan
que todas las esencias del verjel.

Que pierda su arrebol
el bello luminar
que, al sepultarse el sol,
riela sobre el mar;
que yo lograré ver
muy más preciada luz,
si irradia en tus pupilas el placer.

RICARDO PALMA.

(1) Hist. Ecl. Ind. líb. 4, cap. 16.

Á DIOS.

¡Eterno Sér, incomprensible esencia!
Al balbutir tu nombre soberano
Siento temblar mi mano
Y estremecerse absorta mi conciencia.

Eres la plenitud, el sér, la vida,
La inmensa realidad excelsa y buena,
La fuerza inmensurable
Siempre fecunda, siempre inagotable,
Que el universo misteriosa llena.

No puede ni aun nombrarte mi garganta
Entidad infinita é inefable:
De tí dependo; tu esplendor me ciega;
Soy el átomo oscuro y miserable,
Que á las tinieblas y al error se entrega;

Soy larva que confina con la nada,
De magna creación pobre fragmento,
Sér que pasa cual leve llamarada,
Errante nubarrón que engendra el viento.

En el caos que lóbrego me envuelve
Me sostiene, me alienta, me levanta
El reflejo tan sólo de tu idea;
No te comprendo: mi razón se espanta
Cuando tu inmensa claridad sondea;

Mas cuando ella vacila temblorosa,
Cuando gime con hondo desaliento

Me habla de tí con fuerza poderosa
En el fondo del alma el sentimiento.

Y si rebelde mi razón pretende
Envolverse en la duda funeraria,
Muda y humilde hasta tu trono asciende
Desde mi corazón una plegaria.

¡Señor! ¡Señor! extático te adoro!
¡Eterno amor, universal aliento!
A tu infinita excelsitud no alcanza
La blasfemia que mancha el pensamiento
Ni el sarcasmo que mata la esperanza.

Mi oscura inteligencia
Lucha y desesperada apénas puede
Comprender su absoluta insuficiencia.

Cegado por la luz nada comprendo,
Me circunda de dudas un abismo;
En vano lucho: nada, nada entiendo:
Problema indescifrable soy yo mismo;

Pero en lo más profundo de mi esencia
Tu voz solemne y amorosa vibra,
Ella alienta, sostiene mi conciencia
Y mi turbado espíritu equilibra.

Yo no puedo, no puedo, Padre mío,
Admitir esa ciencia que te niega,
Que deja el cielo huérfano y vacío,
Que del progreso y la virtud reniega.

Sin tí, Sañor, no existe la justicia,
No hay bondad, ni moral, ni bienandanza,
La pureza es igual á la malicia
Y es un sueño insensato la esperanza;

Sin tí el mundo moral es noche oscura,
El ideal fantástico espejismo,

El sacrificio estúpida locura,
Frenética demencia el heroísmo.

Sin tí es la vida enigma tenebroso,
La inteligencia horrible maravilla,
Y el cosmos esplendente y armonioso
Del caos gigantesca pesadilla.

Eres lo necesario, lo absoluto,
De cuanto existe causa soberana;
El universo vive con tu aliento
Y el mayor triunfo de la ciencia humana
Es adorarte en mudo arrobamiento.

Cuando obcecada la razón te niega
Ebria de orgullo, sola se castiga,
Que en la noche profunda que la ciega
Nada su anhelo punzador mitiga.

¡Ay! el hombre es tan sólo arista leve,
Que el viento trae y que la vida abrasa;
Copo fugaz de nieve,
Fantasma que aparece y luego pasa.

Orgullo, fama, hidrópica codicia,
Deseos de poder que forja el hombre;
Honores y riquezas, avaricia,
¡Ay! lo más duradero es vuestro nombre.

Los raptos del amor que nos embriagan,
La gloria, los halagos de la suerte
Son meteoros que su lumbre apagan
En el humo negruzco de la muerte.
¡Sér infinito! ante tu excelsa gloria
Mi alma se postra de pavor suspensa;
Comprendo que mi vida transitoria
Es fuego fatuo entre la noche inmensa.

Cuando contempla el insondable arcano
Mi lúgubre razón, sorda se agita;

Mas sé que tu bondad es infinita,
Que tú me diste el sér, que eres mi padre
Y por eso te sigo
Como el débil polluelo busca abrigo
Bajo las dulces alas de la madre.

Y tranquilo y confiado á tí me entrego
Humillado de mi alma en lo profundo;
Los goces de la vida son quimeras:
Condúceme, Señor, por donde quieras
En este amargo mundo.

PABLO OCHOA.

Chihuahua, Enero 3 de 1888.

TRISTEZA.

Pasaron ya las auras del invierno,
impregnadas de aroma y melodía!
Naturaleza, en el invierno cano,
se viste de letal melancolía!
Densa la niebla sepultó del llano
cuanto fuera á los ojos alegría,
ni abren al sol sus perfumadas hojas
lirios azules ni amapolas rojas.

También el corazón del desterrado
á herir viene del mundo la tristeza,
que lejos ¡ay! de lo que tanto ha amado
se inclina fatigada su cabeza.
¡Sueño que un día el alma ha acariciado!
¿Por qué tu halago á abandonarme empieza?
Cual nube de los vientos impelida
te arrastra el infortunio de mi vida.

RICARDO PALMA.

EL DUELO.

(CONCLUYE).

Cuatro fases históricas ha tenido el duelo. La primera fué la superstición de que hemos hablado, nacida en la Escandinavia, según la cual, los combates eran verdaderos agüeros que presagiaban lo porvenir. Las entrañas de los hombres, como las de los animales, descorrían el velo de lo desconocido, y los sacrificadores eran á la vez las víctimas del sacrificio.

Las ordalías fueron verdaderos procedimientos judiciales. Eran los combates judiciarios pruebas reconocidas por la ley y por los jueces, y su resultado hacía fé en el juicio, para que conforme á él se pronunciase el fallo correspondiente. Sin negar la barbarie de este método probatorio, no puede desconocerse que indica algún progreso respecto de la costumbre germánica. Según ésta, combatían los hombres que no tenían cuestiones pendientes, sin interés en la contienda, sin pasión ó empeño que los pusiese en antogonismo personal. Los combates judiciarios no eran más que la forma externa de la lucha legal de las partes, el complemento del pleito empezado ante los jueces, y el final desahogo de pasiones enardecidas por sentimientos encontrados. Los combatientes germánicos eran inmolados por el poder; los de la Edad Media éranlo por su propia voluntad y pasiones. Aquella era la lucha del hombre envilecido; ésta la del hombre rudo, pero digno, que se propone defender sus derechos.

Es preciso considerar, asímismo, que las ordalías eran legales y autoritarias, puesto que estaban reconocidas por los edictos de los príncipes, y eran ordenadas por los tribunales. Los hombres en tales casos no se mataban de propia autoridad, sino que se hallaban investidos de autoridad oficial; eran por sí mismos, ministros de la

justicia pública. Los tribunales fallaban con arreglo á los datos que ellos les suministraban; de suerte que los combatientes eran elementos procesales, tanto como la confesión ó la prueba de testigos.

Los combates germánicos y las ordalías basábanse en la superstición; pero reconocían por móvil un sentimiento religioso, extraviado, es verdad, pero bien intencionado y de ningún modo rebelde. Los combates judiciarios, por tanto, autorizados por las leyes y por los príncipes, convirtiéronse en institución social, y no habrían perdido nunca este carácter, si la Iglesia no los hubiese condenado. La Iglesia fué el arca santa donde se salvaron todos los principios civilizadores del mundo, en las deshechas tempestades de la Edad Media. Ciencias, artes, moral, todo fué recogido y puesto en cobro dentro de esa nave misteriosa que surca las edades desde el remoto horizonte, con destino á playas desconocidas, que se pierden en lontananza. San Avito, San Abogardo y los concilios de Valencia y Trento no dejaron de prohibir y condenar las pruebas judiciarias; y los tribunales eclesiásticos fueron los primeros en dar el saludable ejemplo de no admitir pruebas crueles ni sanguinarias en los juicios.

Vacilaron los reyes largo tiempo acerca del camino que debían de seguir, y al fin abolieron los combates judiciarios y se constituyeron árbitros de la honra de sus vasallos. Matábanse estos cuando placía al monarca, y se daban por satisfechos en su honra, cuando así lo mandaba el soberano. No obstante, como llegaba el tiempo de la lucha contra el feudalismo, y el rey, como representante de la unidad nacional, destruía los señoríos independientes y batalladores de los nobles, estos, sin feudos ya, sin hombres de armas ni mesnadas para hacerse la guerra, adoptaron el combate personal como la última expresión de su independencia.

Esta es la tercera fase histórica del duelo. Perdido el carácter de prueba jurídica que había tenido cuando se realizaba ante los jueces, asumió el de rebelión permanente contra el monarca. Aunque los antiguos señores carecían ya de posesiones y de tropas, aun les quedaba su espada, y en desprecio al rey, la sacaban para vengar sus ofensas, sin llevar ante los tribunales sus querellas, ni pedir venia al soberano, ni arredrarse por sus pragmáticas.

Mírase, pues, que el duelo es vicio nobiliario. Considerábanle las leyes antiguas como privilegio de la gente de alto linaje, y nun-

ca se realizaba entre personas de clases bajas ó desiguales. Sólo entre los *fijos dalgo* estuvo autorizado en Aragón y Castilla; lo mismo en Francia entre los nobles (1); por donde quiera fué el triste privilegio de la gente llamada *bien nacida.*

La revolución francesa, que vino á aniquilar los restos del feudalismo, y tendió al nivelamiento de la sociedad como suprema ambición de sus tremendos esfuerzos, detestó el duelo como herencia maldita de la nobleza. "Nunca han sido las circunstancias más favorables—decía el ciudadano Gorguereau en una obra dedicada á la Asamblea nacional en 1791, sobre los *Medios de destruir radicalmente el duelo;*—el pueblo francés se avergüenza de sus antiguos errores, y renuncia á sus rancias costumbres. ¿Quién puede dudar de que el duelo se funda en la monárquica división de los tres órdenes y en todas las impertinencias del régimen feudal? Arranquemos de nuestros usos el último título de aristocracia, y quemémoslo en el altar de la patria."

El tercer estado clamó ardorosamente contra ese vicio privilegiado, y pidió á la Asamblea que no tuviese indulgencia contra la bárbara costumbre de los desafíos. No obstante esta petición y otras muchas del clero y de los departamentos, ni la Asamblea constituyente, ni la Legislativa, ni la Convención consintieron en expedir leyes especiales contra ese hábito sanguinario; los jefes revolucionarios, dominados por generoso idealismo, creyeron que el cambio de instituciones públicas y el reinado de la democracia, bastarían para poner fin á los duelos, excecrados por la república. Cuando alguna vez se habló de castigar á los duelistas, fué en el lenguaje humanitario y arcaico propio de la época: "Querría—decía el fogoso y patriótico Lanjuinais en la tribuna de la Asamblea nacional—que las armas del duelista fuesen suspendidas á un poste infamante, con esta sentencia que Dios pronunció contra el padre de los homicidas: *la tierra que ha bebido la sangre de tu hermano clama contra tí.* Sería rota la corona cívica en su presencia, y convirtiéndose muy pronto

(1) "Si un hombre de traje talar, un financiero, un mercader ó un burgués diesen un mentís ó infiriesen á un gendarme cualquier otra injuria, haria él mejor en reírse, que en tomarse la molestia de cortarle las orejas. De la misma manera, esas gentes no pueden ofender á un guerrero, supuesto que ellas mismas no son capaces de sentirse agraviadas en caso de ser injuriadas por cualquiera." Scipion Dupleix, *Las leyes militares en materia de duelo,* 1611, citado por E. Cauchy.

en objeto de horror para sus conciudadanos, se vería obligado á decir como Caín: *es mi pena tan grande, que no puedo soportarla.*"

Por lo demás, negándose los legisladores de la revolución á expedir leyes especiales contra el duelo, por repugnancia á seguir el ejemplo de los reyes, y por convicción de que tales medidas tendían á rodear de aureola prestigiosa *ese crimen abominable;* dejaron á los duelistas confundidos con los demás delincuentes, á fin de que los tribunales los condenasen por heridores ú homicidas lisa y llanamente, según el resultado de los lances.

La experiencia vino á demostrar con hechos tristísimos, que no todo salía á la medida del idealismo de los revolucionarios, y que en este, como en otros muchos puntos que abarcó aquel trascendental movimiento de fines del siglo XVIII, las impurezas de la realidad son un factor poderoso que no debe pasar inadvertido la sabiduría de los legisladores. Corrieron los ciudadanos de la República francesa á los armarios monárquicos para mofarse de las antigualias feudales; pero, llenos de pueril alegría ante las espadas de duelo de los nobles, quisieron esgrimirlas á la usanza antigua, y acabaron por destruir los saludables efectos de la reacción democrática en contra de tan odioso privilegio de los antiguos señores. No obstante jamás tuvo aceptación esta feroz costumbre en los buenos tiempos de la república. Hébert insultaba á todo el mundo en su *Padre Duchene;* pronunciaba Dantón discursos furibundos contra sus enemigos; Robespierre acusaba desde la tribuna, de traición y vileza á muchos de sus correligionarios; y en general, todos los oradores y periodistas de aquellos revueltos tiempos usaban términos altamente agresivos para increparse y zaherirse mutuamente. Y no obstante, pocos se retaban é iban al campo á ventilar sus diferencias. Hoy día, por la más ligera de las palabras que se prodigaban aquellos personajes épicos, daríanse estocadas ó balazos nuestros modernos representantes, aun en medio de la paz y la tranquilidad que disfruta nuesta sociedad actual.

Los escasos duelos que se efectuaron en tiempo de la revolución, fueron recibidos con indignada cólera por el sentimiento general. Carlos de Lameth, diputado á la Asamblea nacional y celoso partidario de las libertades públicas, fué provocado y herido en un desafío por M. de Castries, diputado también y enemigo suyo en política. El pueblo, al saber la noticia, asalta lleno de furor el palacio

de Castries y le devasta de alto á bajo, derribando, rompiendo y destruyéndolo todo en venganza de la sangre vertida del popular diputado. Y Mirabeau, desde la tribuna, truena haciendo la apología de aquella jornada, apellidando *furor generoso* al frenesí de destrucción que cegaba á las turbas invasoras.

Algún tiempo después, Chevalier, diputado por Paris, gritaba indignado en la misma Asamblea, que "rumores siniestros se extendían en las provincias, respecto de que había espadachines encargados de atacar á los buenos ciudadanos y de procurar quitarlos de en medio." Estos espadachines eran los duelistas.

Todo aquel que haya recorrido la historia de la revolución, siéntese persuadido de que el espíritu de aquel movimiento democrático fué contrario á los desafíos, aun cuando el vicio haya sobrevivido á la hostilidad de la opinión pública, y á las tendencias de las nuevas instituciones. Bajo el imperio napoleónico comenzó á manifestarse de nuevo ese hábito sangriento, y á la sombra de la restauración volvió á tomar sus antiguas y terribles proporciones. Los emigrados franceses nada olvidaron ni aprendieron en su ostracismo, y al regresar á Francia, llevaron consigo las mismas ideas y costumbres que antes habían tenido. En prueba de no haber recibido lección ninguna de la experiencia, diéronse como insensatos á diezmarse por mano propia bajo Luis XVIII, como se habían sacrificado impiamente durante la menor edad de Luis XIV, época en que sucumbían mil nobles por año en privados combates.

V.

CONCLUSIÓN.

La última fase que ha tomado el duelo es la que tiene en la actualidad; la peor y más irracional de todas. Hoy no es ya superstición, no es procedimiento judicial, no es rebelión de nobles contra el soberano; es algo más descarnado, caprichoso é inexplicable que todo eso: es preocupación, manía, enfermedad moral de la época.

La barbarie germánica y la creencia en los agüeros, disculpan los combates personales de que nos habla Tácito; un misticismo poco ilustrado pudo dar origen á las ordalías; el odio al poder unitario de la realeza, llevó lógicamente á los nobles á trocar en lances privados, sus antiguas discusiones y pequeñas guerras de taifas.

Esas costumbres, por sangrientas que hayan sido, basábanse en convicciones profundas, que se creyeron filosóficas y sociales en los tiempos en que privaron. El germano estimaba sacro rito de su religión, poner frente á frente y á luchar, á un prisionero con un miembro de su misma tribu; pedíales á sus deidades por aquel medio, oráculos que iluminasen ante sus ojos el cuadro oscuro de los hechos venideros, y se postraban llenos de reverencia ante las revelaciones del numen.—Los tribunales de la Edad Media ponían en manos de Dios la causa de la justicia, para que la juzgara directamente. Perplejos sobre á cuál de los contendientes debían dar la victoria, temerosos de cometer alguna iniquidad en sus fallos, declaraban humildes la impotencia de su propio discernimiento, y hacían de la liza un tribunal sagrado, donde la intervención divina debía hacer resplandecer el derecho, á semejanza de lo sucedido en el valle del Terebinto, cuando el combate del pastor israelita con el gigante filisteo. "¡Oh Dios! decían, tú que por medio del fuego haces grandes manifestaciones y libertaste á los niños israelitas de arder en los hornos babilónicos, preteje la causa de la justicia;" y llenos de la persuasión de que la mano de Dios protegería al inocente, no sólo dieron cabida á los combates judiciarios en sus procedimientos, sino á la prueba del fuego, á las del agua y á todas aquellas tentativas de milagro que constituyeron las ordalías.—Los señores feudales, desposeidos de sus Estados, ciudades y castillos, estimábanse víctimas de odiosos atentados de parte de la invasora monarquía. Nutridos en las ideas de épocas apenas pasadas, no admitían superior gerárquico que coartar pudiera el pleno goce de sus derechos señoriales, en los cuales figuraba en primer término, el de hacerse la guerra y llevar á sangre y fuego sus dominios. Privados de sus vasallos y peones, no reconocían en el rey autoridad suficiente para zanjar sus diferencias: llevarlas ante su conocimiento, habría sido consentir en su rebajamiento y destitución; resolviendo por medio de las armas sus querellas, conservaban su fiera independencia, y el ruido de sus espadas y la efusión de su sangre, eran como mudas protestas contra los hechos, y práctico desconocimiento de la autoridad soberana. Sus combates, eran, pues, una lucha política, complot tácito é injurioso contra la majestad de los reyes.

Ahora no nos queda ni el consuelo de creer que los desafíos son actos religiosos, ó jurídicos, ó políticos; bien informados de que no

tienen base racional donde descansar, empleámoslos como medio de zanjar nuestras diferencias personales, sin más razón que la de que todo el mundo los practica. Nadie pretende que el duelo sea un acto moral; todos convienen en que no es camino á propósito para hacer triunfar la justicia; no se toma tampoco como un medio de rebelarse contra el poder, que todos admitimos como legítimo y necesario. Bien abiertos los ojos, con el pensamiento suficientemente ilustrado sobre lo absurdo y salvaje de su íntima naturaleza, lo practicamos friamente, como una verdadera mostruosidad; no como quien espera, sino como quien se suicida, no como quien interroga á la divinidad, sino como quien la desprecia, no como quien defiende su libertad, sino como quien se sacrifica ante la tiranía de una exigencia social. ¡Menguado valòr moral el de los hombres de ahora, que se apartan de la razón, abdican su independencia y reniegan de su destino, por libertarse de las necias hablillas del vulgo ó conquistar el aplauso tardío de una posteridad obcecada y falta de criterio!

Los ejemplos históricos y contemporaneos de los resultados absurdos de estos combates, no tienen valor ninguno á los ojos de las generaciones actuales. ¿Buscais en el duelo la reparación de una ofensa? Pues es cosa corriente que el ofendido, además de la injuria, resulte muerto ó maltrecho en la contienda. ¿Queda con esto lavada la honra? No es posible afirmarlo. El que además de afrentado es herido ó muerto por un enemigo ¡cómo puede quedar libre del agravio! Agregando una causa más de pena y humillación, á la ya existente ¡cómo ha de extinguirse el sufrimiento moral! Sería el único caso en que fallara la lógica y quedara derrotada la aritmética. ¿Cómo puede la suma de dos cantidades hacer disminuir el producto? Recuerdo haber visto una vez á un joven paralítico que era llevado por la calles en un sillón con ruedas; condolido de su suerte, pregunté cuál era la causa que le había conducido á aquella situación, y se me refirió lo siguiente: Casado con una mujer hermosa, fuéle ella infiel, huyendo con un Tenorio. El esposo desafió á su ofensor, y en el terreno de los caballeros, recibió una bala en la espina dorsal, que le privó del movimiento de la parte inferior del cuerpo para todo el resto de su vida. Guardó consigo el seductor á la mujer pérfida, y el esposo, á más de haber sido y continuar siendo burlado, quedó convertido en una rui-

na viviente, propia solo para inspirar lástima. ¡Qué cuadro tan prestigioso de la racionalidad de los duelos! ¡Qué espécimen tan seductor, del estado á que suelen quedar reducidos aquellos que por este camino defienden su honra!

Conocí también á un caballero bueno y estimable á quien todos veían con menosprecio, por no haber querido aceptar un desafío. Este hombre, teniendo que optar entre sus pequeños hijos y la preocupación social, se decidió en favor de los primeros. Parecióle impío abandonar aquellos tiernos seres á la orfandad, á la miseria, á la perdición acaso, por defender su vanidad, y rendirse á las exijencias de un puntilloso egoísmo; y entre él y ellos, entre su amor propio y el amor á los suyos, entre su capricho y la felicidad de los que amaba, optó por esta, por su amor, por su dicha, y se entregó resignado á las murmuraciones y risotadas de la gente frívola. Este hombre sin honor, según el lenguaje acostumbrado, era en sí mucho más estimable que aquellos que, arrastrados por el torrente, todo lo sacrifican á la pueril complacencia de hacer un poco de ruido; pero la opinión ciega y tiránica le exigía que se ofreciese á sí mismo y ofreciese á sus hijos en holocausto ante sus altares, y por haber tenido la entereza de resistirlo, lanzó ella en su contra aquel anatema, semejante á una excomunión social. No pedía menos Moloch, el ídolo de los amonitas, en cuyos candentes brazos debían poner á sus hijos aquellos que se consagraban á su fiero culto.

Los hechos se realizan bajo el predominio de leyes especiales. La justicia, y en general, el orden moral, giran en órbita diferente de aquella en que se agitan los elementos meramente físicos. Hé aquí por qué la fuerza no engendra el derecho ni justifica las faltas cometidas contra la moralidad; por esta razón existe la autoridad en las sociedades, por esta razón existen poderes públicos, y leyes represivas que son aplicadas y ejecutadas por funcionarios impersonales, consagrados al servicio del orden ideal y metafísico, que no puede hacer respetar el hombre aislado; por esta razón las sociedades se conservan, han salido del estado de la barbarie, son civilizadas y progresan. Suprimid la facultad y poderes directores de las evoluciones humanas; suprimid la ley, el tribunal, la fuerza pública, y habréis retrocedido á los tiempos más atrasados de la historia, y veréis cómo por la repetición de los actos desenfrenados de la vida selvática, todo se quebranta y altera en los pueblos: la justicia,

la moralidad, el orden; para dar lugar á un retroceso engañador, de elegante y exquisita apariencia tal vez, mas de fondo monstruoso y decadente.

Las leyes represivas del duelo, reconocen por causa la íntima convicción de los gobernantes, de la absurda ineficacia de tal medio de represión. Si los emperadores, reyes y príncipes, si los parlamentos y congresos no estuviesen persuadidos de que es irracional abandonar la causa del derecho al azar de las armas; no se habrían empeñado en prohibir estos lances sangrientos. Pero una dolorosa experiencia, mil veces repetida, ha venido à establecer la triste demostración de que la justicia perece cuando á tales defensas se le entrega. Carlos VI de Francia permitió á los señores Carrouge y Legris que se batiesen, por creer el primero, que el segundo había asaltado su castillo, cubierto el rostro por una máscara, y había deshonrado á su esposa. Triunfó Carrouge, que fué premiado por el rey, y Legris fué ahorcado como culpable. Algún tiempo después, se averiguó que el malhechor había sido un famoso bandido, y no el desventurado Legris; lo que dió por resultado que el rey, espantado, prohibiese aquel absurdo procedimiento de prueba judiciaria.—Más tarde hubo de permitir Enrique II otro combate singular entre los señores Jarnac y Chateigneraye, enemistados porque aquel diera un mentís á éste. La muerte de Chateigneraye puso al monarca en el colmo de la desesperación, y juró y cumplió no volver á autorizar en su vida ningún otro lance de este género.

Al ver cómo es casi regla infalible, el que resulte vencido en el terreno de las armas, quien tiene la razón, siéntese una especie de extrañeza, semejante á una protesta contra los designios providenciales; sin pensar que es natural que no se halle la justicia cuando se busca por el camino indebido.

El ciego acaso demuestra asímismo con dolorosas enseñanzas, que los seres mejores, los más nobles y levantados por la excelencia de su espíritu, son los que sucumben cuando entran en lucha con los ménos ameritados y valiosos. Así vemos á Alexandro Hamilton, estadista, guerrero, hacendista, una de las glorias más grandes y puras de los Estados-Unidos á raíz de su independencia, perder la vida herido por la mano de Aaron Burr, espíritu vulgar, venal y libertino; á Armando Carrel, uno de los patriotas más intachables y queridos de la revolución francesa del año de 30, caer ante el perio-

dista Emilio de Girardin, intrigante, vividor y de miras estrechas; y á Alfonso de Lamartine, el gran poeta, salir gravemente herido en Italia, por la mano de un oscuro coronel Pepe, que se había sentido lastimado por sus versos. Todo esto nada tiene de extraño. La fuerza, la destreza y aun el valor, suelen no ser patrimonio de aquellos á quienes la naturaleza ha dotado de sensibilidad exquisita, nervios delicados é impresionable y fantástico cerebro. En la lucha brutal de los cuerpos, es lógico que triunfe quien tiene de su parte la superioridad de la materia.

Es indigno de personas que saben pensar y tienen bastante espíritu para obrar con independencia, prestarse á desempeñar algún papel en esas tragicomédias, en que Don Quijote toma las proporciones repugnantes de Caín, y en que, á la ridícula etiqueta de los caballeros andantes, se reune la ferocidad selvática de los bárbaros.

En una república como la nuestra, bajo el imperio de instituciones que han nivelado á todas las clases de la sociedad, es extravagante continuar las tradiciones del tiempo de Mazarino ó de Don Alonso el Sabio, con su gerga indigesta, sus pretensiones nobiliarias y su caricatura de costumbres que pertenecen á la historia (1). Cuando la libertad seinfiltra en la sangre de un pueblo, caen por tierra todas esas grotescas fantasmagorías, y se da lugar á un orden de cosas más regular, culto y humano. Así lo han demostrado y demuestran todos los pueblos libres, desde la Francia revolucionaria, hasta Inglaterra y los Estados-Unidos. ¡Benditas mil veces la libertad y la igualdad, que redimen á los hombres de todas las tiranías, y los hacen más civilizados y dulces!

José López-Portillo y Rojas.

---

(1) Las pretensiones nobiliarias de los duelistas aparecen á cada paso. Seame lícito presentar en comprobación de mi aserto, un hecho ruidoso de que han dado cuenta los periódicos de estos días. El demagogo Enrique Rochefort, aunque intransigente y comunista, acaba de rehusar un duelo con un cómico á quien insultó por la prensa, por no hallarle bastante honorable, y habiendo sido groseramente golpeado por el *artista*, ha insistido en no batirse, como los antiguos nobles de que habla Dupleix.

METEORO.

Pasó como del íris los fúlgidos colores,
pasó como encantada, fantástica visión,
pasó como la brisa resbala entre las flores,
¡oh flor de mis delirios! oh flor de mis amores!
pero su aroma siempre tendrá mi corazón.

Los años han corrido. Mi juventud primera.
marchita ya, se inclina bajo un atroz pesar;
poético entusiasmo mi calma ya no altera;
más ella vive siempre romántica hechicera....
del alma su recuerdo jamás podré arrancar.

Cuán rápida, Dios mío, corrió la dulce historia,
de amor tan infinito, de tanto frenesí!
Después de otras pasiones formar quise mi gloria;
más siempre ella presente se hallaba á mi memoria,
y muertas ilusiones en torno caer ví!

Felices los que olvidan! Para alegrar mis horas,
en mi camino lóbrego hallámosnos los dos....
Pasó ella como pasan de mayo las auroras,
como la blanda mágia de músicas sonoras....
más repercute su eco mi corazón ¡gran Dios!

RICARDO PALMA.

EL PRIMER BESO.

LEYENDA POR ANTONIO ZARAGOZA.

I.

Margarita tenía veinte años. Estaba en ese período en que la niña acaba de convertirse en mujer, y unía á los purísimos encantos de la edad primera, la dulce gravedad del sufrimiento, que bañaba su semblante con la luz de una suave melancolía. Ya en su edad temprana había sentido esas grandes amarguras que Dios reserva para los seres escogidos. El sufrimiento es el puente por donde llegan las almas á la dicha suprema.

Nacida en el seno de una familia opulenta, había visto á la miseria cernerse más tarde sobre su hogar infortunado. A la antigua animación, á la amable sociedad de mejores días, sucedieron en breve la tristeza y el abandono. Aquella familia, altiva en su desgracia, resignóse al dolor; pero no al desprecio, y fueron sus días una serie de inmensas amarguras. Dejaron la ciudad para vivir en apartada aldea. El pobre padre, que habitó durante mucho tiempo espléndida morada, vióse postrado en su miserable jergón por una de esas enfermedades que nunca perdonan. El hombre fué el primero en sucumbir. La madre y la hija, más débiles, tuvieron sin embargo mayor fuerza para resistir el dolor, y sobrevivieron. A veces, en las grandes luchas de la vida, tienen esos tiernos corazones una energía que no pueden quebrantar las penas más aterradoras; y es que Dios les ha dejado en su debilidad dos fuerzas incontrastables: la resignación y la esperanza.

La madre de Margarita lloró mucho la pérdida del que había sido por tantos años su compañero cariñoso. La idea de la separación la aterraba, sentía el ardiente deseo de que la muerte la uniera con su esposo, y, no obstante, pidió á Dios que le alargase la vida; no

podía morir; tenía una hija, y era preciso que la pobre huérfana no quedara desamparada en el mundo.

¡Cuántas veces en esa hora tristísima de la tarde en que el sol se oculta en lontananza, las dos mujeres lloraban abrazadas, y se hundían en el abismo sin fondo de su desgarradora tristeza! ¡Lloraba aquella anciana de cabellos emblanquecidos por el infortunio, y lloraba aquella niña sin ventura, calcinando con su ardoroso llanto las flores primeras de su juventud sombría!

Una labor penosa ocupaba durante el día todo su tiempo. Entonces disfrutaban esa especie de dicha que se llama olvido. Esperaban con ansia que sonase la hora del trabajo y veían con tristeza que las sombras de la noche viniesen á poner punto á sus ordinarias tareas. De vuelta en su pobre hogar, rezaban fervorosamente por el alma adorada del que yacía en la tumba. Después, solas enteramente, porque no gustaban de reuniones, entregábanse á sus dolorosos recuerdos. A veces, guiadas ambas por noble impulso, fingíanse alegres, hablaban con volubilidad de sus ensueños, de sus ilusiones. Ocultaban su dolor con la máscara del alborozo, y resonaba en la tristeza de la pobre casa, una conversación regocijada, como resuena en la soledad de un cementerio el dulce trino de las aves. Entonces aquellos hermosos cuadros de imposible bienandanza hacían más horrible su desgracia presente, y la desdichada anciana, enjugando á hurtadillas sus lágrimas, decía con voz entrecortada:—¡"Si todavía podemos esperar! Vamos, hija mía, es preciso que nunca lloremos!"—Y Margarita, ahogada por el llanto, que en vano quería reprimir, le contestaba:—"¡Si yo nunca lloro, si aun podemos ser muy felices!"

Otras veces la anciana, sintiéndose oprimida por incurable amargura, exclamaba:—"Margarita, hoy me siento contenta; cántame aquella balada que tanto me embelesa." La joven cantaba con voz melodiosa; pero con el eco de un dolor sin esperanza. ¡Cuán bella resonaba su voz en medio de la calma de la noche! El mérito del arte más elevado se unía á los encantos de un timbre argentino y de una expresión fascinadora. Entregada al éxtasis de la música, la joven dejaba que su alma se elevara al cielo sobre las alas de aquellas notas angelicales. Dejaba que la ola armoniosa arrastrara sus tristes pensamientos, como arrastra un límpido arroyuelo las flores marchitas.

La madre lloraba en silencio y secaba sus lágrimas con presteza, murmurando:—¡"Que no sepa mi hija que he llorado!" Y al mismo tiempo Margarita se volvía de espaldas para enjugar su llanto, diciendo:—"¡Que no sepa mi madre que he llorado!" ¡Santo misterio de los amores puros! ¡Impulso delicado de corazones generosos!

Una tarde en que la triste anciana había salido sola, no regresó á la hora acostumbrada. Esperábala Margarita, con angustia á cada momento más abrumadora, y su madre no volvía. Cuando ya había anochecido y la joven ansiosa iba á salir para buscarla, se presentó la anciana en la casa, apoyada en el brazo de un gallardo mozo, que saludó al entrar con la más exquisita cortesía. La madre estaba muy pálida y tenía en el rostro las huellas de un mal profundo

La joven llena de inquietud le dijo:

—Madre, qué tienes?—has tardado mucho, y en tu semblante se nota un hondo sufrimiento.

—Tranquilízate, hija,—murmuró la anciana,—creo que ya todo habrá pasado. Rezaba como de costumbre en la iglesia, cuado fuí presa de una debilidad extraña; pero tan extremada que sentí que la vida me abandonaba. Vértigo espantoso turbó mi cerebro, y permanecí algún tiempo sin sentido. Recobrada al fin, salí trabajosamente, y no sé si mis fuerzas me habrían permitido llegar hasta aquí. Felizmente me encontré al salir de la iglesia á este joven, quien me preguntó con la mayor deferencia si estaba enferma, é insistió políticamente en acompañarme, lo que en el alma le agradezco.

—En alto grado me complace, señora—dijo el joven,—haber prestado á vd. ese ligero servicio; ninguna gratitud merezco, y menos cuando estoy suficientemente compensado con el placer de haber conocido á esta hermosa señorita, que es sin duda alguna hija de usted.

Después de breve pausa, continuó el joven:

—Me llamo Federico Arjona; soy estudiante de medicina; he venido á pasar los tres meses de vacaciones, y bendigo á mi fortuna por haberme deparado el día mismo de mi llegada, la singular complacencia de conocer á ustedes. Si mi escasa ciencia en el arte de curar es útil á la señora, me consagraré en cuerpo y alma á aliviar sus males, y si los servicios de un amigo son gratos á ustedes, me dedicaré desde hoy á merecer ese honroso título.

—La cortesía de usted,—respondió la madre de Margarita,—le hace acreedor á nuestra estimación y á nuestro cariño, y si la compañía de unas pobres mujeres abandonadas no asusta á usted, esta asa está completamente á sus órdenes.

Inclinóse Federico y cambió con la anciana algunas frases de urbanidad. Margarita nada decía. Los más encantadores pensamientos bullían en su alma; asaltábala el negro presentimiento de que su madre estuviese gravemente enferma; la idea de una nueva desgracia la espantaba; y, empero, la presencia de aquel joven le causaba una emoción de que no podía darse cuenta. La fisonomía abierta y simpática de Federico, parecíale seguro indicio de un corazón generoso. El haber acompañado á su madre enferma, se le figuraba una acción inspirada por la más exquisita delicadeza de sentimientos. No se imaginaba que la cortesía hiciese servicios que ella creía propios solamente de la bondad. Además, aquella voz vibraba tan agradablemente en sus oídos no acostumbrados al eco de sus galanterías, que ella se sentía impulsada hacia Arjona por fuerza irresistible y misteriosa. Su turbación era extremada y apenas pudo balbucear algunas palabras de gratitud cuando el joven se retió, no sin haber prometido que volvería á informarse del estado de la enferma.

Aquella noche, mientras que la infeliz anciana, presa de penoso insomnio, se debatía en su lecho, Margarita dormía tranquilamente, y, por vez primera, alegraron su sueño radiantes fulgores y celestiales armonías.

II.

Volvió Federico á visitar repetidas veces aquella casa. La nueve belleza de la joven le había impresionado hondamente, á pesar de que su carácter no era de suyo inclinado á románticas tristezas. La salud de la anciana decaía visiblemente desde el día en que Arjona la había acompañado. Pronto le fué preciso permanecer en el lecho, y conoció que se moría. Llenábase de pesadumbre, no por ella, que al fin iba á realizar el ensueño de su viudez, sino por la pobre

Margarita, cuya alma entenebrecida ya por infinitas amarguras, iba á sufrir en breve el más grande dolor de la existencia.

Arjona le prestó en aquellos días tristísimos los servicios más eficaces como facultativo y como amigo. La anciana le quería ya entrañablemente, y Margarita, la pobre alma opaca, le amaba con delirio. La joven, destrozada por el dolor, que jamás había sentido antes, á pesar de su juventud, abrirse su corazón á las blandas voluptuosidades del amor, amó cuando su suerte era más infortunada que nunca, y su pasión nació cuando moría su madre. La dulce armonía del amor vibraba en su oído cuando sus ojos vertían abrasadoras lágrimas. Aquella noble mujer tenía un corazón inmenso. Su naciente amor á Federico, en nada amenguaba el cariño apasionado que á la anciana tenía. El amor y el dolor llenaban su alma, y á las dos deidades rendía á la par fervoroso culto.

Nunca habían hablado de su cariño los dos jóvenes. Una noche en que la anciana había logrado dormirse tranquilamente, Federico y Margarita, sentados en una extremidad del aposento, conversaban en voz baja, y eso los obligaba á juntar sus sillas.

La extensa habitación se hallaba en una semioscuridad que en vano trataban de dicipar los rayos vacilantes de una veladora que ardía en la mesa de noche, junto á la cama de la enferma. Sobre esa mesa se veía una imagen de la Virgen de los Dolores, en que resplandecía la sublime tristeza de aquel corazón despedazado por tantas desventuras. En el extremo opuesto había una gran ventana por la cual entraban los rayos melancólicos de la luna. Esa vetana daba al campo, y, á través de las rejas, llegaban á los jóvenes los penetrantes olores de la pradera. Un silencio solemne reinaba en la campiña adornada con las galas de una vegetación exuberante. Mil y mil flores embalsamaban con su perfume el céfiro nocturno. La luna iluminaba blandamente aquella extensión desierta; blancos girones de nubes cruzaban por el cielo, como almas desprendidas del mundo, que vagaran en el espacio impulsadas por un amor indefinible; oíanse esos variados rumores de la soledad, que nadie sabe de dónde vienen. Las estrellas brillaban en la inmensidad azul, como lágrimas luminosas del angel de la tristeza.

¡Qué noche! en el blando vuelo de la brisa se creía sentir el levísimo beso de seres invisibles. En el suave murmullo que se alzaba de la pradera parecía oírse rumor lejano de alas desplegadas, ecos

perdidos de dulcísimas palabras, notas desprendidas de músicas celestiales. En la pálida luz de la luna semejaban bullir en confusión incesante, millares de genios misteriosos, aéreos, trasparentes, ideales. ¿Tiene la noche el poder de fascinarnos hasta hacernos creer que algo celeste nos circuye, ó se acorta en sus calladas horas la distancia que separa á la tierra del cielo?—¡Quién sabe! pero en la calma melancólica de esos instantes tan hermosos, se siente el cuerpo más ligero; los sentidos, más despiertos, experimentan extrañas sensaciones incomprensibles, y el alma se siente con alas para volar triunfante por los espacios infinitos. Así como los rayos del sol hacen brotar de los pantanos vapores trasparentes y puros, los rayos de la luna hacen brotar de las almas, encerradas en la impura cárcel del cuerpo, elevados y nobles pensamientos.

Margarita y Federico hundían su mirada en aquella inmensidad fascinadora. Seguían hablando en voz baja, y había en sus palabras el eco de una emoción encantadora y nueva. Brotaban de sus corazones, como de la extensa campiña, perfumes deliciosos, y surgían de sus almas, como del cielo inmensurable, arrobadoras armonías. Sentían el encanto de la noche; la voz de la naturaleza resonaba con íntima simpatía en aquellos seres apasionados.

(Concluirá).

A MEDIA LUZ....

La tarde estaba oscura...... ¡El aire frío!
Fúnebre precursor de la tormenta,
Del cementerio umbrío
Escalaba la tapia amarillenta
Cual eco sordo de lejano río.
En lo más solitario,
Allí, casi sin luz......junto á la ermita
Que corona el humilde campanario,
Al pié de un sauce que á su puerta crece,
Adornada de lámparas y cruces,
Una capilla lúgubre aparece,
Con paños negros y llorosas luces;
Todo en silencio y soledad yacía!
A intérvalos tan sólo se escuchaba
El rumor de la cera que crugía,
O el triste campanario que doblaba
Por la que nunca más despertaría.
Sus amarillas manos ví sujetas
Con lazos oprimidos,
Y el cárdeno matiz de las violetas
Dibujaba sus párpados vencidos.
Cuando muerta mis ojos la veían
Sin conocerla en llanto se anegaban,
Y los ecos del aire me fingían
Los gritos con que al mundo la llamaban
Los que ya para siempre la perdían.
Al nivel de su oscura cabellera,
Y al fulgor de la lámpara oscilante,
Ví una cruz que guardaba en su madera

De una madre la lágrima postrera
O el último suspiro de un amante.
Angel ó virgen que cual flor temprana
Marchita yaces en la tumba fría,
Bajo los brazos de la cruz cristiana;
Ahora que no despierta
Tu cándida hermosura,
Ahora que estás abandonada y yerta
Y que la noche te hallará cubierta
Con el polvo de estrecha sepultura;
Ahora que el dedo de la muerte fría,
Desvaneció la luz de tu mirada,
En que un amante en su expansion soñó
Ver su tierna inquietud recompensada,
Yo, extranjero, ignorado peregrino,
A tus amores y á tu suerte extraño,
Ante tu oscuro féretro me inclino,
Y hoy que nadie se encuentra en tu camino
Yo sólo en tu sepulcro te acompaño.

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

AURA

Tímida brisa de la triste noche!
Tú, que á la patria de mi sueños sigues,
lleva á la hermosa por quien pena el alma
mi íntimo duelo.
Dila que, lejos de sus ojos dulces,
no hallo colores en la luz de oriente;
dila que, al que ama con pasión tan honda,
muerte es la vida.
Dila que, siempre de su afecto digno,
una existencia tormentosa arrastro;
dila mis penas infinitas, dila
cuánto la adoro!
Vé, mensajera misteriosa......¡ Vuela!
Los rizos blondos de mi amada mece
y en ellos, tierno, palpitante, grato,
déjala un beso.

RICARDO PALMA.

EL PRIMER BESO.

LEYENDA POR ANTONIO ZARAGOZA.

(CONCLUYE.)

A pocos pasos de distancia la anciana, tan cerca ya de la eternidad, acaso veía en su profundo sueño las grandes recompensas que el cielo guarda para las almas purificadas por el sufrimiento. ¡Ellos estaban despiertos y, empero, soñaban! Soñaban en mil cosas dulcísimas y extrañas; sentían la vida del cielo. Hablaban, y tenían sus palabras eco de inefable ternura. Callaban, y sus almas seguían su mudo diálago. Había tanta elevación y pureza en aquellos dos corazones, que acaso los invisibles genios de la noche, volando cariñosamente en torno suyo, recogían sus palabras para llevar á la altura la candorosa expresión de tantos votos apasionados.

Federico, audaz y enérgico hasta entonces, sentíase subyugado por el irresistible encanto de la joven, y su alma varonil se plegaba ante aquella alma delicada. El amor los dotaba de una misma pureza de sentimientos, de idénticas aspiraciones, de iguales ensueños. En esa noche sus dos almas unidas en un propio éxtasis, sentían la necesidad imperiosísima de fundirse en una sola, y pedían al par á la esperanza que les diese sus alas para cruzar en callado vuelo la inmensidad inexplorada. Su sér crecía, se dilataba, se esparcía en los átomos luminosos, cediendo á la atracción de la altura. Cuando sus almas se impregnaron de esa pasión poderosa que la noche exhalaba á torrentes, cuando sus corazones palpitaron con la vida que latía en la naturaleza toda, sus voces se extinguieron, porque el lenguaje no tenía ya palabras para traducir aquellos arrobamientos, corrieron de sus ojos lágrimas de felicidad, y, después de mucho tiempo, Federico oprimió dulcemente la mano de Margarita, y con

una voz en que vibraba su inmensa pasión, le dijo muy quedo: —"¿Me amas?" Y ella, ruborizada, con la irradiación de un amor infinito, le contestó suavemente, pero tan bajo que no pudieron oirla ni los ángeles de la noche:—"Te quiero con todo mi corazón."

Ellos callaron; pero surgió de la espesura el canto armonioso de las aves que despertaban; llenó el espacio el perfume de las flores que abrían sus broches; una explosión de luz disipó las últimas sombras de la noche; el himno universal de la naturaleza, en que se confundían todas las bellezas terrenales, resonó como un hosanna majestuoso. Era la aurora; la tierra, como si fuese un corazón inmenso, palpitó con una vida poderosa, y el sol resplandeció en el Oriente.

III.

Margarita despertó de sus ensueños de amor con la gravedad del estado en que se hallaba su madre pocos días después. La anciana se moría sin remedio; en vano la ciencia y el cariño agotaban sus recursos. Así como en otro tiempo la desgracia había asido aquel pobre sér para torturarle con mil dolores, así la felicidad se apoderaba después de aquella mártir para llevarla á las dulzuras del cielo.

La anciana sonreía ante el espectáculo de su apoteósis; pero lloraba por su hija. Recibió todos los auxilios de la religión; hubo en torno de su lecho esa atmósfera de santidad y de pureza en que envuelven á las almas buenas la creencia y la esperanza. No hablaba ya; se despidió de su hija con una mirada más expresiva que las palabras, y cuando Margarita le decía sollozando:—"Madre, pídele á Dios que me reuna muy pronto contigo!"—le estrechó la mano tiernamente, dió un beso al crucifijo, y exhaló el último aliento. Una majestad incomparable brilló en su rostro. Aquellos labios que nunca sonrieron con los placeres de la vida, se dilataban con la augusta sonrisa de la felicidad eterna.

Margarita cerró sus ojos, besó su frente, y oró fervorosamente toda la noche, llorando con una amargura sin consuelo. La aurora, que pocos días antes había alumbrado su dicha colmada, alumbró entonces su horrible desventura.

Federico cumplió hasta lo último con sus deberes de amistad he-

cia la anciana. Acompañó á Margarita en su honda tristeza. Quiso de pronto consolarla con palabras de cariño; pero cuando comprendió que para los grandes dolores no hay más consuelo que la esperanza, no dijo ya nada y unió silenciosamente sus lágrimas á las de la huérfana.

La joven estuvo durante mucho tiempo aniquilada por el infortunio. Casi insensible á los cuidados de la vida, sólo tenía conciencia para sufrir. Su amor estaba como amortiguado por aquel rudo golpe, aunque ardía en el fondo de su corazón con pertinaz violencia. Había la soledad de Margarita puesto límite á las frecuentes visitas de Federico, pues ni el decoro autorizaba tanta familiaridad ni la joven quería apartarse un punto de sus dolorosas ideas.

A medida que los días pasaban el amor de Margarita crecía con ímpetu indomable, y mientras el tiempo daba consuelos á su desdicha la pasión añadía incentivos á su cariño. Y, ¡cosa extraña! en Federico no sucedía lo mismo. Comprendió que aquella mujer estaba herida para siempre por el dolor, y mal se avenía él, joven y lleno de esperanzas, con un amor que parecía tener sus raíces en una tumba y que estaba oscurecida por la sombra de la muerte. Era comunicativo y franco, y, pasado el primer deslumbramiento de cariño, notó que era ella silenciosa y reconcentrada. El, que antes la amó sin reflexión, preguntábase entonces si sería capaz de hacerla feliz, y, sobre todo, si Margarita podría asegurarle una felicidad perdurable. Creíase lleno de abnegación y estaba rebosando egoísmo. Achaque antiguo ha sido en naturalezas flacas y egoístas el buscar en agenas causas disculpas para la propia falta.

Federico no era malo; pero tenía la desgracia de no poseer un gran corazón. Ante las leyes sociales no cometía ningún delito; mas era un gran reo ante las leyes del amor. Tenía un tesoro en aquella mujer y agotaba su mente en buscar razones para huir de ese tesoro que él no supo comprender. Siempre han purgado los seres egoístas, por impensados caminos, su ciega obstinación, y han sido los primeros en labrar su propia desventura.

El, que veía antes con terror acercarse el fin de las vacaciones, le esperaba entonces con secreta impaciencia. ¡Pobre Margarita!

Ella le amaba siempre. Le amaba del mismo modo, porque cuando la pasión llega á su plenitud, ni consiente grados ni experimenta variaciones. Aquella alma reconcentrada y triste se dilataba en un

amor supremo. Esos seres superiores no aman más que una vez; pero aman para siempre.

Es el amor, por lo general, fuente fecunda de dulcísimas venturas; empero, cuando tiene su asiento en almas tan apasionadas como la de Margarita, conduce á los dos más opuestos extremos: ó proporciona dicha inmensurable ó acarrea dolor eterno. La joven estaba predestinada al sufrimiento, y fué infeliz hasta en el amor, que se considera como la más grande de las dichas humanas.

Federico continuaba hablándole de su cariño, y, ella, que tan claro veía en otras cosas, tenía en ese respecto tupida venda sobre los ojos. El amor es una inmensa hoguera, y más ciegan que alumbran sus rayos esplendorosos. Margarita creía, porque quería creer, porque necesitaba creer.

Veíanse á intervalos, y la joven temblaba espantada al pensar que Federico tendría en breve que dejarla. Disfrutaba con ansia dolorosa esos últimos instantes de dicha, concentrando en ellos su vida, como si quisiera suplir á la duración con la intensidad, y conmover al tiempo con la profundidad de su pasión.

Llegó por fin la víspera de la partida de Federico. Esperóle ella en la ventana por donde había visto tan inefables bellezas aquella noche inolvidable. No brillaba la luna con espléndidos fulgores; medio oculta entre las nubes esparcía apenas melancólica y tenue claridad. Un silencio imponente reinaba en la pradera. El cielo casi blanco y la luna velada tenían una palidez siniestra. Soplaba fría y desagradable brisa. Margarita lloraba, Federico estaba conmovido.

—¡Mañana!—dijo ella con voz entrecortada.

—¡Mañana!—contestó él lacónicamente.

Mañana,—añadió Margarita,—habrá entre nosotros mucho espacio, mañana, que no me verás ya, el olvido comenzará á ofuscar mi recuerdo en tu corazón. Nací predestinada á hondas tristezas; ha sido el dolor compañero inseparable de mi vida; he aprendido á sufrir y, empero, yo que me he resignado á tantas amarguras, conozco que no podría resignarme á tu olvido. La muerte del cuerpo me halaga; mas la muerte del alma me horroriza, y tu olvido sería la muerte para mi alma.

—Pero,—respondió Federico,—¿cómo puedes pensar en que te olvide?—¿no eres acaso la encarnación de las más bellas ilusiones de

mi juventud? A pesar del tiempo, á pesar de la distancia, tu recuerdo vivirá en el fondo de mi alma, y tu nombre es una melodía que encantará eternamente mis oídos y mi corazón. En el lugar más hondo de mi pecho, allí donde tiene su nido todo lo casto, lo ideal, lo elevado, mientras me quede un soplo de vida palpitará tu imagen.

—¡Si fuera eso cierto!—añadió ella con una melancolía profunda,—si no me has de olvidar, la ausencia no es mal tan grave. La separación de los cuerpos en nada aleja á las almas. Nuestros pensamientos cruzarán el espacio y mantendrán nuestros seres en comunicación constante. Pero tú, cuando te encuentres lejos de mí, vas á olvidarme; lo sé, lo siento, casi lo veo. Estoy tan acostumbrada á las penas, que la dicha es para mí cosa extraña y casi inverosímil. En medio de mi tristeza vino tu amor á embelesarme; y mi mal destino fué vencido; pero quiere ahora su venganza; trabajo por mi desventura, y, creeme, mi mal destino es omnipotente. Tan unida está mi suerte con la tuya que á veces creo que así como decides de mi felicidad vas también á decidir de mi vida. Hay momentos en que pienso que voy á morir á tus manos, y me estremezco de dicha, porque tu amor, abriéndome las puertas del cielo, es para mí la ilusión suprema. La muerte es la más grande de las venturas, y la muerte me vendrá de tu mano. Esta idea me enloquece.

La joven hablaba con tan rara agitación, con ademán tan sombrío, que Federico, con ser poco asustadizo, se estremeció á pesar suyo.

—Cálmate, Margarita,—exclamó con acento cariñoso,—esa agitación hace mal á tu cuerpo y á tu espíritu. Desecha delirios tan extraños y no turbes con infundados temores nuestra última entrevista. Antes que atentar á tu vida haría yo mil veces pedazos mi propio corazón. Tu ventura es para mí más necesaria que la misma mía. Te amo y te amaré toda mi vida. En vez de darte la muerte, que es la eterna sombra, te daré la felicidad, que es la luz infinita. El que ama cree; creeme, y no te dejes dominar por vanas alucinaciones.

—Te amo tanto,—dijo Margarita con acento profundo,—te amo tanto que te creo. Si á pesar de eso me olvidas, no temas por mí; no sufriré mucho tiempo; tu olvido me hará tambien dichosa, por que tu olvido me matará........

Federico se esforzó en calmarla, apuró toda su elocuencia para

convencerla, derramó á torrentes en sus palabras ardor, cariño, esperanza. Y ella, que tanto deseaba dejarse convencer, acabó por creer cuanto oía, y fué nuevamente feliz; pero feliz en su última entrevista, feliz un momento para llorar mucho tiempo después.

—Dame un beso!—dijo él apasionadamente.

—Hoy no,—contestó Margarita,—cuando volvamos á vernos. Sea cualquiera nuestra suerte, te juro que no moriré sin darte un beso.

Fingía Federico amor profundo; y en vez de avergonzarse de su falsía, creíala necesaria é inspirada por la bondad más pura. Hallábase grande y digno de elogio. Era de esos seres que por no arrepentirse de sus faltas se divierten honradamente en hacer la apoteósis de sus errores.

Hablaron mucho tiempo. Ella estaba tranquila, creía, esperaba. Formaron mil proyectos para el año siguiente en que debía Federico volver á la aldea á pasar sus vacaciones. Partió éste al fin, y cuando el sol llenó de luz á la tierra, el dolor llenó de sombras el alma de Margarita.

IV.

Federico se sintió feliz en la ciudad al recobrar su vida intelectual. Era sobresaliente en sus estudios y daba con su saber títulos de gloria á la Universidad. Estudió con ahinco y buscó en la ciencia sus ordinarias distracciones. Era un poco materialista; doblegábase ante esa debilidad de algunos médicos, que, asombrados por la perfección de la máquina humana, niegan el alma porque no la sienten palpitar bajo su escalpelo. Flaqueza ordinaria de los que se proponen creer solamente en las cosas que se pesan y se miden. No era ese espíritu investigador y frío, capaz de comprender la ideal grandeza del amor, y sucedió lo que era de esperarse: Federico olvidó completamente á Margarita, y revistió como siempre su mala acción con los caracteres de la lealtad y la conveniencia.

La pobre joven esperó un año entero entre lágrimas y suspiros. Llegó la época de las vacaciones, y palpitó su corazón lleno de ansiedad. Pasó un día y otro día, y Federico no vino. Ella sabía sufrir y sabía esperar. Pensó que alguna causa insuperable le ha-

bría impedido volver. No quiso creer en su traición; las almas grandes no conciben el olvido.

Pasó otro año, tornó el tiempo de las vacaciones, y Federico, entregado á sus ideas de ambición y de estudio, no pensó en ir á ver á Margarita. "No soy digno de su amor,—decía,—que me olvide y ame á otro que la comprenda. Mi deber es no volver á verla." ¡Eterno egoísta! ¡Creía que quien ama puede olvidar! Casi merecía Federico que se le llamara, como Santa Teresa al diablo: "ese infeliz que no puede amar."

Llegó la época en que debía recibirse de médico. Terminado uno de sus exámenes postreros, reunióse con sus compañeros en una sala del hospital en que estudiaban prácticamente, para celebrar con alegres libaciones tan próspero acontecimiento. El entusiasmo llegó al último límite; lo que fué al principio bulliciosa alegría, convirtióse después en embriaguez desenfrenada. Los vasos, sostenidos por manos vacilantes, se rompían con estrépito; oleadas de vino caían sobre el mantel. Las sillas rodaban por el suelo. Los estudiantes, ebrios ya, gritaban todos á un tiempo, queriendo cada uno de ellos apoderarse exclusivamente del derecho de hablar; se abrazaban, se tuteaban, jurábanse amistad eterna.

A medida que el día espiraba, el cielo, antes tan limpio, se cargaba de negros nubarrones, y rugía el trueno, y brillaban los relámpagos. Pronto la noche, sombría y espantosa, cubrió el mundo como un inmenso paño mortuorio. La lluvia cayó á torrentes; los rayos, con aterrador estruendo, hendieron el espacio; los elementos enfurecidos amenazaron destruir la tierra.

Empero, los brindis continuaron. El carácter ligero en unos, y en los más el miedo de retroceder, hicieron que la orgía continuase. Un estudiante se levantó trabajosamente y dijo con voz ahogada: "Amigos: se ha brindado por el amor y por la dicha. Yo quiero templar mi alma en ese formidable espectáculo de la tempestad desencadenada, y brindo por la muerte, que es el olvido de los cuerpos, y por el olvido, que es la muerte de las almas."

Aquel lúgubre brindis produjo un efecto siniestro. Aun los más aturdidos de los alegres jóvenes sintieron que un frío glacial corría por sus venas al oír esas palabras pronunciadas cuando la tempestad redoblaba su fuerza. Federico recordó su traición y tembló hasta la médula de los huesos. Un dolor agudo traspasó su corazón,

sintió un frío de muerte por todo su cuerpo, parecióle oír en lontananza algo como el estertor de la agonía; pensó en Margarita, que acaso moriría abandonada.—¿No le había dicho ella también que el olvido era la muerte?

Extraño vértigo embargó sus sentidos; ideas de aniquilamiento turbaron su cerebro. El, tan audaz, tan incrédulo, sintióse presa de un pavor invencible.

En aquel momento, en medio del fragor de la tormenta, se oyó no muy lejos el lúgubre son de una campana. Ese tañido significaba que alguien acababa de morir en el hospital.

Federico sintió que su razón se ofuscaba; delirante, fuera de sí, se puso en pié, empuñó una gran copa, y, vaciando de un trago su contenido, gritó roncamente:

—¡Por la muerte y por el olvido!

Todos se levantaron para secundar su brindis. En aquel momento un rayo cayó á poca distancia. Relámpago deslumbrador iluminó los lívidos rostros de los estudiantes y un trueno espantoso hizo temblar el edificio hasta sus cimientos.

V.

La reunión terminó; el espanto fué superior á la embriaguez, y todos se retiraron. Federico quedó solo en su cuarto, y procuró dominar su terrible emoción recordando que en breve debería sufrir su último examen, y que le era preciso verificar algunas observaciones sobre un cadaver para escribir su tesis. Haciendo un esfuerzo salió del aposento y se dirigió al anfiteatro.

La tempestad aun no cesaba. El relámpago, iluminando aquellos inmensos y oscuros corredores, hacía ver á Federico extrañas figuras lívidas, aereas, vagarosas. Avanzaba con una bujía en la mano; la sombra de su cuerpo y el ruido de sus pasos le hacían extremecer creyendo que alguien le seguía. Entró al anfiteatro; tres ó cuatro cadáveres ostentaban sobre las mesas sus formas rígidas y aterradoras. Por primera vez en su vida, Federico tuvo miedo á los muertos. No obstante, tenía necesidad de estudiar la región del corazón y avanzó hacia la mesa en que de ordinario practicaba sus

operaciones. Como había encargado, estaba sobre ella un cuerpo cubierto enteramente por un blanco lienzo. Federico tuvo miedo de ver el rostro; tembló al pensar en aquellos ojos, abiertos, dilatados, sin mirada, y sólo descubrió el pecho del cadaver. Era el de una mujer, blanca, de piel fina, pero demacrada por el sufrimiento ó la enfermedad.

Empuñó el cuchillo, y, reuniendo todo su valor, hizo una profunda incisión en el pecho.—Un grito horroroso, un grito de dolor, de agonía, de desesperación, resonó lúgubremente en el anfiteatro. Aquel cuerpo rígido se enderezó con violencia, su rostro quedó descubierto, y Federico reconoció á Margarita, á Margarita, que habiéndole ido á buscar á la ciudad, cayó enferma, marchó al hospital, y, por la indolencia que suele reinar en esos establecimientos, fué colocada en la plancha como un cadaver cuando sólo un paroxismo la hacía parecer muerta.

La herida la hizo volver en sí, y tuvo fuerzas para incorporarse. Cuando vió ante ella á Federico con el cuchillo ensangrentado en la mano, le reconoció, aunque su aspecto casi nada tenía de humano, porque el terror le había aniquilado.

—Federico:—dijo ella con voz ahogada,—mis presentimientos no me engañaron; muero á tus manos.—¡Dame un beso!

El estudiante inmóvil, fuera de sí, sentía en el cerebro un martilleo horrible; nubes de sangre velaron sus ojos, temblor espantoso sacudió su cuerpo.

Margarita le echó los brazos al cuello; hizo un esfuerzo supremo, colocó sus labios sobre la frente de Federico, y le dió un beso: el primero, el último, el único. Después una oleada de sangre brotó de su pecho; exhaló un suspiro, y cayó de la mesa estrechando fuertemente con los brazos al estudiante, que rodó por tierra, enlazado á aquel cuerpo helado é inerte.

Y al estruendo del rayo, al resplandor del relámpago el alma de Margarita se lanzó á las sombras de la eternidad, y la de Federico se hundió en los abismos sin fondo de la locura............

LA MUÑECA.

Paráfrasis de "La poupée" de Ed. Pailleron, leída en el Liceo Hidalgo por su autor, miembro honorario de esa Asociación.

A Juan de Dios Peza.

Juega á la dama mi hija pequeñita
y se dispone á hacer una visita.

Componen el vestido que la adorna
prendas extravagantes;
de su madre el sombrero lleva puesto
y calzados los guantes.
Con sus aires de reina destronada,
no marcha, se desliza salerosa,
y á veces se detiene alborozada
escuchando gozosa
el fru-fru de la falda que la sigue,
falda que tiene cola y es de seda,
y que al andar entre sus piés se enreda.

Como está sola, se habla y se responde.
¿Sola?...... Mas no lo está, que la acompaña
una cosa, no, un sér de forma extraña
que entre sus brazos, cuidadosa, esconde.
Es un objeto raro, indescriptible,
un objeto increíble:
resto de una muñeca
informe, por los choques destrozada
y por mil y mil besos deslustrada.
Siendo de sus juguetes el más feo

y estando usados, sucios sus pañales,
es el que élla más ama;
lo acaricia, lo llama,
le prodiga cuidados maternales,
le da amorosos nombres......
¿Por qué? ¿Cómo explicar tales cariños?
¡Son enigmas las almas de los niños
lo mismo que las almas de los hombres!

Toma á lo serio su papel, no juega.
Con una gravedad encantadora
á la puerta se llega.
—Tan, tan.
—¿Quién es?
—Yo soy.
—¡Usted, señora!
¡Dichosos ojos que la ven!
—Si viera
con qué dificultad logro escaparme!
Ya sabe usted, nosotras las mujeres
siempre hemos de tener muchos quehaceres.
—Mas al fin viene usted á visitarme.
Se lo agradezco.
—¿Y cómo están los chicos?
—Están mucho mejor.
—¿Tiene usted cuántos?
—Yo, doce.
¡—No creí que fueran tantos!
Deben estar algunos ya muy grandes.
—¿Usted no los conoce?
Pues una misma edad tienen los doce:
Doce años.
—Buena edad.
—Sí, y me consuela
que aunque son muy traviesos, insufribles,
todo el día lo pasan en la escuela.
Mas tengo mucha pena por ahora;
cuatro están descompuestos.

Y cuántos tiene usted?
—¡Ah yo, señora,
no tengo más que uno.
(Y, con orgullo,
de su muñeca presentó los restos.)

—A ver. ¡Oh, qué bonito! ¿Es una niña?
—No.
—¿Es un niño?
—Tampoco.
No es nada: es mi hijo el más querido,
y eso basta. ¿Y qué quiere usted que sea
mientras no esté vestido?
Además, usted sabe, los varones
suelen salir de índole muy mala,
se montan á caballo en los bastones
y destrozan los muebles de la sala.
¿Y las niñas? Las niñas son muy buenas,
muy dóciles, mas dan profundas penas:
se casan y se van! Yo necesito
que sea muy feliz, y, para ello,
no es hombre ni mujer...... ¡pobre angelito!

Y estrecha cariñosa entre sus brazos
de su rota muñeca los pedazos.
Su mirada intranquila
clava en aquellos ojos sin pupila,
y, verdaderamente, me parece
al mirarla jugar, desde la puerta,
que en aquella alma pura que amanece
una inmensa ternura se despierta.
Aquel objeto de madera informe
era para élla un hijo; lo oprimía,
y con voz maternal, tierna y suave,
inclinando su cuello como un ave,
mil dulcísimas cosas le decía.
Y hablaba seriamente, que sentía
las emociones del amor primeras,
y era una madre ya, madre deveras!

Yo estaba conmovido
y sentía un dolor nunca sentido;
sentía que algo mío se borraba
en aquella alma pura y que á su mente
muy claro el porvenir se revelaba.
¡Ah! para la cruel, ciega natura,
era mi hija, mi adorada hija,
antes que ser mi hija su criatura,
y, sin mirar que me dejaba solo,
y que me hacía el corazón pedazos,
á mi amor paternal la arrebataba,
la arrebataba á mis amantes brazos!
Sentí dentro del pecho
un inmenso vacío;
porque yo no podía ver con calma
que un nuevo amor, amor que no era el mío,
germinara en el fondo de aquella alma.

Entretanto el coloquio era más vivo,
el tono era agresivo;
no hablaba ya la madre, era la esposa:
llegado había el crítico momento;
era grave la cosa.
Yo, guardando silencio, escuché atento.
—Mi esposo rara se encuentra en casa.
—¡Ah! señora, otro tanto á mí me pasa.
—Muchas veces se marcha y no me avisa.
—Tampoco el mío: siempre está de prisa.
—Mas suele á veces ser muy cariñoso.
—Lo mismo que mi esposo.
—Hace muy poco me llevó al teatro.
—¿A la ópera? ¿Al drama? ¿A la zarzuela?
—No puedo recordar á punto fijo
el nombre que me dijo:
mas recuerdo que ví un polichinela
que hablaba, que bailaba, que corría,
y recuerdo también que era de día.
Mas desde que trabaja ¡buenas noches!

se encierra y no sé qué hace en su aposento;
ya no vuelvo á mirarle ni un momento.
Cuando encerrado está, la llave quita,
y aunque yo llamo y con mi voz más dulce:
"Abre, abre, le digo, soy tu hijita,"
(¡Vaya! soy el marido:
ya lo había desde antes comprendido.)
es en vano, pues siempre me responde:
"Estoy muy ocupado y hoy no puedo
llevarte á pasear." ¡Ay! y cerrada
permanece la puerta, y yo me quedo
llorosa y enojada.
Nunca quiere escuchar lo que le digo;
ni salir ni jugar quiere conmigo.
Yo pregunto, señora:
¿por qué á mi amor la soledad prefiere?
¿por qué de mí se aleja?
¿por qué, por qué es así si es que me quiere?

***

¿Por qué? ¿Quieres saber, hija querida,
por qué, como mi puerta
está cerrada para tí mi vida?
¿Por qué las horas paso
escribiendo esas cosas
que á tí te parecieran misteriosas?
¿Por qué renuncio á todo: á tu semblante
de arcángel, radiante,
á tus plácidos juegos infantiles,
á tu dulce candor, que es el reflejo
de tu alma de armiño,
y á tu risa de oro
que me redime y que me vuelve niño?
¿Por qué renuncio á oir esos rumores,
música encantadora,
que alegra tu radiante primavera
y de tu vida la riente aurora?

¿Por qué? mi hija hechicera,
causa de mis más dulces alegrías,
¿por qué?...... Mas aunque yo te lo dijera
no lo comprenderías!

* * *

Es porque quiero que tus ojos brillen,
y de tu corazón emocionado
desparezca la pena que te aflija,
cuando la multitud diga á tu lado,
al mirarte pasar:—"Esa es su hija"
Quiero que alguna vez, cuando mi nombre
en tu oído resuene, en el santuario
de tu pecho se encienda el noble orgullo
que para todo amor es necesario.
Es para que más tarde, cuando llegue
la hora del olvido,—
y que tu pobre padre que te adora
para no despertar se haya dormido;
(Oh, no llores, hijita:
ese es el porvenir: nadie lo evita.)
cuando también ya duerma en tu memoria
mi recuerdo, despierte
si un rayo fugitivo de la gloria
disipa las tinieblas de mi muerte.
Reviviré en tu orgullo,
aunque en tu corazón esté ya muerto,
y así, cuando ya goce eterna calma,
llegarás á saber, mi dulce encanto,
que tu padre te amó con toda el alma
y nadie, nadie puede amarte tanto.

Hoy ya todo lo sabes, y bien puedes,
si quieres, enojarte,
y huyendo de mis brazos alejarte.
Díme con voz de ruiseñor parlero
y gracioso mohín:—"Ya no te quiero."
¿Qué importa, arcángel de cabellos de oro,

que no me quieras tú si yo te adoro?
Te amo y nada espero,
te amo y siento á Dios que está conmigo,
te amo, y porque te amo te bendigo.
El que ama nada exige, lo da todo;
porque, amar, aunque el mundo te lo niegue
y algún pobre de espíritu sonría,
no es recibir, es dar, querida mía!

MANUEL PUGA Y ACAL.

TODAVIA!

Tu me juraste amor, y de mis labios
brotó, señora, juramento igual:
olvidamos los dos el juramento,
que todo al seno del olvido vá.

Yo en los brazos busqué de otras mujeres
á mis sentidos distracción fugaz:
tú también, tú también de otras pasiones
te entregaste ardorosa al vendabal.

Y sin embargo, al verte todavía
pasar festiva al brazo de un galán,
se dibuja en mi rostro la tristeza
y late el corazón á mi pesar.

Y es porque vive del amor primero
dentro del alma el sentimiento ideal:
el fuego aún se esconde en las cenizas
y quema aún la lava del volcán.

RICARDO PALMA.

FRAY MARTÍN DURÁN.

(CONCLUYE.)

Nuevas dificultades surgen en el resto de la relación. El tribunal de la fe procedió al secuestro de los bienes de Fr. Martín Durán, los cuales no consistían más que en libros, y entre ellos se encontraron dos obras manuscritas: una era "El tratado de los siete estados de la Iglesia designados en el Apocalípsis," obra escrita en el año de 1449 por Jacobo de Paradiso, monje cartujo inglés; y la otra la magnífica obra del venerable Fr. Bartolomé de las Casas, titulada: "Cuestión acerca de la potestad imperial y real, sobre si los reyes ó príncipes pueden ó no, por algún derecho ó con algún título, y salva su conciencia, enagenar de la real corona los súbditos y sujetarlos al poder de un señor particular." El autor añade en seguida: "Todo estaba hecho: la Inquisición no había hallado *dos obras condenadas*, sino el proceso y la sentencia de muerte de Fr. Martín Durán, "lo cual parece contradecir lo que asienta más abajo sobre la obra del monje inglés *todavía no estaba condenada*" pero que en manos de un indio *recien convertido al catolicismo*, y revestido del carácter sacerdotal, debía ser no solamente condenada y prohibida, sino hasta destruido el sér humano que hubiese conocido sus doctrinas." De donde resulta que después de sesenta años de predicación y de conversión de los indios, Fr. Martín, que no debía tener tanto de edad, no era más que un converso, lo cual no había sido obstáculo para que fuese elevado á la dignidad del sacerdocio.

En cuanto á la obra de Las Casas, se dice que éste no sólo no obtuvo permiso para la publicación de su obra en España, sino que fué condenada al fuego y prohibida en todos los dominios del monarca español por la Inquisición, *cuando se supo* que Las Casas, había mandado su obra á Espira, ciudad de Alemania, *donde* la imipr-

mió y publicó en Marzo de 1571 Wolfango Griesteler...... Esta obra fué *condenada inmediatamente que se acabó de escribir.*" Esa última aseveración deja perplejo al lector que no sabe á punto fijo cuándo se condenó aquella obra, si inmediatamente que se acabó de escribir, ó cuando se supo que su autor la había enviado á Espira, para que se imprimiese. Pero no está aquí la principal dificultad, sino en que no consta que alguna de las obras de Las Casas fuese prohibida, ó que aquel autor tuviese que ver álgo con la Inquisición. Ni Quintana que con tanta copia de datos escribió la vida del obispo de Chiapas, ni D. Antonio María Fabié, el más moderno de sus biógrafos, dicen una palabra sobre ese hecho que, á ser cierto, no podían haberlo pasado en silencio. Además, he registrado con cuidado la curiosa colección de Indices de libros prohibidos que existe en la Biblioteca Nacional, entre los cuales se encuentran los de 1583, 1584 y 1597, y en ninguno de ellos se menciona la prohibición de alguna obra de Las Casas; y por último, en la extensa noticia bibliográfica que de este autor traen Quetif y Echara en su biblioteca dominicana, aparece tal prohibición, aun cuando se mencione la obra indicada con las circunstancias que después diré. Tan poco verosímil es esa condenación, cuanto que consta el respeto que la Corte de España profesó al ilustre defensor de los indios, hasta el extremo de que se negara la licencia para que se imprimieran varios escritos de sus adversarios, como sucedió con el Dr. Sepúlveda, D. Bernardo de Vargas Machuca (el autor de la *Milicia Indiana*) y el Dr. Frías de Albornoz, cuyo tratado fué recogido por la Inquisición, dando el Consejo de Indias, según dice Quintana, por razón para negar la licencia, "*que á ese piadoso escritor no se le debía contradecir, sino comentarle y defenderle.*"

Contrayéndonos á la obra en cuestión, Pinelo–Barcia cree que es traducción latina del tratado *Entre los Remedios*; pero á juzgar por el extracto que de ella hace el Sr. Fabié, es obra diversa aunque de asunto análogo. No fué impresa en Espira sino en Francfort, 1571., 4.° La dedicatoria al Barón de Dietrichstein, es la que está firmada en Espira el 22 de Marzo de dicho año, por W. Griesstetler, y el Sr. Fabié explica que éste acompañó al Barón cuando estuvo de embajador en España, donde pudo conocer y tratar á Las Casas, y adquirir sus obras impresas ó manuscritas, así es que no hubo necesidad de semejante prohibición, ni de que el autor

enviara el manuscrito á Espira, para que allí se publicara en latín, cinco años después de su muerte. De todo esto resulta que de los dos famosos libros sobre los cuales se fundó la ejecución de Fr. Martín, el uno no estaba condenado todavía y el otro no lo estuvo nunca.

No deja de ser extraño que el tribunal de la fé, en vez de examinar el negocio en lo relativo á las opiniones heréticas atribuidas á Fr. Martín, se fijara en el orígen de aquellos libros, en la manera con que el indígena dominicano los había adquirido, poniendo tal empeño en ello, que el arzobispo asistía al tormento, suposición poco admisible, pues jamás presenciaba aquellos horribles actos persona extraña al tribunal, y en este caso se encontraba Moya y Contreras, que al ser nombrado arzobispo, había dejado de ser inquisidor general. (1) Compréndese, sin embargo, la dificultad que los inquisidores encontrarían en los fundamentos de tal acusación, pues la obra de Las Casas, nunca condenada, no contenía proposición alguna que oliese á herejía, y en cuanto al libro de Jacobo de Paradiso, sobre el cual nada he podido averiguar, pues los autores que he consultado como Lowndes en su bibliografía inglesa, Licteris en su bibliografía de incunables y otros, no dicen una palabra; si juzgamos por las opiniones que de él se citan, no daban tampoco materia para pronunciar un juicio condenatorio, pues la cuestión de la infalibilidad del Papa, era entonces materia de controversia teológica, sin que sus adversarios mereciesen el anatema con que la Igle-

(1) Podría objetarse el caso de D. Martín Cortés, que con motivo de la conjuración del Marqués del Valle, fué sometido á tormento por Muñoz, habiendo asistido á aquel horrible acto dos personas como testigos, siendo una de ellas el obispo de Puebla. Pero á esto se puede contestar en primer lugar que en este caso se trataba de una causa política, no de fé; y en segundo lugar, que tal asistencia fué á petición del mismo D. Martín, como privilegio que tenía por ser del hábito de Santiago. Hé aquí cómo se expresa Torquemada, Lib. V. cap. 20: "Sentenciado á tormento, diósele, *y porque era del ábito de Santiago, fué el tormento en presencia de D. Francisco de Velasco, y de un obispo, D. Antonio de Morales y Molina, tambien del ábito, y á petición del mismo D. Martín.*" El caso, sin embargo, fué tan insólito que el Padre Cavo (Lib. IV.), lo extraña y condena. Véanse sus palabras: "A D. Martín Çortés.... sentenció también á la pena de los tormentos, y *siendo éste caballero de Santiago, conforme al privilegio de aquella órden,* la pena se ejecutó presentes dos caballeros, es á saber, D. Francisco Velasco y D. Antonio Morales, obispo de Puebla, ¡cosa indigna de la mansedumbre de un obispo!"

sia ha señalado á los disidentes en puntos dogmáticos. A pesar de esto Fr. Martín fué quemado vivo en el mismo año de 1584 "*por sospechas de herejía y por luterano*," sentencia que huelga por lo redundante, puesto que si era luterano, de sobra estaban las sospechas de herejía.

Que hubiera auto de fé en 1584 bien podría ser, aunque no consta, pues el Fr. Rivera Flores dice únicamente que de 1575 á 1593 hubo siete, sin especificar las fechas; pero lo que sí sale de los límites de lo verosímil, es que en el mismo año de 84 hubiesen tenido lugar las predicaciones, la denuncia, el proceso y la muerte. Precisamente una de las cosas que caracterizaban los procedimientos de la Inquisición, era su desesperante lentitud; largos años pasaban en secretas y complicadas averiguaciones, durante las cuales permanecían los reos en estrechos calabozos, sufriendo las penas consiguientes á una rigurosa reclusión, para que al fin viniera á absolverlos *de levi ó de vehementi*, como podría citarse entre otros el caso de Fr. Luis de León. En las circunstancias especiales que se suponen en Fr. Martín Duráu, se habría desplegado mayor suma de celo y diligencia por parte de sus jueces: los medios se habrían apurado, los interrogatorios de testigos se habrían multiplicado, ya que tanto interés se tenía en averiguar el orígen de los libros, y ya que no se podía obtener nada de boca de Fr. Martín, que con valor heroico, igual al de Cuauhtemoc, había resistido las repetidas pruebas del tormento. Pero como todo esto exigía tiempo, como todo esto no podía ser obra de unas cuantas semanas ó meses, resulta enteramente inverosímil la ejecución de Fr. Martín en el auto de 1584, suponiendo que tal auto hubiera existido.

Brevemente indicaré algunas otras consideraciones que de la historia que examino se desprenden y que acaban de dificultar su admisión. Después de una lectura atenta, no se sabe á punto fijo el objeto que se propuso Fr. Martín con sus predicaciones. En el primer sermón, ó sea el castellano, no hizo más, á lo que parece, que abogar por la libertad de los indios, delante de un numeroso y escogido concurso de españoles, y esto se llama "dar á conocer *clandestinamente*, por decirlo así, las avanzadas ideas de Fr. Bartolomé de las Casas, siendo la causa de esto que *tal vez quería* "que la muerte *ahogara el todo y no parte de sus ideas*," lo cual no se comprende de un propagandista cualquiera. En el segundo sermón,

el mexicano, lejos de guardar alguna reserva en vista de las amenazas que se le habían hecho y el castigo que había sufrido, emite ciertas proposiciones de un valor puramente teológico, y que poca mella podían hacer en el auditorio que le escuchaba. Debía pues, conocer, que su sacrificio era plenamente estéril, y se precipitaba á sabiendas en un abismo sin esperanza de recoger algún fruto de tal sacrificio. Calificarse de heroica la lucha emprendida por Fr. Martín, y de más heroica que la de Las Casas, puesto, "que él era pobre fraile, indio," añadiendo sin embargo, que estaba "protegido por otros frailes, los franciscanos, españoles todos, y de gran influjo en la Corte de México," y esto era ya contar con un poderoso valimiento. Por último, se pondera la vastísima instrucción de Fr. Martín, visto por los indios "como un sér sobrenatural," y no obstante, se dice que ignoraba "que otro hombre antes que él había negado la autoridad del Papa," ignoraba absolutamente toda la historia de la Reforma, acabando por asentar que "Fr. Martín Durán fué protestante *sin saberlo*, por inspiración, *por casualidad*." Esto, como se comprende facilmente, es de todo punto inadmisible, pues no ya un hombre de la asombrosa erudición que se supone en el dominicano, sino el menos letrado de la colonia, sabía perfectamente que había habido un Lutero, un Calvino y otros herejes por cuyas doctrinas condenadas en el Concilio de Trento, había visto varios penitenciados públicamente.

Resumiendo lo dicho, tenemos que llegar á la siguiente conclusión: no puede aceptarse como un hecho histórico la relación del proceso y ejecución de Fr. Martín Durán, 1.°, porque no la menciona ningún autor contemporáneo, cuando á ser cierta debieron conocerla y consignarla en sus escritos; 2.°, porque en ningún otro documento de los conocidos, de la época ó posteriores, se hace la menor alusión á ella; 3.°, porque en las listas pormenorizadas y auténticas de los reos sentenciados por la Inquisición de Nueva España, no aparece el nombre de Fr. Martín Durán; 4.°, porque consta que en el siglo XVI, los indios estuvieron excluidos del ministerio sacerdotal, sin que fuesen admitidos en los conventos ni siquiera en calidad de legos; 5.°, porque consta igualmente que en la misma época ningún indio incurrió en la nota de herejía; 6.°, porque los indios nunca estuvieron sujetos á la jurisdicción del Santo Oficio; 7.°, porque en la noticia que se tiene de los in-

quisidores, no aparece ningún fraile, ni hubo por consiguiente alguno que llevase el nombre de Fr. Angelo Monteón; 8.°, porque las causales que se dán para el proceso y ejecución no son suficientes, puesto que la obra de Jacobo de Paradiso no estaba condenada, y la de Las Casas nunca lo estuvo; y 9.°, porque contradice á la lentitud que caracterizaban los procedimientos de la Inquisición, la manera precipitada con que se supone que obró en el caso de que se trata. Tal es la conclusion que se desprende del estudio imparcial de este episodio. No teniendo á la vista el documento manuscrito que le sirvió de base, no podemos entrar en el examen de éste, pero las consideraciones que quedan expuestas, bastan para determinar el poco crédito que merece, puesto que se halla en abierta contradicción con los datos mejor comprobados de nuestra historia.

JOSÉ MARÍA VIGIL.

El Rosal.

El rosal que en mi sepulcro
Solitario se ha de alzar,
Dará pocas tristes flores;
¡Cuánta espina en él habrá!
Cuánta espina, cuán escasas
Mustias flores sin color!
¡Cómo no, si las raíces
Saldrán de mi corazón!

ANTONIO ZARAGOZA.

MEMORIAS DE "PEDRO RECIO."

(DE LA COLECCIÓN TITULADA "PEQUEÑOS CUADROS.")

Al Sr. Gral. D. Vicente Riva Palacio.

I.

Los dos habitábamos en humilde cuarto de vecindad. El pasaba media noche en el examen de calaveras amarillas y tibias porosas, y daba tormento á su memoria con la Anatomía, en tanto que yo llenaba mi cabeza con sofismas y pretendía el poder conocer la letra y el espíritu de las leyes: iba él tras de un título para matar sin remordimiento; y yo en pos de otro para pleitear sin conciencia.

Pedro Ruiz, mi buen amigo, había adquirido en clase el apodo de "El Dr. Pedro Recio," sin que nada, más que su nombre, le hiciera semejante al imaginario personaje que creó el ingenio travieso de Cervantes, para tormento del goloso Gobernador de la Insula Barataria. Era inteligente, estudioso y algo inclinado á la misantropía.

El jueves, 13 de Julio á medio día, murió en mis brazos; y el miércoles en la noche, incorporándose dificilmente sobre el lecho, con esos vacilantes movimientos de la postración, me hablaba de esta manera:

—Oyeme, Julián: ésto se va á acabar; huelo ya la húmeda tierra del hoyo.

—¡Vaya un miedo, hombre!...... Hé aquí á un doctor que vivirá, precisamente porque cree que está muriéndose.

—Hablo en serio, Julián, y no estoy para bromas. ¿Si creerás

que me asusta el panteón?...... Escucha formalmente: te nombro albacea universal; todos *mis bienes* te pertenecen,—agregó con burlona sonrisa,—excepto lo que quiera mi familia, por tener un recuerdo de mí en objetos determinados. En cuanto á mis papeles, dejo á tu tino el encargo de quemar los que lo merezcan.

II.

Expusimos el cadáver en medio de la pieza, acompañándole cinco ó seis estudiantes: los que estuvimos más ligados al desgraciado Pedro por los estrechos vínculos de la sincera amistad y los no menos fuertes de la pobreza. A las tres de la tarde, el anciano jefe de la familia que vivía en la habitación principal de la casa, salió á la azotehuela que dominaba el segundo patio—donde yo moraba—y se puso á contemplar el cuadro que á su vista se ofrecía: nuestra muda escena de duelo. El estruendo de sus regüeldos me hizo levantar los ojos y fijarme en él. Acabada de comer, sin duda, y fumaba negro puro, despidiendo espesas bocanadas con la satisfacción de quien nada carece. Le cubría la cabeza entrecana, rojo gorro de terciopelo con borlas de dorados cordones: y en su aire manifestaba estar contento por su buena gordura, por el tierno color de las mejillas ya un tanto rugadás y por el blanco mate de las delicadas manos. Nos miraba desde su altura, de tal manera, que parecía estarse diciendo: "¡Infelices gentes!"

Debe de haberse conmovido mucho al considerar que, viviendo nosotros en aquel humilde lugar, muy pobres seriamos, porque ordenó á su criado que bajase á ofrecernos cuatro velas benditas para que se encendieran ante el cadáver.

No me simpatizaba—con franqueza;—pero me aseguraron varias veces que era varón caritativo. Sí: puedo afirmar que daba esplendor al culto divino, gastando gruesas sumas en la cera que ardía en los altares y en el incienso quemado ante un San Francisco apolillado ó una Purísima de madera vieja con rico manto azul sembrado de estrellitas de plata.

III.

Nuestra lavandera, que de seguro iba á cobrarnos, quedó sorprendida dolorosamente al ver el cadáver: no lo sabía. Estuvo un momento contemplándolo estupefacta, y empezó á sollozar en uno de los rincones de la pieza, cubriéndose el rostro con ambas manos. Después enjugó lás lágrimas con un extremo del rebozo; se arrodilló ante el inanimado cuerpo; rezó algo que no entendía tal vez, pero que sin duda brotaba de lo íntimo de un corazón sensible; se paró, por fin, acercándose á mí, y díjome casi en secreto: "Ya vengo; no me tardo, ¿eh?"

A las seis volvió.

—Mire: todo esto está todavía tibiecito por el calor de la plancha. Me acordé de que ahora les faltaba ropa limpia; y ¡cómo se había de ir *el niño* sin llevar siquiera camisa blanca!

—Gracias, Antonia. ¡Qué buena es vd.!

—Nada de eso. Oiga vd.; le voy á pedir un favor; pero no me dice que nó.

—¿Cuál? vamos á ver.

—Le traje... ¡si me desaira!... Pues... le traje estos veinte reales que he ido juntando *medio á medio*. Es tan poquito, que la verdá, me dá vergüenza ofrecérselo; pero para algo le han de servir. ¿Qué nó?... ¡Ande vd.!... ¡por lo que más quiera!... ¿Acaso no comprendo lo que son penas! ¡Qué! ¿porque es uno pobre no tiene corazón? Recíbalo, *niño*, y no se apure por lo demás; ya veremos: mi Juan, que es *cargador*, y tres compañeros suyos llevarán la caja á Dolores. Recíbalo, y ahí me lo pagará algún día.

¡Qué buena era esta mujer; y me consta que no daba esplendor al culto divino!

IV.

Algunos individuos de las familias pobres de la vecindad, entraron á ver el cadáver, orando varios ante él; y otros espiaban, asomándose por la puerta de sus habitaciones.

Las viejas exclamaban:—¡Lástima: tan joven y ya para ser médico!—¡Desgraciada madre si la tiene! ¡Qué golpe vá á recibir con la noticia!

Una beata gazmoña, envuelta en tápalo verdoso y grasiento, murmuraba así, en el corrillo formado en una de las viviendas:—Dios le ha de haber castigado, por tanto que hablaba por aquella boca contra las cosas santas. Bien dice el Padre Jiménez, que la gente de hoy es perversa y mala. No lo digo por él, no; el Señor le haya perdonado; pero... Y no se quiso confesar! Si á última hora no se arrepintió... De todas maneras, yo mañana voy á oír la misa por la salvación de su alma; por si acaso... aunque......

Las jóvenes decían:—¿No viste, mamá?......... Era de tan buen color y quedó como pan de cera: blanco, blanco!.......—¿Por qué será que sus ojos no están cerrados todavía?—Qué ¿tendría novia?.... pues seguro que va á llevar luto, ¿verdad?

En varios grupos bullían estos y otros más comentarios, hechos á media voz y como por temor á que el cadáver pudiese oír, no tanto por el respeto que la muerte suele inspirar.

Un niño de la portera, muy pequeño, sucio el rostro y sucios los girones del ligero vestido, preguntaba con curiosidad y asombro á su hermana, poco mayor que él:

—Oye: ¿por qué no habla, eh? ¿Por qué lo acostaron así? ¿Está durmiendo?

—Está muerto, tú.

—¡Ah!.........

—Y verás como mañana se lo llevan.

—¿Y no vuelve?

—Si va lejos, lejos, lejos! Allá, mira.........

La niña veía para arriba y levantaba un bracito cuanto podía, señalando con el índice de la diestra el profundo azul del cielo.

V.

¿De qué arbitrios nos valimos mis compañeros y yo para comprar una sencilla caja mortuoria y hacer otros gastos indispensables? Sólo recuerdo bien que fueron á parar á *Las Cadenas* libros necesarios para mis estudios.

Llevamos á Dolores el cuerpo de Pedro. Allí reposa en sepulcro de los de última clase. Más no nos fué posible conseguir.

De regreso en la ciudad, dispuse convenientemente los objetos de la pertenencia de mi amigo, para que los recogiese la familia, cuando quisiera. Igualmente, ordené los papeles; y abriendo por casualidad un viejo libro de memorias, de pasta corriente, esquinas gastadas por el roce y no lleno de escritura, encontré lo que luego trascribo. ¿Seré indiscreto? ¡Pobre condiscípulo, amigo fiel, muerto en edad tan temprana!

Después de este encabezado único: "Mayo 10 de 1875," se leía lo siguiente:

"Siempre he sentido repugnancia por esos relatos de hechos propios, de acontecimientos triviales que atañen sólo muy particularmente á quien los escribe; pero tengo necesidad de manchar el papel, ahora que los recuerdos se aferran en mi memoria y palpitan de contino dentro de mi cerebro. Por más que los espanto como espanté en mi niñez á los gorriones que picoteaban el trigo de las eras, no huyen; no quieren huir: aletéan, se agitan en parvadas espesas, con invencible tenacidad. A veces hierven en mi interior, como gusanillos en podrida fruta, y me roen el corazón; ó van y vienen como las hormigas, en largos cordones, trayéndome dulces melancolías, amargas tristezas y sinsabores dolorosos: me pican mucho y no se alejan.

¿Hallaré consuelo dando forma á esas vaguedades del pensamiento que minan el reposo y causan la nostalgía?"

Aquí terminaba la primera hoja del pequeño libro; y como faltaban muchas otras que debían seguir y contener recuerdos de infancia, interrumpo el hilo de lo copiado y sólo trascribo esto que dá principio en la página núm. 119 de las dichas Memorias de Pedro.

VI.

"Mi padre, apesar de su pobreza, decidió mandarme á México para seguir estudiando con más aprovechamiento. Ya se acercaba el 25 de Diciembre, fijado para partir.

Dormía yo en una pieza con vista al huerto cultivado por mi ma-

dre y por mis hermanas. Como los maderos de la puerta, ya viejos y resecos, no ajustaban perfectamente, al salir el sol caía la luz por las aberturas en clarísimos chorros, formando doradas cintas en el pavimento. Entonces saltaba del lecho para abrir á Selim que, arañando las apolilladas hojas y gruñendo, me avisaba que era la hora. De improviso toda la estancia se iluminaba por completo, penetrando en ella el ambiente del jardín. El cariñoso animal daba saltos á mi derredor; y luego, fatigado, jadeante y estornudando á menudo, salía y entraba con frecuencia, miéntras yo me aseaba y vestía, pareciéndome estar ágil y fuerte, como si la alegre mañana me hubiese colmado de miriadas de átomos vivificantes, al venir derramando colores en el cielo y frescura en la tierra.

Dispuesto para salir de mi habitación, pasaba al huerto, precediéndome Selim con su trotecillo particular, que abandonaba sólo para oler una planta ó rascar la negra piel de sus costillas en el tronco de florido laurel-rosa.

VII.

"Cinco días faltaban solamente y la melancolía dominó mi naturaleza: sentíame sin alientos para hacer los preparativos del viaje y con cierta laxitud en los miembros. Frecuentemente abstraido, después de levantarme y antes de salir de mi dormitorio, permanecía mucho tiempo mirando cómo innumerables impurezas relucientes bullían dentro de las fajas luminosas que formaban las aberturas, y cómo desaparecían, apagado su brillo en los límites de la luz; ó, arrimado á uno de los lados del marco de la puerta, veía las calles del huerto sin mirarlas con atención, bostezando con frecuencia y no teniendo pensamiento al parecer.

Así me encontró mi madre una mañana: iba á saber por qué tardaba yo en acudir á la mesa, estando ya preparado el desayuno para hacerlo en familia, como de ordinario acontecía. Había llegado á colocarse muy cerca de mí, pero sin que la hubiera sentido; así es que me sorprendió desperazándome y me dijo con acento dulce:

—Pero.........¿qué es eso, niño? ¿estirar los brazos y bostezar así?......Ven: el chocolate estará frío de tanto esperar. Hace un momento que ordeñaron y te he servido un vaso lleno de leche con espuma caliente todavía.

Indudablemente mi madre sufría más que yo mismo, por la próxima separación; pero procuraba parecer fuerte, redoblando entonces sus cariñosas atenciones, su mimo solícito y delicado, para hacerme más gratos los últimos días de mi permanencia en el hogar, á la vez que para adormecerme el dolor que sintiera viendo avanzar tan presto la hora de partir."

VIII.

"En la tarde del 23, salí á la calle para el despacho de algunos asuntos relativos al viaje. A mi regreso, encontré á la familia en un corredor, ocupada en labores de aguja.

—Estamos arreglando tu ropa blanca, dijo María.

—Yo grabo los pañuelos del Señor Licenciado.

—Del Señor Doctor has de decir, Isabel.

—No, hermanita: Licenciado y muy Licenciado.

—Pues á mí más me gustaría leer en sus tarjetas: *Pedro Ruiz, Doctor en Medicina, Cirujía y Obstetricia.* Y tú verás, mamá: ya me parece que llega Pedro á hacer una visita, muy serio y muy formaloto;—"Ahí viene el médico," dice la criada.—"Pues que pase."—"¿En dónde está el enfermo?"—"Por aquí, Señor Doctor; pase usted."—"Tomaremos el pulso .... A ver...... y la lengua ¿qué tal?...... ¡Bien!...... ¿Cuándo le comenzó la calentura?".........

Y luego hace cuatro garabatos en un pedazo de papel; encarga que no dejen pasar la hora de las cucharaditas; se despide dando la mano á la señora que le ha de pagar y sale muy aprisa saludando á todos.

María acababa de hablar así, sonriéndome picaresca y cariñosa, á la vez que Luz, la hermana pequeñuela, salió al corredor saltando alegre en un solo pié. Traía una muñeca en una mano y una cartilla de lectura, desencuadernada, en la otra.

—Y usté, loquilla, ¿qué quiere que yo sea, eh?—le dije.

—¿Cuándo?......

—Cuando estudie.

—¿Yo? (y aquí suspendió su respuesta para reflexionar)......... Pues......... yo quielo que seas mi papá...... pala que me des muchos *medios.*

—No hables tonterías—dijo mi madre—Ponte por ahí á jugar.

¡Con qué tristeza veía á mis hermanas, pensativas llevar y traer la aguja por el borde del lienzo blanco que sobre las rodillas extendían; y á la inocente Luz que, sentada sobre la llana estera, cruzadas una sobre otra sus redondas piernecitas, á la manera de los árabes, abrazaba tiernamente á su muñeca deforme y desgarrada, la apoyaba en su mejilla de geránio y le decía las dulces palabras de sus desvaríos infantiles, con torpe lengua y melodioso acento!

Entónces sentí en toda su intensidad el amor de familia. El pasado en el hogar revivió de súbito en mi excitada imaginación, reflejado en ella como en clarísimo espejo. Recordé cuando reñía á mis hermanas por celos que motivaron las preferencias paternas; cuando un justo castigo me había hecho llorar, retirado á un rincón de la casa y huyendo de la risa de Isabel, del "me alegro" de María; cuando engañaba á mi bondadosa madre y la hacía sufrir por algunas faltas cuyo conocimiento ella misma procuraba evitar á mi padre!...... Todo me producía inmenso, raro sentimiento de ternura!

Del éxtasis en que estaba sumida mi atención, vino á sacarla la voz de Luz.

—A...... B...... C...... ¿Qué letla es esta?......... no la conoces?...... Pues otla vez. ¡Dios mio! ¡Qué niña tan desaplicada y qué cabecita tan dula!...... A...... B ..... Mila: estoy enseñando á leel á mi muñeca.

—Pues mucha aprenderá.

—Pol más que le doy la lección...... ¡nada! Es muy pelezosa. La otla si es toda una señolita; pelo.... ahola está enfelma.

—¿Es posible?......

—Sí: la bañé y le hizo daño; le dió catalo. La tengo á dieta, no cleas! Y no me sale al seleno. Tú velás!........

El sol enfermizo de invierno ya ascendía por la falda de los cerros inmediatos, desparramando amarillenta luz sobre las redondas copas de los árboles más altos. Yo contemplaba el panoroma en que discurría la vista, como pretendiendo imprimirlo con fuerza en la memoria. Quería llevármelo para recordarlo claro, vivo y distinto en la ausencia á que me iba á condenar la suerte.

¿Por qué en diez y ocho años de vida no había mirado tanto, como en aquel sólo momento de contemplación?

Moría la tarde. Los arreboles palidecieron; la luz se apagó poco

á poco y el azul del cielo tornóse oscuro. Selim, echado á mis piés, azotaba el suelo con su rabo y me miraba parpadeando, al pasarle cariñosamente la mano por el lanudo pescuezo. Parecía comprender mi tristeza y él también se entristecía."

IX.

"En la noche, cuando descansé la cabeza en la almohada, poseido de pesado sopor, el panorama de la tarde y los sitios agradables en que había sido feliz sin saberlo, ignorando el porvenir, pasaron revista ante mis ojos cerrados ya para el sueño.

Veía la serranía alzarse al derredor del pueblo, con sus cumbres enhiestas rasgando el espacio; con faldas pobladas de arboleda oscura ó de grupos numerosos de pinos destacándose como ejércitos de gigantes; con peladas laderas en las que formaban manchas grises los raquíticos arbustos y las yerbas tostadas por la crudeza del frío; con las barrancas que ahondó la impetuosidad de las corrientes, llenas entonces de la seca hojarasca del otoño; con las empinadas cuestas, las cañadas alegres y las mesetas batidas por los aires delgados y puros de las alturas: con sus desnudos arrastraderos por los que descendía la madera del pobre leñador, arrancando piedras y haciéndolas rodar y saltar hasta la llanura en que descansaban inmóviles y fijas otra vez.

En seguida veía también el caserío desparramado en la hondonada, tal cual le recogió la fiel memoria. Componía y recomponía las partes para la formación del conjunto; estudiaba los detalles; recordaba cómo era éste lugar, cómo aquel otro; cuál bullía el arroyo culebreando ó escurriéndose por entre los peñascos de granito que en varios sitios sembraban el cauce, inmutables, duros y pesados; cómo golpeaba el agua espumosa la rueda del molino de paredes emblanquecidas por el polvillo de la harina en flor; qué oleajes suavísimos formaba el aire al abatir y rizar los tiernos trigales, como si las dilatadas sementeras hubieran sido verdes lagos; de qué manera en las *pixcas* gemía el viento entre las hojas secas de la mazorca, cuajada de granos endurecidos.........!

Cuando me dormí, las reminiscencias se atropellaban todavía en la mente abrasada."

X.

"Era la víspera de la partida. A las doce, como invariablemente se hacía, nos sentamos á la mesa: mi padre á la cabecera; á su derecha mi madre y luego María; á su izquierda yo y en seguida Luz é Isabel. Nadie hablaba y sólo interrumpía el silencio, el chocar de los platos y cubiertos.

Hasta nuestros oídos llegaban apagados el bullicio en las calles, el tortear de las molenderas en las casas cercanas y el cacaréo de las gallinas ponedoras. Ondulaba el humo como culebra azul sobre los tejados de algunas casas, si el aire lo tumbaba; ó ascendía espeso en torcida columna. En el huerto, bajo la fresca sombra de tupidos ramajes, ocultas en los nidos y huyendo del calor de medio día, las torcazas cantaban con melancólica dulzura.

Luz, bulliciosa y parlera como siempre, no soportó el mutismo:

—Oye, papá: ¿á donde se van tú y Pedlo?

Mi padre no respondió.

—¡Anda papasito!...... díme, no seas malo!

—A México, ¿ya no lo sabes?

—Y qué ¿México es muy glande, glande, glandotototote?

—Come y calla, niña, y ponte en juicio. No te estes meneando tanto en la silla: pareces danzante.

—¿Ves? ya se enojó mi mamá contigo por preguntona.

—No le digas así, Isabel. Pobrecita......! Que pregunte lo que quiera.

—Eso es, Pedro! Con razón está tan mal educada la muy consentida.

—Sí...... sí...... soy muy niña todavía, ¿veldá, papá?

—Has comido muy poco, hijo,—decía mi madre—¿Por qué? ¿Te sirvo más dulce?...... ¿Sí?...... Es del que tanto te agrada......!"

Anacleto Castillón.

(Concluirá).



Juan de Dios Peza.

JUAN DE DIOS PEZA.

A mi mejor amigo el Dr. Emigdio G. Talavera.

LA AUTORA.

Noble bardo que llegas á nuestros lares
Cual llegan los bajeles que del Oriente,
Vienen, atravesando los anchos mares,
Trayendo de oro y perlas rico presente.

Como trae todo año su primavera
Coronada de rosas y de jazmines,
Tú nos traes tu lira que placentera
Riega de gayas flores nuestros jardines.

Rey de bosques y selvas que por las noches
Gimes cual van gimiendo las brisas suaves,
Tu canto no lo imitan los huitlacoches,
El ruiseñor lo imita, rey de las aves.

Tú eres el cisne herido que agonizante,
Tintas en roja sangre las blancas plumas,
Muere entre el oleage, cantando amante,
Al rumor de los mares y entre sus brumas.

Tú el trovador que encantas con tus canciones,
Tú el bardo peregrino, que el alma llenas,
Tú el amigo que robas los corazones,
Tú el bálsamo que cura todas las penas.

No hay aquí quien ignore tu dulce nombre,
No hay ojos que no ciegue tu excelsa gloria,
Hasta los más pequeños, y no te asombre,
Conservan tus cantares en la memoria.

No hay madre que no sepa tus tiernos cantos;
Y á sus hijos te muestran como modelo
De honradez y virtudes ¡oh triunfos santos!
Que son "tu mejor lauro," tu mayor cielo!

Lloraremos contigo cuando tú llores,
Cantarémos tus dichas en los festines,
Y á tus plantas pondrémos todas las flores,
Que dan para los genios nuestros jardines.

Devolverás la dicha con tus canciones,
Que al oirte se olvidan males prolijos;
Para tí tendrá el alma sus ovaciones,
Y cariñosos besos para tus hijos.

Brotarán de tus labios nuevos cantares,
Que esta ciudad preciosa, nido de amores,
Te quiere para bardo de sus hogares,
Te proclama el primero de sus cantores.

De tus amantes hijos con los cariños,
Disfrutarás la dicha que nunca truecas;
Y un pedestal pondrémos para tus niños,
Formado con fusiles y con muñecas.

Aves, música, aromas, trajes de gala,
A Margot le darémos entre mil flores;
Y tendrá entre nosotros *tu Colegiala*,
Ternísimas caricias, santos amores.

Y tú, si así lo quieres, cambio de nombre
Tendrás para que olvides tu antigua historia;
Tendra "César, en casa," sin que esto asombre,
Al Homero más digno de su memoria.

Y bajo este esplendente, nítido cielo,
Para que más á tu alma su dicha cuadre,
De rodillas darémos "culto al abuelo,"
Honrando la memoria de tu buen padre.

"Y en campos que parecen de musulmanes,
Con tumbas de zegríes y abencerrajes,"
Cubrirán tu sepulcro los tulipanes,
Dormirás de gardenias entre boscajes.

Todos hemos llorado cuando has sufrido,
Todos hemos sufrido cuando has llorado,
Tus intensos dolores hemos sentido,
Y á tus pequeños hijos hemos amado.

Vente á esta hermosa tierra, deja ese suelo,
Donde ha corrido á mares tu llanto ardiente;
Tendrás para tu alma dulce consuelo,
Y laureles gloriosos para tu frente.

Te darán su frescura brisas süaves,
Que vuelan entre rosas por los jardines;
Himnos para tu oído darán las aves,
Y sombra los naranjos y tabachines.

Te dará el sol su fuego, luz las estrellas,
Y celajes sus tardes, cual lagos de oro;
Ya oscuras, ya con luna, noches muy bellas,
Y un clima tan benigno, que es un tesoro.

De la abundosa fuente con el murmullo,
Se calmará tu negra melancolía;
Tu serás el poeta, gloria y orgullo,
De este hermoso traslado de Andalucía.

Sus hijas, las huríes y las sultanas,
De ojos grandes y ardientes, de labios rojos,
Serán buenas amigas, tiernas hermanas,
Que tus penas mitiguen y tus enojos.

Con lenguaje sincero, puro y ardiente
Te dirán su cariño, sus simpatías;
Y ciñendo de lauros tu altiva frente,
Serán tus nuevas musas las *tapatías!*

Ven, vive entre nosotros, y tus dolores
Olvida en esta tierra do tanto te aman;
Tus amigos y el pueblo, te dan loores,
Amigo las hermosas tiernas te llaman.

Siempre mi humilde afecto será el primero,
Mi lira, la primera, para cantarte;
"Que en medio de mis penas tanto te quiero,
Que mis penas olvido por saludarte."

Cubierta estaba el alma de hielo eterno,
Que mataba inclemente todas mis flores;
Mas donde tú apareces muere el invierno
Que siempre donde hay rosas hay ruiseñores.

Mi lira no cantaba; triste gemía,
Entre negros crespones, al son del viento;
Pero hoy trueca su densa melancolía,
Por himnos de ventura, paz y contento.

"Si te vuelves al valle que Dios regala,
Con lagos y volcanes que el mundo admira;"
Suspira cuando cruces por el Chapala,
Pulsa en nuestro recuerdo, tu excelsa lira.

Piensa que en esta tierra, donde te adoran
Las almas que en tus cantos hoy se recrean,
Hay ojos que dolientes tu ausencia lloran,
De animadas gardenias que pestañean."

Si con Guadalajara sueñas llorando,
O por ella suspiras, en pleno día,
Las brisas de mis campos te irán llevando
Lo que ausente te cante la lira mía.

Y cuando del Progreso la nueva aurora
Luzca para esta tierra de paz y calma;
En alas de la rauda locomotora,
Ven adonde te quieren con toda el alma.

Vuelve á cruzar muy pronto por sus linderos,
Te esperarán ansiosos mis bellos lares
¿Qué importará que vengan otros viajeros
Si no se oyen los ecos de tus cantares?

Cautive á otros viajeros, que á otros asombre
La reina de Occidente de amores nido;
Donde en todas las almas, queda tu nombre
"Que borrará la muerte, nunca el olvido."

Guadalajara, Febrero de 1888.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

Brindis pronunciado en un banquete con que se obsequió al Sr. D. Juan de Dios Peza.

No hay quien escuche tu canto
Sin compartir tu tormento;
En su más plácido acento
Hay una gota de llanto;
Ayes son de desencanto
Los que arrancas de tu lira,
Por algo negro delira
Tu corazón cuando llora,
Numen de voz gemidora
Es el numen que te inspira.

¡Bien venido á estos hogares!
Venturoso y desgraciado,
Para todo ser honrado
Abiertos están mis lares.
Poeta, si tus pesares
Ceder pueden al consuelo
De la amistad, y tu anhelo
Va buscando almas amigas,
En vano ya te fatigas,
Posa en mis lares tu vuelo.

Aquí hallarás quien entienda
Tu lenguaje dolorido,
Quien escuche tu gemido
Y tus anhelos comprenda,
Para que claves tu tienda,
Peregrino fatigado
Y con tu plectro inspirado
Alces alegres canciones;
Ha de haber en mis regiones,
Un oasis perfumado.

Llega aquí, posa en mi hogar
De tus hijos al amparo,
Que son para tí cual faro
De la existencia en el mar,
Aquí Juanito ha de hallar
Emulación de hidalguía,
Flores y galas María
Y un cielo siempre risueño
Que amante cobije el sueño
En que Margot se extasía.

MANUEL M. GONZALEZ.

A JUAN DE DIOS PEZA.

Souviens toi de la Poésie, comme
d' une patrie lointaine............
MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

¡Oh, poeta, oh hermano, es hoy preciso
Recordar la celeste poesía,
Esa patria lejana
De todos los que sienten, paraíso
En el desierto de la vida humana.

Mientras allá en la patria esplendorosa
Suena el himno triunfal que me extasía,
Llegar dejando á mi alma dolorosa
Un eco de su augusta melodía,
Aquí, en las playas del dolor desiertas,
Alza mi corazón desesperado,
Para llorar sus ilusiones muertas,
El himno funeral del desterrado.

¡Salve, patria feliz, los que te aman
Besan tu huella y tu recuerdo adoran,
Siempre en sus horas de dolor te llaman
Y en sus momentos de placer te lloran!

¡Salve, noble inspirado,
Intérprete del genio y la tristeza,
Los laureles que México te ha dado
Son los que más subliman la grandeza!
Tú cantas lo que es alto y lo que es bueno,
Tus versos son, al par, himnos y arrullos,
Sollozos y cariños,

La gloria de los héroes hermoseas
Y embelleces la gloria de los niños.
Quizá la musa con su mano blanca
En remover se goza
Esa herida que lágrimas arranca
Y que tu inmenso corazón destroza,
Porque sabe que el canto del que gime
Es mejor para el mundo y para el cielo.
¡Es hermoso expresar un grande anhelo
Y expresarlo con lágrimas, sublime!
Y brotan de tu herida, seductores,
Tus versos adorados, y hay en ellos
La santa voluptad de los dolores
Y del numen los mágicos destellos.
Y por eso te quiero,
Y por eso te admiro,
Recordando tus blandas elegías,
Y tan lejos mirándote, suspiro
Por unir con tus lágrimas las mías.
En tí dos altas glorias se condensan,
Y tu frente decoran
El preciado laurel de los que piensan,
La corona de luz de los que lloran.
Con el pecho marchito y desgarrado
Mi tributo de lágrimas te envío
¡Gloria, noble inspirado,
Salud, mártir, salud hermano mío!

Tepic, Febrero 23 de 1888.

ANTONIO ZARAGOZA.

EL POETA.

A Juan de Dios Peza.

Poeta, el sublime canto
Que de tus entrañas brota,
Tiene una cadencia ignota:
Es la música del llanto
Vibrando en trágica nota.

Del pelícano se cuenta
Que á sus polluelos sustenta
Con sangre del pecho herido;
Así tu musa alimenta
Sus triunfos con su gemido.

Oh! predilecto del cielo!
Hasta los males del suelo
Son al tocarte, un encanto:
Es en tí música el llanto
Y apoteósis el duelo!

La lágrima abrasadora
Que rueda por tu mejilla,
Es como aljófar de aurora,
En donde el empíreo brilla
Y la misma altura llora.

De tu alma el fulgor intenso
Tiene arriba su palacio;
Tus ideas son incienso
Que suben por el espacio
Hasta el trono del Inmenso.

Llenas de encanto y misterio
Por el azul hemisferio
Se extienden tus melodías;
Del arcángel el psalterio
Se inspira en tus armonías.

Si el mundo sombras derrama
En tu corazón amante,
Las vence cual sol tu fama;
Así del carbón, la llama
Hace salir el diamante.

Si tu inspiración levantas
Al puro zafir del cielo,
Es porque impulsan tu anhelo
Las simas que ante tus plantas
Has visto abrirse en el suelo.

Esta es la ley de la vida
A que todo se sujeta:
Da la miés la tierra hendida,
Olor la caoba herida
Y canto el triste poeta.

Plañendo lúgubre historia
Con romántico delirio,
Ganas excelsa victoria,
Pues tornas palma de gloria
La palma de tu martirio.

Tu numen llora y cautiva,
Y hace tender hacia arriba
El mismo mal que te abruma,
Como el sándalo perfuma
El hacha que le derriba.

Mas del mal contra el ultraje
En cuanto la tierra abarca,
Cada ser en su lenguaje

Viene á rendirte homenaje
Como á altísimo monarca.

Tu mirada soñadora
En lo creado se abisma,
Y con colores de aurora,
De la ilusión bajo el prisma
Todo lo esmalta y colora.

De la mística natura
Tú solo el secreto sabes;
Para tí hay luz en la altura,
Trinan para tí las aves,
Para tí el viento murmura.

Guardan para tí las flores
Sus más brillantes colores,
Y en tu ideal desvarío
Te encantas con sus olores,
Te embriagas con su rocío.

Para tí marcan su vuelo
Los soles con claras huellas;
Para tí las noches bellas
Tienden en el alto cielo
Su rico manto de estrellas.

Son para tí la hermosas
Ninfas, hadas, musas, diosas,
Que es fuerza adorar de hinojos;
Para tí en su faz hay rosas
Y luz de amor en sus ojos.

Vislumbras en lontananza
Astros que anuncian bonanza;
Ves en la vida grandeza,
En lo creado belleza
Y en los cielos esperanza.

Cuando en tu trémula mano
Del dolor el arpa vibra,
Como en eco soberano
Suena del llanto la fibra
En el corazón humano.

Oh! vate, loado seas,
Esa corona de espinas
Que por el mundo paseas,
Es cerco de peregrinas
Constelaciones de ideas!

Flores ante tí derramen
Mientras tu numen aclamen
Y por seguirte se empeñen,
Todas las almas que sueñen,
Todos los pechos que amen.

Oye eterno aplauso, vive
Entre constante victoria,
Mientras al fin de tu historia
En su templo te recibe
Como semidiós la gloria.

Febrero 25 de 1888.

José Lopez-Portillo y Rojas.

LOS CELOS DE D. RODRIGO.

Romance recitado por su autor en la Velada literaria que en honor del Sr. D. Juan de Dios Peza, tuvo lugar el día 18 de Febrero de 1888.

I.

Negra y triste está la noche,
Y más que negra, lluviosa;
La calle está solitaria
Y el cierzo helado que sopla
Forma ruidos extraños
Y finje palabras sordas;
Tristes, lentas las campanas
Que ya las ánimas tocan,
Se escuchan; tendrá sin duda
Un alma muy valerosa
El hombre á quien ese cuadro
Algun temor no le imponga.

En noche tal, con tal tiempo,
Al sonar tan triste hora
Y de las altas paredes
Protejido por la sombra
Contra la luz que un farol
Lanza á la calle, dudosa,
Con pasos precipitados
Como á quien la prisa importa,
Marcha por la acera un hombre
Que en ancha capa se emboza.
Llega por fin á la puerta
De una casa en que se nota
La arquitectura elegante

De fachada suntuosa;
Saca una llave, y mirando
En derredor con zozobra,
Abre con tiento la puerta
Y con planta cautelosa
Entra por fin y se pierde
Como fantástica sombra.
Cierra por dentro, y la calle
Se queda como antes, sola;
Y solo se oyen en ella
Las campanas melancólicas,
El soplo helado del cierzo
Y de la lluvia las gotas.

II.

Luego que cerró por dentro,
Cruzó salas espaciosas,
Solitarios corredores
Que sostienen anchas bóvedas,
Subió escaleras y al fin
A tientrs entró á una alcoba
Cuyos balcones caían
A la calle silenciosa;
Tras de los anchos tapices
Que aquella estancia decoran,
Ocultóse con cuidado.
Y sin duda penas hondas
Le hieren, que entre suspiros
Que á veces su voz ahogan,
Con frases entrecortadas
De esta manera razona:
—¡Vive Dios! que no creyera
Tal liviandad en mi esposa;
Y si alguno me dijese:
"Rodrigo, tu honor te roban,"
Antes que añadir pudiera
Una palabra, una sola
A tan vil frase, la lengua

Le arrancara de la boca.
Pero yo lo he visto: estaba
La noche cual hoy, lluviosa,
Y cuando volví la esquina
Vi deslizarse una sombra
Desde ese balcón al suelo,
Y "hasta otra noche, mi hermosa,"
Escuché que murmuraba.........
Pero basta ya, que ahora
Quiero apurar de una vez
De mi desgracia la copa.
¡En su misma habitación
Un hombre..... y á tales horas!....
¡Dios del cielo! Blanca, Blanca!
¿Por qué mi blason enlodas?
Oh! ven, y venga tu amante
Y hiera mi justa cólera
A los dos, que solo lava
Vuestra sangre mi deshonra!
¿De esta manera se ultraja
El nombre de los Mendoza......?
A aquí llegaba el monólogo,
Cuando del balcón las hojas,
Abriéndose poco á poco,
Dieron paso á una persona;
Y casi al instante mismo
En la puerta de la alcoba,
Pudo apenas Don Rodrigo,
Que el rostro anhelante asoma,
De una mujer distinguir
La blanca y esbelta forma;
Y jadeante y convulso,
Oyó en lo oscuro Mendoza
De un dulce beso el ruido,
Que como acerada hoja
Entrando helada en su pecho,
El corazón le destroza,
Y oyó cruzarse en voz baja,

Tan baja, que apenas logra
Escucharla, estas palabras:
—Y D. Rodrigo ¿aun no torna?
—Nada temas, Diego mío,
Que nunca viene á esta hora.
—¡Sí viene!—gritó saliendo
D. Rodrigo, con voz ronca;
—Sí que viene, miserables
A pedir cuenta de su honra!—
Luego que escuchó el galán
El acento de Mendoza,
Se lanzó por el balcón,
Cual rayo, á la calle lóbrega.
—¡Detente!—gritó Rodrigo.
¡Detente, ladrón de honras!
Cobarde, vil, ¡qué, no sabes
Ni defender lo que robas?—
Y volviéndose á la dama
Que en una butaca próxima
Yacía en letal desmayo,
Clamó con voz estentórea:
—Primero tú morirás,
Infiel, adúltera esposa!
¿Quién es ese infame? ¡habla!
¿Mas no respondes, traidora?
Haces bien: me infamaría
Si oyera tu voz odiosa;
Enmudezca con la muerte
Por siempre tu impura boca!
Y delirante, á la dama
Buscó con rabia espantosa
El pecho, y al encontrarlo,
Hundióle la daga toda.

III.

Daba vueltas por la estancia
Con faz contraída y torva,

Diciendo:—Me falta él!
Ha muerto la ingrata esposa,
Que así mueren los que el lustre
De mis cuarteles desdoran,
Y los que el nombre mancillan
De Rodrigo de Mendoza.

De pronto una viva luz
Alumbra la estancia toda,
Y una mujer aparece
Con faz angustiada, atónita
Con una mano extendida
Y una bugía en la otra,
Preguntando:—¿Quién ha muerto?
¿Qué pesadilla te agobia?—
Volvió D. Rodrigo el rostro,
Y gritó al verla:—¡Mi esposa!
¿A quién he matado, pues?......
Y Doña Blanca, al ver roja
En la mano de su esposo
La daga, la vista torna
Hacia el balcón, y el cadáver
Al contemplar, grita:—¡Aurora!
Oh! así mataste á tu hija!
Imbécil, mira tu obra!
Y si desde el alto cielo
Nuestra hija te perdona,
Yo de tus celos maldigo
Que mi tesoro me roban!......
Dijo, y cayó sin sentido
Junto al cadáver de Aurora.

IV.

Con los espantados ojos
Saltándole de las órbitas,
Con el cabello erizado,
Lanzó de pronto nerviosa
Y estridente carcajada

D. Rodrigo, y con voz bronca
Dijo luego:—Se han dormido,
Vaya, que están fastidiosas!
Voy á buscar á D. Diego
Para contarle la historia......
Y emprendió, riendo siempre,
Carrera vertiginosa.
Repite sonoro el eco
Su risa en las altas bóvedas,
Interrumpiendo la calma
En que la ciudad reposa
Después de la lluvia; al fin
Baja, abre y la calle toma
Y corre, y corre, y al cabo
Su carcajada horrorosa
Se debilita y se apaga;
Y él también como una sombra,
Ya se pierde... allá... muy lejos......
Ya se ofusca... ya se borra......
Después, nada; todo queda
Como si en calma tan honda,
Fuera la tierra una tumba
Y fuera el cielo una loza.

Guadalajara, 1880.

Antonio Becerra y Castro.

———

MEMORIAS DE "PEDRO RECIO."

(CONCLUYE.)

XI.

"Después de habernos levantado de la mesa, tuve deseo de dormir y me dirigí á mi cuarto. A las cuatro entró en él mi madre volvió á cerrar la puerta por donde había penetrado; se acercó á mi cama, sentándose á la orilla, á tiempo que desperté.

—¡Ah, perezoso!...... Duermes desde la una.

Yo permanecía acostado mirándola con ojos entreabiertos. Quería hacerme encargos, tal vez; darme consejos; pero no iba directamente al asunto. Me hizo notar que mi pieza era abrigada en invierno y fresca en verano; me refirió que la misma le había servido de recámara antes de que yo naciera. Me colocó después la mano sobre la cabeza, despejándome la frente del cabello que en parte la encubría, contemplaba mi rostro con mirada y sonrisa maternales con gratísima complacencia.

—Todavía está aquí el remolino que tenías siendo muy pequeñito. ¿Has visto que rebelde?

Y de pronto, como si un rayo de ternura infinita le hubiese traspasado el alma, encendido el rostro por pudorosa pasión, me abrazó, imprimiéndome en un carrillo tan callado beso que en los umbrales de las puertas se se apagaron sus rumores.

—¡Si ya está usté muy grande!—me dijo.—No debía hacerle cariños. Me espinaron sus barbas.

—¿Cuáles, madre?...... Si no las tengo!......

—Pero las tendrás dentro de poco tiempo...... las has de tener. Cuando llegues á México, me mandas tu retrato. ¡Cuidado si dejas de escribirme con frecuencia! Tus cartas serán todo mi consuelo, lejos de tí.

Y no te olvides, hijo, de nosotros: ya ves que tus tres hermanas no tienen más porvenir que tú, pues no somos ricos, bien lo sabes. Lo que consigas con aplicación, constancia y buena conducta, será para ellas.

Tu pobre madre...... al fin ya está vieja y pronto ha de morir; pero le pido á Dios con todo mi corazón, que haga de tí un hombre de provecho. Si llegares á serlo, aunque yo no recoja la semilla que sembré, contenta voy al sepulcro, ¿estás?......

Temo que en aquella Babilonia pierdas la cabeza y adquieras costumbres malas...... Pero nó!...... la Virgen Santísima ha de oír mis súplicas y mis oraciones! Si yo supiera que andabas por mal camino, me matarías de dolor!

No vayas, Pedro, á ser ingrato con las personas de quienes recibas bien. Sé servicial y atento con todos y no abandones los estudios por los paseos y las compañías perversas. Aunque eres pobre y no disfrutarás de buena posición, siempre parte tu pan con el necesitado: algún día tú también sentirás el hambre y entonces podrás conocer el valor de un beneficio.

Es cierto que son muy simples mis consejos, estos consejos que te doy y que ojalá se te grabaran para siempre; pero no puedo expresar con palabras hermosas lo que pienso por tu felicidad. ¡Si te hablara como deseo!..: no que soy una mujer tan tosca y tan ignorante!...... Pero.... al cabo lo que te digo, lo siento en el corazón, en este corazón que te quiere desde antes que nacieras!

Ahora, en Enero, vas á cumplir diez y ocho años...... No dudo de que empieces á tener por ahí ciertos cariños: eso es natural. ¡Ay, hijito: cuídate mucho y desconfía de promesas...... Desengáñate: nadie te ha de querer tanto como tu madre!

¿Se olvidará de las tonteras que habla esta vieja, mi buenmozo?... ¿mi lindo?......

Aquella ciudad y aquellas cosas serán más bonitas que estas desiertas montañas, pero..... ¿verdad que no por eso dejarás de recordar al pueblo arrinconado que te vió crecer y á la que te dió la vida?........."

Yo había cerrado los ojos y mis lágrimas corrían, más poderosas para salir, que yo para contenerlas. Mi madre, que apenas pudo articular sus últimas palabras, sofocando los sollozos y ahogando el llanto, volvió á caer sobre mí y á besarme con efusión.

Al conseguir serenarse, después de haber enjugado sus ojos enrojecidos limpió los míos con sus benditas manos y me dijo, respirando como para desahogar el pecho oprimido:

—Ahora sí, ya me voy: tengo que preparar algunas cosas para mañana. Nada dejes para última hora: ya vez como es tu padre."

XII.

"A las seis, al acomodar algunos objetos del equipaje de mi padre y del mío, Isabel aprovechó la oportunidad de un momento en que nos dejaron solos mi madre y María, y me dijo:

—Esta mañana estuve con Margarita. Dentro de media hora te espera sin falta...... por la puerta que dá al callejón. Finje que no te has despedido de mi tía, para que mi papá no te extrañe.

¡Margarita!...... Siento que me trasfiguro si sólo escribo este nombre, síntesis bellísima de todas mis ilusiones muertas; creo enloquecer si la ráfaga de su recuerdo azota mi frente y me quema el corazón, empapada en las delicias de aquella edad de amor y de ignorante sencillez!......

No soy poeta, no gusto de las exajeraciones del romanticismo y me hastían los sueños que forja el ideal; pero ¡cómo no sentir, no ponderar y no soñar, pensando en aquellos aromosos días de la primavera de la vida; si melancólicos, dulces; si tristes, siempre impregnados de ternuras: y si amargos......también fecundos en esperanzas gratísimas al pecho en que tomaron abrigo, en que anidaron como palomas, para blando arrullo de la existencia!......

¡Margarita!...... La materia abrió el dorado cofrecito de sus tesoros y tú apareciste sobre la tierra, en mi escondido pueblecillo, acariciada por el susurro amoroso de las brisas; calentada por el más puro rayo del sol de las mañanas; blanca como los azahares; alegre como las golondrinas que aletean en las rejas de tu ventana, despertándote al amanecer; y bulliciosa como el arroyuelo con cuyos cristales jugaron tantas veces, siendo niña, tus manecitas nacaradas!"... ..

XIII.

Fuí á la hora señalada y me acerqué al lugar de la cita, seguro

de que *ella* me esperaría. La luz de la luna empezaba á resbalar apenas sobre los caballetes de los tejados. Nadie transitaba por el callejón. Cerca de la pieza á cuya puerta llegué, una amiga confidente de Margarita vigilaba que no nos fuesen á sorprender personas de la familia.

Cogí entre las mías su mano pequeñuela y la emoción nos hizo enmudecer. Muchas cosas había pensado decirle; pero en aquel instante era yo salvaje sin idioma y sin ideas.

Los latidos de mi corazón fueron siendo menos acelerados, á medida que me ardía la frente. Desapareció con lentitud el entorpecimiento de mis sentidos y miré claramente á mi Margarita, con su cabeza inclinada á la manera de la flor silvestre que doblegó su tallo débil, y desfallecida, no sé si por el dolor ó la dicha.

—¡Mírame, mi vida!—le dije—¡Mírame mucho, que será la última vez!

Tenía húmeda lijeramente la suelta cabellera y vestía sencillo traje blanco dibujado con florecitas azules. Sobre su pecho descansaba pequeña cruz negra, pendiente del fino cordón que le rodeaba el cuello.

Mirándome entonces con todo el fulgor de sus ojos rasgados, volvía yo á decirle:

—¡Margarita!...... Díme que me quieres, repíteme que me amas como yo te adoro!

Enardecidos los dos, axaltados por el amor eterno que nos juramos, por vez primera desde que la amaba me atreví, en un rapto de ceguedad, á besar las rosadas extremidades de sus dedos de reina. Tembló como una sensitiva y yo me estremecí, sintiendo en todo mi ser, el choque de tanta felicidad. Bebí después la miel de la pasión en sus labios encendidos; rozaron las mías la tibia tez de sus mejillas; ardió la sangre en mis venas; y sin embargo, ni un relámpago de impureza cruzó por mi pensamiento, empañando siquiera la casta ilusión que por ella tenía.

Cuando la amiga vigilante vino á decir:—"Margarita...... pronto, que viene tu mamá!"—llorábamos los dos y yo besaba su frente de azucénas.

Fué necesario separarnos, haciendo un supremo esfuerzo. Margarita se irguió, sacudiendo su cabellera abundante, echando hacia

atrás las guedejas que le acariciaban las sienes azuladas y exclamando al dejarme:

—No te olvido!...... No te podré olvidar!...... Te lo juro!"

XIV.

"Llegué á mi casa. Me esperaban á cenar y mi madre sonrió maliciosamente cuando murmuré una disculpa por mi tardanza. "Mi tía me había detenido: no me dejaba volver pronto."

María, que estaba cerca de mí, me dijo al oído:

—Tienes las orejas y los ojos muy colorados.

Levantados los manteles, Luz quiso que la sentáse sobre mis piernas; y no sé cómo halló enredado en una mancuerna, largo cabello de Margarita, sin duda. Lo cogió y lo puso en alto, mostrándolo en todo su grandor. Cuando quise evitarlo ya no era tiempo, y Luz exclamaba en són de triunfo y con la alegría y la imprudencia propias de su edad:

¡Milen!...... ¡Mílenlo que glande está!......

Mi padre, que no aprobaba mis relaciones con Margarita, me dijo en tono burlón:

—Hermoso cabello tiene tu tía, Pedro. ¡Vaya!...... y yo creyendo que ya había encanecido!......"

XV.

"Me encerré en mi habitación. Tomé una cajita de linalóe y en ella puse, con la minuciosidad y cuidado con que Luz acomodaba sus juguetes diminutos, los paquetes de cartas de Margarita, liados con listones azules; dos ramitos de violetas ya marchitas hacía mucho tiempo; el clavel que una tarde me dió, desprendiéndolo de su tocado; el pañuelo que dejó entre mis manos bailando conmigo el día en que cumplió catorce años; su retrato; una trencita de su cabello, que yo besaba mil veces aspirando el perfume que contenía; y algunos pensamientos secos con frases amorosas escritas por ella.

Esa noche, última que pasé en el hogar paterno, excitado como estaba, apenas pude dormir un momento. Mi padre tocó la puerta de la pieza, á las cuatro y media, haciéndome despertar cuando yo

soñaba que Margarita, con traje largo, fantástico, vaporoso, y suelta la cabellera, me decía:

—"No te olvido!...... ¡No te podré olvidar!...... Te lo juro!"

XVI.

"Una hora después estaban ya ensilladas las dos mulas en que debíamos montar, y aparejada la de carga. Mi padre y yo tomamos un lijero desayuno y...... por fin, fué preciso despedirme!

Sintiendo que los cabellos de la nuca se me ponían de punta, me arrodillé ante mi madre; ella me persignó despacio y con voz grave, pero algo temblorosa; me bendijo después y me dió á besar su mano tan fría como aquella mañana. Cuando la abracé, dominándose todavía con increíble poder, me dijo:

—Que Dios te acompañe!

Estaba pálida, pero infundiéndome valor con su fingida serenidad. Me parecía augusta matrona espartana.

Mis hermanas no ocultaban su pesar y se despidieron de mí con abundantes lágrimas.

Al ir á poner el pié en el estribo, entonces sí, mi madre no pudo contener la manifestación de su dolor: corrió como loca y me detuvo entre sus brazos. Cuando me desprendí de ellos para montar, gemía ella y gritaba con desgarrador acento:

—¡Hijo de mi corazón!...... ¡Pedazo de mis entrañas!...... ¡Siempre!...... ¡siempre se va!....

Mi padre, delante de mí, espoleaba su mula evitando que le viese yo el rostro. Diez minutos después, seguíamos por la falda de la loma que se alzaba á orillas del pueblo y frente á mi casa, por cortar rodeos y coger á poco el camino recto. Desde aquella altura distinguía todavía, empequeñeciendo por la distancia, el grupo que formaban en la puerta, mirándonos, mi madre en medio y á sus lados mis hermanas. Con su pañuelo, Isabel había cogido al Selim por el pescuezo, deteniéndolo para que no partiera. Llegaban hasta mí, llevados por algunas ráfagas frías, los ahullidos del noble animal. Al doblar la loma, ví con tristeza que las últimas casas del pueblo se ocultaban pronto y huían á mi paso. Impulsos tuve de torcer la rienda á la mula que con trotar monótono y meneando sus

largas orejas, dejaba huella de sus pezuñas en la tierra suelta y mojada por la nieve. Un airecillo sutil y helado zumbaba apenas entre las hojas de los árboles, y producía ruidos extraños, remedos de gemidos débiles, en las copas de los altos pinos que se balanceaban lentamente y con la magestad de sus siglos.

A poco me dijo mi padre, consultando su relox:

—Son las seis y cuarto. Vamos á llegar á buena hora á la hacienda de San José."

XVII.

"Quince dias después de mi estancia en México, recibí dentro de la de Isabel, una carta de mi Margarita; ésta y la que en la misma fecha me escribió mi madre, me llenaron de consuelo. Voy á copiarlas aquí, en estas desaliñadas *Memorias*, sin alterarles en nada su contenido esencial. Decía la primera:

"Mi vida:

No he cesado de llorar desde la noche en que nos despedimos. ¡Si vieras que á veces he creido morir de dolor, no pudiendo soportar tu ausencia.

¿Qué haré yo sin tí, que eres mi tesoro, mi encanto y mi dulce bien?...... Tu imagen quedó grabada en mi corazón y jamás se borrará. Oigo aquellas palabras, aquel acento con que me decías: —"¡Margarita, cuánto te adoro!" En las noches salgo á la ventana, por ver si vienes, y me parece mentira no mirarte aparecer: porque no puedo...... no puedo creer que te hayas ido, si te siento á mi lado á todas horas!......

¿Por qué la suerte es tan cruel con nosotros, que nos ha separado? Te sueño y dormida pronuncio tu nombre; pienso en tí á cada momento y lleno de lágrimas la sentida cartita que me escribiste y me dió Isabel. Pero ¡hay!...... estás muy lejos, dueño de mi corazón!

Mi bién: si tú me olvidaras, ¡cuán desgraciada sería! Sufro mucho al pensarlo solamente.

Prefiero la muerte á vivir sin tu amor.

Temo que mi mamá me sorprenda y por eso no te digo más.

Mi vidita, mi adoración, mi todo: juro que nunca te olvidaré. Te amo y te he de amar eternamente.

Escríbeme muy largo, adórame mucho más y piensa siempre en tu

Margarita."

"No es mujer: es un ángel la que me escribe"—decía yo, suspirando gozoso y apasionado—"¡Bendita seas, Margarita, que me haces feliz! Trabajaré lleno de esperanza para formarme un porvenir y ofrecértelo; y será digno de tí, de tu amor y de tu fidelidad! ¡Bendita seas mil veces! ...."

Por eso cuando supe que había contraído matrimonio con un viejo hacendado, quise matarme, me dolió el corazón y lloré como una criatura enferma. ¡Ella, la que once meses antes me decía:—"¡No te olvido!"...... ¡No te podré olvidar!"......

Recuerdo que, hace tiempo, Isabel me daba esta noticia en una post-data: "Margarita y D. Roque ya tuvieron un niño, desde Febrero. Sus ojos son los mismos de su mamá y está güerito como un *gilote* de milpa. *El viejo* está loco de gusto. ¡Si se le pareciera, vaya; no qué sólo ha sacado el niño aquellas manotas de su *tata!*"

XVIII.

"La carta de mi madre fué ésta, que conservo cuidadosamente:

"Mi querido hijo:

Ya comprenderás cuánto te extrañamos tus hermanas y yo. Creo haber encanecido más desde tu ausencia; pero Dios lo quiere así, que se haga su voluntad.

Tu pieza está todavía tal como la dejaste y el Selim no sale de ella, echado y triste, sin querer comer.

Tu padre nos ha prometido llevarnos á verte dentro de ocho meses, si realiza bien el maíz de la cosecha. Esto no lo saben tus hermanas ni se los quiero decir antes de tiempo, para que no se alboroten.

No olvides mis consejos y trabaja sin descanso, que Nuestro Señor ha de premiarte.

No pierdo la esperanza de verte algún día, recibido. ¿Por qué la Virgen no me lo ha de conceder, si se lo pido con mucho fervor?

Escríbeme con frecuencia y cuéntame lo que te pase: si estás agusto, si triste; si sufres......... todo, todo. ¡Tengo luego tanto cuidado por si algo malo te sucede, especialmente si te enfermas, sin quien se duela de tí en tierra extraña!

Que vuele el tiempo, como deseo, para verte pronto; y Dios te conserve la vida para amparo de tus hermanas, y á mí no me la quite sin haber gozado de tamaña felicidad. Confío en que así ha de ser: el corazón me lo dice. Entretanto, recibe, hijo mío, el alma entera y la bendición de tu madre que no te olvida,

Juana G. de Ruiz"

XIX.

El Sr. Ruiz y su esposa vinieron á México, reciente la muerte de mi amigo. El Sr. Ruiz, según él mismo me refería, se esforzó por evitar que en el viaje le acompañara la afligida señora; pero inútilmente: ella deseaba también visitar el sepulcro de Pedro. Por qué no? Ya que no pudo bendecirle en su última hora y *cerrarle los ojos*, ¿era justo privarla del consuelo de poder decir: "aquí, aquí precisamente está mi Pedro?" El Sr. Ruiz opuso atendibles razones á tal determinación; pero la señora insistía, insistía con brío: "Nó, nó y nó. Ya lo he dicho cien veces. Lo quiero; lo ruego. ¡Si al fin no estaré tranquila si no sé detalladamente cómo murió, en qué sitio: qué remedios le hicieron...... todo, todo! Si no me llevas, es peor."

—Pues la traje...... ¿qué quería usted que hiciera, Sr. D. Julián? Y bien pensado, vale más; porque allá, en el pueblo, se hubiera agravado su dolor. Temía que se me volviera loca. Usted no la ha tratado: adoraba á su hijo. ¡Como fué el único hombre que tuvimos y daba esperanzas de hacer algo!...... De él dependía la suerte de la familia. Yo ya estoy viejo y no viviré mucho: he trabajado como un buey, pero con malísima suerte en los negocios. ¡Quién sabe qué harán mis hijos cuando yo falte! Esta ha sido precisamente la idea fija de Juana. Me decía, luego, la pobre: "Mira, es necesario sacrificarnos por Pedro; considera que ha de sostener á Isabel y á María, y educar á Luz, si morimos de repente. No deja de ser una felicidad un hijo así, en medio de nuestra pobreza:

bueno, bien inclinado, buenmozo, de talento; porque...... la verdad no es tonto ni feo. ¡Bendito sea Dios! ¡No ceso de darle gracias!"

—¡Lo que son las cosas! ¿Cree usted, Sr. D. Julián, que á veces siento ¡qué barbaridad!...... así, como odio, como rencor hacia Dios, por causa de lo que nos ha pasado? ¿No le parece á usted muy doloroso que Juana, que es una santa por vida mía que sí haya estado pidiendo al Señor Omnipotente y Bueno que no le fuese á arrebatar á su Pedro; que haya alimentado fé ciega en que había de vivir mi hijo; que hayamos hecho el bien, siempre que podíamos?... ¿Y todo para qué, me lo quiere usted decir? ¿Mientras gozan felices y refelices, tantos bandidos?...... Mi mujer ha sido devotísima de la Virgen María; pero ahora dice—me cae en gracia—que "está resentida, muy resentida con ella."

Fuimos á visitar el sepulcro de Pedro. La señora hizo supremos esfuerzos para no llorar. ¿Era posible, acaso? Sé que cuando en el pueblo recibió la fatal noticia, brotó, partió de sus labios lívidos esta sencilla pero dura imprecación, como golpe seco, como terrible latigazo, cual tremendo rayo: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué te hice; en qué te ofendí?......"

En el panteón, oró, oró nada más, sollozando dulcemente resignada. Ya no tenía "resentimiento á la Virgen" y perdonaba al cielo. Le perdonaba, sí: ésta es la expresión.

¿Y el cielo?...... con su azul indiferencia; como siempre.

ANACLETO CASTILLÓN.

A GUADALAJARA.

Te soñé desde niño, tierra de flores,
Más valiera que nunca yo te soñara,
Pues hoy sin esperanza, sin paz ni amores
Nada puedo ofrecerte, Guadalajara.

Ya con el alma enferma llegué á buscarte
Para aliviar mi amarga melancolía,
Y así cual te soñaba logré encontrarte,
Con cármenes y vegas de Andalucía.

Tienes en tus palacios nuevas Alambras
Con Zaidas y Moraidas en tus vergeles,
Y tus campestres fiestas son cual las zambras
Que alegraban las cuestas de los Gomeles.

Mirando tus gardenias, tus tulipanes,
Tus floridos naranjos, tus alhelíes,
Recuerdo aquellos campos de musulmanes
Tumbas de abencerrajes y de zegríes.

Mirando á tus mujeres deslumbradoras,
Las de talles esbeltos y labios rojos,
¿Quién no sueña en la mágia de aquellas moras
De crenchas abundosas y negros ojos?

Arabe en tus pasiones y en tus festines,
Bajo un diáfano cielo resplandeciente,
Con azaleas y lirios de tus jardines
Teje el amor guirnaldas para tu frente.

Búcaro de gardenias, tazón de aromas,
Perla cual no la guardan índicos mares,
Blancas, dulces y tiernas como palomas
Son las felices reinas de tus hogares.

El sol brilla en tu cielo más fulguroso,
Te dá con sus celajes clámides bellas,
Y en tí, Guadalajara, todo es hermoso:
Mujeres, flores, aves, nubes y estrellas.

De la noble franqueza cuna y abrigo,
De la virtud austera trono y escudo,
Reina del Occidente, yo te bendigo,
Edén de las hermosas, yo te saludo.

De tu benigno clima como tesoro
No tiene en sus espacios región alguna,
Tardes como tus tardes de nácar y oro,
Noches como tus noches de blanca luna.

Yo que nací en un valle que Dios regala
Con lagos y volcanes que el mundo admira,
Ansioso de mirarte crucé el Chapala
Y al rumor de sus ondas templé mi lira.

Eres cuna de genios; en tí han nacido
Artistas, héroes, bardos, sabios, guerreros,
Y han sobre nuestra historia resplandecido
Como en tus tibias noches tantos luceros.

Tazón de tuberosas y tulipanes,
Ciudad de los palacios y las huríes,
Díme si te formaron los musulmanes,
Si eres de abencerrajes ó de zegríes.

Esas magas que ocultan en los chapines
Piés que á Fidias y á Venus bellos recrean,
Son las flores con alma de tus jardines,
Gardenias que suspiran y pestañean.

Son embeleso, gloria, blasón y orgullo
De tu suelo, en que hoy vibra la lira mía;
El canto de tus hijas es el arrullo
Del aura entre las vegas de Andalucía.

Tierra de los ensueños y de las flores,
Perla cual la que esconden índicos mares,
Dios que puso en tus selvas los ruiseñores
Mandó sus bendiciones á tus hogares.

Para poder cantarte me falta acento,
Para admirar tu hechizo me falta calma.
Llevo triste y de luto mi pensamiento
Y el invierno y la muerte dentro del alma.

Cuando en tus claras noches sueñes dichosa,
Cuando con arreboles te adorne el día,
La brisa de tus campos dirá medrosa
Lo que decir no puede la lira mía.

Siempre para ensalzarte seré el primero,
Siempre mi pensamiento vendrá á buscarte;
Y en medio de mis penas tanto te quiero
Que en medio de mis penas no he de olvidarte.

Ya brilla del Progreso la nueva aurora,
Yo sé que al alejarme de tus linderos
Pronto vendrá la rauda locomotora
Trayendo á que te admiren nuevos viajeros.

Que á todos les cautive, que les asombre
Como á mí tu belleza, de dichas nido,
Y que cual yo, en el alma guarden tu nombre
Que borrará la muerte, nunca el olvido.

Guadalajara, Febrero 9 de 1888.

JUAN DE DIOS PEZA.

BALADA DEL NADADOR.

(DE LAS BALADAS LÚGUBRES).

A Luis G. Urbina.

Nadador en los mares de la vida,
cuando me daba la niñez sus dones,
sobre la superficie adormecida
no soplaban los fieros aquilones.
Apenas una brisa cariñosa
rizaba la onda azul y sosegada,
y una voz incesante y misteriosa
murmuraba á mi oído:—Nada! nada!

Llegó la juventud; la onda pura
se comenzó á enturbiar, y de repente
miré que la primera nube oscura
veló las claridades del Oriente.
Por la primera vez sentí fatiga,
muy larga parecióme la jornada;
pero siempre la voz dulce y amiga
seguía murmurando:—Nada! nada!

Hoy ya las densas sombras me rodean,
ya con la tempestad estoy á solas,
arriba, los relámpagos flamean,
abajo, rugen con furor las olas.
Siente mi alma horrible desaliento,
y al ver la mar inmensa, ilimitada,
—¿Qué hay más allá?—pregunto, y, con acento
mofador, la voz dice:—Nada! nada!

Manuel Puga y Acal.

A UNA BELLA.

Azules como los cielos,
bellos como la esperanza,
tus ojos son y un hechizo
asaz misterioso guardan.
Mal haya amén el que de ellos
arranque furtiva lágrima,
que son las lágrimas perlas
que el sufrimiento alquitara.

Pero más que de tus ojos
la luz que mágica irradia,
cuando por ellos se asoma
toda tu alma enamorada,
envidia me dá aquel nombre
que, en tu matinal plegaria,
por el coral de tus labios,
pálida virgen, se escapa.

RICARDO PALMA.

Otro brindis dedicado al distinguido poeta Juan de Dios Peza.

Sé bienvenido. Tu vuelo
detén, poeta, un instante,
bajo el azul de mi cielo,
bajo mi sol fulgurante.

Cuando llegar te miraron
mis prados, mi firmamento,
emocionados vibraron
con grato estremecimiento.

Porque bien han comprendido
que á mirarles ha llegado,
su trovador más sentido,
su cantor más inspirado.

Saben que tiene, cual ellos,
tu grande alma melodías,
y perfumes y destellos,
esplendores, armonías.

Y si no basta á tu fama
de nuestra rica natura,
qué te admira y que te ama,
las cántigas de ternura,

Aquí, en cada hogar ufano,
hay quien te ame y te bendiga;
es cada padre tu hermano,
es cada madre tu amiga.

Porque á tus tiernos amores
has dado forma en tu canto,
ellos saben tus dolores,
ellos comprenden tu llanto.

Y, cuando te ven pasar,
todos, todos á porfía,
te quisieran preguntar
por Margot, Juan y María.

Por eso los trovadores
de esta fecunda región
te traemos, Juan, las flores
que brotan del corazón.

En tu loor entonamos
nuestras cántigas sencillas.
Al águila saludamos,
nosotros las avecillas.

MANUEL PUGA Y ACAL.

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Alvarez del Castillo Manuel.

	PÁGS.
Minnie	29
El "Otelo" de Verdi (Traduc.)	51
Cuatro cartas	124
La tierra del fuego	180
El rosal (Traduc.)	261
Los jaliscienses en la guerra de Independencia	407
" " " "	467

Acero Julio.

A la memoria de mi querido amigo Manuel Alvarez del Castillo	531

Ardila Sande Vicente.

Los Minnesingers	444

A. de Alarcon Pedro.

* * *	84

Aguirre Adrian.

Los sinfonistas (Traduc.)	229
" " " "	280

PÁGS.

Alas Leopoldo.

La lágrima y el beso........ 94

Baz Gustavo.

Estancias... 28
Dolora... 97
A Manuel Alvarez del Castillo.. 545

Becerra y Castro Antonio.

Los celos de D. Rodrigo.. 758

Ben-Issa-Yusuf.

En diligencia.. 421
" 504

Brummel.

*... 217

Coronado Mariano.

Tres muertos (Versión Española.)....................................... 1
" " " " 37
A Manuel Alvarez del Castillo.. 550
D.ª Marina y Hernán Cortés (Traduc.)................................... 614
" " " " 619
" " " " 651

Collado Casimiro del

Oda.. 91

Castillon Anacleto.

Memorias de "Pedro Recio.".. 737
" " " 764

PÁGS.

Currás y Enríquez N.

Vacilaciones 307

Calvo Révilla Luis.

Soneto 253

Comyns Carr J. W.

La poesía inglesa moderna 453

Cosmes F. G.

Remember 618

Díaz Dufoo Carlos.

Del cielo 100

Díaz Mirón Salvador.

El Gaviero 227

Enciso C. I.

Cementerio de Belem 532

Farfalla.

Secreto 65
Su tumba 235
Perdón 306
Adios! 335
Destinos frustrados 356
Mi tristeza 429
Riel 571
Cuando pasas 582
Vencido 584
En el balcón 585

Fastenrath Juan.

Las poetisas Anita Isabel de Droste-Hülshoff y Luisa Hensel. 293

PÁGS.

Fernangrana.

Madrigal... 585

Fernandez Grilo Antonio.

A media luz.. 713

Gutierrez Najera Manuel.

Calicot.. 158
En la muerte de Manuel Alvarez del Castillo........................ 529
Tras los montes.. 586
Ondas muertas.. 649

Gonzalez Manuel M.

Una vez.. 190
En un album.. 194
A una artista.. 218
La mañana en el huerto... 371
¡Patria!... 430
Elegía... 535
Otoñal... 572
Ultimo anhelo.. 681
Brindis á Juan de Dios Peza.. 751

Lopez-Portillo y Rojas Jose.

Adalinda... 9
La fortuna se cansa.. 165
La filosofía en la Nueva España.................................... 197
El Peripatismo en Acción... 245
Luis XVII.. 309
" " " " 339
Las Catacumbas... 380
A Hidalgo.. 389
La novela en México.. 433
Vida brillante y breve... 517
Miguel Angel Buonarroti.. 555

PÁGS.

El duelo.. 587
„ „ 690
La fortuna..................................... 679
El poeta....................................... 754

Lopez Carbajal Francisco.

¡Dios!... 179

Llorente Vicente Daniel.

"Romance" de François Coppé..................... 67

Martinez Arauna Jose Maria.

A Laura.. 162
Las flores..................................... 191
La nariz....................................... 219
Se supone...................................... 300
Meditación..................................... 354
A mi malogrado amigo Manuel Alvarez del Castillo........ 528

Negrete Jose.

En el baile.................................... 477

Nordensternau Fernando.

Estudio literario.............................. 133

Ochoa Pablo.

A Dios... 692

Puga y Acal Manuel.

***.. 35
Versos color de rosa........................... 36
Alborada....................................... 66
El secreto de Cupido........................... 85
Balada de la Mosca............................. 164
Soneto... 196
Barcarola...................................... 216
Páginas.. 238
Balada del beso................................ 299

PÁGS.

Ambición........ 323
La expiación........ 417
A mi prima Lupe........ 464
Manuel Alvarez del Castillo........ 546
Balada de la muerte........ 682
La muñeca........ 724
Balada del nadador........ 777
Brindis á Juan de Dios Peza........ 778

Palma Ricardo.

La poesía........ 388
Camino del cielo........ 396
Tristeza........ 478
Aura........ 484
Dios........ 633
En un retrato........ 662
Envidia........ 670
Nocturno........ 691
Tristeza........ 695
Meteoro........ 706
Aura........ 714
Todavía........ 730
A una bella........ 778

Palomino Ismael.

La última esperanza........ 69
Cor Cordium........ 540

Palacio Valdes Armando.

El pájaro en la nieve........ 101

Parra Porfirio.

La noche........ 257

Peon del Valle Jose.

Abierta la reja........ 113

Peza Juan de Dios.

A Guadalajara........ 774

PÁGS.

Polo Gil

Soneto.. 375

Quevedo y Zubieta Salvador

Sepultados! 148

Revilla Manuel de la

El tipo legendario de D. Juan Tenorio............... 325
» » » 357

Sosa Francisco.

Humildad.. 68
A Luisa.. 74
La muerte de Celia................................ 144
Sor. Juana Inés de la Cruz......................... 292

Sylva Carmen.

Una Carta.. 479
» » 485

Sort de Sanz Enrique.

La última tarde.................................. 569

Tapia de Castellanos Esther.

Primavera.. 22
A Lupe en un album................................. 27
En un album.. 83
Un Evangelio....................................... 95
Una pasión... 98
El collar de perlas............................... 266
Juan de Dios Peza................................. 747

Taine H.

Napoleón Bonoparte............................... 573
» » 605
» » 641
» » 671

PÁGS.

Vigil Jose Maria.

El album del hogar.......... 43
" " " 75
" " " 114
Fray Bartolomé de las Casas. 336
Fray Martín Durán. 683
" " " 731

Zaragoza Antonio.

La estatua del apostol. 376
" " 397
Manuel Alvarez del Castillo. 553
Ven! 583
Orgullo. 597
La ventana. 598
" " " " 634
" " " " 663
El primer beso. 707
" " " " 715
El rosal. 736
A Juan de Dios Peza. 752

FE DE ERRATAS.

PAGS.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
208	18	cristiano	pagano
557	10	le dió	diéronle
557	11	permitióle	permitiéronle

